

*Robert Graves*

# Claudio, el dios, y su esposa Mesalina

El turbulento reinado de Tiberio Claudio  
César emperador de los romanos  
(nacido en el año 10 a. de C., muerto  
en el año 54), descrito por él mismo. También su  
asesinato por la famosa Agripina (madre del  
emperador Nerón) y su posterior deificación,  
descrita por otros.

Título original: *Claudius the God and his Wife Messalina*

Traductor: Floreal Mazía (con autorización de Ediciones Siglo XX, de Buenos Aires)

ISBN: 84-206-1692-3

Digitalizado por Anelfer

Diciembre 2002

<b>NOTA DEL AUTOR .....</b>	<b>4</b>
<b>CAPÍTULO 1 .....</b>	<b>6</b>
<b>CAPÍTULO 2 .....</b>	<b>15</b>
<b>CAPÍTULO 3 .....</b>	<b>23</b>
<b>CAPÍTULO 4 .....</b>	<b>32</b>
<b>CAPÍTULO 5 .....</b>	<b>45</b>
<b>CAPÍTULO 6 .....</b>	<b>59</b>
<b>CAPÍTULO 7 .....</b>	<b>68</b>
<b>CAPÍTULO 8 .....</b>	<b>77</b>
<b>CAPÍTULO 9 .....</b>	<b>89</b>
<b>CAPÍTULO 10 .....</b>	<b>97</b>
<b>CAPÍTULO 11 .....</b>	<b>106</b>
<b>CAPÍTULO 12 .....</b>	<b>114</b>
<b>CAPÍTULO 13 .....</b>	<b>123</b>
<b>CAPÍTULO 14 .....</b>	<b>135</b>
<b>CAPÍTULO 15 .....</b>	<b>149</b>
<b>CAPÍTULO 16 .....</b>	<b>158</b>
<b>CAPÍTULO 17 .....</b>	<b>168</b>
<b>CAPÍTULO 18 .....</b>	<b>177</b>
<b>CAPÍTULO 19 .....</b>	<b>185</b>
<b>CAPÍTULO 20 .....</b>	<b>192</b>
<b>CAPÍTULO 21 .....</b>	<b>199</b>

<b>CAPÍTULO 22</b> .....	<b>208</b>
<b>CAPÍTULO 23</b> .....	<b>218</b>
<b>CAPÍTULO 24</b> .....	<b>229</b>
<b>CAPÍTULO 26</b> .....	<b>249</b>
<b>CAPÍTULO 27</b> .....	<b>257</b>
<b>CAPÍTULO 28</b> .....	<b>271</b>
<b>CAPÍTULO 29</b> .....	<b>279</b>
<b>CAPÍTULO 30</b> .....	<b>288</b>
<b>CAPÍTULO 31</b> .....	<b>298</b>
<b>CAPÍTULO 32</b> .....	<b>308</b>
<b>TRES RELATOS DE LA MUERTE DE CLAUDIO</b> .....	<b>312</b>
<b>LA CALABACIFICACIÓN DE CLAUDIO</b> .....	<b>316</b>
<b>LA FAMILIA REAL DE LOS HERODES</b> .....	<b>327</b>

## Nota del autor

La «pieza de oro» utilizada aquí como unidad monetaria normal es el *aureus* latino, moneda de 100 *sestertii* de valor, o sea 25 *denarii* de plata («piezas de plata»). Puede considerársela como equivalente a una libra esterlina o cinco dólares norteamericanos (de preguerra). La «milla» es la milla romana, unos treinta pasos más cortas que la inglesa. Las fechas marginales han sido dadas, por conveniencia, de acuerdo con los cómputos cristianos; el cómputo griego utilizado por Claudio contaba los años a partir de la primera Olimpiada, que se llevó a cabo en el año 776 a. de C. También por conveniencia se han utilizado los nombres geográficos más familiares. De tal modo, «Francia», y no «Galia trasalpina», porque Francia abarca aproximadamente la misma zona territorial, y porque sería incoherente dar a ciudades como Nimes y Boulogne y Lyon sus nombres modernos —los clásicos no serían reconocidos en términos populares—, ubicándolos a la vez en *Gallia Transalpina* o, como la denominaban los griegos, *Galatia*. (Los términos geográficos griegos se prestan a confusión: Germania era denominada «el país de los celtas».) En forma similar, se han utilizado los modos más familiares de los nombres propios: «Livio», en lugar de Titus Livius, «Cimbelino» en lugar de Cunobelinus, «Marco Antonio» en lugar de Marcus Antonius. Claudio escribe en griego, el idioma erudito de su época, cosa que permite entender su cuidadosa explicación de los chistes latinos y su traducción de un pasaje de Ennio citado por él en el original.

Algunos críticos de *Yo, Claudio*, el volumen introductorio de *Claudio, el Dios*, sugirieron que al escribirlo no había hecho más que consultar *Los anales de Tácito* y los *Doce Césares* de Suetonio, uniéndolos luego y ampliando el resultado con mi propia «imaginación vigorosa». Esto no fue así, y tampoco lo es en este volumen. Entre los escritores clásicos en los cuales me he basado para la composición de *Claudio, el Dios* se encuentran Tácito, Dion Casio, Suetonio, Plinio, Varrón, Valerio Máximo, Orosio, Frontino, Estrabón, César, Columela, Plutarco, Josefo, Diodoro Sículo, Focio, Jifilino, Zonaras, Séneca, Petronio, Juvenal, Filón, Celso, los autores de *Los hechos de los apóstoles* y de los evangelios apócrifos de Nicodemo y Santiago, y el propio Claudio, en sus cartas y discursos que han llegado hasta nuestro días. Muy pocos incidentes se dan aquí que no tengan un respaldo total de algún tipo de autoridad histórica, y espero que ninguno de ellos sea históricamente increíble. No se ha inventado personaje alguno. La parte más difícil de redactar, debido a la escasez de referencias contemporáneas, ha sido la derrota de Caractato por Claudio. Además, para una visión plausible del druidismo británico, he tenido que complementar las pocas noticias clásicas que existen al respecto con datos tomados de obras arqueológicas, de la antigua literatura celta y de relatos de la moderna cultura megalítica de las Nuevas Hébridias, donde los dólmenes y los menhires todavía se utilizan para las ceremonias. He tenido particular cuidado, en mi narración respecto del cristianismo primitivo, de no inventar nuevos libelos; sin embargo, se citan algunos antiguos, porque el propio Claudio no tenía muy buena disposición para con la iglesia y extraía la mayor parte de su información, en materia de la religión del Cercano Oriente, de su antiguo condiscípulo Herodes Agripa, el rey judío que ejecutó a Santiago y encarceló a San Pedro.

Vuelvo a agradecer a Miss Laura Riding por su cuidadosa lectura del manuscrito y sus muchas sugerencias acerca de ciertos aspectos de congruencias literarias; y al aviador T. E. Shaw por la lectura de las pruebas. Miss Jocelin Toynbee, catedrática de historia clásica en el colegio Newnham, de Cambridge, me ha proporcionado ayuda por la cual le quedo sumamente agradecido. Y debo reconocer también mi deuda para con la monografía del señor Arnaldo Momigliano acerca de Claudio, recientemente publicada en traducción por la Oxford University Press.

# Capítulo 1

## Año 41

Han transcurrido dos años desde que terminé de escribir la larga historia de cómo Yo, Tiberio Claudio Druso Nerón Germánico, el tullido, el tartamudo, el tonto de la familia, a quien ninguno de sus ambiciosos y sanguinarios parientes consideraban digno de la molestia de ejecutar, envenenar, obligar a suicidarse, desterrar a una isla desierta o matar de hambre —que fueron las maneras en que se eliminaron los unos a los otros—, los sobreviví a todos, incluso a mi insano sobrino Cayo Calígula, y de cómo un día fui aclamado inesperadamente emperador por los cabos y sargentos de la guardia de palacio. Terminé el relato en ese punto dramático, cosa que fue la menos juiciosa que un historiador profesional como yo podía hacer. Un historiador no debe interrumpir su narración en un momento de suspense. Habría debido llevar el relato por lo menos una etapa mas adelante. Habría debido contar qué pensaba el resto del ejército en cuanto al acto inconstitucional de la guardia de palacio, y qué opinaba el Senado, y qué sentía en cuanto a aceptar un soberano tan poco promisorio como yo, y si hubo después derramamiento de sangre, y cuál fue el destino que corrieron Casio Querea, Aquila, El Tigre —oficiales todos de la guardia— y Vinicio, que era el esposo de mi sobrina, y los otros asesinos de Calígula. La última cosa sobre la que escribí se refirió a los pensamientos poco pertinentes que me pasaron por la mente mientras me vitoreaban y me llevaban en torno al palacio, sentado incómodamente sobre los hombros de dos cabos de la guardia, con la corona de hojas de roble doradas de Calígula ladeada sobre la cabeza.

El motivo de que no llevase mi relato más allá fue que lo escribí menos como una historia común que como una justificación especial, como un pedido de disculpa por haber permitido que se me convirtiese en monarca del mundo romano. Se recordará, si se ha leído la historia, que tanto mi abuelo como mi padre eran republicanos convencidos, y que yo los seguía en ese sentido. Los reinados de mi tío Tiberio y de mi sobrino Calígula no hicieron más que confirmar mis prejuicios antimonárquicos. Tenía cincuenta años de edad cuando fui aclamado emperador, y a esa edad no se cambia con ligereza de color político personal. De modo que escribí, en rigor, para demostrar cuan inocente era de deseo alguno de reinar y cuan enérgica era la necesidad inmediata de ceder al capricho de los soldados. Negarme a ello habría significado no sólo mi muerte, sino la de mi esposa Mesalina, de quien estaba profundamente enamorado, y de nuestro hijo aún no nacido. (Me pregunto por qué tendrá uno sentimientos tan profundos en cuanto a un hijo no nacido.) En especial, no quería ser tachado por la posteridad como un oportunista inteligente que fingía ser un tonto, que aguardaba y esperaba el momento de enterarse de alguna intriga de palacio contra su emperador, y luego se adelantaba audazmente como candidato a la sucesión. Esta continuación de mi relato debería servir como disculpa del curso tortuoso que he seguido en mis trece años de imperio. Es decir, abrigo la esperanza de justificar los actos aparentemente incoherentes de distintas etapas de mi reinado, demostrando su relación con los principios profesados, de los cuales, lo juro, jamás -me he apartado intencionalmente. Si no puedo justificarlos, entonces por lo

menos espero demostrar la posición dificultosa en que me vi, y dejar que mis lectores decidan qué otra actitud o actitudes habría podido tomar.

De modo que para retomar el hilo del relato donde lo dejé, permítaseme decir que las cosas hubieran podido resultar mucho peores para Roma si Herodes Agripa, el rey judío, no hubiese estado aquí por casualidad de visita. Fue el único hombre que se mantuvo sereno en la crisis del asesinato de Caligula, y que salvó a todo el público del teatro del monte Palatino de ser diezmado por el batallón germano. Es extraño, pero casi hasta la última página de mi relato, mis lectores no habrán encontrado una sola referencia directa a la sorprendente historia de Herodes Agripa, si bien ella se entrelazaba estrechamente con la mía en varios puntos. El hecho de hacer justicia a sus aventuras, como dignas de ser leídas por su propia cuenta, habría significado convertirlo en una figura demasiado importante de la historia que tenía que contar: el principal centro de énfasis de la misma residía en otra parte.

Aun así, mi historia corría el constante peligro de sobrecargarse de asuntos de dudosa importancia. Estuvo bien que tomase esa decisión porque él es figura trascendente en lo que sigue, y ahora puedo, sin temor de una digresión impertinente, narrar la historia de su vida hasta el momento del asesinato de Caligula, y luego continuarla conjuntamente con la mía hasta llegar a la muerte de él. De este modo no habrá debilitamiento alguno de la unidad dramática, como habría sucedido si hubiera extendido la historia en dos libros. No quiero decir que yo sea un historiador dramático; como se habrá visto, tengo cierta desconfianza respecto del formalismo literario. Pero en rigor de verdad, no se podría escribir acerca de Herodes sin presentar la historia en un estilo un tanto teatral. Porque así vivió Herodes —como el principal actor de un drama— y así representaron los demás actores hasta el final. El suyo no fue un drama de acuerdo con la más pura tradición clásica, si bien su vida fue interrumpida al cabo, en el estilo trágico clásico, por la convencional venganza divina contra el convencional pecado griego de arrogancia. No, hubo demasiados elementos antigriegos en ella. Por ejemplo, el dios que le infligió la venganza no fue uno de los dioses de la urbana comunidad Olímpica. Fue quizá la más extraña deidad que se pueda encontrar en parte alguna de mis extensos dominios, o fuera de ellos, si vamos al caso; un dios del cual no existe imagen alguna, cuyo nombre sus devotos adoradores tienen prohibido pronunciar (si bien se cortan el prepucio en su honor y practican muchos otros ritos curiosos y bárbaros) y de quien se dice que vive solo en Jerusalén, en un antiguo armario de cedro forrado de pieles de tejón teñidas de azul, y que se niega a tener nada que ver con otras deidades del mundo, o incluso a reconocer la existencia de las mismas. Y además había tanta farsa mezclada con la tragedia, que se convertía en un tema inadecuado para cualquier dramaturgo griego de la Edad de Oro. ¡Imagínense al impecable Sófocles frente al problema de encarar en seria vena poética las deudas de Herodes! Pero como decía, ahora debo relatar, en forma más o menos prolongada, lo que no les dije antes, y lo mejor será terminar aquí la historia antigua, antes de empezar con la nueva.

De modo que aquí finalmente comienza:

## **LA HISTORIA DE HERODES AGRIPA**

Entiéndase que Herodes Agripa no tiene relación de parentesco ni vinculación por matrimonio con el Marco Vipsanio Agripa, el general de Augusto, que se casó con su única hija Julia y se convirtió gracias a ella en el abuelo de mi sobrino Cayo Calígula y de mi sobrina Agripinila. Tampoco era un liberto de Agripa, aunque también se habría

podido suponer esto, porque en Roma es costumbre que los esclavos liberados adopten el apellido de sus ex amos a modo de cumplido. No, no fue así. Recibió su nombre de su abuelo Herodes el Grande, rey de los judíos, en memoria del mismo Agripa, recientemente muerto. Porque este notable y terrible anciano debió su trono tanto a su interés por Agripa como al respaldo que le ofreció Augusto como útil aliado en el Cercano Oriente.

La familia de Herodes provenía originariamente de Edom, la región montañosa que se encuentra entre Arabia y Judea del sur. No era una familia judía. Herodes el Grande, cuya madre era una árabe, recibió la gobernación de Galilea de manos de Julio César al mismo tiempo que a su padre se le entregaba la de Judea. Entonces tenía sólo quince años de edad. Casi en el acto se vio envuelto en problemas por mandar ejecutar ciudadanos judíos sin hacerles juicio, mientras reprimía el bandidaje en su distrito, y fue llevado ante el Sanhedrín, la Suprema Corte judía. En esa ocasión mostró gran arrogancia, apareció ante los jueces con una túnica púrpura, rodeado de soldados armados, pero eludió el veredicto huyendo secretamente de Jerusalén. El gobernador romano de Siria ante el cual se presentó a pedirle protección le entregó un nuevo nombramiento en esa provincia, la gobernación de un distrito cercano al Líbano. Para abreviar, este Herodes el Grande, cuyo padre entretanto había muerto envenenado, fue nombrado rey de los judíos por orden conjunta de mi abuelo Antonio y de mi tío abuelo Augusto (u Octaviano, como se lo llamaba entonces), y gobernó durante treinta años, con severidad y gloria, sobre dominios constantemente ampliados con los botines de Augusto. Se casó con no menos de diez esposas en sucesión, entre ellas dos de sus propias sobrinas, y finalmente murió, después de varios intentos frustrados de suicidio, de la enfermedad quizá más dolorosa y desagradable conocida por la ciencia moderna. Jamás la he oído llamar con otro nombre que mal de Herodes, ni sé que nadie hubiese sufrido antes de ella, pero los síntomas eran un hambre devoradora seguida de vómitos, un estómago en putrefacción, un aliento cadavérico, gusanos bullendo en el miembro viril y un constante flujo acuoso en los intestinos. La enfermedad le provocó una angustia intolerable y llevó a la locura una naturaleza ya de por sí salvaje. Los judíos dijeron que era el castigo de su dios por los dos matrimonios incestuosos de Herodes. Su primera esposa había sido Mariamna, de la famosa familia macabea de judíos, y Herodes estuvo apasionadamente enamorado de ella. Pero una vez, cuando salió de Jerusalén para encontrarse con mi abuelo Antonio en Laodicea (Siria), dio a su chambelán órdenes secretas de que si alguna vez caía víctima de las intrigas de sus enemigos, Mariamna debía ser ejecutada, para impedir que cayese en manos de Antonio. Y en ocasión posterior hizo lo mismo cuando fue a encontrarse con Augusto en Rodas. (Tanto Antonio como Augusto tenían una mala reputación de sensualistas.) Cuando Mariamna se enteró de estas órdenes secretas, se enfureció, como es natural, y dijo, en presencia de la madre y la hermana de Herodes, cosas que habría sido más prudente no decir, porque éstas tenían celos del poder de Mariamna sobre Herodes y repitieron ante éste, en cuanto regresó, las palabras de ella, a la vez que la acusaron de haber acometido adulterio en su ausencia, como acto de resentimiento y desafío. Y nombraron al chambelán como su amante. Herodes los hizo ejecutar a ambos. Pero más tarde fue presa de tan extrema congoja y remordimiento, que cayó en una fiebre que casi lo llevó a la tumba. Y cuando se recuperó, su talante estaba tan lúgubre y feroz, que la menor sospecha lo llevaba a ejecutar incluso a sus mejores amigos y parientes más cercanos. El hijo mayor de Mariamna fue una de las muchas víctimas de la cólera de Herodes; él y su hermano fueron asesinados por una acusación instigada por un hermanastro, a quien Herodes más tarde hizo matar, de conspiración contra la vida de su



padre. Augusto comentó ingeniosamente estas ejecuciones: —Prefiero ser el cerdo de Herodes antes que el hijo de Herodes.

Porque Herodes, judío de religión, no podía comer cerdo, y sus lechones por lo tanto vivían hasta alcanzar una cómoda vejez. Ese desdichado príncipe, el hijo mayor de Mariamna, era el padre de mi amigo Herodes Agripa, a quien Herodes el Grande envió a Roma en cuanto lo dejó huérfano a la edad de cuatro años, para ser educado en la corte de Augusto.

Herodes Agripa y yo fuimos contemporáneos y tuvimos mucho trato por intermedio de mi querido amigo Postumo, el hijo de Agripa, a quien Herodes Agripa se unió con toda naturalidad. Herodes era un chico muy bien parecido, y era uno de los favoritos de Augusto, cuando éste llegaba a los claustros del Colegio de Niños para jugar al tejo y al salto y a arrojar piedras. ¡Pero qué granuja era Augusto!

Tenía un perro favorito, uno de los enormes perros guardianes del templo, de cola hirsuta, procedente de Ádranos, cerca del Etna, que no obedecía a nadie en el mundo, aparte de Augusto, a menos de que Augusto le dijese con decisión: «Obedece a tal o cual hasta que te vuelva a llamar». El animal hacía entonces lo que se le decía, con desdichadas miradas de ansiedad hacia Augusto. Y quién sabe cómo, el pequeño Herodes logró hacer que este perro, cuando estaba sediento, bebiese un cuenco de vino muy fuerte, que lo embriagó tanto como a un viejo soldado en el día de su retiro. Luego le colgó del cuello un cencerro de cabra, le pintó la cola de amarillo azafrán y las patas y el hocico de rojo púrpura, le ató a las patas vejigas de cerdo y las alas de un pato a los hombros, y lo soltó en el patio del palacio. Cuando Augusto no encontró a su favorito y llamó «Tifón, Tifón, ¿dónde estás?», y este animal de extraordinario aspecto pasó a través de los portones en su dirección, fue uno de los momentos más ridículos de la denominada Edad de Oro de la historia romana. Pero ello sucedió en el festival de Inocentes, en honor del dios Saturno, de modo que Augusto tuvo que tomarlo en buena parte. Después Herodes tenía una serpiente domesticada a la que enseñaba a atrapar ratones que solía guardar bajo su túnica durante las horas de estudio, para divertir a sus amigos cuando el preceptor volvía la espalda. Resultaba una influencia tan inquietante, que a la postre fue enviado a estudiar conmigo a las órdenes de Atenodoro, mi anciano preceptor de Tarso, de blanca barba. También intentó sus tretas de escolar con Atenodoro, por supuesto, pero éste las tomó con tan buen talante, y yo simpatiqué tan poco con ellas, porque adoraba a Atenodoro, que pronto dejó de ponerlas en práctica. Herodes era un chico brillante, de maravillosa memoria y un peculiar talento para los idiomas. En una ocasión Atenodoro le dijo:

—Herodes, preveo que algún día serás llamado a ocupar una posición de la máxima dignidad en tu país natal. Debes vivir cada hora de tu juventud en preparación de ese momento. Con tu talento, puedes llegar a ser un gobernante tan poderoso como tu abuelo Herodes.

—Eso está muy bien —replicó Herodes—, pero tengo una familia muy grande y muy mala. Es imposible que sepas qué pandilla de criminales son, porque son los más grandes pillastres que puedas encontrar en un año de viaje. No han mejorado en nada desde que mi abuelo murió hace ocho años. Por lo menos, según me dicen. No tengo la esperanza de vivir siquiera seis meses si me obligan a volver a mi país. (Esto es lo que dijo mi pobre padre cuando se educaba aquí, en Roma, en la casa de Asinio Polio. Y mi tío Alejandro, que estaba con él, dijo lo mismo. Y tenían razón. Mi tío, el rey de Judea, es el viejo Herodes renacido, pero mezquino en lugar de magnífico. Y mis tíos Filipo y Antipas son unos verdaderos lobos.

—La virtud singular puede resistir contra todos los vicios, mi princesito —dijo Atenodoro—. Recuerda que la nación judía es más fanáticamente partidaria de la virtud

que ninguna otra nación del mundo. Si te muestras virtuoso te seguirán como un solo hombre.

—La virtud judía —respondió Herodes— no se adapta muy bien a la virtud greco-romana tal como tú, Atenodoro, la enseñas. Pero muchas gracias por tus palabras proféticas. Puedes contar conmigo, si alguna vez soy rey, para que sea un rey verdaderamente bueno. Pero hasta que esté en el trono no puedo permitirme ser más virtuoso que los demás integrantes de mi familia.

En cuanto al carácter de Herodes, ¿qué puedo decir? La mayoría de los hombres — tal es mi experiencia— no son ni virtuosos ni pillastres, ni buenos ni malos. Son un poco de una cosa y un poco de otra, y, durante mucho tiempo, nada: innobles mediocridades. Pero unos pocos hombres permanecen siempre fieles a un solo carácter extremo. Estos son los hombres que dejan la señal más enérgica sobre la historia, y los dividiré en cuatro clases. Primero hay algunos granujas de corazón de piedra, de los cuales Macro, el comandante de la guardia bajo Tiberio y Calígula, fue un ejemplo notable. Luego vienen los hombres virtuosos de corazón igualmente pétreo, de los cuales Catón el Censor, mi espantajo, es un ejemplo destacado. La tercera clase es la de los hombres virtuosos de corazón de oro, como el viejo Atenodoro y mi pobre hermano asesinado, Germánico. Y finalmente —los más raros— están los pillastres de corazón de oro, y de entre éstos Herodes Agripa era el ejemplo más perfecto que imaginarse pudiera. Los pillastres de corazón de oro, estos anti-catones, son los amigos más valiosos en momentos de necesidad. No se espera nada de ellos. Carecen por completo de principios, como ellos mismos lo reconocen, y sólo consideran sus propias ventajas. Pero acúdase a ellos en un momento de necesidad y dígaseles: «Por amor de Dios, haz tal o cual cosa por mí», y es indudable que lo harán... no como un favor de amigos, sino, dirán ellos, porque concuerda con sus propios planes torcidos. Y a uno le estará prohibido agradecerles. Estos anti-catones son jugadores y manirroto. Pero esto es por lo menos mejor que ser tacaño. También se vinculan constantemente con borrachos, asesinos, hombres de negocios turbios y alcahuetes. Sin embargo, muy pocas veces se ve que la bebida les haga algún daño, y si disponen un asesinato puede tenerse la seguridad de que la víctima no será muy llorada. Y defraudan a los ricos estafadores y no a los inocentes necesitados, y no se relacionan con mujer alguna contra la voluntad de ésta. El propio Herodes insistió siempre en que era congénitamente un granuja, a lo cual yo le contestaba:

—En lo fundamental eres un hombre virtuoso que lleva puesta la máscara de la granujería.

Esto lo encolerizaba. Uno o dos meses antes de la muerte de Calígula, tuvimos una conversación de ese tipo. Al final de la misma dijo:

—¿Quieres que te hable sobre ti mismo?

—No hace falta —contesté—. Soy el Tonto Oficial de palacio.

—Bien —dijo—. Hay tontos que fingen ser sabios y sabios que fingen ser tontos, pero tú eres el primer caso que he conocido de un tonto que finge ser un tonto. Y algún día verás, amigo mío, con qué tipo de judío virtuoso estás tratando.

Cuando Postumo fue desterrado, Herodes se unió a Castor, hijo de mi tío Tiberio, y se los conoció a los dos como los jóvenes más alborotadores de la ciudad. Se la pasaban continuamente bebiendo y, si lo que se contaba acerca de ellos era cierto, empleaban la mayor parte de sus noches metiéndose por las ventanas, saliendo de ellas, riendo con guardianes nocturnos y esposos celosos y encolerizados padres de casas respetables. Herodes había heredado una buena cantidad de dinero de su abuelo, que murió cuando él tenía sólo seis años, pero lo gastó rápidamente en cuanto pudo utilizarlo. Muy pronto se vio obligado a pedir prestado. Primero pidió a sus amigos nobles, a mí entre ellos, en

una forma negligente que nos hacía difícil instarlo a que nos pagase la deuda. Cuando agotó su crédito de este modo, pidió prestado a ricos caballeros, que se sentían halagados de satisfacer sus necesidades debido a su intimidad con el hijo único del emperador. Y cuando se mostraron ansiosos en cuanto al pago de los préstamos, abordó a los libertos de Tiberio, que manejaban las cuentas imperiales, y los sobornó para que le hiciesen préstamos con dinero del Tesoro. Siempre tenía una historia preparada en cuanto a sus doradas perspectivas: se le había prometido tal o cual reino oriental, o estaba a punto de heredar tantos cientos de miles de piezas de oro de un viejo senador que se encontraba al borde de la muerte. Pero finalmente, a la edad de treinta y tres años, comenzó a acercarse al fin de sus recursos de inventiva y entonces Castor murió (envenenado por su esposa, mi hermana Livila, como nos enteramos varios años más tarde), y él se vio obligado a poner tierra de por medio entre sus acreedores y su propia persona. Habría recurrido personalmente a Tiberio en busca de ayuda, pero Tiberio había hecho una declaración pública en el sentido de que no quería volver a ver jamás a ninguno de los amigos de su hijo muerto, «por temor a revivir su pena». Por supuesto que esto sólo quería significar que sospechaba de que habían participado en la conspiración contra su vida que Seyano, su principal ministro, lo había convencido de que Castor estaba tramando. Herodes huyó a Edom, hogar de sus antepasados, y se refugió allí, en una ruinoso fortaleza del desierto. Creo que fue su primera visita al Cercano Oriente desde su infancia. En esa época su tío Antipas era gobernador (o Tetrarca, como era el título) de Galilea. Porque los dominios de Herodes el Grande habían sido divididos entre sus tres hijos sobrevivientes: a saber, ese Antipas, su hermano Arquelao, que se convirtió en rey de Judea y Samaría, y su hermano menor Filippo, que se convirtió en Tetrarca de Bashán, el país situado al este de Galilea, al otro lado del Jordán. Herodes instó entonces a su abnegada esposa Cypros, que se había unido a él en el desierto, a que hablase a Antipas en su favor. Antipas no era sólo el tío de Herodes, sino también su cuñado, ya que se había casado con su hermosa hermana Herodías, la esposa divorciada de otro de sus tíos. Al principio Cypros no aceptó, porque la carta tendría que ser dirigida a Herodías, que dominaba a Antipas por completo, y en fecha reciente había reñido con Herodías durante la visita de ésta a Roma, y jurado que jamás volvería a hablarle. Cypros protestó que prefería quedarse en el desierto, entre toda su gente bárbara pero hospitalaria, antes que humillarse frente a Herodías. Herodes amenazó con suicidarse saltando de las almenas de la fortaleza, y en rigor consiguió convencer a Cypros de que era sincero, si bien estoy seguro que jamás ha vivido hombre alguno que tuviese menos tendencias suicidas que Herodes. De modo que, en fin de cuentas, ella escribió la carta a Herodías.

Esta se sintió muy halagada por el reconocimiento de Cypros de que había estado equivocada durante la pendencia, y convenció a Antipas de que invitase a Herodes y su esposa a Galilea. Herodes fue nombrado magistrado local (con una pequeña pensión anual) en Tiberíades, la ciudad capital que Antipas había construido en honor del emperador. Pero pronto riñó con Antipas, un individuo insolente y avaro, que le hacía sentir demasiado agudamente las obligaciones bajo las cuales se hallaba.

—Pero sobrino, me debes tus alimentos diarios —le dijo un día Antipas, en un banquete al que había invitado a Herodes y Cypros, en Tiro, donde habían ido a pasar juntos las vacaciones—, y me extraña que tengas la osadía de discutir conmigo.

Herodes había estado contradiciéndolo acerca de cierto aspecto de la legislación romana.

—Tío Antipas —replicó Herodes—, esa es precisamente la observación que podía esperarse de ti.

—¿Qué quieres decir, jovencito? —preguntó Antipas, furioso.

—Quiero decir que no eres otra cosa que un patán de provincia —contestó Heredes—, tan carente de modales como ignorante de los principios de la ley que gobierna al imperio, y tan ignorante de estos principios de la ley como tacaño en tu dinero.

—Debes de estar borracho, Agripa, para hablarme de esta manera —balbuceó Antipas, con el rostro colorado.

—No con el tipo de vino que tú sirves, tío Antipas. Le tengo demasiado aprecio a mis riñones como para beberlo. ¿Dónde demonios obtienes un brebaje tan asqueroso como éste? Hace falta mucho ingenio para encontrarlo. Quizá lo rescataste de ese barco hundido desde hace tanto tiempo, que ayer estaban sacando a la superficie del puerto. ¿O hierves las heces de los jarros de vino vacíos, junto con orines de camello, y luego introduces la mezcla en esa hermosa jarra dorada?

Después de eso, por supuesto, él y Cypros y los niños tuvieron que correr a los muelles y saltar a bordo del primer barco que zarpaba. Este barco los llevó al norte, a Antioquía, la ciudad capital de Siria, y allí Heredes se presentó ante el gobernador de la provincia, de nombre Placeo, que los trató bondadosamente por respeto a mi madre Antonia, porque les sorprenderá saber que mi madre, esa virtuosa mujer que se oponía con decisión a la extravagancia y el desorden de su propia casa, había cobrado una gran simpatía hacia ese individuo incorregible. Sentía una perversa admiración por sus modales impetuosos, y él la visitaba a menudo para seguir su consejo, y con un aire de sincero arrepentimiento le hacía el relato de todas sus locuras. Ella siempre se manifestaba escandalizada por sus revelaciones, pero es indudable que extraía una gran proporción de placer de ellas, y se sentía muy halagada por la atención que Heredes le demostraba. Este jamás le pidió préstamo alguno de dinero, por lo menos con otras tantas palabras, pero ella solía prestarle voluntariamente grandes sumas, de vez en cuando, bajo la promesa de buena conducta. Parte de esa suma fue devuelta por él. En realidad era dinero mío, y Herodes lo sabía, y posteriormente me lo agradecía como si yo fuese el verdadero donante. En una ocasión le sugerí a mi madre que quizá se mostraba demasiado liberal para con Herodes, pero ella se encolerizó y dijo que si mi dinero debía ser derrochado, prefería verlo derrochado en forma decente por Herodes, en lugar de que yo me lo jugase a los dados en miserables tabernas, con mis amigos. (Había tenido que ocultar el envío de una gran suma de dinero para ayudar a mi hermano Germánico a pacificar a los amotinados del Rin, de modo que fingí que lo perdí jugando a los dados.) Recuerdo que en una ocasión le pregunté a Herodes si no se impacientaba a veces con los prolongados discursos de mi madre acerca de la virtud romana. Y me contestó:

—Admiro grandemente a tu madre, Claudio, y tienes que recordar que en el fondo soy todavía un edomita incivilizado, y que por lo tanto es para mí un gran privilegio recibir sermones de una matrona romana de la más noble sangre y de carácter tan puro. Además, habla el latín más perfecto de toda Roma. Aprendo más de tu madre, en una sola de sus disertaciones, en cuanto a la adecuada ubicación de frases subordinadas y a la elección exacta de adjetivos, de lo que aprendería asistiendo a todo un curso de lecciones de un gramático profesional.

Ese gobernador de Siria, Placeo, había servido a las órdenes de mi padre, y por lo tanto sentía gran admiración por mi madre, que siempre acompañaba a aquél en sus campañas. Después de la muerte de mi padre hizo a mi madre una oferta de matrimonio, pero ella lo rechazó, diciendo que, si bien lo amaba como a un queridísimo amigo y continuaría haciéndolo, el glorioso recuerdo de su esposo le impedía volver a casarse. Además, Placeo era mucho más joven que ella y si se casaban habría murmuraciones muy desagradables. Los dos continuaron una cálida correspondencia durante muchos

años, hasta que Placeo murió, cuatro años antes que mi madre. Herodes estaba enterado de esta correspondencia y conquistó la buena voluntad de Placeo con frecuentes referencias a la bondad de espíritu de mi madre, y a su belleza y bondad. Placeo no era un dechado de moral; en Roma era famoso como el hombre que en una ocasión, desafiado por Tiberio en un banquete, bebió con él copa tras copa, durante un día y dos noches ininterrumpidos. Como cortesía a su emperador, permitió que Tiberio vaciase la última copa al alba del segundo día y resultara victorioso. Pero era evidente que Tiberio estaba agotado y Placeo, de acuerdo con los testigos, habría podido continuar bebiendo por lo menos una o dos horas más. De modo que Placeo y Herodes se entendían a la perfección. Por desgracia el hermano menor de Herodes, Aristóbulo, se encontraba también en Siria y los dos no eran amigos. En una oportunidad Herodes obtuvo algún dinero de él, prometiendo invertirlo en una empresa comercial en la India, y después le dijo que los barcos habían naufragado. Pero resultó que los barcos no sólo no habían naufragado sino que jamás salieron del puerto. Aristóbulo se quejó a Placeo de esta estafa, pero éste le dijo que tenía la seguridad de que estaba en un error en cuanto a la deshonestidad de su hermano, y que no quería tomar parte en el asunto, ni siquiera para actuar como adjudicador. Pero Aristóbulo vigiló de cerca a Herodes, consciente de que éste necesitaba dinero y sospechando de que lo conseguiría por algún juego de prestidigitación. Entonces lo extorsionaría para que le pagase la antigua deuda.

Uno o dos años más después hubo una disputa de límites entre Sidón y Damasco, y los hombres de Damasco, que sabían hasta qué punto dependía Placeo de Herodes para su asesoramiento en el arbitraje de este tipo de problemas —debido al notable dominio que Herodes tenía de los idiomas y a su capacidad, sin duda heredada de su abuelo Herodes, para seleccionar las pruebas contradictorias ofrecidas por los orientales—, enviaron a Herodes una delegación secreta que le ofreció una gran suma de dinero, ya no me acuerdo cuánto, si convencía a Placeo de que dictase un veredicto en su favor. Aristóbulo se enteró de esto, y cuando el caso quedó concluido y solucionado en favor de Damasco por la persuasiva argumentación de Herodes, fue a ver a éste y le dijo lo que sabía, agregando que ahora esperaba el pago de la deuda anterior. Herodes se enojó de tal modo, que Aristóbulo tuvo suerte de escapar con vida. Resultaba evidente que no se lo podía atemorizar para que pagase un solo centavo, de modo que Aristóbulo fue a ver a Placeo y le habló sobre los sacos de oro que pronto llegarían para Herodes desde Damasco. Placeo los interceptó en las puertas de la ciudad y mandó llamar a Herodes, quien, dadas las circunstancias, no podía negar que habían sido enviados en pago de servicios prestados en el asunto de la disputa de límites. Pero encaró las cosas con audacia y le rogó a Placeo que no considerase el dinero como un soborno, porque, cuando presentó sus evidencias en favor del caso se atuvo estrictamente a la verdad: Damasco tenía la justicia de su parte. Además le dijo a Placeo que los de Sidón también le habían enviado una delegación, a la que hizo despedir, diciéndoles que no podía hacer nada para ayudarlos porque no les asistía derecho alguno.

—Supongo que Sidón no te ofreció tanto dinero como Damasco —se burló Placeo.

—No me insultes —replicó virtuosamente Herodes.

—Me niego a que la justicia de un tribunal romano sea comprada y vendida como una mercancía. —Placeo se sentía intensamente irritado.

—Tú mismo juzgaste el caso, mi señor Placeo —dijo Herodes.

—Y tú me convertiste en un tonto en mi propio tribunal —rugió Placeo—. He terminado contigo, puedes irte al infierno, por lo que a mí respecta, y por el camino más breve.

—Me temo que tendrá que ser por el camino de Tenaro —dijo Herodes—, porque si muero ahora no tendré un centavo en la bolsa para pagarle al botero. (Tenaro es el

promontorio situado más al sur del Peloponeso, desde el cual hay un atajo hasta el infierno que alude la Estigia. Por ese camino arrastró Hércules al Can Cerbero hasta el Mundo de Arriba. Los ahorrativos nativos de Tenaro entierran a sus muertos sin la acostumbrada moneda en la boca, sabiendo que no la necesitarán para pagar a Caronte su transporte.) Luego Herodes dijo:

—No debes perder los estribos conmigo, Placeo. Ya sabes cómo son las cosas. No creía que estuviese haciendo mal. A un oriental como yo, incluso con casi treinta años de educación en la ciudad, le resulta difícil entender los escrúpulos de los nobles romanos en un caso de este tipo. Yo veo las cosas de esta manera: los de Damasco me emplearon como un tipo de abogado en su defensa, y en Roma a los abogados se les paga enormes honorarios, y jamás se atienen tanto a la verdad, cuando presentan sus argumentaciones, como lo hice yo. Y por cierto que les presté un buen servicio a los de Damasco, al presentar su caso tan lúcidamente ante ti. Entonces, ¿qué daño pude haber hecho cuando acepté el dinero que me enviaron voluntariamente? No es como si hubiese anunciado en público que tenía influencia sobre ti. Me halagaron y me sorprendieron al sugerir que pudiera ser así. Además, como la señora Antonia, esa mujer extraordinariamente sabia y hermosa, me ha señalado con frecuencia...

Pero era inútil apelar siquiera el cariño de Placeo por mi madre. Le dio a Heredes veinticuatro horas de plazo, y dijo que si para entonces no estaba ya en camino fuera de Siria, se encontraría ante el tribunal, con una acusación criminal.

## Capítulo 2

—¿Y adonde podemos ir ahora? —preguntó Herodes a Cypros.

—Mientras no me pidas que vuelva a humillarme escribiendo cartas de súplica que antes que escribir preferiría la muerte —respondió Cypros con tono de desdicha—, no me importa adonde vayamos. ¿Está la India lo bastante lejos de nuestros acreedores?

—Cypros, reina mía —dijo Herodes—, sobreviviremos a esta aventura como hemos sobrevivido a tantas otras, y viviremos juntos hasta alcanzar una vejez próspera y feliz. Y te hago mi solemne juramento de que todavía llegarás a reírte de mi hermana Herodías, antes de que haya terminado con ella y su esposo.

—¡Esa horrible prostituta! —exclamó Cypros con verdadera indignación judía.

Porque, como he dicho, Herodías no sólo había cometido incesto al casarse con su tío, sino que se había divorciado de él a fin de casarse con su otro tío Antipas, más rico y más poderoso. Los judíos podían perdonar a veces el incesto, porque el matrimonio entre tío y sobrina era práctica común entre las familias reales de Oriente, en especial entre las familias de Armenia y Partía, y la familia de Herodes no era de origen judío. Pero el divorcio era considerado con la máxima repugnancia por cada judío honrado (como antes por cada romano honrado), como vergonzoso para el marido y para la esposa. Y nadie que se hubiese visto en la desagradable necesidad de divorciarse consideraría el divorcio como el camino hacia un nuevo matrimonio. Pero Herodías había vivido lo bastante en Roma como para reírse de estos escrúpulos. En Roma todos los que tienen alguna importancia se divorcian más tarde o más temprano. (Nadie, por ejemplo, me llamaría a mí un libertino, y sin embargo me he divorciado ya de tres esposas y podría llegar a divorciarme de la cuarta.) De modo que Herodías era sumamente impopular en Galilea. Aristóbulo fue a ver a Placeo y le dijo:

—En reconocimiento de mis servicios, Placeo, ¿no querrías tener la generosidad de entregarme el dinero confiscado a Damasco? Cubriría casi la deuda que tiene Herodes conmigo... la estafa de que te hablé hace unos meses.

—Aristóbulo —dijo Placeo—, no me has hecho ningún servicio. Has sido el motivo de una ruptura entre mi consejero más capaz y yo, y lo echo de menos más de lo que podría decirte. Por motivos de disciplina gubernamental he tenido que expulsarlo, y por cuestiones de honor no puedo volver a llamarlo. Pero si no hubieras sacado a la luz ese soborno, nadie se hubiera enterado y yo todavía contaría con Herodes para consultarlo en materia de complicados problemas locales que desconciertan en absoluto a un sencillo occidental como yo. Lo lleva en la sangre, ¿entiendes? En rigor yo he vivido en el Oriente mucho más tiempo que él, pero él instintivamente sabe qué hacer en casos en que yo sólo puedo adivinar con torpeza.

—¿Y qué te parezco yo? —preguntó Aristóbulo—. Quizá pueda yo ocupar el puesto de Herodes.

—¿Tú, hombrecito? —exclamó Placeo con desprecio—. Careces del toque de Herodes. Y lo que es más, jamás lo adquirirás. Lo sabes tan bien como yo.

—¿Pero y el dinero? —preguntó Aristóbulo.

—Si no es para Herodes, menos será para ti. Pero para evitar toda mala voluntad entre nosotros, pienso enviarlo de vuelta a Damasco. —Y lo hizo. Los de Damasco deben de haber pensado que estaba loco.

Al cabo de un mes, Aristóbulo, que había dejado de ser visto con simpatía en Antioquía, decidió establecerse en Galilea, donde tenía una finca. Había sólo dos días de viaje de allí a Jerusalén, ciudad que le agradaba visitar en todos los importantes festivales judíos, ya que tenía más inclinaciones religiosas que el resto de su familia. Pero no deseaba llevar todo su dinero consigo a Galilea, porque si llegaba a reñir con su tío Antipas podía verse obligado a salir de prisa, y Antipas quedaría más rico gracias a ello. Por lo tanto decidió trasladar la mayor parte de su crédito de una firma bancaria de Antioquía a otra de Roma, y me escribió, como a un amigo de la familia digno de confianza, otorgándome la autoridad para invertirlo en propiedades territoriales a su nombre, según se presentase la oportunidad.

Herodes no pudo regresar a Galilea. Y también había reñido con su tío Filipo, el tetrarca de Bashán, por cuestión de algunas propiedades de su padre que Pilipo había malversado, y el gobernador de Judea y Samaría —porque el tío mayor de Herodes, el rey, había sido expulsado por desgobierno unos años antes y su reino proclamado provincia romana— era Poncio Pilatos, uno de sus acreedores. Herodes no deseaba retirarse permanentemente a Edom —no era amante de los desiertos—, y su posibilidad de que en Egipto lo recibiera bien la gran colonia judía de Alejandría era muy poco considerable. Los judíos alejandrinos son absolutamente estrictos en sus observancias religiosas, casi más estrictos que sus compatriotas de Jerusalén, si eso es posible, y Herodes, de tanto vivir en Roma, había caído en costumbres relajadas, especialmente en materia de alimentación. A los judíos les está prohibido, por su antiguo estadista Moisés, y según entiendo por motivos higiénicos, comer una variedad de carnes comunes. No se trata solamente de la carne de cerdo —se podrían presentar varios argumentos contra el cerdo, quizás—, sino también de la de liebre y conejo, y de otras carnes perfectamente saludables. Y lo que comen debe ser muerto de cierto modo. Les están prohibidos los patos salvajes que han sido derribados por una pedrada de honda, o un ave a la que se le ha retorcido el cuello, o el venado cobrado con arco y flecha. A todos los animales que comen tienen que cortarles la garganta y dejarlos que se desangren. Además, tienen que hacer de cada séptimo día una jornada de descanso absoluto. Sus criados no pueden trabajar, ni siquiera cocinar o encender la hornalla. Y tienen días de duelo nacional en conmemoración de antiguas desgracias, que a menudo chocan con las festividades romanas. Mientras vivía en Roma, a Herodes le había sido imposible ser al mismo tiempo un estricto judío y un popular miembro de la alta sociedad, y por lo tanto prefirió el desprecio de los judíos al de los romanos. Decidió no probar suerte en Alejandría ni perder más tiempo en el Cercano Oriente, donde todas las puertas parecían cerradas para él. Se refugiaría en Partía, donde el rey lo recibiría como a un útil agente en sus designios contra la provincia romana de Siria, o bien regresaría a Roma y se pondría bajo la protección de mi madre. Quizá le fuese posible explicar el malentendido con Placeo. Rechazó la idea de Partía, porque ir allí significaría una completa ruptura con su antigua vida, y tenía mayor confianza en el poder de Roma que en el de Parda, y además sería una tontería tratar de cruzar el Eufrates, entre Siria y Partía, sin el dinero necesario para sobornar a los guardias de frontera, que tenían orden de no permitir la entrada de ningún refugiado político, de modo que finalmente eligió a Roma.

¿Y llegó allí a salvo? Ya se verá. No tenía siquiera dinero suficiente para pagar su pasaje marítimo: había estado viviendo a crédito en Antioquía, y en gran estilo. Y si bien Aristóbulo se ofreció a prestarle lo suficiente como para llegar hasta Rodas, se



negó a humillarse aceptando el dinero. Además, no podía arriesgarse a comprar pasaje en un barco que bajase por el Orontes, por miedo a ser arrestado en el muelle por sus acreedores. De pronto pensó en alguien de quien quizá pudiese obtener algún dinero, un esclavo de su madre que ésta había legado en el testamento a mi madre Antonia y a quien mi madre liberó y estableció como vendedor de trigo en Acre, ciudad costera situada un poco más al sur de Tiro. El esclavo le pagaba un porcentaje de sus ganancias, y le iba bastante bien. Pero el territorio de Sidón se interponía entre el hombre y Herodes, y éste, en rigor, había aceptado también un regalo de los de Sidón, además del de los de Damasco. De modo que no podía permitirse el lujo de caer en sus manos. Envió a un liberto digno de confianza a que pidiese prestado a ese hombre de Acre y escapó de Antioquía, disfrazado, viajando hacia el este, que era la única dirección que nadie esperaba que tomase, con lo cual eludió las persecuciones. Una vez en el desierto sirio, describió un amplio círculo hacia el sur, en un camello robado, eludió a Bashán, la tetrarquía de su tío Filipo, y Pétreá (o, como algunos la llaman, Gilead, el fértil territorio trasjordano sobre el cual gobernaba su tío Antipas, lo mismo que sobre Galilea), y contorneó el extremo más lejano del mar Muerto. Llegó a salvo a Edom, donde fue recibido calurosamente por sus salvajes parientes, y esperó, en la misma fortaleza del desierto en que había esperado antes, a que llegase su liberto con el dinero. El liberto consiguió el dinero, 20.000 dracmas de Ática. Como el dracma del Ática vale algo más que la pieza romana de plata, la suma equivalía a más de 900 piezas de oro. Por lo menos, había entregado el pagaré de Herodes por esa suma, y habría llegado con los 20.000 dracmas completos si el vendedor de trigo de Acre no hubiese deducido 2.500, de los cuales acusaba a Herodes de haberlo defraudado unos años antes. El honesto liberto temía que su amo se encolerizaría con él por no haberle llevado todo el dinero, pero Herodes rió y dijo:

—Contaba con que esos 2.500 me asegurarían el resto de los 20.000. Si ese avaro no hubiese creído que se burlaba de mí al hacer que el pagaré cubriese la antigua deuda, jamás hubiera soñado con prestarme dinero alguno. Porque debe de saber en qué aprietos me encuentro.

De modo que Herodes ofreció una gran fiesta a los hombres de la tribu y luego se dirigió cautelosamente al puerto de Antedón, cerca de la ciudad filistea de Gaza, donde la costa comienza a curvarse hacia el oeste, en dirección a Egipto. Allí Cypros y sus hijos lo esperaban, disfrazados, a bordo del pequeño carguero en el cual habían zarpado desde Antioquía, y que había sido fletado para llevarlos a Italia por vía Egipto y Sicilia. Precisamente en el momento en que se cambiaban afectuosos saludos entre todos los miembros de la familia tan dichosamente reunida, un sargento y tres soldados romanos aparecieron al costado del barco, en un bote a remo, con una orden para el arresto de Herodes. El gobernador militar local había firmado el mandamiento, cuyo motivo era la falta de pago el tesoro público de una deuda de 12.000, piezas de oro. Herodes leyó el documento y dijo a Cypros:

—Considero esto como un signo auspicioso. El tesorero ha reducido mis deudas de 40.000 a unas pocas 12.000. Tenemos que ofrecerle un banquete realmente espléndido cuando regresemos a Roma. Es claro, le he hecho muchos favores cuando estuve en Oriente, pero 28.000 piezas de oro es una compensación generosa.

—Perdóname, príncipe —intervino el sargento—, pero en realidad no puedes pensar en banquetes en Roma hasta que hayas visto al gobernador por esta deuda. Tiene órdenes de no dejarte zarpar hasta que la hayas pagado.

—Por supuesto, la pagaré —replicó Herodes—. Se me había escapado de la memoria. Una cosa de nada. Vete ahora en el bote y dile a su excelencia el gobernador que estoy completamente a su servicio, pero que su bondadoso recordatorio de mi deuda

al Tesoro ha llegado en un momento inconveniente. Acabo de reunirme con mi abnegada esposa, la princesa Cypros, de la cual estuve separado durante seis semanas. ¿Eres hombre de familia, sargento? Entonces entenderás cuan ansiosamente deseamos estar juntos y a solas. Puedes dejar a tus dos soldados a bordo, como guardia, si no nos tienes confianza. Vuelve en el bote dentro de tres o cuatro horas y estaremos dispuestos a desembarcar. Y he aquí una prueba de mi gratitud. —Entregó al sargento 100 dracmas, ante lo cual el sargento, dejando a los guardias a bordo, remó hacia la costa sin más demora. Una hora o dos más tarde había anochecido y Herodes cortó las amarras del navío y puso rumbo hacia alta mar. Fingió que se dirigía hacia el norte, hacia el Asia Menor, pero pronto cambió de rumbo y viró hacia el suroeste: se dirigía a Alejandría, donde creía que podía probar suerte con los judíos.

Los dos soldados fueron repentinamente capturados, amarrados y amordazados por la tribulación, que los hizo intervenir en un juego de dados. Pero Herodes los puso en libertad tan pronto como estuvo seguro de que no era perseguido y les dijo que los depositaría a salvo en Alejandría, si se comportaban con sensatez. Sólo estipuló que a su llegada allí fingiesen ser su guardia militar durante uno o dos días, y les prometió, en compensación, pagarles el pasaje de regreso a Antedón. Los nombres aceptaron apresuradamente, temiendo ser arrojados por la borda si no lo complacían. Habría debido mencionar que Cypros y los niños fueron ayudados en Antioquía por un samaritano de mediana edad llamado Silas, el amigo más fiel de Herodes. Era un individuo de aspecto lúgubre, de sólida contextura, enorme barba cuadrada y negra, y en una ocasión sirvió en la caballería nativa como comandante de tropas. Recibió dos condecoraciones militares por sus servicios contra los partos, y en varias oportunidades Herodes le ofreció hacerlo ciudadano romano, pero Silas rechazó siempre el honor con el pretexto de que si se convertía en romano se vería obligado a afeitarse la barba, al estilo romano, y que jamás consentiría en hacer eso. Silas ofrecía constantemente a Herodes buenos consejos que éste nunca aceptaba, y cada vez que Herodes se veía en dificultades, su amigo solía decir: «¿Qué te había dicho? No escuchas lo que te digo». Se enorgullecía de su brusquedad de lenguaje, y carecía lamentablemente de todo sentido del tacto. Pero Herodes lo soportaba porque podía tenerle confianza en la buena y en la mala. Silas había sido su único compañero durante la primera huida a Edom, y después, a no ser por él, la familia no habría podido escapar de Tiro el día que Herodes insultó a Antipas. Y en Antioquía fue Silas quien proporcionó a Herodes su disfraz para escapar de sus acreedores, además de proteger a Cypros y los niños, y de encontrar el barco para ellos. Cuando las cosas iban realmente mal, Silas se mostraba del mejor y más alegre humor, porque entonces sabía que Herodes necesitaría sus servicios y le daría una oportunidad para decir: «Estoy enteramente a tu disposición, Herodes Agripa, mi querido amigo, si puedo llamarte así. Pero si hubieses aceptado mis consejos esto no habría ocurrido jamás». En épocas de prosperidad se volvía cada vez más lúgubre, y parecía recordar con pena los malos tiempos antiguos de pobreza y desgracia, e incluso los estimulaba a volver con sus advertencias a Herodes de que si continuaba en su actual actitud (fuese cual fuere), terminaría arruinado. Pero las cosas estaban ahora lo bastante mal como para hacer de Silas el más alegre de los compañeros. Intercambiaba bromas con la tripulación y contaba a los niños largas historias complicadas acerca de sus aventuras militares. Cypros, que por lo general se sentía irritada con el carácter aburrido de Silas, se sintió ahora avergonzada de su tosquedad para con este amigo de corazón de oro.

—Fui educada en el prejuicio judío contra los samaritanos —dijo a Silas—, y tienes que perdonarme si he necesitado todos estos años para superarlo.

—Yo también debo pedirte perdón, princesa —replicó Silas—; perdón, quiero decir, por mi rudeza de lenguaje. Pero tal es mi naturaleza. Y debo tomarme la libertad de decir que si tus amigos y parientes judíos fuesen en general un poco menos rectos y un poco más caritativos, me gustarían más. Un primo mío viajaba una vez, por motivos de negocios, de Jerusalén a Jericó. Se encontró con un pobre judío que yacía, herido y desnudo, al costado del camino. Había sido atacado por bandidos; mi primo le limpió las heridas y las vendó lo mejor que pudo, y luego lo llevó, en su caballo, a la posada más cercana, donde pagó por anticipado su cuarto y su alimentación para unos cuantos días —el posadero insistió en el pago por anticipado—, y luego lo visitó a su regreso de Jericó y lo ayudó a volver a su casa. Bueno, eso no fue nada, los samaritanos estamos hechos así, para mi primo fue una cosa de todos los días, pero lo gracioso del caso fue que había tres o cuatro judíos adinerados —un sacerdote entre ellos—, a quienes mi primo había encontrado cabalgando en dirección contraria a él, un poco antes de encontrar al herido, y que sin duda debían haberlo visto echado sobre el camino, pero como no era pariente de ellos lo dejaron allí para que se muriese, y siguieron cabalgando, aunque el hombre gemía y pedía ayuda en los tonos más lamentables. El posadero también era judío. Le dijo a mi primo que entendía perfectamente la hostilidad de los viajeros a ocuparse del herido; si hubiese muerto en sus manos, habrían quedado ritualmente impuros por tocar un cadáver, cosa que hubiera resultado un gran inconveniente para ellos mismos y su familia. El sacerdote, explicó el posadero, se encontraba probablemente en camino a Jerusalén, a rendir culto en el templo. Y él menos que nadie podía arriesgarse a tocar un cadáver. Bueno, gracias a Dios soy samaritano y hombre de lengua pronta. Digo lo que pienso. Yo...

—Mi querida Cypros, ¿no es éste un relato sumamente instructivo? —interrumpió Herodes—. Y si el pobre hombre hubiese sido un samaritano, no habría tenido suficiente dinero como para que los bandidos considerasen provechoso robarle.

En Alejandría, Herodes, acompañado de Cypros, los niños y los dos soldados, fue a ver al magistrado principal de la colonia judía de allí, o alabarca, como se lo llamaba. El alabarca era responsable ante el gobernador de Egipto por la buena conducta de sus correligionarios. Tenía que ocuparse de que pagasen sus impuestos con regularidad, y de que se abstuviesen de motines callejeros con los griegos y otras violaciones del orden. Herodes saludó al alabarca con dulzura y muy pronto le pidió un préstamo de 8.000 piezas de oro, ofreciéndose en cambio a utilizar su influencia ante la corte imperial, en beneficio de los judíos alejandrinos. Dijo que el emperador Tiberio le había escrito pidiéndole que fuese a Roma de inmediato para aconsejarlo respecto de algunos asuntos orientales, y que en consecuencia había partido de Edom, donde visitaba a sus primos, con gran prisa y poco dinero en su bolso para gastos de viaje. Los guardias romanos le parecieron al alabarca una prueba impresionante de la veracidad de la historia de Herodes, y consideró que en verdad le resultaría muy útil tener un amigo influyente en Roma. Últimamente había habido motines en los cuales los judíos fueron los agresores y causaron grandes daños a propiedades griegas. Tiberio podía sentir la inclinación a reducir sus privilegios, que eran considerables. Alejandro, el alabarca, era un antiguo amigo de mi familia. Había actuado como administrador de una gran propiedad de Alejandría que fue dejada a mi madre en el testamento de mi abuelo Marco Antonio, y que Augusto, para complacer a mi abuela Octavia, le permitió heredar, si bien canceló la mayor parte de los demás legados. Mi madre entregó esta propiedad como dote a mi padre, cuando se casó con él, y luego pasó a manos de mi hermana Livila, quien la entregó como dote a Castor, hijo de Tiberio, cuando se casó con él. Pero Livila la vendió muy pronto, porque hacía una vida extravagante y necesitaba el dinero, y el alabarca perdió la administración de la finca. Después de ello,

la correspondencia entre él y mi familia cesó en forma gradual, y aunque mi madre utilizó su interés con Tiberio para elevarlo a su actual dignidad, y si bien podía suponerse que todavía guardaba buena disposición hacia él, el alabarca no estaba seguro de la medida en que podía contar con su apoyo, si se veía complicado en alguna perturbación política. Y bien, sabía que Herodes había sido en una ocasión un amigo íntimo de la familia, y por lo tanto le habría prestado dinero sin vacilaciones si hubiese estado seguro de que Herodes seguía en buenos términos con nosotros. Pero no podía tener esa seguridad. Interrogó a Herodes sobre mi madre, y aquél, como había previsto con claridad la situación y tuvo la bastante astucia como para no ser el primero en mencionar el nombre de ella, respondió que gozaba de la mejor salud y el mejor estado de ánimo, la última vez que le escribió. Llevaba consigo, como por accidente, una cordial carta de mi madre, que le había escrito antes de partir él de Antioquía, y en la cual le incluía una lista detallada de las noticias de la familia. Se la entregó al alabarca para que la leyera, y éste se sintió más impresionado aún por la carta que por los guardias. Pero la carta terminaba con la esperanza de que Herodes estuviera finalmente establecido en una útil vida política, en el personal de su estimado amigo Placeo, y el alabarca acababa de enterarse, por amigos de Antioquía, que Placeo y Herodes habían reñido, y además no podía estar seguro de que Tiberio hubiese realmente escrito la carta de invitación... que Herodes no se ofreció a mostrarle. No lograba decidirse en cuanto a si debía prestar el dinero o no. Pero acababa de resolver que lo prestaría, cuando uno de los soldados secuestrados, que entendía un poco de hebreo, dijo:

—Dame sólo ocho piezas de oro, alabarca, y te ahorraré 8.000.

—¿Qué quieres decir, soldado? —preguntó el alabarca.

—Este hombre es un estafador y un fugitivo de la justicia. No somos sus guardias, sino dos hombres a quienes ha secuestrado. Hay un mandamiento imperial para su arresto a causa de una gran deuda que tiene contraída en Roma.

Cypros salvó la situación cayendo a los pies del alabarca y sollozando:

—Por tu antigua amistad con mi padre Fasael, ten piedad de mí y de mis pobres hijos. No nos condenes a la mendicidad y a la destrucción total. Mi querido esposo no ha cometido estafa alguna. La esencia de lo que te ha dicho es perfectamente cierta, si bien ha teñido un tanto los detalles. Estamos en verdad en viaje a Roma, y debido a los recientes cambios políticos abrigamos las más doradas esperanza para cuando lleguemos allí. Y si nos prestas dinero suficiente para salir de nuestras actuales dificultades, el Dios de nuestros padres te recompensará mil veces. La deuda por culpa de la cual mi querido Herodes estuvo a punto de ser arrestado es un legado de su irreflexiva juventud. Una vez que lleguemos a Roma, encontrará muy pronto medios honrados de saldarla. Pero caer en manos de sus enemigos del gobierno sirio sería su ruina, la de mis hijos y la mía.

El alabarca se volvió hacia Cypros, cuya fidelidad a Herodes en sus desgracias le arrancó casi lágrimas de los ojos, y le preguntó, bondadosamente pero con cautela.

—¿Observa tu esposo la ley?

Herodes la vio vacilar un poco y habló por sí mismo.

—Tienes que recordar, señor, que soy un edomita de sangre. No puedes esperar tanto de un edomita como de un judío. Edom y los judíos son hermanos de sangre a través de nuestro antepasado común el patriarca Isaac. Pero antes de que judío alguno se felicite por los favores especiales de Dios hacia su nación, que reduerde cómo Esaú, el antepasado de Edom, fue despojado de su derecho de primogenitura y de la bendición de su padre por Jacob, el antepasado de los judíos. No me impongas transacciones difíciles, alabarca; muestra a un edomita acongojado e impróvido más compasión de la que tuvo el viejo Jacob, o, por la vida de mi señor Dios, la próxima cucharada de potaje

de lentejas rojas que te llesves a la boca te ahogará sin duda. Hemos perdido nuestro derecho de primogenitura a manos de ustedes, y con él el favor de Dios, y en compensación sólo les pedimos la generosidad de corazón que nosotros jamás hemos dejado de mostrar. Recuerda la magnanimidad de Esaú cuando, al encontrarse con Jacob por casualidad en Peniel, no lo mató.

—¿Pero observas la ley? —preguntó el alabarca, impresionado por la vehemencia de Herodes e incapaz de contradecir sus referencias históricas.

—Estoy circuncidado, lo mismo que mis hijos, y yo y toda mi casa hemos guardado siempre la ley revelada a nuestro antepasado Moisés, -tan estrictamente como nos lo permitía nuestra difícil situación de ciudadanos romanos y nuestra imperfecta conciencia de edomitas.

—No hay dos caminos hacia la rectitud —dijo el alabarca con rigidez—. O bien se observa la ley, o se la viola.

—Y sin embargo he leído que el Señor en una ocasión permitió que Naamán, el prosélito sirio, adorase en el templo de Rimmón, al lado del rey, su amo —dijo Herodes—. Y Naamán resultó ser un muy buen amigo de los judíos, ¿no es cierto?

Al cabo el alabarca dijo a Herodes:

—Si te presto este dinero, ¿me jurarás en nombre del Señor —Gloria Imperecedera para él— respetar Su Ley en la medida en que de ti dependa, y adorar a Su Pueblo y jamás, por pecado de comisión u omisión, ofender a Su Majestad?

—Juro por su Santísimo Nombre —dijo Herodes—, y que mi esposa Cypros y mis hijos sean mis testigos, que en adelante lo honraré con toda mi alma y con todas mis fuerzas, y que amaré y protegeré constantemente a Su Pueblo. Si alguna vez blasfemo voluntariamente, por dureza de corazón, que los gusanos que se alimentaron de la carne viva de mi abuelo Herodes se alimenten también de la mía y me consuman totalmente.

De modo que consiguió el préstamo. Como me dijo más tarde: —Habría jurado cualquier cosa en el mundo con tal de poner mi mano sobre el dinero. Estaba en un serio aprieto.

Pero el alabarca impuso otra dos condiciones. La primera era la de que Herodes sólo recibiría ahora el equivalente, en plata, de 4.000 piezas de oro, y el resto del dinero se lo entregaría a su llegada a Italia. Porque todavía no tenía una confianza total en Herodes. Podía ocurrírsele huir a Marruecos o Arabia con el dinero. La segunda condición era la de que Cypros llevase a los niños a Jerusalén, para ser educados allí como buenos judíos, bajo la vigilancia del cuñado del alabarca, el Sumo Sacerdote. Herodes y Cypros aceptaron, tanto más alegremente cuanto que sabían que ningún niño o niña bien parecido de la alta sociedad romana estaba a salvo de los antinaturales apetitos de Tiberio.-(Mi amigo Vitelio había sido despojado de uno de sus hijos; en Capri, bajo el pretexto de que se le ofrecería allí una educación liberal, y se colocó al niño entre los sucios espintriai nos, de modo que la personalidad del chico quedó deformada. El nombre de «espintriano» le quedó para toda la vida, y no conozco» un hombre peor que él.) Bien, decidieron que Cypros volvería a unirse a él en Roma, en cuanto hubiese establecido a los niños en Jerusalén.

Lo que hizo que Herodes fuese a Alejandría a pedir dinero prestado al alabarca fue el rumor que su liberto le había traído de Acre, en cuanto a la caída de Seyano.. En Alejandría fue plenamente confirmado. Seyano era el ministro más fiel de mi tío Tiberio, pero había conspirado con mi hermana Livila para matarlo y usurpar la monarquía. Mi madre descubrió la conjura y advirtió a Tiberio; y éste, con la ayuda de mi sobrino Calígula y del villano Macro, de corazón de piedra, logró muy pronto aplastar a Seyano. Luego se descubrió que Livila había envenenado a su esposo Castor siete años antes, y que Castor, en fin de cuentas, no fue nunca el traidor a su padre que

Seyano afirmó que era. De modo que, naturalmente, la estricta regla de Tiberio contra la reaparición en su presencia de ninguno de los antiguos amigos de Castor debía ser ahora considerada como anulada. Y el patrocinio de mi madre resultaba ahora más valioso que nunca. Si no hubiera sido por esta noticia, Heredes no hubiese perdido jamás su tiempo y su dignidad tratando de pedir dinero prestado al alabarca. Los judíos son generosos pero cuidadosos. Prestan a sus compatriotas judíos necesitados, si han caído en desgracia sin culpa ni pecado propio, y les prestan sin cargarles interés alguno, porque está prohibido en su ley. Su única recompensa es el sentimiento de virtud. Pero no prestan nada a ninguno que no sea judío, aunque esté muriendo de hambre, y menos a un judío que se ha «colocado fuera de la congregación», como lo llaman, por seguir costumbres antijudías en tierras extranjeras, a menos de que estén seguros de que recibirán alguna recompensa sustancial por su generosidad.

## Capítulo 3

Mi madre y yo no supimos del regreso de Herodes a Italia hasta que un día nos llegó una apresurada nota de él, en la que decía que venía a visitarnos, y agregaba misteriosamente que contaba con nuestra ayuda para superar una gran crisis.

—Si lo que necesita es dinero —dije a mi madre—, la respuesta es que no tenemos ninguno.

Y en verdad no teníamos ya dinero para malgastar en esa ocasión, como he explicado en mi libro anterior. Pero mi madre dijo:

—Es mezquino hablar de ese modo, Claudio. Siempre has sido un patán. Si Herodes necesita dinero porque se encuentra en dificultades tenemos que encontrarlo de una u otra manera. Se lo debo a la memoria de su madre muerta, Berenice. A despecho de sus extrañas costumbres religiosas, Berenice fue una de mis mejores amigas. ¡Y tan espléndida administradora de la casa!

Hacía unos siete años que mi madre no veía a Herodes, y lo echaba mucho de menos. Pero él había sido un corresponsal asiduo, le escribía acerca de cada uno de sus problemas, y en forma tan divertida, que parecían las aventuras más deliciosas que pudiese encontrarse en cualquier libro de historias griegas, en lugar de verdaderos problemas. Quizá la carta más alegre de todas fue la que escribió desde Edom, poco después de partir de Roma, en la que nos contaba cómo su dulce, querida y tonta esposa Cypros lo había disuadido de su salto desde las almenas de la fortaleza. «Y tuvo mucha razón —terminaba—. Era una torre altísima.» Una carta reciente, también escrita desde Edom, era del mismo tenor. La había escrito mientras esperaba el dinero de Acre. Habló de su vergüenza de haber caído moral-mente tan bajo como para robar el camello de un mercader persa. Pero, sin embargo, la vergüenza se había convertido muy pronto en un sentimiento de virtud por haber hecho al dueño un servicio tan importante, ya que el animal era en apariencia la sede permanente de siete espíritus malignos, cada uno peor que el otro. El mercader debía de haberse sentido incomparablemente aliviado al despertar una mañana y encontrar que su precioso tesoro había desaparecido, montura, bridas y todo. Fue el viaje más aterrador a través del desierto sirio, ya que el camello hizo lo posible para matarlo en cada lecho seco de un arroyo o en cada paso estrecho al que llegaban, e incluso se acercaba sigilosamente a él por la noche para pisotear su cuerpo dormido. Volvió a escribirnos desde Alejandría para decirnos que había dejado en libertad al animal en Edom, pero que éste lo persiguió, con una maligna expresión en los ojos, hasta la costa. «Te juro, nobilísima y sapiente Antonia, mi primer amiga y mi más generosa benefactora, que el terror de ese espantoso camello, antes que el miedo a mis acreedores, fue lo que me sostuvo ante el gobernador en Antedón. Estoy seguro de que habría insistido en compartir mi celda de prisión, si me hubiese dejado arrestar». Había una posdata: «Mis primos de Edom se mostraron extraordinariamente hospitalarios, pero no debo permitirte que te quedes con la impresión de que fueron extravagantes. Llevan la economía hasta el punto de que sólo se ponen ropa limpia en tres ocasiones: cuando se casan, cuando mueren y cuando asaltan a una caravana que les proporciona ropa limpia libre de cargo. En todo Edom no existe un solo batanero.» Como es natural, Herodes arrojaba la luz más favorable posible sobre su pendencia o

malentendido, como la llamaba, con Placeo. Se culpaba por su irreflexividad, y alababa a Placeo como hombre dueño de un sentido del honor demasiado elevado, si ello era posible; por cierto demasiado elevado para el pueblo al que gobernaba: éste lo consideraba como un excéntrico.

Herodes nos contó luego las partes de sus relatos que había omitido en sus cartas, sin ocultar nada, o prácticamente nada, porque sabía que esa era la mejor forma de comportarse con mi madre. Y la encantó especialmente —si bien, por supuesto, ella fingió sentirse escandalizada—, con la historia de su secuestro de los soldados y de sus tentativas de impresionar al alabarca. También describió su viaje desde Alejandría en una peligrosa tormenta, cuando todos, salvo él mismo y el capitán, según dijo, estuvieron postrados por el mareo, cinco días y sus respectivas noches. El capitán se pasó todo el tiempo llorando y rezando, y dejó que Herodes gobernase el navio por sí solo. Luego continuó el relato:

—Al cabo, cuando, de pie en el castillo de proa de nuestro valiente barco, que ahora había dejado de cabecear y rolar, y ajeno a las alabanzas y agradecimientos de la ahora convaleciente tripulación, vi la bahía de Nápoles, resplandeciente ante mí, con sus costas repletas de hermosos templos y casas, y con el poderoso Vesubio irguiéndose encima, lanzando nubes de humo como un fogón doméstico, confieso que lloré. Hice cuenta que llegaba al hogar, a mi primera y más querida patria. Pensé en todos mis amados amigos romanos, de quienes me había separado tanto tiempo antes, y en especial en ti, sapientísima y hermosa y noble Antonia, y en ti también, Claudio, por supuesto, y en lo felices que nos sentiríamos de volver a saludarnos. Pero primero, eso era claro, tenía que establecerme decentemente. Habría sido inadecuado que me presentase a tu puerta como un mendigo o un cliente pobre, para pedir ayuda. En cuanto desembarcamos e hice efectiva la letra del alabarca, que era sobre un banco de Nápoles, escribí en el acto al emperador, a Capri, pidiéndole que me concediese el privilegio de una audiencia. La concedió graciosamente, diciendo que se sentía encantado de saber de mi regreso a salvo, y al día siguiente tuvimos la conversación más estimulante. Lamento tener que decir que me sentí obligado —porque al principio se mostró de un humor más bien lúgubre— a divertirlo con algunas historias asiáticas, y por cierto no heriré la modestia de ustedes repitiéndolas aquí. Pero ya saben lo que sucede con el emperador: es una mentalidad ingeniosa y muy católica en sus gustos. Bien, cuando le narré un relato particularmente característico, en ese estilo, me dijo: «Herodes, eres un hombre de carácter igual que el mío. Quiero que aceptes un nombramiento de gran responsabilidad: que seas el preceptor de mi único nieto, Tiberio Gemelo, a quien tengo aquí conmigo. Como amigo íntimo de su padre fallecido, estoy seguro de que no te negarás, y confío en que el chico hará buenas migas contigo. Siento tener que decir que es un jovencito melancólico y hosco, que necesita un compañero de más edad, vivaz y de corazón abierto, a quien poder tomar como modelo.»

Esa noche me quedé en Capri y a la mañana siguiente el emperador y yo éramos los mejores amigos; había hecho caso omiso del consejo de sus médicos, y bebido conmigo toda la noche. Pensé que mi buena suerte estaba restablecida por fin, cuando de pronto se cortó sin más ni más el pelo de cabello del cual pendía desde hacía tanto tiempo la espada de Damocles sobre mi desdichada cabeza. Llegó una carta para el emperador, del idiota del gobernador de Antedón, informando que me había entregado una orden de arresto por falta de pago de 12.000 piezas de oro, deuda contraída por mí con el Tesoro, y que yo «había eludido el arresto por medio de una estratagema, y escapado, secuestrando a dos hombres de su guarnición, que no habían regresado aún y que probablemente fueron asesinados». Aseguré al emperador que los soldados estaban con vida, que se habían introducido en mi barco sin mi conocimiento, y que, además, no se



me entregó ningún mandamiento de arresto. Quizá los mandaron a entregármelo, dije, pero decidieran pasar sus vacaciones en Egipto. Sea como fuere los encontré ocultos en la bodega, cuando estábamos a mitad de camino a Alejandría. Le aseguré al emperador que en Alejandría los había devuelto en el acto a Edom, para que fuesen castigados.

—Herodes Agripa —dijo mi madre con severidad—, esa fue una mentira deliberada, y me siento muy avergonzada de ti.

—No tan avergonzado como yo me he sentido desde entonces, querida Antonia —dijo Herodes—. ¿Cuántas veces me has dicho que la honestidad es la mejor política? Pero en el Oriente todos mienten y, por supuesto, uno descuenta las nueve décimas partes de lo que oye, y espera que sus interlocutores hagan lo mismo. En ese momento me había olvidado que me encontraba de vuelta en un país en que se considera deshonoroso desviarse de la verdad estricta, aunque sólo sea en el canto de una uña.

—¿Te creyó el emperador? —pregunté.

—Así lo espero, con todo mi corazón —respondió Herodes—. Me preguntó: «¿Pero y qué hay de la deuda?» Le dije que era un préstamo que se me había concedido en la forma adecuada, y con buena garantía, en dinero de la lista civil, y que si se había librado un mandamiento para mi arresto, debía de ser por intervención de ese traidor de Seyano. Hablaría con el tesorero en el acto y arreglaría el asunto con él. Pero el emperador dijo: «Herodes, a menos de que esa deuda sea pagada dentro de una semana, no serás el preceptor de mi nieto.» Ya saben cuan estricto es él en cuanto a las deudas con la lista civil. Y yo dije, en tono tan negligente como pude, que estaba seguro de pagarla en el término de tres días. Pero mi corazón era como un trozo de plomo. De modo que inmediatamente te escribí, mi querida benefactora, pensando que quizá...

Mi madre volvió a decir:

—Estuvo muy, pero muy mal de tu parte, Herodes, decirle al emperador semejantes mentiras.

—Lo sé, lo sé —dijo Herodes, fingiendo un profundo arrepentimiento—. Si tú hubieses estado en mi lugar, sin duda habrías dicho la verdad. Pero a mí me faltó valor. Y, como digo, estos siete años en el Oriente, lejos de ti, han embotado grandemente mi sensibilidad y moral.

—Claudio —dijo mi madre con repentina decisión—, ¿cómo podemos conseguir 12.000 piezas de oro lo antes posible? ¿Qué hay de esa carta que recibiste de Aristóbulo esta mañana?

Esa mañana, por coincidencia, había recibido una carta de Aristóbulo en donde me pedía que invirtiese algún dinero en su nombre, en propiedades territoriales, que en ese momento estaban baratas, debido a la escasez de moneda. Me adjuntaba una letra bancaria por 10.000. Mi madre le habló a Herodes al respecto.

—¿Aristóbulo! —exclamó Herodes—. ¿Cómo consiguió él reunir 10.000? Ese individuo carente de principios debe de haber utilizado su influencia con Placeo para aceptar sobornos de los nativos.

—En ese caso, considero —dijo mi madre— que se comportó vilmente contigo al delatarte a mi viejo amigo Placeo al decirle que los hombres de Damasco te enviaban un regalo por haber defendido tan bien su causa. Tenía mejor opinión de Aristóbulo. Y ahora será justo que esas 10.000 piezas de oro sean utilizadas como un préstamo temporario —temporario, fíjate bien, Herodes— para ayudarte a salir del paso. No habrá dificultad alguna en cuanto a los 2.000 restantes, ¿no es cierto, Claudio?

—Olvidas que Herodes tiene todavía 8.000 del alabarca, madre. A menos de que ya los haya gastado. Si le entregamos el dinero de Aristóbulo, será más rico que nosotros.

Herodes recibió la advertencia de que debía saldar la deuda en el plazo de tres meses, sin tardanza, porque de lo contrario yo sería culpable de violación de un depósito

fiduciario. El asunto no me agradaba en lo más mínimo, pero lo prefería a hipotecar nuestra casa en el Monte Palatino para conseguir el dinero, cosa que habría sido la única alternativa posible. Sin embargo, todo resultó inesperadamente bien. No sólo se confirmó el nombramiento de Herodes como preceptor de Gemelo, en cuanto hubo pagado los 12.000 a la lista civil, sino que también me devolvió todo el monto del préstamo de Aristóbulo, dos días antes de que venciese el plazo, y, además de eso, una antigua deuda de 5.000 que jamás habíamos esperado volver a ver. Porque Herodes, como preceptor de Gemelo, comenzó a frecuentar la compañía de Calígula, a quien Tiberio, que ahora tenía 75 años de edad, había aceptado como hijo y que era su presunto heredero. Tiberio mantenía a Calígula muy corto de dinero, y Herodes, después de conquistar la confianza de Calígula por medio de algunos magníficos banquetes, hermosos regalos y cosas por el estilo, se convirtió en su agente para la consecución de grandes sumas en préstamos, en el mayor secreto, de hombres adinerados que querían granjearse el favor del nuevo emperador. Porque no se esperaba que Tiberio viviese mucho tiempo más. Cuando la confianza de Calígula en Herodes quedó de tal modo demostrada y se convirtió en conocimiento corriente en los círculos financieros, le resultó fácil pedir dinero prestado en su propio nombre, así como en el de Calígula. Sus deudas impagadas de siete años antes habían quedado saldadas en su mayor parte por muerte de sus acreedores, porque las filas de los hombres de dinero habían quedado muy raleadas debido a los juicios por traición emprendidos por Tiberio bajo Seyano, y bajo Macro, su sucesor, continuaba el mismo proceso destructor. En cuanto al resto de sus deudas, Herodes estaba tranquilo: nadie se atrevería a enjuiciar a un hombre tan altamente ubicado en el favor de la corte. Me devolvió parte con un préstamo de 40.000 piezas de oro que había negociado con un liberto de Tiberio, un individuo que, cuando esclavo, fue uno de los guardianes de Druso, el hermano mayor de Calígula, cuando se lo hizo morir de hambre en las mazmorras del palacio. Desde su liberación se había enriquecido inmensamente gracias al tráfico de esclavos de primera clase —compraba esclavos enfermos, baratos, y les devolvía la salud en un hospital que él mismo regentaba—, y temía que cuando Calígula llegase a ser emperador se vengara de él por los malos tratos a que había sometido a Druso. Pero Herodes se comprometió a ablandar a Calígula en su favor.

De modo que la estrella de Herodes se tornaba cada vez más fulgente, y solucionó varios asuntos en Oriente a su entera satisfacción. Por ejemplo, escribió a algunos amigos de Edom y Judea —y todos aquellos a quienes ahora escribía en tono amistoso se sentían grandemente halagados— y les preguntó si podían proporcionarle alguna evidencia detallada de mala administración contra el gobernador que trató de arrestarlo en Antedón. Reunió una cantidad bastante imponente de pruebas en ese sentido, y las resumió en una carta presuntamente enviada por los principales ciudadanos de Antedón, que luego envió a Capri. El gobernador perdió su puesto. Herodes pagó su deuda de dracmas áticas al vendedor de trigo de Acre, menos el doble de la cantidad que le dedujo injustificadamente del dinero que le envió a Edom, y explicó que esas 5.000 dracmas que retenía en su poder representaban una suma que el vendedor de trigo había tomado en préstamo a la princesa Cypros, unos años antes, sin devolverla jamás. En cuanto a Placeo, Herodes no hizo tentativa alguna de vengarse de él, por no enemistarse con mi madre, y Placeo murió pocos años después. A Aristóbulo había decidido perdonarlo magnánimamente, sabiendo que debía de sentirse, no sólo avergonzado de sí mismo, sino molesto por su falta de previsión, demostrada al hostilizar a un hermano que ahora era tan poderoso. Aristóbulo podía prestar gran utilidad una vez que fuera adecuadamente purificado en espíritu. Herodes también se vengó de Poncio Pilatos, de quien había emanado la orden de su arresto en Antedón, y para ello estimuló a algunos

amigos de Samaría a que protestasen ante el nuevo gobernador de Siria, mi amigo Vitelio, en cuanto a la forma brutal en que Pilatos manejaba las perturbaciones civiles de allí y para que lo acusasen de haber aceptado soborno. Se ordenó a Pilatos que viajase a Roma para responder de tales acusaciones ante Tiberio.

Un hermoso día de primavera, cuando Calígula y Herodes viajaban juntos en una carroza abierta, por la campiña cercana a Roma, Herodes dijo alegremente:

—Creo que ya es hora de que el antiguo guerrero reciba su espada de madera. —Se refería a Tiberio, y la antigua espada de madera era el símbolo honorable de licenciamiento que los espadachines agotados reciben en la liza. Y agregó: — Y si quieres perdonarme lo que parecería sospechosamente una adulación, mi querido amigo, mi opinión honrada es que tú podrías hacer un mejor papel en el juego de los juegos del que *él* hizo jamás.

Calígula se sintió encantado, pero por desgracia el cochero de Herodes escuchó la observación, la entendió y la guardó en la memoria. El conocimiento de que tenía poderes para arruinar a su amo estimuló a este individuo de cabeza de chorlito a intentar una cantidad de impertinencias hacia él, que, durante un tiempo y por casualidad, pasaron inadvertidas. Pero finalmente se le metió en la cabeza la idea de robar algunas bellísimas mantas bordadas del carruaje y venderlas a otro cochero cuyo amo vivía a cierta distancia de Roma. Informó que se habían arruinado por accidente, por las filtraciones de una barrica de alquitrán a través de los tablones del altillo de la caballeriza, y Herodes se conformó con creerlo. Pero un día en que por casualidad hacía un paseo con el caballero a cuyo cochero habían sido vendidas, las descubrió envolviéndole las rodillas. De ese modo salió a la luz el robo. El cochero del caballero advirtió al ladrón y éste huyó en el acto, para eludir el castigo. Su intención primitiva había sido la de hacer frente a Herodes, si lo descubrían, con la amenaza de revelar al emperador lo que había escuchado. Pero perdió el valor cuando llegó el momento oportuno, ya que se dio cuenta muy pronto de que Herodes era muy capaz de matarlo si trataba de extorsionarlo, y de presentar testigos en el sentido de que el golpe había sido dado en defensa propia. El cochero era una de esas personas cuyos pensamientos embrollados envuelven a todos en dificultades, y a ellas mismas antes que a nadie.

Herodes conocía los probables refugios del individuo en Roma y, sin darse cuenta qué era lo que había en juego, pidió a los funcionarios de la ciudad que lo arrestasen. Lo encontraron y lo llevaron ante el tribunal, acusado de robo, pero el nombre reclamó su privilegio de liberto de apelar ante el emperador, en lugar de ser sentenciado sumariamente. Y agregó:

—Tengo que decirle algo al emperador, que se refiere a su seguridad personal. Es lo que escuché en una ocasión en que guiaba una carroza por el camino de Capua.

El magistrado no tuvo otra alternativa que enviarlo, bajo escolta armada, a Capri.

Por lo que ya he dicho en cuanto al carácter de mi tío Tiberio, se podrá adivinar qué actitud mostró cuando leyó el informe del magistrado. Si bien advirtió que el cochero debía haber escuchado alguna conversación páfida de Herodes, no quería todavía saber con precisión de qué se trataba. Era evidente que Herodes no pertenecía al tipo de hombres que hacen afirmaciones peligrosas al alcance del oído de un cochero. De modo que mantuvo a éste en la cárcel, sin interrogarlo, y dio órdenes al joven Gemelo, ahora de diez años de edad, de vigilar atentamente a su preceptor, y de informarle acerca de toda palabra o acción de éste que pareciera tener algún significado traicionero. Entre tanto Herodes se mostró ansioso ante la demora de Tiberio en interrogar al cochero, y conservó respecto del asunto con Calígula. Decidieron que nada había sido dicho por Herodes, en la ocasión a que el cochero en apariencia se refería, que no pudiera ser explicado. Si el propio Herodes insistía en una investigación, Tiberio se mostraría más

inclinado a aceptar literalmente lo de la «espada de madera». Porque Herodes diría que habían estado hablando de Patas Amarillas, un famoso espadachín que se había retirado desde entonces, y que no hacía más que felicitar a Calígula por sus habilidades de esgrimista.

Herodes advirtió entonces que Gemelo se comportaba en forma muy sospechosa, que fisgoneaba y aparecía en sus habitaciones en los momentos más extraños. Le resultó claro que Tiberio lo había puesto a vigilarlo. De modo que se presentó una vez más ante mi madre y le explicó todo el caso, rogándole que insistiese en el juicio del cochero en su favor. La excusa era de que quería ver al hombre castigado por su robo y por su ingratitud, ya que Herodes le había concedido voluntariamente su libertad el año anterior. No había que decir nada en cuanto a las revelaciones que el hombre intentaba hacer. Mi madre hizo lo que Herodes quería, escribió a Tiberio, y, luego de la habitual demora prolongada, recibió una carta. Se encuentra ahora en mi poder, de modo que puedo citar las palabras exactas. Por primera vez Tiberio iba directamente al grano.

«Si este cochero quiere acusar a Herodes Agripa falsamente de alguna afirmación pérfida, a fin de encubrir sus propias fechorías, ya ha sufrido lo suficiente por su locura, con su largo encierro en mis celdas no muy hospitalarias de Miseno. Pensaba soltarlo después de advertirle contra toda tentativa de apelar a mí en el futuro, cuando fuese sentenciado en algún tribunal inferior por algún delito trivial, como una ratería, por ejemplo. Soy demasiado viejo y estoy demasiado atareado como para molestarme con apelaciones tan frívolas. Pero si me obligas a investigar el caso, y resulta que en realidad se hizo una afirmación traicionera, Herodes lamentará haber provocado el asunto, porque su deseo de ver castigado a su cochero con severidad habrá atraído sobre él mismo un castigo severo.»

Esta carta hizo que Herodes se sintiera tanto más ansioso de hacer juzgar al hombre, y en su propia presencia. Silas, que había llegado a Roma, quiso disuadirle de ello, aplicando el proverbio: «No te entrometas con Camarina». (Cerca de Camarina, en Sicilia, había unos pantanos pestilentes, que los habitantes drenaban por motivos higiénicos. Esto expuso a la ciudad al ataque; fue capturada y destruida.) Pero Herodes no quiso escuchar a Silas; el anciano se había vuelto muy aburrido después de cinco años de prosperidad ininterrumpida. Muy pronto se enteró de que Tiberio, que se encontraba en Capri, había dado órdenes de que la enorme casa de campo de Miseno, aquella en la cual murió más tarde, fuese preparada para recibirlo. De inmediato dispuso ir hacia allá él mismo, con Gemelo, como invitado de Calígula, que tenía una casa de campo cercana, en Bauli; y en compañía de mi madre, quien como se recordará era abuela de Calígula y Gemelo. Bauli está muy cerca de Miseno, en la costa norte de la bahía de Nápoles, de modo que nada era más natural que el hecho de que todo el grupo fuese a presentar sus respetos en el momento de la llegada. Tiberio los invitó a todos a cenar al día siguiente. La prisión en que el cochero languidecía estaba muy cerca, de modo que Herodes convenció a mi madre de que pidiese a Tiberio, en presencia de todos, que solucionara el caso esa misma tarde. Yo también había sido invitado a Bauli, pero decliné la invitación porque ni mi tío ni mi madre mostraban mucha paciencia en mi compañía. Pero me enteré de todo el asunto por varias personas que estuvieron presentes. Fue una magnífica cena, sólo arruinada por la gran escasez de vino. Tiberio seguía ahora el consejo de sus médicos y se abstenía por completo de la bebida, de modo que, por cautela, nadie pidió que su copa fuese vuelta a llenar después de vaciarla. Y los camareros tampoco se ofrecieron a hacerlo. La falta de vino siempre ponía a Tiberio de mal humor, pero, ello no obstante, mi madre presentó audazmente el tema del cochero. Tiberio la interrumpió, como por casualidad, iniciando un nuevo tema de conversación, y ella no volvió a hacer otra tentativa hasta después de la cena, cuando

todo el grupo salió a pasear bajo los árboles que rodeaban la pista de carreras local. Tiberio no caminaba; era transportado en una litera, y mi madre, que se había vuelto muy vivaz en su vejez, caminaba a su lado.

—Tiberio —dijo—, ¿puedo hablarte acerca de ese cochero? Creo que ya es hora de que este caso se solucione, y todos nos sentiremos más tranquilos, creo, si tuvieses la bondad de solucionarlo hoy, de una vez por todas. La prisión está ahí cerca, y podemos terminar con eso en pocos minutos.

—Antonia —respondió Tiberio—, acuérdate de que he hecho una insinuación de que se dejasen las cosas como están, pero si insistes haré lo que me pides. —Luego llamó a Herodes, que caminaba detrás, con Calígula y Gemelo y dijo: — Ahora voy a interrogar a tu cochero, Herodes Agripa, por insistencia de mi cuñada, la señora Antonia, pero pongo a los dioses por testigo de que lo que hago no lo hago por mi propia inclinación, sino porque se me obliga a ello.

Herodes le agradeció profundamente por su condescendencia. Luego Tiberio llamó a Macro, quien también se encontraba presente, y le ordenó que le llevase ante él, de inmediato, al cochero para enjuiciarlo.

Parece que Tiberio había intercambiado unas palabras en privado con Gemelo, la noche anterior. (Calígula, uno o dos años después, obligó a Gemelo a hacerle un relato de esa entrevista.) Tiberio le preguntó a Gemelo si tenía algo de que informarle contra su preceptor, y Gemelo le respondió que no había escuchado ninguna palabra desleal ni presenciado acción desleal alguna. Pero que en esos días veía muy poco a Herodes, porque éste estaba siempre con Calígula, y dejaba a Gemelo que estudiara por su cuenta, en lugar de instruirlo personalmente. Luego Tiberio interrogó al joven en cuanto a préstamos, acerca de si Herodes y Calígula habían discutido alguna vez sobre un préstamo, en su presencia. Gemelo pensó un rato y luego respondió que en una ocasión Calígula le preguntó a Herodes algo acerca de un préstamo P. O. T., y Herodes le respondió: «Te lo diré después, porque las paredes tienen oídos.» Tiberio adivinó inmediatamente qué quería decir P. O. T. Sin duda se refería a un préstamo negociado por Herodes, en nombre de Calígula, que sería pagadero post obitum Tiberii, es decir, después de la muerte de Tiberio. De modo que Tiberio despidió a Gemelo y le dijo que un préstamo P. O. T. no era asunto de importancia, y que ahora tenía la máxima confianza en Herodes. Pero en seguida envió a un liberto confidencial a la cárcel, quien ordenó al cochero, en nombre del emperador, que revelase cuál era la afirmación de Herodes que había escuchado. El cochero repitió las palabras exactas de Herodes y el liberto las transmitió a Tiberio. Este pensó durante un rato y luego envió al liberto de vuelta a la cárcel, con órdenes en cuanto a lo que el cochero debía decir cuando se lo llevase a juicio. El liberto le hizo aprender de memoria las palabras exactas y repetir las, y luego le dio a entender que si las decía correctamente sería puesto en libertad y recibiría una recompensa en dinero.

De modo que el juicio se llevó a cabo en la pista de carreras. El cochero fue interrogado por Tiberio, acerca de si se declaraba culpable de haber robado las mantas del carruaje. Respondió que no era culpable, ya que Herodes se las había regalado, pero que luego se arrepintió de su generosidad. En este momento Herodes trató de interrumpir el interrogatorio con exclamaciones de disgusto ante la ingratitud y mendacidad del hombre, pero Tiberio le rogó que guardase silencio y preguntó al cochero:

—¿Qué otra cosa tienes que decir en tu defensa?

—Y aunque hubiese robado esas mantas —replicó el cochero—, cosa que no hice, habría sido un acto excusable, porque mi amo es un traidor. Una tarde, poco antes de mi arresto, conducía la carroza en dirección a Capua, con tu nieto, el príncipe, y mi amo

Herodes Agripa, sentados detrás de mí. Mi amo dijo: «¡Si llegara el día en que ese viejo guerrero muera finalmente y tú fueras nombrado su sucesor en la monarquía! Porque entonces el joven Gemelo no será obstáculo para ti. Resultará muy fácil librarse de él y pronto todos serán felices, y yo más que nadie». Herodes se sintió tan desconcertado por esta declaración, que por el momento no se le ocurrió nada que decir, salvo que era absolutamente falso. Tiberio interrogó a Calígula y éste, que era un gran cobarde, miró con ansiedad a Herodes para recibir alguna orientación de él, pero no obtuvo ninguna, de modo que dijo con precipitación que si Herodes había pronunciado semejante frase, él no la escuchó. Recordaba el paseo en la carroza, y que había sido un día muy ventoso. Si hubiese escuchado palabras tan pérfidas, por supuesto que no las habría pasado por alto, sino que las hubiera transmitido de inmediato a su emperador. Calígula era muy desleal para con sus amigos, cuando su propia vida estaba en peligro, y siempre se aferraba a la menor palabra de Tiberio, tanto, que se decía de él que nunca hubo mejor esclavo para peor amo. Pero Herodes habló con audacia:

—Si tu hijo, que estaba sentado a mi lado, no oyó las traiciones de que se me acusa, —y nadie tiene oídos más agudos que él para escuchar traiciones contra ti—, entonces es indudable que el cochero no puede haberlas escuchado, sentado como estaba de espaldas a mí.

Pero Tiberio ya había tomado su decisión. Dijo brevemente a Macro:

—Pon los grilletes a ese hombre —y luego a los portadores de su litera:— Sigamos.

Se alejaron, dejando a Herodes, Antonia, Macro, Calígula, Gemelo y los demás, mirándose unos a otros, con duda y asombro. Macro no entendió a quién debía esposar, de modo que cuando Tiberio, después de haber sido llevado a todo lo largo de la pista de carreras, regresó a la escena del juicio, donde todo el grupo se encontraba aún como los había dejado, Macro le preguntó:

—Perdóname, César, ¿pero a cuál de estos hombres debo arrestar?

Tiberio señaló a Herodes y dijo:

—Me refiero a este hombre.

Pero Macro, que tenía gran respeto por Herodes y que abrigaba la esperanza de quebrar quizá la resolución de Tiberio fingiendo haber entendido mal, preguntó una vez más:

—Sin duda no te refieres a Herodes Agripa, César.

—No me refiero a ningún otro —gruñó Tiberio. Herodes se precipitó hacia adelante y casi cayó de hinojos ante Tiberio. No se atrevió a hacerlo del todo porque conocía el desagrado de Tiberio cuando se lo trataba como a un monarca oriental. Pero tendió los brazos en forma suplicante y protestó que era el más leal sirviente de Tiberio, absolutamente incapaz de admitir siquiera el menor pensamiento traicionero, y menos aun de pronunciarlo. Comenzó a hablar con elocuencia de su amistad para con el hijo muerto de Tiberio (víctima como él mismo de infundadas acusaciones de traición), cuya irreparable muerte jamás había cesado de llorar, y del extraordinario honor que Tiberio le había hecho al designarlo preceptor de su nieto. Pero Tiberio lo contempló con esa mirada fría y torcida que tenía, y bufó:

—Puedes hacer ese discurso en tu defensa, mi noble Sócrates, cuando fije la fecha de tu juicio. Y luego le dije a Macro:

—Llévatelo a la cárcel. Puede usar las cadenas que ha dejado mi honesto cochero.

Herodes no volvió a pronunciar otra palabra, salvo para agradecer a mi madre por sus esfuerzos generosos pero inútiles en su favor. Fue llevado a la cárcel con las muñecas esposadas a la espalda. Se trataba de un lugar donde eran encerrados los ilusos ciudadanos romanos que apelaban a Tiberio por sentencias de tribunales inferiores. Las celdas eran pequeñas e insalubres, se les daba pésimos alimentos y nada de ropa de

cama, y debían esperar hasta que Tiberio encontrase tiempo para juzgar sus casos. Algunos de ellos habían pasado allí muchos años.

## Capítulo 4

Cuando Herodes era conducido hacia las puertas de la prisión vio a un esclavo griego de Calígula esperando allí. El esclavo parecía sin aliento, como si hubiese llegado corriendo, y llevaba un cántaro de agua en la mano. Herodes supuso que Calígula lo había mandado allí como señal de que todavía seguía siendo su amigo, pero que no podía declarar abiertamente su amistad por temor a ofender a Tiberio.

—Taumasto —llamó—, por amor de Dios, dame un trago de agua.

Hacía mucho calor para septiembre y, como ya he dicho, en la cena se había bebido muy poco vino. El joven se adelantó prestamente, como si hubiese sido encargado de ese servicio; Herodes, grandemente tranquilizado, se llevó el cántaro a los labios y bebió casi todo el contenido. Porque contenía vino, no agua. Dijo al esclavo:

—Te has ganado la gratitud de un prisionero por esta bebida, y te prometo que cuando esté otra vez en libertad te pagaré bien por ello. Veré a tu amo, que por cierto no es un hombre que abandone a sus amigos, y le haré que te conceda la libertad en cuanto haya conseguido la mía, y luego te emplearé en un puesto de confianza, en mi casa.

Herodes pudo cumplir su promesa y Taumasto eventualmente se convirtió en su principal administrador. Todavía vive, en la época en que escribo esto, al servicio del hijo de Herodes, aunque el propio Herodes ya ha muerto.

Cuando conducían a Herodes al cuerpo de la prisión era la hora de los ejercicios, pero había una regla estricta en el sentido de que los prisioneros no debían conversar entre sí sin permiso previo de los guardianes. Cada grupo de cinco prisioneros tenía un guardián que vigilaba hasta el menor movimiento que hacían. La llegada de Herodes provocó una gran conmoción entre estos hombres aburridos e indiferentes, porque la visión de un príncipe oriental ataviado con una túnica de verdadera púrpura de Tiro era algo que no se había presenciado allí hasta entonces. Sin embargo él no los saludó, sino que se quedó contemplando los distantes techos de la casa de campo de Tiberio, como si pudiese leer en ellos algún mensaje acerca de cuál sería su suerte.

Entre los prisioneros había un anciano caudillo germano, cuya historia, según parece, era la que sigue. Había sido oficial de auxiliares germanos a las órdenes de Varo, cuando Roma todavía retenía la provincia del otro lado del Rhin, y recibió la ciudadanía romana en reconocimiento de sus servicios en el combate. Cuando Varo fue traicioneramente atacado en una emboscada y su ejército diezmado por el famoso Hermann, este jefe, si bien no había servido en el ejército de Hermann (o por lo menos así lo afirmaba) ni le había prestado ayuda alguna en sus planes, no tomó medida alguna para demostrar su continuada lealtad a Roma, sino que se convirtió en el jefe de su aldea ancestral. Durante las guerras libradas por mi hermano Germánico, abandonó la aldea con su familia y se retiró tierra adentro, y sólo regresó cuando Germánico fue llamado a Roma y el peligro parecía haber pasado. Entonces tuvo la mala suerte de ser capturado por los romanos en una de las incursiones en que éstos cruzaban el río, de vez en cuando, para mantener a sus hombres en buen estado combatiente y para recordar a los germanos que algún día la provincia volvería a ser nuestra. El general romano lo habría matado a azotes por desertor, pero el hombre protestó que jamás había mostrado deslealtad alguna a Roma, y ejerció su derecho de ciudadano romano de apelar al



emperador. (Pero en el intervalo había olvidado todo su latín de campaña.) Este hombre pidió a su guardián, que entendía un poco de germano, que le dijese quién era ese joven melancólico y hermoso que se encontraba de pie bajo un árbol. El guardián contestó que era un judío, un hombre de gran importancia en su país. El germano pidió permiso para hablar a Herodes, diciendo que nunca había conocido en su vida a un hombre de la raza judía, pero que entendía que los judíos no eran en modo alguno inferiores en inteligencia o valentía a los germanos; se podían aprender muchas cosas de un judío. Agregó que también él era un hombre de gran importancia en su propio país.

—Este lugar está convirtiéndose en una universidad —dijo el guardián, sonriendo—; si los dos caballeros extranjeros tienen interés en hablar de filosofía, haré lo mejor que pueda para actuar como intérprete. Pero no esperes mucho de mi germano.

Ahora bien, mientras Herodes se encontraba de pie bajo el árbol, con la cabeza cubierta con su manto, para que los curiosos prisioneros y guardianes no vieran sus lágrimas, sucedió una cosa extraña. Un buho encaramado en las ramas, sobre su cabeza, había dejado caer un poco de excremento sobre él. Es muy raro que un buho aparezca a la luz del día, pero sólo el germano advirtió la acción del ave, porque todos los demás estaban atareados contemplando al propio Herodes.

El germano, hablando por intermedio del guardián, saludó a Herodes cortésmente y comenzó declarando que tenía algo importante que decir. Herodes se descubrió el rostro cuando el guardián comenzó a hablar, y replicó con interés que era todo atención. Por el momento esperaba un mensaje de Calígula, y no advirtió que el guardián no era más que el intérprete de uno de los prisioneros. El guardián dijo:

—Perdóname, señor, pero este caballero germano quiere saber si te has dado cuenta de que un búho acaba de dejar caer excrementos sobre tu manto. Yo actué como intérprete de este caballero germano. Es un ciudadano romano, pero su latín se ha enmohecido un poco en este clima húmedo que tenemos.

Esto hizo que Herodes sonriese a pesar de su aflicción. Sabía que como los prisioneros no tienen nada que hacer, se pasan gran parte del tiempo haciéndose bromas pesadas los unos a los otros, y que a veces los guardianes, igualmente aburridos con sus obligaciones, los ayudan. De modo que no levantó la vista hacia el árbol ni examinó su manto para ver si el hombre se burlaba de él. Replicó con tono de broma:

—Cosas más extrañas que esas me han sucedido, amigo. Hace poco un flamenco entró volando por la ventana de mi habitación, puso un huevo en uno de mis zapatos y volvió a salir volando. Mi esposa se sintió muy intranquila. Si hubiese sido un gorrión, o un tordo, o incluso una lechuza, no habría vuelto a pensar en el incidente. Pero un flamenco...

El germano no sabía qué era un flamenco, de modo que hizo caso omiso de la respuesta y continuó:

—¿Sabes qué significa cuando un ave deja caer sus excrementos sobre tu cabeza u hombro? En mi país siempre se toma como un signo de muy buena suerte. Y que un pájaro tan sagrado como el búho haya hecho esto, y se haya abstenido de lanzar ningún grito de mal augurio, debería ser para ti un signo de la mayor alegría y esperanza. Los hombres de Chaucia sabemos todo lo que se puede saber acerca de los búhos. El búho es nuestro tótem y da su nombre a nuestra nación. Si tú fueses de Chaucia, te diría que el Dios Mannus ha enviado este pájaro como una señal de que, de resultas de tu encarcelamiento, que será muy breve, serás elevado a un puesto de la más alta dignidad en tu propio país. Pero me dicen que eres judío. ¿Puedo preguntar, señor, el nombre del dios de tu país?

Herodes, que todavía no estaba seguro de si la sinceridad del germano era verdadera o fingida, respondió, verazmente:

—El nombre de nuestro dios es demasiado sagrado para ser pronunciado. Los judíos estamos obligados a referirnos a él por medio de perífrasis, e incluso por perífrasis de perífrasis.

El germano decidió que Herodes estaba burlándose de él, y dijo:

—Por favor, no pienses que digo esto en la esperanza de obtener alguna recompensa de tu parte. Pero al ver que el ave hacía lo que hizo me sentí impulsado a felicitarte por el augurio. Y ahora tengo otra cosa más que decirte, porque soy un augur bien conocido en mi país. La próxima vez que veas a esta ave, aunque sea en el momento de tu más alta prosperidad, y cuando la veas posarse cerca de ti y comenzar a lanzar gritos, entonces sabrás que tus días de dicha han terminado, y que los que te queden por vivir no serán mayores que la cantidad de gritos que lance el búho. ¡Pero ojalá que ese día tarde en llegar!

Herodes había recobrado su ánimo para entonces y respondió al germano:

—Creo, anciano, que dices las tonterías más encantadoras que haya escuchado desde mi regreso a Italia. Tienes mi más sincero agradecimiento por tratar de alegrarme, y si alguna vez salgo libre de este lugar, veré qué puedo hacer para liberarte a ti también. Si eres tan buena compañía sin cadenas como encadenado, pasaremos algunas noches agradables juntos, bebiendo y contando cuentos graciosos.

El germano se fue indignado.

Entre tanto Tiberio había dado repentina orden a sus criados de reunir sus cosas, y volvió a Capri esa misma tarde. Supongo que tenía miedo de que mi madre tratase de convencerlo de que pusiera en libertad a Herodes y de que le fuese difícil rehusarse, ya que estaba tan en deuda con ella por el asunto de Seyano y Livila. Como mi madre se dio cuenta de que no podía hacer nada por Herodes ahora, aparte quizá de procurar que la vida de la cárcel le resultase tan leve como fuera posible, le pidió a Macro que la ayudase lo más que pudiera en eso. Macro contestó que si conseguía para Herodes un tratamiento más considerado que el de los otros prisioneros, se vería sin duda en dificultades con Tiberio. Mi madre contestó:

—Excepción hecha de proporcionarle ayuda para huir, haz todo lo que puedas por él, te lo ruego, y si Tiberio llega a enterarse de ello y se enoja, te prometo soportar todo el peso de su desagrado.

Le disgustaba encontrarse en situación de tener que pedirle favores a Macro, cuyo padre había sido uno de los esclavos de nuestra familia. Pero sentía gran preocupación personal por Herodes y habría hecho cualquier cosa por él en ese momento. Macro se sintió halagado con sus súplicas y prometió elegir para Herodes un guardián que le mostrase todas las consideraciones del caso, y también designar como gobernador de la prisión a un capitán a quien ella conocía personalmente. Más que eso, dispuso que Herodes comiese con el gobernador, y que se le permitiera visitar diariamente los baños locales, bajo escolta. Dijo que si los libertos de Herodes querían llevarle alimentos y ropa de cama abrigada —porque ya se acercaba el invierno—, cuidaría de que no surgiese dificultad alguna en ese sentido, pero que los libertos deberían decirle al portero que esos artículos eran para uso del gobernador. De modo que la experiencia de Herodes en la cárcel no fue demasiado penosa, si bien estaba encadenado a la pared con una pesada cadena de hierro, cada vez que su guardián no se encontraba a su lado. Pero se preocupó mucho en cuanto a lo que pudiera sucederle a Cypros y a sus hijos, porque no se le permitía tener noticias del mundo exterior. Si bien no tuvo la satisfacción de decirle a Herodes que habría debido hacer caso de su consejo (acerca de no meterse con el pantano de Camarina), Silas cuidó de que los libertos llevasen al prisionero sus alimentos y otras necesidades en forma puntual y discreta. E hizo por él todo lo que le

fue posible. A la postre él mismo fue arrestado por tratar de introducir clandestinamente una carta en la cárcel, pero fue liberado después de recibir una seria advertencia.

A principios del año siguiente, Tiberio decidió abandonar Capri para ir a Roma, y dijo a Macro que enviase a todos los prisioneros allí, porque tenía la intención de solucionar sus casos una vez que hubiera llegado. Herodes y todos los demás fueron sacados, por lo tanto, de Miseno, y debieron marchar, por etapas, a los cuarteles de detención del campamento de guardias, situado en las afueras de la ciudad.

Se recordará que Tiberio regresó cuando se encontraba a la vista de las murallas de la ciudad, debido a un augurio infortunado, la muerte de su dragón favorito sin alas. Volvió deprisa a Capri, pero pescó un resfriado y no llegó más allá de Miseno. También se recordará que cuando se creía que estaba muerto y Calígula ya se pavoneaba por el salón de la casa de campo, mostrando su anillo de sello en medio de una multitud de cortesanos admiradores, el anciano salió de su coma y pidió comida a gritos. Pero la noticia de su muerte y de la sucesión de Calígula habían llegado ya a Roma por correo. El liberto de Herodes, el que le había llevado el dinero de Acre, encontró por casualidad al correo en las afueras de la ciudad, y el hombre le gritó la noticia mientras continuaba galopando. El liberto corrió al campamento, entró en los cuarteles de detención y, corriendo excitado hacia Herodes, gritó en hebreo:

—El León ha muerto.

Herodes lo interrogó en el mismo idioma, y pareció tan extraordinariamente encantado, que el gobernador se acercó y exigió que se le dijese qué noticia había traído el liberto. Eso era una violación de las reglas de la cárcel, dijo, y no debía volver a ocurrir. Herodes explicó que no era nada, sólo el nacimiento de un heredero de uno de sus parientes de Edom. Pero el gobernador dejó claramente establecido que insistía en conocer la verdad, de modo que Herodes le dijo al cabo:

—El emperador ha muerto.

El gobernador, que para ese entonces estaba en buenos términos con Herodes, preguntó al liberto si estaba seguro de que la noticia era cierta. El liberto contestó que la había escuchado directamente de labios de un correo imperial. El gobernador quitó las cadenas de Herodes con sus propias manos, y dijo:

—Debemos celebrar esto, Herodes Agripa, amigo mío, con el mejor vino que haya en el campamento.

Se encontraban comiendo juntos, alegres, y Herodes, del mejor talante, le decía al gobernador qué buen sujeto lo consideraba, y cuan amablemente se había portado con él, y cuan dichosos serían todos ahora que Calígula era emperador, cuando llegó la noticia de que Tiberio, en fin

de cuentas, no había muerto. Esto alarmó mucho al gobernador. Decidió que Herodes había dispuesto que le trajeran ese falso mensaje nada más que para verlo en dificultades.

—De vuelta a tus cadenas ahora mismo —gritó, colérico—. Y no esperes que jamás vuelva a creerte nada.

De modo que Herodes tuvo que levantarse de la mesa y volver, lúgubre, a su celda. Pero como se recordará, Macro no permitió que Tiberio gozase de ese nuevo lapso de vida, sino que entró en la alcoba imperial y lo ahogó con una almohada. Otra vez llegaron las noticias de que Tiberio había muerto, pero en esta ocasión eran ciertas. Sin embargo, el gobernador mantuvo a Herodes encadenado toda la noche. No quería correr riesgo alguno.

Calígula quiso poner en libertad a Herodes en el acto, pero, cosa curiosa, fue mi madre quien le impidió hacerlo. Se encontraba en Baias, cerca de Miseno. Le dijo que hasta que hubiese terminado el funeral de Tiberio sería indecente liberar a nadie que

hubiese sido encarcelado por él bajo la acusación de traición. Sería mucho mejor si Herodes, aunque se le permitiera regresar a su casa de Roma, se quedaba durante un tiempo bajo arresto. Así se hizo. Herodes volvió a su casa, pero todavía tenía a su guardián consigo, y debía usar la ropa carcelaria. Cuando terminó el luto oficial por Tiberio, Calígula envió a Herodes un mensaje diciéndole que se afeitase y pusiese ropa limpia, y que fuera a cenar con él al día siguiente al palacio. Los problemas de Herodes parecían haber terminado por fin.

Creo que no he mencionado la muerte, tres años antes de esto, de Filippo, el tío de Herodes. Dejó una viuda, Salomé, la hija de Herodías, considerada la mujer más hermosa del Cercano Oriente. Cuando la noticia de la muerte de Filippo llegó a Roma, Herodes habló de inmediato con el liberto que gozaba de la máxima confianza de Tiberio en lo referente a cuestiones orientales, y lo convenció de que hiciese algo en su favor. El liberto debía recordar a Tiberio que Filippo no había dejado hijos, y tenía que sugerirle que su tetrarquía de Bashán no debía ser entregada a ningún otro miembro de la familia de Herodes, sino anexada, con fines administrativos, a la provincia de Siria.

El liberto no debía recordar en modo alguno a Tiberio el monto de las rentas reales de la tetrarquía, que sumaba unas 160.000 piezas de oro anuales. Si Tiberio seguía su consejo y le ordenaba que escribiese una carta informando al gobernador de Siria de que la tetrarquía quedaría ahora bajo su jurisdicción, él debía agregar subrepticamente una posdata en el sentido de que las rentas reales tenían que acumularse hasta que se designara sucesor de Filippo. Herodes reservaba a Bashán y sus rentas para su propio uso. De modo que sucedió que cuando, en la cena a que había invitado a Herodes, Calígula lo recompensó agradecidamente por sus sufrimientos concediéndole la tetrarquía, completa, con rentas y todo, con el título de rey por añadidura. Herodes se encontró en bonísima posición. Calígula pidió también la cadena que Herodes había usado en la prisión, y le dio una réplica exacta de la misma, eslabón por eslabón, del más puro oro. Unos días después, Herodes, que no se había olvidado de obtener la libertad del viejo germano y de hacer que el cochero fuese condenado por perjurio, despojado de su libertad y azotado casi hasta morir, partió gozosamente hacia Oriente, para hacerse cargo de su nuevo reino.

Cypros lo acompañó, más gozosa aún que él. Durante el encarcelamiento de Herodes tenía un aspecto enfermizo y desdichado, porque era la esposa más leal del mundo y se negó incluso a comer algo mejor que las raciones carcelarias que recibía su esposo. Permaneció en la casa del hermano menor de Herodes, Herodes Polio.

La feliz pareja, pues, Herodes y Cypros, reunida una vez más, y acompañada como de costumbre por Silas, partió a Egipto, camino de Bashán. Desembarcaron en Alejandría, para presentar sus respetos al alabarca. Herodes tenía la intención de entrar en la ciudad con la menor ostentación posible, ya que no deseaba ser motivo de disturbios entre los griegos y los judíos. Pero estos últimos se alborozaron ante la visita de un rey judío, y de uno tan altamente situado en el favor del emperador. Salieron a recibirlo en el muelle, muchos millares de ellos, con vestimenta de fiesta, exclamando: «¡Hosanna, hosanna!» y entonando canciones de alborozo, y de tal manera lo escoltaron hasta su barrio de la ciudad, que se denomina el Delta. Herodes hizo lo posible para calmar el entusiasmo popular, pero Cypros encontró tan delicioso el contraste entre esta llegada a Alejandría y la anterior, que, para no desairarla, Herodes pasó por alto muchas extravagancias. Los griegos de Alejandría se mostraron coléricos y furiosos. Ataviaron con vestiduras fingidamente reales a un conocido idiota de la ciudad, o más bien a un fingido idiota de nombre Baba, que solía mendigar en las plazas principales y provocaba risas y obtenía monedas de cobre con sus payasadas. Proporcionaron a este Baba una grotesca guardia de soldados armados con espadas de salchichas, escudos de piel de

cerdo y cascos de cabeza de cerdo, y lo hicieron desfilar a través de «el Delta». La multitud gritaba ¡Marín, Marín!, que significa «¡rey, rey!». Hicieron una demostración a las puertas de la casa del alabarca, y otra frente a la casa de su hermano Filón. Herodes visitó a dos de los principales griegos y les presentó una protesta. Sólo dijo:

—No olvidaré el espectáculo de este día, y creo que alguna vez tendrán que lamentarlo.

De Alejandría, Herodes y Cypros continuaron su viaje hacia el puerto de Jaffa. De Jaffa fueron a Jerusalén, a visitar a sus hijos y a permanecer dentro de los límites del templo como invitados del Sumo Sacerdote, con quien era conveniente para Herodes llegar a un acuerdo. Creó una excelente impresión dedicando su cadena de hierro al dios judío, colgándola de la pared del Templo del Tesoro. Luego pasaron a través de Samaría y las fronteras de •Galilea, pero sin enviar ningún mensaje de cumplido a Antipas y Herodías, y así llegaron a su nuevo hogar de Cesárea Filipos, la encantadora ciudad construida por Filipo, como capital, en la ladera meridional del monte Hermón. Allí recogieron las rentas acumuladas desde la muerte de Filipo. Salomé, la viuda de Filipo, trató de conquistar a Herodes e intentó con él sus artes más cautivadoras, pero todo fue inútil. Herodes le dijo:

—Por cierto que eres muy bien parecida y muy graciosa, pero tienes que recordar el proverbio: «Múdate a la nueva casa, pero llévate contigo el viejo hogar.» La única reina posible de Bashán es mi querida Cypros.

Podrá imaginarse que cuando Herodías se enteró de la buena suerte de Herodes enloqueció de celos. Cypros era ahora reina, en tanto que ella no era más que la esposa de un simple tetrarca. Trató de hacer que Antipas sintiese lo mismo que ella, pero Antipas, un anciano indolente, se sentía perfectamente satisfecho con su puesto; si bien no era más que un tetrarca, era un tetrarca muy rico y le importaba muy poco qué título o títulos tuviese. Herodías lo llamó sujeto lamentable. ¿Cómo podía esperar que siguiese respetándolo?

—Pensar —dijo— que mi hermano Herodes Agripa, que llegó aquí no hace mucho como refugiado carente de dinero, que dependía de tu caridad y que luego te insultó groseramente y huyó a Siria, y que fue expulsado de Siria por corrupción y casi arrestado en Antedón por deudas, y que luego fue a Roma, donde se lo encarceló por traición al emperador... pensar que un hombre con semejantes antecedentes, un manirroto que ha dejado una huella de deudas impagadas dondequiera ha ido, es ahora el rey y está en situación de insultarnos. Es insoportable. Insisto en que vayas a Roma en el acto y obligues al nuevo emperador a concederte por lo menos honores iguales a los de Herodes.

—Mi querida Herodías —respondió Antipas—, no hablas con sensatez, acá estamos muy bien, ¿sabes?, y si tratásemos de mejorar nuestra posición podría traernos mala suerte. Roma no ha sido nunca un lugar seguro para visitar desde que murió Augusto.

—No volveré a hablarte ni a acostarme contigo —dijo Herodías—, a menos de que me des tu palabra de que irás.

Herodes se enteró de esta escena por uno de sus agentes en la corte de Antipas. Y cuando poco después éste partió hacia Roma, envió a Calígula una carta, por navio veloz, ofreciendo al capitán una gran recompensa si llegaba a Roma antes que Antipas. El capitán cargó todas las velas que pudo, y consiguió ganar el dinero. Cuando Antipas se presentó ante Calígula, éste tenía ya la carta de Herodes en la mano. La carta le decía que mientras estuvo en Jerusalén, Herodes se había enterado de graves acusaciones contra su tío Herodes Antipas, a las que al principio no dio crédito pero que después una investigación confirmó. No sólo su tío se había dedicado a una pérvida correspondencia con Seyano en la época en que éste y Livila conspiraban para usurpar la monarquía —

eso era cosa antigua—, sino que últimamente había intercambiado correspondencia con el rey de Parda, planeando organizar con su ayuda una amplia rebelión contra Roma en el Cercano Oriente. El rey de Parda se había comprometido a entregarle Samaría, Judea y el propio reino de Herodes, Bashán, como recompensa por su deslealtad. Como prueba de su acusación Herodes mencionaba que Antipas tenía 70.000 armaduras completas en la armería de su palacio. ¿Cuál podía ser el significado de estos preparativos secretos para la guerra? El ejército permanente de su tío contaba con sólo unos pocos cientos de hombres, una simple guardia de honor. Resultaba indudable que las armaduras no eran para armar a tropas romanas.

Herodes era astuto, sabía perfectamente bien que Antipas no tenía intención bélica alguna, y que sólo su afición a las exhibiciones lo había llevado a llenar su armería de esa manera. Las rentas de Galilea y Gilead eran ricas, y si bien Antipas era tacaño en su hospitalidad, gustaba de gastar dinero en objetos costosos. Coleccionaban estatuas, cuadros y muebles taraceados. Pero Herodes sabía que esta explicación no se le ocurriría a Calígula, a quien a menudo había hablado de la avaricia de Antipas. De modo que cuando éste llegó a palacio y saludó a Calígula, felicitándolo por su acceso al trono, Calígula le devolvió el saludo con frialdad y le preguntó en el acto:

—¿Es cierto, tetrarca, que tienes 70.000 armaduras en la armería de tu palacio?

Antipas se sobresaltó y no pudo negarlo, porque Herodes había tenido buen cuidado de no exagerar. Masculló algo acerca de que las armaduras estaban destinadas a su propio placer personal.

—Esta audiencia ha terminado —dijo Calígula—. No digas excusas tontas. Mañana pensaré qué debo hacer contigo- Antipas tuvo que retirarse, avergonzado y ansioso.

Esa noche, durante la cena, Calígula me preguntó:

—¿Dónde naciste tú, tío Claudio?

—En Lyon —respondí.

—Un lugar insalubre, ¿no es cierto? —preguntó Calígula, haciendo girar una copa de vino, dorada, entre los dedos.

—Sí —contesté—. Tiene la reputación de ser uno de los lugares más insalubres de tus dominios. Considero que el clima de Lyon es el culpable de haberme condenado, cuando todavía era niño, a mi actual vida inútil e inactiva.

—Sí, creo que en una ocasión te oí decirlo —dijo Calígula—. Enviaremos a Antipas allí. El cambio de clima podrá hacerle bien. En Galilea hay demasiado sol para un hombre de su carácter.

Al día siguiente Calígula le dijo a Antipas que debía considerarse degradado de su rango de tetrarca, y que en Ostia había un barco esperándolo para llevarlo al exilio, a Lyon. Antipas tomó la cosa con filosofía —el exilio era mejor que la muerte—, y diré en su favor que, hasta donde yo sé, jamás dirigió a Herodías, quien lo acompañó desde Galilea, una palabra de reproche. Calígula le escribió a Herodes agradeciéndole su oportuna advertencia, y concediéndole la tetrarquía y las rentas de Antipas, era reconocimiento de su lealtad. Pero sabiendo que Herodías era la hermana de Herodes, le dijo que, por aprecio a su hermana, le permitiría quedarse con toda propiedad que le perteneciera, y volver a Galilea, si lo deseaba, para vivir bajo su protección. Herodías era demasiado orgullosa para aceptar esto, y le respondió a Calígula que Antipas siempre le había tratado muy bien, y que no lo abandonaría en la hora de su necesidad. Comenzó un largo discurso destinado a ablandar el corazón de Calígula, pero éste la interrumpió. Herodías y Antipas zarparon juntos para Lyon a la mañana siguiente. Jamás volvieron a Palestina.

Herodes replicó en términos del más ilimitado agradecimiento por el regalo de Calígula. Calígula me mostró la carta. «¡Pero qué hombre —escribía Herodes— 70.000

armaduras y todas para su placer personal! ¡Dos por día, durante casi cien años! Pero parece una lástima condenar a un hombre así a que se pudra en Lyon. Tendrían que enviarlo a invadir Germania por sí sólo. Mi padre siempre decía que la única manera de hacer frente a los germanos era la de exterminarlos, y aquí tienes a tu servicio al perfecto exterminador: tan ávido de combatir, que acumula 70.000 armaduras, todas hechas a la medida.» Nos reímos mucho con la carta. Herodes terminaba diciendo que volvería en el acto a Roma para agradecer a Calígula verbalmente. La pluma y el papel no eran suficientes para expresar lo que sentía. Haría de su hermano Aristóbulo el regente temporario de Galilea y Gilead, con Silas para vigilarlo con atención, y a su hermano menor, Herodes Polio, regente temporario de Bashán.

Volvió a Roma con Cypros, y pagó a sus acreedores hasta el último centavo de sus deudas, y a todas partes donde iba decía que no pensaba volver a pedir prestado. Durante el primer año del reinado de Calígula no tuvo dificultad digna de mención. Incluso cuando Calígula riñó con mi madre por el asesinato de Gemelo —asesinato del cual puede tenerse la seguridad de que Herodes no lo había disuadido activamente—, de modo que como he descrito en mi historia anterior ella se vio obligada a suicidarse, Herodes estuvo tan seguro de la confianza de Calígula en su lealtad, que casi fue el único de los amigos de ella que se puso luto y concurrió a su funeral. Sintió muy agudamente la muerte de mi madre, según creo, pero la forma en que se lo dijo a Calígula fue:

—Sería un desdichado desagradecido si no dejase de presentar mis respetos al espíritu de mi benefactora. El hecho de que tú le mostrases tu desagrado ante su entrometimiento en un asunto que no le concernía debe de haber afectado a la señora Antonia con la pena y la vergüenza más profundas. Si yo sintiese que había ganado tu desagrado por alguna conducta similar —pero por supuesto que la comparación es absurda—, haría sin duda lo que ha hecho ella. Mi luto es un tributo a su valentía por el hecho de haber abandonado un mundo moderno, que ha convertido a gente como ella en gente antigua.

Calígula aceptó esto y dijo:

—No, Herodes, has hecho bien. El daño me lo causó ella a mí, no a ti.

Pero cuando perdió por completo el juicio, de resultas de su enfermedad, y declaró su divinidad y comenzó a cortar las cabezas de las estatuas de los dioses y a sustituirlas por la propia, Herodes se mostró ansioso. Como gobernador de muchos millares de judíos, preveía problemas. Los primeros signos reales de estos problemas llegaron de Alejandría, donde sus enemigos, los griegos, instaron al gobernador de Egipto a que insistiese en la erección de las estatuas del emperador en las sinagogas judías, lo mismo que en los templos griegos, y a la utilización por los judíos, lo mismo que por los griegos, del divino nombre de Calígula en los juramentos. El gobernador de Egipto había sido enemigo de Agripina y también partidario de Tiberio Gemelo, y decidió que la mejor forma de demostrar su lealtad a Calígula consistía en poner en vigor el edicto imperial, que, en rigor de verdad, sólo estaba destinado a los griegos de la ciudad. Cuando los judíos se negaron a jurar por el nombre de Calígula o a admitir sus estatuas dentro de las sinagogas, el gobernador publicó un decreto declarando que todos los judíos de la ciudad eran extranjeros e intrusos. Los alejandrinos se sintieron jubilosos e iniciaron un pogrom contra los judíos, expulsando a los ricos de otras partes de la ciudad, donde vivían lujosamente, al lado de griegos y romanos, y llevándolos hasta las atestadas y estrechas callejuelas de «el Delta». Más de cuatrocientas casas de mercaderes fueron saqueadas, y sus dueños asesinados o mutilados. Los sobrevivientes recibieron incontables insultos. Las pérdidas en vidas y los daños a las propiedades fueron tan cuantiosos, que los griegos quisieron justificar su acción enviando una

embajada a Calígula, en Roma, explicando que la negativa de los judíos a adorar a su majestad había irritado de tal modo a los ciudadanos griegos más jóvenes y menos disciplinados, que éstos tomaron la justicia por sus propias manos. Los judíos enviaron una contraembajada, dirigida por el hermano del alabarca, cierto Filón, distinguido judío que gozaba de la reputación de ser el mejor filósofo de Egipto. Cuando Filón llegó a Roma, como es natural, visitó a Herodes, con quien estaba emparentado por matrimonio. Porque Herodes, después de pagar al alabarca las 8.000 piezas de oro, junto con un interés del diez por ciento sobre dos años —para gran turbación del alabarca, porque como judío no podía aceptar legalmente intereses sobre un préstamo a otro judío—, mostró además su gratitud casando a Berenice, su hija mayor sobreviviente, con el hijo mayor del alabarca. Filón pidió a Herodes que interviniese en su favor ante Calígula, pero Herodes dijo que prefería no tener nada que ver con la embajada. Si los acontecimientos tomaban un sesgo grave, haría lo posible para mitigar la cólera del emperador, que sin duda sería severa... Y eso era todo lo que podía decir por el momento.

Calígula escuchó afablemente a la embajada griega, pero despidió a los judíos con airadas amenazas, como Herodes había previsto, y les dijo que no quería volver a oír en el futuro nada referente a las promesas que Augusto les había hecho en materia de tolerancia religiosa. Augusto, gritó, estaba muerto desde hacía tiempo, y sus edictos estaban fuera de moda y eran absurdos.

—Yo soy vuestro dios, y no tendréis más dioses que yo.

Filón se volvió hacia los otros embajadores y les dijo en arameo:

—Me alegro de que hayamos venido, porque estas palabras son un desafío deliberado al Dios viviente, y ahora podemos estar seguros de que este tonto perecerá miserablemente.

Por suerte ninguno de los cortesanos entendía el arameo.

Calígula envió una carta al gobernador de Egipto informándole que los griegos habían cumplido con su deber al protestar enérgicamente contra la deslealtad de los judíos, y que si éstos insistían en su actual desobediencia, iría él mismo con un ejército y los exterminaría.

Entre tanto, ordenó que el alabarca y todos los otros funcionarios de la colonia judía fuesen encarcelados. Explicó que a no ser por el parentesco del alabarca con su amigo Herodes Agripa, los habría hecho matar, a él y a su hermano Filón. La única satisfacción que Herodes pudo dar a los judíos de Alejandría fue la de que reemplazase al gobernador de Egipto. Convenció a Calígula de que lo arrestara con motivo de su anterior enemistad hacia Agripina —que era, por supuesto, la madre de Calígula— y de que lo desterrase a una de las más pequeñas islas griegas.

Luego Herodes le dijo a Calígula, quien ahora se encontraba corto de fondos:

—Veré qué puedo hacer en Palestina para conseguir algún dinero para tu erario. Mi hermano Aristóbulo me informa de que el tragafuego de mi tío Antipas era aún más rico de lo que suponíamos. Ahora que has iniciado tus conquistas británica y germana —de paso, y si alguna vez te encuentras en Lyon, por favor, dales mis saludos a Antipas y Herodías—, Roma nos parecerá muy lúgubre a los que nos quedamos aquí. Sería una buena oportunidad para que yo me ausentase y volviera a visitar mi reino. Pero en cuanto me entere que estás de vuelta, volveré, también de prisa, y espero que te sientas satisfecho con mis esfuerzos en tu favor.

El hecho era que desde Palestina le habían llegado a Herodes noticias sumamente inquietantes. Partió hacia el este un día después del fijado por Calígula para su absurda expedición militar, aunque en verdad pasó casi un año antes de que Calígula partiese.



Este había dado orden de que su estatua fuese colocada en el santuario del templo de Jerusalén, una cámara secreta interior donde se supone que el dios de los judíos mora en su arcón de cedro, y que sólo es visitada una vez al año por el Sumo Sacerdote. También dio orden posterior de que la estatua fuese sacada del santuario en los días de festival público y adorada en el patio exterior, por la congregación reunida, judíos y no judíos. O bien no conocía, o bien no le importaba el intenso respeto religioso que los judíos tienen hacia su dios. Cuando se leyó la proclama en Jerusalén, por el nuevo gobernador de Judea enviado para reemplazar a Poncio Pilatos (quien, de paso, se había suicidado al llegar a Roma), hubo escenas de tan extraordinarios motines, que el gobernador se vio obligado a refugiarse en su campamento, fuera de la ciudad, donde soportó algo muy similar a un asedio. Las noticias le llegaron a Calígula en Lyon. Se enfureció y envió una carta al nuevo gobernador de Siria, que había reemplazado a mi amigo Vitelio, ordenándole reunir una fuerza de auxiliares sirios, y con éstos y los dos regimientos romanos a sus órdenes, marchar a Judea y poner en vigor el edicto, a punta de espada. El nombre de este gobernador era Publio Petronio, un soldado romano de la antigua escuela. No perdió tiempo alguno en obedecer las órdenes de Calígula, por lo menos en lo referente a sus preparativos para la expedición, y marchó hacia Acre. Allí escribió una carta al Sumo Sacerdote y a los principales notables judíos, informándoles de sus instrucciones y de su disposición a ponerlas en práctica. Entre tanto Herodes había tomado parte en el juego, si bien se mantenía lo más posible en segundo plano. Aconsejó secretamente al Sumo Sacerdote en cuanto a la mejor medida a tomar. Por sugerencia suya, el gobernador de Judea y su guarnición fueron enviados bajo salvoconducto a Petronio, en Acre. Los siguió una delegación de unos 10.000 judíos principales, que llegaron con una súplica contra la violación que se intentaba hacer del templo. No llegaban con intenciones bélicas, declararon, pero ello no obstante preferían morir antes que permitir esta terrible injuria a su tierra ancestral, que inmediatamente sería destruida por una maldición y no se recuperaría jamás. Dijeron que debían su fidelidad política a Roma y que no habría quejas contra ellos por deslealtad o por no pagar sus impuestos, pero que su principal lealtad era para con el Dios de sus Padres, que siempre los había protegido en el pasado (mientras obedecieron sus leyes) y que les había prohibido estrictamente la adoración de cualquier otro dios en su dominio.

—No estoy capacitado para hablar en materia de religión

—respondió Petronio—. Podrá ser como decís, o podrá no ser así. Mi propia fidelidad al emperador no está dividida en mitades políticas o religiosas. Es una lealtad incuestionable. Soy su servidor y obedeceré sus órdenes, suceda lo que sucediere.

—Nosotros somos los fieles servidores de nuestro Señor Dios,, y obedeceremos sus órdenes suceda lo que sucediere —contestaron ellos.

De modo que se produjo un estancamiento en la situación. Petronio avanzó entonces hacia Galilea. Por consejo de HerodesJ no se cometió acto hostil alguno contra él, pero, si bien era tiempo de la cosecha de otoño, los campos se dejaron sin arar, y todos iban de luto, con la cabeza cubierta de cenizas. El comercio y la industria se detuvieron. Una nueva delegación salió al paso de Petronio en Cesárea (la Cesárea de Samaría), encabezada por Aristóbulo, el hermano de Herodes, y una vez más se le dijo que los judíos no tenían intenciones bélicas, pero que si insistía en llevar a la práctica el edicto imperial ningún judío temeroso de dios tendría ya más interés en la vida, y la tierra quedaría arruinada. Esto puso a Petronio en un aprieto. Quiso pedir a Herodes consejo o ayuda, pero éste, advirtiendo la inseguridad de su propia posición, había partido ya hacia Roma. Qué podía hacer un soldado como Petronio, un hombre que siempre se había mostrado pronto a enfrentar al más feroz enemigo alineado en formación de batalla o atacándolo desde una emboscada, con alaridos, cuando estos

venerables ancianos se presentaban y le tendían el cuello diciéndole: «No ofrecemos resistencia, somos leales tributarios de Roma, pero nuestro deber religioso es para con el Dios de nuestros Padres, por cuyas leyes hemos vivido desde nuestro nacimiento. Mátanos, si te place, porque no podemos permitir que nuestro Dios sea blasfemado y seguir viviendo».

Les hizo un discurso sincero, les dijo que su deber de romano era cumplir con el juramento de fidelidad que había hecho al emperador, y obedecerlo en todo sentido. Y ellos ya podían ver que con las fuerzas armadas a su disposición estaba en perfectas condiciones de cumplir las órdenes que había recibido. Ello no obstante, los elogió por su firmeza y por su abstención de acto alguno de violencia. Confesó que en su condición oficial de gobernador de Siria sabía en qué consistía su deber, y sin embargo, como hombre humano y razonable, le resultaba casi-imposible hacer lo que se le había encomendado. No sería un acto romano matar a ancianos inermes sólo porque insistían en adorar a su dios ancestral. Dijo que volvería a escribir a Calígula y presentaría el caso de ellos en la forma más favorable posible.. Era más que probable que Calígula lo recompensase con la muerte, pero si, por medio del sacrificio de su propia vida, podía salvar las vidas de tantos millares de provincianos industriosos e inofensivos, estaba dispuesto a hacerlo. Los instó a reanimarse y a esperar lo mejor.

Lo primero que había que hacer una vez escrita la carta, cosa que haría esa misma mañana, era que ellos continuasen cultivando su tierra. Si dejaban de hacerlo, sobrevendría el hambre, y luego el bandidaje y la peste, y las cosas empeorarían mucho más de lo que estaban ahora. Sucedió que en el momento en que hablaba aparecieron de pronto por el oeste, nubes de tormenta, y cayó un fuerte aguacero. Las lluvias comunes de otoño no habían caído ese año, y ya había pasado la estación de las mismas. De modo que eso fue considerado como un augurio de extraordinaria buena suerte, y las multitudes de judíos quejumbrosos se dispersaron, entonando canciones de alabanza y alegría. La lluvia continuó cayendo, y muy pronto toda la tierra revivió.

Petronio mantuvo su palabra. Escribió a Calígula informándole acerca de la obstinación de los judíos, rogándole que reconsiderase su decisión. Dijo que los judíos se habían mostrado perfectamente respetuosos hacia su emperador, pero que insistían en que caería una terrible maldición sobre su tierra si se erguía una estatua cualesquiera en el templo, incluso la de su glorioso emperador. Se refería prolongadamente a su negativa a cultivar la tierra, y sugería que ahora se presentaban sólo dos alternativas: la primera, erigir la estatua y sentenciar el país a la ruina, cosa que significaría una inmediata pérdida de rentas. La segunda, volver atrás en la decisión imperial y conquistar la imperecedera gratitud de un noble pueblo. Rogaba al emperador que, por lo menos, postergara la instalación de la estatua hasta después de la cosecha.

Pero antes de que esta carta llegase a Roma, Herodes Agripa ya se había puesto a trabajar en favor del dios judío. Calígula y él se saludaron con gran afecto, después de su larga separación, y Herodes llevaba consigo grandes arcones de oro y joyas y otros objetos preciosos. Algunos provenían de su propio tesoro, otros del de Antipas, y el resto, según creo, formaba parte de una ofrenda hecha a él por los judíos de Alejandría. Herodes invitó a Calígula al más lujoso banquete que jamás se hubiese ofrecido en la ciudad: sirvieron increíbles manjares, incluso cinco grandes pasteles completamente llenos de lenguas de alondras, pescados maravillosamente delicados traídos en tanques desde la India, y, como asado, un animal parecido a un elefante joven, pero velludo y no perteneciente a ninguna especie conocida: se lo había encontrado incrustado en el hielo de algún lago helado del Cáucaso, y se lo había llevado allí, envuelto en nieve, vía Armenia, Antioquía y Rodas. Calígula se asombró ante la magnificencia de la mesa y admitió que jamás habría tenido ingenio suficiente para proporcionar semejante

espectáculo, incluso aunque hubiera podido permitírselo. La bebida fue tan notable como la comida, y Calígula se mostró tan animado a medida que transcurría la cena, y despreció de tal modo su propia generosidad hacia Herodes en el pasado, como algo apenas digno de mención, que prometió concederle todo lo que estuviese en sus manos otorgar.

—Pídeme cualquier cosa, mi queridísimo Herodes —dijo—, y será tuyo. —Repitió:— Absolutamente todo. Juro por mi propia divinidad que te lo concederé.

Herodes protestó que no había ofrecido ese banquete en la esperanza de conquistar favor alguno de Calígula. Dijo que éste había hecho ya tanto por él, como príncipe cualesquiera del mundo habría podido hacer por cualquier sujeto o aliado suyo en todo el panorama de la historia o la tradición. Dijo que estaba mucho más que contento; no quería absolutamente nada, aparte de que se le permitiese mostrar su gratitud de alguna manera. Pero Calígula, mientras se servía vino de una jarra de cristal, continuaba insistiendo: ¿No quería algo especial, cualquier cosa? ¿Algún nuevo reino en Oriente? ¿Caléis, quizás, o Iturea? Pues lo tendría con sólo pedirlo.

—Graciosísimo y magnánimo y divino César —dijo Herodes—, repito que no quiero nada para mí. Lo único que puedo ansiar es el privilegio de servirte. Pero ya me has adivinado los pensamientos. Nada escapa a tus miradas sorprendentemente rápidas y penetrantes. En verdad existe algo que quiero pedirte, pero como presente que sólo servirá para beneficiarte directamente a ti. Mi compensación será indirecta: la gloria de haber sido tu consejero.

La curiosidad de Calígula fue excitada.

—No temas hablar, querido Herodes —dijo—. ¿Acaso no he jurado que te lo concederé, y no soy un dios de mi palabra?

—En ese caso, mi único deseo —dijo Herodes— es que no pienses ya en instalar tu estatua en el templo de Jerusalén.

Siguió un prolongado silencio. Yo estuve presente en ese histórico banquete y no recuerdo haberme sentido jamás tan incómodo o excitado en mi vida, como cuando esperaba el resultado de la audacia de Herodes. ¿Qué haría Calígula? Había jurado por su propia dignidad conceder el pedido, en presencia de muchos testigos. Y sin embargo, ¿cómo podía volver sobre su resolución de humillar a ese dios de los judíos, el único de los dioses del mundo que continuaba oponiéndosele?

Al cabo Calígula habló. Dijo con voz suave, casi suplicante, como si contase con Herodes para ayudarlo a salir de ese dilema:

—No entiendo, mi queridísimo Herodes. ¿En qué forma supones que la concesión de este pedido me beneficiará?

Herodes había estudiado todo el asunto en detalle antes de sentarse a la mesa. Replicó, con aparente sinceridad:

—Porque, César, colocar tu sagrada estatua en el templo de Jerusalén no redundará en tu propia gloria. ¡Oh, muy por el contrario! ¿Tienes conciencia de la naturaleza de la estatua que ahora se guarda en el santuario más íntimo del templo, y de los ritos que se realizan en él en los días santos? ¿No? Entonces escucha y entenderás en el acto que lo que consideras como una perversa obstinación de mis correligionarios no es más que un leal deseo de no injuriar a tu Majestad. El dios de los judíos, César, era un individuo extraordinario. Ha sido descrito como un antidiós. Tiene una aversión arraigada a las estatuas, en especial a las de porte majestuoso y digna artesanía como las de los dioses griegos. A fin de simbolizar su odio hacia otras divinidades, ha ordenado la erección, en ese santuario íntimo, de la estatua de un enorme, tosco y ridículo Asno. Tiene largas orejas, enormes dientes, gigantescos genitales, y todos los días santos los sacerdotes insultan a esta estatua con los más viles cánticos y la salpican de los más repugnantes

excrementos y desperdicios, y luego la pasean en un carruaje por todo el patio interior, para que la congregación toda la insulte de manera similar. De modo que todo el templo apesta como las Grandes Cloacas. Es una ceremonia secreta. No se admite a ella ninguna persona que no sea judía, y a los propios judíos no se les permite hablar de ella, so pena de una maldición. Además, se avergüenzan de ella. Ahora lo entiendes todo, ¿no es cierto? Los principales judíos temen que si tu estatua fuese erigida en el templo, ello provocaría los más profundos malentendidos; que, en su ridículo fanatismo religioso, la gente del pueblo la sometería a las más graves indignidades pensando a la vez honrarte con su celo; pero, como digo, la delicadeza natural y el sagrado silencio que deben guardar les ha impedido explicar a tu amigo Petronio por qué prefirieron morir antes que permitirle que ponga en práctica tus órdenes. Es una suerte que yo esté aquí para decirte lo que ellos no pueden. Yo soy sólo judío por parte de madre, de modo que quizá eso me libre de la maldición. De cualquier manera, estoy dispuesto a correr el riesgo por ti.

Calígula se tragó todo esto con perfecta credulidad, e incluso quedó convencido a medias por la gravedad de Herodes. Lo único que dijo fue:

—Si los tontos hubiesen sido tan francos conmigo como tú, mi queridísimo Herodes, nos habríamos ahorrado todos estos problemas. ¿Te parece que Petronio habrá ejecutado mis órdenes?

—Por tu bien, espero que no lo haya hecho —explicó Herodes.

De modo que Calígula escribió a Petronio una breve carta:

«Si ya has puesto mi estatua en el templo, como lo ordené, déjala, pero cuida de que los ritos sean atentamente supervisados por soldados romanos. De lo contrario, desbanda tu ejército y olvídate del asunto. Por consejo del rey Herodes Agripa, he llegado a la conclusión de que el templo en cuestión es un lugar muy inadecuado para la instalación de mi sagrada estatua.»

Esta carta se cruzó con la que había escrito Petronio. Calígula se enfureció de que Petronio se atreviese a escribir como lo hacía, intentando hacerlo cambiar de opinión por puro sentido de humanidad. Contestó: «Ya que parece valorar los sobornos de los judíos más altamente que mi voluntad Imperial, te aconsejo que te mates en seguida y en forma indolora, antes de que haga contigo un ejemplo tal, que horrorice a todas las épocas futuras.»

Pero sucedió que la segunda carta de Calígula llegó tarde: el barco perdió su palo mayor entre Rodas y Chipre, y quedó incapacitado para navegar durante varios días, de modo que la noticia de la muerte de Calígula llegó primero a Cesárea. Petronio casi abrazó el judaísmo, tan aliviado se sintió.

Esto termina con la primera parte de la historia de Herodes Agripa, pero se conocerá el resto de la misma a medida que continúe narrando la mía propia.

## Capítulo 5

De modo que nos encontramos de vuelta en el punto en que era paseado en torno al gran patio del palacio, sobre los hombros de dos cabos de la guardia, con el batallón de germanos apiñándose en mi derredor y dedicando sus azagayas a mi servicio. Eventualmente conseguí que los cabos me depositasen en el suelo y que cuatro germanos fuesen a buscar mi litera. La trajeron y subí a ella. Me dijeron que habían decidido llevarme al campamento de la guardia, situado al otro lado de la ciudad, donde estaría protegido de posibles tentativas de asesinato. Yo comenzaba a protestar otra vez, cuando vi un resplandor de color en la parte posterior de la muchedumbre. Un brazo revestido de tela color púrpura se agitaba en un singular movimiento circular, que me trajo recuerdos de mi época de estudiante. Dije a los soldados:

—Creo ver al rey Herodes Agripa. Si quiere hablar conmigo, déjelo pasar en el acto.

Cuando Calígula fue asesinado, Herodes no estaba muy lejos. Nos siguió fuera del teatro, pero fue llevado aparte por uno de los conspiradores, quien fingió que quería que hablase con Calígula acerca de cierto favor. De modo que Herodes no presencié el asesinato. Si lo conozco tan bien como creo, estoy seguro de que le habría salvado la vida a Calígula por medio de una u otra treta, y luego, cuando se encontró con el cadáver, demostró su gratitud por los favores pasados, en términos nada inciertos. Lo abrazó, ensangrentado como estaba, y lo llevó tiernamente en sus propios brazos al palacio, donde lo depositó en la cama imperial. Incluso mandó a buscar cirujanos, como si Calígula no estuviese de veras muerto, y tuviera alguna posibilidad de recuperarse. Luego abandonó el palacio por otra puerta y llegó corriendo al teatro, donde instó a Mnester, el actor, a pronunciar su famoso discurso, aquél con que tranquilizó a los excitados germanos y les impidió diezmar al público en venganza por la muerte de su amo. Luego volvió a precipitarse hacia el palacio. Cuando se enteró allí de lo que me había ocurrido, salió audazmente al patio, para ver si podía serme de alguna utilidad. Debo admitir que la visión de la sonrisa de Herodes —una comisura de los labios hacia arriba, la otra hacia abajo—, me estimuló considerablemente. Sus primeras palabras fueron:

—Felicitaciones, César, por tu elección. Que goces durante mucho tiempo de los grandes honores que estos valientes soldados te han concedido, ¡y ojalá tenga yo la gloria de ser tu primer aliado!

Los soldados lanzaron ruidosos vítores. Luego, acercándose más a mí y apretándome con fuerza la mano, comenzó a hablar en fenicio, idioma con el cual sabía que yo estaba familiarizado debido a mis investigaciones de la historia de Cartago, pero que ninguno de los soldados entendería. No me dio oportunidad alguna de interrumpirlo.

—Escúchame, Claudio. Sé lo que sientes. Sé que no quieres en realidad ser emperador, pero por todos nosotros, lo mismo que por ti, no seas tonto. No permitas que se te escape lo que los dioses te han dado por su propia voluntad. Adivino lo que piensas. Tienes alguna tonta idea de entregar tu poder al Senado en cuanto los soldados

te suelten. Eso sería una locura; sería la señal para la guerra civil. Los senadores son un hato de ovejas, pero hay entre ellos tres o cuatro lobos que están dispuestos, en cuanto renuncies a tu poder, a luchar por él entre sí. Para empezar, ahí está Asiático, por no mencionar a Vinicio. Los dos están en la conspiración, de modo que es probable que hagan algo desesperado por temor a ser ejecutados. Vinicio ya se considera un César debido a su matrimonio con tu sobrina Lesbia. El la hará volver de su destierro, y entre ambos formarán una combinación muy fuerte. Si no es Asiático o Vinicio, será algún otro, probablemente Viniciano. Eres el único emperador evidente para Roma, y tendrás a los ejércitos tras de ti. Si no aceptas la responsabilidad por culpa de algún absurdo prejuicio, eso significará la ruina de todos. Es lo único que tengo que decirte. ¡Piénsalo, y mantén el espíritu en alto! —Luego se volvió y gritó a los soldados:— Romanos, también os felicito a vosotros. No habríais podido hacer una elección más sabia. Vuestro nuevo emperador es valiente, generoso, culto y justo. Podéis confiar en él tan completamente como confiasteis en su glorioso hermano Germánico. No os dejéis engañar por el Senado o por ninguno de vuestros coroneles. Defended al emperador Claudio y él os defenderá a vosotros. El lugar más seguro para él está en vuestro campamento. Acabo de aconsejarle que os pague bien por vuestra lealtad.

Con estas palabras, desapareció.

Me llevaron en mi litera hacia un campamento, al trote. En cuanto uno de los portadores daba señales de flaquear, su lugar era ocupado por otro. Los germanos corrían delante, gritando. Yo estaba como atontado, sereno, pero jamás me sentí tan terriblemente desdichado en toda mi vida. Ahora que Herodes había desaparecido, las perspectivas volvían a parecer desesperanzadas. Acabábamos de llegar a la Vía Sacra, al pie del Palatino, cuando varios mensajeros llegaron corriendo por ella para interceptarnos, y protestaron contra mi usurpación de la monarquía. Los mensajeros eran dos «Protectores del Pueblo». (Este puesto era una supervivencia de mediados de la república, cuando los Protectores defendían los derechos del pueblo contra las usurpaciones tiránicas de la nobleza. Sus personas eran inviolables y, si bien no pretendían tener poder legislativo alguno, habían arrancado a los nobles el derecho a vetar cualesquier acto del Senado que no les agradase. Pero Augusto y sus dos sucesores imperiales también adoptaron el título de «Protectores del Pueblo», con sus prerrogativas, de modo que, los verdaderos, si bien se los siguió eligiendo y cumplieron ciertas funciones bajo las órdenes imperiales, habían perdido su importancia primitiva.) Parecía claro que el Senado había elegido a estos mensajeros, no sólo como señal de que toda Roma estaba detrás de ellos en su protesta, sino también por su inviolabilidad personal, que los protegería de cualquier hostilidad por parte de mis hombres. Estos protectores, a quien yo personalmente no conocía, no se comportaron con una valentía notable cuando nos detuvimos a parlamentar con ellos, y tampoco se atrevieron a pronunciar el severo mensaje que después me enteré que se les había confiado. Me llamaron «César», título al cual entonces no tenía derecho, ya que no era miembro de la casa Julia. Y dijeron con suma humildad:

—Nos perdonarás, César, pero el Senado agradecería muchísimo que concurrieses de inmediato. Estamos ansiosos por conocer tus intenciones.

Yo estaba dispuesto a ir, pero los guardias no lo permitieron. Sólo sentían desprecio por el Senado, y ahora que habían elegido por sí mismos un emperador, no estaban dispuestos a perderlo de vista, y sí a resistir toda tentativa por parte del Senado, ya fuese de restablecer la república o de designar a un emperador rival. Surgieron coléricos gritos de «Idos, ¿oís?». «Decidle al Senado que se meta en sus asuntos y nosotros nos ocuparemos de los nuestros.» «No permitiremos que nuestro emperador también sea asesinado.» Yo me asomé por la ventanilla de mi litera, y dije:

—Por favor, ofreced mis respetos más cumplidos al Senado e informadle que por el momento no estoy en condiciones de cumplir su graciosa invitación. Tengo otra anterior. Los sargentos, cabos y soldados de la guardia de palacio me llevan a gozar de su hospitalidad en el campamento de la guardia. Mi vida no valdrá nada si insulto a estos abnegados soldados.

Por lo tanto volvimos a partir. «¡Qué lengua tiene nuestro emperador!», rugieron. Cuando llegamos al campamento fui saludado con mayor entusiasmo que nunca. La división de la guardia estaba compuesta por unos doce mil hombres de infantería, aparte de la caballería anexa. No sólo eran los cabos y los sargentos quienes aclamaban ahora al emperador, sino también los capitanes y los coroneles. Hice lo posible para que cesaran en sus aclamaciones, a la vez que les agradecía su buena voluntad. Les dije que no podía consentir en ser su nuevo emperador hasta que hubiese sido designado como tal por el Senado, en cuyas manos descansaba la elección. Fui llevado al cuartel general, donde se me trató con una deferencia a la que no estaba acostumbrado, pero era virtualmente un prisionero.

En cuanto a los asesinos, cuando estuvieron seguros de que Calígula estaba muerto, y escaparon de los germanos perseguidores, y de los servidores y custodios personales de Calígula, que llegaron gritando con clamores de venganza, corrieron a la casa de Vinicio, que no estaba lejos de la plaza del mercado. Allí aguardaban los coroneles de los tres batallones de la ciudad, que eran las únicas tropas regulares acantonadas en Roma, aparte de los custodios y de la Guardia Imperial. Estos coroneles no habían tomado parte activa en la conspiración, pero prometieron poner sus fuerzas a disposición del Senado en cuanto Calígula estuviese muerto y la república restaurada. Casio insistió entonces en que alguien debía ir en el acto a matar a Cesonia y a mí. Estábamos demasiado estrechamente vinculados con Calígula para permitirnos sobrevivirlo. Un coronel llamado Lupo se ofreció voluntariamente para la tarea. Era cuñado del comandante de la guardia. Llegó a palacio, y atravesando, espada en mano, muchas habitaciones desiertas, llegó por fin al dormitorio imperial, donde se encontraba el cadáver de Calígula, ensangrentado y espantoso, tal como Herodes lo había dejado. Pero Cesonia se hallaba ahora sentada en la cama, con la cabeza sobre su regazo, y la pequeña Drusila, hija única de Calígula, de rodillas a su lado. Cuando entró Lupo, Cesonia gemía:

—Esposo, esposo, habrías debido escuchar mi consejo.

Cuando vio la espada de Lupo, lo miró ansiosamente a la cara, y supo que estaba condenada. Le tendió el cuello.

—Un golpe limpio —dijo—. No hagas un trabajo chapucero como hicieron los otros asesinos. Cesonia no era una cobarde. El hombre lanzó el golpe y la cabeza cayó. Luego tomó a la chiquilla que se precipitó hacia él, mordiéndolo y arañándolo. La sostuvo de los pies y le golpeó la cabeza contra una columna de mármol, reventándosela. Siempre resulta desagradable enterarse de la muerte de un niño, pero el lector debe aceptar mi palabra de que si él hubiese conocido a la pequeña Drusila, la favorita de su padre, habría ansiado también hacer lo que hizo Lupo.

Desde entonces hubo muchas discusiones en cuanto al significado de las palabras de Cesonia al cadáver, que por cierto fueron ambiguas. Algunos dicen que Calígula habría debido escuchar ciertos consejos que le dio en cuanto a la necesidad de matar a Casio, de cuyas intenciones ella sospechaba, antes de que él tuviese tiempo de ponerlas en práctica. Los que lo explican de este modo son los que culpan a Cesonia por la locura de Calígula, diciendo que fue la primera que le quitó el juicio al darle a beber el filtro que la unió a ella de modo tan absoluto. Otros sostienen, y debo decir que estoy de acuerdo con ellos, que quiso decir que había aconsejado a Calígula que mitigase lo que a él le

agradaba denominar su «incommovible rigor» y se comportase más como un mortal humano y sensato.

Lupo partió luego en mi búsqueda, para completar su tarea. Pero para ese entonces acababan de escucharse los gritos de «Viva el emperador Claudio». Se quedó en la puerta del salón donde se realizaba la reunión, pero cuando vio cuán popular me había vuelto, perdió el valor y se alejó sigilosamente.

En la plaza del Mercado, la muchedumbre excitada no podía decidir si debía aclamar a los asesinos hasta enronquecer, o aullar hasta enronquecer en demanda de su sangre. Circulaba el rumor de que Calígula no había sido asesinado, y que todo el asunto era un fraude, impuesto por él mismo. Y que sólo esperaba que expresasen alegría ante su muerte, antes de comenzar una matanza general. Eso era lo que había querido decir, se afirmaba, con su promesa de presentar esa noche un nuevo espectáculo intitulado Muerte, destrucción y los misterios del infierno. Predominó la cautela, y ya habían comenzado a gritar lealmente: «¡Buscad a los asesinos! ¡Vengad la muerte de nuestro glorioso César!», cuando Asiático, un ex cónsul de figura imponente, que había gozado de la mayor confianza de Calígula, ascendió a la Plataforma de las Oraciones y exclamó:

—¿Buscáis a los asesinos? También yo. Quiero felicitarlos. Lo único que lamento es no haber podido asestarle yo también un golpe. Calígula era una vil criatura, y ellos actuaron noblemente al asesinarlo. ¡No seáis idiotas, hombres de Roma! ¡Todos vosotros odiasteis a Calígula, y ahora que está muerto respirad otra vez con libertad! ¡Volved otra vez a vuestros hogares y celebrad su muerte con vino y canciones!

Tres o cuatro compañías de tropas de la ciudad estaban cerca, y Asiático les dijo:

—Contamos con vosotros, soldados, para mantener el orden. El Senado es supremo una vez más. Otra vez somos república. Obedeced sus órdenes y os doy mi palabra de que cada uno de vosotros será considerablemente más rico para cuando las cosas se hayan normalizado. No debe haber saqueos ni motines. Todo delito contra vidas o propiedades será castigado con la muerte.

De modo que el pueblo cambió de música en el acto, y comenzó a dar vivas a los asesinos, el Senado y al propio Asiático.

De la casa de Vinicio, aquellos conspiradores que eran senadores se dirigían al Senado, donde los cónsules habían convocado rápidamente una reunión, cuando Lupo llegó corriendo del Palatino, con la noticia de que los guardias me habían aclamado emperador y me llevaban a su campamento. Entonces me enviaron un mensaje amenazador, por los dos Protectores del Pueblo, a quienes montaron en caballos del cuerpo de caballería, con la orden de que me alcanzaran. Debían entregar el mensaje como si proviniese del Senado en sesión. Ya he relatado cómo, cuando llegó el momento, la amenaza perdió gran parte de su fuerza. Los otros conspiradores, los oficiales de la guardia, encabezados por Casio, se apoderaron entonces de la ciudadela del monte Capitolino, y dejaron en ella a uno de los batallones de la ciudad.

Me habría gustado ser testigo ocular de la histórica reunión del Senado, a la que acudieron no sólo todos los senadores, sino también una gran cantidad de caballeros y otros que no tenían nada que hacer allí. En cuanto se conoció la noticia de la captura de la ciudadela, todos abandonaron el Senado y se dirigieron al templo de Júpiter, cercano, considerándolo un lugar más seguro. Pero la excusa que dieron fue la de que la designación oficial del Senado era «el edificio Juliano», y de que los hombres libres no debían reunirse en un lugar dedicado a la dinastía de cuya tiranía acababan de escapar tan dichosamente. Cuando estuvieron cómodamente ubicados allí, todos comenzaron a hablar a la vez. Algunos senadores dijeron que la memoria de los Césares debía ser



eliminada por completo, sus estatuas rotas y sus templos destruidos. Pero los cónsules se pusieron de pie y rogaron que se estableciera un poco de orden.

—Una cosa por vez, señores —dijeron—. Una cosa por vez.

Llamaron a un senador llamado Sencio y le pidieron que hiciese un discurso, porque era un hombre que siempre tenía uno en la punta de la lengua, un orador enérgico y persuasivo. Tenían la esperanza de que en cuanto alguien comenzase a hablar en forma adecuada, en lugar de intercambiar gritos y discusiones y felicitaciones con los vecinos, el Senado volvería a dedicarse a sus asuntos.

Sencio habló.

—Señores —dijo—. ¡Esto es casi increíble! ¡Os dais cuenta de que somos finalmente libres, que ya no somos esclavos sometidos a la locura de un tirano! Oh, confío en que vuestros corazones palpiten tan enérgica y orgullosamente como el mío, aunque nadie podría atreverse a profetizar cuánto tiempo durará esta bendita situación. Por lo menos, gocémosla mientras podamos, y seamos dichosos. Han pasado ya casi diez años desde que fue posible anunciar, en esta misma y gloriosa ciudad, «somos libres». De modo que, por supuesto, ni vosotros ni yo podemos recordar qué se sintió, en aquellos tiempos, al pronunciar tan espléndidas palabras, pero por cierto que en este momento mi alma está tan alborozada, que me resulta imposible describirlo. ¡Cuan felices los ancianos decrepitos que al final de una larga vida de esclavitud pueden exhalar su último aliento, hoy, con esa dulce frase en los labios: «¡Somos libres!» ¡Cuan instructivo además, para los jóvenes, para quienes la libertad no es más que un nombre, saber qué significa ese nombre cuando escuchan el alegre grito universal: «somos libres»! Pero, señores y caballeros, debo recordar que sólo la virtud puede conservar la libertad. La maldad de la tiranía consiste en que desalienta a la virtud. La tiranía enseña la adulación y los bajos temores. Bajo una tiranía somos pajas en el viento del capricho. El primero de nuestros tiranos fue Julio César. Desde su reinado no ha habido desdicha alguna que no hayamos experimentado. Porque se produjo una continua declinación, desde Julio, en la calidad de los emperadores que fueron elegidos para gobernarnos. Cada uno nombró como sucesor a un hombre un poco peor que él. Estos emperadores odiaron la virtud con odio maligno. ¡El peor de ellos fue este Cayo Calígula! —ojalá su espíritu sufra tormentos—, el enemigo de los hombres y los dioses. En cuanto un tirano perjudica a un hombre, se sospecha que este hombre alberga resentimientos contra él, aunque no dé señales de ello. Se fabrica una acusación criminal contra él, y se le condena sin esperanzas de absolución. Eso le sucedió a mi propio cuñado, un caballero dignísimo y honorable. Pero ahora, repito, somos libres. Ahora somos responsables los unos ante los otros. Una vez más es éste un Senado de palabra franca y de discusión franca. Confesémoslo: hemos sido cobardes, hemos vivido como esclavos, nos hemos enterado de intolerables calamidades que asolaron a nuestros vecinos, pero en la medida que ellas no golpearon sobre nosotros mantuvimos nuestro silencio. Señores, decretemos los máximos honores que esté en nuestro poder conceder a los tiranidas; en especial a Casio Que-rea, quien ha sido el principal motor de todo este estallido heroico. Su nombre debe ser más glorioso aún que el de Bruto, quien asesinó a Julio César, o el de su tocayo Casio, quien estuvo al lado de ese Bruto y también asestó un golpe. Porque Bruto y Casio iniciaron con su acción una guerra civil que hundió al país en la más profunda degradación y desdicha. En tanto que la acción de Casio Querea no puede conducir a esa calamidad. Como un verdadero romano él se ha puesto a disposición del Senado y nos ha hecho el presente de esa preciosa libertad que durante tanto, ah, tanto tiempo, nos fue negada.

Este pueril discurso fue aplaudido estruendosamente. Quién sabe por qué, nadie consideró que Sencio había sido uno de los más notables aduladores de Calígula, y que

se había ganado el sobrenombre de «El faldero». Pero el senador sentado junto a él advirtió de pronto que llevaba en el dedo un anillo de oro, con una enorme cabeza de Calígula montada sobre un camafeo, hecho con vidrios de colores. Este senador era otro ex faldero de Calígula, pero ansioso de superarlo en virtud republicana, arrebató el anillo del dedo de Sencio y lo arrojó al suelo. Todos se unieron a él para pisotearlo y hacerlo trizas. Esta enérgica escena fue interrumpida por la llegada de Casio Querea. Iba acompañado por Aquila, «El Tigre», otros dos oficiales de la guardia que se habían contado entre los asesinos y Lupo. Al entrar al Senado, Casio no dirigió una sola palabra a los atestados bancos de vociferantes senadores y caballeros, sino que se acercó a los dos cónsules y los saludó:

—¿Cuál es la contraseña de hoy? —preguntó. El jubiloso Senado sintió que ése era el momento culminante de su vida. Bajo la república, los cónsules eran comandantes en jefe conjuntos de las fuerzas, a menos de que fuesen designados por un dictador que tuviese precedencia sobre ellos. Pero hacía ahora más de ochenta años que no daban el santo y seña del día. El cónsul de mayor edad, otro de los de la raza de falderos, se infló y contestó:

—El santo y seña, coronel, es libertad.

Pasaron diez minutos antes de que los vítores hubiesen disminuido lo bastante como para que se pudiera escuchar la voz del cónsul. Este se puso de pie, con cierta agitación, para anunciar que habían vuelto los mensajeros que me enviaron en nombre del Senado: los mensajeros informaron que me resultaba imposible obedecer a la citación, y que expliqué que los guardias me llevaban por la fuerza a su campamento. Esta noticia causó consternación y confusión entre las filas de escaños, y a continuación se produjo un enconado debate, cuya conclusión fue la de que mi amigo Vitelio sugirió que se enviase a buscar al rey Herodes Agripa. Como Herodes era ajeno a todo eso, pero estaba en estrecho contacto con las corrientes políticas de Roma, y como era un hombre de gran reputación, tanto en Occidente como en Oriente, quizá pudiese darles algún consejo adecuado. Alguien apoyó a Vitelio y señaló que se sabía que Herodes tenía una fuerte influencia sobre mí, que era respetado por los guardias imperiales, y que al mismo tiempo siempre había mostrado buena disposición hacia el Senado, en el cual tenía numerosos amigos personales. De modo que se envió un mensajero a rogar a Herodes que concurriese lo antes posible. Creo que Herodes había arreglado las cosas de modo que se le invitase, pero no puedo estar seguro. Por lo menos no se mostró demasiado dispuesto a ir, ni demasiado remiso a cumplir con la invitación. Envío a un criado al piso bajo, desde el dormitorio en que se encontraba, para decirle al mensajero que estaría listo en pocos minutos, pero que en ese momento debía perdonársele porque no estaba vestido. Pronto bajó oliendo muy fuertemente a un peculiar perfume oriental llamado pachulí, que era motivo de bromas permanentes en palacio. Se suponía que causaba un efecto irresistible sobre Cypros. Cada vez que Calígula lo olía en Herodes, solía husmear ruidosamente y decir: «¡Herodes, viejo coqueto! ¡Qué bien anuncias tus secretos maritales!» Entiéndase que Herodes no quería que se supiera que había pasado tanto tiempo en el monte Palatino, porque de lo contrario se sospecharía que había tomado partido. En rigor, abandonó el palacio disfrazado de sirviente, mezclado a la muchedumbre de la plaza del Mercado, y acababa de llegar a la casa cuando recibió el mensaje. Usó el perfume como coartada, y parece que se la aceptó. Cuando llegó al templo, los cónsules le explicaron la situación y él fingió mostrarse sorprendido al enterarse de que yo había sido aclamado emperador, a la vez que hacía una prolongada protesta en cuanto a su absoluta neutralidad en materia de política de la ciudad. No era más que un rey aliado, y el amigo de confianza de Roma, y tal seguiría siendo, con permiso del Senado, cualesquiera fuese el gobierno.

—Ello no obstante —dijo—, como parecéis tener necesidad de mi consejo, estoy dispuesto a hablar con franqueza. La forma republicana de gobierno, me parece, es en ciertas circunstancias una cosa estimable. Lo mismo diría de una monarquía benigna. En mi opinión, nadie puede hacer un pronunciamiento rígido en el sentido de que una forma de gobierno es esencialmente mejor que otra. Lo adecuado de cada forma depende del temperamento de pueblo, de la capacidad del gobernante o gobernantes, de la extensión geográfica del Estado, etc. Sólo puede establecerse una regla general, y es la siguiente: ningún hombre sensato daría esto (y aquí hizo chasquear despectivamente los dedos) por gobierno alguno, ya sea democrático, plutocrático, aristocrático o autocrático, que no cuente con el leal respaldo de las fuerzas armadas del Estado en que pretende gobernar. Y por lo tanto, señores, antes de que empiece a ofrecer algún consejo práctico, debo formularles una pregunta. Mi pregunta es: ¿ Tienen ustedes el apoyo del ejército ? Vinicio se puso de pie de un salto para contestarle.

—Rey Herodes —gritó—, los batallones de la ciudad son leales hasta el último hombre. Ya ves a los tres coroneles aquí, entre nosotros, esta noche. Tenemos además gran acopio de armas y vastas cantidades de dinero con el cual pagar a toda otra fuerza que necesitemos reunir. Hay muchos de nosotros, aquí presentes, que podrían formar una doble compañía de tropas con sus propios esclavos, y que les entregarían gustosamente la libertad si se comprometiesen a luchar por la república.

Herodes se cubrió ostentosamente la boca para que vieses que trataba de no reír.

—Mi querido señor Vinicio —dijo—, mi consejo es: ¡No lo intenten! ¿Qué clase de lucha creen ustedes que los porteros y panaderos y servidores de casas de baño podrían presentar contra los guardias, las mejores tropas del imperio ? Menciono a los guardias, porque si ellos hubiesen estado de parte de ustedes, sin duda me lo habrían dicho. Si les parece que pueden convertir a un esclavo en un soldado por el solo hecho de atarle un peto al cuerpo, ponerle una lanza en la mano, colgarle una espada de la cintura y decirle: «Vamos, ve a luchar, hijo mío», bien, lo repito, ¡no lo intenten! —Y luego volvió a dirigirse al Senado en su conjunto:— Señores —dijo—, me dicen que los guardias han aclamado como emperador a mi amigo

Tiberio Claudio Druso Nerón Germánico, el ex cónsul, pero sin solicitar primero el consentimiento de ustedes. Y yo entiendo que los guardias han mostrado alguna vacilación en permitirle obedecer la citación de este Senado. Pero también entiendo que el mensaje que se le envió no emanaba de ustedes como cuerpo, sino de un grupo extraoficial de dos o tres senadores; y que sólo un pequeño grupo de soldados excitados —sin oficiales entre ellos— acompañaba a Tiberio Claudio cuando se le entregó dicho mensaje. Quizá si se le enviase ahora otra delegación, con adecuada autoridad, los oficiales del campamento de guardias le aconsejarían tratarla con el respeto que se merecen y frenarían el espíritu festivo de los hombres que se encuentran a sus órdenes. Sugiero que se vuelva a enviar a los mismos dos Protectores del Pueblo, y estoy dispuesto, si lo desean, a acompañarles y agregar mi voz a la de ellos, en forma completamente desinteresada, por supuesto. Creo que tengo suficiente influencia sobre mi amigo Tiberio Claudio, a quien conozco desde la infancia —estudiamos con el mismo venerable preceptor—, y suficiente amistad con los oficiales del campamento —soy un frecuente invitado a la mesa de su comedor—, y por cierto que, permítanme que les asegure, señores, que tengo la bastante ansiedad por gozar de la buena opinión de ustedes como para estar en condiciones de solucionar el asunto a satisfacción de todas las partes concernientes.

De modo que a eso de las cuatro de la tarde, mientras comía mi demorado almuerzo en el comedor de los coroneles del campamento de guardias, vigilado silenciosa, atenta pero respetuosamente, por mis compañeros, en cada uno de los movimientos que hacía,

llegó un capitán con la noticia de que acababa de aparecer una delegación del Senado, y que el rey Herodes Agripa, que también estaba con ella, deseaba hablarme en privado previamente.

—Traigan al rey Herodes aquí —dijo el coronel—. Es nuestro amigo.

Muy pronto entró Herodes. Saludó a cada uno de los coroneles por su nombre, palmeó a uno o dos de ellos, y luego se acercó y me hizo la reverencia más formal.

—¿Puedo hablarte en privado, César? —preguntó, sonriendo.

Me desconcerté al oírme llamar César y le pedí que me llamase por mi nombre.

—Bien, si tú no eres César, entonces no sé quién lo es —contestó Herodes, y todos los presentes rieron con él. Se volvió—. Mis valientes amigos —dijo—, les felicito, pero si hubieran estado presentes en la reunión del Senado, esta tarde, realmente habrían escuchado algo digno de risa. Nunca en mi vida he visto semejante muchedumbre de entusiastas infatuados. ¿Saben qué creen? Creen que van a iniciar una guerra civil, y los desafían a un combate frontal, sin nadie que los ayude, aparte de los batallones de la ciudad, y quizás uno o dos custodios, y sus propios esclavos, disfrazados de soldados, a las órdenes de esgrimistas del anfiteatro. Bonito, ¿eh? En rigor de verdad, lo que he venido a decirle al emperador puedo decirlo delante de todos ustedes. Le envían ahora una delegación de Protectores del Pueblo, porque, ¿saben?, no hay uno solo de ellos que se atreva a venir personalmente. Se pedirá al emperador que se someta a la autoridad del Senado, y si no lo hace, pues entonces le obligarán. ¿Qué les parece eso? He venido con ellos después de prometer al Senado que ofrecería al emperador unas pocas palabras de consejo desinteresado. Pienso cumplir con mi promesa. —Se volvió otra vez bruscamente y me habló a mí:— César, mi consejo es que seas enérgico con ellos. Pisotea a los gusanos y mira cómo se retuercen.

—Amigo mío, rey Herodes —contesté con rigidez—, parece olvidar que soy un romano, y que incluso los poderes de un emperador dependen constitucionalmente de la voluntad del Senado. Si el Senado me envía un mensaje que pueda contestar con cortesía y sumisión, no dejaré de hacerlo.

—Como quieras —contestó Herodes con un encogimiento de hombros—, pero no te tratarán mejor por eso. Constitucionalmente, ¿eh? Por supuesto, debo inclinarme ante tu superior autoridad de anticuario, ¿pero acaso la palabra «constitución» tiene algún sentido práctico en la actualidad?

Luego se dejó entrar a los dos protectores. Repitieron lo que el Senado les había ordenado que dijese, en dúo mecánico y poco persuasivo. Se deseaba que yo no hiciese nada por la violencia, sino que me sometiera sin mayores vacilaciones al poder del Senado. Se me recordaban los peligros que ellos y yo habíamos eludido bajo el último emperador, y se me rogaba que no cometiese acto alguno que pudiera ser causa de nuevos desastres públicos. La frase en cuanto a los peligros que ellos y yo habíamos eludido bajo Calígula fue repetida tres veces en total, porque primero uno de ellos cometió un error, y el otro acudió en su ayuda, y luego el primero volvió a decirla. Repliqué, un tanto malhumorado:

—Sí, ese verso es conocido, según creo —y cité los versos homéricos que aparecen con tanta frecuencia en la Odisea: Alegres del peligro de la muerte haber escapado, casi por nada, más afortunados que nuestros camaradas.

Herodes se mostró encantado. Recitó cómicamente:

—Más afortunados que nuestros camaradas. —Y luego susurró a los coroneles:— De eso se trata. Lo único que en verdad les importa es su sucio pellejo.

Los Protectores del Pueblo se confundieron y continuaron parlotando, repitiendo su mensaje como un par de gansos. Si yo abandonaba el poder supremo que se me había concedido en forma inconstitucional, dijeron, el Senado prometía votarme los más

grandes honores que un pueblo libre pudiese otorgar. Pero debía colocarme siempre sin reservas en manos del Senado. Por el contrario, si actuaba de manera irreflexiva e insistía en mi negativa de concurrir al Senado, las Fuerzas Armadas de la ciudad serían enviadas contra mí, y una vez capturado, no debía esperar piedad alguna.

Los coroneles se apiñaron en torno a los dos protectores, con miradas y murmullos tan amenazadores, que éstos explicaron de prisa que no hacían otra cosa que repetir lo que el Senado les había ordenado que dijese, y que personalmente deseaban asegurarme que era la única persona adecuada, en su opinión, para gobernar el imperio. Nos rogaron que recordásemos que en su condición de embajadores del Senado y de Protectores del Pueblo sus personas eran inviolables y que no debíamos someterlos a indignidades. Luego agregaron:

—Y los cónsules, en privado, nos dieron un segundo mensaje, que debíamos entregarte en caso de que el primero no te agradara.

Me pregunté cuál sería ese segundo mensaje.

—César —contestaron—, se nos ordenó que te dijésemos que si quieres la monarquía, debes aceptarla como otorgada por el Senado, y no como un don de los guardias.

Eso me arrancó una carcajada; era la primera vez que sonreía siquiera, desde el asesinato de Calígula. Pregunté:

—¿Es eso todo? ¿O hay un tercer mensaje para el caso de que no me agrade el segundo?

—No, no queda nada más, César —respondieron con humildad.

—Bien —dije, todavía muy divertido—, díganle al Senado -que no lo culpo por no querer otro emperador. El último carecía del don de granjearse la simpatía de su pueblo. Pero por otra parte, los guardias imperiales insisten en nombrarme su emperador, y los oficiales ya me han jurado lealtad y me han obligado a aceptar, y entonces, ¿qué puedo hacer? Pueden transmitir al Senado mis respetuosos cumplidos y decirle que no haré nada inconstitucional —aquí miré a Herodes con desafío—, y que puede confiar que no lo engañaré. Reconozco su autoridad, pero al mismo tiempo debo recordarle que no estoy en condiciones de oponerme a los deseos de mis asesores militares.

De modo que los protectores fueron despedidos y se alejaron muy contentos por quedar con vida. Herodes dijo:

—Eso estuvo muy bien, pero habrías hecho mejor si hubieses hablado con firmeza, como te sugerí. No haces más que demorar las cosas.

Cuando se fue Herodes, los coroneles me dijeron que esperaban que pagase a cada hombre de la guardia 150 piezas de oro como dádiva por mi accesión al trono, y 500 piezas de oro a cada uno de los capitanes. En cuanto a lo que debía pagar a los coroneles, podía fijar yo mismo la suma.

—¿Estaría bien 10.000 piezas para cada uno? —bromeé. Convinimos en 2.000, y luego me pidieron que nombrase a uno de ellos en lugar del comandante de Calígula, que había participado en la conspiración, y que ahora, en apariencia, asistía a la reunión del Senado.

—Pueden elegir el que les parezca —dije, indiferente.

Entonces eligieron al coronel de más edad, que se llamaba Rufrio Polio. Luego tuve que salir y hacer el anuncio de las dádivas en piezas de oro, desde la plataforma del tribunal, y recibir los juramentos de fidelidad de cada compañía de soldados por turno. También se me pidió que anunciase que los mismo regalos serían pagados a los regimientos acantonados en el Rhin, en los Balcanes, en Siria, en África y en todas las demás partes del imperio. Yo me sentía tanto más dispuesto a hacerlo, porque sabía que la paga estaba atrasada en todas partes, salvo entre las tropas del Rhin, a las que

Calígula había pagado con el dinero robado a los franceses. El juramento de fidelidad llevó horas enteras, porque cada hombre tenía que repetirlo, y había 12.000, y luego llegaron los custodios de la ciudad al campamento e insistieron en hacer lo propio, y después los marineros de la Armada Imperial, que vinieron desde Ostia. El asunto parecía interminable.

Cuando el Senado recibió mi mensaje, suspendió las sesiones hasta la medianoche. La moción de descanso fue hecha por Sencio y apoyada por el senador que le había sacado el anillo del dedo. En cuanto se votó, volvieron precipitadamente a sus casas, donde reunieron unas pocas pertenencias y salieron de la ciudad, rumbo a sus fincas de campo. Se daban cuenta de lo inseguro de su situación. Llegó la noche y el Senado se reunió. ¡Con qué magra asistencia! Apenas cien miembros estaban presentes, e incluso éstos se mostraban presa de pánico. Estaban presentes los oficiales de los batallones de la ciudad, y en cuanto se inició la sesión pidieron al Senado, a bocajarro, que les diese un emperador. Era la única esperanza para la ciudad.

Herodes tenía mucha razón; el hombre que primero se ofreció como emperador fue Vinicio. Parecía tener algunos partidarios, incluso su ratonil primo Viniciano, pero no muchos, y fue desairado por los cónsules. Estos ni siquiera presentaron la moción de que se le ofreciera la monarquía.

Como también había previsto Herodes, Asiático se ofreció entonces como candidato, pero Vinicio se puso de pie y preguntó si alguno de los presentes tomaba en serio la sugestión. Luego estalló una disputa y se intercambiaron algunos golpes. Vinicio salió con la nariz ensangrentada y tuvo que acostarse hasta que cesó la hemorragia. Los cónsules tuvieron dificultades para restablecer el orden. Luego llegó la noticia de que los custodios y los marineros se habían unido a los guardias del campamento, y también los esgrimistas (hace un rato me olvidé de mencionar a los esgrimistas). De modo que Vinicio y Asiático retiraron sus candidaturas. Nadie más se presentó. La reunión terminó con pequeños grupos hablando ansiosamente, en cuchicheos. Al alba entraron Casio Querea, Aquila, Lupo y «El Tigre». Casio trató de hablar. Comenzó refiriéndose a la espléndida restauración de la república. Al escuchar esto hubo coléricos gritos de los oficiales de los batallones de la ciudad.

—Olvídate de la república, Casio. Acabamos de decidir tener un emperador, y si los cónsules no nos dan uno en seguida, y uno que sea bueno, no nos volverán a ver. Nos iremos al campamento y nos uniremos a Claudio.

Uno de los cónsules dijo con nerviosismo, mirando a Casio en busca de apoyo:

—No, no estamos de acuerdo todavía en cuanto a la designación de un emperador. Nuestra última resolución —aceptada por unanimidad— fue la de que la república estaba restaurada. Casio no mató a Calígula nada más que para cambiar de emperador, ¿no es cierto, Casio?, sino porque quería devolvernos nuestras antiguas libertades.

Casio se puso de pie de un salto, pálido de pasión, y exclamó:

—Romanos, yo me niego a tolerar otro emperador. Si se designara otro emperador, no vacilaría en hacer con él lo que hice con Cayo Calígula.

—No digas tonterías —le dijeron los oficiales de la ciudad—. Un emperador no tiene nada de malo, si es un buen emperador. Todos estuvimos bien con Augusto.

—Yo les daré un buen emperador —dijo Casio—, pues, si me prometen traer el santo y seña de él. Les daré a Eutiquio. —Se recordará que Eutiquio era uno de los «Exploradores» de Calígula. Era el mejor conductor de cuadrigas de Roma, y en el circo conducía para el grupo Verde Puerro. Casio les recordaba con eso las faenas que Calígula había obligado a las tropas de la ciudad a hacer para él, tales como construir edificios para sus caballos de carreras y limpiarlos cuando se los utilizaba, bajo la arrogante y atareada supervisión de Eutiquio.— Supongo que gozarán arrodillándose

ante él y limpiando la mugre del piso de la caballeriza, a la orden del conductor de cuadrigas favorito de un emperador.

Uno de los coroneles se burló:

—Hablas mucho, Casio, pero de cualquier manera tienes miedo a Claudio. Admítelo.

—¿Yo tengo miedo a Claudio? —gritó Casio—. Si el Senado me ordenase que fuera al campamento y trajera su cabeza de vuelta, lo haría en seguida. No puedo entenderlo. Me sorprende que después de haber sido gobernados durante cuatro años por un loco, estén dispuestos a entregar el gobierno a un idiota.

Pero Casio no pudo convencer a los oficiales. Abandonaron el Senado sin decir otra palabra, reunieron a sus hombres en la Plaza del Mercado, bajo los estandartes de las compañías, y se dirigieron al campamento para rendirme homenaje. El Senado, o lo que quedaba de él, estaba ahora solo y sin protección. Se me dijo que todos comenzaron a reprochar al vecino, y desapareció toda ficción de devoción a la tambaleante causa republicana. Si uno solo de ellos se hubiera mostrado valiente habría sido distinto; me hubiera sentido menos avergonzado de mi país. Hacía tiempo que sospechaba de la veracidad de algunas de las heroicas leyendas de la antigua Roma que relataba el historiador Livio. Y al enterarme de esta escena del Senado comencé incluso a tener dudas en cuanto a mi pasaje favorito, el que describe la fortaleza de espíritu de los senadores antiguos, después del desastre del río Alia, cuando los celtas avanzaban sobre la ciudad y había desaparecido toda esperanza de defender las murallas. Livio narra que los jóvenes de edad militar, con sus esposas e hijos, se retiraron a la ciudadela, después de acumular armas y provisiones, y resolvieron defenderse allí hasta el último momento, pero los ancianos, que sólo podían ser un estorbo para los asediados, se quedaron a esperar la muerte, ataviados con sus túnicas senatoriales y sentados en sus sillones, en los pórticos de sus casas, con las varas de marfil, símbolos de su condición, firmemente aferradas. Cuando yo era un niño, el anciano Atenodoro me hizo memorizar todo esto, y jamás lo he olvidado: Los salones de los patricios permanecían abiertos de par en par, y los invasores contemplaron con sentimientos de verdadero respeto a las figuras sentadas en los pórticos, impresionados no sólo por la sobrehumana magnificencia de su atavío y adornos, sino también por su majestuoso porte y la serena expresión de sus facciones: parecían dioses. De modo que se quedaron paralizados, ante tantas estatuas divinas, hasta que, según dice la leyenda, uno de ellos comenzó a acariciar suavemente la barba de un patricio, de nombre Marco Papirio —en aquella época las barbas se llevaban universalmente largas—, quien se puso de pie y lo golpeó en la cabeza con su vara de marfil. La admiración dejó paso a la pasión, y Marco Papirio fue el primer patricio en encontrar la muerte. Los demás fueron diezmados mientras continuaban sentados en sus sillas.

Por cierto que Livio era un magnífico escritor. Escribía para convencer a los hombres de la importancia de la virtud, y utilizaba para ello sus inspiradores aunque poco históricos relatos de la grandeza de Roma en épocas pasadas. Pero no, no había tenido gran éxito en sus persuasiones, reflexioné.

Ahora reñían también Casio, Lupo y el Tigre. Este último juraba que prefería suicidarse antes que consentir en saludarme como emperador y ver el retorno de la esclavitud.

—No lo dices en serio —dijo Casio—. Y todavía no es tiempo de hablar de esa manera.

—¿Tú también, Casio Querea? —replicó El Tigre, colérico—. ¿Piensas abandonarnos ahora? Amas tu vida, según creo. Afirmas que planeaste todo el asesinato, ¿pero quién asestó el primer golpe, tú o yo?

—Yo —replicó Casio en el acto—. Y se lo asesté de frente, no por atrás. En cuanto a amar mi vida, ¿quién sino un tonto dejaría de amarla? Por cierto que no pienso entregarla innecesariamente. Si hubiese seguido el ejemplo de Varo, aquel día del bosque de Teutoburgo, hace más de treinta años... si me hubiese matado porque toda esperanza parecía desaparecida, ¿quién habría traído de vuelta a los ochenta sobrevivientes y mantenido a los germanos a raya hasta que llegó Tiberio con su ejército de fresco? No, ese día amé la vida. Y ahora es muy posible que Claudio decida, a fin de cuentas, entregar la monarquía. Su respuesta fue muy coherente con semejante decisión. Es lo bastante idiota como para cualquier cosa, y tan nervioso como un gato. Hasta que no sepa decididamente que no piensa hacerlo, continuaré viviendo.

Para ese entonces, el Senado se había disuelto y Casio, El Tigre y Lupo se quedaron discutiendo en el vestíbulo desierto. Cuando Casio miró en torno y vio que se encontraban solos, estalló en una carcajada:

—Es absurdo que nosotros, nada menos, riñamos —dijo—. Tigre, vamos a desayunar. ¡Tú también, Lupo! ¡Vamos, Lupo!

Yo también estaba desayunando, después de apenas una hora más o menos de sueño ininterrumpido, cuando me informaron que los cónsules y los fanáticos senadores republicanos que habían concurrido a la reunión de medianoche se encontraban ahora en el campamento para presentarme sus respetos y ofrecerme sus felicitaciones. Los coroneles mostraron su satisfacción con un irónico «Han venido demasiado temprano; que esperen». La falta de sueño me había vuelto irritable. Dije que, por mi parte, no estaba de humor para recibirlos; me gustaban los hombres que se aferraban valientemente a sus opiniones. Traté de apartar a los senadores de mis pensamientos, y continué con mi desayuno. Pero Herodes, que parecía estar en todas partes al mismo tiempo, en esos dos días fatídicos, les salvó la vida. Los germanos, que estaban ebrios y pendencieros, habían tomado sus azagayas y estaban a punto de matarlos, y los senadores cayeron de rodillas, clamando piedad. Los guardias no hicieron tentativa alguna de entrometerse. Herodes tuvo que utilizar mi nombre para hacer que los germanos volviesen a sus cabales. Llegó al cuarto del desayuno en cuanto puso a salvo a los senadores, y dijo con voz burlona:

—Perdóname, César, pero no esperaba que tomases tan en serio mi consejo de aplastar al Senado. Debes tratar a estos pobres individuos con un poco más de bondad. Si les sucede algo malo, ¿dónde piensas sacar un grupo tan maravillosamente sumiso?

Cada vez se me hacía más difícil sostener mis convicciones republicanas. ¡Qué situación de farsa: yo, el único verdadero antimonárquico, obligado a actuar como monarca! Por consejo de Herodes, convoqué al Senado para que se presentase en palacio. Los oficiales no pusieron dificultad alguna en cuanto a permitirme salir del campamento. Toda la división de la guardia me acompañó como escolta, nueve batallones delante y tres a la retaguardia, seguidos por el resto de mis tropas, con la guardia de palacio a la vanguardia. Luego sucedió un incidente molesto. Casio y El Tigre, después de desayunar, se incorporaron al desfile y se pusieron a la cabeza de la guardia de palacio, con Lupo entre ellos. Yo no sabía nada de esto, porque la vanguardia estaba muy lejos de mi litera. La guardia de palacio, acostumbrada a obedecer a Casio y El Tigre, llegó a la conclusión de que éstos actuaban a las órdenes de Rufrio, el nuevo comandante de la guardia, aunque en rigor de verdad Rufrio había enviado a los dos un mensaje informándoles de que estaban despojados de su comando. Los espectadores se sintieron desconcertados, y cuando entendieron que los dos hombres actuaban en deliberada desobediencia de las órdenes, convirtieron el asunto en un escándalo. Uno de los Protectores del Pueblo llegó corriendo al costado de la columna para informarme de lo que sucedía. Yo no supe qué hacer ni decir. Pero no podía permitir que esta



bravuconada pasase desapercibida: desafiaban la orden de Rufrio y también mi autoridad.

Cuando llegamos a palacio pedí a Herodes, Vitelio, Rufrio y Mesalina (que me saludaron con el mayor placer) que se reuniesen conmigo en el acto, a fin de discutir qué medida debía tomar. Las tropas estaban formadas fuera del palacio, con Casio, Lupo y El Tigre todavía con ellos, hablando entre sí en tono elevado y confiado, pero esquivados por todos los otros oficiales. Inicié la consulta haciendo notar que si bien Calígula había sido mi sobrino, y aunque había prometido a su padre, mi querido hermano Germánico, cuidarlo y protegerlo, no tenía deseos de censurar a Casio por el asesinato. Calígula había provocado su asesinato de mil maneras. También dije que Casio tenía antecedentes militares sin parangón con ningún otro oficial del ejército, y que si llegaba a enterarme de que había asestado el golpe por motivos tan elevados como, por ejemplo, los que animaron al segundo Bruto, estaba dispuesto a perdonarle. ¿Pero cuáles habían sido en verdad sus motivos? Rufrio fue el primero en hablar.

—Casio dice que asestó el golpe en nombre de la libertad, pero el hecho es que lo que le estimuló a hacerlo fue un agravio a su propia dignidad: la constante burla a que le sometía Calígula al entregarle contraseñas cómicas e indecentes.

—Si se hubiese visto abrumado por un repentino y enérgico resentimiento —dijo Vitelio—, se habría podido encontrar alguna excusa para él, pero la conspiración fue planeada durante meses. El asesinato fue a sangre fría.

—¿Y acaso olvidas que no fue un asesinato común —dijo Mesalina—, sino la violación de su más solemne juramento de lealtad incuestionada a su emperador? Por eso no tiene derecho alguno a que se le permita seguir viviendo. Si fuese un hombre honrado, ya se habría precipitado sobre su propia espada.

—Y olvidas que Casio envió a Lupo a asesinarte a ti, y también a Mesalina —dijo Herodes—. Si lo dejas en libertad, la ciudad llegará a la conclusión de que le tienes miedo.

Mandé buscar a Casio y le dije:

—Casio Querea, eres un hombre acostumbrado a obedecer órdenes. Ahora soy tu comandante en jefe, te guste o no. Y debes obedecer mis órdenes, te gusten o no. Mi decisión es la siguiente: si hubieras hecho lo que hizo Bruto, si hubieses matado a un tirano por el bien común, aunque lo amaras personalmente, te habría aplaudido, si bien hubiera esperado que murieses por tu propia mano, va que con ese acto habrías violado tu solemne juramento de fidelidad. Pero planeaste el asesinato (y lo pusiste en práctica con audacia, cuando otros no quisieron hacerlo) debido a un resentimiento personal. Y esos motivos no pueden merecer mi elogio. Más aún, entiendo que con ninguna otra autoridad sino la tuya enviaste a Lupo a asesinar a la señora Cesonia y a mi esposa Mesalina, y también a mí, si podía encontrarme. Y por ese motivo no te concederé el privilegio del suicidio. Te haré ejecutar como a un criminal común. Me apena tener que hacerlo, créeme. Me has llamado idiota ante el Senado y has dicho a tus amigos que no merezco piedad alguna de sus espadas. Puede que tengas razón. Pero tonto o no, quiero rendir tributo ahora a tus grandes servicios a Roma. Fuiste tú quien salvó los puentes del Rin después de la derrota de Varo, y en una ocasión mi querido hermano te recomendó a mí en una carta, en la que te describía como el mejor soldado que jamás sirvió a sus órdenes. Sólo desearía que esta historia pudiera tener un final más feliz. No tengo nada más que decir. Adiós.

Casio saludó sin una palabra y marchó hacia la muerte. También di orden de que se ejecutara a Lupo. Era un día muy frío, y Lupo, que se había quitado la capa militar para que no se manchase de sangre, comenzó a estremecerse y a quejarse del frío. Casio se avergonzó de Lupo, y le dijo, en tono de reproche:

—Un lobo no debe quejarse nunca del frío. —Lupo es el equivalente latino de lobo. Pero Lupo sollozaba y pareció no escucharlo. Casio le preguntó al soldado que debía actuar de verdugo si había tenido alguna práctica anterior en ese oficio.

—No —contestó el soldado—. Pero en la vida civil fui carnicero.

Casio rió y dijo:

—Eso está bien. Y ahora, ¿quieres hacer el favor de usar mi propia espada? Es aquella con la cual maté a Calígula.

Fue despachado de un solo golpe. Lupo no tuvo tanta suerte; cuando se le ordenó que ofreciese el cuello, lo hizo con timidez y luego respingó ante el golpe, que le dio en la frente. El verdugo tuvo que golpear varias veces antes de poder terminar con él. En cuanto al El Tigre, Aquila, Vinicio y los demás asesinos, no me vengué de ellos. Se beneficiaron con la amnistía que, a la llegada del Senado a palacio, proclamé de inmediato para todas las palabras pronunciadas y los hechos llevados a cabo ese día y el anterior. Me comprometí a devolver a Aquila y El Tigre sus puestos de mando, siempre que prestasen el juramento de lealtad. Pero al ex comandante de la guardia le asigné otro puesto, porque Rufrio era un hombre demasiado bueno en ese sentido. Aquí debo rendir tributo a El Tigre, como hombre de palabra. Juró a Casio y Lupo que prefería morir antes de saludarme como emperador, y ahora que ellos habían sido ejecutados sentía una deuda de honor para con sus espíritus. Se mató valientemente antes de que se encendiera la pira funeraria de sus amigos, y su cadáver fue quemado con el de ellos.

## Capítulo 6

Había tantas cosas que hacer para limpiar el embrollo dejado por Calígula —casi cuatro años de desgobierno—, que todavía ahora me da vueltas la cabeza de sólo pensar en ello. En verdad, el principal argumento con que me justifiqué por no haber hecho lo que quería, a saber, entregar la monarquía en cuanto hubiese terminado la excitación despertada por el asesinato de Calígula, era el hecho de que el embrollo fuese tan completo: no conocía a nadie en Roma, aparte de mí mismo, que pudiera tener la paciencia, aunque contase con la autoridad, para emprender la dura e ingrata tarea que exigía el proceso de limpieza. No podía, con la conciencia tranquila, entregar la responsabilidad a los cónsules. Estos, incluso los mejores, son incapaces de planificar un programa de reconstrucción gradual, para ser realizado en cinco o diez años. No pueden pensar más allá de sus doce meses de funciones. O bien tratan de conseguir resultados espléndidos e inmediatos, imponiendo las cosas con demasiada rapidez, o bien no hacen absolutamente nada. Era tarea para un dictador designado para un par de años. Incluso si se pudiese encontrar un dictador con las cualidades apropiadas, ¿se podía confiar en que no consolidase su posición adoptando el nombre de César y convirtiéndose en un déspota? Recordé con resentimiento el comienzo maravillosamente limpio que había tenido Calígula: un tesoro privado y un erario público repletos, consejeros capaces y dignos de confianza, la buena voluntad de toda la nación, y ahora la mejor elección entre muchos males era la de permanecer yo mismo en el poder, por lo menos por un tiempo, en la esperanza de ser reemplazado lo antes posible. Me tenía más confianza a mí de la que podía tener a otro. Me consideraba capaz de concentrarme en la labor que me esperaba, e impondría algún orden en las cosas antes de demostrar que mis principios republicanos eran verdaderos principios, y no simples palabras, como en el caso de Sencio y otros hombres de su tipo. Entretanto, seguiría siendo tan poco emperador como fuera posible. Pero en el acto surgió el problema de los títulos que permitiría que se me votasen temporariamente. Sin títulos que implicasen la necesaria autoridad para actuar, nadie puede ir muy lejos. Aceptaría lo que fuese necesario y encontraría ayudantes en alguna parte, mejor entre los escribientes griegos y entre los emprendedores hombres de negocios de la ciudad, que entre los miembros del Senado. Hay un buen proverbio latino. «Ollera olla legitt, que significa «el caldero encuentra sus propias hierbas». Ya me las arreglaría.

El Senado quiso votarme todos los títulos honoríficos que alguna vez tuvieron mis predecesores, nada más que para demostrarme cuan a fondo lamentaba su fervor republicano. Yo rechacé todos los que pude. Acepté el nombre de César, al cual, de paso, tenía derecho porque tenía la sangre de los Césares, a través de mi abuela Octavia, la hermana de Augusto, y porque no quedaba ningún verdadero César. Lo acepté a causa del prestigio de que gozaba el nombre entre pueblos extranjeros como los armenios, los partos, los germanos y los marroquíes. Si ellos hubiesen creído que era un usurpador que fundaba una nueva dinastía, se habrían visto estimulados a provocar disturbios en la frontera. También acepté el título de Protector del Pueblo. Hacía inviolable mi persona y me daba derecho a vetar los decretos del Senado. Esta inviolabilidad de mi persona me era importante porque me permitía anular todas las leyes y edictos que impusieran penalidades por traición contra el emperador, y sin él no

habría estado razonablemente a salvo de un asesinato. Pero rechacé el título de Padre de la Patria, rechacé el título de Augusto, ridiculicé la tentativa de votarme honores divinos, e incluso le dije al Senado que no quería que se me denominase «emperador». Este, señalé, era, desde tiempos antiguos, un título de distinción conquistado por servicios exitosos en el campo de batalla; no significaba simplemente el comando supremo de los ejércitos. Augusto había sido aclamado emperador debido a sus victorias en Accio y en otras partes. Mi tío Tiberio había sido uno de los generales romanos más exitosos de toda nuestra historia. A mi predecesor Calígula se le permitió llamarse emperador por ambición juvenil, pero incluso él sintió que le correspondía conquistar el título en el campo de batalla. De ahí su expedición a través del Rhin y su ataque contra las aguas del canal británico. Sus expediciones militares, a pesar de que fueron incruentas, eran simbólicas de su comprensión de la responsabilidad que el título de emperador llevaba consigo. «Un día, señores —les escribí—, podría parecerme necesario salir al campo de batalla a la cabeza de mis ejércitos, y si los dioses me acompañan, conquistaré el título, que me enorgulleceré de llevar, pero hasta entonces debo pedirles que no me llamen con él, por respeto a los capaces generales del pasado que se lo ganaron en realidad.»

Se sintieron tan encantados con esta carta mía, que me votaron una estatua de oro —no, fueron tres estatuas de oro—, pero yo veté la moción por dos motivos. Uno, que no había hecho nada para conquistar ese honor. El otro, que se trataba de una extravagancia. Sin embargo les permití votarme tres estatuas que debían ser colocadas en lugares destacados de la ciudad, pero la más costosa debía ser de plata, y no de plata sólida, sino una estatua hueca, llena de yeso. Las otras dos serían de bronce y mármol respectivamente. Acepté estas tres estatuas porque Roma estaba tan llena de ellas, que dos o tres más no importaban, y además me interesaba posar para mi escultura, ante un escultor realmente bueno, ahora que los mejores escultores del mundo se encontraban a mi servicio.

El Senado también decidió deshonorar a Calígula por todos los medios a su alcance. Votó que el día de su asesinato fuese convertido en festival de acción nacional de gracias. Una vez más interpuse mi veto y, aparte de anular los edictos de Calígula en cuanto al culto religioso que debía hacerse ante él y la diosa Pantea, que era el nombre que dio a mi pobre sobrina Drusila a quien asesinó, no adopté otra acción contra su memoria. El silencio en su rededor era la mejor política. Herodes me recordó que Calígula no había inferido deshonor alguno a la memoria de Tiberio, si bien tenía buenos motivos para odiarlo. Simplemente, se abstuvo de deificarlo, y dejó inconcluso el arco de honor que se le había votado.

—¿Pero qué haré con todas las estatuas de Calígula? —pregunté.

—Muy sencillo —respondió—. Haz que los guardianes de la ciudad las reúnan todas a las dos de mañana, cuando todos están dormidos, y las traigan aquí, a palacio. Cuando Roma despierte, encontrará los nichos y pedestales desocupados, o quizá llenos otra vez con las estatuas que originariamente se quitaron para poner las otras.

Seguí el consejo de Herodes. Las estatuas eran de dos tipos: las de dioses extranjeros cuyas cabezas él había eliminado y reemplazado con la propia; y las que había hecho de sí mismo, todas en metales preciosos. A las primeras les devolví lo mejor posible su condición original; las otras las destruí y fundí, y con los metales acuñé nuevas monedas. La gran estatua de oro que había colocado en su templo proporcionó, una vez fundida, casi un millón de piezas de oro. Creo que no he hablado de esta estatua, a la que todos los días sus sacerdotes —uno de los cuales, para mi vergüenza, había sido yo también— revestían con un atavío similar al que llevaba él. No sólo teníamos que cubrirla con el traje militar o civil común, con sus insignias

especiales de rango imperial, sino que en los días en que se creía Venus o Minerva o Júpiter, o la Buena Diosa, teníamos que ataviarla, adecuadamente, con las distintas insignias divinas.

Complacía a mi vanidad que mi cabeza apareciese en las monedas, pero era un placer que muchos ciudadanos prominentes habían gozado bajo la república, de modo que no es posible censurarme por eso. Los retratos sobre las monedas resultan siempre desalentadores, porque son ejecutados de perfil. Nadie está familiarizado con su propio perfil, y resulta un choque, cuando uno lo ve en un retrato, descubrir que en realidad tiene mucho parecido con la gente que se encuentra al lado. Por la cara de frente, debido a la familiaridad que hay con ella gracias a los espejos, se siente cierta tolerancia, incluso afecto. Pero debo decir que cuando vi por primera vez el modelo de la pieza de oro que los acuñadores hacían de mi cabeza, me encolericé y pregunté si se trataba de una caricatura. Mi cabeza pequeña, con su cara preocupada, encaramada sobre un largo cuello, y la nariz sobresaliendo casi como una segunda barbilla, me escandalizaron. Pero Mesalina dijo:

—No, querido mío, ese es verdaderamente tu aspecto. En rigor, apareces más hermoso de lo que eres.

—¿Puedes amar de veras a un hombre así? —pregunté.

Ella juró que no había otra cara más amada en el mundo. Entonces traté de acostumbrarme a la moneda.

Además de las estatuas de Calígula, buena parte de sus enormes derroches estaba representada por objetos de oro y plata del palacio, y de otras partes, que también podían ser convertidos en dinero. Por ejemplo, picaportes y marcos de ventanas de oro, y los muebles de plata y oro de su templo. Me apoderé de todo ello. Limpié el palacio de arriba abajo. En la alcoba de Calígula encontré el arcón de venenos que había pertenecido a Livia, y que Calígula utilizó con asiduidad, enviando regalos de dulces envenenados a los hombres que habían testado en su favor, y virtiendo a veces veneno en los platos de los invitados a las cenas, después de distraer su atención por medio de diversiones preparadas de antemano. (Confesó que experimentaba el máximo placer cuando los veía morir por envenenamiento de arsénico.) Me llevé todo el arcón a Ostia, el primer día tranquilo de primavera y, luego de remar estuario adentro en una de las barcasas de placer de Calígula, lo arrojé

por la borda, a dos kilómetros de la costa. Uno o dos minutos después, millares de peces muertos subieron flotando a la superficie. Yo no había dicho a los marineros qué contenía el arcón, y algunos de ellos se apoderaron de los peces que flotaban cerca, con la intención de llevárselos a casa para comérselos, pero lo impedí, prohibiéndoles que lo hicieran, so pena de muerte.

Bajo la almohada de Calígula encontré dos famosos libros, en uno de los cuales había pintada una espada ensangrentada y en el otro una daga ensangrentada. Calígula era seguido siempre por un liberto que portaba estos dos libros, y si oía decir algo acerca de alguien que por casualidad le desagradaba, solía decirle al liberto: «Protógenes, escribe el nombre de ese individuo bajo la daga», o «Escribe su nombre bajo la espada». La espada era para los destinados a la ejecución, la daga para aquellos a quienes se invitaba a suicidarse. Los últimos nombres del libro de la daga eran los de Vinicio, Asiático, Casio Querea y Tiberio Claudio... yo. Quemé los libros en un brasero, con mis propias manos. Y a Protógenes lo hice ajusticiar. No sólo porque odiaba el aspecto de ese individuo de rostro torvo y mentalidad sanguinaria, que siempre me había tratado con insufrible insolencia, sino porque ahora tenía pruebas de que había amenazado a senadores y caballeros con escribir sus nombres en el libro, a menos de que se le pagasen grandes sumas de dinero. La memoria de Calígula era tan mala para

esa época, que Protógenes habría podido muy bien convencerlo de que las inscripciones eran de él.

Cuando enjuicié a Protógenes insistió en que jamás había pronunciado semejantes amenazas, y que nunca puso mi nombre en el libro, a no ser por orden de Calígula. Esto planteó el problema de la autoridad suficiente para la ejecución de un hombre. Habría sido muy fácil que uno de mis coroneles me informase falsamente una mañana:

—Fulano de tal fue ejecutado al alba, de acuerdo con tus órdenes de ayer.

Si yo no sabía nada del asunto, sería sólo su palabra contra la mía, en el sentido de que yo había emitido esas órdenes. Y como siempre estoy dispuesto a admitirlo, mi memoria no es de las mejores. De modo que introduje la práctica, iniciada por Augusto y Livia, de confiar de inmediato todas las decisiones y órdenes al papel. A menos que uno de mis subordinados pudiese presentar una orden, firmada por mí, para alguna enérgica acción disciplinaria que se hubiese llevado a cabo, o para algún importante compromiso financiero o innovación de procedimientos que hubiese puesto en práctica, semejante acción no debía ser considerada como autorizada por mí, y si yo la desaprobaba, ellos debían cargar con la culpa. A la postre, esta práctica, que también fue adoptada por mis principales ministros en el trato con sus subordinados, se convirtió en algo tan normal, que apenas se escuchaba una palabra en las oficinas de gobierno durante las horas de trabajo, a no ser en las consultas entre los jefes de departamento o en las visitas de funcionarios de la ciudad. Todos los servidores de palacio llevaban consigo una tablilla de cera, por si era necesaria para escribir en ella alguna orden especial. Se advirtió a todos los postulantes a puestos, concesiones, favores, indulgencias o qué sé yo, que presentasen un documento antes de entrar a palacio, en el que debía constar exactamente qué querían y por qué. Y en muy raras ocasiones se les permitía argumentar su caso por medio de súplicas o discusiones verbales. Esto ahorra tiempo, pero conquistó a mis ministros una inmerecida reputación de arrogancia. Ahora hablaré de mis ministros. Durante los reinados de Tiberio y Calígula, la verdadera dirección de los asuntos había caído cada vez más en manos de libertos imperiales, originariamente adiestrados en el trabajo de secretariado por mi abuela Livia. Los cónsules y magistrados de la ciudad, si bien eran autoridades independientes que sólo respondían ante el Senado por el cumplimiento correcto de sus deberes, habían llegado a depender de los consejos que estos secretarios les daban en nombre del emperador, en especial cuando se trataba de complicados documentos vinculados con asuntos legales y financieros. Se les mostraba dónde debían poner sus sellos o firmar sus nombres; los documentos siempre eran preparados para ellos, y pocas veces se molestaban en enterarse del contenido de los mismos. En la mayoría de los casos, sus firmas eran una simple formalidad, y no conocían absolutamente nada acerca de los detalles administrativos, en comparación con lo que sabían los secretarios. Además, éstos habían desarrollado un nuevo tipo de escritura, lleno de abreviaturas y jeroglíficos y letras rápidamente dibujadas, que nadie sino ellos podía leer. Sabía que era imposible esperar un cambio repentino en esta relación entre el secretariado y el resto del mundo, de modo que por el momento fortalecí los poderes del secretariado, en lugar de debilitarlos, confirmando las designaciones de los libertos de Calígula que demostraban alguna capacidad. Por ejemplo, retuve a Calisto, que había sido secretario del tesoro privado y del erario público, que Calígula trataba como una especie de tesoro privado. Estaba enterado de la conspiración contra Calígula, pero no había tomado parte activa en ella. Me contó una larga historia acerca de que en fecha reciente Calígula le había dado órdenes de envenenar mi comida, pero que se había negado noblemente a hacerlo. Yo no la creí. En primer lugar, Calígula jamás le habría dado tal orden, sino que hubiera administrado el veneno con sus propias manos, como de costumbre. Y en segundo

lugar, si lo hubiese hecho, Calisto jamás se habría atrevido a desobedecer. Pero lo dejé pasar porque él parecía querer continuar con sus deberes en el Tesoro, y porque era el único hombre que en verdad entendía todos los detalles de la actual situación financiera. Lo estimulé diciéndole que creía que había trabajado notablemente bien al mantener a Calígula provisto de dinero durante tanto tiempo, y que contaba con él para que en adelante utilizara sus áureos poderes adivinatorios para la salvación de Roma, y no para su destrucción. Sus responsabilidades también se extendían en la dirección de la encuesta judicial acerca de todos los problemas financieros públicos. Retuve a Mirón como secretario legal y a Pósidés como mi tesorero militar, y puse a Harpócrates a cargo de todos los asuntos relacionados con los Juegos y Entretenimientos. Y Anfeo llevaba la Lista de Ciudadanos. Mirón tenía también la tarea de acompañarme cada vez que salía en público, de examinar los mensajes y peticiones que se me entregaban, elegir los importantes e inmediatos, separándolos de la acostumbrada lluvia de impertinencias e importunidades. Mis otros principales ministros eran Palas, a quien puse al frente de mi tesoro privado; su hermano Félix, a quien nombré mi secretario de Asuntos Exteriores; Calón, al que nombré Superintendente de Depósitos, y su hijo Narciso, a quien designé secretario en jefe para los Asuntos Internos y la correspondencia privada. Polibio era mi secretario religioso —porque yo era el Sumo Pontífice— y también me ayudaba en mi tarea histórica, si alguna vez conseguía tiempo para ella. Los últimos cinco eran mis propios libertos. Durante mi época de bancarrota me había visto obligado a despedirlos de mis servicios, y encontraron muy rápidamente trabajos de escribientes en palacio. De modo que estaban iniciados en los Misterios del Secretariado e incluso habían aprendido a escribir en forma ilegible. Les di a todos habitaciones en el palacio nuevo, expulsando de él a la caterva de esgrimistas, conductores de cuadrigas, lacayos, actores, prestigiadores y otros que Calígula había instalado allí. Por sobre todas las cosas, hice del palacio un lugar para el trabajo gubernamental. Yo vivía en el palacio viejo, y en estilo muy modesto, siguiendo el ejemplo de Augusto. Para los banquetes importantes y las visitas de los príncipes extranjeros, usaba las habitaciones de Calígula en el palacio nuevo, donde también Mesalina tenía un ala para su propio uso.

Cuando entregué sus nombramientos a mis ministros, les expliqué que quería que actuasen tanto como les fuera posible por iniciativa propia; no se podía esperar de mí que los dirigiese en todo, incluso aunque hubiese tenido más experiencia de la poseída. No me encontraba en la posición de Augusto, que, cuando asumió el dominio de los asuntos públicos, no sólo era joven y activo, sino que además tenía a sus órdenes un cuerpo de asesores capaces, hombres de distinción pública: Mecenas, Agripa, Polio, para nombrar sólo a tres. Les dije que debían nacerlo lo mejor que pudiesen, y que cada vez que se vieran frente a una dificultad debían consultar Las transacciones romanas del dios Augusto, la gran obra memorial publicada por Livia durante el reinado de Tiberio, y atenerse estrechamente a las formas y precedentes que encontrasen en ella. Si ocurrían casos en que no se pudiese encontrar precedente alguno en esa obra invaluable, debían, por supuesto, con-

soltarme. Pero confiaba en que me ahorrarían todo el trabajo innecesario.

—Sean audaces —dije—, pero no demasiado.

Le confesé a Mesalina, que me había ayudado en esas designaciones imperiales, que el filo de mi fervor republicano comenzaba a embotarse. Todos los días sentía cada vez más simpatía y respeto por Augusto. Y respeto por mi abuela Livia, también, a pesar de mi antipatía personal hacia ella. Por cierto que tenía una mente maravillosamente metódica y si, antes de restablecer la república, podía yo hacer que el sistema gubernamental funcionase apenas la mitad de bien de lo que había funcionado con ella y Augusto, me sentiría sumamente satisfecho. Mesalina, sonriente, se ofreció a

desempeñar el papel de Livia para la ocasión, si yo empeñaba el de Augusto. «Absit ornen», exclamé, escupiéndome el pecho para propiciar a la buena suerte. Ella respondió que, bromas aparte, tenía algo del talento de Livia para reconocer el carácter de la gente y decidir que nombramientos podían serles adecuados. Si quería concederle mano libre, actuaría en mi nombre, en todas las cuestiones sociales, aliviándome de todos los problemas relacionados con mi puesto de director de Moral Pública. Yo estaba profundamente enamorado de Mesalina, como se sabe, y en materia de elegir mis ministros había descubierto que su juicio era certero, pero vacilaba en permitirle enfrentar una responsabilidad tan grande como esa. Me rogó que le permitiese darme una muestra más grande su capacidad. Sugirió que podíamos revisar juntos la lista nominal de la orden senatorial. Me diría cuáles eran los nombres que, en su opinión, debían continuar en dicha lista. Pedí la lista y comenzamos a estudiarla. Debo confesar que me sentí asombrado ante su detallado conocimiento del talento, el carácter, la historia privada y pública de los primeros veinte senadores que aparecían en ella. Cada vez que me encontré en condiciones de confirmar sus afirmaciones, descubrí que el conocimiento de ella era tan exacto, que tuve que conceder lo que me pedía. Sólo consulté mis propias inclinaciones en unos pocos casos dudosos, donde a ella no le importaba mucho si el nombre se mantenía en la lista o se lo eliminaba. Después de hacer investigaciones por intermedio de Calisto, en cuanto a la capacidad financiera de ciertos miembros, y de decidir en cuanto a sus calificaciones mentales y morales, eliminamos un tercio de los nombres y llenamos las vacantes con los mejores caballeros disponibles y con ex senadores eliminados de la lista por Calígula, por motivos frívolos. Una de mis propias selecciones para la eliminación fue la de Sencio. Sentía la necesidad de librarme de él, no sólo por su tonto discurso en el Senado, y por su cobardía posterior, sino porque era uno de los dos senadores que me habían acompañado a palacio en el momento del asesinato de Calígula, para abandonarme luego. El otro, de paso, era Vitelio, pero me aseguró que había salido corriendo nada más que para buscar a Mesalina y ponerla a salvo, en la esperanza de que Sencio se quedase a cuidarme. De modo que lo perdoné. Hice de Vitelio mi reemplazante para el caso de alguna enfermedad, o por si me sucedía algo peor. Sea como fuere, me libré de Sencio. El motivo que di para su degradación fue el de que no había aparecido en la reunión del Senado que yo convoqué en palacio, el haber huido de Roma a su finca de campo, sin informar a los cónsules de que se ausentaría. No volvió durante varios días, y de ese modo no pudo beneficiarse con la amnistía. Otro senador importante que degradé fue el caballo Incitato, de Calígula, que tres años más tarde debía convertirse en cónsul. Escribí al Senado que no tenía queja alguna contra la moral privada de ese senador, ni contra su capacidad para las tareas que hasta entonces se le habían asignado, pero que no poseía ya las necesarias calificaciones financieras. Porque había reducido la pensión que le fue concedida por Calígula a las raciones diarias de un caballo del cuerpo de caballería; luego despedí a sus criados y lo ubiqué en una caballeriza común, donde el pesebre era de madera, no de marfil, y las paredes estaban encaladas, no cubiertas de frescos. Pero no lo separé de su esposa, la yegua Penélope. Eso habría sido injusto.

Herodes me ponía constantemente en guardia contra algún asesinato, diciéndome que nuestras revisiones de las Listas de Senadores y las posteriores revisiones que habíamos hecho en la Lista de Caballeros, me habían granjeado muchos enemigos. Una amnistía estaba muy bien, dijo, pero la generosidad no debía ser demasiado unilateral. Vinicio y Asiático, según él, ya decían cínicamente que las nuevas escobas barren bien, que Tiberio y Calígula también habían iniciado sus reinados con una ficción de benevolencia y rectitud, y que yo probablemente terminaría convirtiéndome en un déspota tan furioso como cualquiera de ellos. Heredes me aconsejó que no entrase en el



Senado durante algún tiempo y que después tomara todas las medidas posibles contra un asesinato. Esto me alarmó. Era difícil decidir qué medidas resultarían suficientes, de modo que no entré en el Senado durante todo un mes. Para entonces se me había ocurrido ya la medida apropiada. Pedí y se me concedió el permiso de penetrar en el Senado con una escolta armada consistente en cuatro coroneles de la guardia, y Rufrio, el comandante de los guardias. Incluso incorporé a Rufrio en la Lista de Senadores, si bien no tenía las adecuadas calificaciones financieras, y el Senado, por petición mía, le dio permiso para hablar y votar cada vez que entrase en mi compañía. Por consejo de Mesalina, además, todos los que llegaban a mi presencia, en palacio o en otra parte, eran primero registrados para ver si llevaban armas ocultas; incluso las mujeres y los niños. No me agradaba la idea de que se registrase a las mujeres, pero Mesalina insistió, y yo consentí, a condición de que el registro fuese hecho por sus libertas y no por mis soldados. Mesalina también insistió en que durante los banquetes hubiese soldados armados a mi lado. En la época de Augusto esto había sido considerado una práctica despótica, y yo me avergonzaba de verlos alineados contra las paredes, pero no podía correr riesgo alguno. Trabajé intensamente para restablecer el respeto del Senado por sí mismo. Para la elección de nuevos miembros, Mesalina y yo poníamos tanto cuidado en nuestras investigaciones en cuanto a su historia familiar como en cuanto a su capacidad personal. Por petición de los miembros más antiguos de la orden senatorial, si bien por propia idea, prometí no elegir a nadie que no pudiese contar con cuatro descendientes, por la vía masculina, de un ciudadano romano. Mantuve esta promesa. La única excepción aparente que hice fue en el caso de Félix, mi secretario de Relaciones Exteriores, a quien años después tuve ocasión de investir de la dignidad senatorial. Era un hermano menor de mi liberto Palas, y había nacido después de que su padre obtuvo la libertad. De modo que jamás fue esclavo, como lo había sido Palas. Pero ni siquiera en ese caso quebré mi promesa al Senado: pedí a un miembro de la casa Claudia —no a un verdadero Claudio, sino a un miembro de una familia de adherentes de la Claudia (originariamente inmigrantes a la ciudad desde Campania), que habían recibido la ciudadanía, y a quienes se permitió adoptar el nombre de Claudio—, que adoptase a Félix como hijo. De modo que ahora Félix, por lo menos en teoría, tenía las cuatro líneas de ascendencia necesaria. Pero hubo celosos murmullos de los miembros del Senado cuando lo presenté. Alguien dijo:

—César, estas cosas no se hacían en época de nuestros antepasados.

—No creo, señor —repliqué, colérico—, que tengas derecho a hablar de esta manera. Tu propia familia no es tan noble, que digamos. Me he enterado de que vendían leña en la calle, en la época de mi tatarabuelo, y sé, además, que daban de menos en el peso.

—Es mentira —gritó el senador—. Todos ellos fueron honestos taberneros.

El Senado rió hasta que el hombre se vio obligado a sentarse. Pero yo me sentí impulsado a decir algo más.

—Cuando fue nombrado censor, hace más de trescientos años, mi antepasado Claudio el Ciego, vencedor de los etruscos y samnitas, y el primer autor romano de alguna distinción, admitió a los hijos de libertos en el Senado, como acabo de hacer yo. Numerosos miembros de esta casa deben su presencia aquí, hoy, a esta innovación de mi antepasado. ¿Querrían ellos renunciar?

El Senado recibió entonces a Félix calurosamente.

Entre los caballeros había muchos ricos ociosos, como los hubo, por supuesto, en época de Augusto. Pero yo no seguí el ejemplo de éste de permitirles que continuasen ociosos. Hice saber que todo hombre que eludiese las obligaciones públicas, cuando se

le pidiera que las aceptara, sería expulsado de la orden. En tres o cuatro casos cumplí mi palabra.

Entre los papeles que encontré en palacio, en el arca privada de Calígula, estaban los que se referían a los juicios y muertes, bajo Tiberio, de mi sobrino Druso y Nerón, y de su madre Agripina. Calígula había fingido quemarlo todo al comienzo de su reinado, como un gesto magnánimo, pero en realidad no lo hizo, y los testigos contra mis sobrinos y cuñada, y los senadores que habían votado por la muerte de ellos, vivieron en constante terror por su venganza. Yo revisé con cuidado los papeles y llamé ante mí a todos los que habían sobrevivido, de entre los hombres mencionados como complicados en esos asesinatos judiciales. El documento que se relacionaba con cada uno de los hombres le era leído en mi presencia, y luego se le entregaba en sus propias manos, para que lo quemase en un fuego que había ante él. Puedo mencionar aquí los expedientes cifrados acerca de las vidas privadas de prominentes ciudadanos, que Tiberio había tomado de manos de Livia, después de la muerte de Augusto, pero que no pudo leer. Más tarde yo conseguí descifrarlos, pero se referían a acontecimientos que para entonces estaban tan fuera de época que mi interés en leerlos era más histórico que político.

Las dos tareas más importantes que se presentaron entonces fueron la gradual reorganización de las finanzas del Estado y la abolición de los más ofensivos decretos de Calígula. Pero ninguna de las dos podía ser emprendida de prisa. Mantuve una larga conferencia con Caliste y Palas, acerca de las finanzas, inmediatamente después de ser designado. Heredes también se encontraba presente, porque quizás él sabía más que ningún otro hombre viviente en cuanto a conseguir préstamos y saldar deudas. El primer problema que se presentó fue el de cómo conseguir dinero para los gastos inmediatos. Convinimos en solucionar eso, como ya he explicado, fundiendo las estatuas, las placas y adornos de oro de palacio, y los muebles de oro del templo de Calígula. Herodes sugirió que debía incrementarse la cantidad así realizada, pidiendo prestado, en nombre de Júpiter Capitolino, a otros dioses cuyos tesoros habían aumentado en el curso de los últimos cien años, más o menos, con inútiles y espectaculares ofrendas votivas en metales preciosos. Todas esas eran, en su mayor parte, donaciones de las personas que querían llamar la atención hacia sí mismas, como exitosos hombres públicos, y no se hacían por un verdadero espíritu de piedad. Por ejemplo, un mercader, después de un exitoso viaje comercial a Oriente, regalaba al dios Mercurio un cuerno de la abundancia, dorado, o un soldado triunfante regalaba a Marte un escudo de oro, o un abogado de éxito regalaba a Apolo un trípode dorado. Es claro que Apolo no podía utilizar doscientos o trescientos trípodes de oro y de plata. Si su padre Júpiter estaba en aprietos, sin duda se sentiría encantado de prestarle unos pocos. De modo que fundí y acuñé todas las ofrendas votivas de que pude apoderarme sin ofender a las familias de los donantes ni destruir obras de valor histórico artístico. Porque un préstamo a Júpiter era lo mismo que un préstamo al Tesoro. Convinimos en esa conferencia que también debían obtenerse préstamos de los banqueros. Les prometeríamos un interés atrayente. Pero Herodes dijo que lo más importante era restablecer la confianza pública y de ese modo volver a poner en circulación el dinero que había sido atesorado por hombres de negocios nerviosos. Declaró que si bien era necesaria una política de grandes economías, no había que llevarla muy lejos. Podía ser interpretada como mezquindad.

—Cada vez que me quedaba corto de dinero —dijo—, en mis épocas de necesidad, me dedicaba a gastar todo el dinero que tenía, invirtiéndolo en adornos personales: anillos, capas y hermosos zapatos nuevos. Esto hacía subir mi crédito y me permitía volver a pedir prestado. Te aconsejo que hagas lo mismo. Un poco de pan de oro, por ejemplo, sirve para mucho. Supongamos que enviases un par de joyeros a dorar las

metas del Circo; esto haría que todo el mundo se sintiese muy próspero y no te costaría más de cincuenta o cien piezas de oro. Esta mañana se me ocurrió otra idea, mientras contemplaba las grandes planchas de mármol de Sicilia que son llevadas colina arriba para recubrir el interior del templo de Calígula. Supongo que no pensarás seguir trabajando en ese templo, ¿no es cierto? Y bien, ¿por qué no usarlas para cubrir la barrera de piedra arenisca del Circo? Es un hermoso mármol, y sin duda causará una tremenda sensación.

Herodes era siempre un hombre de ideas. Yo deseaba mantenerlo siempre a mi lado, pero me dijo que no podía quedarse. Tenía un reino que gobernar. Le dije que si se quedaba en Roma sólo unos meses más, yo haría su reino tan grande como había sido el de su abuelo Herodes.

Convinimos en pedir esos préstamos para el Tesoro, y convinimos en abolir, al principio, sólo los impuestos más extraordinarios creados por Calígula, como por ejemplo, los impuestos sobre los ingresos de los burdeles, sobre las ventas de los buhoneros y sobre el contenido de los urinarios públicos, los grandes recipientes colocados en las esquinas de las calles, que los bataneros solían llevarse cuando el líquido llegaba a cierto nivel, para utilizar el contenido en la limpieza de ropa. En mi decreto que abolía estos impuestos prometía que en cuanto ingresase suficiente dinero, aboliría también otros.

## Capítulo 7

Pronto descubrí que era muy popular. Entre los edictos de Calígula que anulé se encontraban los relativos a su propio culto religioso y a sus edictos de traición, y los que eliminaban ciertos privilegios del Senado y el Pueblo. Decreté que la palabra «traición» carecería de significado. No sólo la traición escrita no sería considerada como un delito criminal, sino que tampoco lo serían los actos abiertos. En este sentido fui mucho más liberal que Augusto. Mi decreto abrió las puertas de las cárceles a cientos de ciudadanos de todos los grados. Pero por consejo de Mesalina, mantuve a todos bajo arresto en suspenso hasta que quedé convencido de que la acusación de traición no incluía otros crímenes de naturaleza grave. Porque la acusación de traición era con frecuencia no más que una formalidad para el arresto: el delito podía ser asesinato, falsificación, o cualquier otro. Estos casos no eran tales que pudiese dejarlos en mano de magistrados comunes. Me sentía obligado a investigarlos yo mismo. Iba todos los días a la Plaza del Mercado, y allí, frente al templo de Hércules, juzgaba los casos durante toda la mañana, junto con un grupo de colegas senadores. Ningún emperador había admitido a colegas en su tribunal, durante una cantidad de años, desde que Tiberio fue a Capri. También hacía visitas por sorpresa a otros tribunales, y siempre ocupaba mi lugar allí, en el estrado de asesores del juez presidente. Mi conocimiento de los precedentes legales era muy defectuoso. Jamás había seguido el curso ordinario de honores que todos los nobles romanos siguen, elevándose gradualmente de rango en rango, desde el de magistrado de tercer clase hasta el de cónsul, con intervalos de servicio militar en el exterior. Y salvo los últimos tres años, había vivido fuera de Roma durante mucho tiempo, y pocas veces visitaba los tribunales. De modo que tenía que basarme en mi ingenio innato, y no en los precedentes legales, y luchar durante todo el tiempo contra las tretas de los abogados que, basándose en mi ignorancia, trataban de enmarañarme en sus redes legales. Todos los días, cuando llegaba a la plaza del Mercado desde el palacio, pasaba ante un edificio estucado, en el frente del cual se leía, en enormes letras:

*Fundada y Dirigida por el más Sabio y Elocuente Orador y Jurista, Telegonio Macario, de esta Ciudad y de la Ciudad de Atenas.*

Debajo, en una enorme tableta cuadrada, aparecía el siguiente anuncio:

*Telegonio ayuda y aconseja a todos los que se han visto envueltos en dificultades financieras o personales que exigen su comparecencia a los tribunales civiles o criminales. Y tiene un conocimiento positivamente enciclopédico de todos los edictos, estatutos, decretos, proclamas, decisiones judiciales, etc., romanos, pasados y presentes, vigentes, en potencia o caducos. Con media hora de plazo, el sapientísimo y elocuente Telegonio puede proporcionar opiniones exactas y legalmente incontrovertibles respecto de cualquier asunto judicial existente que quieran presentarle a él y a su personal de escribientes altamente adiestrados. No sólo la ley romana, sino la ley griega, la egipcia, la judía, la armenia, la marroquí, la parta... Todo esto Telegonio lo domina de cabo a rabo; el incomparable Telegonio, no conforme con entregar la materia prima de la ley, entrega también el producto*

*elaborado, a saber, presentaciones forenses hermosamente redactadas de la misma, completas con tonos y gestos apropiados. Las presentaciones personales ante el jurado son su especialidad. Manual de brillantes figuras y tropos retóricos, adecuados para cualquier caso, a pedido. No se conoce cliente alguno de Telegonio que haya sufrido jamás un veredicto adverso en ningún tribunal... a menos de que su rival haya bebido por casualidad en la misma fuente de sabiduría y elocuencia oratoria. Honorarios razonables y atención cortés. Hay algunas vacantes para alumnos.*

*«La lengua es más poderosa que la espada»:*

**EURÍPIDES**

Gradualmente llegué a memorizar esta tableta, de verla con tanta frecuencia, y ahora, cuando el asesor de la defensa o el fiscal apelaban a mí con expresiones como: «Sin duda, César, conocerás la decimoquinta subsección del cuarto artículo de la ley suuntuaria de Marco Poncio Catón, publicada en el año en que Fulano y Zutano fueron cónsules», o «Convendrás conmigo, César, en que en la isla de Andros, en la cual mi cliente ha nacido, se muestra gran tolerancia para con los falsificadores, si puede demostrarse que fueron influidos por las necesidades de sus ancianos padres, antes que por las esperanzas de un beneficio personal», o alguna tontería similar, yo sonreía y contestaba:

—Estás equivocado, no los conozco para nada, no soy el sapientísimo y elocuente Telegonio, que puede proporcionar opiniones exactas y legalmente incontrovertibles sobre cualquier asunto judicial que exista. No soy más que el juez de este tribunal. Continúa, y no me hagas perder el tiempo.

Si trataban de acosarme más, les replicaba:

—Es inútil. En primer lugar, si no quiero contestar, no contestaré. No puedes obligarme. Soy un hombre libre, ¿no es cierto? En rigor, el más libre de Roma. En segundo lugar, si contesto ahora será peor para ti.

De paso, el negocio de Telegonio parecía floreciente, y sus actividades llegaron a molestarme en gran manera. Detesto la oratoria forense. Si un hombre no puede presentar su caso en forma breve y lúcida, trayendo los testigos necesarios y absteniéndose de parloteos impertinentes en cuanto a la nobleza de sus antepasados, la cantidad de parientes empobrecidos que dependen de él, la clemencia y la sabiduría del juez, las duras tretas que el destino le ha jugado, la mutabilidad de la fortuna humana y toda esa rancia y tonta. acumulación de triquiñuelas, merece el máximo castigo de la ley por su deshonestidad, su simulación y su derroche del tiempo público. Envié a Polibio a comprar el manual de Telegonio y lo estudié. Unos días después, visitaba yo un tribunal inferior, cuando un acusado se lanzó en una de las brillantes figuras retóricas recomendadas por Telegonio. Pedí al juez que me permitiese intervenir. Me lo permitió, y le dije al orador:

—Detente, esto no sirve, has cometido un error en tu lección. La figura era como sigue... *«Cuando se me acusa de robo»*... Sí, es esta —mostré el manual:

*Al enterarme de la pérdida de mi vecino, y lleno de piedad por él, ¿por qué bosques y valles, por qué ventosas e inhospitalarias montañas, en qué húmedas y oscuras cavernas no busqué esa oveja perdida (o vaca perdida, o caballo perdido, o muía perdida)?, hasta que al fin, cosa extraordinaria, al volver a casa, fatigado, con los pies doloridos y desalentado la encontré aquí (llevarse la mano a los ojos y mostrarse asombrado). ¿Y dónde, sino en mi propio corral (o establo, o granero, o caballeriza), en el que se había introducido perversamente durante mi ausencia?*

—Tú pones bosquecillos donde deberías haber hablado del valle, y omites el «con los pies doloridos» y el importante adverbio «perversamente». Además no te muestras

asombrado ante la palabra «encontrado», sino solamente estúpido. El juicio te es contrario. Cúlpate a ti mismo, no a Telegonio.

Como me dedicaba a mis deberes judiciales durante tantas horas diarias, sin hacer excepción de las fiestas religiosas, y como incluso uní los períodos de verano y primavera, de modo que el funcionamiento de la justicia fuese continuo y ninguna persona acusada se viese obligada a pasar más que unos pocos días en la cárcel; debido a todo esto, esperaba un tratamiento más considerado de los abogados, de los funcionarios de los tribunales y de los testigos. Dejé claramente establecido que la no comparecencia o la presentación tardía en el tribunal de una de las partes principales en cualquier litigio me prevendría en favor de su oponente. Traté de solucionar los casos con tanta rapidez como fuera posible y conquisté (muy injustamente) la reputación de sentenciar a los prisioneros sin darles una adecuada oportunidad para su defensa. Si un hombre era acusado de un delito y yo le preguntaba directamente: «Esta acusación, ¿es cierta en sustancia?», y él removía los pies y contestaba: «Déjame que te explique, César. No soy exactamente culpable, sino que...», yo lo interrumpía. Pronunciaba el veredicto: «Multado con mil piezas de oro», o «desterrado a la isla de Cerdeña», o simplemente «pena de muerte», y me volvía al ujier: «El caso siguiente, por favor». Como es natural, el hombre y su abogado se mostraban irritados por no haber podido convencerme con sus argumentos de circunstancias atenuantes. Hubo un caso en que el acusado pretendió ser ciudadano romano, y por lo tanto apareció ataviado con una túnica. Pero el abogado del demandante se opuso y dijo que en realidad era un extranjero, y que debía usar capa. En ese caso no tenía mayor importancia si era o no ciudadano romano, de modo que hice callar a los abogados ordenándole al hombre que usase una capa durante todos los discursos del fiscal y una túnica durante los discursos de la defensa. Los abogados no me cobraron precisamente simpatía por eso y se dijeron que estaba ridiculizando a la justicia. Quizá fuese así. En general, me trataban muy mal. Algunas mañanas, si no me había sido posible solucionar tantos casos como queríamos, y habíamos pasado la hora del almuerzo, armaban toda una alharaca cuando yo postergaba los procedimientos hasta el día siguiente. Me llamaban con grosería, exigiéndome que volviera y que no mantuviese a los ciudadanos honrados esperando que se hiciese justicia, e incluso me tomaban de la túnica o del pie, como para impedirme, por la fuerza, que abandonara el tribunal.

Yo no rechazaba las familiaridades, siempre que no fuesen ofensivas, y había descubierto que un ambiente llano en el tribunal estimulaba a los testigos a hacer declaraciones veraces. Si alguien me replicaba, con animación, cuando yo había expresado una opinión poco certera, jamás lo tomaba a mal. En cierta ocasión el abogado de la defensa explicó que su cliente, un hombre de sesenta y cinco años, se había casado en fecha reciente. Su esposa era testigo en el caso, y era una mujer muy joven. Observé que el matrimonio era ilegal. De acuerdo con la ley Popea-Papia (con la cual estaba familiarizado), a un hombre de más de sesenta años le estaba prohibido casarse con una mujer de menos de cincuenta. La suposición legal era la de que un hombre de más de sesenta años no está en condiciones de ser padre. Cité el epigrama griego:

*Cuando el anciano se casa, desoye las reglas de la naturaleza.*

*O bien le ponen los cuernos, o es padre de un hijo enclenque.*

El abogado pensó unos instantes y luego improvisó:

*y ese anciano, tú mismo, es un tonto de remate,*

*si endilga a natura esa regla artificial.*

*Un viejo robusto engendra hijos sanos:*

*un joven débil los engendrará enclenques.*

Eso venía tan al caso, y había sido dicho tan correctamente, que perdoné al poeta-abogado por llamarme tonto de remate, y en la reunión siguiente del Senado enmendé la ley Popea-Papia. La cólera más terrible a que recuerdo haber cedido en el tribunal fue provocada por un funcionario cuyo deber consistía en citar a los testigos y cuidar de que llegasen con puntualidad. Había tenido una audiencia por un caso de fraude, pero me vi obligado a postergarlo, por falta de pruebas, ya que el principal testigo había huido al África para evitar ser acusado de complicidad en el mismo. Cuando el caso volvió a ser presentado, llamé a ese testigo pero no estaba en el tribunal. Pregunté al funcionario si el hombre había sido debidamente citado para que concurriese.

—Oh, sí, por cierto, César.

—¿Y entonces por qué no está aquí?

—Desdichadamente no puede concurrir.

—No existe excusa alguna para la no concurrencia, salvo una enfermedad tan grave que no pueda ser traído al tribunal sin peligro para su vida.

—Estoy muy de acuerdo, César. No, el testigo no está enfermo ahora. Ha estado muy enfermo, según tengo entendido, pero eso ya terminó.

—¿Y entonces qué le pasa?

—Fue mordido por un león, según se me informa, y después se le gangrenó la herida.

—Es extraño que se haya recuperado —dije.

—No se recuperó —sonrió el individuo—. Está muerto. Creo que la muerte puede ser una excusa para la no comparecencia. —Todos rieron.

Me enfurecí de tal manera, que le arrojé mi tablilla de escribir, le quité la ciudadanía y lo desterré al África.

—Ve a cazar leones —le grité—, y espero que te mutilen como se debe, y ojalá que se te gangrenen todas las heridas. —Pero seis meses después lo perdoné y le volví a dar su puesto. No volvió a hacer bromas a mi costa.

En este momento es justo mencionar la cólera más terrible de que jamás haya sido objeto en el tribunal. Un joven noble fue acusado de actos antinaturales contra mujeres. Las verdaderas acusadoras eran las integrantes del Gremio de Prostitutas, una organización extraoficial, pero bien dirigida, que protegía a sus integrantes, con bastante eficacia, del abuso de traficantes y rufianes. Las prostitutas no podían presentar una acusación por sí mismas contra un noble, de modo que fueron a ver a un hombre a quien también aquél le había hecho una mala jugada en una ocasión, y que quería vengarse de él —las prostitutas lo saben todo—; le ofrecieron proporcionarle pruebas si presentaba la acusación: en los tribunales una prostituta era testigo hábil. Antes de que el caso se presentara, envié un mensaje a mi amiga Calpurnia, la hermosa prostituta joven que había vivido conmigo antes de que me casase con Mesalina, y que me había sido tan fiel y tan tierna en mi desgracia. Le pedí que entrevistara a las mujeres que iban a declarar y que descubriese si el noble había abusado realmente de ellas en la forma en que se pretendía, o si ellas habían sido sobornadas por la persona que presentaba la acusación. Calpurnia me hizo saber, uno o dos días después, que el noble se había comportado en realidad en forma brutal y desagradable, y que las mujeres que se habían quejado al gremio eran muchachas decentes, una de las cuales era su amiga personal.

Yo abrí el caso, recibí declaraciones juradas (rechazando la objeción del abogado de la defensa, en el sentido de que los juramentos de las prostitutas eran proverbial y realmente sin valor) e hice que esto fuese registrado por escrito por el escribiente del tribunal. Cuando una de las muchachas repitió una frase grosera y vulgar que el acusado le había dirigido el escribiente preguntó:

—¿Anoto esto también, César? Y yo respondí:

—¿Por qué no?

El joven noble se mostró tan furioso, que hizo precisamente lo que yo había hecho con el funcionario de tribunal que se burló de mí: me arrojó la tablilla de escribir a la cabeza, pero en tanto que yo no acerté, la puntería de él fue buena. El borde filoso de la tablilla me hirió la mejilla y me hizo sangrar. Pero lo único que dije fue:

—Me alegro de ver, señor, que todavía te queda alguna vergüenza.

Lo declaré culpable y anoté su delito al lado de su nombre, en la Lista, cosa que lo descalificaba para cualesquiera candidatura a un puesto público. Pero era pariente por matrimonio de Asiático, quien algunos meses después me pidió que borrara la anotación, porque su joven pariente se había reformado últimamente.

—La borraré, para complacerte —respondí—, pero seguirá visible.

Asiático repitió más tarde esta frase mía, ante sus amigos, como prueba de mi estupidez. No podía entender, supongo, que una reputación, como solía decir mi madre, es como un plato de loza. «El plato de loza está resquebrajado; la reputación es dañada por una sentencia criminal. El plato es remendado luego y se torna 'un plato casi nuevo'. La reputación es reparada por un perdón oficial. Un plato remendado o una reputación enmendada son mejores que un plato resquebrajado o una reputación dañada. Pero un plato que jamás se ha quebrado y una reputación que nunca ha sido dañada, son mejores aún.»

Un maestro siempre parece un individuo rarísimo para sus alumnos. Tiene ciertas frases habituales que ellos llegan a advertir y que les provocan risa cada vez que las usa. Todos tienen frases habituales o giros del lenguaje, pero si no ocupan un puesto de autoridad —como un maestro, un capitán del ejército o un juez—, nadie las advierte mucho. Nadie las advertía en mi caso hasta que me convertí en emperador, pero luego, por supuesto, se hicieron enormemente famosas. Yo sólo tenía que decir en el tribunal: «Ni malicia ni favor alguno (volviéndome hacia mi secretario legal, después de resumir un caso)». «Está bien dicho, ¿no es cierto?», o «Una vez que he tomado una decisión, el asunto queda como asegurado con un clavo», o citar el antiguo dístico:

*Lo que hizo el muy tuno,  
eso se le hará. Y es justo.*

O pronunciar el juramento familiar: «¡Diez mil furias y serpientes!», y una gran risotada surgía a mi alrededor, como si hubiese pronunciado el más absurdo solecismo imaginable, o el epigrama más exquisitamente ingenioso.

En el transcurso de mi primer año en los tribunales debo de haber cometido cientos de ridículos errores, pero solucioné los casos y en ocasiones me sorprendí a mí mismo con mi propio brillo. Recuerdo que una vez hubo un caso en que uno de los testigos de la defensa, una mujer, negó tener relación alguna con el acusado, de quien la parte acusadora afirmaba que era realmente el hijo de ella. Cuando le dije que le aceptaba la palabra, y que en mi calidad de Sumo Pontífice los uniría de inmediato en matrimonio, ella se asustó de tal modo ante la perspectiva de que la obligasen a cometer un incesto, que se confesó culpable de perjurio. Dijo que había ocultado su relación a fin de parecer una testigo imparcial. Eso me granjeó una gran reputación, que perdí casi en el acto, en un caso en que la acusación de traición encubría una de falsificación. El prisionero era un liberto de uno de los libertos de Calígula, y no había circunstancias atenuantes para su delito. Había falsificado el testamento de su amo, antes de la muerte de éste —no se pudo demostrar si era culpable o no de su muerte—, y dejado a su amante y sus hijos en el abandono más absoluto. Me encolericé muchísimo con este hombre, cuando escuché su historia, y decidí infligirle la pena máxi-

ma. La defensa fue muy débil; no negó la acusación, no hizo más que presentar una cantidad de desatinos al estilo de Telegonio. La hora de mi almuerzo había quedado ya



muy atrás y hacía ya seis horas seguidas que me encontraba en el tribunal. Un delicioso aroma de comida llegó flotando hasta mi nariz, desde el comedor de los Sacerdotes de Marte, situado muy cerca. Ellos comen mejor que ninguna otra fraternidad sacerdotal. Marte jamás carece de víctimas para el sacrificio. Me sentí débil de hambre. Le dije al principal magistrado que estaba sentado a mi lado:

—Por favor, ocúpate de este caso e impón el máximo castigo, a menos de que la defensa tenga mejores pruebas que ofrecer que las que ha ofrecido hasta ahora.

—¿Quieres decir de veras el máximo castigo? —preguntó.

—Sí, en verdad, sea cual fuere. El hombre no merece piedad alguna.

—Tus órdenes serán obedecidas, César —contestó.

Me trajeron la litera y me uní a los sacerdotes en su almuerzo. Esa tarde, cuando regresé, descubrí que al acusado le habían cortado las manos, colgándoselas al cuello. Ese era el castigo prescrito por Calígula para las falsificaciones, y hasta entonces no había sido eliminado del código penal. Todos pensaron que yo había actuado con suma crueldad, porque el juez dijo al tribunal que la sentencia era mía, no de él. Sin embargo, la culpa no era mía.

Hice regresar a todos los exiliados que habían sido desterrados por acusación de traición, pero sólo después de pedir el permiso del Senado. Entre ellos se encontraban mis sobrinas Agripinila y Lesbia, que habían sido enviadas a una isla situada frente a la costa de África. Por mi parte, si bien no habría permitido que se quedaran allí, tampoco las habría invitado a volver a Roma. Ambas se habían portado con suma insolencia hacia mí, no sé si adrede o no, y sus otros adulterios habían sido motivo de escándalo público. Fue Mesalina quien intercedió por ellas ante mí. Advierto ahora que esto le proporcionaba una deliciosa sensación de poder. Agripinila y Lesbia siempre la habían tratado con gran altanería, y cuando se les dijo que se las llamaba a Roma como resultado de la generosidad de ella, se verían obligadas a humillarse ante Mesalina. Pero en esa época sólo creí que lo hacía por bondad de corazón. De modo que mis sobrinas volvieron y descubrí que el exilio no les había quebrado en modo alguno el espíritu, si bien su delicada piel había quedado lamentablemente tostada por el sol de África. Por orden de Calígula, tuvieron que ganarse la vida en la isla, zambulléndose en el mar para pescar esponjas. Pero el único comentario que Agripinila hizo respecto de sus experiencias fue el de que no había derrochado su tiempo.

—Me he convertido en una nadadora de primera. Si alguien quiere matarme alguna vez, será mejor que no intente hacerlo ahogándome.

Decidieron sacar el mejor partido del color asombrosamente semejante al de las muchachas esclavas que ostentaban en el rostro, cuello y brazos, e indujeron a algunas de sus nobles amigas a adoptar el atezado como moda. El jugo de nogal se convirtió en una loción favorita. Pero las íntimas de Mesalina mantuvieron su natural tez rosada y blanca, y se referían despectivamente al grupo de atezados, llamándolos los «pescadores de esponjas». El agradecimiento de Lesbia a Mesalina fue muy superficial, y a mí casi ni me agradeció. Se mostró positivamente desagradable:

—Nos hiciste esperar diez días más de lo necesario —dijo—, y el barco que nos enviaste a buscarnos estaba lleno de ratas.

Agripinila fue más prudente; nos hizo a los dos muy graciosos discursos de gratitud.

Confirmé la monarquía de Herodes sobre Bashán, Galilea y Gilead, y le agregué la de Judea, Samaría y Edom, de modo que su dominio era ahora tan grande como el de su abuelo. Redondeé la región del norte agregándole Abilene, que había formado parte de Siria. El y yo nos unimos en liga solemne, confirmada por juramentos en el Mercado, en presencia de una enorme multitud, y por el sacrificio ritual de un cerdo, antigua ceremonia revivida para la ocasión. También le conferí la dignidad honoraria de cónsul

romano, que jamás se había otorgado a un hombre de su raza. Era el signo de que en la reciente crisis el Senado le había pedido consejo, ya que no encontró a un romano activo capaz de pensamiento claro e imparcial. Por pedido de Herodes, también entregué el pequeño reino de Caléis a su hermano menor, Herodes Polio. Caléis estaba al este del Orontes, cerca de Antioquía. No pidió nada para Aristóbulo, de modo que éste no recibió nada. También puse gustosamente en libertad a Alejandro el alabarca y a su hermano Filón, que todavía se encontraban encarcelados en Alejandría. Ya que estoy en el tema, podría mencionar que cuando murió el hijo del alabarca, con quien Herodes había casado a su hija Berenice, ésta se casó luego con su tío Herodes Polio. Confirmé a Petronio en su gobernación de Siria y le envié una carta personal de felicitación por su sensata conducta en el asunto de la estatua.

Seguí el consejo de Herodes en cuanto a las losas de mármol que estaban destinadas a revestir el interior del templo de Calígula. Ofrecieron muy buen aspecto en el circo. Luego tuve que decidir qué debía hacer con el edificio mismo, que era bastante bonito incluso cuando se lo despojó de los adornos preciosos. Se me ocurrió que sería justo para con los dioses gemelos, Castor y Pólux —una disculpa decente por el insulto que Calígula les había hecho al convertir su templo en un simple pórtico del propio—, ofrecerlo como un anexo del de ellos. Calígula había abierto una brecha en la pared, detrás de las dos estatuas, para constituir la entrada principal de su templo, de modo que, por así decirlo, ellos se habían convertido en sus porteros. No había más remedio que volver a consagrar el edificio. Fijé un día propicio para la ceremonia y conquisté la aprobación de los dioses por medio del augurio, porque establecemos esta distinción entre el augurio y la consagración: la consagración se efectúa por la voluntad del hombre, pero primero el augurio debe denotar el consentimiento voluntario de la deidad en cuestión. Elegí el día 15 de julio, día en que los caballeros romanos salen, coronados de guirnalda de oliva, para honrar a los Gemelos en magnífica procesión ecuestre. Desde el templo de Marte, cabalgan a través de las principales calles de la ciudad, vulven al templo de los Gemelos, y allí ofrecen sacrificios. La ceremonia es una conmemoración de la batalla del lago Regilo, que se libró ese mismo día, hace 300 años. Castor y Pólux llegaron en persona, a caballo, en ayuda de un ejército romano que se defendía desesperadamente en la costa del lago, contra una fuerza superior de latinos. Y desde entonces han sido adoptados como los patronos especiales de los Caballeros.

Realicé los servicios en el pequeño tabernáculo dedicado a ese propósito, en la cima del monte Capitolino. Invoqué a los dioses, y, después de hacer cálculos, señalé el sector adecuado de los cielos en el cual debía hacer mis observaciones, es decir, la parte en que se encontraba entonces la constelación de los Gemelos. Apenas lo había hecho cuando escuché un leve crujido en el cielo y apareció el signo esperado. Era un par de cisnes volando desde la dirección que yo había establecido, y el ruido de sus alas se hacía cada vez más fuerte, a medida que se acercaban. Sabía que debían ser Castor y Pólux en persona, disfrazados, porque, como se sabrá, ellos y su hermana Helena fueron empollados del mismo huevo de yema triple que puso Leda después de haber sido cortejada por Júpiter en forma de cisne. Las aves pasaron sobre su templo y se perdieron muy pronto a lo lejos.

Me adelantaré un poco al orden de los acontecimientos y describiré el festival. Comenzó con una ceremonia lustral. Los sacerdotes y nuestros ayudantes realizamos una solemne procesión en torno al edificio, llevando ramas de laurel que mojábamos en recipientes de agua consagrada y agitábamos, salpicando gotas al marchar. Yo me había preocupado de enviar a buscar agua del lago Regilo, donde Castor y Pólux, de paso, tenían otro templo. En la invocación mencioné la procedencia del agua. También quemamos azufre y aguas aromáticas para ahuyentar a los malos espíritus, y se tocó

música de flauta para ahogar el sonido de cualquier palabra de mal augurio que pudiese pronunciarse. Esta ceremonia lustral tornaba sagrado todo lo que existiese dentro de los límites en que hubiéramos caminado, en los cuales se encontraba el nuevo templo. Tapiamos la brecha; yo coloqué la primera piedra. Luego realicé el sacrificio. Había elegido la combinación de víctimas que sabía agradaría más a los dioses: para cada uno de ellos un buey, un cordero y un cerdo, todos puros y todos gemelos. Castor y Pólux no son deidades importantes; son semidioses que, debido a su ascendencia mixta, pasan días alternados en el cielo y en el Mundo Inferior. Al realizar el sacrificio a los espíritus de los héroes, se tiende la cabeza de la víctima hacia abajo, pero en el sacrificio a los dioses hay que tenderla hacia arriba, de modo que al efectuar el sacrificio a los Gemelos seguí una antigua práctica que había caído en desuso durante muchos años, de estirar alternativamente una cabeza hacia arriba y otra hacia abajo. Pocas veces he visto entrañas más propicias. El Senado me había votado la vestimenta triunfal para la ocasión; la excusa era una pequeña campaña que había concluido recientemente en Marruecos, donde se produjeron disturbios después del asesinato del rey, mi primo Tolomeo, por Calígula. Yo no tenía responsabilidad alguna por la expedición de Marruecos, y si bien ahora era costumbre que al comandante en jefe se le votase el derecho de utilizar atavíos triunfales al final de cada campaña, aunque jamás hubiese salido de la ciudad, yo no habría aceptado jamás los honores a no ser por una consideración. Decidí que resultaría extraño que un comandante en jefe dedicase un templo a los únicos dos semidioses griegos que habían luchado jamás por Roma, con una vestimenta que era una confesión de que jamás había dirigido un verdadero ejército. Pero sólo utilicé mi capa y corona triunfal durante la ceremonia misma. En los otros cinco días del festival me puse mi túnica común, de senador, con el borde púrpura.

Los primeros tres días fueron dedicados a representaciones teatrales en el teatro de Pompeyo, que volví a dedicar para la ocasión. El escenario y parte de la sala se habían incendiado durante el reinado de Tiberio, pero fueron reconstruidos por él y vueltos a dedicar a Pompeyo. Sin embargo, a Calígula no le gustaba ver el título de Pompeyo, «El Grande», en la inscripción, y se dedicó el teatro a sí mismo. Yo se lo devolví a Pompeyo, si bien puse una inscripción en el escenario, concediéndole a Tiberio el mérito de su restauración después del incendio y a mí el de esta rededicación a Pompeyo. Es el único edificio público en que he dejado que aparezca mi nombre.

Jamás me agradó la práctica, totalmente antiromana, que surgió a finales del reinado de Augusto, de que los hombres y mujeres de rango apareciesen en el escenario para exhibir sus talentos histriónicos y coribánticos. No sé por qué Augusto no lo impidió con más severidad de lo que lo hizo. Supongo que fue porque no existía ley alguna contra la práctica, y porque Augusto era tolerante con las innovaciones griegas. A su sucesor Tiberio le desagradaba el teatro, fuesen cuales fueren los actores, y lo consideraba una gran pérdida de tiempo, y un estímulo para el vicio y la locura. Pero Calígula no sólo volvió a llamar a los actores profesionales a quienes Tiberio había desterrado de la ciudad, sino que estimuló fuertemente a los aficionados nobles a trabajar como actores, y a menudo se presentaba él mismo en el escenario. La principal indecencia de la innovación residía para mí en la total incapacidad de los aficionados nobles. Los romanos no son actores natos. En Grecia los hombres y las mujeres de rango participan en los espectáculos teatrales con toda naturalidad, y jamás dejan de hacer un papel honorable. Pero jamás he visto a un aficionado romano que sirviese para nada. Roma sólo ha producido un gran actor, Roscio, pero éste conquistó su extraordinaria perfección en el arte por los extraordinarios trabajos que se tomó para lograrlo. Nunca hizo en el escenario un solo gesto o movimiento que no hubiese ensayado con cuidado de antemano una y otra vez, hasta que pareciera una acción na-

tural. Ningún otro romano ha tenido jamás la paciencia para convertirse en un griego. De modo que en esta ocasión envié un mensaje especial a todos los nobles que habían aparecido en escena durante el reinado de Calígula, ordenándoles, so pena de incurrir en mi desagrado, que pusiesen en escena dos obras y un interludio que había elegido para ellos. No los ayudaría ningún actor profesional, dije. Al mismo tiempo llamé a Harpócrates, mi secretario de Juegos, y le dije que deseaba que reuniera el mejor reparto de actores profesionales que pudiese encontrar en Roma, a fin de que, en el segundo día del festival, demostrasen cómo debía ser en realidad un actor. Presentarían el mismo programa, pero esto lo mantuve en secreto. Mi pequeña lección resultó maravillosamente bien. Las representaciones del primer día fueron lamentables. Unos gestos tan duros y entradas y salidas tan torpes, unos papeles tan mascullados y torturados, una falta tal de gravedad en la tragedia y de humorismo en la comedia, que el público muy pronto se impacientó y comenzó a torcer y remover los pies, y a conversar. Pero al día siguiente la compañía profesional actuó en forma tan brillante, que desde entonces ningún hombre o mujer de rango se ha atrevido a aparecer en el escenario público.

Al tercer día el espectáculo principal fue la danza pírrica de las espadas, la danza nativa de las ciudades griegas del Asia Menor. Fue ejecutada por los hijos de los notables de esas ciudades, a quienes Calígula había mandado buscar so pretexto de que bailaran para él. En realidad quería tenerlos como rehenes de la buena conducta de sus padres, mientras él visitaba el Asia Menor y reunía dinero por medio de sus habituales métodos extorsivos. Al enterarse de su llegada a palacio, Calígula fue a inspeccionarlos, y estaba a punto de hacerlos ensayar una canción que habían aprendido en su honor, cuando Casio Querea se acercó a pedir el santo y seña. Y esa fue la señal de su asesinato. De modo que ahora los jóvenes bailaron con mayor alegría y habilidad, al enterarse del destino a que habían escapado, y me dedicaron una canción de agradecimiento cuando terminaron. Yo los recompensé a todos con la ciudadanía romana y los hice volver a sus hogares unos días después, cargados de regalos.

Los espectáculos del cuarto y quinto día se desarrollaron en el Circo, que estaba hermosísimo, con sus metas doradas y sus barreras de mármol, y en los anfiteatros. Presentamos doce carreras de cuadrigas y una de camellos, que era una novedad divertida. También matamos 300 osos y 300 leones en los anfiteatros, y exhibimos una gran lucha a espada. Los osos y los leones habían sido traídos por Calígula desde el África, antes de su muerte, y acababan de llegar. Yo le dije a la gente con franqueza:

—Este es el último gran espectáculo de animales que se presenciará durante un tiempo. Esperaré a que los precios descieran, antes de comprar otros. Los comerciantes africanos los han llevado a un tope absurdo. Si no pueden volver a bajarlos, tendrán que llevar su mercancía a otro mercado... pero creo que les resultará difícil.

Esto despertó el sentido comercial de la gente, que me vitoreó, agradecida. Ese fue, entonces, el fin del festival, aparte de un enorme banquete que ofrecí luego en palacio, a la nobleza y sus esposas, y también a ciertos representantes del pueblo. Se sirvió a más de 2.000 personas, no hubo manjares extraordinarios, pero fue una comida bien planeada, con buen vino y excelentes asados, y no escuché quejas en cuanto a la ausencia de pasteles de lengua de alondra o de antílopes en aspic o tortillas de huevos de avestruz.

# Capítulo 8

Pronto llegué a una conclusión en cuanto a los combates a espada y las cacerías de fieras salvajes. Primero, en cuanto a estas últimas, me había enterado de un deporte que se practicaba en Tesalia, que poseía la doble ventaja de ser excitante como espectáculo y además barato. De modo que lo presenté en Roma como alternativa de las habituales cacerías de leopardos y leones. Se llevaba a cabo con toros salvajes de mediana edad. Los hombres de Tesalia solían excitar al toro clavándole pequeños dardos en la piel, cuando salía del corral en que estaba prisionero... no lo bastante como para herirlo, sino sólo para irritarlo. El animal se precipitaba para atacarlos y entonces ellos saltaban ágilmente fuera de su alcance. Estaban desarmados. A veces solían engañarlo sosteniendo telas de colores delante de su cuerpo. El toro embestía las telas y ellos las retiraban en el último momento, sin apartarse del lugar. El toro siempre se precipitaba sobre la tela en movimiento. O en el momento de la embestida saltaban hacia adelante y caían al otro lado, o bien se paraban sobre sus ancas un momento, antes de volver a pisar el suelo. El toro comenzaba a cansarse gradualmente, y ellos realizaban hazañas cada vez más audaces. Había un hombre que podía quedarse de espaldas al toro, agachándose, con la cabeza entre las piernas, y luego, cuando el animal atacaba, realizar un salto mortal en el aire y aterrizar sobre el lomo del animal. Era un espectáculo común ver a un hombre cabalgar alrededor de la liza haciendo equilibrio sobre el lomo del animal. Si éste no se cansaba rápidamente, lo hacían galopar en torno al redondel sentándose sobre él como si fuese un caballo, sosteniendo un cuerno con la mano izquierda y retorciéndole la cola con la derecha. Cuando estaba lo bastante fatigado, el ejecutante luchaba con él, tomándolo de ambos cuernos y haciéndolo caer lentamente al suelo. A veces aferraba la oreja del toro entre los dientes para ayudarse en la tarea. Era un deporte muy interesante, y con frecuencia el toro atrapaba y mataba al hombre que se tomaba libertades demasiado grandes con él. La baratura del deporte consistía en los precios razonables exigidos por los hombres de Tesalia, que eran simples campesinos, y en la supervivencia del toro para otro espectáculo. Los toros inteligentes, que aprendían a eludir las trampas que se les tendían y no se dejaban dominar se convirtieron muy pronto en grandes favoritos populares. Había uno llamado Rojizo, que a su manera era tan famoso como el caballo Incitato. Mató a diez de sus torturadores en otros tantos festivales. La muchedumbre llegó a preferir estas corridas de toros a todos los otros espectáculos, salvo la lucha a espada.

Y en cuanto a los esgrimistas, decidí reclutarlos principalmente entre los esclavos que durante el reinado de Calígula y Tiberio habían declarado contra sus amos en juicios por traición, provocando de tal modo la muerte de éstos. Los dos crímenes que más abomino son el parricidio y la traición. Para el parricidio, en verdad, he vuelto a introducir el antiguo castigo: el criminal es azotado hasta que sangra, y luego se lo mete en un saco junto con un gallo, un perro y una víbora, que representan la codicia, la desvergüenza y la ingratitud, y por último se lo arroja al mar. Considero que la traición de los esclavos hacia sus amos es también una especie de parricidio, de modo que siempre los he hecho luchar hasta que uno de los combatientes queda muerto o herido de gravedad. Y nunca les concedo perdón, sino que los vuelvo a hacer luchar en los Juegos siguientes, y así de seguido, hasta que mueren o quedan completamente incapacitados. En una o dos ocasiones sucedió que uno de ellos fingió estar mortalmente herido, cuando sólo había recibido una herida leve, y se retorció en la

arena como si no pudiese continuar. Si yo descubría que fingía, siempre daba orden de que se la cortase la garganta.

Creo que el populacho gozaba aún más con las diversiones que yo ofrecía que con las de Calígula, porque las presenciaba con mucha menos frecuencia. Calígula tenía tal pasión por las carreras de cuadrigas y las cacerías de animales feroces, que casi todos los días encontraba una excusa para una fiesta. Esto era un gran derroche del tiempo público, y el espectador se cansaba muy pronto, antes que él. Eliminé del calendario 150 fiestas introducidas por Calígula. Otra decisión que tomé fue la de establecer una reglamentación en cuanto a las repeticiones. Existía la costumbre de que si se había cometido un error en las ceremonias de un festival, aunque sólo se tratase de uno muy pequeño, en el último día, todo el asunto tenía que volver a empezar. En el reinado de Calígula las repeticiones se habían convertido en una verdadera farsa. Los nobles a quienes obligaba a celebrar juegos en su honor, a su propia costa, sabían que jamás podrían librarse con una sola ejecución. Siempre se las arreglaba para encontrar algún defecto en la ceremonia, cuando todo había terminado, y los obligaba a repetirla, dos, tres, cuatro, cinco y hasta diez veces, de modo que aprendieron a apaciguarlo normalmente cometiendo un error intencional de toda evidencia, el último día, con lo que conquistaban el favor de repetir el espectáculo una sola vez. Mi edicto declaraba que si algún festival tenía que ser repetido, la repetición no ocuparía más de un solo día, y si se cometía luego otro error, allí terminaba todo. De resultas de ello no se cometió ningún otro error. Se veía que yo no los estimulaba. También ordené que no se realizasen celebraciones públicas en mi cumpleaños, ni se ofrecieran espectáculos de combate a espada en mi honor. Era erróneo, dije, que se sacrificase la vida de hombres, aunque fuesen espadachines, en un intento de comprar el favor de los dioses Infernales hacia un hombre viviente.

Sin embargo, para que no se me acusara de regatear los placeres de la ciudad, a veces solía proclamar de pronto, una mañana, que por la tarde se realizarían juegos en el cercado del Campo de Marte. Explicaba que no había motivos particulares para los juegos, salvo que era un buen día para llevarlos a cabo, y que, como no se habían hecho preparativos especiales, saldría lo que saliese. Los denominaba Sportula, o Juegos a lo que Salgan. Duraban una sola tarde.

Acabo de mencionar mi odio hacia los esclavos que traicionaban a sus amos, pero me di cuenta de que si los amos no exhibían una actitud adecuadamente paternal hacia los esclavos, no podía esperarse que éstos tuviesen un sentido del deber filial para con sus amos. Los esclavos, en fin de cuentas, son seres humanos. Los protegí por medio de leyes acerca de las cuales ofreceré un ejemplo. El liberto adinerado a quien Herodes había pedido dinero en una ocasión para pagar a mi madre y a mí mismo, había ampliado grandemente su hospital para esclavos enfermos, que ahora se encontraba situado en la isla de Esculapio, en el Tíber. Anunció que estaba dispuesto a comprar esclavos en cualquier estado, a fin de curarlos, pero prometía la primera opción para la compra a los ex dueños, a un precio no superior al triple del original. Sus métodos de curación eran muy rigurosos, para no decir inhumanos. Trataba a los esclavos enfermos como a otras tantas reses de ganado. Pero su negocio era amplio y provechoso, porque la mayoría de los amos no se molestaban en cuidar a sus esclavos enfermos, por no distraer a los esclavos comunes de sus obligaciones, y porque si los primeros sufrían dolores, habrían mantenido despiertos a todos, de noche, con sus gemidos. Preferían venderlos en cuanto resultaba claro que la enfermedad resultaría larga y tediosa. En esto, por supuesto, seguían los mezquinos preceptos económicos de Catón el Censor. Pero yo puse fin a la práctica. Emití un edicto en el sentido de que todo esclavo enfermo que hubiese sido vendido al dueño de un hospital recibiría, al curarse, su libertad, y no

volvería al servicio de su amo, en tanto que éste tendría que devolver el dinero de la compra al dueño del hospital. Por lo tanto, si un esclavo caía enfermo, el amo se veía obligado a curarlo en su casa o a pagarle su curación. En este último caso, quedaba libre al curarse, como los esclavos ya vendidos al dueño del hospital, y como éstos, se esperaba que pagase una ofrenda de agradecimiento al hospital, en proporción de la mitad del dinero ganado durante los tres años siguientes. Si a algún amo se le ocurría matar al esclavo en lugar de curarlo en su casa o enviarlo al hospital, era culpable de asesinato. Luego inspeccioné en persona el hospital de la isla y di órdenes al administrador en cuanto a las evidentes mejoras que debía introducir en materia de comodidades, dieta e higiene. Si bien, como digo, eliminé 150 de los festivales de Calígula del calendario, admito que creé tres nuevos festivales, cada uno con una duración de tres días. Dos eran en honor de mis padres. Hice que éstos cayesen en sus cumpleaños, postergando para fechas vacantes dos festivales menores que coincidían con ellos. Ordené que se cantasen endechas en memoria de mis padres, y ofrecí banquetes funerarios de mi propio peculio. Las victorias de mi padre en Germania ya habían sido honradas con un arco en la Vía Apia, y con el título hereditario de Germánico, que era el sobrenombre del cual yo más me enorgullecía. Pero me pareció que su memoria debía ser recordada también de esa manera. A mi madre se le habían concedido importantes honores por Calígula, incluso el título de «Augusta», pero cuando riñó con ella y la obligó a suicidarse, se los quitó vilmente. Escribió cartas al Senado acusándola de traición hacia él, de impiedad hacia otros dioses, de una vida de malicia y avaricia, y del agasajo en su casa de adivinas y astrólogos, en desafiante desobediencia a las leyes. Antes de poder devolverle decentemente a mi madre el título de «Augusta», tenía que volver a afirmar ante el Senado que había sido completamente inocente de las acusaciones; que, si bien era de temperamento empecinado, era también muy piadosa, y, aunque ahorrativa, muy generosa, y que jamás tuvo malicia hacia nadie y jamás consultó a un adivino o astrólogo en toda su vida. Presenté a los testigos necesarios. Entre ellos se encontraba Briséis, la encargada del guardarropas de mi madre, que había sido esclava mía hasta que le ofrecí su libertad en la vejez. En cumplimiento de una promesa hecha uno o dos años antes a Briséis, la presenté al Senado de la siguiente manera:

—Señores, esta anciana fue otrora una fiel esclava roía, y por su vida de trabajo al servicio de la familia Claudia —primero como doncella para todo de mi abuela Livia, y luego de mi madre Antonia, cuyo cabello solía peinar—, la recompensé recientemente con su libertad. Algunas personas, incluso miembros de mi propia casa, han sugerido que en realidad fue la esclava de mi madre. Aprovecho esta oportunidad para tachar de mentira maliciosa cualquier sugestión por el estilo. Nació como esclava de mi padre, cuando éste era un niño. A la muerte de él la heredó mi hermano; y luego la heredé yo. No ha tenido otros amos o amas. Pueden depositar la máxima confianza en su testimonio.

Los senadores se asombraron ante lo caluroso de mis palabras, pero las aplaudieron en la esperanza de complacerme, y en verdad me sentí complacido porque para la anciana Briséis este fue el momento más glorioso de su vida, y el aplauso parecía destinado tanto a ella como a mí. Rompió a llorar, y sus incoherentes tributos al carácter de mi madre fueron apenas audibles. Murió unos días después, en una espléndida habitación de palacio, y le ofrecí un lujosísimo funeral.

Los títulos robados a mi madre le fueron devueltos, y en los grandes Juegos circenses su carroza fue incluida en la procesión sagrada, lo mismo que la de mi pobre cuñada Agripina. El tercer festival que creé fue en honor de mi abuelo Marco Antonio. Había sido uno de los más brillantes generales romanos, y conquistó muchas victorias

notables en Oriente. Su único error consistió en reñir con Augusto después de una larga amistad con él, y en perder la batalla de Accio. No entendía por qué la victoria de mi tío abuelo Augusto debía continuarse celebrando a expensas de mi abuelo. No llegué hasta el punto de deificar a este último, ya que sus muchos defectos lo habían descalificado para el ingreso al Olimpo, pero el festival era un tributo a sus cualidades de soldado y satisfacía a los descendientes de aquellos soldados romanos que habían tenido la mala suerte de elegir el bando perdedor en Accio.

Tampoco olvidé a mi hermano Germánico. No instituí festival alguno en su honor, porque en cierto modo sentía que su espíritu no lo aprobaría. Era el hombre más modesto y abnegado de su rango y capacidad que jamás haya conocido. Pero hice algo con que tenía la seguridad de complacerlo. En Nápoles se realizaba un festival (ésta era una colonia griega), y en las competencias efectuadas allí cada cinco años, para la elección de la mejor comedia griega, presenté una que había escrito Germánico y que encontré entre sus papeles, después de su muerte. Se denominaba Los embajadores, y estaba escrita con considerable gracia e ingenio al estilo de Aristófanes. El argumento relataba que dos hermanos griegos, uno de los cuales era comandante de las fuerzas de su ciudad en la guerra contra Persia, y el otro un mercenario al servicio de los persas, llegaron por casualidad al mismo tiempo, como embajadores, a la corte de un reino neutral, en el que cada uno de ellos pidió al rey su colaboración militar. Reconocí reminiscencias cómicas de las recriminaciones que en una ocasión se habían intercambiado los dos caudillos queruscos, Flavio y Hermann, hermanos que combatían en bandos contrarios de la guerra germana se siguió a la muerte de Augusto. El final cómico de la obra consistía en el hecho de que el tonto rey, convencido por los dos hermanos, enviaba su infantería para ayudar a los persas y su caballería para ayudar a los griegos. Esta comedia conquistó el premio, por el voto unánime de los jueces. Podrá sugerirse que aquí se mostró cierto favoritismo, no sólo por la extraordinaria popularidad de Germánico durante su vida, entre todos los que entraron en contacto con él, sino porque sabían que era yo, el emperador, quien presentaba la obra. Pero no cabe duda de que fue, con mucho, la mejor obra que se presentó a disputar el premio, y que fue muy aplaudida durante su ejecución. Recordando que en su visita a Atenas, Alejandría y otras famosas ciudades griegas, Germánico había usado una vestimenta griega, yo hice lo mismo en el festival de Nápoles. Me puse una capa y botas altas, para asistir a los espectáculos musicales y dramáticos, y un manto púrpura y una corona de oro en las pruebas gimnásticas. El premio de Germánico era un trípode de bronce. El juez quiso votarle un trípode de oro, como honor especial, pero yo me negué y lo rechacé, considerando que era una extravagancia. El bronce era el metal acostumbrado para el trípode de premio. Lo dediqué en su honor en el templo local de Apolo.

Sólo me quedaba ahora cumplir con la promesa que le había hecho a mi abuela Livia. Le había dado mi palabra de honor de utilizar toda la influencia de que dispusiera a fin de obtener el consentimiento del Senado para su deificación. No había cambiado de opinión en cuanto a lo implacable e inescrupuloso de los métodos que utilizó para lograr el dominio del imperio y mantenerlo en sus manos durante unos 65 años. Pero, como he hecho observar hace un momento, mi admiración por sus capacidades organizativas aumentaba día tras día. No hubo oposición alguna en el Senado, salvo la de Viniciano, el primo de Vinicio, quien desempeñaba el mismo papel que había representado Galo veintisiete años antes, cuando Tiberio propuso la deificación de Augusto. Viniciano se puso de pie para preguntar cuáles eran los argumentos en que me basaba para hacer este pedido sin precedentes, y qué señal me había concedido el cielo para indicar que Livia Augusta debía ser recibida por los Inmortales como su asociada permanente. Mi respuesta estaba pronta. Le dije que no mucho antes de su muerte, mi



abuela, impulsada sin duda por una inspiración divina, había llamado por separado primero a mi sobrino Calígula y luego a mí mismo, para informarnos en secreto, a cada uno por vez, que algún día llegaríamos a ser emperadores. En compensación por esta seguridad, nos hizo jurar que haríamos todo lo posible para deificarla cuando llegase nuestra monarquía, señalando que había representado un papel tan importante como Augusto en la gran tarea de reforma que ambos emprendieron juntos después de las guerras civiles, y que era muy injusto que Augusto gozara de la bienaventuranza eterna en las mansiones celestiales, en tanto que ella descendía a las tétricas moradas del infierno, para ser juzgada por Eaco, y perderse luego, para siempre, entre las incontables huestes de insignificantes y silenciosas sombras. Calígula, les dije, era sólo un jovencito en la época en que hizo esa promesa, y tenía dos hermanos mayores vivos, de modo que resultaba notable que Livia supiese que el emperador sería él y no ellos, porque no exigió la misma promesa a los hermanos mayores. De cualquier manera, Calígula había hecho esa promesa, pero la violó cuando llegó a emperador, y si Viniciano necesitaba una señal segura de los sentimientos de los dioses en este asunto, estaba en libertad de encontrarla en las sangrientas circunstancias de la muerte de Calígula.

Luego me volví para dirigirme al Senado en su conjunto.

—Señores —dije—, no soy yo quien debe decidir si mi abuela Livia Augusta es digna de deificación nacional por los votos de ustedes, o si no lo es. Sólo puedo repetir que le juré, por mi propia cabeza, que si alguna vez llegaba a ser emperador —acontecimiento que parecía improbable y absurdo, aunque ella estaba segura de que se realizaría—, haría lo posible para convencerlos de que era preciso elevarla al cielo, donde se encontraría una vez más al lado de su fiel esposo, que ahora, después de Júpiter Capitolino, es la más venerada de todas nuestras deidades. Si me niegan el pedido hoy, lo repetiré todos los años por esta misma época, hasta que me lo concedan. Mientras viva, y mientras tenga privilegios para hablarles desde este banco.

Llegué al final del discursito que había preparado, pero me sentí impulsado a continuar hablando en forma improvisada.

—Y realmente pienso, señores, que deberían considerar los sentimientos de Augusto en este sentido. Durante más de cincuenta años él y Livia trabajaron juntos, todos y cada uno de los días de sus vidas. Hubo muy pocas cosas que él hiciera sin el consentimiento y el consejo de ella, y si alguna vez actuó por su propia iniciativa, no puede decirse que siempre actuara con prudencia o que obtuviera un gran éxito en tales empresas. Sí, cada vez que se vio frente a un problema que ponía a prueba su capacidad de juicio, solicitó siempre la ayuda de Livia. No llegaré a decir que mi abuela carecía de los defectos que siempre acompañan a las extraordinarias cualidades de que estaba dotada. Quizá yo los conozca más que ningún otro de los presentes. Para empezar, era completamente cruel. La crueldad es un grave defecto humano, imperdonable cuando se combina con el libertinaje, la codicia, la pereza y el desorden. Pero cuando se combina con una ilimitada energía y un rígido sentido del orden y de la decencia pública, la crueldad adquiere un carácter en todo sentido distinto. Se convierte en un atributo divino. No hay muchos dioses, en verdad, que la posean en tan gran medida como la poseyó mi abuela. Además, tenía una voluntad realmente olímpica en su inflexibilidad, y si bien jamás perdonó a miembro alguno de su propia casa que dejase de demostrar la devoción a sus obligaciones que ella esperaba de él, o que crease un escándalo público por su forma disipada de vida, tampoco, es precioso recordarlo, escatimó sus propias energías. ¡Cómo trabajó! Trajinando día y noche, amplió esos sesenta y cinco años de gobierno, hasta convertirlos en ciento treinta. Pronto llegó a identificar su propia voluntad con la de Roma, y todos los que se le opusieran eran traidores para ella, incluso el propio Augusto. Y Augusto, con ocasionales desviaciones, entendió la justicia de esa

identificación, y si bien, hablando en términos oficiales, ella no era más que su consejera extraoficial, en las cartas privadas que le dirigió reconoció una y mil veces que dependía por completo de su divina sabiduría. Sí, usó la palabra «divina», Viniciano. Y esto yo lo considero una prueba concluyente. Y tienes la edad suficiente para recordar que cada vez que se separaba temporalmente de ella, Augusto no era en modo alguno el hombre que era en su compañía. Y podrá argumentarse que su actual tarea en el cielo, de vigilar el destino del pueblo romano, se ha tornado muy dificultosa por la ausencia de su anterior ayudante. Por cierto que Roma no ha florecido desde su muerte, ni siquiera en forma aproximadamente tan próspera como durante su vida con la excepción de los años en que mi abuela Livia gobernó a través de su hijo, el emperador Tiberio. ¿Y se les ha ocurrido, señores, que Augusto es casi la única deidad masculina del cielo que carece de consorte? Cuando Hércules ascendió al cielo, recibió en el acto una esposa, la diosa Hebe. —¿Y qué me dices de Apolo ? —interrumpió Viniciano—.

Jamás oí decir que Apolo estuviese casado. Ese me parece un argumento muy cojo.

El cónsul llamó a Viniciano al orden. Era evidente que la palabra «cojo» tenía una intención ofensiva. Pero yo estaba acostumbrado a los insultos y respondí con serenidad: —Siempre he entendido que el dios Apolo permanece soltero, o bien porque es incapaz de elegir entre las nueve Musas, o bien porque no puede permitirse ofender a ocho de ellas eligiendo a la novena como esposa. Y es inmortal-mente joven, lo mismo que ellas, y puede darse el lujo de posponer su elección por tiempo indefinido, porque todas están enamoradas de él, como dice el poeta Cómo se Llame. Pero quizás Augusto lo convenza eventualmente de que cumpla su deber con el Olimpo, aceptando a una de las nueve en honorable matrimonio, y creando una gran familia... «con tanta rapidez como tarda un espárrago en hervir».

Viniciano se vio obligado a guardar silencio, en medio del estallido de risas que siguió, porque «con tanta rapidez como tarda un espárrago en hervir» era una de las expresiones favoritas de Augusto. Tenía varias otras: «Con tanta facilidad como se acuclilla un perro», «Hay más de una forma de matar a un gato», y «Ocúpate de tus asuntos, que yo me ocuparé de los míos», y «Me ocuparé de que esto se haga para las calendas griegas» (cosa que, por supuesto, significa nunca), y «La rodilla está más cerca que el tobillo» (lo que significa que el primer deber de uno se relaciona con los asuntos que le afectan personalmente). Y si alguno trataba de contradecirlo con algún problema de erudición literaria, solía decir: «Puede que rábano no sepa griego, pero yo sí lo sé». Cada vez que instaba a alguien a soportar con paciencia una situación desagradable, solía decir: «Conformémonos con este Catón». Por lo que he hablado de Catón, ese hombre virtuoso, se entenderá con facilidad qué es lo que quería decir con esa frase. Ahora me sorprendía yo utilizando a menudo esas frases de Augusto; supongo que era porque había aceptado adoptar su nombre y posición. La más útil era la que usaba cuando pronunciaba un discurso y se perdía en una frase, cosa que a mí me sucede constantemente, porque tengo inclinación, cada vez que hago un discurso improvisado, y también en los escritos históricos, cuando no me vigilo con atención, a complicarme en largas frases ambiciosas y ahora lo vuelvo a hacer, como se verá. Sin embargo, el caso es que Augusto, cada vez que se veía en un embrollo, solía cortar el nudo gordiano, como Alejandro, diciendo: «Me faltan las palabras, señores. Nada que pudiese decir igualaría en profundidad mis sentimientos acerca de este asunto». Y yo me aprendí la frase de memoria, y a cada rato la convertía en mi tabla de salvación. Solía levantar las manos, cerrar los ojos y declamar: «Me faltan las palabras, señores. Nada que pudiese decir igualaría en profundidad mis sentimientos acerca del asunto». Luego hacía una pausa de unos segundos y reanudaba el hilo de mi argumentación.

Deificamos a Livia sin más demoras y le dedicamos una estatua que debía ser colocada al lado de la de Augusto, en su templo. En la ceremonia de deificación, los hijos menores de las familias nobles ofrecieron un espectáculo de la fingida lucha entre jinetes que llamábamos el Juego de Troya. También le votamos una carroza que debía ser tirada por elefantes en la procesión, durante los juegos circenses, honor que sólo compartía con Augusto. Las vírgenes vestales recibieron órdenes de ofrecerle sacrificios en sus templos, y así como al prestar juramento legal todos los romanos utilizaban el nombre de Augusto, así, en adelante, todas las mujeres romanas deberían usar el nombre de mi abuela. Bien, había cumplido mi promesa.

Ahora todo estaba bastante tranquilo en Roma. El dinero entraba en abundancia y pude abolir más impuestos. Mis secretarios dirigían sus departamentos a mi satisfacción; Mesalina estaba ocupada revisando la lista de ciudadanos romanos. Descubrió que gran cantidad de libertos se describían a sí mismos como ciudadanos romanos y exigían privilegios a los cuales no tenían derecho. Decidimos castigarlos a todos con el máximo rigor, confiscarles las propiedades y volverlos a convertir en esclavos, para que trabajasen como basureros o picapedreros de la ciudad. Confiaba tan completamente en Mesalina, que le permití usar un sello duplicado para todas las cartas y todas las decisiones que tomase, en mi nombre, en estas cuestiones. Para tranquilizar aún más a Roma, disolví los clubs. Los custodios no habían podido hacer frente a las numerosas bandas de jóvenes alborotadores que recientemente se habían formado según el modelo de los «exploradores» de Calígula, y que solían mantener despiertos de noche a los honrados ciudadanos con sus escandalosas actividades. En rigor, habían existido tales clubs en Roma durante los últimos cien años o más, y eran una institución introducida desde Grecia. En Atenas, Corinto y otras ciudades griegas los miembros de clubs eran todos jóvenes de buena familia; lo mismo sucedió en Roma hasta el reinado de Calígula, que estableció la moda de admitir a actores, esgrimistas profesionales, conductores de cuadrigas, músicos y otros individuos por el estilo. El resultado fue el aumento de los escándalos y las desvergüenzas, grandes daños a la propiedad —estos individuos a veces pegaban fuego a las casas— y muchos perjuicios a personas inofensivas que por casualidad andaban de noche, tarde, por la calle, quizás en busca de un médico o una partera, o en alguna otra diligencia urgente por el estilo. Publiqué una orden disolviendo los clubs, pero como sabía que esto en sí mismo no sería suficiente para terminar con el engorro, tomé la única medida efectiva que en ese momento era posible: prohibí el uso de edificio alguno como club, so pena de una multa ruinosa, y convertí en ilegal la venta de carne cocida y otros alimentos preparados para el consumo en el lugar en que se la cocinaba. Amplié esta orden de modo que incluyese la venta de bebidas. Después de la caída del sol no se podía consumir bebida alguna en bares o tabernas. Porque principalmente el hecho de reunirse en el salón de un club a beber y comer es lo que estimulaba a los jóvenes, cuando empezaban a sentirse alegres, a salir al aire fresco de la noche y entonar canciones obscenas, molestar a los transeúntes y desafiar a los custodios a riñas y carreras. Si se los obligaba a cenar en sus casas, era difícil que esas cosas se produjeran. Mi previsión resultó eficaz y agradó a la gran masa de la gente. Ahora, cada vez que salía era saludado con entusiasmo. Los ciudadanos jamás habían saludado a Tiberio con tanta cordialidad, ni a Calígula, salvo en los primeros meses de su reinado, cuando era todo generosidad y afabilidad. Pero no me di cuenta de cuánto se me quería y cuan aparentemente importante para Roma era la conservación de mi vida hasta que un día corrió por la ciudad un rumor que afirmaba que había caído en una emboscada, camino de Ostia, tendida por un grupo de senadores y sus esclavos, quienes habrían terminado asesinándome. Toda la ciudad comenzó a lamentarse en la forma más lúgubre, a retorcerse las manos y a enjugarse los ojos; todo

el mundo se sentaba en los umbrales a gemir. Pero aquellos cuya indignación era superior a su pena, corrieron a la plaza del Mercado, gritaron que los guardias eran traidores y el Senado un hato de parricidas. Hubo vigorosas amenazas de venganza y hasta conversaciones sobre quemar el Senado. El rumor no tenía el menor fundamento, aparte de que yo en verdad había ido a los muelles de Ostia, esa tarde, a inspeccionar las instalaciones para la descarga de trigo (me habían informado que por mal tiempo se perdía una buena cantidad de trigo entre el barco y la costa, y quería ver cómo podía evitarse tal cosa. Pocas ciudades grandes tenían sobre sí la maldición de un puerto tan poco útil como el de Ostia. Cuando soplabla el viento con fuerza, desde el oeste, y grandes olas barrían el estuario, los barcos cargueros tenían que permanecer anclados durante semanas enteras, sin poder descargar su cargamento.) Supongo que el rumor fue difundido por los banqueros, aunque no pude tener prueba de ello. Era una treta para crear una repentina demanda de dinero. Era de conocimiento de todos que si yo moría se producirían de inmediato conmociones civiles, con sanguinarios combates en las calles entre los partidarios de candidatos rivales a la monarquía. Los banqueros, conscientes de este nerviosismo, previeron que los dueños de propiedades que no quisiesen verse envueltos en tales desórdenes saldrían precipitadamente de Roma en cuanto se anunciase mi muerte. Y habría una carrera a los bancos para ofrecer tierras y casas a cambio de cualquier cantidad de oro disponible, a un precio muy inferior al valor verdadero de las propiedades. Esto fue lo que sucedió en realidad, pero una vez más, Herodes salvó la situación. Fue a ver a Mesalina e insistió en que publicase una orden inmediata, en mi nombre, para el cierre de los bancos hasta nuevo aviso. Así se hizo, pero el pánico no cesó hasta que recibí en Ostia la noticia de lo que sucedía en la ciudad y envié a cuatro o cinco miembros de mi personal —hombres honrados, cuya palabra podía ser aceptada por los ciudadanos—, a toda velocidad, al Mercado, para que apareciesen en la Plataforma de las Oraciones, como testigos de que todo el asunto era un invento, hecho por algún enemigo del Estado para satisfacer sus propios fines tortuosos.

Las instalaciones para la descarga de trigo en Ostia eran inadecuadas. En verdad, todo el problema del abastecimiento de trigo era difícilísimo. Calígula había dejado los graneros públicos tan vacíos como el Tesoro Público. Sólo convenciendo a los vendedores de trigo de que pusiesen en peligro los barcos de su propiedad, trayendo cargamentos incluso con mal tiempo, conseguí solucionar el problema esa temporada. Es claro que tuve que compensarlos cuantiosamente por sus pérdidas en barcos, tripulaciones y cereales. Decidí solucionar el asunto de una vez por todas, convirtiendo a Ostia en un puerto seguro, incluso con los peores temporales, y mandé llamar ingenieros para que examinasen el lugar y trazasen un esbozo.

Mi primer problema verdadero surgió en Egipto. Calígula había dado a los griegos de Alejandría el permiso tácito de castigar a los judíos de Alejandría, como les pareciese conveniente, por su negativa a adorar su Digna Persona. A los griegos no se les permitía portar armas por las calles —esa era una prerrogativa romana—, pero llevaban a cabo incontables actos de violencia física. Los judíos, muchos de los cuales eran arrendadores de granjas y por lo tanto muy poco populares para los ciudadanos griegos más pobres y menos ahorrativos, se veían expuestos todos los días a humillaciones y peligros. Como eran menos numerosos que los griegos, no podían ofrecer una resistencia adecuada, y sus dirigentes se encontraban en la cárcel. Se lo hicieron saber a sus compatriotas de Palestina, Siria e incluso Partía, haciéndoles conocer la penosa situación en que se encontraban y pidiéndoles que enviasen ayuda secreta en forma de hombres, dinero y municiones de guerra. Un levantamiento armado era su única esperanza. La ayuda llegó en abundancia, y la rebelión judía estaba planeada para el día de la llegada de Calígula a

Egipto, cuando la población griega se apiñaría, con vestimenta festiva, para saludarlo en el muelle, y toda la guarnición romana se encontraría allí como guardia de honor, dejando la ciudad indefensa. La noticia de la muerte de Calígula hizo estallar la rebelión antes de su momento prefijado, en forma ineficaz y tibia. Pero el gobernador de Egipto se alarmó y me envió un inmediato pedido de refuerzos. En la propia Alejandría había muy pocas tropas. Pero al día siguiente recibió una carta que yo le había escrito una quincena antes, en la que le anunciaba mi elevación a la monarquía y ordenaba la libertad del alabarca, con los otros ancianos judíos, y también la supresión de los decretos religiosos de Calígula, y de su orden que castigaba a los judíos, hasta el momento en que pudiese informar al gobernador de la derogación completa de los mismos. Los judíos se mostraron jubilosos, e incluso los que hasta entonces no habían participado en el alzamiento, sintieron que gozaban de mi favor imperial y que podían vengarse de los griegos con impunidad. Mataron una buena cantidad de los más persistentes antijudíos. Entretanto, yo contesté al gobernador de Egipto, ordenándole que pusiese fin a los disturbios, si era necesario por medio de la fuerza armada, a la vez que le decía que, en vista de la carta que para entonces debía de haber recibido de mí, y de los efectos sedantes que la misma había sin duda producido, no consideraba necesario enviar refuerzos. Le dije que era posible que los judíos hubiesen actuado así debido a una intensa provocación y que esperaba que, como eran hombres sensatos, no continuarían las hostilidades, hora que sabían que sus agravios estaban a punto de ser corregidos.

Esto tuvo el efecto de terminar con los disturbios, y unos días después, luego de consultar con el Senado, cancelé definitivamente los decretos de Calígula y devolví a los judíos todos los privilegios de que habían gozado bajo Augusto. Pero muchos de los judíos jóvenes ardían aún con la sensación de las injusticias pasadas y marchaban por las calles de Alejandría llevando carteles que decían: «Ahora nuestros perseguidores deben perder sus derechos cívicos», cosa que era absurda, e «iguales derechos para todos los judíos en todos los rincones del imperio», cosa que no era tan absurda. Publiqué un edicto que decía lo siguiente:

Tiberio Claudio César Augusto Germánico, Sumo Pontífice, Protector del Pueblo, Cónsul electo por segunda vez, emite el siguiente decreto:

Por la presente cumplo gustosamente con las peticiones del rey Agripa y de su hermano el rey Heredes, a quienes tengo en la más alta estima, en el sentido de conceder a los judíos, en todo el imperio romano, los mismos derechos que he concedido, o más bien restablecido, para los judíos de Alejandría. Hago a estos otros judíos tal favor, no sólo en cumplimiento de los regios pedidos antes mencionados, sino porque los considero dignos de tales derechos y privilegios. Siempre se han mostrado fieles amigos del pueblo romano. Pero no considero justo que cualesquiera ciudad griega (como se ha sugerido) sea privada de todos los derechos y privilegios que le fueron concedidos por el emperador Augusto (ahora el dios Augusto), lo mismo que no me parece justo que la colonia judía de Alejandría haya sido privada de sus derechos y privilegios por mi predecesor. Lo que es justicia para los judíos es justicia para los griegos, y a la inversa. Por lo tanto he decidido permitir que todos los judíos del imperio mantengan sus antiguas costumbres, en la medida en que ellas no entren en conflicto con la conducción de los asuntos imperiales —sin obstáculos por parte de nadie. Al mismo tiempo les hago saber que no deben considerar que el favor que de tal modo les concedo es un pretexto para demostrar desprecio hacia las creencias o prácticas religiosas de otras razas. Que se conformen con cumplir sus propias leyes. Deseo que esta decisión mía sea grabada en adelante en tabletas de piedra, por orden de todos los gobernadores de los reinos, ciudades, colonias, y municipios, tanto en Italia como en el exterior, ya sean ellos

funcionarios romanos o potentados aliados, y que dichas tabletas se pongan a disposición del público, para ser leídas durante un mes, en algún lugar público destacado, y a una altura desde la cual las palabras puedan ser fácilmente leídas desde el suelo.

Una noche, hablando en privado con Herodes le dije:

—El hecho es que la mentalidad griega y la mentalidad judía funcionan de forma muy distinta, y es inevitable que entren en conflicto. Los judíos son demasiado serios y orgullosos, los griegos demasiado vanos y amantes de la risa. Los judíos se aferran con demasiada energía a lo antiguo, los griegos son demasiado inquietos y buscan siempre algo nuevo. Los judíos son demasiado autosuficientes, los griegos demasiado acomodaticios. Pero si bien podría afirmar que los romanos entendemos a los griegos —conocemos sus limitaciones y sus cualidades potenciales, y podemos convertirlos en sirvientes muy útiles—, jamás afirmaré que entendemos a los judíos. Los hemos conquistado por nuestro poderío militar superior, pero jamás nos hemos sentido sus amos. Reconocemos que conservan las antiguas virtudes de su raza, que se remonta mucho más atrás en la historia que la nuestra, y que hemos perdido nuestras propias virtudes antiguas. Y el resultado de todo ello es que hoy nos sentimos más bien avergonzados ante ellos.

—¿Conoces la versión judía del diluvio de Deucalión? —preguntó Herodes—. El Deucalión judío se llamaba Noé, y tenía tres hijos casados que repoblaron la tierra cuando acabó el diluvio. El mayor de ellos se llamaba Sem, el mediano Cam y el más joven Jafet. Cam fue castigado por reírse de su padre cuando éste se emborrachó accidentalmente y se quitó todas las ropas, y se lo castigó obligándole a servir a los otros dos, que se comportaron con mayor decencia. Cam es el antepasado de todos los pueblos africanos, Jafet es el antecesor de los griegos e italianos, y Sem el antepasado de los judíos, los fenicios, los árabes, los edomitas, los caldeos, los asidos y demás. Hay un antiguo proverbio profético que dice que si Sem y Jafet vivieran alguna vez bajo el mismo techo, las pendencias serían interminables. Eso siempre ha resultado cierto. Alejandría es un ejemplo claro de ello. Y si toda Palestina quedase libre de griegos, que no tienen nada que hacer allí, sería mucho más fácil de gobernar. Lo mismo digo con respecto a Siria.

—No para un gobernador romano —sonreí—. Los romanos no pertenecen a la familia de Sem, y cuentan con el apoyo de los griegos. Tendrías que librarte también de los romanos. Pero convengo contigo en cuanto a desear que Roma no hubiese conquistado jamás el Oriente. Habría sido mucho más prudente si se hubiese limitado a gobernar una federación de los descendientes de Jafet. Alejandro y Pompeyo tienen muchas deudas que saldar. Ambos obtuvieron el título de «El Grande» por sus conquistas en Oriente, pero no veo que ninguno de ellos haya hecho un verdadero beneficio a su país.

—Todo se arreglará algún día, César —dijo Herodes, pensativo—, si tenemos paciencia.

Luego comencé a contarle que estaba a punto de casar a mi hija Antonia, que ahora tenía casi la edad suficiente para hacerlo, con el joven Pompeyo, un descendiente de Pompeyo el Grande. Calígula le había arrebatado al joven Pompeyo su título, diciendo que era demasiado magnífico para que lo llevase un joven de su edad, y que de cualquier manera sólo había ahora un «Grande» en el mundo. Yo acababa de devolver el título, y todos los demás que Calígula quitó a las nobles casas romanas, junto con insignias conmemorativas, tales como el Collar de Torcuato y la llave de Cincinato. Herodes no me ofreció ninguna otra de sus opiniones al respecto. Yo no advertí que las

futuras relaciones políticas de Sem y Jafet eran el problema que en fecha reciente venía ocupando sus pensamientos, con exclusión de todo lo demás.





## Capítulo 9

Cuando Herodes me estableció en la monarquía y me trazó un rumbo adecuado para seguir —así, estoy seguro, se habrá descrito a sí mismo la situación—, y, en compensación, recibió de mí una buena cantidad de favores, dijo que debía despedirse, a menos de que hubiese alguna tarea de verdadera importancia que quisiese encomendarle, una tarea que sólo él pudiera realizar. No se me ocurrió ninguna excusa para retenerlo, y me habría sentido obligado a pagarle con más territorios por cada mes que se quedara conmigo, de modo que después de un banquete de despedida adecuadamente magnífico, lo dejé partir. Esa noche estábamos ambos bastante ebrios, debo confesarlo, y derramé lágrimas ante el pensamiento de su partida. Recordamos nuestros días de colegiales, y cuando nadie parecía escuchar me incliné hacia él y lo llamé por su antiguo apodo.

—Bandido —le dije en voz baja—, siempre supuse que llegarías a ser rey, pero si alguien hubiese dicho que yo sería tu emperador, lo habría considerado demente.

—Tití —contestó, en el mismo tono bajo—, eres un tonto, como siempre te lo he dicho. Pero tienes la suerte de los tontos. Y la suerte de los tontos dura mucho tiempo. Serás un dios del Olimpo cuando yo no sea más que un héroe muerto. Sí, no te ruborices, porque así será, aunque no puede discutirse cuál de nosotros dos es el mejor.

Me hizo mucho bien escuchar a Herodes hablar otra vez en su antiguo estilo. Durante los últimos tres meses me había hablado de la manera más formal y distante, sin dejar nunca de llamarme César Augusto y de expresar únicamente la más profunda admiración por mis opiniones, incluso aunque, por desgracia, se viese obligado a disentir de ellas. «Pequeño Tití» (Cercopiteco) era el juguetón apodo que me había dado Atenodoro. Le rogué entonces que cuando me escribiera de Palestina incluyese siempre, junto con su carta oficial, firmada con todos sus nuevos títulos, una carta extraoficial firmada el «Bandido», en la que me diese sus noticias personales. Aceptó hacerlo con la condición de que yo le contestase en la misma vena, y firmase «Cercopiteco». Cuando nos estrechamos las manos para demostrar nuestra aceptación del convenio, me miró fijamente a los ojos y me dijo:

—Tití, ¿quieres otro de mis excelentes consejos bribonescos? Esta vez te lo daré absolutamente gratuito.

—Por favor, querido Bandido, dime.

—Mi consejo —dijo—, amigo, es el siguiente: ¡No confíes jamás en nadie! No confíes nunca ni en tu liberto más agradecido, en tu amigo más íntimo, en tu hijo más querido, en la esposa de tu alma o en el aliado unido a ti por el juramento más sagrado. Confía solamente en ti; por lo menos confía en tu suerte de tonto, si no puedes honradamente confiar en ti mismo.

La sinceridad de su tono atravesó los alegres vapores del vino que nublaban mi cerebro y despertó mi atención.

—¿Por qué dices eso, Herodes? —pregunté con sequedad—. ¿No confías en tu esposa Cypros? ¿No confías en tu amigo Silas? ¿No confías en tu joven hijo, Agripa? ¿No confías en Taumasto y en tu liberto Marsias, que te consiguió el dinero en Acre y te llevó alimentos a la cárcel? ¿No confías en mí, tu aliado? ¿Por qué dijiste eso? ¿Por qué me pones en guardia?

Herodes lanzó una carcajada estúpida.

—No me prestes atención, Tití. Estoy borracho, ebrio, completamente ebrio. Cuando estoy bebido digo las cosas más extraordinarias. El hombre que inventó el proverbio «Hay verdad en el vino» debe de haber estado bastante achispado cuando lo dijo. ¿Sabes?, el otro día, en un banquete, le dije a mi administrador: «Mira, Taumasto, no quiero que jamás se vuelva a servir en mi mesa lechón asado, relleno de trufas y castañas. ¿Me oyes?» «Muy bien majestad», contestó. Y sin embargo, si hay algún plato en el mundo que de veras prefiera más que todos los otros, es el lechón asado relleno de trufas y castañas. ¿Qué te dije hace un rato? ¿Que no confíes nunca en tus aliados? Gracioso. ¿Eh? Por un momento olvidé que tú y yo éramos aliados.

Por consiguiente pasé por alto la observación, pero al día siguiente la recordé, mientras me encontraba en la ventana, viendo cómo el coche de Herodes se alejaba en dirección de Brindisi. Me pregunté qué había querido decir, y me sentí incómodo.

Herodes no fue el único rey presente en el banquete de despedida. Su hermano Herodes Polio, de Calcis, estaba allí. Y Antíoco, a quien le había devuelto el reino de Comageno, en la frontera noreste de Siria, que Calígula le arrebató, y Mitrídates, a quien acababa de convertir en rey de Crimea. Y, además de ellos, el rey de la Armenia Menor y el rey de Osroene, que habían estado rondando por la corte de Calígula, considerando que era más seguro estar en Roma que en sus propios reinos, porque Calígula podía sospechar que tramaban algo contra él. Los hice regresar a todos juntos.

Y ahora sería bueno seguir un poco más adelante la historia de Herodes y llevar el relato de lo que sucedió en Alejandría a un punto más concluyente, antes de volver a narrar los acontecimientos de Roma y proporcionar un indicio de lo que sucedía en el Rhin, en Marruecos y en otras fronteras. Herodes volvió a Palestina, con más pompa y gloria aún que en la última ocasión. Al llegar a Jerusalén, sacó del Tesoro del templo la cadena de hierro que había colgado allí como ofrenda de agradecimiento, y colocó en su lugar la de oro que le había dado Calígula.

Ahora que éste estaba muerto, podía hacerlo sin ofensa. El Sumo Pontífice lo recibió respetuosamente, pero después de los cumplidos habituales se dedicó a reprochar a Herodes por haber entregado su hija mayor en matrimonio a su hermano. Nada bueno podía salir de ello, dijo. Herodes no era hombre que permitiese que eclesiástico alguno le dictase su conducta, por importante o sagrado que fuera. Le preguntó al Sumo Pontífice, que se llamaba Jonatán, si consideraba o no que él, el rey Agripa, había prestado buenos servicios al dios de los judíos al disuadir a Calígula de su profanación del templo y al persuadirme de que confirmara los privilegios religiosos de los judíos de Alejandría y concediese privilegios similares a los judíos de todo el mundo. Jonatán replicó que todo eso había estado bien hecho. Entonces Herodes le contó una pequeña parábola. Un hombre adinerado vio un día, a un costado del camino, a un mendigo que le pidió una limosna y pretendió ser su primo. El hombre de dinero dijo: «Lo lamento por ti, mendigo, y haré todo lo que pueda, ya que eres mi primo. Si mañana vas a mi banco encontrarás diez sacos de oro esperándote allí, cada uno con 2.000 piezas de oro en dinero del reino.» «Si dices la verdad —respondió el mendigo—, ¡que Dios te recompense!» El mendigo fue al banco y, en efecto, le entregaron las bolsas de oro. ¡Cuan contento se sintió, y cuan agradecido! Pero uno de los hermanos del mendigo, un sacerdote, que no había hecho nada por él cuando se encontraba en dificultades, fue a visitar al hombre rico al día siguiente. «¿Piensas que esto es una broma?, preguntó, indignado. Juraste dar a mi primo pobre 20.000 piezas de oro en dinero del reino, y lo engañaste, haciéndole creer que en realidad lo habías hecho. Bien, yo fui a ayudarlo a contarlas, y en el primer saco encontré una pieza de oro de los partos, como si fuese

verdadera. ¿Pretendes creer que el dinero parto puede circular aquí ¿Es eso una treta honrada para jugársela a un mendigo?»

Jonatán no se avergonzó con la parábola. Le dijo a Herodes que el hombre adinerado había sido un tonto al arruinar su regalo con la inclusión de la moneda parta, si en verdad lo había hecho en forma deliberada. Y dijo, además, que Herodes no debía olvidar que los más grandes reyes eran sólo instrumentos en manos de Dios, y que eran recompensados por El en proporción a su devoción en Su servicio.

—¿Y sus Sumos Sacerdotes? —preguntó Herodes.

—Sus Sumos Pontífices tienen suficiente recompensa a su fidelidad, dentro de la cual está incluido el deber de censurar a todos los judíos que no cumplen con sus deberes religiosos, y la recompensa es la de poder vestirse con los atavíos sagrados y entrar una vez por año en el recinto maravillosamente sagrado donde El mora, en inmenso Poder y Gloria.

—Muy bien —dijo Herodes—. Si yo soy un instrumento en Sus manos, como dices, en este momento quedas depuesto. Algún otro se pondrá las sagradas vestiduras en el festival de Pascuas de este año. Será algún otro que conozca los verdaderos momentos para pronunciar reproches.

De modo que Jonatán fue depuesto, y Herodes nombró a un sucesor, que también, al cabo de un tiempo, lo ofendió protestando que no era correcto que el Caballerizo Real fuese un samaritano. Un rey judío sólo debía tener funcionarios judíos en su personal. Los samaritanos no pertenecían a la simiente del padre Abraham, sino que eran intrusos. Ese Caballerizo Real no era otro que Silas; por amistad a éste, Herodes depuso al Sumo Sacerdote y ofreció el puesto otra vez a Jonatán. Jonatán lo rechazó, si bien con aparente gratitud, diciendo que se conformaba con haberse puesto una vez las sagradas vestiduras, y que una segunda consagración en el puesto de Sumo Sacerdote no podía ser una ceremonia tan sacra como la primera. Si Dios había dado a Herodes poderes para deponerlo, debía de haber sido como castigo a su orgullo. Y si Dios ahora estaba de humor como para perdonarlo, él se regocijaba, pero no quería arriesgar una segunda ofensa. ¿Podía entonces sugerir que el puesto de Sumo Sacerdote le fuese concedido a su hermano Matías, un hombre tan santo y temeroso de Dios como no podía encontrarse otro en toda Jerusalén? Herodes aceptó.

Instaló su residencia en Jerusalén, en la parte llamada Bezetha, o Ciudad Nueva, cosa que me sorprendió mucho, porque ahora tenía varias hermosas ciudades lujosamente construidas al estilo greco-romano, cualquiera de las cuales habría podido ser su capital. Visitaba todas esas ciudades de tiempo en tiempo, en estilo ceremonial, y trataba a los habitantes con cortesía, pero Jerusalén, dijo, era la única ciudad en que un rey judío podía vivir y reinar. Se hizo altamente popular entre los habitantes de Jerusalén, no sólo por sus donaciones al templo y su embellecimiento de la ciudad, sino por la abolición del impuesto a las casas, que disminuyó sus ingresos en 100.000 piezas de oro anuales. Pero sus rentas anuales totales, aun sin ello, llegaban a sumar unas 500.000 piezas de oro. Lo que más me sorprendió fue que ahora rendía diariamente culto en el Templo y cumplía la ley muy estrictamente. Porque recordaba el desprecio con que a menudo lo había oído expresarse acerca de ese «cantor de salmos sagrados», su devoto hermano Aristóbulo, y en las cartas privadas que acompañaban siempre ahora a sus despachos oficiales no había señal alguna de un cambio moral de opinión.

Una de las cartas que me envió versaba casi enteramente acerca de Silas. Decía lo siguiente:

*Tití, mi viejo amigo, tengo la historia más triste y cómica que contarte. Se refiere a Silas, el fiel Acates de tu bandidesco amigo Herodes Agripa. Cultísimo*

*Tití, de tu rico acopio de erudición histórica poco común, ¿puedes informarme si tu antepasado, el piadoso Eneas, se sintió alguna vez tan aburrido con el fiel Acates como yo me siento últimamente con Silas? ¿Los comentaristas de Virgilio tienen algo que decirnos en ese sentido? El hecho es que cometí la tontería de designar a Silas mi Caballerizo Real, como creo que te escribí en el momento. El Sumo Sacerdote no aprobó el nombramiento porque Silas es samaritano; los samaritanos vejaron en una ocasión a los judíos de Jerusalén, a los que habían vuelto allí después de su cautiverio en Babilonia, derribando todas las noches las paredes que ellos construían de día. Y los judíos jamás les han perdonado. De modo que me tomé el trabajo de deponer al Sumo Sacerdote, para nombrar a Silas. Este ya había comenzado a sentirse muy importante, y todos los días proporcionaba nuevas pruebas de su famosa franqueza y brusquedad de lenguaje. Mi eliminación del Sumo Sacerdote lo estimuló a darse aún mayores aires que nunca. Palabra de honor, algunas veces los visitantes de la corte no podían entender quién de nosotros dos era el rey y quién era el Caballerizo Real. Si yo le insinuaba a Silas que estaba explotando mi amistad, se enfurruñaba y la querida Cypros me reprochaba por mi falta de bondad para con él, y me recordaba todo lo que había hecho por nosotros. Tenía que volver a mostrarme complaciente con él, y hasta disculparme por mi ingratitud.*

*Su peor costumbre era la de machacar constantemente sobre mis anteriores dificultades —y aun en presencia de otras personas— y proporcionar los detalles más embarazosos acerca de cómo me había salvado de tal o cual peligro, y de cuan fiel se había mostrado y de cuan excelentes eran sus consejos y del poco caso que yo le había hecho, y de cómo jamás esperaba recompensa alguna, aparte de la de mi amistad, con buen o mal tiempo... porque tal es el carácter de los samaritanos. Bien, abrió la boca por enésima vez y fue la última. Yo me encontraba en Tiberíades, en el lado de Galilea, donde una vez fui magistrado a las órdenes de Antipas, y los principales hombres de Sidón me ofrecían allí un banquete. Recordarás la diferencia de opiniones que tuve una vez con los hombres de Sidón, cuando era consejero de Placeo en Antioquía. Te aseguro que Silas exhibió su peor conducta en el banquete, y en un banquete de tan extraordinaria importancia política. Casi lo primero que dijo a Asdrúbal, jefe de puertos de Sidón, hombre de la máxima influencia en Fenicia fue: «Te conozco, ¿no es cierto? ¿No te llamas Asdrúbal? Es claro, sí, fuiste uno de los miembros de la delegación que se presentó ante el rey Herodes Agripa, hace unos nueve años, para pedirle que utilizara su influencia con Placeo en favor de Sidón, en aquella disputa de límites con Damasco. Recuerdo muy bien que le aconsejé a Herodes que rechazase tus regalos, señalándole que era peligroso aceptar sobornos de ambas partes en una disputa. Era indudable que se habría visto en un aprieto, pero no hizo más que reírse de mí, así es él.»*

*Asdrúbal era un hombre delicado, y dijo que no recordaba el incidente. Estaba seguro de que Silas se equivocaba. Pero es imposible hacer callar a Silas. «¿Tan mala memoria tienes? —insistió—. Pero si por culpa de ese caso Herodes tuvo que partir de Antioquía disfrazado de camellero —yo le proporcioné el disfraz—, dejando a su esposa e hijos —yo tuve que llevarlos a bordo de un barco para ayudarlos a huir— y haciendo un largo rodeo por vía del desierto sirio, para llegar a Edom.*

*Huyó en un camello robado. No, si me preguntas por el camello, no fui yo quien lo robó, sino el propio rey Herodes Agripa.» Esto me avergonzó bastante, y era inútil negar los hechos principales del relato. Pero hice lo posible para*

*paliar el asunto con una novela airosa, según la cual un día mi sangre del desierto se agitó en mí y me sentí cansado de la vida romana de Antioquía y experimenté un abrumador impulso de hundirme en los vastos espacios desérticos, para visitar a mis compatriotas de Edom. Pero sabiendo que Placeo me detendría —dependía de mí para sus consejos políticos—, me vi obligado a partir en secreto, y así convine con Silas en que mi familia debía encontrarse conmigo en el puerto de Antedón al terminar mi aventura. Por cierto que resultaron ser unas vacaciones sumamente placenteras. En Antedón, dije, me recibió un cortejo imperial que no había podido encontrarme en Antioquía, con una carta del emperador Tiberio, por la que me invitaba a ir a Roma para actuar como su asesor, porque mi inteligencia estaba derrochándose en las provincias.*

*Asdrúbal me escuchó con cortés interés, admirando mis mentiras, porque conocía la historia casi tan bien como Silas. Preguntó: «¿Puedo preguntar a tu majestad si fue esa tu primera visita a Edom? Entiendo que los edomitas son una raza nobilísima, hospitalaria y valiente, y que desprecian el lujo y la frivolidad con una primitiva severidad que en mi caso me resulta más fácil de admirar que de imitar.»*

*Y aquí el tonto de Silas se sintió obligado a meter otra vez la pata. «Oh, no, Asdrúbal, esa no fue su primera visita a Edom. Yo fui su único compañero —salvo la señora Cypros, tal como era entonces, y los dos hijos mayores— en la primera visita. Fue en el año en que el hijo de Tiberio cayó asesinado. El rey Herodes se había visto obligado, debido a ello, a huir de sus acreedores de Roma, y Edom era el único lugar seguro de refugio. Había contraído las más enormes deudas a pesar de mis repetidas advertencias de que algún día llegaría el momento de saldarlas. Odiaba a Edom, para decir la verdad, y estaba a punto de suicidarse, pero Cypros lo salvó tragándose su orgullo y escribiendo una humildísima carta a su cuñada Herodías, con la cual había reñido. El rey Herodes fue invitado a venir aquí, a Galilea, y el rey Antipas lo convirtió en jefe de los tribunales inferiores de esta ciudad. Sus ingresos anuales era de sólo 700 piezas de oro.»*

*Asdrúbal abrió la boca para expresar sorpresa e incredulidad, cuando Cypros se lanzó de pronto en mi ayuda. No le había molestado que Silas hablase de mí, pero cuando trajo a colación el antiguo recuerdo de la carta a Herodías, fue una cosa muy distinta. «Silas —dijo—, hablas demasiado, y gran parte de lo que dices es inexacto e insensato. Me harás el favor de frenar la lengua.»*

*Silas enrojeció y se dirigió una vez más a Asdrúbal: «Mi naturaleza samaritana me obliga a decirte la verdad con franqueza, por desagradable que sea. Sí, el rey Herodes pasó a través de muchas vicisitudes, antes de conquistar su actual reino. No parece avergonzarse de algunas de ellas. Por ejemplo, llegó a colgar en el Tesoro del Templo de Jerusalén la cadena de hierro con la cual una vez fue encadenado por orden del emperador Tiberio. Fue encarcelado por traición, ¿sabes? Yo le previne repetidas veces que no sostuviese conversaciones privadas con Cayo Calígula, al alcance del oído de su cochero, pero, como de costumbre, no me hizo caso. Después Cayo Calígula le dio una cadena de oro, réplica de la de hierro, y el otro día el rey Herodes colgó esta cadena de oro en el tesoro, y sacó la de hierro, que no brillaba lo suficiente, supongo.» Cypros y yo cambiamos una mirada de comprensión. De modo que le dije a Taumasto que fuese a mi dormitorio, donde la cadena estaba colgada sobre la pared frente a mi cama, y la trajese. Así lo hizo, y la hice circular en*

torno a la mesa como una curiosidad; los hombres de Sidón la examinaron con mal disimulada turbación. Luego llamé a Silas: «Silas —dije—, estoy a punto de hacerte un significativo honor. En recompensa de todos tus servicios para conmigo y los míos, y de la magnífica franqueza que jamás has dejado de mostrarme, incluso en presencia de huéspedes distinguidos, te condecoro con la Orden de la Cadena de Hierro, y ojalá que vivas mucho tiempo para usarla. Tú y yo somos los únicos miembros de esta selectísima orden, y con gusto te entrego la insignia. Taumasto, encadena a este hombre y llévatelo a la cárcel.»

Silas se sintió demasiado asombrado para decir una palabra, y fue llevado como un cordero al matadero. La broma es que si no se hubiese mostrado tan obstinado en Roma, en cuanto a rechazar la ciudadanía que me había ofrecido a conseguirle, jamás habría podido hacerle esa jugarreta. Habría apelado a ti, y tú sin duda lo hubieses perdonado, individuo de corazón blando. Tal como sucedieron las cosas, los invitados se sintieron impresionados y el resto del banquete resultó ser un gran éxito. Eso sucedió hace algunos meses, y yo lo tuve en la cárcel —sin que Cypros me suplicase su libertad— para que aprendiera la lección, pero con la intención de ponerlo en libertad a tiempo para concurrir a la fiesta de mi cumpleaños, que se llevó a cabo ayer. Envié a Taumasto a Tiberiades, para libertar a Silas. Tenía que decirle: «En una ocasión fui mensajero de esperanza y de consuelo para tu amo y señor el rey Herodes Agripa, cuando entraba por las puertas de la cárcel de Miseno. Ahora estoy aquí, Silas, como mensajero de esperanza y consuelo para ti. Esta jarra de vino es el símbolo. Nuestro gracioso soberano te invita al banquete de Jerusalén, dentro de tres días, y te permitirá presentarte, si lo prefieres, sin la insignia de la orden que te ha conferido. Ten, toma esto y bébelo. Y mi consejo para ti, mi amigo Silas, es que jamás recuerdes a la gente los servicios que le has hecho en el pasado. Si son hombres agradecidos y honorables, no necesitarán recordatorio alguno, y si son desagradecidos y deshonestos, el recordatorio será inútil.»

Durante todos esos meses Silas había tenido tiempo para meditar, y estallaba en ansias de hablar a alguien sobre las injusticias que se le inferían, a alguien que, por supuesto, no fuese su carcelero. Y le dijo a Taumasto: «¿De modo que éste es el mensaje del rey Herodes? ¿Y se supone que yo debo agradecersele? ¿Qué nueva orden tiene la intención de conferirme? ¿La Orden del látigo, quizá? ¿Cuándo un hombre honesto fue tratado tan mal por un amigo, como yo lo he sido por el rey Herodes? ¿Espera acaso que los espantosos tormentos que he sufrido aquí, en encierro solitario, me hayan enseñado a cerrar la boca cuando me siento impulsado a decir la verdad y a avergonzar a sus embusteros consejeros y aduladores cortesanos? Dile al rey que no ha quebrado mi espíritu, y que si me pone en libertad celebraré la ocasión por medio de recuerdos más francos y duros. Le diré a toda la nación cuántos peligros y desdichas él y yo pasarnos juntos, y cómo salvé yo siempre la situación a la postre; que él estuvo a punto de arruinarnos, siempre, con su negativa a escuchar a tiempo mis advertencias, y cuan generosamente me recompensó por todo ello, con una pesada cadena y una oscura mazmorra. No, jamás olvidaré este tratamiento. Cuando muera, mi alma lo recordará, y recordará también las gloriosas hazañas que realicé por su bien.» «Bebe», dijo Taumasto, pero Silas no quiso beber. Taumasto trató de razonar con el loco, pero éste insistió en enviar el mensaje y en rechazar el vino, de modo que Silas

*sigue en la cárcel y me es imposible ponerlo en libertad, como lo admite Cypros.*

*Me divirtió el incidente de Doris. Recordarás lo que te dije en el banquete de despedida, cuando ambos estábamos tan borrachos y tan samaritanamente francos. Tú serás un Dios, mi Tití, a despecho de todo lo que hagas para impedirlo. No puedes impedir una cosa así. Y en cuanto a lo que dije acerca de los [echones rellenos de trufas y castañas, creo que ¿é lo que quise decir. Ahora soy tan buen judío, que nunca, en ninguna ocasión, permito que un trozo de alimento impuro pase por mis labios. O por lo menos, si lo hago, nadie apañe de yo mismo y mi cocinero árabe y la vigilante Luna se enteran de ello. Me abstengo incluso cuando visito a mis vecinos fenicios o ceno con mis súbditos griegos. Cuando me escribas, dame noticias del astuto viejo Vitelio y de los granujas y conspiradores Asiático, Vinicio y Viniciano. He enviado mis elevados cumplidos a tu encantadora Mesalina en mi carta oficial. De modo que, por el momento, hasta pronto y continúa pensando bien (mejor de lo que se merece) de tu granujesco y antiguo compañero de juegos.*

*El Bandido*

Explicaré «el asunto de Doris». A pesar de mi edicto, unos jóvenes griegos de un lugar de Siria llamado Doris se habían apoderado de una estatua mía y entrado vio lentamente en una sinagoga judía, donde la instalaron en el extremo sur, como para que se la adorase. Los judíos de Doris recurrieron en el acto a Herodes, su protector natural, y éste se dirigió en persona a ver a Petronio, en Antioquía, a presentarle una protesta. Petronio dirigió a los magistrados de Doris una carta severísima, ordenándoles que arrestasen a los culpables y los enviaran para castigarlos sin demora. Escribí a Petronio que el delito era doble, no sólo contra los judíos, cuya sinagoga violada no podía ya ser utilizada para el culto, sino contra mí mismo, porque mi edicto relacionado con la tolerancia religiosa había sido desvergonzadamente pisoteado. En la carta había una curiosa observación: que el lugar adecuado para mi estatua no era una sinagoga judía, sino uno de mis propios templos. Supongo que pensaba que para estos momentos yo habría cedido sin duda a los ruegos del Senado, y que por lo tanto sería político anticiparse a mi deificación. Pero yo continuaba firme en cuanto a mi negativa a convertirme en un dios. Podrá imaginarse que los griegos de Alejandría hicieron entonces todo lo posible para conquistar mi favor. Enviaron una delegación para que me felicitase por mi acceso, y para ofrecerse a construir y dedicarme un espléndido templo, a costa de la ciudad. O, si yo rechazaba el ofrecimiento, por lo menos querían construir y equipar una biblioteca de estudios italianos y dedicármela por considerarme el más distinguido historiador viviente. También solicitaban permiso para ofrecer lecturas públicas especiales de mi Historia de Cartago y mi Historia de Etruria, todos los años, el día de mi cumpleaños. Cada una de las obras sería leída de cabo a rabo por tandas de maestros de locución altamente adiestrados, la primera en la antigua biblioteca, la segunda en la nueva. Sabían que esto no podía dejar de agradarme. Al aceptar el honor, me sentí como deben sentirse los padres de los mellizos muertos cuando, algún tiempo después del parto, los pequeños cadáveres que esperan su funeral en una cesta ubicada en algún rincón, comienzan a resplandecer de pronto con inesperado calor y lanzan un estornudo y un grito al unísono. En fin de cuentas, había dedicado más de veinte de los mejores años de mi vida a esos libros y tomado infinitas precauciones para aprender los

distintos idiomas necesarios para reunir y verificar mis hechos. Y ni una sola persona, hasta entonces, que yo supiera, se había tomado el trabajo de leerlos. Cuando digo «ni una sola persona» tengo que hacer dos excepciones: Herodes había leído la Historia de Cartago —no le interesaba el tema de Etruria— y dijo que aprendió mucho en ella en cuanto al carácter de los fenicios, pero que no creía que mucha gente tuviese el mismo interés que él.

—Este salchichón tiene demasiado carne —dijo—, y no bastantes especias y ajo.

Quería decir que contenía demasiada información y no la suficiente elegancia de redacción. Esto me lo dijo cuando todavía yo era un ciudadano privado, de modo que no había adulación alguna. Otra persona, aparte de mis secretarios y ayudantes de investigación, que había leído los libros, era Calpurnia. Prefería un buen libro a una mala obra de teatro, y mis historias a muchas obras de teatro que había presenciado, y el libro etrusco al cartaginés, porque se refería a lo que ella conocía. Cuando llegué a ser emperador, tengo que decirlo, compré a Calpurnia una encantadora casa de campo cerca de Ostia y le aseguré una cómoda renta anual y un equipo de esclavos bien adiestrados. Pero jamás fue a visitarme a palacio, y yo nunca la visité, por temor a dar celos a Mesalina. Vivía con una amiga íntima, Cleopatra, una alejandrina que también había sido prostituta, pero ahora que Calpurnia tenía dinero de sobra, ninguna de ellas continuaba en la profesión. Eran muchachas tranquilas.

Pero como decía, me sentí realmente orgulloso del ofrecimiento alejandrino, porque en fin de cuentas Alejandría es la capital cultural del mundo, ¿y acaso sus principales ciudadanos no me habían dado el título del más distinguido historiador viviente? Lamenté no poder disponer de tiempo para una visita a Alejandría, a fin de estar presente en una de las lecturas. El día que llegó la embajada envié a buscar a un lector profesional y le pedí que me leyese en privado unos pasajes de ambas historias. Lo hizo con tanta expresión y con tan hermosa pronunciación, que, olvidando por el momento que yo era el autor, estallé en estruendosos aplausos.



## Capítulo 10

Mi preocupación inmediata en el exterior era la frontera del Rhin. A finales del reinado de Tiberio, los germanos del norte habían sido alentados, por informes de la inactividad de éste en general, a hacer incursiones a través del río, a lo que llamamos la Provincia Inferior. Pequeños grupos cruzaban a nado, en los lugares no vigilados, de noche, para atacar casas o villorrios aislados, asesinar a los ocupantes y saquear el oro y las joyas que pudiesen encontrar. Luego regresaban nadando, al alba. Habría sido difícil impedirles que lo hicieran, incluso aunque nuestros hombres hubiesen estado constantemente alertas—y en el norte, por lo menos lo estaban— porque el Rhin es un río inmensamente largo y difícil de patrullar. La única medida eficaz contra las incursiones habría sido la represalia, pero Tiberio negó el permiso para ninguna expedición punitiva a gran escala. Escribía: «Si las avispas lo molestan a uno, hay que quemar el avispero. Pero si solo se trata de mosquitos, no hay que prestarles atención». En cuanto a la Provincia Superior, se recordará que durante su expedición a Francia, Calígula mandó llamar a Gaetúlico, el comandante de los cuatro regimientos del Rhin superior, y lo ejecutó por una acusación infundada de conspiración; que cruzó el río con un enorme ejército y avanzó unos pocos kilómetros, sin que los germanos ofreciesen resistencia; que de pronto se sintió alarmado y volvió sobre sus pasos. El hombre a quien designó como sucesor de Gaetúlico era el comandante de las fuerzas auxiliares francesas de Lyon. Se llamaba Galba\*, y era uno de los hombres de Livia. Esta lo había destacado en sus preferencias cuando todavía era un joven, y él justificó ampliamente la confianza que le brindó. Era un soldado valiente y un magistrado lleno de discernimiento, trabajaba con intensidad y tenía un carácter privado ejemplar. Había llegado a ser cónsul seis años antes. Cuando Livia murió, le dejó un legado especial de 500.000 piezas de oro. Pero Tiberio, como ejecutor de Livia, dictaminó que debía de tratarse de un error. La suma había sido escrita en números, no en letras, y decidió que la testadora había querido decir 50.000. Corno no pagó uno solo de los legados de Livia, esto no tenía mayor importancia en esos momentos. Pero cuando Calígula llegó a ser emperador y pagó los legados de Livia, Galba tuvo la mala suerte de que Calígula no se diese cuenta del fraude de Tiberio. No insistió para que le pagasen los 500.000, y quizá fue mejor para él que no lo hiciera, porque de lo contrario Calígula habría recordado el incidente, cuando se encontró sin fondos, y en lugar de concederle ese importante comando en el Rhin, probablemente lo habría acusado de formar parte en la conspiración de Gaetúlico. La elección de Galba por Calígula es parte de una curiosa historia. Un día había ordenado un gran desfile en Lyon, y cuando terminó convocó ante sí a todos los oficiales que habían participado en él y les ofreció una disertación en cuanto a la necesidad de mantenerse en buen estado físico.

—Un soldado romano —dijo— debe ser resistente como el cuero y duro como el hierro. Y todos los oficiales tienen que dar un magnífico ejemplo a sus soldados en ese sentido. Me interesa ver cuántos de ustedes sobrevivirán a una sencilla prueba que les impondré ahora. Vamos, amigos, hagamos una pequeña carrera en dirección de Autun.

---

\* Después emperador (año 69).—R. G.

Estaba sentado en su carroza, con un par de magníficos capones franceses en las varas. Su cochero hizo restallar la fusta y partieron. Los oficiales, que ya estaban sudorosos, se precipitaron tras él, con sus pesadas armas y corazas. Él se mantuvo a la suficiente distancia de ellos como para no perderlos de vista, pero no dejaba que sus caballos anduviesen al paso, por temor a que los oficiales siguieran el ejemplo. Continuó avanzando durante mucho tiempo. La línea se fue alargando. Muchos de los corredores se desmayaron y uno cayó muerto. A los 32 kilómetros se detuvo finalmente. Sólo uno de los hombres había sobrevivido a la prueba: Galba. Calígula dijo:

—¿Prefieres volver corriendo, general, o quieres sentarte a mi lado?

A Galba le quedaba suficiente aliento para contestar que como soldado no tenía preferencias; estaba acostumbrado a obedecer las órdenes. De modo que Calígula le permitió volver caminando pero al día siguiente le dio su nombramiento. Agripinila se sintió grandemente interesada en Galba cuando lo conoció en Lyon; quiso casarse con él, aunque él ya estaba casado con una mujer de la casa de Lépido. Galba estaba muy a gusto con su esposa y se comportó tan fríamente con Agripinila como se lo permitía su lealtad hacia Calígula. Agripinila insistió en sus atenciones, y un día hubo un gran escándalo, en una recepción ofrecida por la suegra de Galba, a la que Agripinila concurrió sin haber sido invitada. La suegra de Galba la encaró en frente de todos los nobles allí reunidos, la insultó profusamente, llamándola mozuela desvergonzada y lasciva, y llegó a propinarle algunos puñetazos en la cara. Galba lo habría pasado mal si Calígula no hubiese decidido al día siguiente que Agripinila estaba complicada en la conspiración contra su vida y si no la hubiera desterrado como ya he descrito. Cuando Calígula huyó de vuelta a Roma, aterrorizado por una presunta incursión germana a través del Rin (mentira humorísticamente difundida por sus soldados), sus fuerzas se encontraban todas concentradas en un punto. Grandes extensiones del río quedaron sin vigilancia. Los germanos se enteraron de eso en el acto, y también de la cobardía de Calígula. Aprovecharon la oportunidad para cruzar el Rin con todas sus fuerzas y establecerse en nuestro territorio, donde provocaron grandes daños. Los que cruzaron eran hombres de las tribus Chatia, que significa gatos montañeses. El Gato era su insignia de tribu. Tenían fortalezas en el país montañoso ubicado entre el Rin y el Weser superior. Mi hermano Germánico siempre los había considerado los mejores combatientes de Germania. Mantenían su formación en el combate, obedecían a sus jefes casi como romanos y de noche solían cavar trincheras y colocar pozos avanzados, precaución que muy pocas veces tomaba ninguna otra tribu germánica. Galba necesitó varios meses y considerables pérdidas en hombres para desalojarlos y expulsarlos otra vez al otro lado del Rin.

Galba era un estricto disciplinario. Gaetúlico había sido un soldado capaz, pero demasiado tolerante. El día que Galba llegó a Maguncia para hacerse cargo de su comando, los soldados presenciaban unos juegos que se celebraban en honor de Calígula. Un cazador había mostrado gran habilidad en su lucha contra un leopardo, y los hombres rompieron a aplaudir. Las primeras palabras que pronunció Galba al entrar en el palco del general fueron:

—¡Mantengan las manos bajo las capas, soldados! Ahora soy yo el comandante, y no permito negligencias.

Continuó hablándoles en el mismo estilo, y se hizo muy popular, a pesar de ser un comandante tan severo. Sus enemigos lo consideraban mezquino, pero eso es injusto. Era simplemente abstemio, rechazaba la extravagancia en su estado mayor y exigía una estricta cuenta de gastos a sus subordinados. Cuando llegaron noticias del asesinato de Calígula, sus amigos lo instaron a marchar sobre Roma, a la cabeza de su cuerpo, diciendo que era ahora la única persona adecuada para regir el imperio. Y Galba replicó:

—¿Marchar sobre Roma y dejar el Rhin desguarnecido? ¿Qué tipo de romano creen que soy? —Y continuó—: Además, por lo que se sabe, este Claudio es un hombre trabajador y modesto, y aunque algunos de ustedes parecen considerarlo un tonto, yo vacilaría en tener por tonto a miembro alguno de la familia imperial que haya sobrevivido con éxito los reinados de Augusto, Tiberio y Calígula. Creo que en las circunstancias la elección es buena, y me agradecería ofrecer el juramento de fidelidad a Claudio. Me dicen ustedes que no es un soldado. Tanto mejor, la experiencia de la campañas no es a veces una cosa imprescindible para un comandante en jefe. El dios Augusto —hablo con todo el respeto— se sintió inclinado, de viejo, a poner obstáculos ante sus generales, al darles consejos y órdenes excesivamente detalladas. La última campaña de los Balcanes no se habría prolongado tanto como se prolongó, si él no se hubiese mostrado tan ansioso por volver a librar, desde la retaguardia, las batallas que había librado a la cabeza de sus tropas unos cuarenta años antes. Creo que Claudio no saldrá al campo de batalla a su edad, ni se sentirá tentado a anular las decisiones de sus generales en asuntos de los cuales es ignorante. Pero al mismo tiempo es un historiador erudito y, según se me dice, conoce los principios estratégicos generales, hasta tal punto, que muchos comandantes en jefe con experiencia en el combate podrían envidiarle.

Esas observaciones de Galba me fueron posteriormente transmitidas por uno de los hombres de mi personal, y le envié una carta de agradecimiento por su buena opinión. Le dije que podía contar conmigo, que pensaba dejar las manos libres a mis generales en las campañas que ordenase o autorizase. Pensaba decidir simplemente si la expedición debía ser de conquista o si tendría un carácter simplemente punitivo. En el primer caso, el rigor sería dulcificado por el humanitarismo. Se inferirían los menores daños posibles a las aldeas y ciudades capturadas, y a las cosechas; los dioses locales no tendrían que ser humillados, no se permitiría carnicería alguna una vez que las líneas enemigas hubiesen sido quebradas en el combate. Pero en el caso de una expedición punitiva no se mostraría piedad alguna. Se inferirían todos los daños posibles a las cosechas, aldeas, ciudades y templos, y los habitantes que no fuesen dignos de ser capturados como esclavos tendrían que ser diezmados. También indicaría la cantidad máxima de reservas que podían convocarse y la cantidad máxima de bajas Romanas que se permitirían. Decidiría, de antemano, en consulta con el propio general, los objetivos exactos del ataque y le pediría que informase cuántos días o meses necesitaría para tomarlos. Dejaría todas las disposiciones estratégicas y tácticas a su cargo, y sólo ejercería mi derecho de tomar el comando personal de la campaña, si los objetivos no hubiesen sido alcanzados dentro del plazo fijado, o si las bajas romanas subiesen más allá de la cifra estipulada. Porque tenía pensado enviar a Galba en una campaña contra los chatias. Tenía que ser una expedición punitiva. No pensaba ampliar el imperio más allá de la frontera natural y evidente del Rhin, pero cuando los hombres de las tribus de Chatia y del norte, los istevonios, no respetaban esas fronteras, era preciso afirmar con vigor la dignidad romana. Mi hermano Germánico solía decir siempre que la única forma de conquistar el respeto de los germánicos era la de tratarlos con brutalidad, y que era la única nación en el mundo acerca de la cual podía decir eso. Los españoles, por ejemplo, se mostraban impresionados por la cortesía de un conquistador, los francos por su riqueza, los griegos por su respeto a las artes, los judíos por su integridad moral, los africanos por su porte sereno y autoritario. Pero el germano, que no se impresiona por ninguna de estas cosas, debe ser siempre derribado y vuelto a derribar cuando se levanta, y golpeado cuando yace gimiendo. «Mientras le duelan las heridas, respetará la mano que las ha inferido.» Al mismo tiempo que Galba avanzaba, había que llevar a cabo otra expedición punitiva contra los incursores istevonios, mandada por Gabinio, el

general que comandaba los cuatro regimientos del Rhin inferior. La expedición de Gabinio me interesaba mucho más que la de Galba, porque su objetivo no era simplemente punitivo. Antes de ordenarla sacrificué en el templo de Augusto e informé en privado al dios que estaba decidido a completar una tarea que mi hermano Germánico no había podido terminar, y que era, lo sabía, una tarea en la que el mismo estaba interesado. Se trataba del rescate de la tercera y última de las águilas perdidas de Varo, que todavía se encontraba en manos germanas después de treinta años. Le recordé que mi hermano Germánico había recapturado un águila al año siguiente a Su Deificación, y otra en la campaña posterior. Pero Tiberio lo llamó a Roma antes de que pudiese vengar a Varo, en la última batalla aplastante, y reconquistar el Águila que todavía faltaba. Por lo tanto rogaba al dios que favoreciese mis armas y restableciese el honor de Roma. Cuando se elevó el humo del sacrificio, pareció que las manos de la estatua de Augusto se movían en una bendición y su cabeza asentía. Puede que sólo haya sido un efecto del humo, pero yo lo consideré un augurio favorable.

El hecho es que ahora me sentía seguro de conocer con exactitud en qué punto de Germania se encontraba oculta el Águila, y orgulloso por la forma en que había descubierto este secreto.

Mis predecesores habrían podido hacer lo que yo hice, si se les hubiese ocurrido; pero jamás se les ocurrió. Siempre resultaba placentero demostrarme que no era en modo alguno el tonto que todos me consideraban, y que en verdad podía hacer algunas cosas mejor que ellos. Se me ocurrió que en mi batallón privado, compuesto de tribeños capturados de casi todos los distritos de Germania, tenía que haber por lo menos media docena de hombres que supiesen dónde estaba oculta el Águila. Y sin embargo, una vez que Calígula les formuló la pregunta, con un ofrecimiento de libertad y una gran suma de dinero en compensación por la información dada, todos los rostros se tornaron inmediatamente inexpresivos. Parecía que nadie sabía nada. Yo intenté un método completamente distinto de persuasión. Un día les ordené que salieran todos a formar, y les hablé con acento bondadoso. Les dije que como recompensa de sus fieles servicios le haría un favor sin precedentes: enviaría de vuelta a Alemania —a la querida patria acerca de la cual todas las noches cantaban melancólicas y desafinadas canciones— a todos los miembros del batallón que hubiesen completado veinticinco años de servicios en él. Dije que me habría gustado enviarlos con regalos de oro, armas, caballos y demás, pero por desgracia no podía hacerlo, ni siquiera permitirles que llevasen consigo posesión alguna que hubiesen adquirido durante su cautiverio. El obstáculo seguía siendo el Águila que todavía faltaba. Hasta que tuviésemos de vuelta el sagrado emblema, el honor de Roma seguiría maculado, y crearía una mala impresión en la ciudad si yo recompensaba con algo que no fuese la simple libertad a los hombres que en su juventud habían participado en la matanza del ejército de Varo. Pero para los verdaderos patriotas la libertad era mejor que el oro, y estaba seguro de que ellos aceptarían el presente en el espíritu en que se hacía. No les pedía, dije, que me revelasen el paradero del Águila, porque sin duda se trataba de un secreto que habían jurado a sus dioses no revelar, y no pediría que ningún hombre se convirtiese en perjuro nada más que por un regalo, como había hecho mi predecesor. Prometí que en el plazo de dos días los veteranos con veinticinco años de servicios volverían al otro lado del Rhin, con salvoconducto.

Luego les ordené romper filas. La secuela fue la que había previsto. Los veteranos estaban aún menos ansiosos por volver a Alemania de lo que los romanos capturados por los partos en Carras lo estaban por volver a Roma cuando, treinta años después, Marco Vipsanio Agripa convino con el rey el intercambio de esos prisioneros. Los romanos de Partia se habían establecido, casado, formado familia, enriquecido y

olvidado por completo su pasado. Y estos germanos de Roma, si bien técnicamente seguían siendo esclavos, hacían una vida fácil y placentera, y su pena por el hogar no era una emoción sincera, sino apenas una excusa para derramar lágrimas cuando estaban completamente borrachos. Se presentaron todos juntos ante mí y me solicitaron permiso para continuar a mi servicio. Muchos de ellos eran padres, y aun abuelos, casados con esclavas vinculadas al palacio, y todos tenían un cómodo pasar. Calígula les había hecho de vez en cuando magníficos regalos. Fingí encolerizarme, los llamé ingratos y ruines por rechazar un don tan inapreciable como la libertad, y dije que no quería tenerlos más a mi servicio. Me preguntaron por último si les concedía el perdón y, por lo menos, el derecho a llevarse consigo sus familias. Rechacé el ruego y volví a mencionar el Águila. Uno de ellos, un hombre de Querusco, exclamó:

—La culpa de que tengamos que irnos de esta manera la tienen esos malditos de Chaucia Como ellos juraron mantener el secreto, nosotros, los germanos inocentes, tenemos que sufrir.

Eso era lo que quería. Hice salir a todos menos a los representantes de las tribus de Chaucia Mayor y Menor. (Los hombres de Chaucia vivían en la costa germana del norte, entre los lagos holandeses y el Elba. Habían sido confederados de Hermann.) A éstos les dije:

—No tengo intención de preguntarles dónde está el Águila, pero si alguno de ustedes no ha jurado no revelarlo, que me lo diga en el acto.

Los de Chaucia Mayor, la mitad occidental de la nación, declararon todos que no habían hecho juramento alguno. Les creí, porque la segunda Águila que mi hermano Germánico conquistó había sido encontrada en un templo de ellos. Era improbable que esta tribu hubiese sido recompensada con dos Águilas en la distribución del botín que siguió a la victoria de Hermann.

Luego me dirigí al jefe de los hombres de Chaucia Menor:

—No te pido que me digas dónde está el Águila, o a qué dios hiciste tu juramento. Pero quizá quieras decirme en qué ciudad o aldea hiciste el juramento. Si me lo dices, suspenderé mi orden para tu repatriación.

—Incluso decir eso sería una violación de mi juramento, César.

Pero entonces utilicé con él una treta acerca de la cual había leído en mis estudios históricos. En una ocasión, cuando cierto juez fenicio visitaba una aldea de su jurisdicción, quiso saber dónde había escondido un hombre una copa de oro que robara hacía poco, y le dijo al hombre que no lo creía capaz de robo y que lo absolvería.

—Ven, demos un paseo amistoso, y quizá me muestres tu interesante aldea.

El hombre lo guió por todas las calles menos una. Luego, por interrogatorios, el juez descubrió que una de las casas de esa calle estaba ocupada por la novia del hombre. Y la copa fue descubierta, oculta entre las pajas del techo. Entonces, de la misma manera, yo dije:

—Muy bien, no insistiré. —Luego me volví hacia otro hombre de la tribu que también parecía, por su aspecto hosco e incómodo, estar en el secreto, y le pregunté, con negligencia:— Díme en qué ciudad o aldea de tu territorio se erigen templos al Hércules germano.

Era probable que las águilas hubiesen sido dedicadas a ese dios. Me dio una lista de siete nombres que yo anoté.

—¿Eso es todo? —pregunté.

—No recuerdo ningún otro. Recurrí a los de Chaucia Mayor.

—Sin duda tiene que haber más de siete templos en un territorio tan importante como Chaucia Menor... entre los grandes ríos Weser y Elba.

—Oh, sí, César —contestaron—. No ha mencionado el famoso templo de Bremen, en la orilla oriental del Weser.

De tal modo que pude escribir a Gabinio: «Creo que encontrarás el Águila oculta en algún lugar del templo del Hércules germano, en Bremen, en la orilla oriental del Weser. Al principio no pierdas mucho tiempo en castigar a los istevonios. Atraviesa en formación cerrada su territorio y el de los ansibarios, rescata el Águila, y a tu regreso puedes quemar, matar y saquear.»

Antes de que me olvide, hay otra historia que quiero contarles acerca de un tazón de oro robado, y tanto da que la cuente ahora como en cualquier otro momento. En una ocasión invité a cenar a una cantidad de caballeros provincianos, y créanme, uno de los pillastres, un hombre de Marsella, se fue con la copa de vino, de oro, que le había puesto delante. No le dije una palabra, sino que lo invité a cenar al día siguiente, y esa vez sólo le di una copa de piedra. En apariencia esto lo asustó, porque al día siguiente la copa de oro fue devuelta con una repugnante nota de disculpa, en la que explicaba que se había tomado la libertad de llevarse prestada la copa por dos días a fin de hacer que el cincelado de la misma, que tanto admiraba, fuese copiado por un joyero. Deseaba perpetuar el recuerdo del enorme honor que le había hecho, bebiendo todos los días, durante el resto de sus días, de una taza de oro similarmente repujada. En respuesta le envié la copa de piedra, pidiéndole, a cambio de ella, la reproducción de la de oro como un recuerdo del encantador incidente.

Fijé una fecha de mayo para la partida de las expediciones de Galba y Gabinio, aumenté las fuerzas de ambos con levas en Francia e Italia, hasta llegar a seis regimientos para cada uno —dejando dos regimientos para retener el Rhin superior y dos para el inferior—, les concedí a cada uno un máximo de 2.000 bajas y les di como plazo hasta el primero de julio para terminar sus operaciones y regresar. El objetivo de Galba era una línea de tres ciudades de Chatia, originariamente construida cuando el país se encontraba bajo dominio romano —Nuaesio, Gravionario y Melo-cavo— paralelas al Rhin, a unos 160 kilómetros tierra adentro, a contar desde Maguncia.

Me conformaré con decir que ambas campañas fueron un éxito completo. Galba incendió unas 150 aldeas, destruyó miles de hectáreas de cosecha, mató a gran cantidad de germanos armados e inermes y ai mediados de junio saqueó las tres ciudades indicadas. Tomó unos 2.000 prisioneros de ambos sexos, incluso hombres y mujeres de rango, para retenerlos como rehenes del buen comportamiento de los chatias. Perdió 1.200 hombres, muertos o incapacitados, de los cuales 400 eran romanos. Gabinio tenía la tarea más difícil y la cumplió con la pérdida de sólo 800 hombres. Aceptó en el último momento una sugerencia mía, que consistía en no dirigirse directamente hacia Bremen, sino invadir el territorio de los angrivarios, que viven al sur de los de Chaucia Menor, y de ahí enviar una columna volante de caballería contra Bremen, en la esperanza de capturar la ciudad antes que a los de Chaucia les pareciese oportuno llevarse el Águila a algún escondrijo más seguro. Todo salió exactamente de acuerdo con el plan; la caballería de Gabinio, que mandaba él en persona, encontró el Águila donde yo suponía, y se sintió tan satisfecho consigo que llamó al resto de sus fuerzas y atravesó Chaucia Menor de extremo a extremo, quemando los altares de madera del Hércules germano, uno detrás de otro, hasta que no quedó uno en pie. Su destrucción de cosechas y aldeas no fue tan metódica como la de Galba, pero en el viaje de regreso, dio a los istevonios muchos motivos para recordarlo. Se llevó 2.000 prisioneros.

La noticia del rescate del Águila llegó a Roma simultáneamente con la del exitoso saqueo de Galba en las ciudades de Chaucia, y el Senado me votó de inmediato el título de emperador, que esta vez no rechacé. Consideré que me lo había ganado por mi ubicación del Águila y por sugerir la incursión de caballería de larga distancia, y por el

cuidado que había tomado en hacer de ambas campañas una sorpresa. Nadie supo nada acerca de ellas hasta que firmé la orden ordenando que las levas francesas e italianas estuviesen bajo las armas y en marcha hacia el Rhin en el término de tres días.

Galba y Gabinio recibieron ornamentos triunfales. Habría debido concederles triunfos si las campañas hubiesen sido algo más que simples expediciones punitivas. Pero convencí al Senado de que honrase a Gabinio con el apodo hereditario de «Chaucia», en conmemoración de su hazaña. El Águila fue llevada en solemne procesión al templo de Augusto, donde yo ofrecí un sacrificio y le agradecí su divina ayuda. Y le dediqué las puertas de madera del templo donde se había encontrado el Águila. (Gabinio me las envió como un regalo.) No pude dedicarle a Augusto el Águila misma, porque en el templo de Marte Vengador había un soporte preparado desde hacía mucho tiempo para su recepción, junto con las otras dos Águilas rescatadas. Más tarde la llevé allí y la dediqué, con el corazón lleno de orgullo.

Los soldados compusieron baladas acerca del rescate del Águila. Pero esta vez, en lugar de agregarlas a la balada original de «Las tres penas del señor Augusto», las convirtieron en una balada nueva intitulada «Claudio y el Águila». No era en modo alguno elogiosa para mí, pero me gustaron algunos de los versos. El tema afirmaba que yo era un tonto absoluto en algunos sentidos, y que hacía las cosas más ridículas: removía el potaje con el pie, me afeitaba con un peine, y cuando iba a los baños bebía el aceite que me entregaban para frotarme y me frotaba con el vino que me daban para beber. Sin embargo tenía una erudición sorprendente. Conocía los nombres de cada una de las estrellas del cielo y podía recitar todos los poemas que jamás se habían escrito, y había leído todos los libros de todas las bibliotecas del mundo. Y el fruto de esa sabiduría era que fui el único que pudo decir a los romanos dónde estaba el Águila perdida desde hacía tantos años, y que resistió a todos los esfuerzos para encontrarla.

La primera parte de la balada contenía un relato dramático de mi aclamación como emperador por la guardia del palacio, y citaré tres estrofas para demostrar que tipo de balada era:

*Claudio se escondió detrás de una cortina,  
Grato la apartó.  
«Sé nuestro jefe —dijo el audaz Grato—,  
y todas tus órdenes obedeceremos.»*

*«¡Sé nuestro jefe —dijo el audaz Grato—,  
Sabio Claudio, ten valor!  
Hay un Águila que rescatar,  
en bien del dios Augusto.»*

*El sabio Claudio sintió sed  
y bebió un frasco de tinta.  
«¿Búho, dijiste, o águila?  
Creo que puedo rescatar ambas cosas.»*

A principios de agosto, veinte días después de que se me votara el título de emperador, Mesalina me dio un hijo. Era un niño, y por primera vez experimenté todo el orgullo de la paternidad. Por mi hijo Drusilo, a quien perdí unos veinte años antes, a la edad de once, no había experimentado sentimiento paternal alguno, y muy pocos por mi hija Antonia, si bien era una niña de buen corazón. Esto se debía a que mis casamientos con Urgulanila, la madre de Drusilo, y con Elia, la madre de Antonia (de quienes me divorcié en cuanto la situación política me permitió hacerlo), me habían sido impuestos.

No tenía amor para ninguna de las dos mujeres, en tanto que estaba apasionadamente enamorado de Mesalina y pocas veces, supongo, nuestra diosa romana Lucina, que preside los partos, fue tan persistentemente cortejada con oraciones y sacrificios, como lo fue por mí en los últimos dos meses del embarazo de Mesalina. Era un magnífico niño rebosante de salud, y como era mi hijo único recibió todos mis nombres, según lo imponía la costumbre. Pero hice saber que se lo conocería con el nombre de Druso Germánico. Sabía que esto tendría muy buen efecto sobre los germanos. El primer Druso Germánico en hacer que ese nombre fuese terrible al otro lado del Rin —más de cincuenta años antes— había sido mi padre. Y el siguiente mi hermano, veinticinco años después. Y yo también era un Druso Germánico, ¿y acaso no acababa de reconquistar la última de las águilas capturadas? Dentro de otro cuarto de siglo, mi pequeño Druso Germánico repetiría la historia, y mataría a unas veintenas de miles más de ellos. Los germanos son como las zarzas al costado del camino. Crecen con rapidez y tienen que ser constantemente contenidos con el acero y el fuego, para impedirles que invadan el campo. En cuanto mi hijo tuvo unos meses de edad y pude levantarlo sin temor de lastimarlo, solía llevarlo conmigo, en brazos, por los terrenos del palacio, para mostrarlo a los soldados. Todos lo querían casi tanto como yo. Les recordé que era el primero de los Césares, desde el Gran Julio, que había nacido César, y no simplemente adoptado por la familia, como lo fueron Augusto, Marcelo, Cayo, Postumo, Tiberio, Castor, Nerón, Druso, Calígula, cada uno por turno. Pero aquí, en rigor, mi orgullo me llevó a una inexactitud. Calígula, a diferencia de sus hermanos Nerón y Druso, había nacido dos o tres años después de que su padre, mi hermano Germánico, fue adoptado por Augusto (un César en virtud de su adopción por Julio) como hijo suyo. O sea que en realidad había nacido César. Lo que me engañó fue el hecho de que Calígula no había sido adoptado por Tiberio (César en virtud de su adopción por Augusto) como su hijo, hasta que tuvo 23 años de edad.

Mesalina no alimentó a nuestro pequeño Germánico de su propio pecho, como yo quería que lo hiciera, sino que le buscó una nodriza. Estaba demasiado atareada para criar a un niño, dijo. Pero alimentar a un niño es un seguro casi indudable contra la preñez renovada, y el embarazo obstaculiza la salud y la libertad de acción de una mujer mucho más de lo que la obstaculiza la crianza. De modo que Mesalina tuvo la mala suerte de volver a quedar embarazada, tan poco después, que sólo once meses habían transcurrido entre el nacimiento de Germánico y el de nuestra hija Octavia.

Ese verano hubo una mala cosecha, y una provisión tan escasa de cereales en los graneros públicos, que me alarmé y reduje la ración gratuita de trigo, que los ciudadanos pobres habían llegado a considerar como su derecho, y aun la mantuve en esa proporción tan mezquina sólo gracias a la medida de confiscar o comprar trigo en todas las fuentes posibles. El pueblo tiene el corazón en el estómago. A mediados del invierno, antes de que comenzaran a llegar los cargamentos de Egipto y África (donde por suerte la nueva cosecha fue particularmente buena), hubo frecuentes disturbios en los barrios más pobres de la ciudad, y muchas conversaciones revolucionarias.





# Capítulo 11

Para entonces mis ingenieros habían terminado el informe que les ordené que redactaran en cuanto a la posibilidad de convertir a Ostia en un puerto seguro para el invierno. El informe era a primera vista desalentador. En apariencia hacían falta diez años y diez millones de piezas de oro. Pero recordé que el trabajo realizado una vez duraría para siempre, y que el peligro de una escasez de trigo no volvería a presentarse nunca, o por lo menos mientras tuviésemos en nuestras manos a Egipto y el África. Me parecía una empresa digna de la estatura de Roma. En primer lugar, habría que excavar una considerable extensión de terreno, y construir fuertes paredes de contención, de hormigón, a ambos lados de la excavación, antes de que se pudiese hacer entrar el mar a fin de formar el puerto interior. Este puerto, a su vez, debía ser protegido por dos enormes malecones asentados en las aguas más profundas, a ambos lados de la entrada del puerto, con una isla entre sus extremidades, de modo que actuasen como rompeolas cuando el viento soplara desde el oeste y grandes olas llegaran precipitándose sobre la boca del Tíber. En esa isla se proponían construir un faro semejante al famoso de Alejandría, para orientar a los barcos hacia la entrada, por oscura y tormentosa que fuese la noche. La isla y los malecones formarían el puerto exterior.

Cuando los ingenieros me trajeron sus planos dijeron:

—Hemos hecho lo que nos dijiste, César, pero, es claro, el costo será prohibitivo.

—Les pedí un plan y un cálculo —respondí, con cierta sequedad—, y ustedes han tenido la bondad de proporcionarme ambas cosas, por lo cual les quedo agradecido. Pero no los he empleado como consejeros financieros, y les agradeceré que no se tomen esa obligación.

—Pero Calisto, tu tesorero público... —comenzó a decir uno de ellos.

—Sí, por supuesto —le interrumpí—, Calisto les ha estado hablando. Es muy cuidadoso con los dineros públicos, y es justo que lo sea. Pero las economías pueden ser llevadas demasiado lejos. Esta es una cosa de la máxima importancia. Además, no me sorprendería enterarme de que los vendedores de trigo son los que los han convencido a ustedes para que envíen este informe desalentador. Cuanto más escaso sea el trigo, más ricos se vuelven ellos. Rezan para que el tiempo empeore cada vez más, y medran con la miseria de los pobres.

—Oh, César —exclamaron virtuosamente a coro—, ¿acaso crees que podríamos aceptar sobornos de los vendedores de trigo?

Pero yo me di cuenta de que mi disparo había dado en el blanco.

—La palabra fue persuadido, no sobornados. No se acusen innecesariamente. Y ahora escúchenme. Estoy decidido a llevar a cabo este plan, sea cual fuere su costo. Métanselo en la cabeza. Y les diré otra cosa: no llevará tanto tiempo ni costará tanto dinero como ustedes parecen pensar. Dentro de tres días ustedes y yo analizaremos el problema más a fondo.

Por una insinuación que me hizo mi secretario Polibio, consulté los archivos de palacio y allí, por supuesto, encontré un plan detallado preparado por los ingenieros de Julio César, unos noventa años antes, para las mismas obras.

El plan era casi idéntico al que acababa de hacerse, pero el tiempo y el costo calculados, para mi alegría, eran de sólo cuatro años y cuatro millones de piezas de oro. Teniendo en cuenta el leve aumento en el costo de los materiales y del trabajo, era posible realizar la tarea con sólo la mitad de lo que mis propios ingenieros habían calculado, y en cuatro años en lugar de diez. En cierto sentido, el antiguo plan (¡abandonado por demasiado costoso!) era mejor que el nuevo, si bien omitía la isla. Estudié ambos planes con atención, comparando sus puntos de diferencia. Y luego visité Ostia en persona, en compañía de Vitelio, que sabe mucho de ingeniería, para asegurarme de que no se habían producido importantes cambios físicos, desde la época de Julio, en el lugar en que se pensaba instalar el puerto. Cuando se reunió la conferencia, tenía tantas informaciones a mi disposición, que a los ingenieros les resultó imposible engañarme; por ejemplo, subestimando la cantidad de tierra que cien hombres podían desplazar desde este punto a aquel otro en un solo día, o sugiriendo que las excavaciones implicarían el corte de tantos miles de metros cuadrados en la roca viva. Ahora sabía sobre el asunto casi tanto como ellos. No les dije cómo llegué a saberlo; permití que supusieran que había aprendido ingeniería en el curso de mis estudios históricos, y que un par de visitas a Ostia me habían bastado para dominar todo el problema y extraer mis propias conclusiones. Aproveché la gran impresión que de tal modo les causé, diciéndoles que si se producía alguna tentativa de hacer más lento el trabajo, una vez que se hubiese iniciado, o si surgía alguna falta de entusiasmo, los enviaría a todos al mundo infernal a fin de que le construyesen a Caronte un nuevo rompeolas en la laguna Estigia. Tendrían todos los obreros que necesitaban, hasta 30.000, y mil capataces militares, con los materiales, herramientas y trasportes necesarios. Pero debían empezar las obras.

Luego llamé a Calisto y le dije lo que había decidido. Cuando levantó las manos y volvió los ojos, hacia arriba, en un gesto de desesperación, le exigí que dejase de hacer dramas.

—Pero César, ¿de dónde saldrá el dinero? —baló como una oveja.

—De los vendedores de trigo, tonto —le respondí—. Dame los nombres de los principales miembros de la Asociación de Vendedores de Trigo, y yo me ocuparé de que consigamos todo lo que nos hace falta.

En el término de una hora tenía ante mí a seis de los más ricos vendedores de trigo de la ciudad. Los asusté.

—Mis ingenieros me informan que ustedes, caballeros, estuvieron sobornándolos para que enviasen un informe desfavorable acerca del plan de Ostia\* Considero que «s» asunto es de la máxima gravedad. Es una conspiración contra la vida de nuestros conciudadanos. Merecen ser arrojados a los animales feroces.

Negaron la acusación con lágrimas y juramentos, y me rogaron que les hiciese saber en qué forma podían demostrarme su lealtad.

Eso era muy sencillo: quería un préstamo inmediato de un millón de piezas de oro para los trabajos de Ostia, que devolvería en cuanto la situación financiera lo justificase. Dijeron que todas sus fortunas juntas no sumaban esa cifra. Yo sabía que no era así. Les di un mes de plazo para reunir el dinero, y les previne que si para entonces no lo conseguían, serían todos desterrados al mar Negro, o más lejos aun.

—Y recuerden —dije— que cuando este puerto sea construido será mi puerto. Si quieren usarlo tendrán que solicitar mi permiso. Les aconsejo que se pongan de mi parte.

El dinero fue pagado en el término de cinco días, y las obras de Ostia comenzaron en el acto con la construcción de refugios para los obreros y la distribución de tareas. En ocasiones de esta naturaleza, debo admitir que resultaba muy agradable ser un monarca;

poder realizar cosas importantes aplastando las estúpidas oposiciones con una sola palabra autoritaria. Pero tenía que recordarme a cada rato el peligro de ejercer mis prerrogativas imperiales de tal modo que retardara el eventual restablecimiento de una república. Hice lo posible para estimular la libertad de palabra y el espíritu cívico, y para evitar transformar mis caprichos personales en leyes que toda Roma debía obedecer. Lo gracioso era que la libertad de palabra, el espíritu cívico y el idealismo republicano parecían formar parte de mis caprichos personales. Y si bien al principio me obligué a permanecer accesible a todo el mundo, a fin de eludir la apariencia de una altanería monárquica, y de hablar en forma amistosa y familiar con todos mis conciudadanos, pronto tuve que comportarme de forma más distante. No tanto porque no tuviese tiempo que dedicar para continuas charlas amistosas con todos los que me visitaban en palacio; al contrario» era que mis conciudadanos, con muy pocas excepciones, abusaban desvergonzadamente de mis buenos sentimientos hacia ellos. Respondían a mi familiaridad con una altanera cortesía irónica, como si dijese: «No puedes engañarnos para que te seamos leales», o con una risueña insolencia, como si dijese: «¿Por qué no te comportas como un verdadero emperador?», o con una buena camaradería absolutamente falsa, como si dijese: «Si a Su Majestad le agrada condescender, y espera que nosotros condescendamos de acuerdo con su humor, vea cuan graciosamente lo hacemos. Pero si se le ocurre fruncir el ceño, volveremos a caer de rodillas».

Hablando del puerto, Vitelio me dijo:

—Un republicano jamás puede tener la esperanza de realizar obras públicas en tan gran escala como un monarca. Las más grandes construcciones del mundo son obras de reyes o reinos. Las murallas y los jardines colgantes de Babilonia. El Mausoleo de Halicarnaso. Las Pirámides. Nunca has estado en Egipto, ¿no es cierto? Yo estuve acantonado allí, de joven, cuando era soldado, y ¡dioses, esas pirámides! Es imposible expresar con palabras la aplastante sensación de terror con que abruman a todos los que las contemplan. Primero se oye hablar de ellas en el hogar, de niño, y uno pregunta: «¿Qué son las pirámides?», y la respuesta es: «Enormes tumbas de piedra de Egipto, de forma triangulas, sin adorno alguno, cubiertas nada más que de estuco blanco». Eso no parece muy interesante o impresionante. Solamente hace que «gigantesco» no sea más que un edificio grande con el cual uno está familiarizado: digamos el templo de Augusto, o la basílica Juliana. Y luego, al visitar Egipto, una las ve desde lejos, a través del desierto, pequeñas marcas blancas como tiendas, y se dice: «¡Vaya, por supuesto que eso no es digno de hacer tanta alharaca». ¡Pero por el cielo, estar de pie junto a ellas una hora más tarde y contemplarlas! Te digo, César, que son increíbles e imposiblemente gigantescas. Le hace sentirse a uno físicamente enfermo, el sólo pensar que han sido construidas por manos humanas. La primera visión de los Alpes no es nada en comparación. Tan blancas, lisas, inflexiblemente inmortales. Un tan terrible monumento de la inspiración humana...

—Y de la estupidez y la tiranía y la crueldad —interrumpí—. El rey Queops, que construyó la gran pirámide, arruinó su rico país, lo desangró y lo dejó jadeando. Y todo para complacer su absurda vanidad y quizá para impresionar a los dioses con su poderío sobrehumano. ¿Y qué utilidad práctica tiene esta pirámide? ¿Acaso la de ser una tumba para albergar el cadáver de Queops para toda la eternidad? Y sin embargo he leído que este sepulcro absurdamente impresionante está vacío desde hace tiempo. Los reyes Pastores invasores descubrieron la entrada secreta, saquearon la cámara interior e hicieron una fogata con la orgullosa momia de Queops.

Vitelio sonrió.

—No has visto la Gran Pirámide, o no hablarías de esa manera. Su vacío la torna tanto más majestuosa. Y en cuanto a su utilidad, pues la tiene, y muy importante. Su

pináculo sirve como señal de orientación para los campesinos egipcios, cuando desciende la creciente anual del Nilo y deben marcar sus campos en el mar de fango fértil.

—Una columna alta habría tenido la misma utilidad —dije—, y dos columnas altas, una en cada orilla del Nilo, habrían sido mejores aún. Y el costo hubiese sido mucho más pequeño. Queops estaba loco, como Calígula. Aunque en apariencia tenía una locura más asentada que Calígula, que siempre hacía las cosas a empujones. La gran ciudad que Calígula planeó, para dominar el gran paso del San Bernardo, en los Alpes, jamás habría llegado a concretarse, aunque hubiese vivido hasta los cien años.

Vitelio estuvo de acuerdo.

—Era un grajo. Cuando más próximo estuvo de construir una pirámide fue cuando construyó ese descomunal barco y robó el gran obelisco rojo de Alejandría. Un grajo y un mono.

—Sin embargo recuerdo que en una ocasión adoraste a ese grajo y mono como si fuese un dios.

—Y recuerdo con agradecimiento que el consejo y el ejemplo provinieron de ti.

—Que el cielo nos perdone a ambos —dije. Nos encontrábamos fuera del templo del Júpiter Capitolino, que habíamos estado purificando ritualmente, debido a la reciente aparición, en el techo, de un ave de mal agüero. ¡Era un buho del tipo de los que denominamos «incendiarios», porque predicen la destrucción por el fuego de cualesquiera edificio en el cual se posan! Señalé hacia el otro lado del valle con el dedo.

—¿Ves eso? Eso es parte del máximo monumento que jamás se ha construido, y aunque monarcas como Augusto y Tiberio lo han acrecentado y mantenido en buen estado, lo construyó un pueblo libre. Y no me cabe duda de que durará tanto tiempo como las pirámides, además de haber resultado infinitamente más útil para la humanidad.

—No entiendo qué quieres decir. Parece que estuvieras señalando el palacio.

—Te estoy señalando la Vía Apia —contesté con solemnidad—. Se la comenzó a construir durante la censoría de mi gran antecesor Appio Claudio el Ciego. El Camino Romano es el más grande monumento que jamás se haya levantado a la libertad humana por un pueblo noble y generoso. Atraviesa montañas, ciénagas y ríos. Es ancho, recto y firme. Une ciudad con ciudad y nación con nación. Tiene decenas de miles de kilómetros de largo, y siempre está atestado de agradecidos viajeros. En tanto que la Gran Pirámide, de unas cuanta decenas de metros de ancho y de alto, atemoriza a los espectadores y los obliga a guardar silencio, si bien que no es más que la tumba saqueada de un cadáver innoble y un monumento a la opresión y a la desgracia, de modo que sin duda, al contemplarla todavía puede escucharse el restallar del látigo del capataz y los chillidos y gemidos de los pobres trabajadores afanándose por colocar un enorme bloque de piedra en posición... —pero en este impremeditado acceso de elocuencia había olvidado el comienzo de la frase. Me interrumpí, sintiéndome tonto, y Vitelio tuvo que acudir en mi rescate. Levantó las manos, cerró los ojos y declamó:

—Me faltan las palabras, señores. Nada que pudiese decir sería igual a la profundidad de mis sentimientos en este asunto.

Ambos reímos a carcajadas. Vitelio era uno de los pocos amigos que me trataba con el tipo adecuado de familiaridad. Jamás supe si era auténtica o artificial, pero si era artificial, resultaba una imitación tan buena, que yo la aceptaba por lo que parecía valer. Quizá nunca la habría puesto en duda, si su antigua adoración por Calígula no hubiese sido en apariencia tan buena como la que me manifestaba, y si no hubiera sido por el asunto de la sandalia de Mesalina. En seguida hablaré de esto.

Vitelio subía una escalera de palacio, un día de verano, en compañía de Mesalina, acompañado por mí, cuando Mesalina dijo:

—Un minuto, por favor, he perdido la sandalia.

Vitelio se volvió rápidamente y la recogió, entregándosela con una profunda reverencia. Mesalina se sintió encantada. Dijo, sonriendo:

—Claudio, ¿no te sentirás celoso si confiero la orden de la Sandalia Enjoyada a este bravo soldado, nuestro querido amigo Vitelio? Es realmente galante y cortés.

—¿Pero no necesitas la sandalia, querida?

—No, es más fresco ir descalza en un día como este. Y además tengo veintenas de pares.

De modo que Vitelio tomó la sandalia, la besó y se la guardó en el bolsillo de la túnica, donde la tenía continuamente. La sacaba para besarla una vez más cuando, en sentimentales conversaciones privadas conmigo, se refería a la belleza, la inteligencia, la riqueza de Mesalina, y a mi extraordinaria buena suerte por ser su esposo. Escuchar alabanzas de Mesalina me llenaba de una sensación cálida y a veces me arrancaba lágrimas a los ojos. Me sorprendía constantemente ver que tuviera tanto aprecio por un individuo cojo, pedante y tartamudo como yo, y sin embargo, me decía, nadie podía pretender que se hubiese casado conmigo por motivos mercenarios. En esa época me encontraba en bancarota, y en cuanto a la posibilidad de que alguna vez llegase a ser emperador, es indudable que jamás se le ocurrió.

El puerto de Ostia no fue en modo alguno mi única gran obra pública. El verso que la Sibila de Cuma recitó cuando la visité en una ocasión, disfrazado, diez años antes de llegar a ser emperador, profetizaba que yo daría a Roma «agua y pan de invierno». El pan de invierno era una referencia a Ostia, pero el agua se refería a los dos grandes acueductos que construí. Las profecías son algo curioso. Se hace quizá una profecía cuando uno es un chico, y uno le presta gran atención continuamente, pero luego cae una bruma y uno se olvida de ella, hasta que de pronto la bruma se aclara y la profecía se cumple. Sólo cuando mis acueductos quedaron terminados y consagrados, y cuando quedó terminado también el puerto, recordé el verso de la Sibila. Sin embargo supongo que estuvo continuamente en mis pensamientos, como si fuese el susurro de Dios que me ordenaba emprender esos grandes proyectos.

Mis acueductos eran absolutamente necesarios; la provisión de agua existente no era en modo alguno suficiente para las necesidades de la ciudad, aunque era mayor que la de cualesquiera ciudad del mundo. A los romanos nos encanta el agua fresca. Roma es una ciudad de baños y estanques y fuentes. El hecho es que, si bien Roma estaba servida por no menos de siete acueductos, los hombres de dinero habían logrado llevarse la mayor parte del agua pública para su propio uso, obteniendo permiso para conectar los depósitos privados con las tuberías principales —sus piscinas de natación necesitaban agua fresca todos los días, y sus grandes jardines tenían que ser regados—, de modo que gran parte de los ciudadanos más pobres se veían reducidos en el verano a beber y cocinar con el agua del Tíber, que era sumamente insalubre. Coccio Nerva, el virtuoso anciano a quien mi tío mantenía junto a sí como su genio bueno, y que eventualmente llegó a suicidarse... 'este Nerva, pues, a quien Tiberio había nombrado inspector de acueductos, le aconsejó que mostrara su magnanimidad entregando a la ciudad una provisión de agua digna de su grandeza. Y le recordó que su predecesor Appio Claudio el Ciego había conquistado fama eterna llevando el Agua Appia a Roma, desde doce kilómetros de distancia, por el primer acueducto de la ciudad. Tiberio decidió hacer lo que Nerva le aconsejó, pero postergó el proyecto, y volvió a postergarlo una y otra vez, como era su costumbre, hasta la muerte de Nerva. Entonces sintió remordimientos y envió a sus ingenieros a descubrir fuentes adecuadas, de acuerdo con las reglas

establecidas por el famoso Vitruvio. Tales fuentes deben manar enérgicamente todo el año, y dar agua clara y limpia, y no deben incrustar las tuberías, y tienen que tener una elevación tal, que permita la caída necesaria para dar al canal del acueducto su inclinación adecuada, y el agua debe entrar en el depósito final a una altura suficiente para permitir su distribución, por medio de tuberías, a las casas más altas de Roma. Los ingenieros tuvieron que buscar mucho antes de descubrir un agua que respondiese a todas esas exigencias. Finalmente la encontraron en las colinas del sureste de la ciudad. Dos copiosas y excelentes fuentes, llamadas la fuente Azul y la fuente Curcia, cerca de la piedra que señalaba los sesenta kilómetros de la carretera Sublacencia. Se las podía considerar como una sola. Después estaba la corriente del Nuevo Anio, que podía hacerse brotar en el kilómetro sesenta y siete del mismo camino, pero al otro lado. Tendría que ser transportada por un segundo acueducto, y recogería otra corriente, la Herculina, frente a la fuente Azul. Informaron que el agua de esta fuente llenaba todas las condiciones necesarias, y que no había otra fuente más cercana que así lo hiciera. Tiberio hizo que se trazaran planos para los dos acueductos, y pidió cálculos. Pero decidió en el acto que no podía emprender la obra, y poco después murió.

Inmediatamente después de su acceso al trono, Calígula, para demostrar que era de naturaleza más generosa y de más espíritu público que Tiberio, comenzó a trabajar en los planos de éste, que eran detallados y buenos. Tuvo un buen comienzo, pero cuando su Tesoro quedó vacío no continuó, y, sacando a sus obreros de las partes más difíciles (los grandes puentes abovedados, arco tras arco en hilera, que llevaban el agua a través de valles y de terrenos bajos), los puso a trabajar en los niveles más bajos, donde el canal corría en torno a las laderas de las colinas o directamente a través de las llanuras. Todavía podía jactarse de rápidos avances en términos de kilómetros, y los gastos eran insignificantes. Algunos de los arcos que dejó de construir habrían debido ser de más de treinta metros de altura. El primer acueducto, llamado después el Agua Claudia, tendría más de setenta y cuatro kilómetros de largo, de los cuales quince corrían sobre arcos. El segundo, llamado el Nuevo Anio, tendría casi 95 kilómetros de largo, y unos 25 kilómetros corrían sobre arcos. Cuando Calígula riñó con el pueblo de Roma, en la ocasión en que la gente provocó disturbios en el anfiteatro y lo hizo huir, aterrorizado, fuera de la ciudad, convirtió su pendencia en una excusa para abandonar todo el trabajo de los acueductos. Sacó a los obreros y los dedicó a otras tareas, tales como la de construir su templo y limpiar el terreno en Ancio (su lugar natal) para la construcción de una nueva capital.

De modo que la tarea cayó sobre mí, y me pareció de primera importancia; debía reanudarla allí donde Calígula la había abandonado, si bien ello significaría tener que concentrarme en los tramos más difíciles. Si uno se pregunta por qué el Nuevo Anio, si bien recoge las aguas de la corriente Herculina, cerca del comienzo de las Aguas Claudias, tenía que describir un gran circuito en lugar de correr a lo largo de los mismos arcos, la respuesta es que el Nuevo Anio empezaba a un nivel mucho más elevado y habría tenido una corriente demasiado veloz si se lo hubiese hecho descender de inmediato hacia las Aguas Claudias. Vitruvio recomienda una inclinación de 15 centímetros sobre cien metros, y la altura del Nuevo Anio no permitía que se lo uniese a las Aguas Claudias, ni siquiera en una hilera más elevada de arcos, hasta llegar muy cerca de la ciudad, después de haber recorrido veinte kilómetros más. A fin de mantener limpia el agua, había una superficie cubierta en el canal, con agujeros de ventilación a intervalos, para impedir los estallidos. También había, con alguna frecuencia, depósitos grandes, a través de los cuales pasaba el agua dejando sus sedimentos atrás. Estos depósitos eran también útiles para fines de irrigación, y se justificaban suficientemente

por sí mismos al permitir a los terratenientes vecinos cultivar tierras que de otro modo habrían sido eriales.

Las obras llevaron nueve años hasta su terminación, pero no hubo tropiezos. Y cuando quedaron terminadas fueron una de las principales maravillas de Roma. Las dos aguas entraban a la ciudad por la Puerta Prenestina, la Nuevo Anio arriba, la Claudia abajo, donde »e había construido un enorme arco doble que cruzaba dos carreteras principales. La parte terminal era una gran torre desde la cual se distribuía el agua a 92 torres menores. Había ya 160 de esas pequeñas torres de agua en Roma, pero mis dos acueductos duplicaron la provisión real de aguas. Mi inspector de acueductos calculaba ahora que el aflujo de agua a Roma era igual a un torrente de nueve metros de ancho por uno ochenta de profundidad, que fluyese a la velocidad de treinta kilómetros por hora. Los expertos y la gente común convinieron que la mía era el agua de mejor calidad, salvo la que traía el Agua Marciana, el más importante de los acueductos existentes, que servía a cuatro quintas partes de las torres y existía desde hacía 170 años.

Yo me mostré muy estricto en cuanto al robo de agua por personas irresponsables. Los principales robos en los antiguos días, antes de que Agripa emprendiese la tarea de reparar todos los sistemas de acueductos —construyó otros dos nuevos, uno principalmente, bajo tierra, en la orilla izquierda del Tíber—, se realizaba perforando en forma deliberada la tubería principal, o sobornando a las personas encargadas del cuidado del acueducto para que así lo hicieran, y haciendo que el daño pareciese accidental. Había una ley que daba a la gente el derecho a utilizar el agua que saliese de las filtraciones. Esta práctica había vuelto a reiniciarse últimamente. Reorganicé el cuerpo de los trabajadores de los acueductos y di órdenes de que todas las filtraciones debían ser reparadas de inmediato. Pero también había otro tipo de robos. Existían tuberías que iban desde la principal hasta las torres de agua privadas construidas por suscripción común de familias o clanes adinerados. Estas tuberías eran de plomo, de tamaño reglamentario, de modo que no pudiesen trasportar de la tubería principal más agua de la que podía correr por el tubo en su posición horizontal normal. Pero si se ampliaba el tubo haciendo pasar a través de él una estaca —el plomo es un metal muy dúctil—, y si se lo inclinaba un poco más de la horizontal, se obtenía un flujo de agua mucho mayor. A veces las familias más desvergonzadas o poderosas instalaban sus propias tuberías. Yo decidí terminar con eso. Hice que las tuberías fuesen hechas de bronce y llevasen un sello oficial, dispuse la tubería principal de modo que no pudiese ser inclinada sin quebrarla, y ordené que mis inspectores visitasen regularmente las torres de agua para ver que no se tocara nada en ellas.

Podría mencionar aquí la última de mis tres grandes empresas de ingeniería, el drenado del lago Fucino. Este lago, que está a unos 97 kilómetros al este de Roma, bajo los montes Albanos, rodeado de pantanos, tiene unos 32 kilómetros de largo y 15 de ancho, aunque no muy grande profundidad. El proyecto de drenarlo se había discutido durante mucho tiempo. Los habitantes de esa parte del país, a quienes denominamos marsianos, petitionaron en una ocasión a Augusto en ese sentido, pero después de pensarlo mucho, él rechazó el pedido, basándose en el argumento de que la tarea era demasiado complicada y que los resultados posibles no la justificaban. Ahora se volvió a plantear el problema y un grupo de ricos terratenientes se presentó ante mí y se ofreció a pagar las dos terceras partes de los gastos del drenaje, y yo me comprometí a realizarlo. Pidieron en compensación concesiones de las tierras que ganaría a los pantanos y al lago mismo, cuando éste fuese drenado. Rechacé este ofrecimiento, porque se me ocurrió que si estaban dispuestos a pagar tanto por las tierras reclamadas, era quizá porque valían mucho más. El problema parecía muy sencillo. Sólo había que trazar un canal de cinco kilómetros de largo a través de una colina, en la extremidad



suroeste del lago, permitiendo de tal modo que el agua escapase hacia el río Liris, que corría en el lado opuesto del monte. Decidí iniciar los trabajos en el acto.

La labor comenzó en el primer año de mi monarquía, pero pronto fue evidente que Augusto había tenido razón al no iniciarla. El trabajo y los gastos de atravesar el monte eran infinitamente mayores de lo que mis ingenieros habían calculado. Tropezaron con enormes masas de roca viva, que tuvieron que ser horadadas trozo a trozo, y los escombros llevados a lo largo del canal. Y hubo problemas con fuentes de la colina que estallaban de continuo y obstaculizaban los trabajos. A fin de terminarlo tuve que poner muy pronto a 30.000 hombres a trabajar constantemente. Pero me negué a considerarme derrotado; no me gustaba abandonar una tarea. El canal fue completado hace pocos días, después de tres años de trabajo. Pronto daré la señal para la apertura de las esclusas, a fin de que salga el agua del lago.

## Capítulo 12

Un día, antes de que Herodes partiese de Roma, sugirió que debía ver a un médico griego verdaderamente bueno para que me revisara; señaló cuan importante era para Roma que yo gozara de buena salud. Últimamente había mostrado signos de gran fatiga, dijo, por los extraordinarios horarios de trabajo. Si no abreviaba esos horarios o me ponía en situación que me permitiese soportar mejor la tensión, no podía abrigar esperanzas de vivir mucho tiempo más. Me irrité y le dije que ningún médico griego había podido curarme de joven, si bien consulté a muchos. Y le aseguré que no sólo era demasiado tarde para hacer nada en cuanto a mis enfermedades, sino que me había acostumbrado a ellas y las consideraba una parte integral de mí mismo. Y de que de cualquier manera los médicos griegos no me gustaban. Herodes sonrió.

—Esta es la primera vez en mi vida que oigo que estás de acuerdo con el viejo Catón. Recuerdo ese Comentario sobre medicina que escribió para su hijo, prohibiéndole consultar jamás a un médico griego. Recomendaba las oraciones, el buen sentido y las hojas de col. Todo eso era bastante bueno para cualquier enfermedad física común, decía. Y bien, en la actualidad se rezan muchas oraciones en Roma por tu salud, tantas como para convertirte en un verdadero atleta, si las oraciones fuesen suficientes. Y el buen sentido es la marca de nacimiento de todos los romanos. ¿Es posible, César, que hayas olvidado las hojas de col? Yo me agité, irritado, en mi diván.

—Y bien, ¿a qué médico me recomiendas? Veré a uno solo, para complacerte, pero no más. ¿Qué me dices de Largo? Es ahora el médico de palacio. Mesalina dice que es muy listo.

—Si Largo hubiese conocido una cura para tus dolencias, te la habría ofrecido voluntariamente hace tiempo. Es inútil consultarlo. Si consientes en consultar a uno solo, tendrás que hacerlo con Jenofonte de Cos.

—¿Qué, el viejo cirujano de campaña de mi padre?

—No, su hijo. Estuvo con tu hermano Germánico en su última campaña, como recordarás. Luego fue a practicar a Antioquía. Allí tuvo un éxito enorme y hace poco llegó a Roma. Usa el lema del gran Asclépiades: cura rápidamente, con seguridad, y en forma agradable. Nada de violentas purgas ni eméticos. A mí me curó una violenta fiebre con un destilado de hojas de un arbusto de flores purpúreas llamado acónito y luego me restableció en general con consejos sobre la alimentación, y demás. Me dijo que no bebiera tanto, y qué especias debía evitar. Utiliza solamente la dieta, el ejercicio, el masaje, y unos sencillos remedios botánicos. Y además, es un maravilloso cirujano cuando hace falta. Sabe exactamente dónde se encuentra cada nervio, hueso, músculo y tendón. Me dijo que aprendió anatomía de tu hermano.

—Germánico no era un anatomista.

—No, pero era un matador de germanos. Jenofonte aprendió sus conocimientos en el campo de batalla; Germánico le proporcionaba los sujetos. Ningún cirujano puede aprender anatomía en Italia o Grecia. O bien tienen que ir a Alejandría, en donde no les molesta mutilar los cadáveres, o seguir las huellas de un ejército conquistador.

—¿Y te parece que vendrá si lo llamo?

—¿Qué médico no vendría? ¿Olvidas acaso quién eres?

Pero por supuesto, si te curas tendrás que pagarle bien. Le gusta el dinero. ¿A qué griego no le agrada?

—Si me cura.

Mandé llamar a Jenofonte. Me gustó en seguida, porque su interés profesional en mí como caso le hizo olvidar que yo era emperador y que tenía poder de vida y muerte sobre él. Era un hombre de unos cincuenta años de edad. Después de sus reverencias y cumplidos formales, habló seca y lacónicamente, y se atuvo estrictamente a la cuestión.

—Tu pulso; gracias. Tu lengua; gracias. Perdóname —me volvió los párpados hacia arriba—. Los ojos, un tanto inflamados, pero eso se puede curar. Te daré una loción para lavarlos. Leve retracción de los párpados. Ponte de pie, por favor. Sí, parálisis infantil. Eso no se puede curar, por supuesto, es demasiado tarde. Se habría podido hacer antes de que dejaras de crecer.

—En esa época tú mismo eras un niño, Jenofonte —sonreí. Pareció no escucharme.

—Naciste prematuramente? ¿Sí? Lo sospechaba. ¿Malaria también?

—Malaria, sarampión, colitis, escrófula, erisipela. Todo el batallón contesta «presente», Jenofonte, salvo la epilepsia, las enfermedades venéreas y la megalomanía.

Consintió en sonreír brevemente.

—¡Desnúdate! —ordenó. Me desnudé—. Comes demasiado y bebes demasiado. Debes terminar con eso. Debes hacerte el propósito de no levantarte jamás de la mesa sin un deseo insatisfecho de un poco más de comida. Sí, la pierna izquierda muy debilitada. Es inútil prescribir ejercicios. Tendremos que arreglárnoslas con el masaje. Puedes volver a vestirte.

Me formuló unas pocas preguntas más íntimas, y siempre en forma que demostraba que conocía la respuesta y que no hacía más que confirmarla por mi boca, por rutina.

—Por supuesto, de noche babeas sobre la almohada. —Convine, con vergüenza, en que así era—: ¿Accesos de cólera repentina? ¿Contracciones involuntarias de los músculos faciales? ¿Balbuceas cuando te sientes turbado? ¿Debilidad ocasional de la vejiga? ¿Accesos de afasia? ¿Rigidez de los músculos, de modo que a menudo te despiertas con el cuerpo frío y envarado, incluso en noches tibias? —Hasta me habló de las cosas con las cuales soñaba. Pregunté, asombrado:

—¿Puedes también interpretarlas, Jonofonte? Eso debería ser fácil.

—Sí —respondió en forma negligente—, pero hay una ley contra eso. Y bien, César; te quedan todavía muchos años por vivir, si quieres vivirlos. Trabajas demasiado, pero supongo que no podré impedírtelo. Te recomiendo que leas lo menos posible. La fatiga de que te quejas se debe en gran medida a un trabajo excesivo de la vista. Haz que tus secretarios te lean todo lo que sea posible. Escribe tan poco como puedas. Descansa una hora después de tu comida principal; no te precipites a los tribunales en cuanto hayas devorado tu postre. Debes encontrar veinte minutos para un masaje dos veces por día. Buscarás un masajista experto. Los únicos masajistas expertos de Roma son esclavos míos. El mejor es Carmes; le daré instrucciones especiales para tu caso. Si violas mis reglas no debes esperar una cura completa, si bien la medicina que te recetaré te hará mucho bien. Por ejemplo, las violentas contracciones del estómago, de que te quejas, la pasión cardiaca, como la llamamos: si olvidas tus masajes y comes una comida pesada deprisa, cuando te encuentras en un estado de excitación nerviosa por cualquier cosa, las contracciones reaparecerán, con toda seguridad, a pesar de mi medicina. Pero sigue mis instrucciones y serás un hombre sano.

—¿Qué es ese remedio? ¿Es difícil conseguirlo? ¿Tendré que mandar a buscarlo a Egipto o a la India?

Jenofonte se permitió una risita cascada.

—No, ni siquiera más lejos que al erial más cercano. Pertenezco a la escuela de medicina de Cos; en rigor son nativo de Cos, descendiente del propio Esculapio. En Cos clasificamos las enfermedades por sus remedios, que son en su mayor parte las hierbas que, si se las come en grandes cantidades, producen precisamente los síntomas que curan cuando se las ingiere en cantidades moderadas. De tal manera, si un chico humedece su cama después de la edad de tres o cuatro años, y si muestra ciertos síntomas de cretinismo vinculados con el humedecimiento de la cama, decimos: «ese chico tiene la enfermedad del amargón». El amargón, comido en grandes cantidades, produce esos síntomas, y una decocción de amargón los cura. Cuando entré en esta habitación y advertí los movimientos convulsivos de tu cabeza y el temblor de tu mano, y el leve tartamudeo de tu saludo, juntamente con el tono más bien áspero de tu voz, entendí tu caso en el acto. «Un típico caso de brionia —me dije—. Brionia, masaje, dieta.»

—¿Qué, la brionia común ?

—La misma. Te escribiré una receta para su preparación.

—¿Y las oraciones?

—¿Qué oraciones?

—¿No prescribes oraciones especiales para utilizar cuando se toma la medicina ? Todos los otros médicos que trataron de curarme me dieron siempre oraciones especiales para repetir mientras mezclaba y tomaba la medicina.

Respondió con tono un tanto rígido:

—Sugiero, César, que como Sumo Pontífice y autor de una historia de los orígenes religiosos de Roma, estás mejor equipado que yo mismo para entender el aspecto teúrgico de la curación.

Pude ver que era un ateo, como tantos griegos, de modo que no insistí en el asunto, y con eso terminó la entrevista. Me pidió que lo perdonase porque tenía pacientes esperándolo en su sala de consultas.

Y bien, la brionia me curó. Por primera vez en mi vida supe qué era sentirse verdaderamente bien. Seguí el consejo de Jenofonte al pie de la letra, y desde entonces apenas he tenido un día de enfermedad. Por supuesto, sigo siendo cojo y de vez en cuando tartamudeo y muevo la cabeza por costumbre, por vieja costumbre, cuando me excito. Pero mi afasia ha desaparecido, apenas me tiembla la mano, y todavía, a la edad de 64 años, puedo trabajar 14 horas diarias, si es necesario, sin sentirme completamente agotado al final. La pasión cardíaca ha vuelto de vez en cuando, pero sólo en las circunstancias contra las cuales Jenofonte me advirtió.

Puede tenerse la seguridad de que le pagué bien por mi brionia. Lo convencí de que viniese a vivir en palacio, como colega de Largo. Este era un buen médico, a su manera, y había escrito varios libros sobre temas médicos. Al principio Jenofonte no quiso venir. Había conseguido una buena cantidad de clientes durante los pocos meses de su estancia en Roma; valoraba a su clientela ahora en 3.000 piezas de oro anuales. Le ofrecí 6.000 —el salario de Largo era de sólo 3.000—, y cuando vaciló le dije:

—Jenofonte, tienes que venir. Insisto, y cuando me hayas mantenido vivo y en buena salud durante 15 años, el gobernador de Cos recibirá una carta oficial informándole de que la isla en que aprendiste medicina quedará excusada en adelante de enviar su contingente militar y de pagar tributo al gobierno imperial.

De modo que aceptó. Si se quiere saber a quién dirigía mi liberto sus oraciones cuando mezclaba mis medicinas, y a quién dirigía yo las mías cuando las bebía, pues a la diosa Carna, una antigua diosa sabina a quien los Claudios hemos cultivado desde la época de Appio Claudio, de Regi-lo. La medicina bebida y mezclada sin oraciones me habría parecido tan infortunada e inútil como una boda celebrada sin invitados,

sacrificio o música. Antes de que se me olvide, debo registrar dos valiosos consejos respecto de la salud, que aprendí de Jenofonte. Solía decir:

—Es un tonto el nombre que antepone los buenos modales a la salud. Si te molestan los gases, no los retengas. El estómago sufre mucho con ellos. En una ocasión conocí a un hombre que casi llegó a matarse por retener los gases. Y si por uno u otro motivo no puedes abandonar la habitación —digamos que estás sacrificando o hablando ante el Senado—, no temas eructar o expeler los gases donde te encuentres. Es mejor que los que se encuentran a tu lado sufran un pequeño inconveniente, y no que tú te perjudiques en forma permanente. Y además, cuando estés resfriado no te suenes a cada rato la nariz. Eso no hace más que aumentar el flujo y el derrame mucoso, e inflama las delicadas membranas de la nariz. Déjalo que fluya, no te suenes.

Siempre he seguido los consejos de Jenofonte, por lo menos en cuanto a sonarme la nariz. Mis resfriados no duran tanto como antes. Es claro que pronto se burlaron de mí los caricaturistas y los satíricos, por tener siempre colgando de la nariz hilos de moco, ¿pero qué me importaba eso? Mesalina me dijo que le parecía muy sensato que me cuidase. Si yo muriera de pronto o cayese seriamente enfermo, ¿qué sería de la ciudad, y del imperio, para no hablar de ella misma y de nuestro hijito? Un día me dijo:

—Comienzo a arrepentirme de mi buen corazón.

—¿Quieres decir que en fin de cuentas tendríamos que haber dejado a mi sobrina Lesbia en el exilio? Asintió.

—¿Cómo adivinaste que me refería a eso? Y ahora dime, querido, ¿a qué va Lesbia tan a menudo a tus habitaciones de palacio, cuando yo no estoy cerca? ¿De qué habla? ¿Y por qué no me informas cuando viene? Ya ves que es inútil tratar de tener secretos conmigo.

Sonreí tranquilizadamente, pero me sentí un tanto embarazado.

—No hay nada secreto en ese sentido, absolutamente nada. Recordarás que hace un mes más o menos le devolví el resto de la finca que Calígula le había arrebatado. La de Calabria, que tú y yo decidimos no devolverle hasta que viésemos cómo se comportaban ella y Vinicio. Bien, como te dije, cuando se la devolví estalló en lágrimas y me dijo cuán ingrata había sido y que ahora pensaba cambiar su modo de vivir, y que dominaría su estúpido orgullo.

—Muy emocionante, te lo juro, pero ésta es la primera vez que me entero de una escena tan dramática.

—Sin embargo recuerdo haberte contado todo, una mañana, durante el desayuno.

—Debes de haberlo soñado. Y bien, ¿cómo fue? Es mejor tarde que nunca. Cuando le devolviste las fincas pensé que era extraño que la recompensaras por su insolencia hacia mí. Pero no dije nada. Era cosa tuya, no mía.

—Esto no puedo entenderlo. Habría jurado que te lo dije. Mi memoria tiene a veces las lagunas más extraordinarias. Lo siento muchísimo, queridísima, queridísima. Bien, le devolví la finca nada más que porque dijo que había ido a verte y te había ofrecido la disculpa más sincera, y que tú dijiste: «Te perdono, Lesbia, vé y dile a Claudio que te perdono».

—¡Oh, qué mentira descarada! Jamás vino a verme. ¿Estás seguro -e que dijo eso? ¿O la memoria te traiciona otra vez?

—No, estoy seguro. De lo contrario no le habría devuelto las fincas.

—¿Conoces la fórmula legal en cuanto a las declaraciones? «Falso en una cosa, falso en todo». Eso le viene bien a Lesbia, pero todavía no me has dicho por qué te visita. ¿Qué es lo que trata de sacarte?

—Nada, por lo que yo sé. Viene de vez en cuando, para una visita amistosa, para repetirme cuán agradecida se siente y para preguntarme si puede serme de alguna

utilidad. Nunca se queda lo suficiente como para estorbarme, y siempre me pregunta por ti. Cuando le digo que estás trabajando, dice que no se le ocurriría molestarte, y que se disculpa por molestarme a mí. Ayer me dijo que creía que todavía abrigabas cierta suspicacia hacia ella. Le dije que no me parecía así. Parlotea un poco acerca de diversas cosas, durante unos minutos, me besa como una buena sobrina y se va. Sus visitas me gustan mucho, pero estaba convencido de que te las» había mencionado.

—Nunca. Esa mujer es una serpiente. Creo que conozco su plan. Se insinuará en tu confianza —como una buena sobrina, por supuesto—, y luego comenzará a calumniarme. Al principio en una forma indirecta, con insinuaciones, y luego en forma más directa a medida que se sienta más audaz. Probablemente inventara una maravillosa historia en cuanto a la doble vida que hago. Dirá que a espaldas tuyas hago una vida de libertinaje, con esgrimistas, actores, jóvenes cortejantes y demás. Tú la crearás, por supuesto, como un buen tío. ¡Oh Dios, qué perversas son las mujeres! Creo que ya ha empezado. ¿No es así?

—Por supuesto que no. No se lo permitiría, no creería a nadie que me dijese que me eres infiel en los hechos o de palabra. No lo creería, incluso aunque me lo dijese tú misma con tus propios labios. Ahí tienes, ¿estás satisfecha?

—Perdóname, querido, por ser tan celosa. Es mi naturaleza. Me molesta que tengas amistades con otras mujeres a mis espaldas, aunque sean parientas. No confío en ninguna

mujer que se quede a solas contigo. Eres tan ingenuo... Me ocuparé de averiguar qué treta ponzoñosa tiene planeada Lesbia. Pero no quiero que sepa que sospecho de ella. Prométeme que no le dejarás saber que la hemos sorprendido en una mentira, hasta que tenga una acusación más grave contra ella.

Se lo prometí. Le dije a Mesalina que no creía ahora en el cambio de carácter de Lesbia y que le informaría de todas las observaciones que me hiciese durante nuestras conversaciones. Esto la satisfizo, y dijo que ahora podría continuar su trabajo con la mente más tranquila. Repetí fielmente a Mesalina todas las observaciones de Lesbia; me parecían de poca importancia, pero Mesalina encontraba algún significado en algunas de ellas. Percibió en especial un sentido en una frase que —para mí— era perfectamente inofensiva, y en la que Lesbia se refería a un senador llamado Séneca. Séneca era un magistrado de segundo orden, y en una ocasión había incurrido en el desagrado celoso de Calígula por la elocuencia con que dirigió un caso en el Senado. Es indudable que entonces habría perdido la cabeza, a no ser por mí. Le hice el servicio de despreciar sus habilidades oratorias diciéndole a Calígula:

—¿Elocuente? Séneca no es elocuente. Es nada más que un hombre bien educado, y tiene una memoria prodigiosa. Su padre compiló esas Controversias y Persuasivas, ejercicios escolares de oratoria sobre casos imaginarios. Cosas de niño. Escribió mucho más, pero no se ha publicado. Séneca parece haber aprendido todo eso de memoria. Ahora posee una llave retórica que encaja en cualquier cerradura. No se trata de elocuencia. No hay nada detrás de eso. Ni siquiera un enérgico carácter personal. Te diré lo que es: es como arena sin cal. No puedes construir con eso una verdadera elocuencia.

Calígula repitió mis propias palabras como su juicio respecto de Séneca.

—Ejercicios escolares, declamaciones pueriles, tomadas de los trabajos inéditos de su padre. Arena sin cal.

Por lo tanto, se le permitió a Séneca seguir viviendo. Ahora Mesalina me preguntó:

—¿Estás seguro de que ella se esforzó en elogiar a Séneca como hombre honesto y carente de ambiciones? ¿No mencionaste tú primero su nombre?

—No.

—Entonces puedes estar seguro de que Séneca es su amante. Sabía desde hacía mucho tiempo que tenía un amante secreto, pero ocultaba tan bien sus huellas, que no pude saber si se trataba de Séneca o de Viniciano, el primo de su esposo, o de ese otro individuo Asinio Galo, el nieto de Polio. Todos viven en la misma calle.

Diez días después me dijo que ahora tenía pruebas concretas del adulterio existente entre Lesbia y Séneca, durante la reciente ausencia de Roma de Vinicio, el esposo de Lesbia. Trajo testigos que juraban haber visto a Séneca salir de la casa a horas avanzadas de la noche, disfrazado; que lo siguieron a la casa de Lesbia, en la que entró por una puerta lateral. Que vieron encenderse una luz, de pronto, en la ventana de la habitación de Lesbia, para apagarse en seguida; y que tres o cuatro horas después vieron a Séneca salir, y volver a su casa, todavía disfrazado.

Era claro que no se podía permitir que Lesbia continuase en Roma. Era mi sobrina, y por lo tanto una importante figura pública. Ya había sido desterrada en una ocasión, acusada de adulterio, y yo la llamé a Roma con la seguridad que en el futuro se comportaría de forma más discreta. Esperaba que todos los miembros de mi familia dieran a la ciudad el ejemplo de altas normas morales. Séneca también tendría que ser desterrado. Era un hombre casado, y un senador, y aunque Lesbia era una mujer hermosa sospeché que para un hombre del carácter de Séneca, la ambición era un motivo más enérgico para el adulterio que la pasión sexual. Ella era una descendiente directa de Augusto, de Livia y de Marco Antonio, una hija de Germánico, una hermana de un extinto emperador, una sobrina del actual. En tanto que él no era más que el hijo de un adinerado gramático provinciano y había nacido en España. Quién sabe por qué, no quise entrevistar yo mismo a Lesbia, de modo que le pedí a Mesalina que lo hiciera. Estaba seguro de que ella tenía más motivos de resentimiento que yo, y que quería volver a demostrarle su agradecimiento y cuánto lamentaba haberle dado motivo para un leve acceso de celos. Aceptó gustosa la tarea de sermonear a Lesbia por su ingratitud y de hacerle conocer su sentencia, que consistía en el destierro a Reggio, en el sur de Italia, la ciudad en que su abuela Julia había muerto, también exiliada por el mismo delito. Más tarde Mesalina me informó que Lesbia le había hablado en forma muy insolente, pero que al cabo admitió el adulterio con Séneca, diciendo que su cuerpo se pertenecía y que podía hacer lo que quisiera. Al informársele que sería desterrada, estalló en apasionadas amenazas. Dijo:

—Una mañana los servidores de palacio entrarán en la alcoba imperial y los encontrarán a ambos con la garganta cortada. ¿Cómo les parece que mi esposo y su familia tomarán este insulto?

—No son más que palabras, querida —le dije—. No la tomes en serio, aunque quizá será mejor que vigilemos con cuidado a Vinicio y a su partido.

La noche en que Lesbia partió rumbo a Reggio, hacia el alba, Mesalina y yo fuimos despertados por un repentino grito y forcejeos en el corredor, frente a nuestra puerta, unos violentos estornudos y gritos de «¡Atrápenlo! ¡Asesino! ¡Asesino! ¡Atrápenlo!» Salté fuera de la cama, con el corazón palpitante por la emoción, y tomé un taburete como arma de defensa, gritándole a Mesalina que se pusiese detrás de mí. Pero mi valentía no fue puesta a prueba. Se trataba de un solo hombre, y ya había sido desarmado. Ordené a los guardias que estuviesen alertas durante el resto de la noche y volví a acostarme, aunque me llevó algún tiempo dormirme de nuevo. Mesalina tuvo que ser consolada durante mucho tiempo. Parecía ofuscada, casi al borde de la demencia, reía y lloraba alternativamente.

—Esto es cosa de Lesbia —sollozó—. Estoy segura.

Cuando llegó la mañana dije que me trajesen al presunto asesino. Confesó ser un liberto de Lesbia. Pero había llegado disfrazado con la librea de palacio. Era un griego de Siria y su historia era grotesca. Dijo que no había tenido la intención de asesinarme. Todo era culpa de él, por haber repetido las palabras erróneas al terminar el Misterio.

—¿Qué misterio? —pregunté.

—No puedo decírtelo, César. Sólo revelaré lo que me atrevo a decirte. Se trata del más sagrado de todos los Misterios sagrados. Fui iniciado en él la noche pasada. Sucedió bajo tierra. Cierta ave fue sacrificada y yo bebí su sangre. Aparecieron dos espíritus de elevada estatura, de rostro resplandeciente, y me dieron una daga y un pimentero, explicándome qué significaban esos instrumentos. Me vendaron los ojos, me ataviaron con una nueva vestimenta y me dijeron que mantuviese un silencio absoluto. Repitieron palabras mágicas y me dijeron que los siguiese al Infierno. Me condujeron de un lado a otro, me hicieron subir y bajar escaleras, me llevaron por calles y calles y a través de jardines, describiendo muchas extrañas visiones a medida que avanzábamos. Entramos en un bote y pagamos al botero. Era el propio Caronte. Luego desembarcamos en el Infierno. Me lo mostraron todo. Los espíritus de mis antepasados me hablaron. Oí ladrar a Cerbero. Al cabo me quitaron las vendas de los ojos y me susurraron: «Ahora estás en los Salones del Dios de la Muerte. Oculta esta daga en tu túnica. Sigue este corredor hacia la derecha, sube las escaleras del final y luego dobla a la izquierda por un segundo corredor. Si algún centinela te detiene dale el santo y seña. El santo y seña es 'Destino'. El Dios de la Muerte y su Diosa están dormidos en la habitación del extremo. A su puerta hay otros dos centinelas vigilando. No son como los demás. No conocemos su santo y seña. Acércate a ellos, entre las sombras, y arrójales de pronto el contenido de este pimentero sagrado a los ojos. Luego abre con audacia la puerta y mata al Dios y a la Diosa. Si tienes éxito en esta empresa, vivirás para siempre en regiones de perpetua bienaventuranza y serás considerado más grande que Hércules, más grande que Prometeo, más grande que el propio Júpiter. La Muerte ya no existirá. Pero mientras avanzas debes repetirme una y otra vez las palabras del mismo encantamiento que hemos usado para traerte hasta ahora a salvo. Si no lo haces, toda nuestra guía habrá sido en vano. El encantamiento se quebrará y te encontrarás en un lugar completamente distinto.» Yo me sentí asustado. Supongo que debo de haber cometido un error en las palabras del hechizo, porque cuando eché la mano hacia atrás para arrojar el pimentero me encontré de pronto aquí, en Roma, en tu palacio imperial, luchando con los guardias, ante la puerta de tu dormitorio. Había fracasado. La Muerte sigue reinando. Algún día un alma más audaz, más serena, deberá asestar ese golpe.

—Los cómplices de Lesbia son astutos —susurró Mesalina—. ¡Qué plan perfecto!

—¿Quién te inició? —pregunté al hombre.

No quiso contestarme, ni siquiera bajo tortura, y no pude obtener mucha información de los guardias de la puerta principal, que eran hombres recientemente incorporados. Dijeron que lo habían dejado pasar porque llevaba puesta la librea de palacio y conocía la contraseña correcta. No pude censurarlos. Había llegado a la puerta en compañía de otros dos hombres, también con librea de palacio, quienes le desearon buenas noches y se alejaron. Me sentí inclinado a creer en el relato del hombre, pero éste insistió en su negativa a decir quiénes habían patrocinado su iniciación en estos presuntos misterios. Cuando le aseguré, con tono de simpatía, que no podían haber sido verdaderos misterios, sino una complicada broma, y que por lo tanto su juramento no lo comprometía a nada, se encolerizó y me habló con suma grosería. Entonces tuvo que ser ejecutado. Y después de un prolongado debate conmigo mismo convine con Mesalina que en bien de la seguridad pública también había que ejecutar a Lesbia. La hice ir a buscar por un destacamento de caballería de la guardia, y al día siguiente me trajeron su



cabeza, en prueba de que estaba muerta. Me resultó muy doloroso tener que ejecutar a una hija de mi querido hermano Germánico, después de haber jurado, ante su lecho de muerte, amar y proteger a todos sus hijos como si fueran propios. Pero me consolé con el pensamiento de que él habría actuado igual que yo, si se hubiese encontrado en mi lugar. Siempre anteponeía la obligación pública a los sentimientos personales.

En cuanto a Séneca, le dije al Senado que a menos que conociese un buen motivo para lo contrario, deseaba que votase su destierro a Córcega. Por lo tanto lo desterraron, concediéndole treinta horas para abandonar Roma y treinta días para salir de Italia. Séneca no era popular entre los senadores. Mientras vivió en Córcega tuvo abundantes oportunidades de practicar la filosofía de los estoicos, a la cual se había convertido por una palabra casual mía, pronunciada una vez en elogio de ellos. Las adulaciones de que era capaz el individuo resultaban realmente repugnantes. Uno o dos años más tarde, cuando mi secretario Polibio perdió un hermano a quien quería mucho, Séneca, que sólo conocía a Polibio superficialmente y a su hermano en modo alguno, le envió, desde Córcega, una larga carta, redactada con cuidado, que al mismo tiempo hizo publicar en la ciudad bajo el título de Consuelo para Polibio. El consuelo adoptó la forma de reprochar con delicadeza a Polibio por ceder a su pena personal ante la muerte de su hermano, mientras yo, César, vivía y gozaba de buena salud y continuaba mostrándole mis favores principescos.

*Mientras César necesite a Polibio —escribía Séneca—, Polibio tiene tanto derecho a derrumbarse como el que tendría el gigante Atlas, de quien se dice que lleva el mundo sobre sus hombros, en obediencia a la voluntad de los dioses.*

*Al propio César, a quien todo le está permitido, muchas cosas le son negadas por ese mismo motivo. Su vigilancia defiende todos los hogares; sus trajines establecen el ocio general; su industria procura la industria cívica; su trabajo nos da el bienestar público. Desde el momento mismo en que César se dedicó a la humanidad, se despojó a sí de sí mismo, y, como las estrellas que perpetuamente recorren su incansable trayectoria, jamás se ha permitido desde entonces descansar o dedicarse a ninguna ocupación propia. Y en cierta forma, Polibio, tu destino está vinculado a su augusto destino, y tampoco tú puedes dedicarte ahora a tus intereses personales, seguir con tus propios estudios. Mientras César sea dueño del mundo, no puedes dedicarte honorablemente al placer, a la pena o a cualquier otra emoción humana. Perteneces por completo a César. ¿No está siempre en tus labios la afirmación de que César te es más caro que tu propia vida? ¿Cómo, pues, tendrías derecho a quejarte de este golpe de la suerte, mientras César sigue viviendo y prosperando?*

Había muchas más referencias a mi maravillosa bondad y piedad, y un pasaje que ponía en mi boca los más extravagantes sentimientos en cuanto a la forma más noble de soportar la pérdida de un hermano. Supuestamente yo citaba la pena de mi abuelo Marco Antonio por la muerte de su hermano Cayo, la de mi tío Tiberio por mi padre, la de Cayo César por el joven Lucio, mi propia pena por mi hermano Germánico, y luego relataba con cuánta valentía habíamos soportado cada uno, por turno, estas calamidades. El único efecto que este fango y miel ejercieron sobre mi fue el de convencerme de que no había perjudicado a nadie con su destierro... salvo quizás a la isla de Córcega.



## Capítulo 13

Los griegos de Alejandría mandaron instrucciones a sus enviados, que todavía se encontraban en Roma, de que me felicitaran por mis victorias en Alemania, se quejaron por la conducta de los judíos para con ellos (había habido un recrudecimiento de las perturbaciones en la ciudad), me pidieran permiso para el restablecimiento del Senado de Alejandría y me ofrecieran una vez más los templos dotados y equipados de sacerdotes. Tenían pensados varios otros honores menores para mí, aparte de ese honor supremo, entre ellos dos estatuas de oro, una que representaba la «Paz de Claudio Augusto» y la otra a «Germánico el Vencedor». Acepté esta última estatua principalmente porque era un honor para mi padre y mi hermano, cuyas victorias habían sido mucho más importantes que las mías, y conquistadas en persona, y porque las facciones de la estatua eran las de ellos, no las mías. (Mi hermano había sido la imagen viviente de mi padre, todos convenían en ello.) Como de costumbre, los judíos enviaron una contraembajada, para felicitar me por mis victorias, agradecerme mi generosidad hacia ellos en la circular que escribí acerca de la tolerancia religiosa para todos los judíos, y para acusar a los alejandrinos de haber provocado nuevos disturbios al interrumpir el culto religioso con danzas y canciones obscenas celebradas frente a las sinagogas, en días sacros. A continuación doy mi respuesta exacta a los alejandrinos, para demostrar cómo manejaba ahora los problemas de este tipo:

*Tiberio Claudio César Augusto Germánico, Emperador, Sumo Pontífice, Protector del Pueblo, Cónsul Electo, a la Ciudad de Alejandría, salud.*

*Tiberio Claudio Barbilo, Apolonio hijo de Artemidoro, Queremón hijo de Leónidas, Marcos Julio Asclépiades, Gayo Julio Dionisios, Tiberio Claudio Fancias, Pasión hijo de Potamón, Dionisio hijo de Sabbion, Tiberio Claudio Apolonio hijo de Aristón, Cayo Julio Apolonio, Hermaisco hijo de Apolonio, vuestros enviados, me han entregado vuestro decreto y hablado largamente sobre la ciudad de Alejandría, recordando la buena voluntad que durante muchos años, como sabéis, he sentido siempre hacia vosotros, porque sois por naturaleza leales a la casa de Augusto, como muchas cosas lo demuestran. En especial ha habido intercambios de pruebas de amistad entre vuestra ciudad y mis familiares inmediatos; sólo necesito mencionar en este sentido a mi hermano Germánico César, cuya buena voluntad hacia vosotros quedó demostrada mejor que por ninguno de nosotros. Fue a Alejandría y os habló con sus propios labios. Por ese motivo acepté gustoso los honores que me ofrecisteis, en fecha reciente, si bien por lo general no soy partidario de estos.*

*En primer lugar os permito que celebréis mi cumpleaños como un «Día de Augusto», en la forma mencionada en vuestra proclama. Luego, acepto que erijáis, en los lugares mencionados, las estatuas dedicadas a mí y a otros miembros de mi familia, porque veo que queréis restablecer recordatorios de vuestra lealtad hacia mi casa, en todas partes. De las dos estatuas de oro, he rechazado la que representa la Paz de Claudio Augusto, hecha por sugestión y a ruego de mi amigo Barbilo, ya que me parece un tanto ofensiva para mis conciudadanos, y ahora tendrá que ser dedicada a la diosa Roma. La otra deberá ser llevada en las procesiones, en la forma que os parezca*

conveniente, en los cumpleaños adecuados, y podréis proporcionarle también un trono, convenientemente adornado. También sería tonto si, a la vez que acepto estos grandes honores de vuestras manos, me negase a introducir una tribu Claudia y sancionar recintos sagrados para cada distrito egipcio. De modo que os permito hacer ambas cosas, y, si lo deseáis, instalar también la estatua ecuestre de mi gobernador Vitrasio Polio. También doy mi consentimiento para la erección de las cuadrigas que queréis establecer en mi honor en las fronteras: una en Taposiris, en Libia; una en Faros, en Alejandría; la tercera en Pelusio, en el Egipto Inferior. Pero debo pedir os que no nombréis un Sumo Sacerdote para mi culto, ni construyáis templos en mi honor, porque no quiero ser ofensivo para mis conciudadanos, y me resulta evidente que los templos y los altares han sido construidos a lo largo de toda la historia en honor de los dioses, como cosa debida a ellos.

En cuanto a los pedidos que os mostráis tan ansiosos de que os conceda, las que siguen son mis decisiones: todos los alejandrinos que hayan alcanzado oficialmente su mayoría de edad antes de que yo llegara a la monarquía, quedan confirmados en su ciudadanía, con todos los privilegios y derechos que ello implica. Las únicas excepciones son los falsarios, nacidos de madres esclavas, que pueden haberse introducido entre los nacidos libres. Y también me place que todos los favores que os fueron concedidos por mis predecesores queden confirmados, así como los favores que os concedieron vuestros antiguos reyes y prefectos de las ciudades, y que el Dios Augusto confirmó. Me place que los ministros del templo del Dios Augusto de Alejandría sean elegidos por suerte, como los ministros del templo de Canopus. Alabo vuestro plan de hacer que las magistraturas municipales sean trienales, porque me parece una cosa sensata. Los magistrados se comportarán con mayor prudencia durante la duración de sus funciones, si saben que cuando éstas terminen deberán rendir cuentas de todo acto de desgobierno de que puedan haber sido culpables. En cuanto al problema de restablecer el Senado, no puedo decir ahora cuál era vuestra costumbre bajo los Tolomeo, pero sabéis tan bien como yo que no tuvisteis un Senado bajo ninguno de mis predecesores de la Casa de Augusto. Como esta es una proposición absolutamente nueva y no estoy seguro de si resultará para beneficio vuestro o mío adoptarla, he escrito al prefecto de vuestra ciudad, Emilio Recto, para que realice una investigación y me informe de si es preciso organizar una orden senatorial, y en ese caso, en qué forma hay que organizarla.

En cuanto al problema de quién debe cargar con la responsabilidad de los recientes motines y de los choques o —para hablar con franqueza— de la guerra que se ha librado entre vosotros y los judíos, no he querido comprometerme a una decisión en este asunto, si bien vuestros enviados, en especial Dionisio, hijo de Teón, defendieron vuestra causa con gran espíritu, en presencia de sus oponentes judíos. Pero me reservo una severa indignación contra cualquiera de las partes que haya iniciado esta nueva perturbación, y quiero que entendáis que si ambos bandos no desisten de esta hostilidad destructiva y obstinada, me veré obligado a demostraros qué puede hacer un gobernante benévolo cuando es provocado a una cólera justiciera. Por lo tanto os ruego una vez más, alejandrinos, que mostréis una amistosa tolerancia hacia los judíos que han sido vuestros vecinos en Alejandría durante tantos años, y que no ultrajéis sus sentimientos mientras están dedicados al culto de su dios de acuerdo con sus ritos ancestrales. Permitidles practicar todas sus costumbres nacionales como en la época del Dios Augusto, porque los he confirmado en sus derechos a hacerlo después de una audiencia imparcial de ambas partes en disputa. Por otra parte, deseo que los judíos no traten de obtener nuevos privilegios, aparte de los que ya tienen, y que jamás vuelvan a enviarme una embajada distinta, como si vosotros y ellos vivieseis en ciudades distintas

—¡procedimiento inaudito!—, ni inscriban competidores para pruebas atléticas u otras en los Juegos Públicos. Deben conformarse con lo que ya tienen, gozar de la abundancia proporcionada por una gran ciudad, de la cual no son los habitantes primitivos; y no deben introducir más judíos de Siria o de otras partes de Egipto en la ciudad, o caerán más profundamente bajo mi sospecha que habita este momento. Si no tienen en cuenta esta advertencia, me vengaré de ellos por fomentar de modo deliberado una plaga mundial. Por lo tanto, mientras ambas partes se abstengan de este antagonismo y vivan en mutua tolerancia y buena voluntad, me comprometo a mostrar la misma solicitud amistosa por los intereses de Alejandría que mostró mi familia en el pasado.

Debo atestiguar aquí el constante celo que en defensa de vuestros intereses ha mostrado una vez más mi amigo Barbilo en sus esfuerzos a vuestro favor. Y también un celo similar por parte de mi amigo Tiberio Claudio Arquibo.

SALUD.

Este Barbilo era un astrólogo de peso, en cuyos poderes Mesalina tenía una fe absoluta, y debo admitir que era un individuo sumamente listo, que sólo iba a la zaga del gran Trasilo en la exactitud de sus pronósticos. Había estudiado en la India y entre los caldeos. Su fervor por Alejandría se debía a la hospitalidad que los principales hombres de la ciudad le mostraron cuando se vio obligado, muchos años antes, a partir de Roma, porque Tiberio había desterrado de Italia a todos los astrólogos y adivinos, con la excepción de su favorito Trasilo.

Uno o dos meses después recibí una carta de Herodes, en la que me felicitaba formalmente por mis victorias, por el nacimiento de mi hijo y por haber conquistado el título de emperador por mis victorias en Alemania. Incluía su habitual carta personal:

*¡Qué gran guerrero eres, Tití, por cierto! No tienes más que aplicar la pluma al papel y ordenar una campaña, ¡y en el acto ondulan las banderas, las espadas salen de sus vainas, las cabezas ruedan por el pasto, las ciudades y los templos quedan envueltos en llamas! ¡Qué terrible destrucción causarías si algún día montases sobre un elefante y salieses en persona al campo de batalla! Recuerdo que tu querida madre habló una vez de ti, con no muchas esperanzas, como del futuro conquistador de la isla de Bretaña. ¿Por qué no? Por mi parte, no deseo triunfos militares. La paz y la seguridad son lo único que pido. Estoy ocupado poniendo a mi dominio en situación de defenderse de una posible invasión de los partos. Cypros y yo estamos muy dichosos y bien, lo mismo que los niños. Están aprendiendo a ser buenos judíos. Lo hacen mucho mejor que yo, porque son más jóvenes. De paso, no me gusta Vibio Marso, tu nuevo gobernador de Siria. Temo que él y yo reñiremos un día de estos, muy pronto, si no se mete en sus propias cosas. Lamenté mucho que el período de Petronio hubiese terminado. Era un buen sujeto. El pobre Silas sigue encarcelado. Sin embargo le he dado la celda más agradable posible, y le concedí materiales para escribir, como vía de escape para sus sentimientos contra mi ingratitud. Nada de pergamino o de papel, por supuesto, sino sólo una tablilla de cera, de modo que cuando llega al final de una queja, tiene que borrarla antes de empezar con la siguiente.*

*Eres muy popular aquí, entre los judíos, y las severas frases de tu carta a los alejandrinos no fueron echadas en saco roto. Los judíos son rápidos para leer entre líneas. Por mi antiguo amigo Alejandro el alabárca he sabido que circularon varias copias en los distintos barrios de Alejandría, para ser exhibidas, con el siguiente endoso del prefecto de la ciudad:*

*Proclama de Lucio Emilio Recto.*

*Como el pueblo, debido a su gran número, no puso asistir a la lectura de la sacratísima y graciosa carta a la ciudad, me ha parecido necesario exhibirla públicamente, de modo que los lectores puedan admirar la Majestad de nuestro dios César Augusto, y demostrar su gratitud por la buena voluntad de El hacia la ciudad.*

*Decimocuarto día de Augusto, en el segundo año del reinado de Tiberio Claudio César Augusto Germánico, emperador.*

*Te convertirán en Dios a pesar de ti mismo, pero conserva tu salud y tu ánimo, come bien, duerme bien, y no confíes en nadie.*

EL BANDIDO

La burla escolar de Herodes en cuanto a la facilidad con que yo había conquistado mi título de emperador me hería en un lugar sensible. Su recuerdo de la frase de mi madre influía también sobre mí: me hería en un lugar supersticioso. En una ocasión — muchos años antes— ella había declarado, en un raptó de disgusto, cuando le hablaba acerca de mi proposición para el agregado de tres nuevas letras al alfabeto latino: Hay tres cosas claramente imposibles en este mundo: la primera, que las tiendas lleguen de un lado a otro de la bahía de Nápoles; la segunda, que conquistes la isla de Bretaña; la tercera, que una sola de tus ridículas letras nuevas sea puesta alguna vez en circulación». Y sin embargo la primera cosa imposible ya había sucedido... el día que Calígula construyó su famoso puente de Bauli a Puteoli y lo flanqueó de tiendas. La tercera cosa imposible podría ser puesta en práctica cualquier día que se me ocurriese, nada más que con pedir el permiso del Senado... ¿Y por qué no la segunda?

Varios días después llegó una carta de Marso con la indicación de «Urgente y confidencial». Marso era un gobernador capaz, y un hombre recto, si bien un compañero muy poco agradable: reservado, frío en sus modales, perpetuamente sarcástico y sin locuras ni vicios. Yo le había ofrecido su nombramiento en gratitud por el papel destacado que desempeñó más de veinte años antes, mientras mandaba un regimiento en Oriente, en lo referente a llevar a Piso ante el tribunal por el asesinato de mi hermano Germánico. Me escribía:

*...Mi vecino, tu amigo el rey Herodes Agripa, está fortificando a Jerusalén, según se me informa. Quizá tengas conocimiento de ello, pero te escribo para dejar claramente establecido que para cuando las fortificaciones queden terminadas la ciudad será inexpugnable. No quiero hacer acusaciones de deslealtad contra tu amigo el rey Herodes, pero como gobernador de Siria veo el asunto con alarma. Jerusalén domina el camino a Egipto, y si cayese en manos irresponsables Roma se encontraría en grave peligro. Se dice que Herodes teme una invasión de los partos. Sin embargo, ya se ha protegido ampliamente contra esta improbable eventualidad, por medio de una secreta alianza con sus reales amigos de la frontera de Partía. Sin duda tú apruebas sus amistosas relaciones con los fenicios: ha hecho enormes regalos a la ciudad de Beirut y está construyendo allí un anfiteatro y también pórticos y baños públicos. Me resulta difícil comprender los motivos que tiene para festejar a los fenicios. Pero por el momento los principales hombres de Tiro y Sidón parecen tener poca confianza en él. Quizá tengan buenos motivos para ello; no soy yo el que debe decirlo; a riesgo de incurrir en tu desagrado, continuaré informando acerca de los acontecimientos políticos que se desarrollan al sur y al este de mi comando, a medida que me entere de ellos.*

La lectura de esto resultaba muy incómodo, y mi primer sentimiento fue de cólera contra Marso por perturbar mi confianza en Herodes. Pero cuando pensé un poco las cosas, el sentimiento se convirtió en gratitud. No sabía qué pensar acerca de Herodes. Por una parte, estaba seguro de que cumpliría con el juramento de amistad, hecho públicamente en la plaza del Mercado. Por otra parte, resultaba evidente que estaba dedicado a algún plan privado, que en el caso de cualquier otro hombre yo hubiese considerado indudablemente pérfido. Me alegré de que Marso mantuviese los ojos abiertos. No dije nada del asunto a nadie, ni siquiera a Mesalina, y escribí a Marso: «He recibido tu carta. Sé discreto. Infórmame de nuevos acontecimientos». A Herodes le escribí una astuta carta:

*Probablemente seguiré tu bondadoso aviso en cuanto a Bretaña, mi querido Bandido, y si invado la infortunada isla lo haré por cierto montado en un enorme elefante. Será el primer elefante que vean en Bretaña, y sin duda provocará una gran admiración.*

*Me alegro de enterarme de las buenas noticias referentes a tu familia. No te preocupes por ellos en relación con la invasión de los panos. Si tengo noticias de alguna dificultad en ese sentido, haré que alguien vaya a Lyon y le pida a tu tío Antipas que salga y aplaste la invasión, ataviado con su armadura número 70.001. De modo que Cypros puede dormir tranquila por la noche, y tú puedes dejar de trabajar en tus fortificaciones de Jerusalén. No queremos que Jerusalén sea demasiado fuerte, ¿no es cierto? Supongamos que tus bandidoscos primos de Edom hiciesen una repentina Incursión y lograsen introducirse en Jerusalén, antes de que tú hubieses terminado el bastión final... pues nunca podríamos volver a sacarlos, ni siquiera con máquinas de sitio, tortugas y arietes... Y además, ¿qué me dices de la ruta comercial a Egipto? Lamento que no te guste Vibio Marso. ¿Qué tal va tu anfiteatro en Beirut? Aceptaré tu consejo en cuanto a no confiar absolutamente en nadie, con las posibles excepciones de la querida Mesalina, de Vitelio, de Rufrio y de mi antiguo compañero de estudios, El Bandido, en cuyas autoacusaciones de granujería nunca he creído ni creeré, y de quien siempre seré el afectuoso.*

*TITÍ*

Herodes contestó con su habitual estilo burlón, como si las fortificaciones no le interesasen en un sentido u otro. Pero debe de haber sabido que mi juguetona carta no era tan juguetona como pretendía ser, y debe de haber sabido también que Marso me escribía acerca de él. Marso contestó brevemente a mi lacónica nota, informándome que los trabajos en las fortificaciones habían quedado interrumpidos.

En marzo, cuando se inicia el Año Nuevo, ocupé mi segundo consulado, pero renuncié al puesto dos meses más tarde, en favor del senador siguiente. Estaba demasiado atareado para dedicarme a los trabajos de rutina que el puesto implicaba. Fue el año en que nació mi hija Octavia, el año del levantamiento de Viniciano-Excriboniano, y el año en que agregué Marruecos al imperio como Año 42 provincia. Primero hablaré brevemente sobre lo que ocurrió en Marruecos. Los moros se habían levantado a las órdenes de un general capaz llamado Salabo, quien los dirigió en la campaña anterior. Paulino, que comandaba las fuerzas romanas, asoló el país hasta los montes Atlas, pero no pudo encontrarse con el propio Salabo y sufrió fuertes pérdidas por emboscadas y ataques nocturnos. Pronto terminó su plazo de comando y tuvo que volver a Roma. Fue reemplazado por cierto Hosidio Geta, a quien ordené, antes de que partiese, que no permitiese que Salabo se convirtiese en otro Tacfarinas. (Tacfarinas era

el númera que, bajo el reinado de Tiberio, había hecho que tres generales romanos conquistasen la corona de laureles, al permitirles vencerlo en encuentros aparentemente decisivos, pero que siempre aparecía con su ejército reconstruido en cuanto se retiraban las fuerzas romanas. Pero un cuarto general terminó el asunto, atrapando y matando al propio Tacfarinas.) Le dije a Geta:

—No te conformes con éxitos parciales. Busca la fuerza principal de Salabo, aplástala, y mata o captura a Salabo. Persíguelo por todo el África si es necesario. Si se introduce en el corazón del país, donde dicen que las cabezas de los hombres les nacen de las axilas, pues síguelo hasta allí. Lo reconocerás fácilmente porque tendrá la cabeza en un lugar distinto. —También le dije a Geta—: No trataré de dirigir tu campaña, pero una palabra de consejo: no te ates a reglas rígidas de campañas, como Elio Galo, el general de Augusto, que marchó a la conquista de Arabia como si Arabia fuese una segunda Italia o Germania. Cargó a sus hombres con las habituales herramientas para cavar trincheras, y pesadas corazas, en lugar de odres de agua y raciones extra de cereales, e incluso llevó consigo un tren de máquinas de sitio. Cuando el cólico atacó a los hombres y éstos comenzaron a hervir el agua que encontraban en los pozos para poder bebería con más tranquilidad, Elio se precipitó sobre ellos y les gritó: «¡Qué, hirviendo el agua! ¡Ningún disciplinado soldado romano hierve su agua! ¿Y usando boñiga seca como combustible? ¡Inaudito! ¡Los soldados romanos juntan leña o se la pasan sin fuego!» Perdió la mayor parte de sus fuerzas. El interior de Marruecos es también un lugar peligroso. Adapta tus tácticas y tu equipo al país.

Geta siguió mi consejo en la forma más literal. Persiguió a Salabo de extremo a extremo de Marruecos, derrotándolo dos veces, y en la segunda ocasión estuvo muy cerca de capturarlo. Salabo luego huyó a los montes Atlas y los cruzó hacia el desierto inexplorado del otro lado, ordenando a sus hombres que defendiesen el paso mientras él reunía refuerzos entre sus aliados, los nómadas del desierto. Geta dejó un destacamento cerca del paso, y con los más audaces de sus hombres atravesó otro más difícil, situado a unos pocos kilómetros más allá, en leal búsqueda de Salabo. Había llevado consigo tanta agua como sus hombres y sus muías podían acarrear, y redujo su equipo al mínimo posible. Calculaba que podía encontrar agua en alguna parte. Pero siguió las zigzagueantes huellas de Salabo por las arenas del desierto durante más de 300 kilómetros, antes de llegar a ver siquiera una mata de espinos. El agua comenzó a acabarse y los hombres a debilitarse. Geta ocultó su ansiedad, pero se dio cuenta de que incluso aunque retrocediera en ese mismo momento, y abandonase toda esperanza de capturar a Salabo, no le quedaba agua suficiente para volver. El Atlas estaba a 150 kilómetros de distancia, y sólo un milagro divino podría salvarlos.

Ahora bien, en Roma, cuando hay una sequía, sabemos cómo hay que convencer a los dioses para que envíen la lluvia. Existe una piedra negra llamada la Piedra que Gotea, capturada primitivamente a los etruscos, y guardada en un templo de Marte, fuera de la ciudad. Vamos en solemne procesión, la sacamos del templo y la llevamos a la ciudad, donde le echamos agua encima, entonando encantamientos y realizando sacrificios. En seguida cae siempre una lluvia... a menos que se haya cometido el más leve error en el ritual, como con frecuencia sucede. Pero Geta no tenía consigo una Piedra que Gotea, de modo que estaba irremediablemente perdido. Los nómadas acostumbraban a pasarse sin agua durante varios días, y además conocen el país a la perfección. Empezaron a acercarse a las fuerzas romanas; tajearon, mataron, desnudaron y mutilaron a unos pocos rezagados, a quienes el calor había vuelto locos. Geta tenía consigo un ordenanza negro que había nacido en ese mismo desierto, que fue vendido como esclavo a los moros. No podía recordar dónde estaba el pozo más cercano, porque fue vendido cuando era un niño. Pero le dijo a Geta:



—General, ¿por qué no le rezas al Padre Gwa-Gwa?

Geta le preguntó quién era esa persona. El hombre le contestó que era el Dios de los Desiertos, que hacía llover en tiempos de sequía. Geta dijo:

—El emperador me dijo que adecuase mis técnicas al país. Dime cómo debo invocar al Padre Gwa-Gwa y lo haré en el acto.

El ordenanza le dijo que tomase una ollita, la enterrase hasta el cuello en la arena y la llenase de cerveza, diciendo, mientras los hacía: «Padre Gwa-Gwa, te ofrecemos cerveza». Luego los hombres debían llenar sus recipientes con toda el agua que llevasen en los odres, reservando sólo lo bastante para mojar los dedos y salpicar el suelo. Después todos debían beber y bailar y adorar al Padre Gwa-Gwa, salpicando el agua hasta la última gota que quedara en los odres. El propio Geta debía cantar: «¡Así como salpicamos este agua, así caiga la lluvia! Hemos bebido hasta la última gota, padre. No queda nada. ¿Qué quieres que hagamos? ¡Bebe cerveza, Padre Gwa-Gwa, y haz aguas para nosotros, tus hijos, o morimos!» Porque la cerveza es un poderoso diurético y esos nómadas tenían las mismas nociones teológicas que los primeros griegos, quienes consideraban que Júpiter hacía aguas cuando llovía. De modo que la misma palabra (con una simple diferencia de género) se utilizaba en griego para referirse al Cielo y al orinal. Los nómadas consideraban que el dios podía ser estimulado a hacer aguas en forma de lluvia, si se le ofrecía un trago de cerveza. Las salpicaduras de agua, como nuestras propias frustraciones, eran para demostrarle cómo caía la lluvia, por si lo había olvidado.

Desesperado, Geta reunió a sus maltrechas fuerzas y preguntó si alguien tenía un poco de cerveza consigo. Y por suerte un grupo de auxiliares germanos tenía un par de litros atesorados en un odre. Los habían llevado consigo porque la preferían al agua. Geta hizo que se la entregaran. Luego distribuyó equitativamente toda el agua que quedaba, pero reservó la cerveza para el Padre Gwa-Gwa. Las tropas bailaron y bebieron el agua y salpicaron las necesarias gotas en la arena, mientras Geta formulaba la fórmula de invocación. El Padre Gwa-Gwa (su nombre en apariencia significa «agua») se sintió tan encantado e impresionado por el honor que le hacía esa imponente fuerza de desconocidos, que el cielo se oscureció de inmediato con nubes de lluvia y cayó un aguacero que duró tres días y convirtió todos los hoyos de la arena en rebosantes tanques de agua. El ejército se salvó. Los nómadas, tomando las abundantes lluvias como una innegable señal del favor del Padre Gwa-Gwa hacia los romanos, se acercaron humildemente con ofrecimientos de alianza. Geta los rechazó a menos que le entregasen primero a Salabo. Este le fue llevado muy pronto al campamento, amarrado. Se intercambiaron numerosos regalos entre Geta y los nómadas, y se firmó un tratado. Luego Geta marchó sin más pérdida de tiempo a las montañas, donde sorprendió a los hombres de Salabo, quienes defendían todavía el paso, por la retaguardia, matando o capturando a todo el destacamento. Las otras fuerzas moriscas, al ver que su dirigente era llevado a Tánger como prisionero, se entregaron sin seguir luchando. De modo que uno o dos litros de cerveza habían salvado la vida de más de 2.000 romanos y conquistado una provincia nueva para Roma. Ordené que se dedicase un altar al Padre Gwa-Gwa en el desierto de más allá de las montañas, donde él gobernaba. Y Marruecos, que dividí en dos provincias —Marruecos occidental, con capital en Tánger, y Marruecos oriental con capital en Cesárea—, tuvo que proporcionarle un tributo anual de cien odres de la mejor cerveza. Conseguí a Geta ornamentos triunfales, y habría pedido al Senado que le confiriese el título hereditario de Mauro («de Marruecos»), si no se hubiese extralimitado en sus poderes al ejecutar a Salabo en Tánger sin consultar primero conmigo. No había necesidad alguna para ese acto; sólo lo hizo por vanagloria.

Acabo de mencionar el nacimiento de mi hija Octavia. Mesalina había llegado a ser muy cortejada por el Senado y el Pueblo, porque se sabía muy bien que yo delegaba en ella la mayor parte de los deberes que me incumbían en mi capacidad de Director de Moral Pública. En teoría actuaba sólo como mi consejera, pero, como ya he explicado, poseía un duplicado del sello para ratiñar los documentos. Y dentro de ciertos límites yo le permitía decidir qué caballeros o senadores podía degradar por delitos sociales y a quiénes debía designar para las vacantes que quedaban. Ahora también había emprendido la laboriosa tarea de decidir respecto de la capacidad de todos los candidatos a la ciudadanía romana. El Senado quiso votarle el título de Augusta, y convirtió el nacimiento de Octavia en el pretexto. A pesar de que yo quería mucho a Mesalina, no me parecía que se hubiese ganado todavía ese honor. Era algo que debía esperar cuando llegase a su mediana edad. Por el momento sólo tenía 17 años, en tanto que mi abuela Livia sólo había conquistado el título después de su muerte, y mi madre en su vejez. De modo que se lo negué. Pero los alejandrinos, sin pedirme permiso —y una vez que el asunto estaba hecho no podía deshacerlo—, acuñaron una moneda con mi cara en el anverso, y en el reverso un retrato de cuerpo entero de Mesalina, ataviada como la diosa Démeter, sosteniendo en la palma de la mano dos estatuillas que representaban a su hijo y su hija, y en la otra una espiga de trigo que representaba a la fertilidad. Este era un adulador juego de palabras con el nombre Mesalina: la palabra latina *messis* significa cosecha de trigo. Ella se sintió encantada.

Una tarde vino tímidamente a verme, me miró a la cara sin decir nada y al cabo preguntó, claramente turbada y después de una o dos tentativas:

—¿Me quieres, mi queridísimo esposo? Le aseguré que la quería más que a ninguna otra persona en el mundo.

—¿Y cuáles me dijiste el otro día que eran los Tres Pilares principales del Templo del Amor?

—Te dije que el Templo del Verdadero Amor estaba basado en tres pilares: la bondad, la franqueza y la comprensión. O más bien cité al filósofo Mnasalco, que fue quien lo dijo.

—Entonces tendrás que mostrarme la mayor bondad y comprensión que tu amor es capaz de demostrar. Mi amor tendrá que proporcionar solamente la franqueza. Iré directamente al grano. Si no te es demasiado difícil, ¿querrías... podrías... permitirme dormir en un dormitorio aparte del tuyo, durante un tiempo? No es que no te quiera tanto como tú a mí, sino que ahora que hemos tenido dos hijos en menos de dos años de matrimonio, ¿no te parece que deberíamos esperar un poco antes de correr el riesgo de tener un tercero? Estar embarazada es una cosa muy desagradable. Por la mañana siento mareos y acidez, se me arruina la digestión, y creo que no puedo volver a pasar otra vez por eso. Y, para serte franca, aparte de este temor, en cierto sentido me siento menos apasionada hacia ti que antes. Juro que te amo tanto como siempre, pero ahora más bien como a mi querido amigo y padre de mis hijos que como a mi amante. El tener hijos agota mucho las emociones de una mujer, supongo. No te oculto nada. Me crees, ¿no es cierto?

—Te creo y te amo.

Me acarició la cara.

—No soy una mujer común, ¿no es cierto?, cuya ocupación no es otra que la de tener hijos y más hijos hasta quedar agotada. Soy tu esposa, la esposa del emperador, y te ayudo en tu tarea imperial, y eso debe tener precedencia sobre todo lo demás, ¿no es verdad? El embarazo impide espantosamente el trabajo.

Yo le respondí, con cierta tristeza:

—Por supuesto, queridísima, si de veras sientes eso, no pertenezco al tipo de esposo que puede insistir en obligarte a hacer algo. ¿Pero es realmente necesario que durmamos separados? ¿No podríamos por lo menos ocupar la misma cama y hacernos compañía?

—Oh Claudio —exclamó ella casi llorando—, me ha resultado bastante difícil decidirme a pedirte esto, porque te quiero tanto y no deseo herirte en lo más mínimo. No me lo hagas más difícil. Y ahora que te he dicho con franqueza cómo me siento, ¿no te resultaría terriblemente espantoso si tuvieses una necesidad violentamente apasionada de mí mientras durmiéramos juntos, y yo no pudiese responderte con honradez? Si te rechazara, eso sería tan destructivo para nuestro amor como si volviese a ceder contra mi voluntad. Y estoy segura de que tú sentirías muchos remordimientos después, si sucediese algo que destruyera mi amor por ti. No, ¿no entiendes cuánto mejor será que durmamos aparte hasta que sienta por ti lo que solía sentir? Supongamos que, nada más que para distanciarme de la tentación, me mudase a mis habitaciones del Palacio Nuevo. Es más conveniente para mi trabajo que esté allí. Puedo levantarme por las mañanas e ir directamente a mis papeles. Estoy muy atrasada con mi Lista de Ciudadanos.

—¿Cuánto tiempo crees que estarás alejada de mí? —la interrogué.

—Ya veremos cómo resulta esto —respondió, besándome la nuca con ternura—. Oh, cuánto me alivia que no te enojés, ¿Cuánto tiempo? Oh, no sé. ¿Tiene tanta importancia? En fin de cuentas el sexo no es esencial para el amor, si existe otro fuerte vínculo entre los amantes, como por ejemplo, la búsqueda idealista de la Belleza o la Perfección. Estoy de acuerdo con Platón en ese sentido; él creía que el sexo era un obstáculo para el amor.

—Se refería al amor homosexual —le repliqué, tratando de no parecer deprimido.

—Bien, querido mío —dijo con ligereza—, yo hago el trabajo de un hombre, lo mismo que tú, y por lo tanto viene a ser algo parecido, ¿no es cierto? Y en cuanto al idealismo común, es preciso ser en verdad muy idealistas para pasar por todo este trajín en nombre de una presunta perfección política, ¿no es verdad? Bien, ¿estamos de acuerdo? ¿Serás realmente bueno, mi querido Claudio, y no insistirás en que comparta tu cama... quiero decir, en un sentido literal? Pero en todo otro sentido sigo siendo tu cariñosa y pequeña Mesalina, y recuerda que pedirte ha sido muy, pero muy doloroso.

Le dije que la respetaba y amaba mucho más por su franqueza, y que, por supuesto, hiciera lo que le pareciese. Pero que, naturalmente, esperaría con impaciencia el momento en que volviese a sentir por mí lo que había sentido otrora.

—Oh, por favor, no seas impaciente —exclamó ella—. Esto lo hace mucho más difícil para mí. Si te muestras impaciente sentiré que soy perversa contigo y quizá fingiré sentimientos que no tengo. Puede que sea una excepción, pero en cierta manera el sexo no significa mucho para mí. Sospecho, sin embargo, que muchas mujeres se aburren con eso... sin dejar de amar a sus esposos o de querer que ellos las amen. Pero siempre continuaré sospechando de otras mujeres. Si tú tuvieses relaciones con otras mujeres, creo que enloquecería de celos. No es que me moleste el pensamiento de que te acuestes con otra. Es el temor de que puedas llegar a amarla más que a mí, y no sólo a considerarla como un agradable desahogo sexual, y que después quieras divorciarte de mí. Quiero decir: si te acostaras de vez en cuando con una hermosa criada, o con una mujer bonita y limpia, de rango lo bastante inferior como para que yo no tenga celos de ella, me alegraría, me alegraría de veras, pensar que te divertirás con ella. Y si tú y yo nos volvemos a acostar alguna otra vez, no consideraría que algo se hubiese interpuesto entre nosotros; pensaría simplemente que se trataba de una medida que habías tomado en bien de tu salud, como una purga o un emético. No espero ni siquiera que me digas el nombre de la mujer; en rigor prefiero que no lo hagas, siempre que primero me

prometas no tener nada que ver con ninguna acerca de la cual tenga derecho a sentirme celosa. ¿No fue así como dijo Livia que sentía con respecto de Augusto?

—Sí, en cierto modo. Pero ella nunca lo amó de veras. Así me lo dijo. Por eso le resultó más fácil mostrarle ciertas atenciones. Solía elegir jóvenes del mercado de esclavas, y se las llevaba en secreto a su habitación, por la noche. Y en su mayoría eran sirias, según creo.

—Bien, tú no me pides que haga eso, ¿no es cierto? En fin de cuentas soy un ser humano.

Así fue como jugó Mesalina, con suma inteligencia y crueldad, con mi ciego amor hacia ella. Se mudó al Palacio Nuevo esa misma noche. Y durante mucho tiempo no volví a decir nada, en la esperanza de que regresara alguna vez a mí. Pero ella tampoco dijo nada, y solo indicaba con su tierna conducta que existía entre nosotros una delicada comprensión. Como una gran concesión, a veces, consentía en acostarse conmigo. Pasaron siete años antes de que me enterase siquiera de una palabra de lo que sucedía en sus habitaciones del Palacio Nuevo, cuando el viejo cornudo de su esposo trabajaba o roncaba en su cama del Palacio Viejo.

Y esto me trae a la historia del destino de Appio Silano, un ex cónsul que había sido gobernador de España durante el reinado de Calígula. Se recordará que el casamiento con este Silano fue organizado por Livia como un soborno para que Emilia traicionara a Postumo. Emilia era la biznieta de Augusto, y de joven estuve casi a punto de casarme con ella. Por intermedio de Emilia, Silano llegó a ser padre de tres niños y dos niñas, ahora todos crecidos. Salvo Agripinila y su hijito, eran los únicos descendientes vivos de Augusto. Tiberio había considerado a Silano como un peligro debido a sus ilustres vinculaciones, y consiguió hacer que lo acusaran de traición, en compañía de varios otros senadores, incluso Viniciano. Pero las pruebas contra ellos se derrumbaron y se libraron sin otra cosa que un buen susto. A la edad de 16 años Silano era el joven más hermoso de Roma; a los 56, seguía siendo notablemente bien parecido, con un cabello apenas entrecano, mirada brillante y porte como los de un hombre en la flor de la edad. Era ahora un viudo, ya que Emilia había muerto de cáncer. Una de sus hijas, Calvina, se había casado con un hijo de Vitelio.

Un día, poco antes del nacimiento de la pequeña Octavia, Mesalina me dijo:

—El hombre a quien realmente necesitamos en Roma es Appio Silano. Quiero que lo llames y lo tengas permanentemente en palacio como consejero. Es notablemente inteligente, y derrocha su talento en España.

—Sí, no es un mal plan —respondí—. Admiro a Silano, y es un hombre de gran influencia en el Senado. ¿Pero cómo podemos convencerlo de que venga a vivir con nosotros? No podemos introducirlo en el palacio como un nuevo secretario o contador. Es preciso encontrar alguna especie de pretexto honorable para su presencia.

—He pensado en eso, y tengo una idea brillante. ¿Por qué no vincularlo a la familia, casándolo con mi madre? A ella le gustaría casarse con él; solo tiene 33 años, y es tu suegra, de modo que será un gran honor para Silano. Dime qué te parece esta buena idea.

—Si a tu madre le parece...

—Ya se lo he preguntado y dice que se sentirá encantada.

Por lo tanto Silano vino a Roma y lo hice casarse con Domicia Lépidia, la madre de Mesalina, y les destiné habitaciones en el palacio nuevo, al lado de las de Mesalina. Pronto advertí que Silano se sentía muy incómodo conmigo. Hacía rápidamente todo lo que le pedía, como por ejemplo efectuar visitas por sorpresa a los tribunales inferiores, en mi nombre, para cuidar de que la justicia se administrase con corrección, o inspeccionar e informar en cuanto a las condiciones de vivienda en los barrios más

pobres de la ciudad, o asistir a la subasta pública de las propiedades confiscadas por el Estado, a fin de que los subastadores no recurriesen a treta alguna. Pero parece que no podía mirarme a la cara, y siempre eludía toda intimidad conmigo. Me sentí mas bien ofendido. Pero en fin de cuentas no podía esperarse de mí que adivinara la verdad, que era la de que Mesalina solo me había pedido que llamase a Silano de España porque había estado enamorada de él de niña, y que lo casó con su madre nada más que para poder estar con él sin necesidad de pretextos, y que desde su llegada le había insistido en que se acostara con ella. ¡Imagínense! ¡Su propio padrastro, un hombre cinco años mayor que yo, con una nieta no mucho más joven que la propia Mesalina! Naturalmente, sus modales para conmigo eran extraños, ya que Mesalina le había dicho que se mudó al palacio Nuevo por orden mía, y que yo le había sugerido que debía convertirse en amante de él. Le explicó que yo quería tenerla divertida mientras me complacía en unos tontos amoríos con esa Julia, antes esposa de mi sobrino Nerón, a quien solíamos llamar Helena para distinguirla de las otras Julias, pero que ahora llamábamos Heluo porque era una glotona. En apariencia Silano creyó en la historia, pero se negó firmemente a acostarse con su nuera, a pesar de su belleza, ni siquiera por orden del emperador. Dijo que tenía una naturaleza amorosa, pero no impía.

—Te doy diez días para que te decidas —le amenazó Mesalina—. Si te niegas, al final del plazo se lo diré a Claudio. Ya sabes cuan vano se ha vuelto desde que lo hicieron emperador. No le gustará saber que desairaste a su esposa. Estoy seguro de que te matará, ¿no es cierto, madre?

Domicia Lépidia se encontraba absolutamente dominada por Mesalina, y la respaldó. Silano les creyó. Sus experiencias bajo los reinados de Tiberio y Calígula lo habían convertido en un antimonárquico secreto, si bien no se mezclaba mucho en política. Creía firmemente que nadie podía encontrarse ahora a la cabeza del Estado sin ceder muy pronto a la tiranía, a la crueldad y la codicia. Al noveno día no había cedido aún ante Mesalina, pero cayó en tal estado de desesperación nerviosa, que, según parece, había decidido matarla. Esa tarde mi secretario Narciso fue testigo del estado frenético de Silano. Lo encontró en el corredor de palacio y lo oyó mascullar ininteligiblemente, para sí: «Casio Querea... Viejo Casio. Hazlo, pero no solo». Narciso estaba atareado en ese momento, haciendo mentalmente no sé qué cálculos, y escuchó las palabras pero no les prestó atención. Se le quedaron en la mente, y, como sucede a menudo en casos de esa naturaleza, esa noche, cuando se acostó sin haber vuelto a pensar en ellas, se le aparecieron en sueños y se convirtieron en una imagen aterradora de Casio Querea entregando a Silano su espada ensangrentada y gritando «¡Hazlo! ¡Golpea! ¡Mata! ¡El viejo Casio está contigo! ¡Muerte al tirano!». Entonces Silano se precipitaba sobre mí y me hacía pedazos. El sueño fue tan vivido y violento, que Narciso saltó de la cama y llegó corriendo hasta mi habitación para contármelo.

El choque que significó el hecho de que me despertasen de pronto antes del alba, y me contaran con voz aterrorizada la pesadilla —yo dormía a solas, y no muy bien—, me cubrió de un frío sudor de espanto. Pedí que encendieran luces —cientos de luces—, y en el acto mandé llamar a Mesalina. Ella también se sintió aterrada ante esa repentina llamada, temerosa de que la hubiese descubierto, supongo. Debe de haber sentido un gran alivio cuando lo único que le conté fue el sueño de Narciso. Se estremeció.

—¡No! ¿De veras soñó eso? ¡Oh cielos! ¡Es la misma terrible pesadilla que he estado tratando de recordar todas las mañanas desde los últimos siete días! Siempre me despierto gritando, pero no puedo recordar por qué grito. Debe de ser cierto. Por supuesto. Es una advertencia divina. Manda a buscar a Silano de inmediato y oblígalo a confesar. Salió corriendo de la habitación para darle el mensaje a uno de sus libertos. Ahora sé que le ordenó que dijese:

—Los diez días han terminado, el emperador te ordena que te presentes inmediatamente ante él y te pide una explicación.

El liberto no entendió a qué diez días se refería, pero entregó el mensaje despertando a Silano. Este exclamó:

—¿Que vaya? ¡Por supuesto que iré!

Se vistió de prisa, metiéndose algo entre los pliegues de la túnica, y corrió, tropezando, con la mirada de un loco, delante del mensajero, hacia mis habitaciones. El liberto estaba alerta. Detuvo a un esclavo.

—Corre como un rayo a la cámara del Concejo y diles a los guardias que registren a Appio Silano cuando llegue.

Los guardias encontraron la daga oculta y lo arrestaron. Yo lo juzgué allí mismo. Por supuesto, era imposible que explicase el asunto de la daga, pero le pregunté si tenía algo que decir en su defensa. Su única defensa consistió en gritar y farfullar frases inarticuladas, maldiciéndome, llamándome monstruo, y a Mesalina loba. Cuando le pregunté por qué había deseado matarme, solo pudo responder:

—Devuélveme mi daga, tirano. ¡Déjame usarla en mi propio pecho!

Lo sentenció a ser ejecutado. Murió, pobre individuo, porque no tuvo la sensatez de hablar.

## Capítulo 14

La ejecución de Silano fue lo que instó a Viniciano a preparar su insurrección. Ese mismo día, cuando informé en el Senado que Silano había tratado de matarme pero que mis guardias frustraron sus designios y que ya lo había hecho ejecutar, se elevó un gemido de asombro, seguido por un susurro de congoja, instantáneamente ahogado. Esa era la primera ejecución de un senador, desde que yo asumí la monarquía, y nadie creyó que Silano fuese capaz de tratar de asesinarme. Se sintió que por fin mostraba mi verdadero carácter, y que estaba a punto de iniciarse un nuevo reinado del terror. Yo había llamado a Silano de España con el pretexto de hacerle un gran honor, pero en realidad lo único que quería .era asesinarlo. ¡Igual que Calígula! Por supuesto, yo no tenía conciencia de estos sentimientos e incluso aventuré un chiste, diciendo cuan agradecido le estaba a Narciso por ser tan vigilante de mi seguridad, incluso en sus sueños.

—A no ser por ese sueño, no habría mandado llamar a Silano, y por consiguiente éste no se habría asustado ni habría llegado a entregarse. Hubiese hecho su tentativa de asesinarme en forma más meditada. Tenía muchas oportunidades para hacerlo, ya que últimamente gozaba profundamente de mi confianza, que le ahorraba la indignidad de que se le revisase para ver si llevaba armas. El aplauso fue hueco. Viniciano dijo luego a sus amigos: —De modo que el noble Appio Silano es ejecutado nada más que porque el liberto griego del emperador tiene una pesadilla. ¿Podemos permitir que una criatura tan mentalmente débil como este Clau-Clau-Claudio, cabeza de calabaza, nos gobierne ? ¿Qué dicen ustedes ?

Convinieron en que hacía falta un emperador fuerte y experimentado, y no un emperador provisional como yo, que no sabía nada, que no aprendía nada y que actuaba casi todo el tiempo como un idiota. Comenzaron a recordarse el uno al otro mis errores o excentricidades más notables. Aparte de los que ya he mencionado, recordaron, por ejemplo, una decisión que había tomado unos días antes, cuando revisaba las listas de los jurados. Es preciso explicar aquí que existían unos 4.000 jurados calificados en Roma, y que estaban obligados a concurrir a los juicios cuando se les llamaba, so pena de una fuerte multa. El servicio en los jurados era muy fatigoso y altamente impopular. Las listas de los jurados eran preparadas al principio por un magistrado de **primera nía**, y ese año más de la mitad de los hombres incluidos en ellas se presentaron como de costumbre para excusarse por uno u otro motivo, pero en 19 casos de cada 20 sus excusas fueron rechazadas. El magistrado me entregó las listas finales para mi aprobación, con una marca al lado de los nombres cuya petición de excepción había sido rechazada. Yo descubrí, por casualidad, que entre los hombres que se había presentado voluntariamente para el servicio en el jurado figuraba uno de quien sabía que era el padre de siete hijos. Según una ley de Augusto, estaba exceptuado por el resto de su vida. Sin embargo no había solicitado una excepción ni mencionado las proporciones de su familia. Le dije al magistrado:

—Borra el nombre de este hombre, es padre de siete hijos.

—Pero César —protestó—, no ha tratado de excusarse.

—Exactamente —dije—, quiere ser jurado. Bórralo.

Quería decir, por supuesto, que el individuo ocultaba su posibilidad de exceptuarse de lo que todo hombre honrado consideraba un deber desagradable y fatigoso, y que por lo tanto era seguro que tenía intenciones torcidas. Los jurados deshonestos podían conseguir, una gran cantidad de dinero por soborno, porque se sabía que un jurado interesado podría volcar las opiniones de todo un grupo de colegas desinteresados. Y el veredicto de la mayoría decidía un caso. Pero el magistrado era un tonto, y simplemente repitió mis palabras a todo el que quiso escucharlo: «Quiere ser jurado, bórralo», como ejemplo característico de mi fatuidad.

Viniciano y los otros descontentos hablaron también de mi extraordinaria decisión cuando insistí en que todos los hombres que se presentasen ante mí en tribunales debían hacer el habitual relato preliminar de sus vinculaciones familiares, casamiento, carrera, situación financiera, ocupación presente... por sus propios labios, lo mejor que pudiesen, en lugar de pedir que algún patrocinante o abogado lo hiciese en su nombre. Mis motivos para esta decisión habrían debido resultar obvios. Se llega a conocer mejor a un hombre con diez palabras que pronuncie por su propia cuenta que por un elogio de diez horas pronunciado por un amigo. No importa tanto lo que diga en esas diez palabras; lo que en verdad cuenta es la forma en que las dice. Yo había descubierto que tener cierto conocimiento antes de que comenzara el caso, en cuanto a si el hombre es lento de entendederas o voluble, jactancioso o modesto, sereno o tímido, capaz o embrollado en sus pensamientos, resultaba de gran ayuda para mi comprensión de lo que sigue. Pero a Viniciano y sus amigos les pareció que hacía una gran injusticia al despojarlo del patrocinio o la elocuencia con que contaba.

Cosa extraña, lo que más les escandalizó de entre mis fechorías imperiales fue mi acción en el caso de la carroza de plata. El asunto es como sigue. Un día que pasaba por casualidad por la calle de los Joyeros vi a unos 500 ciudadanos reunidos en torno a una tienda. Me pregunté cuál podría ser el motivo de la atracción, y les dije a mis guardias que hiciesen circular a la multitud, porque obstaculizaban el tránsito. Así lo hicieron, y descubrí que la tienda exhibía una carroza enteramente recubierta de plata, salvo el borde del cuerpo, que era de oro. El eje también estaba plateado y terminaba en cabezas de perros, doradas, con ojos de amatista; los rayos de las ruedas eran de ébano, tallados en forma de negros con cinturones de plata, y hasta los estribos eran de oro. Los costados plateados del cuerpo de la carroza estaban adornados con escenas ilustrativas de una carrera de cuadrigas en el circo, y los cubos de las ruedas, con una taracea de oro en forma de hojas de vid. Los extremos del yugo y la pértiga —también plateados— eran cabezas de Cupidos, doradas, con ojos de turquesa. Este maravilloso vehículo se vendía en 100.000 piezas de oro. Alguien me susurró que había sido encargado por un rico senador y que ya estaba pagado, pero que pedía a los joyeros que lo pusiesen en venta durante algunos días (a un precio mucho más alto del que en realidad había pagado él) porque quería anunciar públicamente su costo antes de tomar posesión de él. Esto parecía muy probable. Los joyeros mismos no habrían construido una cosa tan costosa basándose en la simple posibilidad de encontrar un comprador millonario. En mi condición de director de Moral Pública tenía perfecto derecho de hacer lo que hice. Obligué a los joyeros, en mi presencia, a quitar el oro y la plata con un martillo y cincel, y a venderlo por su precio a un funcionario competente del Tesoro, a quien mandé a buscar, para fundirlo y acuñar monedas. Hubo fuertes gritos de protesta, pero yo los silencé diciendo:



—Un carro de este peso perjudicará el pavimento público; debemos aligerarlo un poco.

Tenía una idea bastante clara de quién era su dueño. Se trataba de Asiático, quien ahora creía posible no hacer un secreto de sus inmensas riquezas, aunque las había ocultado con éxito de los ávidos ojos de Calígula, dividiéndolas en cientos de pequeños depósitos que dejó a veintenas de cajeros, a nombre de sus libertos o amigos. Su actual ostentación era una incitación directa al desorden popular. ¡Los extraordinarios agregados que había hecho a los jardines de Lúculo, que acababa de comprar! Hasta entonces sólo se los consideraba segundos en belleza, después de los jardines de Salustio. Pero Asiático se había jactado:

—Cuando haya terminado con los jardines de Lúculo, los de Salustio parecerán, en comparación, poco menos que unas cuantas hectáreas de eriales.

Importó frutas, flores, fuentes y estanques de peces, como Roma no había visto jamás. Se me ocurrió que en momentos en que los alimentos escaseaban en la ciudad, a nadie le agradaría ver a un alegre senador, de rotundo vientre, paseándose en un carruaje de plata, con ejes y estribos dorados. Un hombre no sería un ser humano si por lo menos no sintiera deseos de romper el eje. Sigo creyendo que hice bien en ese caso. Pero la destrucción de una obra de arte —el joyero era un famoso artesano, el mismo a quien Calígula encomendó que modelase y fundiese su estatua de oro— fue considerada como un acto de barbarie injustificada, y causó más resentimiento entre estos amigos de Viniciano que si yo hubiese tomado a docenas de ciudadanos comunes, de entre la multitud, y los hubiese hecho pedazos con un martillo y un cincel para venderlos como carne a los carniceros. El propio Asiático no expresó irritación alguna, y en verdad tuvo cuidado de no mencionar que era el dueño de la carroza, pero Viniciano aprovechó mi delito al máximo. Dijo:

—Antes de que nos demos cuenta de nada nos arrancará la túnica de la espalda, y ovillará la lana para volver a venderla a los tejedores. Ese hombre está loco, tenemos que vengarnos de él.

Vinicio no formaba parte de los descontentos. Supuso que se encontraba bajo mis sospechas por haberse propuesto como emperador, en oposición a mí, y ahora tenía sumo cuidado en ofenderme en lo más mínimo. Además, debe de haber sabido que era inútil tratar de librarse de mí por el momento. Yo era muy popular entre los guardias, y tomaba tantas precauciones contra el asesinato —una constante escolta de soldados, cuidadosas búsquedas de armas, un hombre para probar mis comidas—, y la gente de mi casa era tan fiel y alerta, además, que uno debía tener mucha suerte e ingenio para matarme y escapar con vida. En fecha reciente se habían producido dos intentos infructíferos, ambos hechos por caballeros a quienes amenacé con degradar de la orden por delitos sexuales. Uno esperó en la puerta del teatro de Pompeyo, para asesinarme cuando salía. No era mala idea, pero uno de mis soldados le vio sacar la parte superior, hueca, de un bastón que llevaba, dejando ver que en realidad se trataba de una jabalina corta. Se precipitó sobre él y le golpeó en la cabeza en el mismo momento en que estaba a punto de lanzármela. La otra tentativa se hizo en el templo de Marte, mientras yo realizaba un sacrificio. En esta ocasión el arma fue un cuchillo de caza, pero el hombre fue desarmado de inmediato por los espectadores.

En rigor la única forma de librarse de mí consistía en usar armas, ¿y dónde podrían encontrarse tropas que se me opusieran? Viniciano creyó que conocía la respuesta a esta pregunta. Consiguió la ayuda de Escriboniano. Este Escriboniano era un primo carnal de la pequeña Camila, a quien mi abuela Livia había envenenado mucho tiempo antes, el día en que ella y yo debíamos comprometernos. Cuando me encontraba en Cartago, el año anterior a aquel en que murió mi hermano, Escriboniano se mostró muy insultante

conmigo porque acababa de distinguirse en una batalla con el tal Tacfarinas, en la cual yo no pude tomar parte. Y su padre, Fuño Camilo, que era gobernador de la provincia de África, le obligó a pedirme perdón en público. Tuvo que obedecer, porque en Roma la palabra de un padre es la ley, pero jamás me perdonó, y en dos o tres ocasiones, desde entonces, se portó muy groseramente conmigo. Bajo el reinado de Calígula fue el principal de mis torturadores de palacio. Casi todas las trampas para lobos y bromas pesadas similares con que se me torturó, fueron ideadas por él. De modo que podrán imaginarse que cuando Escriboniano, a quien Calígula había enviado en fecha reciente a dirigir las fuerzas romanas en Dalmacia, se enteró de mi elección como emperador, no solo se mostró celoso y disgustado, sino también alarmado por su propia seguridad. Comenzó a preguntarse si, cuando regresara a Roma, terminado su plazo de comando, yo pertenecería al tipo de hombres que perdonan los insultos, y en ese caso, si mi perdón no sería menos fácil de soportar que mi cólera. Decidió presentarme los habituales respetos debidos a un comandante en jefe, pero hacer al mismo tiempo todo lo posible para conquistar la lealtad personal de las fuerzas a sus órdenes. Cuando llegase el momento de llamarlo, me escribiría lo que Gaetúlico había escrito una vez al emperador Tiberio desde el Rhin: «Puedes contar con mi lealtad mientras yo conserve mi mando».

Viniciano era amigo personal de Escriboniano y lo mantuvo informado, por carta, de lo que sucedía en Roma. Cuando Silano fue ejecutado, Viniciano le escribió:

*Tengo malas noticias para ti, mi querido Escriboniano. Después de deshonrar la dignidad de Roma con su estupidez, su ignorancia y sus payasadas, y con su completa dependencia de los consejos de un hato de libertos griegos, un bribón judío manirroto, Vitelio, su compañero de borracheras, y Mesalina, su lasciva y ambiciosa esposa, Claudio ha cometido el primer asesinato de importancia. El pobre Appio Silano, fue llamado de su comando en España, se lo tuvo rondando en palacio, en suspenso, durante uno o dos meses, y luego, de pronto, lo sacaron de la cama, una mañana temprano, y lo ejecutaron sumariamente. Claudio vino ayer al Senado y tuvo la desfachatez de bromear al respecto. Todos los hombres de mentalidad recta de la ciudad convienen en que Silano debe ser vengado, y consideran que si apareciese un dirigente conveniente, toda la nación lo recibiría con los brazos abiertos. Claudio ha vuelto las cosas patas arriba por completo, y casi deseamos que Calígula pudiera estar de vuelta. Por desgracia, en estos momentos puede basarse en los guardias, y sin tropas no podemos hacer nada. Se ha intentado sin éxito el asesinato; es tan cobarde, que no se puede entrar en palacio con un alfiler sin que los hombres que lo registran a uno en el vestíbulo se lo saquen. Esperamos que vengas en nuestro rescate. Si marchases sobre Roma con los regimientos Séptimo y Undécimo, y con las fuerzas locales que puedas reunir, todos nuestros problemas habrían terminado. Promételes a los guardias un botín tan grande como el que Claudio les entregó, y se pasarán a tu bando de inmediato. Lo desprecian, lo consideran un civil entrometido, y no les ha dado más que una sola pieza de oro por hombre, para beber a su salud en el día de su cumpleaños, desde su primer acto de generosidad obligada. En cuanto desembarques en Italia, creo que la dificultad del transporte puede solucionarse con facilidad. Nos uniremos a ti en una fuerza voluntaria y te proporcionaremos todo el dinero que puedas necesitar. No vaciles. Ahora es el momento, antes de que las cosas empeoren. Puedes llegar a Roma antes de que Claudio consiga refuerzos en el Rhin. Y de todos modos no creo que obtenga ninguno, si los*

*mandase a pedir. Se dice que los germanos están planeando su venganza, y Galba no es hombre que abandone su puesto en el Rhin cuando las Chatias están a punto de avanzar. Y Gabinio no vendrá, si Galba se queda; siempre trabajan juntos. De modo que la revolución promete ser incruenta. No quiero apelar a ti por medio de advertencias en cuanto a tu seguridad personal, porque sé que pones el honor de Roma antes que tus intereses privados. Pero será mejor que sepas que Claudio le dijo hace unas noches a mi primo Vinicio: «Yo no olvido las antiguas deudas. Cuando cierto gobernador regrese a Roma de su comando en los Balcanes, recuerda, tendrá que pagar con su sangre por las bromas que en una ocasión me hizo». Una cosa más. No tengas escrúpulos alguno en cuanto a dejar la provincia indefensa. Los regimientos no tienen por qué estar ausentes mucho tiempo, ¿y por qué no habrías de llevarte contigo una gran cantidad de rehenes, para disuadir a los provincianos de levantarse en tu ausencia? Además, Dalmacia no es una provincia de frontera. Hazme saber en seguida si estás con nosotros, y si te sientes dispuesto a conquistar un nombre tan glorioso como tu gran antecesor Camilo, convirtiéndote en el segundo salvador de Roma.*

Escriboniano decidió correr el riesgo. Escribió a Viniciano diciéndole que necesitaría 150 trasportes de Italia, además de los barcos que pudiese expropiar en puertos de Dalmacia. También necesitaría un millón de piezas de oro en dinero efectivo, para convencer a los dos regimientos regulares, cada uno de 5.000 hombres, y a los 20.000 reclutas dálmatas a quienes convocaría bajo bandera, para quebrar su juramento de fidelidad hacia mí. De modo que Viniciano y sus colegas en la conspiración —seis senadores y siete caballeros, y diez caballeros y seis senadores a quienes yo había degradado de sus órdenes— salieron de Roma discretamente, so pretexto de visitar sus propiedades de campo. La primera noticia que tuve de la rebelión fue una carta que me llegó de Escriboniano, redactada en los términos más insolentes; me llamaba impostor e imbécil, y me ordenaba que abandonase todos mis puestos de inmediato y me retirase a la vida civil. Me dijo que había demostrado mi lamentable incapacidad para la tarea que me confió el Senado, en un momento de confusión y aberración, y que él, Escriboniano, repudiaba ahora su juramento de fidelidad y estaba a punto de partir a Italia con una fuerza de 30.000 hombres, para restablecer el orden y el gobierno decente en Roma y en el resto del mundo. Si renunciaba a mi monarquía al recibir esa advertencia, me perdonaría la vida y me concedería, a mí y a los míos, la misma amnistía que se me había convencido sabiamente que concediese a mis opositores políticos, al subir al trono.

Lo primero que hice al leer esta carta fue estallar en carcajadas. Cielos, qué deliciosa experiencia sería esa de retirarme otra vez a la vida privada, y vivir tranquilamente y fácilmente, bajo un gobierno ordenado, con Mesalina y mis libros y mis hijos. Por cierto, sin duda alguna renunciaría si el propio Escriboniano se consideraba más capaz de gobernar que yo. Y poder repantigarme de nuevo en mi silla, por así decirlo, y ver cómo otro luchaba con la imposible tarea que jamás había querido aceptar yo y que resultaba más fatigosa, obsesionante y desagradecida de lo que se hubiese podido explicar con palabras. Era como si el rey Agamenón hubiese saltado hacia adelante cuando Laoconte y sus dos hijos luchaban con las dos grandes serpientes enviadas por un colérico Dios para destruirlos, y hubiera gritado: «Ea, deja que yo me encare con esas dos espléndidas criaturas. Tú no eres digno de luchar con ellas. Déjalas, te digo, o será peor para ti». ¿Pero podía confiar en que Escriboniano cumpliría con su palabra en cuanto a la amnistía y me perdonaría mi vida y la de mi familia? ¿Y sería su gobierno

tan ordenado y decente como él esperaba que lo fuese? ¿Y qué dirían los guardias al respecto? ¿Y era Escriboniano tan popular en Roma como parecía creerlo? ¿Y las serpientes consentirían en dejar a Laoconte y sus hijos y enroscarse, en cambio, alrededor del cuerpo de ese Agamenón?

Convoqué apresuradamente al Senado y le hablé en los siguientes términos:

—Señores, antes de leerles esta carta debo decirles que estoy dispuesto a aceptar las demandas que ella contiene, y que aceptaría de buen grado el descanso y la seguridad que con cierta severidad me promete. En verdad, el único motivo que podría inducirme a declinar las proposiciones hechas por este Furio Camilo Escriboniano sería un fuerte sentimiento de parte de ustedes en el sentido de que el país estaría en peor situación si yo lo hiciera. Admito que hasta el año pasado desconocía vergonzosamente las artes del gobierno y del procedimiento legal y militar. Y si bien aprendo todos los días, mi educación está atrasada. No existen hombres de mi edad y rango que no puedan enseñarme suficientes lugares comunes técnicos que desconozco en absoluto. Pero de eso tiene la culpa mi mala salud primitiva y la pobre opinión que mi brillante familia —ahora en parte deificada— tenía en cuanto a mi ingenio, cuando yo era un niño. No se ha debido a ninguna intención de eludir mis deberes para con nuestra patria. E incluso cuando no esperaba ser elevado jamás a un puesto responsable, mejoré mi personalidad por medio de estudios privados que, creo que convendréis conmigo, emprendí con elogiabile aplicación. Me tomo la libertad de sugerir que mi familia se equivocó, que nunca fui un imbécil. Conquisté un testimonio verbal en ese sentido, de labios del dios Augusto, poco después de su visita a Postumo Agripa en su isla, y del noble Asinio Polio en la biblioteca de Apolo, tres días antes de su muerte, aunque me aconsejó, sin embargo, que adoptase una máscara de estupidez, como el primer Bruto, como protección contra ciertas personas que habrían querido eliminarme si mostraba una inteligencia demasiado grande. También mi esposa Urgulanila, de quien me divorcié por su temperamento hosco, su infidelidad y su brutalidad general, se tomó la molestia de registrar en su testamento —puedo mostrarlo, si así lo quieren— su convicción de que yo no era un tonto. Las últimas palabras de la diosa Livia Augusta, en su lecho de muerte, o quizá debería decir «poco después de su Apoteosis», fueron: «Pensar que alguna vez te he considerado un tonto». Admito que mi hermana Livila, mi madre Antonia Augusta, mi sobrino el extinto emperador Cayo y mi tío Tiberio, su predecesor, jamás revisaron la mala opinión que tenían de mí... Y que los dos últimos registraron dicha opinión en cartas oficiales a este Senado. Mi tío Tiberio me negó un puesto entre ustedes, basándose en la afirmación de que ningún discurso que yo pudiese pronunciar sería otra cosa que una prueba para la paciencia de ustedes y un derroche de tiempo. Mi sobrino Cayo Calígula me concedió un escaño porque yo era su tío y quería parecer magnánimo. Pero dictaminó que debía hablar el último de todos en cualquier debate, y dijo en un discurso, que si no lo recuerdan lo encontrarán registrado en los archivos, que si algún miembro deseaba efectuar sus necesidades durante una sesión, tuviese en el futuro la buena educación de contenerse y no distraer la atención saliendo en mitad de un importante discurso —el de él, por ejemplo—, sino que esperase hasta que la señal para un abandono general de la atención fuera dada por la llamada del cónsul a Tiberio Claudio Druso Nerón Germánico (como entonces se me conocía) para que diese su opinión acerca del asunto del debate. Bien, ustedes siguieron el consejo, según lo recuerdo, sin suponer que yo tuviese sentimiento alguno que pudiera ser herido, y sin pensar que se me había ofendido tan a menudo antes de eso, que para entonces ya debía estar tan acorazado como el dragón sin alas de Tiberio. O quizá convinieron con mi sobrino en que yo era en verdad un imbécil. Sin embargo, las meditadas opiniones de los dos dioses Augusto y Livia —opiniones sobre las cuales, sin embargo, tienen que

aceptar mi palabra, porque no están registradas en parte alguna en escrito—, superan sin duda la de cualesquiera mortal común. Me siento dispuesto a considerar blasfemo a cualquiera que los contradiga. No porque la blasfemia sea hoy un delito criminal — hemos modificado esa definición—, pero por lo menos es de mala educación, y quizá peligrosa si los dioses llegan a escucharla. Además, mi sobrino y mi tío tuvieron ambos una muerte violenta y no fueron lamentados, y sus discursos y cartas no se citan ya con el respeto con que se citan los discursos y cartas del dios Augusto, y gran parte de la legislación promulgada por ellos ha caído en desuso. Fueron los leones de su época, señores, pero ahora están muertos y, en las palabras del proverbio judío que el dios Augusto se complacía en citar —lo tomó en préstamo el rey Heredes el Grande de Judea, por cuyo ingenio tenía tanto respeto como el que yo tengo por el rey Herodes Agripa, su nieto—, 17» perro vivo vale más que un león muerto. Yo no soy un león, eso lo saben. Pero considero que no he sido tan mal perro guardián. Y afirmar que he dirigido mal los asuntos nacionales y que soy un imbécil es, según creo, un insulto hacia ustedes más que hacia mí, porque ustedes me endosaron la monarquía, y en muchas ocasiones, desde entonces, me han congratulado por mis éxitos y recompensado con muchos grandes honores, incluso el de Padre de la Patria. Si el Padre es un imbécil, es indudable que sus hijos habrán heredado el defecto.

Luego leí la carta de Escriboniano y miré en mi derredor, con expresión interrogante. Todos se habían mostrado muy incómodos durante mi discurso, si bien nadie se atrevió a hacer otra cosa que aplaudir, protestar o demostrar sorpresa en los puntos en que tales sentimientos parecían ser esperados. Ustedes, mis lectores, pensarán sin duda lo que todos ellos pensaban: «¡Qué curioso discurso para pronunciar en vísperas de una rebelión! ¿Por qué habrá insistido Claudio en recordar un asunto que supuestamente nosotros hemos olvidado: su aparente imbecilidad? ¿Por qué creyó necesario recordarnos que su familia en una ocasión lo consideró mentalmente incapaz, y leer los pasajes de la carta de Escriboniano referentes a ello, y por qué se rebajó a discutirlo?» Sí, parecía sospechoso, como si en realidad yo supiese que era un imbécil y tratara de convencerme de que no lo era. Pero sabía lo que hacía. En rigor me estaba mostrando muy astuto. En primer lugar había hablado con extrema franqueza, y una franqueza inesperada acerca de uno mismo jamás resulta inaceptable. Le recordaba al Senado qué clase de hombre era —honrado y abnegado; no inteligente, pero tampoco interesado—, qué clase de hombres eran ellos: inteligentes pero interesados, y ni honestos ni abnegados; ni siquiera valientes. Casio Querea les había advertido que no le entregasen la monarquía a un idiota, y ellos hicieron caso omiso de su consejo por temor a los guardias... y sin embargo las cosas habían salido bien, hasta ese momento. La prosperidad volvía a Roma, la justicia se dispensaba con equidad, el pueblo estaba satisfecho, nuestros ejércitos triunfaban en el exterior, y yo no hacía el tirano en ninguna forma extravagante, y, como dije en la discusión que siguió, quizás había llegado más lejos, arrastrándome con mi pierna coja, de lo que habrían llegado la mayoría de los hombres con un par de piernas sanas. Porque, demasiado consciente de mi capacidad, no me permitía pausa ni disminución alguna del ritmo. Por otra parte, quería demostrarles con mi discurso que estaban en entera libertad de expulsarme si así lo querían; y mi digna franqueza en cuanto a mis defectos debía estimularlos a no ser severos ni vengativos cuando volviese a ser un ciudadano común.

Se pronunciaron varios discursos leales, todos en términos más bien discretos, por temor a la venganza de Escriboniano, si éste me obligaba a renunciar. Sólo Vinicio habló con energía:

—Señores, creo que muchos de nosotros debemos estar sintiendo muy a fondo el reproche que el Padre de la Patria nos ha acumulado encima, por bondadosamente que

lo hiciera. Confieso que estoy cordialmente avergonzado de haberlo juzgado mal antes de su acceso, y que lo creía incapaz de los puestos que desde entonces ha ocupado tan noblemente. Me resulta increíble que sus poderes mentales fuesen alguna vez menospreciados por algunos de nosotros, y la única explicación que puedo ofrecer es que nos engañó, primero con su gran modestia, y luego con la forma deliberada en que se rebajó a sí mismo durante el reinado del extinto emperador. Ya conocen el proverbio «Ningún hombre grita 'este pez apesta'». Este proverbio quedó desacreditado bajo Calígula, cuando ningún hombre prudente que llevase pescado en su cesta se atrevía a gritar otra cosa que «pescado apestoso», por temor de que Calígula sintiese codicia o celos. Valerio Asiático ocultó su riqueza, Tiberio Claudio ocultó su ingenio. Yo no tenía otra cosa que ocultar, salvo mi disgusto por la tiranía, pero lo oculté hasta que llegó el momento de la acción. Sí, todos gritamos «pescado apestoso». Calígula está muerto ahora, y bajo el reinado de Claudio la franqueza ha vuelto a campar por sus derechos. Seré franco: mi primo Viniciano habló con violencia contra Claudio, últimamente, en mi presencia, y sugirió que era preciso deponerlo. Yo se lo reproché, airado, pero no informé del asunto al Senado, porque ahora no existe ni hay en vigencia ninguna ley por traición, y porque, a fin de cuentas, es mi primo. Es preciso permitir la libertad de palabra, en especial en el caso de los parientes. Viniciano no está hoy aquí. Ha abandonado la ciudad. Temo que ha ido a unirse a Escriboniano. Seis de sus amigos íntimos también están ausentes, según veo. Deben de haber ido con él. Y sin embargo, ¿qué son siete hombres disconformes... siete contra quinientos? Una minoría insignificante. Y el de ellos, ¿es un descontento auténtico, o es una ambición personal? Condeno la acción de mi primo por tres motivos: el primero, porque es un desagradecido; el segundo, porque es desleal; el tercero, porque es un tonto. Su ingratitud: el Padre de la Patria le perdonó por apoyarme como candidato a la monarquía, y ha mostrado gran tolerancia, desde entonces, hacía sus discursos impertinentes y obstructivos en este Senado. Su deslealtad: se comprometió bajo juramento a obedecer a Tiberio Claudio César como jefe del Estado. Una violación de este juramento solo podía ser excusada en el improbable caso de que César violase de manera flagrante su juramento de gobernar con justicia, con respeto al bienestar común. César no ha violado su juramento. La deslealtad hacia César es por lo tanto una impiedad hacia los dioses ante los cuales juró Viniciano, y una enemistad hacia el Estado, que está más contento que nunca de ser gobernado por César. Su locura: si bien es posible que Escriboniano pueda convencer a unos cuantos miles de soldados de sus tropas, por medio de mentiras y sobornos, de que invadan Italia, y aunque incluso es posible que conquiste algunos éxitos militares, ¿cree de veras, algún miembro de este honorable Senado que está destinado a ser nuestro emperador? ¿Cree alguien que los guardias, nuestro principal baluarte, se pasarán a su bando? Los guardias no son tontos; saben cuándo están en buena situación. El Senado y el Pueblo tampoco son tontos. Saben que bajo Claudio gozan de una libertad y una prosperidad que coherentemente les fue negada por su inmediato predecesor. Escriboniano no puede imponerse a la ciudad, como no sea prometiendo corregir los errores existentes, y le será muy difícil encontrar errores que corregir. Tal como yo veo el caso, señores, esta revuelta es motivada por celos y ambiciones personales. Ahora se nos pide, no solo que cambiemos un emperador que en todo sentido ha demostrado ser digno de nuestra admiración y obediencia, por uno acerca de cuya capacidad conocemos muy poco y de cuyas intenciones sospechamos, sino que además corramos el riesgo de una sangrienta guerra civil. Porque supongamos que César fuese convencido de que es necesario que renuncie: ¿reconocerían los ejércitos necesariamente a Escriboniano como su comandante? Existen varios hombres de rango mucho más capaces de hacerse cargo de

la monarquía que Escriboniano. ¿Qué podrá impedir que algún otro comandante de cuerpo, con cuatro regimientos regulares a sus espaldas, en lugar de los dos de Escriboniano, se establezca como emperador rival y marche sobre Roma? Y aunque el intento de Escriboniano tuviese éxito, cosa que considero muy improbable, ¿qué pasa con Viniciano? ¿Se conformará con hincar la rodilla ante el altanero Escriboniano? ¿Acaso no ha ofrecido su apoyo en el entendimiento de que el imperio será compartido por ambos? Y en ese caso, ¿no debemos esperar otro duelo a muerte, como el que se libró en una ocasión entre Pompeyo y el dios Julio César, y luego entre Marco Antonio y el dios Augusto? No, señores. Este es un caso en que nuestra lealtad, nuestra gratitud y nuestros intereses van de la mano. Debemos respaldar con lealtad a Tiberio Claudio César, si queremos conquistar el agradecimiento del país, la aprobación de los dioses y nuestras propias felicitaciones más tarde, cuando Viniciano y Escriboniano hayan tenido la suerte de traidores que tanto se merecen.

Luego habló Rufrio.

—Considero infortunado que la deslealtad de los guardias haya sido siquiera mencionada en este Senado. Como su comandante, repudio la idea de que incluso un solo hombre llegue a olvidar su deber para con el emperador. Recordarán ustedes, señores, que fueron los guardias quienes primero llamaron a Tiberio Claudio César, ahora el Padre de la Patria, a hacerse cargo del comando supremo del ejército, y que este Senado se mostró durante un tiempo hostil a confirmar su elección. Por lo tanto no es prudente que un senador sugiera que los guardias sean desleales. No, ya que ellos fueron los primeros en aclamar emperador a Tiberio Claudio César, así serán los últimos en abandonar su causa. Y si al campamento llega alguna noticia de que el Senado ha decidido ofrecer el comando a alguna otra persona... en ese caso, señores, les aconsejo que inmediatamente después de tomar la decisión se fortifiquen en este edificio lo mejor que puedan, con barricadas de bancos y pilas de piedras, o que levanten las sesiones sine die y se dispersen en todas direcciones.

Por lo tanto se me concedió un unánime voto de confianza y el Senado me autorizó a escribir a Escriboniano informándole que quedaba suspendido en su puesto y que debía regresar en el acto a Roma para explicarse. Pero Escriboniano jamás recibió mi carta; ya había muerto.

Ahora relataré lo que sucedió. Después de haber logrado, como pensaba, hacerse muy popular entre sus tropas, gracias al relajamiento de la disciplina, a una abundancia de entretenimientos gratuitos y a una ración de vino aumentada a su propia costa, hizo formar a los regimientos Séptimo y Undécimo, juntos, en el anfiteatro local, y les dijo que su vida estaba en peligro. Les leyó la carta de Viniciano, o gran parte de ella, y les preguntó si lo respaldarían en su tentativa de librar a Roma de una tiranía que parecía tan violenta, caprichosa y cruel como la de Calígula.

—La república debe ser restablecida —gritó—; sólo bajo la república se ha gozado de una verdadera libertad. —Sembró al voleo, como se dice, y gran parte de la simiente pareció brotar en seguida. Los soldados comunes olieron dinero a montones; les gustaba el dinero, y les parecía injusto que un comandante tan generoso pudiese ser sacrificado a mi cólera o mi ira. Lo vitorearon estruendosamente, y también vitorearon a Viniciano, que en una ocasión había mandado el Undécimo regimiento, y juraron seguir a ambos, si era necesario hasta los confines de la tierra. Escriboniano les prometió diez piezas de oro a cada uno en el acto; otras cuarenta al llegar a Italia y cien más por cada día que adelantasen el avance victorioso hacia Roma. Les pagó las diez piezas de oro y los envió de vuelta al campamento, ordenándoles que se mantuviesen preparados para la inminente campaña. El llamamiento se haría en cuanto llegaran de Italia los trasportes y las levadas nativas estuviesen bajo las armas. Pero Escriboniano había cometido un gran

error al menospreciar la lealtad e inteligencia de sus hombres. Es cierto que se los podía llevar con facilidad a un estado de indignación temporaria, que no eran ajenos a aceptar dádivas de dinero, cuando estaban de ese humor. Pero una abierta violación del juramento de los soldados era una cosa muy distinta. Eso no se compraba con tanta facilidad. Lo seguirían hasta los confines de la tierra, pero no hasta Roma, el centro de la misma. Harían falta más de diez piezas de oro por hombre para convencerlos de que se embarcaran rumbo a Italia, con la promesa de cuarenta más al desembarcar. Abandonar su provincia e invadir Italia era rebelarse, y el castigo de una rebelión infructuosa era la muerte —la muerte en el combate, o la muerte bajo la espada del verdugo—, quizá la muerte por azotes, o la crucifixión, si al emperador le daba la gana de hacer un ejemplo con ellos. Se convocó a una reunión de oficiales para decidir si se seguiría o no a Escriboniano. Se expresaron algunas simpatías hacia él, pero ningún gran deseo de recurrir a la rebelión. Sea como fuere, nadie quería que la república se restaurase. Escriboniano les había dicho que contaba con su apoyo, e insinuó que los entregaría a la justa furia de los soldados comunes si se negaban a unirse a él en una causa tan gloriosa como el restablecimiento de las antiguas libertades romanas. Decidieron ganar tiempo. Le enviaron una delegación informándole que todavía no habían llegado a una decisión, pero que le harían conocer lo que resolviesen —si los perdonaba por sus concienzudas vacilaciones— el día en que zarpara la expedición. Escriboniano les dijo que hicieran como les pareciese —tenía abundancia de hombres capaces para poner en sus puestos—, pero les previno que si declinaban unirse a él debían estar dispuestos a morir por su obstinación. Más importante que esta reunión de oficiales, también se realizó una reunión secreta de portaestandartes, sargentos y cabos, todos hombres con más de doce años de servicios y la mayoría de ellos casados con mujeres dálmatas, porque todos sus servicios los habían prestados allí: una legión romana jamás era desplazada de una provincia a otra. En rigor, el Séptimo y el Undécimo consideraban Dalmacia como su hogar permanente, y no tenían intereses o idea alguna aparte de pasarlo lo más cómodamente que fuese posible allí, y defender sus posesiones.

El abanderado del Séptimo se dirigió de la siguiente manera a la reunión:

—Muchachos, ¿tienen la intención de seguir de veras al general a Italia? A mí me parece una aventura bastante tonta, muy aparte de la cuestión del honor del regimiento. Hemos jurado fidelidad a Tiberio Claudio César, ¿no es así? El ha demostrado ser un hombre honrado, ¿es verdad? Puede que le haya jugado una mala pasada al viejo Escriboniano, ¿pero quién sabe de qué lado está la justicia? El viejo Escriboniano ha jugado sus malas pasadas, todos lo sabemos. ¿Por qué no dejar que los dos arreglen sus propias cuentas? Estoy dispuesto a luchar contra los germanos, los moros, los partos, los judíos, los bretones, los árabes, los chinos; que me envíen adonde quieran, ese es mi trabajo como soldado enganchado. Pero no pienso luchar en Italia contra la división de la guardia. El emperador es muy popular en ella, según se me dice, y además es ridículo pensar, en mi opinión, que los guardias y nosotros podamos combatir. El general jamás habría debido pedírnoslo. Personalmente, no he gastado ese dinero que nos regaló y no pienso hacerlo. Abandonemos el asunto.

Todo el mundo estuvo de acuerdo, pero los soldados jóvenes y los casos más difíciles —soldados viejos, de mal carácter— se habían puesto tan excitados para entonces, con la esperanza de dinero fácil y abundancia de botín, que el problema que debió encarar la reunión fue la forma de terminar con la rebelión sin colocarse en una falsa posición. A alguien se le ocurrió una idea sensata. Un motín estallado en esos mismos regimientos, treinta años antes, había sido aplastado de pronto por un signo ominoso del cielo: un eclipse, seguido de una lluvia torrencial. ¿Por qué no



proporcionar ahora otro signo ominoso para desalentar la rebelión? En el acto decidieron uno adecuado. Cinco días después llegó la orden de Escriboniano de que los regimientos marchasen al puerto, completamente armados, con sus raciones y sus equipos, dispuestos a embarcarse en seguida para Italia. Los abanderados del Séptimo y el Undécimo informaron simultáneamente a sus comandantes que no habían podido adornar esa mañana las Águilas en la forma acostumbrada, con coronas de laurel. Las guirnaldas se habían caído en cuanto las sacaron, y quedaron marchitas de inmediato. Luego también llegaron corriendo los abanderados, con fingida consternación, para informar de otro milagro: los estandartes se habían negado a salir de la tierra en la cual estaban clavados. Los oficiales se sintieron encantados de escuchar esos espantosos augurios, e informaron de ellos a Escriboniano. Este se encolerizó y llegó corriendo al campamento del Undécimo.

—¿Dicen que los estandartes se niegan a moverse, embusteros? Es porque son un hatajo de cobardes y no tienen ni siquiera el valor de los perros. ¡Miren! ¿Quién dice que este estandarte no puede ser movido?—. Se acercó al estandarte más cercano y tiró de él. Tiró y forcejeó hasta que las venas se le hincharon en la frente como cuerdas; pero no pudo ni siquiera mover el asta. En rigor, lo habían incrustado secretamente en hormigón, la noche de la reunión, lo mismo que a todos los demás estandartes, con tierra apilada encima. El hormigón había fraguado y estaba duro como una roca.

Escriboniano vio que todo estaba perdido y, corriendo hacia el puerto, saltó a bordo de su yate privado y le dijo a la tripulación que zarpase y se hiciera a la mar de inmediato. Puso rumbo a Italia, con la intención, supongo, de prevenir a Viniciano de su fracaso. Pero en lugar de eso la tripulación lo desembarcó en la isla de Lissa, cerca de Corfú, sospechando que sus planes habían fracasado y no queriendo tener más relaciones con él. Sólo uno de los libertos permaneció con él y estuvo presente cuando se suicidó. Viniciano también se suicidó cuando le llegaron las noticias, uno o dos días después; lo mismo hicieron la mayoría de los otros rebeldes. La rebelión había terminado.

No fingiré que no pasé diez días ansiosos antes de dirigirme al Senado y conocer las dichas nuevas del fracaso de Escriboniano. Me volví muy excitable y si no hubiese sido por los esfuerzos de Jenofonte, quizás habría tenido una grave recaída en mi antigua enfermedad nerviosa. Pero me dio varias dosis de esto y de aquello, y me masajé y estimuló, con su sequedad habitual, diciéndome que no tuviese miedo del futuro. Y de tal modo me sacó adelante sin ningún daño serio para mi salud. Un verso de Homero se me había metido en la cabeza, y se lo repetía a todos aquellos con quienes me encontraba:

*Resiste y resiste con todas tus fuerzas al hombre  
que, no provocado, te provoca a combatir.*

Incluso se la di un día a Rufrio, como santo y seña. Mesalina se burló de mí, pero yo ya tenía una respuesta lista:

—También se le metió en la cabeza a Homero. Usó esos versos una y otra vez, en una ocasión en La Ilíada, y dos o tres veces en La Odisea.

La devoción de Mesalina fue un gran consuelo, lo mismo que los leales gritos de los ciudadanos y los soldados, cada vez que aparecía en público, y la confianza que el Senado parecía sentir por mí.

Recompensé al Séptimo y al Undécimo pidiéndole al Senado que volviese a rebautizarlos con el nombre de «Los leales regimientos de Claudio», y por insistencia de Mesalina (Vitelio convino con ella en que no era ocasión para una amnistía) condené

a muerte a los principales rebeldes que habían sobrevivido. Pero no los ejecuté sumariamente como había ejecutado a Silano, sino que les concedí a cada uno por turno un juicio normal. El procedimiento que adopté consistió en leer la acusación sentado en una silla oficial con los cónsules de pie a uno y otro lado. Luego me retiré a mi escaño y los cónsules pidieron sus propias sillas oficiales y condujeron el juicio como jueces. En aquellos días sufría de un grave resfriado, que redujo mi voz, nunca muy fuerte, a un susurro. Pero tenía a Narciso, Polibio y los coroneles de la guardia a mi lado, y si quería interrogar a un prisionero o un testigo le entregaba una lista de preguntas para que se las hicieran en mi nombre, o se las trasmitía en un susurro. Narciso era el mejor portavoz, de modo que lo empleaba con más frecuencia que a los demás. Esto provocó un equivoco. Más tarde mis enemigos afirmaron que había dirigido la acusación por su propia iniciativa... ¡Un simple liberto acusando a nobles romanos, qué escándalo! En efecto, Narciso tenía modales seguros e independientes, y debo admitir que me incorporé a las carcajadas generales contra él, cuando el fiel liberto de Escriboniano, a quien interrogaba, resultó ser superior a él en las réplicas.

NARCISO: ¿Fuiste liberto de Furio Camilo Escriboniano? ¿Estuviste presente en el momento de su muerte?

LIBERTO: Sí.

NARCISO : ¿Te hizo confidencias en cuanto a esa presunta rebelión? ¿Sabías quiénes eran sus cómplices?

LIBERTO: ¿Quieres sugerir que he sido indigno de su confianza? ¿Qué si tuvo cómplices, como tú los llamas, en esta supuesta rebelión, debo traicionarlos?

NARCISO: No sugiero nada, te estoy haciendo una pregunta sencilla.

LIBERTO: Entonces te doy una respuesta sencilla. No lo recuerdo.

NARCISO: ¿No lo recuerdas?

LIBERTO: Sus últimas palabras a mí fueron: «Olvídate de todo lo que haya dicho en este asunto. Deja que mis secretos mueran conmigo».

NARCISO: Ah, entonces puedo suponer que gozaste de su confianza.

LIBERTO: Supón lo que quieras. No me interesa. Las órdenes de mi amo, al morir, fueron que olvidase. Lo he obedecido implícitamente.

NARCISO: (Violentamente, adelantándose hacia el centro de la sala, furioso, de modo que no me deja ver al testigo): Un honestísimo liberto, por Hércules. Y dime, amigo, ¿qué habrías hecho si Escriboniano hubiera llegado a ser emperador?

LIBERTO: (Con repentino acaloramiento): Me habría quedado detrás de él, amigo, y habría mantenido la boca cerrada.

Quince nobles o ex nobles rebeldes fueron ejecutados, pero solo uno de ellos era senador, cierto Junco, magistrado de primer rango, y lo obligué a renunciar a su puesto antes de ejecutarlo. Los otros senadores se habían suicidado antes de ser arrestados. Contrariamente a la costumbre habitual, no confiscé las propiedades de los rebeldes ejecutados, sino que dejé que sus herederos las recibiesen como si se hubiesen suicidado decentemente. En tres o cuatro casos, en verdad, cuando las propiedades estaban muy cargadas de deudas —cosa que probablemente era la razón de su participación en la rebelión—, llegué a hacer a los herederos regalos de dinero. Se ha dicho que Narciso aceptó sobornos para ocultar pruebas de culpabilidad contra ciertos rebeldes. Por cierto que esta es una invención. Yo mismo dirigí las investigaciones preliminares, con ayuda de Polibio, y tomé declaraciones. Narciso no tuvo oportunidad alguna de ocultar pruebas. Pero Mesalina tuvo acceso a los papeles y puede haber destruido alguno de ellos. No puedo decir si lo hizo o no. Pero ni Narciso ni Polibio los manejaron, como no fuese en mi presencia. También se ha dicho que libertos y ciudadanos fueron torturados en un intento de arrancarles pruebas. Esto también es

falso. Algunos esclavos fueron puestos sobre el potro, pero no para obligarlos a dar pruebas contra sus amos, sino solo para hacer que declarasen contra ciertos libertos a quienes se sospechaba de perjurio. El origen del informe de que torturé a libertos y ciudadanos debe encontrarse quizás en el caso de algunos de los esclavos de Viniciano, a quien éste concedió la libertad cuando vio que la rebelión había fracasado, para impedirles que declarasen contra él bajo torturas. Predató su libertad, en el acta de manumisión, en doce meses. Este era un procedimiento ilegal, o por lo menos los hombres estaban todavía en condiciones de ser examinados bajo tortura, según una ley promulgada bajo el reinado de Tiberio, para impedir este tipo de evasión. Uno de los ciudadanos fue presuntamente torturado cuando se descubrió que no tenía derecho alguno a ser considerado como tal. Junco protestó en su juicio de que se le había maltratado groseramente en la cárcel. Apareció envuelto en vendajes, con grandes heridas en la cara, pero Rufrio declaró que era una mentira lisa y llana: las heridas se debían a que se había resistido durante el arresto: saltó por la ventana de su dormitorio en Bríndisi, y trató de pasar a través de un seto de espinos. Dos capitanes de la guardia confirmaron eso. Pero Junco se vengó de Rufrio.

—Si debo morir, Rufrio —dijo—, entonces te llevaré conmigo. —Luego se volvió hacia mí:—. Tu digno comandante de la guardia te odia y te desprecia tanto como yo. Peto y yo lo entrevistamos, en nombre de Viniciano, para preguntarle si a la llegada de las fuerzas de Dalmacia pondría a los guardias de nuestra parte. Se comprometió a hacerlo, pero solo con la condición de que él, Escriboniano y Viniciano se repartiesen el imperio. Niégalo, Rufrio, si te atreves.

Arresté a Rufrio en el acto. Al principio trató de reírse de la acusación, pero Peto, uno de los caballeros rebeldes que aguardaban su juicio, respaldó la declaración de Junco, y al cabo aquél se derrumbó y pidió piedad. Le concedí la merced de ser su propio verdugo. También unas cuantas mujeres fueron ejecutadas. No entendía por qué el sexo de una mujer debería protegerla de su castigo, si había sido culpable de fomentar una rebelión, y en especial una mujer que no se había casado con un hombre según las formalidades estrictas del matrimonio, sino que había mantenido su independencia y sus propiedades, y por lo tanto no podía alegar que se la había obligado. Se las llevó al patíbulo encadenadas, lo mismo que a sus esposos, y en conjunto mostraron mucha más valentía frente a la muerte. Una mujer, Arria, esposa de Peto pero amiga íntima de Mesalina, casada según las formalidades estrictas, habría podido conquistar sin duda mi perdón si se hubiese atrevido a pedirlo. Pero no, prefirió morir con Peto. Este, como recompensa por sus declaraciones en el caso de Rufrio, recibió permiso para suicidarse antes de recibir una acusación formal. Era un cobarde y no logró reunir fuerzas suficientes para precipitarse sobre su espada. Arria se la arrebató y se la clavó entre sus propias costillas.

—Mira, Peto —dijo antes de morir—, no duele.

La persona más distinguida que murió por complicidad con esta rebelión fue mi sobrina Julia (Helena la Glotona). Me alegré de tener una buena excusa para librarme de ella. Fue ella quien traicionó a su esposo, mi pobre sobrino Nerón, ante Seyano, y quien lo hizo desterrar a la isla en que murió. Después Tiberio le demostró su desprecio entregándola en matrimonio a Blando, un vulgar caballero sin familia. Helena estaba celosa de la belleza de Mesalina, lo mismo que de su poder. Había perdido gran parte de su propia belleza debido a su pasión por la comida y a su indolencia, y se había puesto excesivamente robusta. Pero Viniciano era uno de esos sencillos hombres ratoniles que tienen el mismo amor por las mujeres de encantos abundantes que los ratones tienen por los zapatos grandes. Y si hubiese llegado a ser emperador, como era su intención, sabiendo que era superior a Rufrio y Escriboniano juntos, Helena la Glotona se habría

convertido en su emperatriz. Viniciano la traicionó ante Mesalina como prueba de su lealtad hacia nosotros.

# Capítulo 15

## AÑO 43

De modo que continuaba siendo emperador, y mis esperanzas de un rápido y seguro retorno a la vida privada habían quedado pulverizadas. Empecé a decirme que Augusto había sido sincero en los discursos que hacía de vez en cuando, acerca de que pronto restablecería la república, y que incluso mi tío Tiberio no fue tan falso como sospechaba cuando hablaba de su renuncia. Sí, a un ciudadano común le era bastante fácil ser un firme republicano y gruñir: «¿Qué podría ser más sencillo que elegir un momento de tranquilidad general, renunciar y entregar el poder al Senado?» La dificultad sólo podría ser entendida si ese ciudadano común se convirtiese en emperador. Residía en la frase «momento de tranquilidad». No había tales momentos de tranquilidad. Existían siempre factores perturbadores en la situación. Uno se decía, con bastante sinceridad: «Quizá dentro de seis meses, quizá dentro de un año». Pero pasaban los seis meses y pasaba el año. Y aun cuando algunos de los factores perturbadores de la situación eran eliminados con éxito, surgían otros nuevos que ocupaban sus lugares. Yo estaba decidido a entregar el gobierno en cuanto se hubiese aclarado la confusión dejada por Tiberio y Calígula, e insté al Senado a recobrar su autorrespeto —no se puede tener libertad sin autorrespeto—, tratándolo como a un cuerpo legislativo responsable. Y sin embargo no podía mostrarme más respetuoso para con la orden senatorial de lo que ésta se merecía. Puse a los mejores hombres de que disponía en ella, pero la tradición de sometimiento a los placeres imperiales resultó difícil de quebrar. Sospechaban de mis bondades y cuchicheaban entre sí, tapándose la boca con la mano, cuando me comportaba con natural afabilidad hacia ellos. Y de pronto, si perdía los estribos, como a veces sucedía, guardaban un repentino silencio y se estremecían como un grupo de escolares traviesos que hubiesen abusado de la tolerancia de un maestro bonachón. No, todavía no podía abandonar. En teoría me sentía profundamente avergonzado de mí mismo, ya que me veía obligado a ejecutar a los dirigentes de una abortada rebelión antimonárquica. ¿Pero qué otra cosa habría podido hacer en la práctica?

Cavilé en torno al problema. ¿No era Platón quien había escrito que la única excusa sólida que cualquiera puede ofrecer para gobernar es la de que al así hacerlo se evita ser gobernado por gente inferior en talento a él? Algo de cierto hay en eso. Pero yo temía, por el contrario, que, si renunciaba, mi lugar fuese ocupado por alguien superior en talento (si bien no en industriosisdad, era mi jactancia), por ejemplo, Galba o Gabinio del Rhin, de modo que la monarquía resultaría más fuerte que nunca y la república no podría ser restaurada. De cualquier manera, el momento de tranquilidad no había llegado. Debía volver a poner manos a la obra. La rebelión y sus consecuencias interrumpieron los asuntos públicos y me atrasaron un par de meses en mi programa de trabajo. Para ganar tiempo abolí varias fiestas públicas innecesarias. Cuando llegó el Año Nuevo, inicié mi tercer consulado, con Vitelio, pero renuncié al cabo de dos meses en favor de Asiático. Ese fue uno de los años más importantes de mi vida : el año de mi expedición a Bretaña. Pero antes de llegar a eso debo escribir acerca de algunos asuntos domésticos. Era hora ya de que mi hija Antonia se casara con el joven Pompeyo, un

hombre capaz y aparentemente bien dispuesto hacia mí. Pero no permití que la ceremonia fuese convertida en pretexto de grandes regocijos públicos; la celebré tranquilamente en casa. No quería que se considerase que tenía a mi yerno por miembro de la familia imperial. En primer lugar, no me gustaba que se pensara en mi familia como en la casa imperial: no éramos una dinastía oriental; pertenecíamos a la familia de Julio-Claudia y no éramos ni mejores ni peores que los Cornelio, los Camilos, los Servio, los Junio u otras familias principales. Tampoco quería que mi hijito fuese honrado por encima de todos los otros niños de noble nacimiento. El Senado solicitó permiso para celebrar su cumpleaños con Juegos, con dinero del tesoro público, pero yo me negué. Sin embargo, los magistrados de primer rango, por su propia iniciativa, observaron el primer cumpleaños de él con un magnífico espectáculo y banquete por el cual pagaron ellos mismos. Y esta práctica fue seguida por sus sucesores. Habría sido descortés no agradecerles su buena voluntad hacia mí, y los Juegos agradaron grandemente a Mesalina. Lo único que hice por el joven Pompeyo fue permitirle presentarse a su primera magistratura cinco años antes del momento habitual, y nombrarlo Guardián de la Ciudad durante las festividades latinas. Pompeyo descendía de Pompeyo el Grande a través de su abuela materna, la heredera Pompeya. Gracias a ella heredó las máscaras y estatuas de la familia, y pudo adoptar el nombre. Yo me enorgullecí de poder unir el nombre de César con el de Pompeyo, después de tantas generaciones. Mi abuela Octavia había sido ofrecida en matrimonio, por Julio César, a Pompeyo el Grande, casi cien años antes, pero Pompeyo la rechazó y riñó con Julio. Más tarde se casó con Marco Antonio y se convirtió en la abuela de mi hija Antonia, a quien ahora casaba yo con el biznieto de Pompeyo.

Las finanzas del Estado se encontraban en una situación más bien difícil, a pesar de las economías. Las cosechas mundiales continuaban siendo pobres, y tuve que dedicar una buena cantidad de dinero a comprar cereales a altos precios en mercados distantes. Entre otras economías, solicité la devolución de las rentas públicas que habían sido concedidas por Calígula a algunos de sus favoritos —conductores de cuadrigas, actores, etc.— como pensiones permanentes. Sabía que todavía se las continuaba pagando, porque Calisto jamás me las había mencionado. Probablemente fue sobornado por alguno de los pensionistas para que guardase silencio al respecto.

Tomé una decisión de importancia. Desde la época de Augusto, los puestos de tesoreros públicos habían sido arrebatados a los funcionarios habituales del Tesoro, que constituían el grupo inferior de magistrados, y entregado a magistrados de primera fila. Pero en la práctica estos magistrados de primera fila, si bien actuaban como pagadores y receptores de rentas, no hacían otra cosa que recibir o pagar las sumas que el emperador les ordenaba, y los libertos del emperador llevaban todas las cuentas del Tesoro. Decidí devolver el puesto en el Tesoro a los primitivos funcionarios, que ahora eran empleados en otras funciones —el gobierno de Lombardía, el cobro de los impuestos portuarios en Ostia, etc.—, y darles la posibilidad de entender a fondo las finanzas del Estado. De modo que cuando se produjese el cambio del gobierno monárquico al republicano, no hubiese confusiones. Por el momento las cuentas del Tesoro, que jamás eran revisadas salvo por mí mismo, eran dirigidas totalmente por Calisto y sus empleados. Pero yo no quería que ninguno de estos funcionarios se aprovechara de su situación para despojar al Tesoro... Por desgracia era más fácil confiar en los libertos que en los hombres de rango, de manera que decidí que sólo podrían ser elegibles para el puesto los hombres que se comprometieran a presentar Juegos públicos, a su propia costa, durante sus funciones. Hombres de dinero, argumenté, que tendrían menos tentaciones de robar al Estado que los pobres. Los jóvenes que elegí estaban obligados durante todo un año, antes de su nombramiento, a concurrir todos los días al Palacio Nuevo y estudiar la

rutina del Tesoro, junto con el nombramiento se le entregaba a cada uno un departamento del Tesoro dirigido por mí mismo —representado todavía, por supuesto, por Calisto— con un liberto, el jefe de ese departamento, como su consejero y secretario. El plan funcionó bien. Los libertos y funcionarios se vigilaban mutuamente. Di órdenes a Caliste de que las comunicaciones cifradas entre los departamentos debían cesar, y ser reemplazadas por latín o griego correcto. Los nuevos funcionarios debían comprender lo que sucedía.

En el mismo espíritu, hice lo posible para inculcar un elevado sentido del deber en todos los magistrados y gobernadores. Por ejemplo, insistí en que los senadores que habían sido elegidos por suertes, en Año Nuevo, para administrar las provincias (las provincias nacionales, quiero decir, en oposición a las provincias de la frontera, cuyos gobiernos eran elegidos por mí mismo en mi condición de comandante en jefe), no rondasen por Roma como lo hacían habitualmente, hasta junio o julio, cuando el tiempo hacía posible la partida por barco, sino que debían partir a mediados de abril.

Mesalina y yo realizamos una minuciosa revisión de la Lista de Ciudadanos, en la cual se habían insertado una gran cantidad de personas completamente indignas. Dejé la mayor parte de esta ocupación en manos de ella, y millares de nombres fueron eliminados y se agregaron decenas de millares de otros. No hice objeción alguna a la ampliación de la Lista. La ciudadanía romana concedía al que la poseía una inmensa ventaja sobre los libertos, los provincianos y los extranjeros, y mientras no se la convirtiera en una cofradía demasiado cerrada o demasiado abierta, y se la mantuviese en la exacta relación de proporciones con la gran masa de la población del dominio romano —digamos, un ciudadano por cada seis o siete de los otros—, era un gran factor de estabilización en la política mundial. Sólo insistí en que los nuevos ciudadanos debían ser hombres de medios, de familia honrada y buena reputación; tenían que saber hablar en latín, era preciso que tuviesen una educación adecuada en materia de legislación romana, religión y ética, y vestirse y comportarse en forma digna del honor. Todo postulante con las calificaciones necesarias, que fuese patrocinado por un senador de buena reputación, era incluido en la Lista. Sin embargo, se esperaba de él que hiciese un regalo proporcionado a sus medios para el Tesoro Público, del cual se beneficiaría luego en distintas formas. Las personas que no podían encontrar un patrocinante se dirigían a mí en forma indirecta, por intermedio de mi secretario, y Mesalina investigaba luego sus antecedentes.

Aquellos que eran recomendados por ella quedaban incluidos en la Lista sin más trámites. No me di cuenta entonces de que cobraba a los postulantes un grueso honorario por comprometerse a interesarme, y que los libertos, en especial Anfeo y Polibio, a quienes había trasladado temporalmente a esta labor, también redondeaban enormes sumas de dinero. Muchos senadores que patrocinaban a candidatos a la ciudadanía se enteraron de ello y comenzaron a recibir dinero por debajo de la mesa (así se dice), y algunos anunciaron, en forma cautelosa y por intermedio de sus agentes, que cobraban más razonablemente por sus patrocinios que ningún otro senador dedicado a ello. Yo, sin embargo, no sabía nada de eso en esa fecha. Supongo que todos creían que también yo obtenía dinero con el asunto, utilizando a Mesalina como mi agente, y que por lo tanto haría la vista gorda en relación con las prácticas de ella. Admito que sabía que muchos de mis secretarios recibían regalos en dinero de los postulantes. Una vez discutí este punto con uno de ellos:

—Te admito aceptar regalos, pero te prohíbo que los solicites. No ofenderé a ninguno de ustedes sugiriendo que puede ser sobornado para que cometa alguna falsificación u otra irregularidad, y no veo por qué no habrían de ser recompensados por efectuar favores a la gente que les ocupa el tiempo y la energía, y, *ceteris paribus*, por

dar prioridad a sus asuntos. Si se envían cien solicitudes para el mismo favor, simultáneamente, y no hay más remedio que elegir entre los candidatos, en tanto que sólo se puede conceder solicitud a diez de ellos, pues bien, me parecería tonto que ustedes no eligieran a los diez que son capaces de mostrar el máximo de gratitud. Mi leal amigo y aliado, el rey Herodes Agripa, suele citar un proverbio judío —más bien una ley judía— que ha conquistado una fuerza proverbial—: «No pondrás bozal al buey que pisa el trigo». Esto es correcto y justo. Pero no quiero ningún indecente tráfico o subasta de favores y prioridades. Y si descubro que algunos de mis bueyes dedica más su atención a comer el trigo que a pisotearlo, lo llevaré directamente desde la era al matadero.

Mi nuevo comandante de la guardia se llamaba Justo. Yo había convocado a los demás coroneles de la guardia para que sugiriesen uno de entre ellos para el nombramiento, y si bien habría preferido algún otro que Justo, acepté la elección. Justo mostró un interés demasiado excesivo en política, para ser un simple soldado. Por ejemplo, un día vino a verme y me informó de que algunos de los nuevos ciudadanos que yo acababa de crear no adoptaban mi nombre, como hubiesen debido hacer por lealtad, ni alteraban sus testamentos en mi favor, como habrían debido hacer por gratitud. Ya tenía una lista preparada de estos ingratos y desleales hombres, y me preguntó si deseaba acusarlos. Lo hice callar preguntándole si sus reclutas tenían la práctica de adoptar su nombre y alterar sus testamentos en su favor. Justo se tomó el trabajo de decírmelo, pero ni él ni ningún otro me hizo saber que no sólo Mesalina vendía ciudadanías y estimulaba a otros a venderlas, sino que, cosa aún más vergonzosa, recibía grandes sumas de dinero en recompensa por su influencia sobre mí en la elección de magistrados, gobernadores y comandantes militares. En algunos casos no sólo exigía el dinero, sino que —es preferible que lo diga de una vez— insistía en que el hombre se acostara con ella para cerrar el trato. Lo más vergonzoso de todo es que me introdujo en ello sin mi conocimiento. Les dijo que yo la había rechazado por desprecio a su belleza, pero le permitía elegir los compañeros de cama que se le ocurriera, a condición de que los convenciese de que pagaran un buen precio por los nombramientos que yo le entregaba para vender en mi nombre. Pero yo no sabía nada de eso en esa época, y me enorgullecía de actuar en forma correcta, que debía merecer el afecto y gratitud de toda la nación. En mi confiada ignorancia hice una cosa especialmente estúpida. Escuché el consejo de Mesalina respecto de los monopolios. Se recordará cuan astuta era y cuan lento soy yo, y cuánto confiaba en ella. Podía convencerme de que hiciese casi cualquier cosa. Un día me dijo:

—Claudio, he estado pensando algo; a saber, que la nación sería mucho más próspera si la competencia entre mercaderes rivales fuese suprimida por ley.

—¿Qué quieres decir, querida?

—Permíteme que te lo explique por analogía. Supongamos que en nuestro sistema gubernamental no hubiese departamentos. Supongamos que cada secretario estuviese en libertad de desplazarse de tarea en tarea, como lo considerase conveniente. Supongamos que Caliste entrase corriendo un día a tu estudio y te dijera: «Yo llegué aquí primero y quiero hacer esta mañana el trabajo de secretariado de Narciso», y luego Narciso llegara un momento más tarde y encontrará su taburete ocupado por Calisto, y entonces corriese a la habitación de Félix, a tiempo para llegar antes que éste, y comenzara a trabajar en algún documento de asuntos exteriores que Félix no había terminado de redactar la noche anterior. Eso sería ridículo, ¿no es verdad?

—Muy ridículo, pero no entiendo qué tiene que ver con los mercaderes.

—Te lo demostraré. Lo malo de los mercaderes es que no se atienen a una sola de sus tareas ni dejan que sus rivales se atengan a una sola. A ninguno de ellos les interesa



servir a la comunidad, sino sólo encontrar la forma más fácil de reunir dinero. El mercader comienza por un negocio heredado de importador de vino, lo dirige más o menos bien durante un tiempo, y luego, de pronto, se mete en el negocio del aceite y vende más barato que alguna firma antiguamente establecida de su vecindario. Consigue quizá que esta firma quiebre, o la compra, y luego se dedica al comercio de higos o esclavos, y o bien aplasta a los competidores o es aplastado por ellos. El comercio es una lucha constante, y la masa de la población sufre debido a ello, lo mismo que los no combatientes en una guerra.

—¿De veras lo crees así? Con frecuencia el pueblo obtiene las cosas sorprendentemente baratas cuando un mercader las vende por debajo de su precio, para aplastar a otro mercader, o cuando cae en bancarrota.

—Lo mismo podrías decir que a veces los no combatientes obtienen un buen botín del campo de batalla: metales arruinados, los cueros y las herraduras de los caballos muertos, piezas de carrozas rotas, para construirse una nueva. Pero estas brevas no se pueden comparar con sus granjas quemadas y sus cosechas pisoteadas.

—¿Así de malos son los mercaderes? Nunca pensé que fuesen otra cosa que útiles servidores del Estado.

—Podrían y deberían ser útiles. Pero hacen grandes daños por su falta de consideración y sus demenciales competencias. Por ejemplo, circula el rumor de que habrá una gran demanda de mármoles de colores de Frigia, o de seda de Siria, o de marfiles de África o de pimienta de la India. Y por miedo a perderse una oportunidad se precipitan sobre el mercado como perros rabiosos. En lugar de insistir en sus negocios habituales, corren con sus barcos al nuevo centro de excitación, ordenan a sus capitanes que traigan tantos mármoles, pimienta, seda o marfil como sea posible, a cualquier costo, y luego, por supuesto, los extranjeros elevan los precios. Llegan al país doscientos cargamentos de pimientas o sedas y llegan, con grandes gastos, cuando en realidad sólo hay demanda para veinte, y los otros 180 barcos habrían podido ser mejor empleados en otras cosas, por las cuales habría habido demanda y por las que se hubiese podido conseguir un precio justo. Es evidente que el comercio debe ser controlado centralmente, del mismo modo que los ejércitos, los tribunales, la religión y todo lo demás.

Le pregunté cómo fiscalizaría el comercio si se le diese la oportunidad.

—Pues muy sencillo —contestó—. Concedería monopolios.

—Calígula concedió monopolios —dije—, y elevó los precios espantosamente.

—Vendió monopolios al mejor postor, y por supuesto los precios subieron. Yo no haría tal cosa. Y mis monopolios no serían tan enormes como los de Calígula. El vendió a un solo hombre los derechos para comerciar con higos en todo el mundo. Yo simplemente calcularía la demanda normal de un año para cualquier mercancía, y luego distribuiría libremente el comercio de la misma, para los dos años siguientes, entre una o más firmas de comerciantes. Por ejemplo, concedería los derechos exclusivos para importar y vender vinos de Chipre a una determinada firma.

Y los derechos exclusivos para importar vidrios egipcios a otra firma, y el ámbar del Báltico y la púrpura de Tiro y el esmalte británico serían concedidos a otras firmas. Si fiscalizas el comercio de ese modo, ya no hay competencia, de modo que el fabricante o comerciante extranjero en materias primas no puede elevar el precio. «Tómalo o déjalo», dice el vendedor cuando él mismo fija el precio. Los comerciantes que no tengan suficiente crédito como para que se les conceda el monopolio, deben aceptar las condiciones de los monopolistas, si a éstos se les ocurre que tienen más mercancías de las que puedan distribuir, o bien tienen que descubrir nuevas industrias o comercios. Si yo pudiese hacer lo que quiero, todo estaría perfectamente ordenado y quedaríamos

correctamente abastecidos, y el Estado recibiría derechos de puerto más grandes que nunca.

Convine en que me parecía un plan sensato, y uno de sus buenos efectos consistiría en liberar a una gran cantidad de barcos y mercantes para el comercio de granos. De inmediato le concedí poderes para otorgar una gran cantidad de monopolios, sin sospechar que la inteligente mujer me había convencido de que aceptase su plan nada más que con vistas a los enormes sobornos que recibiría de los mercaderes. Seis meses después la eliminación de la competencia en el comercio monopolista, que incluía artículos necesarios lo mismo que objetos suntuarios, había elevado los precios a un tope ridículo —los mercaderes cobraban a los consumidores lo que habían pagado en sobornos a Mesalina—, y la ciudad se mostró más inquieta que en ningún otro momento, desde el hambre del invierno anterior. La multitud me gritaba continuamente en la calle, y no tuve más remedio que instalar una enorme plataforma en el campo de Marte, desde la cual, con la ayuda de un estentóreo capitán de la guardia, fijaba los precios, para los doce meses siguientes, de las mercancías en cuestión. Basaba los precios en los de los doce meses anteriores, en la medida en que podía conseguir cifras exactas. Y por supuesto, después de ello todos los monopolistas corrían a palacio para solicitarme que modificase mi decisión en sus casos particulares, porque eran hombres pobres y sus familias estaban al borde del hambre, y tonterías por el estilo. Les dije que si no podían hacer que sus monopolios rindieran a los precios ahora fijados, debían retirarse en favor de otros comerciantes con mejores métodos comerciales, y luego les advertí que se fueran en el acto, antes de que los acusara de «librar la guerra contra el Estado» y los arrojara de la cima del monte Capitolino. No volvieron a molestar, pero trataron de derrotarme retirando sus mercancías del mercado. Pero cuando me llegaba alguna queja de que cierta clase de mercancías —digamos pescado encurtido de Macedonia, o drogas medicinales de Creta— no llegaban a la ciudad en cantidad suficiente, agregaba otra firma a las que ya compartían el monopolio.

Siempre mostré suma atención en lo referente al abastecimiento de alimentos de la ciudad. Ordené al administrador de mis fincas italianas que dedicase la mayor cantidad de tierra posible, en las vecindades de la ciudad, a la plantación de hortalizas para el mercado de la ciudad, en especial coles, lechugas, escarola, puerro, chiribía y otros vegetales de invierno. El médico Jenofonte me dijo que los frecuentes estallidos de enfermedades en los barrios pobres de Roma, en los meses de invierno, se debían en gran medida a la escasez de hortalizas verdes. Yo quería una abundante provisión de las mismas, que entrase antes del alba, todos los días, y que fuese vendida a los precios más bajos posibles. También estimulé la crianza de cerdos, aves y ganado. Y uno o dos años más tarde conquisté privilegios especiales del Senado para los carniceros y vendedores de vino. En el Senado hubo cierta oposición a estas concesiones. Los senadores eran abastecidos por sus propias fincas de campo, y no se interesaban en la alimentación de la ciudad. Asiático dijo:

—Agua fría, pan, potaje de lentejas y col son suficientes para los trabajadores; ¿por qué arruinarlos con vino y carne?

Protesté contra la inhumanidad de Asiático y le pregunté si prefería el agua fresca al vino de Quíos, o la col al asado de venado. Me contestó que había sido criado con una dieta abundante, que le resultaría imposible cambiar por otra más sencilla. Pero que sin duda sería un hombre más robusto si pudiera hacerlo, y que me equivocaba al estimular a los pobres para que aceptasen una dieta superior a su situación económica.

—Apelo a vosotros —protesté, temblando de cólera—; ¿qué hombre es capaz de vivir una vida decente sin un poco de carne? —El Senado pareció pensar que esto era

gracioso. Yo no pensé lo mismo. Lo mismo ocurrió hacia el final del mismo debate, cuando hablaba acerca de los vendedores de vino.

—Necesitan un acicate —dije—. Ha habido una gran disminución en la cantidad de vinerías, incluso en los últimos cinco años. Me refiero a vinerías honradas, y no a esos lugares sucios que he tenido que cerrar, en los que vendían carne asada aparte del vino, ¡y qué vino! Un brebaje espantoso, en su mayor parte con agregados de sales de plomo... y un burdel adjunto, lleno de mujeres enfermas, con grabados pornográficos borroneados en las paredes. ¡Pero si hace cinco años, en un radio de 500 metros desde mi casa del Palatino, había por lo menos 15...! No, ¿qué digo?, por lo menos 25 casas de venta de vino, y ahora no quedan más que tres o cuatro. Estaba «El Jarro» y «El Baco» y «El veterano» y «Los dos hermanos» y «La gloria de Agripa» y «El Cisne» («El Cisne» todavía funciona, pero los otros han desaparecido. El mejor vino provenía de «Los dos hermanos») y el «Baucis y Filemón»... éste también ha desaparecido, y era un lugar agradable. Y lo mismo sucedió con «El Tejo»... El viejo «Tejo» me resultaba muy simpático...

¡Cómo se rieron de mí! Eran todos hombres que poseían sus propias bodegas y probablemente no habían ido nunca a una vinería a comprar su vino. Los hice callar con una mirada furiosa.

—Recordarán que hace cinco años —dije—, debido a los caprichos de mi sobrino, el extinto emperador, caí en bancarota y me vi obligado a vivir de la caridad de mis amigos —de paso, ninguno de ustedes figuraba entre ellos—, verdaderos amigos, tales como unos pocos libertos agradecidos, una prostituta y uno o dos esclavos viejos. Yo visitaba esas tabernas para comprar vino, porque mi bodega estaba a punto de ser subastada junto con mi casa, de la cual sólo podía ocupar unas pocas habitaciones. De modo que sé lo que digo. Y espero que si alguno de ustedes resulta víctima de los caprichos de un emperador y se encuentra en la pobreza, recuerde este debate y lamente no haber votado por el mantenimiento de una adecuada provisión de carne y por la conservación de tan honradas tabernas como el viejo «Cisne», «La Corona» y «El perro negro», que todavía siguen funcionando, pero que no sobrevivirán mucho tiempo si no hacen algo por ellas. ¡Al demonio con el agua fresca y el potaje de lentejas! Y si veo una sola sonrisa cruzarles por la cara, señores, antes de haber terminado este discurso —o después—, la tomaré como una afrenta personal.

Estaba realmente furioso, tembloroso de ira, y vi que el miedo a la muerte se insinuaba gradualmente en ellos. Aprobaron mi moción sin un solo voto en contra.

Mi éxito me proporcionó un placer momentáneo, pero después me sentí muy avergonzado y empeoré las cosas disculpándome por mi mal humor. Creyeron que al hacerlo estaba mostrando debilidad y timidez. Ahora bien, quiero dejar aclarado que no había utilizado mi poder imperial contrariamente a mis más caros principios de igualdad y justicia y autorrespeto humano para amedrentar y atemorizar al Senado. Simplemente me sentía ofendido por Asiático y por los demás hombres ricos y despiadados que trataban a sus conciudadanos como si fuesen basura. No amenazaba; reconvenía. Pero mis palabras fueron utilizadas luego contra mí por mis enemigos, a pesar de las disculpas que les había ofrecido y a pesar de la siguiente carta que redacté e hice circular por la ciudad:

*Tiberio Claudio Augusto Germánico, emperador, Sumo Pontífice, Protector del pueblo, cónsul por tercera vez, al Senado y al Pueblo de Roma, salud.*

*Tengo conciencia de cierto defecto mío, que me acongoja quizá más que a ustedes, porque uno se duele más por los problemas que se crea a sí mismo que por los provenientes de otras fuentes, en especial de alguna fuente poderosa*

sobre la cual tiene poco o ningún dominio, como por ejemplo el rayo, la enfermedad, el granizo o la severidad de un juez. Me refiero a los súbitos estallidos de cólera a que me he visto cada vez más sometido desde que asumí la carga del gobierno que, contra mis inclinaciones, depositaron ustedes sobre mí. Por ejemplo, el otro día hice saber a los ciudadanos de Ostia que iría a conocer los avances realizados en las excavaciones para el nuevo puerto. Navegaría por el Tíber. Debían esperarme a eso del mediodía, y si tenían alguna queja que presentarme en cuanto a la conducta de mi ejército de trabajadores, o alguna petición que ofrecerme, me sentiría encantado de escucharlos. Pero cuando llegué a Ostia no salió barco alguno a recibirme ni grupo alguno de funcionarios esperaba en el muelle. Me irrité y mandé a buscar a los principales hombres de la ciudad, incluso el magistrado principal y el jefe del puerto, y les hablé en los términos más violentos, preguntándoles por qué me había vuelto tan despreciable e insignificante a sus ojos, que no había siquiera un marinero para amarrar mi yate al muelle cuando desembarcara, y sin duda me cobrarían por entrar en el puerto, ¿y qué clase de ingratos eran los hombres de Ostia que ladraban y mordían la mano que los alimentaba, o, en el mejor de los casos, se apartaban de ella con indiferencia? Pero me ofrecieron una explicación muy sencilla: no habían recibido mi mensaje. Se disculparon, yo me disculpé y volvimos a ser los mejores amigos, sin resentimiento por parte de ninguno de nosotros. Pero sufrí por mi cólera mucho más de lo que sufrieron ellos, porque no tenían conciencia de ninguna mala acción cuando les grité, en tanto que yo me sentí después muy avergonzado por haberlos insultado.

Permítanme, entonces, confesar que soy víctima de esos accesos de ira, pero les ruego que me los toleren. Nunca duran mucho, y son inofensivos. Mi médico Jenofonte me dice que se deben al exceso de trabajo, lo mismo que mi insomnio. Recientemente me ha sido imposible dormir de noche; el distante retumbar de los carros que llegan a la ciudad con productos de provincias para el mercado me mantiene despierto hasta el alba, en que a veces tengo la buena suerte de dormir un par de horas. Por eso estoy adormilado con tanta frecuencia en los tribunales, después del almuerzo.

Otro defecto que debo confesar es mi tendencia a guardar rencor. No puedo culpar de esto al exceso de trabajo o a la mala salud, pero puedo decir, y digo, que toda malicia a que me abandone de tanto en tanto no está nunca totalmente injustificada ni se debe a un odio irracional hacia las facciones de una persona o a celos hacia sus propiedades o prendas personales. Se basa siempre en alguna injuria personal, no provocada, que se me hizo alguna vez y por la cual jamás se ofrecieron disculpas u otra satisfacción. Por ejemplo, en mi primera visita a los tribunales —poco después de mi acceso al trono—, para solucionar los casos de hombres acusados de traición, vi al mismo audaz funcionario de tribunal que otrora había hecho lo posible para granjearse el favor de mi sobrino, el extinto emperador, a mis expensas, en la ocasión en que fui injustamente acusado de falsificación. En aquella oportunidad exclamó, señalándome: «Tiene la culpabilidad escrita en la cara. ¿Para qué prolongar los procedimientos? Condénalo en seguida, César». ¿No era natural que yo me acordara de eso? Le grité al individuo, cuando me adulaba al entrar yo: «Puedo leer la culpabilidad en tu cara. ¡Vete de aquí y no vuelvas a aparecer nunca en ningún tribunal de Roma!»

Todos conocen el antiguo dicho patricio: *Aquila non captat muscas*. El águila es un alma noble y no se dedica a cazar moscas, lo que significa que no

*se ocupa de menesteres bajos, ni se esfuerza por vengarse de hombrecitos mezquinos que hayan podido provocarlo. Pero permítanme que les cite una ampliación de ese dicho que hace muchos años compuso mi noble hermano, Germánico César:*

*Captat non muscas aquila; at quaeque advolat ultro*

*Faucibus augustis, musca proterva perit.*

*Tengan todo esto en cuenta y no habrá malentendidos entre nosotros, sino que permaneceremos unidos en el mutuo afecto de que tantas protestas nos hemos hecho. Que sigan bien.*

(El dístico, traducido, significa: «El águila no persigue moscas, pero si alguna mosca insolente llega zumbando, por su propia voluntad, y se introduce en su augusta garganta, ese es el fin de la criatura.»)

Mi ejecución de Appio Silano había sido el pretexto para la revuelta. Por lo tanto, para demostrar que no sentía enemistad alguna contra su familia, dispuse que su hijo mayor, Marcos Silano, tataranieta de Augusto y nacido en el año en que éste murió, fuese cónsul dentro de cuatro años. Y también prometí al hijo menor de Appio, Lucio Silano, que había vuelto con su padre de España para vivir con nosotros en palacio, que lo prometería a mi hija Octavia en cuanto ésta pudiese entender la ceremonia de los esponsales.

## Capítulo 16

Bretaña está situada al norte, pero su clima, aunque muy húmedo, no es tan frío como sería de esperar. Adecuadamente drenado, el país sería muy fructífero. Los habitantes aborígenes, un pueblo pequeño, de cabello negro, fueron desposeídos por la época de la fundación de Roma, por una invasión de los celtas del sureste. Algunos todavía se conservan independientes en pequeños caseríos de montañas o ciénagas inaccesibles. Los demás se convirtieron en siervos y mezclaron su sangre a la de los conquistadores. Uso la palabra «celtas» en el sentido más general, para denotar a las muchas naciones que aparecieron en Europa en el transcurso de los últimos siglos, en avance hacia el oeste desde alguna remota región ubicada al norte de las montañas de la India. Algunas autoridades sostienen que salieron de esa región, no por amor al vagabundeo o por presión de tribus más fuertes sobre sus fronteras, sino por una lenta catástrofe natural a gran escala, por la desecación gradual de inmensas extensiones de tierras fértiles que hasta entonces los mantuvieron. Entre esos celtas, si se quiere que la palabra tenga alguna significación verdadera, debo incluir no sólo a la mayoría de los habitantes de Francia —pero los aquitanios son aborígenes ibéricos— y a las muchas naciones de Germania y los Balcanes, sino también a los griegos aqueos, que se establecieron durante un tiempo en el valle del Danubio superior antes de dirigirse rumbo al sur, hacia Grecia. Sí, los griegos son relativamente recién llegados a Grecia. Desplazaron a los pelasgos nativos, que derivaron su cultura de Creta, y trajeron nuevos dioses consigo, siendo Apolo el principal de ellos. Esto sucedió no mucho antes de la guerra de Troya. Los griegos dorios llegaron más tarde aún: ochenta años después de la guerra de Troya. Otros celtas de la misma raza invadieron Francia e Italia más o menos por la misma época, y el idioma latino deriva de su habla. También entonces se produjo la primera invasión céltica de Bretaña. Estos celtas, cuyo lenguaje es afín al latín primitivo, eran llamados goidels; eran una raza de elevada estatura, cabellos claros, miembros largos, jactanciosos, excitable pero noble, dotada en todas las artes, incluso en el trabajo del metal, los tejidos, la música y la poesía. Todavía sobreviven, en Bretaña del norte, en el mismo estado de civilización que los versos de Homero immortalizaron para los griegos, ahora tan cambiados.

Cuatrocientos o quinientos años después apareció otra nación céltica en Europa septentrional: las tribus que llamamos gálatas. Invadieron Macedonia después de la muerte de Alejandro, y cruzaron hacia el Asia Menor, ocupando la región que ahora se llama Galacia. También entraron en la Italia del norte, donde quebraron el poder de los etruscos, y llegaron hasta Roma, donde nos derrotaron en Alia e incendiaron nuestra ciudad. Esta misma nación ocupó la mayor parte de Francia, si bien sus predecesores se mantuvieron en el centro, el noroeste y el sureste. Estos gálatas eran también un pueblo dotado. Si bien inferiores en artes a los celtas primitivos, están más unidos en espíritu y son mejores combatientes. Son de mediana estatura, cabellos castaños o negros, barbilla redondeada y nariz recta. Por la época del desastre de Alia algunas tribus de esta nación invadieron Bretaña por la vía de Kent, el distrito sureste de la isla, y obligaron a los goidels a abrirse en abanico ante ellos, de modo que ahora sólo se los encuentra —a no ser como siervos— en el norte de Bretaña y en la isla vecina de Irlanda. Los gálatas que

invadieron Bretaña fueron conocidos con el nombre de britanos, u hombres pintados, porque usaban marcas de casta, de tinte azul, en su cara y cuerpo, y han dado su nombre a toda la isla. Pero 200 años más tarde llegó una tercera raza de celtas que avanzaron por el Rhin, desde la Europa central. Eran el pueblo al que llamamos belgas, los mismos que ahora están establecidos a lo largo de la costa del Canal y a los que se conoce como los mejores combatientes de Francia. Son una raza mixta, afín a los gálatas, pero con sangre germana en sus venas. Tienen cabellos claros, barbilla grande y nariz aguileña. Invadieron Bretaña por Kent y se establecieron en toda la parte sur de la isla, con la excepción del extremo suroeste, que todavía estaba ocupado por los britones y sus siervos goidels. Los belgas se mantuvieron en estrecho contacto con sus compatriotas del otro lado del Canal (uno de sus reyes gobernó los territorios situados a ambos lados de las aguas), comerciaron con ellos constantemente e incluso les enviaron ayuda armada en sus guerras contra Julio César, lo mismo que en el suroeste los britones comerciaban con sus compatriotas, los gálatas del Loira, y les enviaban ayuda.

Esto en cuanto a las razas de Bretaña. Y ahora hablemos de la historia de su contacto con el poder de Roma. La primera invasión de Bretaña fue llevada a cabo por Julio César hace 108 años. Había encontrado a numerosos britones combatiendo en las filas de sus enemigos, los belgas y los gálatas del Loira, y se le ocurrió que ahora había que enseñarle a la isla a respetar el poder de Roma. No podía abrigar la esperanza de mantener pacificada a Francia mientras Bretaña siguiese siendo un refugio seguro para sus enemigos más empecinados y un punto de partida para las tentativas de recuperar la independencia de su país. Además, por motivos políticos, quería lograr una notable victoria militar para contrarrestar las victorias de su colega Pompeyo. Sus victorias en España y Francia habían sido una respuesta a las de Pompeyo en Siria y Palestina, y una campaña en la distante Bretaña podía superar las hazañas de Pompeyo entre las remotas naciones del Cáucaso. En último término, necesitaba dinero. Los comerciantes del Loira y los del Canal parecían prosperar en sus relaciones con Bretaña, y Julio quería el mercado para sí, luego de cobrar un fuerte tributo a los isleños. Sabía que en Bretaña había oro, porque las piezas de oro de allí circulaban libremente en Francia. (De paso, era una moneda interesante. El modelo original era la moneda primitiva de Filipo de Macedonia, que había llegado a Bretaña por el Danubio y el Rhin, pero el diseño se había borrado de tal manera con el trascurso del tiempo, que de los dos caballos de la carroza sólo quedaba uno, en tanto que el conductor y la carroza misma se habían convertido en un simple perfil. De la cabeza de Apolo, coronada de laurel, sólo quedaba el laurel.) En rigor, Bretaña no es particularmente rica en oro, y si bien las minas de estaño del suroeste fueron otrora de importancia —los cartagineses comerciaron con ellas— y todavía funcionan, la principal provisión de estaño de Roma proviene ahora de las islas estañíferas frente a la costa de Galicia. En Bretaña hay plata, y cobre y plomo, y existen importantes explotaciones de hierro en la costa sureste, y perlas de agua dulce, de buena calidad, aunque pequeñas y sin comparación con la variedad oriental. No hay ámbar, aparte del lanzado a la playa por las mareas —viene del Báltico—, pero sí un muy buen azabache, y otras valiosas mercancías de exportación, entre ellas esclavos, pieles, lana, lino, animales domésticos, bronce esmaltados, tinte azul, cestos de mimbre y cereales. Lo que más le interesaba a Julio era el oro y los esclavos, aunque sabía que los esclavos que conseguiría en la isla no eran de una calidad muy especialmente elevada, porque las mujeres no son en modo alguno seductoras y tienen un temperamento feroz, en tanto que los hombres, que son excelentes cocheros, sólo están adaptados para los más rudos trabajos de campo. No podía esperar encontrar entre ellos cocineros, joyeros, músicos, barberos, secretarios o cortesanos consumados.

El precio promedio que obtendría por ellos en Roma no sería superior a cuarenta piezas de oro.

Invadió dos veces Bretaña por el sudeste, lo mismo que habían hecho a su vez los goidels, britanos y belgas.

En la primera ocasión los britones le disputaron calurosamente el desembarco y combatieron con brío, de manera que, aparte de algunos rehenes que tomó a los hombres de Kent, logró muy poca cosa, salvo un avance de unos quince kilómetros tierra adentro. Pero en la segunda ocasión, aprovechando sus experiencias, desembarcó con un gran ejército de 20.000 hombres, cuando en la primera invasión sólo había llevado 10.000. Marchó desde Sandwich, una punta cercana a la costa francesa, a lo largo de la orilla meridional del estuario del Támesis, forzando primero el paso del río Stour y luego el del Támesis, cerca de Londres. Se dirigía al territorio de los catuvelaunios, una tribu belga cuyo rey se había convertido en el jefe de varios reyezuelos del sur y el este de la isla; su ciudad capital era Wheathampstead, a unos cuarenta kilómetros al nordeste de Londres. Cuando digo «ciudad» no me refiero, por supuesto, a una ciudad en el sentido greco-romano, sino a un gran caserío de chozas de barro y paja, y unas pocas chozas de piedra sin desbastar. Este rey Casivelauno fue el que organizó la resistencia contra Julio, pero descubrió que si bien su caballería y sus carros de guerra eran superiores a la caballería francesa que Julio había llevado consigo, su infantería no podía competir contra la infantería romana. Decidió que su mejor táctica consistía en prescindir por completo de la infantería, y con la caballería y los carros de guerra impedir que el ejército romano se desplegara. Julio descubrió que no podía enviar grupos forrajeadores, salvo en unidades compactas y con apoyo de la caballería. Los carros británicos habían perfeccionado la técnica de sorprender y aislar a los rezagados y grupos pequeños. Mientras el ejército romano permaneciera formado en columnas de marcha, el daño que pudiera infligir incendiando trigales y villorios no era de mayor importancia, y los britones tenían tiempo de sobra para llevar sus mujeres, niños y ganado a un lugar seguro. Pero una vez que se encontró al otro lado del Támesis, Julio tuvo el apoyo de algunos tribeños que recientemente habían sido derrotados por sus enemigos, los catuvelaunios. Eran los trinovantes, que vivían al noroeste de Londres, con Colchester como su capital. Un príncipe exilado de los trinovantes, cuyo padre había sido muerto por Casivelauno, había pedido protección a Julio en Francia, antes de que comenzara la expedición, y se había comprometido, si Julio invadía el territorio de los catuvelaunios, a levantar toda la costa este en su apoyo. Cumplió con su compromiso, y Julio contó entonces con una base segura en territorio trinovante. Después de reavituallarse allí, reanudó su marcha sobre Wheathampstead.

Casivelauno sabía que ahora tenía pocas esperanzas de victoria, a menos de que, por medio de alguna diversión, pudiera obligar a Julio a volver sobre sus pasos. Envío un urgente mensaje a sus subditos aliados, los hombres de Kent, pidiéndoles que se levantasen en masa y atacasen el campamento de base de Julio. Este ya había sido detenido, poco después de desembarcar, por la noticia de que una tormenta había hecho naufragar algunos de sus trasportes, que olvidó de encallar en la bahía y dejó anclados. Se vio obligado a volver desde el Stour y necesitó diez días para reparar los daños, cosa que proporcionó a los britones la oportunidad de reocupar y fortificar las posiciones que aquél había capturado con alguna dificultad. Si los hombres de Kent consentían en atacar el campamento de base, que estaba defendido sólo por 2.000 hombres y 300 de caballería, y si lograban capturarlo y apoderarse de la flota, entonces Julio quedaría atrapado y la isla toda se levantaría contra los romanos... Los propios trinovantes abandonarían a sus nuevos aliados. Los hombres de Kent atacaron en masa el campamento de base, pero fueron rechazados con fuertes pérdidas. Al enterarse de la



noticia de esta derrota, los aliados de Casivelauno que no lo habían hecho aún enviaron embajadas de paz a Julio. Pero éste marchaba ahora sobre Wheathampstead, ciudad a la que tomó por medio de un ataque simultáneo sobre dos de sus frentes. Esta fortaleza era un gran anillo de obras de tierra, protegido por bosques y grandes zanjonés y empalizadas, y era considerada inexpugnable. Servía como lugar de refugio para todos los miembros de la tribu que eran demasiado viejos o demasiado jóvenes para combatir. Se capturaron en ella inmensas cantidades de ganado y cientos de prisioneros. Si bien su ejército no había sido derrotado aún, Casivelauno se vio obligado a pedir la paz. Julio le concedió condiciones sencillas, porque ya no quedaba mucho del verano y porque estaba ansioso por volver a Francia, donde amenazaba con estallar una rebelión. A los catuvelaunos se les pidió que entregasen a ciertos hombres y mujeres principales como rehenes, que pagasen un tributo anual en oro al pueblo romano y que prometiesen no molestar a los trinovantes. Por lo tanto Casivelauno pagó a Julio una cuota del tributo y le entregó los rehenes, lo mismo que hicieron los reyes de las demás tribus, salvo los trinovantes y sus aliados de la costa este, que habían ofrecido ayuda voluntariamente a Julio. Este regresó a Francia con sus prisioneros y con todo el ganado que no pudo vender barato a los trinovantes para ahorrarse el trabajo de ponerlo a salvo al otro lado del canal.

La rebelión estalló en Francia dos años después, y Julio estuvo tan ocupado aplastándola, que no pudo disponer de hombres para una tercera expedición a Bretaña, aunque Casivelauno había dejado de pagar el tributo en cuanto le llegaron noticias de la rebelión, y aunque envió ayuda a los insurgentes de Francia. Poco después de esto estalló la guerra civil, y si bien cuando terminó ésta se planteó de vez en cuando el problema de la invasión a Bretaña, siempre hubo buenos motivos para posponerla, por lo general perturbaciones en la frontera del Rin. Nunca se pudo contar con fuerzas suficientes. Eventualmente Augusto decidió no ampliar los límites del imperio más allá del canal. Se dedicó, por el contrario, a civilizar a Francia, las provincias del Rin y las partes de Germania capturadas por mi padre al otro lado del Rin. Cuando perdió a Germania, después de la rebelión del Rin, estuvo aún menos dispuesto a agregar Bretaña a sus preocupaciones. En una carta a mi abuela Livia, fechada en el año de mi nacimiento, opinaba que hasta que los franceses estuviesen preparados para la ciudadanía romana y hasta que se pudiese confiar en que no se rebelarían en ausencia de una parte del ejército romano de defensa, no estaría políticamente justificada una invasión de Bretaña:

*Pero también opino, mi queridísima Livia, que Bretaña tiene que ser eventualmente convertida en una provincia de frontera.*

*Es poco seguro permitir que una isla tan cercana a Francia y habitada por una población tan feroz y numerosa, se mantenga independiente. Mirando hacia el futuro, puedo ver a Bretaña convertida en una nación tan civilizada como lo es hoy Francia del sur. Y pienso que los isleños, que son racialmente afines a nosotros, llegarán a ser mucho mejores romanos de lo que jamás hemos conseguido hacer de los germanos, que a pesar de su aparente docilidad y disposición a aprender nuestras artes, me parecen de mentalidad más ajena a la nuestra que los moros o los judíos. No puedo explicar mis sentimientos, como no sea diciendo que han sido demasiado rápidos para aprender; y ya conoces el proverbio: «Quien aprende pronto olvida pronto». Podrás pensar que es una tontería que escriba sobre los británicos como si ya fuesen romanos, pero resulta interesante especular acerca del futuro. No hablo de lo que suceda dentro de veinte años, o aun dentro de cincuenta años, pero concediendo a los*

*franceses cincuenta años para estar listos para la ciudadanía y veinte años, más o menos, para la total subyugación de Bretaña, quizá dentro de cien años Italia esté estrechamente unida al archipiélago británico y (no sonrías) nobles británicos ocupen escaños en el Senado romano. Entretanto debemos continuar con nuestra política de penetración comercial. Ese rey Cimbelino, que ahora se ha convertido en el jefe de la mayor parte de la isla, concede una generosa bienvenida a los comerciantes romano-franceses, e incluso a los médicos griegos, en especial oculistas, porque los británicos parecen sufrir mucho de oftalmía, debido a los pantanos del país. Y sus monederos romanos le acuñan hermosas monedas de plata —la moneda de oro sigue siendo bárbara—, y está en contacto amistoso con nuestros gobernadores de Francia. El comercio británico ha aumentado grandemente en los últimos años. Se me dice que en la corte de Cimbelino en Colchester se habla tanto latín como británico.*

En este contexto puedo citar al historiador Estrabón, que hacía notar, a principios del reinado de Tiberio:

*En nuestros días algunos príncipes de Bretaña han logrado la amistad de César Augusto por medio de sus embajadas y atentas cortesías. Incluso enviaron ofrendas votivas al templo de Júpiter Capitolino y convertido casi toda la isla, por así decirlo, en suelo natal para los romanos. Pagan tasas aduaneras muy moderadas por sus exportaciones a Francia y por sus importaciones, estando compuestas estas últimas, en su mayor parte, por brazaletes, collares, ámbar, artículos de vidrio y cosas por el estilo.*

Estrabón incluye luego en las exportaciones el oro, plata, hierro, pieles, esclavos, perros de caza, cereales y ganado. Sus conclusiones —inspiradas, creo, por la propia Livia— son las siguientes:

*Por consiguiente los romanos no necesitan una guarnición en la isla. Se necesitaría por lo menos un regimiento de infantería, apoyado por caballería, para obligarlos a pagar tributos. Pero el costo del mantenimiento de la guarnición allí sería tanto como el tributo recibido, y la imposición del tributo exigiría la rebaja de las tasas aduaneras, y además de ello habría considerables riesgos militares concomitantes con la política de sometimiento por la fuerza.*

Ese cálculo de «por lo menos un regimiento de infantería» era demasiado modesto. «Por lo menos cuatro regimientos» habría estado más cerca de la realidad. Augusto nunca formuló el problema del pago interrumpido del tributo como un abuso de confianza de los catuvelaunios, ni protestó contra la subyugación de los innovantes por Cimbelino. Este Cimbelino era un nieto de Casivelauno, y reinó durante cuarenta años. Los últimos años de su reinado estuvieron turbados, como parece ser el destino de los gobernantes ancianos, por problemas de familia. Su hijo mayor trató de apoderarse del trono, pero huyó a Francia, donde se puso bajo la protección de Calígula. Le pidió su ayuda para una invasión de Bretaña, comprometiéndose a reconocer la soberanía de Roma si llegaba al trono de su padre. Calígula envió en el acto despachos al Senado, informándole de la rendición de la isla, y luego marchó a Boulogne, al frente de un enorme ejército, como para comenzar la invasión sin un momento de demora. Pero era un hombre nervioso y temía ahogarse en el canal, donde las mareas eran muy altas, o ser muerto en un combate o capturado y quemado en una imagen votiva de mimbre. Por lo

tanto anunció que como Bretaña se había sometido en la persona de su príncipe, la expedición era superflua. En lugar de ello lanzó su ataque contra Neptuno; ordenó a sus tropas que arrojaran flechas y jabalinas y piedras al agua, tal como he descrito, y que recogiesen conchas marinas como botín. Llevó al príncipe a Roma, encadenado, y luego de celebrar su triple triunfo sobre Germania, Bretaña y Neptuno, lo hizo ejecutar como castigo por el tributo impagado por su padre, por el cobarde ataque de su padre contra los innovantes y por la ayuda enviada por ciertas tribus británicas a los rebeldes de Autun, en el octavo año del reinado de Tiberio.

La muerte de Cimbelino se produjo en el mismo mes que la de Calígula y rué seguida por la guerra civil. El príncipe de más edad, de nombre Berico, fue proclamado rey, pero era un hombre por quien ni los hombres de su tribu ni sus subditos aliados mostraban respeto. Sus dos hermanos menores, Caractato y Togodumno, se rebelaron contra él un año más tarde y le obligaron a huir al otro lado del canal. Vino a verme a Roma y me pidió ayuda del mismo modo que su hermano la había pedido a Calígula. No le hice promesas, pero le permití vivir en Roma, con su familia y unos pocos nobles que lo habían acompañado.

Togodumno, que ahora reinaba conjuntamente con Caractato, había sido informado por mercaderes que yo no era un soldado, sino un viejo tonto y cobarde que escribía libros. Me envió una carta insolente exigiendo la inmediata devolución de Berico y los otros exiliados, junto con las insignias sagradas —trece objetos mágicos, una corona, una copa, una espada, etc.—, que Berico había llevado a Roma consigo. Si Togodumno hubiese escrito en tono cortés, yo le habría contestado de la misma manera y devuelto por lo menos las insignias, que en apariencia eran necesarias para la adecuada coronación de un rey catuvelaunio. Dadas las circunstancias, repliqué con laconismo que no estaba acostumbrado a que se me tratara con tanta irrespetuosidad y que, por consiguiente, no me sentía obligado a hacerle favor alguno. Me contestó, con más insolencia aún, que no decía la verdad, porque hasta hacía muy poco tiempo todos, incluso los miembros de mi propia familia, me trataban con irrespetuosidad; y que como me negaba a obedecerle, había detenido todos los barcos mercantes de propiedad romana en sus puertos y los retendría como rehenes hasta que le diese lo que exigía. No me quedaba más remedio que declarar la guerra. Los franceses me habrían perdido todo el respeto, si hubiese vacilado. Tomé mi decisión con toda independencia de Herodes aunque su burlona carta parecía coincidir con ella.

Tenía además otras razones para hacer la guerra. Una era la de que había llegado el momento previsto por Augusto: me encontraba a punto de conceder la ciudadanía romana a grandes cantidades de nuestros aliados franceses más civilizados, pero el único elemento de Francia septentrional que obstaculizaba el avance ordenado de la civilización era el culto druídico, una religión mágica que todavía se mantenía viva, a pesar de todo lo que pudiésemos hacer para desalentarla o reprimirla, gracias a colegios de adiestramiento druídico de Bretaña, de donde había sido originariamente importada. Los jóvenes franceses iban a Bretaña para su educación mágica, con tanta naturalidad como los jóvenes españoles van a Roma a estudiar leyes o los jóvenes romanos a Atenas a estudiar filosofía o los jóvenes griegos a Alejandría a estudiar cirugía. El druidismo no podía ser reconciliado con facilidad con el culto religioso griego o romano, ya que implicaba sacrificios humanos y nigromancia, y en consecuencia los druidas, aunque no eran guerreros sino sólo sacerdotes, fomentaban continuamente la rebelión contra nosotros. Otro motivo para la guerra era el de que el reinado dorado de Cimbelino había terminado. Me enteré de que Togodumno y Caractato estaban a punto de enzarzarse en lucha contra sus vecinos del nordeste, los icenios, y con dos tribus sometidas de la costa sur, de manera que el comercio regular con Bretaña quedaría interrumpido durante un

tiempo si no intervenía. Ahora podía contar con la ayuda de los icenios y de las otras tribus, para no hablar de los mercaderes que cruzaban el canal, de modo que la oportunidad parecía demasiado buena para pasarla por alto.

Es conveniente ofrecer aquí una breve exposición de las principales características del druidismo, religión que parece ser una fusión de creencias célticas y aborígenes. No garantizo que los detalles sean ciertos, porque los informes son contradictorios. No se permite que ninguna tradición druídica sea consignada por escrito, y se amenaza con terribles castigos a los que revelen aun los misterios de menor importancia. Mi relato se basa en las declaraciones de destacados apóstatas de la religión, pero entre ellos no hay ningún sacerdote druida. Jamás se ha conseguido convencer a un druida consagrado de que revelase los misterios íntimos, ni siquiera bajo tortura. La palabra «druida» significa «hombre del roble», porque ése es su árbol sagrado. Su año sacro comienza con los renuevos del roble y termina con la caída de sus hojas. Hay un dios llamado Tanaro, cuyo símbolo es el roble. El es quien por medio de un rayo engendra el muérdago en la rama del roble, que es el remedio soberano contra la brujería y todas las enfermedades. También hay un dios del sol llamado Mabon, cuyo símbolo es un toro blanco. Y luego está Lug, dios de la medicina, la poesía y las artes, cuyo símbolo es la serpiente. Pero todos ellos son la misma persona, un dios de la Vida en la Muerte, adorado bajo distintos aspectos, lo mismo que Osiris en Egipto. Así como Osiris es ahogado todos los años por un dios de las aguas, así esta triple deidad es matada todos los años por el dios de la Oscuridad y el Agua, su tío Nodons, y devuelto a la vida por el poder de su hermana Sulis, la diosa de la Curación, que corresponde a Isis. Nodons se manifiesta por una monstruosa ola de agua, de tres metros y medio de alto, que a intervalos regulares llega a la boca del Severn, el principal de los ríos del oeste, causando grandes destrucciones en las cosechas y las chozas hasta cincuenta kilómetros tierra adentro. La religión druídica no es practicada por las tribus como tales, porque son unidades combatientes mandadas por reyes y nobles, sino por trece sociedades secretas que llevan el nombre de varios animales sagrados y los miembros de cada una de las cuales pertenecen a distintas tribus, porque el mes en que uno nace —tienen un año de trece meses— es el que decide a qué sociedad pertenecerá. Están los Castores y los Ratones, y los Lobos, y los Conejos, y los Gatos Montesés, y los Buhos, y demás, y cada sociedad tiene tradiciones propias y es presidida por un druida. El archidruida gobierna todo el culto. Los druidas no participan en los combates, y los miembros de la misma sociedad que se encuentran en las batallas entre tribus deben acudir los unos en auxilio de los otros.

Los misterios de la religión druídica están relacionados con una creencia en la inmortalidad del alma humana, en respaldo de la cual se ofrecen muchas analogías naturales. Una de ellas es la muerte diaria y el diario renacimiento del sol; otra es la muerte anual y el renacimiento anual de las hojas del roble; otra más es la siega anual del trigo y la brotación anual de la simiente. Dicen que cuando muere el hombre se va hacia el oeste, como el sol poniente, para vivir en ciertas islas sagradas del Atlántico, hasta que le llegue el momento de volver a nacer. En toda la isla hay altares sagrados conocidos con el nombre de «dólmenes», una piedra chata colocada sobre dos o más verticales. Se los usa en las ceremonias de iniciación de las sociedades. El candidato se recuesta en la piedra vertical y se efectúa un fingido sacrificio. Por algún artificio mágico, el druida que lo lleva a cabo parece cortar la cabeza del hombre, que es exhibida, sangrante, a los presentes. La cabeza es luego vuelta a unir al tronco, y el supuesto cadáver colocado debajo del dolmen, como en una tumba, con muérdago entre los labios. Después de muchas oraciones y encantamientos surge el nuevo hombre, como un niño que saliera del útero, y recibe de sus padrinos instrucciones respecto de su

nueva vida. Aparte de estos dólmenes hay altares verticales, de piedra, dedicados a ritos fálicos, porque el Osiris celta también se parece al egipcio en eso.

El rango en las sociedades es decidido por la cantidad de sacrificios que el hombre hace al dios, de pie sobre la piedra horizontal de su dolmen ancestral, por la cantidad de enemigos que mata en el combate y por los honores que conquista en los juegos religiosos anuales como conductor de carros de guerra, juglar, luchador, poeta o arpista. El rango se expresa por las máscaras y los tocados que se llevan durante las ceremonias, y por los diseños azules ejecutados con zumo de glasto (una planta de pantano) con que se pintan todo el cuerpo. Los sacerdotes druidas son reclutados entre los jóvenes que han alcanzado un alto rango en sus sociedades secretas y a los que se han concedido ciertas señales de favores divinos. Pero primero hay que pasar por veinte años de duros estudios en un colegio druídico, y no todos los candidatos logran ser aprobados en los treinta y dos grados necesarios. Los primeros doce años se dedican a la iniciación en todas las demás sociedades secretas, en aprender de memoria enormes sagas de poesía mitológica y en el estudio de las leyes, la música y la astronomía. Los tres años siguientes se consagran al estudio de la medicina. Después vienen tres años de estudios de augurios y de prácticas mágicas. Las pruebas impuestas a los candidatos al sacerdocio son inmensamente severas. Por ejemplo, hay una prueba de composición poética. Los candidatos deben permanecer desnudos toda la noche, acostados en un cajón similar a un ataúd, con la nariz solamente asomando fuera del agua de que dicho cajón está lleno, y con enormes piedras colocadas sobre el pecho. En esa posición tiene que componer un poema de considerable longitud en los más difíciles de los muchos difíciles metros bárdicos, sobre un tema que se le indica cuando se le coloca en el cajón. Al salir, a la mañana siguiente, debe estar en condiciones de cantar el poema con una melodía que habrá compuesto simultáneamente, acompañándose con el arpa. Otra prueba consiste en permanecer ante toda la congregación de druidas, quienes le hacen preguntas en verso, en forma de enigmas, que debe contestar proponiendo otros enigmas, también en verso. Estos enigmas se refieren todos a oscuros incidentes de los poemas sagrados, con los cuales se supone que el candidato está familiarizado. Además de todo esto tiene que saber crear brumas y vientos mágicos y ejecutar todo tipo de tretas de nigromancia. Aquí hablaré de mi única experiencia en materia de magia druídica. En una ocasión pedí a un druida que me mostrase sus habilidades. Pidió tres guisantes secos y los puso en fila, en la palma de mi mano extendida.

—Sin mover el brazo —dijo—, ¿puedes soplar el guisante del medio sin mover los de los costados?

Lo intenté, pero por supuesto, no pude hacerlo porque al soplar movía los tres guisantes. El druida los tomó y los colocó sobre su propia palma. Luego sostuvo los de los costados con el índice y el meñique de la misma mano y sopló el del centro con facilidad. Me enojé cuando me di cuenta de que me había engañado.

—Cualquiera puede hacer eso —dije—. Eso no es magia.

Me volvió a entregar los guisantes.

—Prueba —ordenó.

Comencé a hacer lo que había hecho él, pero para mi fastidio descubrí que no sólo no podía reunir el aliento suficiente para soplar el guisante del medio —mis pulmones parecieron ponerse repentinamente rígidos—, sino que cuando quise enderezar los dedos no pude hacerlo. Estaban apretados con fuerza contra la palma, y las uñas se iban clavando en forma gradual en la carne, de forma que sólo con dificultad me contuve de gritar. El sudor me corría por la cara.

—¿Es tan fácil hacerlo? —me preguntó.

—No cuando hay un druida presente —contesté con amargura. Me tocó la muñeca y mis dedos dejaron de sentirse acalambrados.

La penúltima prueba del candidato consiste en pasar la noche más larga del año sentado en una piedra movediza llamada «El asiento peligroso», que se mantiene en equilibrio sobre un profundo abismo, en una montaña del oeste de la isla. Los espíritus malignos le hablan toda la noche y tratan de hacerle perder el equilibrio. No debe responder una sola palabra, sino que tiene que dirigir oraciones e himnos de alabanza a los dioses. Si pasa esta prueba se le permite llevar a cabo la última, que consiste en beber una copa de veneno y caer en un síncope de muerte durante el cual visita la Isla de los Muertos y trae de allí pruebas de su visita que convenzan a los druidas examinadores de que ha sido aceptado por el dios de la Vida en la Muerte como su sacerdote.

Hay tres rangos de sacerdotes druidas. Están los que han pasado por todas las pruebas, los verdaderos druidas. Luego vienen los bardos, que han aprobado las pruebas poéticas pero que aún no han satisfecho a los examinadores en materia de adivinación, medicina y magia. Y por fin están los que han satisfecho a los examinadores en estas últimas pruebas, pero que aún no han aprobado su graduación poética; se los conoce con el nombre de ovates o escuchadores. Hace falta un corazón audaz para inscribirse en las pruebas finales, que provocan la muerte de tres candidatos de cada cinco, según se me informa, de modo que la mayoría de los hombres se conforma con el grado de poeta u ovate.

Los druidas, entonces, son los legisladores, los jueces y los fiscalizadores de la religión pública y privada, y el mayor castigo que pueden infligir consiste en prohibir a los hombres que participen en los ritos sagrados. Como esta excomunión equivale a sentenciar a los hombres a una perpetua extinción —porque sólo participando en aquellos ritos pueden abrigar la esperanza de renacer cuando mueran—, los druidas son omnipotentes, y sólo un tonto se atrevería a oponerse a ellos. Cada cinco años hay una gran purificación nacional —como en nuestro censo quinquenal—, y en expiación de los pecados nacionales se queman vivas víctimas humanas en grandes jaulas de mimbre construidas de modo que parezcan hombres. Las víctimas son bandidos, criminales, hombres que han revelado secretos religiosos o que se han hecho culpables de algún delito similar, y hombres a quienes los druidas acusan de haberse dedicado a prácticas ilegales de magia para satisfacer sus propios fines y de haber agostado una cosecha o provocado una peste con ello. En aquella época los druidas proscribían a cualquier hombre que abrazara la religión romana o se vinculara por matrimonio con una familia que lo hubiese hecho así. Supongo que tenían derecho a hacerlo. Pero cuando se dedicaban a quemar vivas a esas personas, había llegado el momento de enseñarles una lección.

Tienen dos lugares particularmente santos. El primero es la isla de Anglesey, en la costa oeste, donde se encuentran sus cuarteles de invierno, entre grandes bosques de robles sagrados, y donde se mantiene encendido el fuego sacro de troncos de roble. Este fuego, primitivamente encendido por un rayo, es distribuido para la cremación de cadáveres, para asegurar la reencarnación de los mismos. El otro lugar sacro es un gran templo de piedra ubicado en el centro de Bretaña, consistente en anillos concéntricos de enormes altares trilíticos y monolíticos. Está dedicado al dios de la Vida en la Muerte, y desde el Año Nuevo, que calculan según el equinoccio de primavera, hasta el solsticio de verano, celebran allí sus Juegos religiosos anuales. Se elige a un joven pelirrojo para representar al dios, y se le viste con maravillosos ropajes. Mientras duran los Juegos está en libertad de hacer lo que le plazca. Todo está a su disposición, y si le gusta una joya o un arma, el dueño se considera honrado y se la entrega gustoso. Las más hermosas jóvenes son sus compañeras de juegos, y los atletas y músicos que participan

en las competiciones hacen todo lo posible para conquistar su favor. Pero poco antes del solsticio de verano va con el archidruida, que es el representante del dios de la Muerte, hacia un roble en el que crece el muérdago. El archidruida trepa al árbol y corta el muérdago con una hoz de oro, cuidando de que no caiga al suelo. Ese muérdago es el alma del roble, que luego se marchita misteriosamente. Se sacrifica un toro blanco. El joven es envuelto en ramas de roble cubiertas de hojas y llevado al templo, que está orientado de tal modo, que al alba del día del solsticio el sol cae sobre una avenida de piedras e ilumina el altar principal donde está tendido el joven, amarrado, y donde el archidruida lo sacrifica con la punta aguzada de una rama de muérdago. No sé qué sucede luego con el cadáver, que por el momento permanece en la piedra de los sacrificios, sin mostrar señales de putrefacción. Pero la sacerdotisa de Sulis, de un pueblo del oeste llamado «Aguas de sulis», donde existen fuentes medicinales, viene a llevárselo en el festival de otoño de despedida, y entonces se supone que la diosa le devuelve la vida. Se dice que el dios viaja en bote hacia la isla occidental donde habita Nodons, y allí lo vence luego de una lucha feroz. Las tormentas invernales son el ruido de ese combate. Reaparece al año siguiente en la persona de la nueva víctima. El roble marchito proporciona nuevos troncos para el fuego sagrado. En el festival otoñal de despedida cada sociedad sacrifica su animal tribal, quemando una jaula de mimbre llena de ellos, y también se queman todas las máscaras y los tocados rituales. En ese templo de piedra se lleva a cabo la complicada ceremonia de iniciación de los nuevos druidas. Se dice que implica el sacrificio de niños recién nacidos. El templo se encuentra en el centro de una gran necrópolis, porque todos los druidas y hombres de elevado rango religioso son enterrados allí con ceremonias que aseguran la reencarnación.

También hay dioses y diosas británicas de la batalla, pero tienen muy pocas relaciones con la religión druida y se parecen lo bastante a nuestros Marte y Belona como para que haya necesidad de describirlos.

En Francia el centro del druidismo se encontraba en Dreux, ciudad ubicada al oeste de París, a unos ciento treinta kilómetros de la costa del canal. Allí se continuaban practicando los sacrificios humanos como si la civilización romana no existiera. ¡Los druidas solían abrir los cuerpos de las víctimas que habían sacrificado al dios Tanaro y examinaban sus entrañas en procura de augurios, con tan pocos escrúpulos como los que sentiríamos usted o yo con un carnero o una gallina sagrada! Augusto no trató de terminar con el druidismo. Simplemente prohibió a los ciudadanos romanos que pertenecieran a sociedades secretas o concurren a sacrificios druídicos. Tiberio se arriesgó a publicar un edicto que disolvía la orden druídica en Francia, pero este edicto no estaba destinado a ser obedecido en forma literal, sino sólo a no conceder la sanción oficial a las decisiones tomadas o a las penalidades impuestas por un concilio druídico.

Los druidas continuaron dándonos dolores de cabeza en Francia, aunque muchas tribus habían abandonado ya el culto y adoptado nuestra religión romana. Yo estaba decidido a hacer un trato con el archidruida, en cuanto conquistase a Bretaña. En compensación por el permiso de celebrar su culto en Bretaña, en la forma acostumbrada (aunque absteniéndose de hacer prédicas hostiles contra Roma), debía negarse a admitir a candidatos franceses a la iniciación en la orden druídica, y no debía permitir que druidas británicos cruzasen el canal. Sin sacerdotes, la religión moriría muy pronto en Francia, donde yo haría ilegal cualquier ceremonia o festival druídico que involucrase sacrificios humanos, y donde acusaría de asesinato a todos los que hubiesen participado en ellos. Es claro que eventualmente el druidismo también tendría que ser eliminado en Bretaña, pero por el momento no había necesidad de pensar en eso.

## Capítulo 17

Mi estudio de los comentarios de Julio César sobre sus dos campañas británicas me aclaró que si las condiciones no habían cambiado considerablemente desde sus tiempos, era posible derrotar a los britanos en cualquier encuentro con sólo una leve modificación en nuestras tácticas de lucha. Pero habría que emplear fuerzas considerables. Es un gran error empezar una campaña con sólo un par de regimientos, permitir que los vapuleen en una tentativa de hacerlos cumplir el trabajo de cuatro, y luego mandar a pedir refuerzos, concediendo de tal modo al enemigo un momento de respiro. Es mejor comenzar con una fuerza tan imponente como se pueda reunir, y golpear tan duramente como sea posible.

Los infantes británicos están armados de espadones y pequeños escudos de cuero. Hombre por hombre, son iguales e incluso superiores a los romanos, pero su valor combativo disminuye con su número, en tanto que el nuestro aumenta. En el choque de un combate una compañía de guerreros británicos no tiene posibilidad alguna contra una fuerza igual de romanos disciplinados. La jabalina romana, la espada corta y el largo escudo, con sus aletas para entrelazarlo a los escudos vecinos, constituyen un equipo ideal para la lucha cuerpo a cuerpo. Si el apiñamiento del combate es tal que no permite blandir el espadón libremente, y si el entrelazamiento de los escudos enemigos impide asestar golpes laterales con el montante, entonces éste resulta muy poco útil, y el pequeño escudo es una protección insuficiente contra las jabalinas.

Los nobles británicos luchan desde carros de guerra, como los héroes griegos de Troya y como los primitivos jefes latinos. Es claro que ahora el carro ha desaparecido de la guerra civilizada y sólo se mantiene como un emblema de alto rango militar o de victoria. Esto es así porque la caballería lo ha reemplazado, ya que la raza de los caballos ha mejorado considerablemente. En Bretaña hay muy pocos caballos adecuados para la caballería montada. Los carros británicos son tirados por pequeños ponies fuertes, altamente adiestrados. Pueden ser detenidos en seco incluso cuando corren colina abajo, a gran velocidad, y pueden dar una media vuelta en un santiamén. Cada carro es una unidad combatiente en sí misma. El conductor y comandante es el noble, que lleva a dos soldados consigo en el carro, y dos o más corredores, armados de cuchillos, que corren al lado de los ponies. Los combatientes corren a menudo a lo largo de la vara o se mantienen de pie en la crucera. Los corredores tratan de desjarretar a los caballos de los carros enemigos. Una columna de carros que avance a toda velocidad quiebra por lo general una línea de infantería por el sencillo expediente de precipitarse directamente sobre ella. Pero si la línea parece dispuesta a mantenerse firme, la columna de carros gira y pasa ante ella, y los combatientes arrojan sus lanzas al pasar, y luego se vuelven por el otro lado y descargan otra lluvia de lanzas por la retaguardia. Cuando esta maniobra ha sido repetida varias veces, los conductores de los carros se retiran a un lugar seguro y los combatientes, desmontando y ayudados por los refuerzos de infantería, conducen a éstos a un ataque final. Si este ataque fracasa, los carros entran de



nuevo en funciones y libran una acción de retaguardia. El carro británico combina en verdad, como lo hizo notar Julio, la celeridad de la caballería con la estabilidad de la infantería. Como es natural, los escuadrones de carros son partidarios de las tácticas envolventes. Como es también natural, los británicos sufren del defecto común de los combatientes indisciplinados : se lanzan al saqueo antes de haber destruido el cuerpo principal del enemigo. Yo tenía que idear un nuevo plan táctico para hacer frente a los carros británicos. La caballería francesa de Julio no había sabido contenerlos; quizás habría debido imitar al enemigo y usarla en conjunción con la infantería ligera. Pero yo estaba seguro de ganar todos los encuentros de infantería.

Decidí que la fuerza más grande de que podía disponer el imperio para la expedición serían cuatro regimientos regulares de infantería y cuatro regimientos de auxiliares, junto con 1.000 hombres de caballería. Después de consultar con mis comandantes de ejército, retiré tres regimientos del Rhin —el Segundo, el Vigésimo y el Decimocuarto— y uno del Danubio, el Noveno. Confié el mando de la expedición a Galba, con Geta como Caballerizo Mayor, y la planeé para mediados de abril. Pero hubo considerables demoras en la construcción de los barcos, y cuando éstos estuvieron listos Galba cayó enfermo y decidí esperar a que se recuperase. Para mediados de julio Galba seguía muy débil y, aunque lo lamenté, decidí que no podía seguir esperando. Entregué el mando a un veterano que tenía la reputación de ser el táctico más inteligente y uno de los hombres más valientes del ejército, Aulo Plaucio, un pariente lejano de mi primera esposa, Urgulanila. Era un hombre de cincuenta y tantos años de edad y había sido cónsul durante catorce. Los soldados de edad lo recordaban como a un comandante popular del Decimocuarto, cuando estuvo a las órdenes de mi hermano. Fue a Maguncia, a tomar el mando de los regimientos destinados a la expedición. La demora causada por la enfermedad de Galba resultó tanto peor cuanto que la noticia de la inminente invasión, que había sido mantenida en secreto hasta abril, cruzó el canal, y ahora Caractato y Togodumno estaban atareados, preparando posiciones defensivas. El Noveno regimiento había llegado a Lyon desde el Danubio, un tiempo antes, y dos regimientos de auxiliares franceses y uno de suizos se encontraban también allí, desde hacía tiempo, bajo las armas. Envié a Aulo la orden de llevar los regimientos del Rhin a Boulogne, recoger de paso un regimiento de auxiliares de Batavia —los bátavos son una tribu germana que vive en una isla, en la boca del Rhin— y cruzar el canal en los trasportes que encontraría esperándolo allí. Las fuerzas de Lyon llegarían simultáneamente a Boulogne. Pero surgió una dificultad inesperada. No se pudo convencer a los regimientos del Rhin de que se pusieran en marcha. Dijeron abiertamente que estaban muy bien allí, y que consideraban la expedición a Bretaña como una empresa peligrosa e inútil. Afirmaron que las defensas del Rhin quedarían seriamente debilitadas con su ausencia —aunque yo había aumentado la guarnición reforzando las grandes fuerzas de auxiliares franceses con los regimientos restantes y formando un regimiento nuevo, el Vigésimosegundo— y que la invasión de Bretaña era contraria a los deseos del dios Augusto, que había fijado para siempre los límites del imperio en el Rhin y el canal.

Yo me encontraba en Lyon para entonces —mediados de julio— y habría ido al Rhin en persona para convencer a los hombres de que cumplieran con su deber, pero también aparecían signos de inquietud en el Noveno regimiento y entre los franceses, de forma que envié a Narciso, que se hallaba conmigo, como mi representante. En realidad fue una tontería, pero mi suerte de tonto proporcionó un final feliz. No me había dado cuenta de lo impopular que era Narciso. Por lo general se creía que yo seguía sus consejos en todos los asuntos y que me llevaba de la nariz. Al llegar al campamento de Maguncia Narciso saludó a Aulo con cierta negligencia y le pidió que hiciese formar a

los hombres ante la plataforma del tribunal. Cuando esto se hizo, trepó a la plataforma, hinchó el pecho y comenzó el siguiente discurso:

—En el nombre de nuestro emperador. Tiberio Claudio César Augusto Germánico. Soldados, se les ha ordenado que marcharan a Boulogne, para embarcarse allí rumbo a Bretaña. Se han quejado y han opuesto dificultades. Esto está mal. Es una violación del juramento al emperador. Si el emperador ordena una expedición, se espera de ustedes que obedezcan y no protesten. He venido aquí para hacerles recobrar la sensatez...

Narciso no hablaba como un mensajero, sino como si fuese el propio emperador. Como es natural, esto tuvo un efecto irritante sobre los soldados. Hubo gritos de «¡Bájate de ese tribunal, lacayo griego!» y «No queremos oír lo que tú tengas que decirnos».

Pero Narciso tenía muy buena opinión de sí y se lanzó en torrentes de oratoria henchida de reproches.

—Sí —dijo—, no soy más que un griego, y apenas un liberto, pero parece que conozco mis deberes mejor que ustedes, los ciudadanos romanos.

De pronto alguien gritó lo Saturnalia, y toda la irritación desapareció en una gran risotada. lo Saturnalia es el grito que estalla en el Festival de los Inocentes, que se celebra todos los años en honor del dios Saturno. Durante el festival todo está patas para arriba. Todos tienen licencia para decir y hacer lo que les plazca. Los esclavos se ponen las ropas de sus amos y les dan órdenes como si los esclavos fuesen éstos. El noble es rebajado y el esclavo ennoblecido. Todos repitieron entonces el grito «¡Io Saturnalia, Io Saturnalia, el liberto es hoy emperador!». Los hombres rompieron filas y comenzó un absurdo motín de chistes y bromas pesadas al cual se incorporaron primero los capitanes, luego uno o dos oficiales superiores y finalmente el propio Aulo Plaucio, por motivos estratégicos. Aulo se vistió como una mujer de campamento y corrió de un lado a otro con una cuchilla de cocina. Cuatro o cinco sargentos treparon al tribunal y fingieron ser rivales por el amor de Narciso. Este se desconcertó y rompió a llorar.

—¡Canallas! —gritó Aulo con voz de falsete, acudiendo en su salvación cuchilla en ristre—. ¡Dejen a mi pobre esposo en paz! ¡Es un hombre digno, respetable! —Los expulsó de la plataforma y abrazó a Narciso, susurrándole mientras tanto al oído:— Deja esto en mis manos, Narciso. Son como chicos. ¡Sigúeles la corriente y después podrás hacer lo que quieras con ellos! —Tomó a Narciso de la mano y lo arrastró hacia adelante, diciendo:— Mi pobre esposo no se siente bien, ¿saben? No está acostumbrado al vino del campamento y a sus rudos modales.

Pero se sentirá bien después de una noche en cama conmigo, ¿no es cierto, muñeco? —Tomó a Narciso de la oreja—. ¡Escúchame, esposo! Esta Maguncia es un lugar tosco. Aquí los ratones roen hierro y los gallos tocan la diana con pequeñas trompetas de plata y las avispas llevan jabalinas en la cintura.

Narciso fingió estar asustado... y lo estaba. Pero pronto se olvidaron de él. Había otros juegos más interesantes. Cuando la diversión comenzaba a disminuir, Aulo volvió a ponerse su capa de general, llamó a un trompa y le dijo que tocara atención. Uno o dos minutos después se había restablecido el orden, y Aulo levantó la mano para exigir silencio y pronunció un discurso:

—Hombres, hemos tenido nuestra diversión del día de Inocentes, y nos gustó, y ahora la trompeta la ha terminado. Volvamos entonces al trabajo y la disciplina. Mañana interrogaré los auspicios, y si son favorables tienen que estar preparados para levantar campamento. Tenemos que ir a Boulogne, nos guste o no. Es nuestro deber. Y de Boulogne tenemos que ir a Bretaña, nos guste o no. Es nuestro deber. Y cuando lleguemos allí, libremos un gran combate, nos guste o no. Es nuestro deber. Y los británicos recibirán la peor tunda de su vida, les guste o no. Es la mala suerte de ellos.

¡Viva el emperador! —Este discurso salvó la situación, y no hubo ya más problemas. Narciso pudo abandonar el campamento sin nuevas heridas a su dignidad.

Diez días después, el primero de agosto, mi cumpleaños, zarpó la fuerza expedicionaria. Aulo había convenido conmigo en que sería mejor enviar las tropas en tres divisiones, con intervalos de dos o tres horas, porque el desembarco de una división concentraría a todas las fuerzas británicas en ese punto, y las otras podían recorrer la costa hasta algún punto indefenso y desembarcar sin oposición. Pero resultó que ni siquiera la primera división encontró resistencia alguna al desembarcar, porque había llegado a Bretaña la noticia de que las tropas del Rhin se habían negado a marchar, y porque además se creía que la estación estaba demasiado avanzada para que intentáramos nada ese año. El único suceso digno de mención en el cruce fue el repentino viento que se levantó e hizo retroceder a la primera división contra la segunda. Pero entonces se produjo un presagio afortunado, un relámpago de luz que cruzó del este al oeste, que era la dirección en que viajaban, de modo que todos los que no estaban incapacitados por el mareo se reanimaron y el desembarco fue hecho con humor de victoria. La tarea de Aulo consistía en ocupar toda la parte sur del territorio, trazando su frontera estratégica entre el río Severn, al oeste de la gran bahía, y el Wash, al este, con lo que abarcaba el conjunto de los dominios anteriores de Cimbélino, constituyéndolos en una nueva provincia romana. Pero debía conceder los habituales privilegios de súbditos aliados a todas las tribus que ofrecieran voluntariamente su sometimiento a Roma. Como era una guerra de conquista, y no una simple expedición punitiva, era preciso mostrar la mayor magnanimidad a los conquistados... siempre que no la confundieran con debilidad. Las propiedades no debían ser destruidas inútilmente, ni las mujeres violadas, ni los niños y los ancianos asesinados. Tenía que decir a sus hombres: «El emperador quiere prisioneros, no cadáveres. Y como ustedes quedarán permanentemente acantonados en el país, su consejo es que provoquen tan pocos daños como les sea posible. Los pájaros prudentes no ensucian sus propios nidos, ni siquiera los nidos capturados a otros pájaros».

Su principal objetivo era Colchester, la ciudad capital de los catuvelaunios. Cuando fuese capturada, era indudable que los jefes de la costa este irían a ofrecerle su alianza, y entonces podría sentar una base más sólida para la conquista del centro y el suroeste de la isla. Le dije que si sus bajas llegaban a ser más de un par de miles de muertos o incapacitados antes del aplastamiento de la resistencia principal del enemigo, o si parecía haber alguna duda en cuanto al resultado de la campaña antes de que llegara el invierno, debía enviarme un mensaje de inmediato y yo acudiría en su ayuda con mis reservas. El mensaje sería retransmitido a través de Francia e Italia por medio de señales con hogueras, y si los hombres encargados de ello mantenían los ojos abiertos, yo recibiría sin duda las noticias, en Roma, pocas horas después de que el mensaje partiese de Boulogne. Las reservas que llevaría incluirían ocho batallones de la guardia, toda la caballería de la guardia, cuatro compañías de lanceros nómadas y tres compañías de honderos baleares. Estarían acampados en Lyon, listos para partir.

Yo pensaba permanecer en Lyons con esas reservas, pero me vi obligado a regresar a Roma. Vitelio, que actuaba como mi reemplazante, me escribió que el trabajo le resultaba increíblemente difícil, que ya estaba atrasado en dos meses con sus tareas judiciales y que tenía motivos para sospechar que mi secretario legal, Myron, no era tan honrado como ambos suponíamos. Al mismo tiempo me llegó una carta muy desagradable de Marso, que me hizo sentir que no debía estar ausente de Roma un día más de lo que pudiese evitar. La carta de Marso decía:

*El gobernador de Siria, Vibio Marso, tiene el honor de saludar al emperador en ocasión de su próximo cumpleaños e informar que la provincia prospera, está satisfecha y tranquila, y permanece leal. Al mismo tiempo se confiesa un tanto inquieto por un incidente reciente ocurrido en la ciudad de Tiberíades, sobre el lago de Galilea, y ruega al emperador que apruebe las medidas que ha tomado para hacerle frente.*

*A Antioquía llegó un informe extraoficial en el sentido de que el rey Herodes Agripa había invitado a una reunión secreta a los siguientes potentados vecinos: Antíoco, rey de Comageno; Sampsigeramo, rey de Osroene; Cotis, rey de Armenia Menor; Polemo, rey de Ponto y Cilicia; Sohemo, rey de Iturea; Herodes Polio, rey de Calcis. Si se filtrara la noticia de esta reunión, había que dar la explicación de que se trataba de la conmemoración del casamiento del rey Herodes Agripa con su reina Cypros hace exactamente veinte años. No se me envió invitación alguna a ese banquete como representante tuyo, aunque el protocolo lo exigía. Permíteme repetir que la única información que me llegó acerca de esta extraordinaria reunión de potentados provino de fuentes extraoficiales, por no decir clandestinas. Sohemo de Iturea estaba enfermo, pero envió a su chambelán para representarlo. Los otros reyes obedecieron todos la citación del rey Herodes. Aquellos a quienes su trayecto los hubiese llevado por vía Antioquía (es decir, todos los antes mencionados, menos el rey Herodes Polio y el rey Sohemo) y que, en una visita a Galilea, habrían tenido que detenerse a presentarme sus cumplidos como representante tuyo, prefirieron seguir una ruta indirecta, viajar de incógnito y en general de noche. Sólo gracias a la vigilancia de algunos de mis agentes en el desierto sirio al este de Calcis pude enterarme de que ya estaban en camino.*

*De inmediato me dirigí yo mismo a Tiberíades, a toda velocidad, acompañado por mis dos hijas y mis principales jefes de estado mayor, en la esperanza de aparecer en la reunión por sorpresa. Pero el rey Herodes Agripa debe de haber sido informado de mi proximidad. Salió de Tiberíades, en un carruaje real, para recibirme. Nos encontramos en un punto situado a siete estadios de la ciudad. No había llegado solo, sino que estaba escoltado por sus cinco visitantes reales, el último de los cuales, el rey de Ponto, acababa de llegar en ese momento. El rey Herodes no se mostró en modo alguno desconcertado, sino que descendió de su carruaje y corrió a saludarme con sus más cálidos modales. Afirmó que estaba encantado de que hubiese podido ir, después de no contestar sus dos cartas de invitación, y dijo que ese era un acontecimiento extraordinario: siete gobernantes de Oriente reuniéndose en la marca de séptimo estadio. Haría que la piedra fuese reemplazada por una columna de mármol, en conmemoración, con nuestros nombres y títulos grabados en letras de oro. Yo me vi obligado a responderle con cortesía y a aceptar la historia de que me había enviado dos invitaciones, y jurar incluso que en cuanto encontrase al enemigo que las había interceptado —puesto que no las recibí— lo castigaría con el máximo rigor de la ley. Los otros reyes habían desmontado también, y comenzó un intercambio de cortesías entre nosotros. El rey de Comageno, a quien conocí en Roma, sugirió que quizá la invitación del rey Herodes fue retenida, un tanto oficiosamente, por alguno de mis sirvientes en consideración a mis sentimientos. Le pregunté qué quería decir con eso, y me contestó que quizá la reciente muerte de mi esposa estuviese demasiado fresca en mi memoria como para que una invitación al aniversario*

*del casamiento de otra persona resultase agradable. Le contesté que mi esposa había muerto hacía cuatro años, y replicó, suspirando:*

*—¿Tanto tiempo? Me parecía como si ayer la hubiese visto por última vez. Una mujer encantadora.*

*Luego le pregunté al rey de Ponto, a quemarropa, por qué no había pasado por Antioquia para saludarme. Me contestó, sin ruborizarse, que había contado con verme en el banquete, y que había seguido el camino del este por consejo de un adivino.*

*Resultaba imposible conmover la serenidad de cualquiera de los seis, de manera que viajamos juntos a Tiberíades como un alegre grupo. El banquete de conmemoración, el más espléndido a que nunca haya concurrido, fue servido unas horas después. Entretanto envié a uno de mis oficiales de estado mayor a decir a cada uno de los reyes, en privado, que si deseaba conservar la amistad de Roma, se le aconsejaba que regresara a su país no bien la cortesía a nuestro anfitrión lo permitiera, y que entretanto no participara en ninguna conferencia secreta con sus reales vecinos. En una palabra, el banquete terminó a hora tardía, y los invitados presentaron sus excusas y partieron al día siguiente. No se celebró conferencia alguna. Yo fui el último en irme, y el rey y yo nos separamos con los habituales cumplidos. Pero a mi regreso a Antioquia encontré esperándome una carta sin firma, que decía: «Has insultado a mis invitados y debes aceptar las consecuencias. Ahora soy tu enemigo». Supongo que debe ser un mensaje del rey Herodes Agripa.*

*Mis cumplidos a la virtuosísima y encantadora Valeria Mesalina, tu esposa.*

Cuanto más estudiaba el informe, menos me gustaba. Parecía que Herodes, aprovechando mis preocupaciones con Bretaña y la presencia allí de un ejército tan grande —era muy fácil que todavía hubiese que reforzarlo—, planeara un levantamiento general en el este, para el cual su fortificación de Jerusalén había sido el prelude. Me sentí sumamente ansioso, pero no podía hacer otra cosa que rezar por una rápida victoria en Bretaña y hacerle saber a Herodes que Marso me mantenía al tanto de los sucesos del Cercano Oriente. Le escribí de inmediato, dándole noticias exageradamente jubilosas de la expedición británica —porque en el momento en que le escribí Aulo no había podido aún ponerse en contacto con ninguna fuerza enemiga de consideración; el enemigo empleaba las mismas tácticas que habían utilizado sus antepasados contra Julio en la marcha de éste a través de Kent— y diciéndole, muy poco verazmente, que como la expedición sólo tenía carácter punitivo, esperaba que los regimientos cruzaran el canal, de vuelta, en el término de un par de meses.

Esa era la primera mentira que le decía a Herodes, y como no hice más que confiarla al papel, sin la turbación de tener que decirla verbalmente, conseguí que la creyera. Le escribí:

*¿...Y puedes decirme algo definitivo, Bandido, en cuanto a ese Gobernador Oriental que aparece en las profecías y que después de su muerte debe convertirse en el dios más grande que jamás haya aparecido sobre la tierra? Continuamente me encuentro con referencias a él. En el tribunal, el otro día, surgió una. Un judío había sido acusado de crear perturbaciones en la ciudad. Se decía que había blandido el puño ante un sacerdote de Marte para exclamar luego:*

—Cuando el Gobernante se manifieste, ese será el fin de hombres como tú. Sus templos serán arrasados, ¡y tú quedarás enterrado bajo las ruinas, perro! Y el momento no está muy lejos.

Cuando se le interrogó negó haber dicho nada de eso, y como las pruebas eran contradictorias no hice más que desterrarlo... si se puede llamar destierro el enviar a un judío a Judea. Bien, Calígula creía ser ese gobernante profetizado, y en ciertos sentidos la profecía, según se me dijo, parecía en efecto señalarlo. Mi abuela Livia también creyó —por algo que dijo el astrólogo Trasilo en cuanto a que el año de su muerte correspondía al de esa persona profetizada— que ella era la designada. No se dio cuenta de que las profecías hablaban de un dios y no de una diosa, y de que la primera manifestación suya sería en Jerusalén —Calígula estuvo allí de niño—, aunque más tarde reinaría en Roma. ¿Las escrituras judías sagradas dicen algo acerca de él? Y en ese caso, ¿precisamente qué? Entiendo que tu erudito pariente Filón es un experto en tales asuntos. El otro día hablaba con Mesalina acerca de eso, y me preguntó si alguien había heredado esa obsesión especial de mi abuela Livia Augusta, ahora deificada, y de mi loco sobrino Calígula. Le respondí:

—Yo no, te lo juro, a pesar de la divinidad con que Herodes Agripa siempre trata de maldecirme.

¿Pero y qué me dices de tí mismo, mi viejo Bandido? ¿Quizá eres tú la persona a quien menciona la profecía? No, pensándolo mejor no lo eres, a pesar de tus vinculaciones con Jerusalén. El Gobernante profetizado es un hombre específico, de gran santidad. Trasilo es categórico en cuanto al año de su muerte, el año decimoquinto del reinado de Tiberio, que fue el año en que debía morir Livia... y en el que realmente murió. Que yo sepa, Trasilo nunca cometió un error en materia de fechas. De modo que has perdido la oportunidad. Pero por otra parte, si Trasilo tuvo razón, ¿por qué no hemos oído hablar todavía de ese rey muerto? Calígula conocía una parte de la profecía, que decía que ese rey moriría abandonado por sus amigos, y que después éstos beberían su sangre. Cosa curiosa, en su caso se cumplió: recordarás que Bubo, uno de los asesinos, había jurado matarlo y beber su sangre en venganza, y que humedeció los dedos en la herida que le había hecho y se los lamió, el loco. Pero Calígula murió nueve años demasiado tarde como para coincidir con la profecía. Te agradecería mucho que me dijeras todo lo que sepas al respecto. Quizá haya dos o tres predecías que se han mezclado. O quizá Calígula estaba mal informado en cuanto a los detalles. La profecía se la dijo la envenenadora Martina, la que estuvo vinculada con el asesinato de mi pobre hermano Germánico en Antioquia. Pero entiendo que hace tiempo circula por Egipto, como pronunciamiento del oráculo de Júpiter Ammon.

Escribí de esa manera porque ahora sabía que Herodes se consideraba en realidad ese Gobernante profetizado. Todo eso me lo habían dicho Herodías y Antipas, cuando los visité en su lugar de destierro, durante mi estadía en Francia. No podía permitirles que volvieran a Judea, aunque ahora sabía que no habían sido culpables de conspirar contra Calígula, pero les permití salir de Lyon y les di una finca bastante grande en Cádiz, España, donde el clima se parecía más a aquél al cual estaban acostumbrados. Me mostraron una indiscreta carta de Salomé, la hija de Herodías, ahora casada con su primo, el hijo de Herodes Polio.

*Herodes Agripa se vuelve más religioso cada día que pasa. Les dice a sus viejos amigos que sólo juega a ser judío estricto por motivos políticos, y que en secreto continúa adorando a los dioses romanos. Pero yo sé que eso no es cierto. Es extraordinariamente concienzudo en sus observancias. El hijo del alabarca, Tiberio Alejandro, que ha abandonado la fe judía, para vergüenza y pena de su familia, me dice que el otro día, mientras se encontraba en Jerusalén, llevó a Herodes a un lado y le susuró:*

*—Entiendo que tienes un cocinero árabe que es realmente una maravilla para rellenar y asar un lechen. ¿Tendrás la bondad de invitarme a cenar una noche?*

*Herodes se puso escarlata y masculló que su cocinero estaba enfermo. La verdad es que lo despidió hace tiempo. Tiberio Alejandro tiene otra historia rara en relación con Herodes. Habrás oído hablar de aquella ocasión cómica en que visitó Alejandría con una guardia de corps de dos soldados a quienes había secuestrado para impedirles que le entregaran una orden de arresto, y en que pidió dinero prestado al alabarca. Parece que después el alabarca fue a ver a Filón, ese erudito hermano suyo que trata de conciliar la filosofía griega con las escrituras judías, y le dijo:*

*—Probablemente he sido un tonto, hermano Filón, pero acabo de prestarle a Herodes Agripa una gran suma de dinero, con garantías más bien dudosas. En compensación me prometió proteger nuestros intereses en Roma, y juró ante dios Todopoderoso amar y proteger a Su pueblo, en cuanto esté dentro de sus posibilidades, y obedecer Sus leyes.*

*—¿De dónde salió de pronto este Herodes Agripa? —preguntó Filón—. Creía que estaba en Antioquía.*

*—De Edom —respondió el alabarca—, ataviado con una capa de púrpura —púrpura de Bozrah— y caminando con el porte de un rey. No puedo dejar de creer que a despecho de sus anteriores locuras y vicisitudes está destinado a representar un gran papel en nuestra historia nacional. Es un hombre de notable talento. Y ahora que se ha comprometido decididamente...*

*Filón se puso de pronto muy serio y comenzó a citar al gran profeta Isaías: «¿Quién es el que viene de Edom, con vestiduras teñidas en Bozrah? ¿Quién es ese de glorioso aspecto, que viaja en el esplendor de sus fuerzas?... He estado solo en el lagar, y no había nadie del pueblo conmigo. Pero el día de la venganza está en mi corazón, y el año de mi Redimido ha llegado». Filón está convencido desde hace tiempo de que el Mesías está próximo. Ha escrito varios volúmenes al respecto. Basa sus argumentos en el texto de Números relativo a la estrella de Jacob, y lo concilia con muchos otros textos de los Profetas. Está loco, pobre hombre. Y ahora que Herodes se ha vuelto tan poderoso y que ha mantenido su promesa en cuanto, a la observancia de la Ley con tanta fidelidad, y que ha prestado tantos servicios a los judíos de Alejandría, Filón está convencido de que Herodes es el Mesías. Lo que finalmente lo decidió fue el descubrimiento de que la familia de Herodes, aunque edomita, descende de un hijo de Zedekías, el último rey de Judea antes del Cautiverio. (Este Zedekías consiguió sacar de la ciudad a su hijo recién nacido y llevarlo a salvo a casa de unos amigos de Edom, antes de que Nabucodonosor capturase la ciudad.) Herodes parece haber sido convencido por Filón de que en realidad es el Mesías y de que está destinado, no a redimir a los judíos del yugo del extranjero, sino a unir a todos los Hijos de Sem en un gran imperio espiritual, bajo el gobierno del Señor de las Huestes. Esta es la única explicación posible*

*para sus recientes actividades políticas, que, debo confesarlo, me hacen sentirme muy nerviosa en cuanto al futuro. En verdad parece haber demasiada religión en el aire. Es una mala señal.*

*Me recuerda de lo que dijiste cuando hicimos decapitar a ese idiota de Juan el Bautista: «El fanatismo religioso es la peor forma de insania».*

*Creo que he dicho demasiado pero puedo confiar, querida madre, que no permitirás que la historia se difunda. Quema esto cuando lo hayas leído.*

No hubo más noticias de Marso y no recibí una respuesta de Herodes antes de zarpar hacia Bretaña... Porque, un par de semanas después del desembarco, Aulo se vio obligado a mandarme llamar. Pero calculé que Herodes leería entre las líneas de mi carta que sospechaba de él, aunque tuve sumo cuidado de no mencionar a Marso en la carta, ni las celebraciones del aniversario de bodas en Tiberíades. Y que tendría mucho cuidado con el próximo paso que diese. También fortalecí la guarnición de Alejandría y le dije a Marso que llamase todas las levas griegas en Siria y les impusiese un adiestramiento intensivo, haciendo circular el rumor de que se esperaba una invasión de los partos. Debía hacerlo como por iniciativa propia, y no decirle a nadie que las órdenes venían de mí.



## Capítulo 18

Aulo, como ya he relatado, desembarcó en Bretaña sin encontrar oposición alguna. Construyó un fuerte campamento de base en Richborough, que guarneció con veteranos de cada uno de los regimientos; encalló sus transportes en la costa, fuera del alcance de las tormentas, y comenzó un cauteloso avance a través de Kent, tomando la ruta seguida por Julio en su segunda expedición, la ruta que, en verdad, han seguido todos los invasores de la isla. Al principio encontró menos resistencia que Julio, porque no tuvo que forzar el paso del Stour. El rey de Kent del este, un vasallo de Caractato y Togodumno, decidió no defender las posiciones preparadas allí. Sus aliados habían retirado su principal ejército de Colchester cuando se enteraron de que nuestra invasión no podría realizarse ese año, y sus propias fuerzas eran insuficientes para defender el río con éxito. Fue al encuentro de Aulo con ofrendas de paz, y luego de un intercambio de presentes juró alianza y amistad a Roma. El rey de Sussex del este, que se encuentra al oeste de Kent, llegó unos días después al campamento con los mismos propósitos. Entre el Stour y el Medway, la siguiente barrera natural, Aulo encontró muy poca resistencia verdadera. Pero pequeños grupos de combatientes con carros le disputaron las frecuentes barreras de árboles derribados y de arbustos espinosos que habían sido arrojados en la senda. El comandante de la avanzada de Aulo recibió entonces la orden de no forzar esas barreras, sino que, en cuanto las divisara, debía rodearlas con destacamentos de caballería y capturar a los defensores. Esto aminoró la velocidad de la marcha, pero no se perdieron vidas. Pero comenzaron a aparecer fuerzas cada vez más grandes de carros en los flancos de la columna que avanzaba; atacaban a los grupos de forrajeadores y los obligaban a replegarse sobre el cuerpo principal. Aulo tenía conciencia de que el humor con que los hombres de Kent saldrían finalmente del bosque—para ofrecerle su sumisión con docilidad o para cortarle valientemente la retirada—dependía de su éxito contra los catuvelaunios. Pero su campamento de base estaba bien defendido.

Cuando llegó al límite de las mareas del Medway, que Julio, en su segunda campaña había vadeado sin pérdidas, encontró al enemigo reunido en masa ante posiciones preparadas varios meses de antemano. Caractato y Togodumno se encontraban presentes con todos sus príncipes tributarios y un ejército de unos 60.000 hombres. Aulo no tenía más de 35.000 efectivos consigo. El estrecho vado a través del río resultaba casi impracticable por la gran sucesión de profundos y anchos canales que lo cortaban, paralelos a las orillas. Los britanos vivaqueaban con negligencia al otro lado. El vado más próximo, río arriba, estaba a un día de marcha y según los prisioneros se encontraba igualmente fortificado. Río abajo no había vado alguno. El río, después de desembocar en el estuario del Támesis no muy lejos de ese lugar, se extendía a través de impenetrables fangales. Aulo puso a sus hombres a trabajar para hacer practicable el vado, rellenando los canales con cestos de piedras. Pero resultaba evidente que a ese ritmo pasarían dos o tres días antes de que pudiera intentar el cruce. La orilla enemiga estaba

defendida por dos fuertes empalizadas, y los britanos, que comenzaron a hostigar a los trabajadores con flechas e insultos, construían una tercera más atrás. Dos veces por día una enorme marejada llenaba la boca del río —cosa común en esa parte del mundo, aunque nunca se la había visto en el Mediterráneo, salvo durante las tormentas— y obstaculizaba en gran medida los trabajos emprendidos por Aulo. Pero éste contaba con la marea como su aliada. Todos los germanos nadaban bien, y los bátavos mejor que ninguno. Cruzaron nadando, en número de 3.000, con las armas atadas a la espalda, y tomaron a los britanos por sorpresa. Pero en lugar de atacar a los asombrados hombres que se encontraban en torno a las hogueras del campamento, corrieron hacia donde se encontraban los caballos y desjarretaron a los ponies de los carros, inutilizando a dos o tres mil de ellos antes de que los dueños se diesen cuenta de lo que había sucedido. Luego se establecieron en el extremo enemigo del vado, detrás de la barricada del medio, que estaba diseñada de modo que mirase hacia el otro lado, y la retuvieron contra los fuertes ataques británicos, mientras dos batallones del Noveno regimiento cruzaban el río en su ayuda sobre odres de vino inflados y almadías improvisadas y en barquillas británicas, de cuero, capturadas antes. La lucha fue feroz, y los destacamentos británicos apostados río arriba, para impedir que nuestros hombres cruzaran allí en cualquier punto, se precipitaron a tomar parte en la lucha. Aulio vio la que ocurría y envió el Segundo, a las órdenes de cierto Vespasiano\*, para que fuese río arriba, a cubierto de cierto bosque, y cruzara en algún recodo ahora no vigilado. Vespasiano encontró el lugar adecuado a ocho o nueve kilómetros, en un lugar donde el río se estrechaba un tanto, e hizo que un hombre cruzara nadando con una cuerda. La cuerda sirvió para hacer pasar al otro lado una más gruesa, que se aseguró a un árbol y luego se puso en tensión. El Segundo estaba adiestrado en esta maniobra, y en un par de horas estuvieron todos al otro lado. Hubo que usar numerosas cuerdas, porque la distancia era demasiado grande para mantener una de ellas lo bastante tensa de modo que sostuviese el peso de más de veinte o treinta hombres fuertemente armados sin que la cuerda se cortara. Una vez al otro lado, corrieron río abajo, sin encontrar a ningún hombre del enemigo, y una hora después aparecieron de pronto en el flanco derecho desguarnecido de éste. Entrelazaron sus escudos, gritaron e irrumpieron en la empalizada, matando a cientos de tribeños británicos en una sola carga. Los bátavos y los hombres del Noveno unieron sus fuerzas al Segundo, y aunque superadas grandemente en número, las fuerzas conjuntas empujaron al enemigo, confundido y desordenado, pero aún valiente, hacia atrás, hasta quebrarlo en una innegable desbandada. La orilla del río quedó limpia de británicos, y Aulo se pasó el resto del día construyendo apresuradamente una estrecha calzada de troncos a través del vado. Con la marea baja los troncos quedaron firmemente incrustados, y se llenaron los canales. Pero la noche estaba muy avanzada cuando terminó el trabajo, y el ejército no pudo cruzar —la marea alta interrumpió el cruce— hasta la mañana siguiente.

Los britanos se habían reunido en los terrenos altos de más allá, y por la tarde se llevó a cabo una batalla encarnizada. La infantería francesa, que no había participado en los combates del día anterior, encabezó el ataque. Pero la defensa era empecinada y una gran columna de carros se lanzó de pronto hacia el centro, desde el flanco izquierdo, surgiendo detrás del primer regimiento francés, que avanzaba en línea, provocándole fuertes bajas con una lluvia de lanzas. Cuando esta columna, que era dirigida por el propio Caractato, llegó al flanco derecho, giró audazmente y se colocó detrás del segundo regimiento francés, que avanzaba en apoyo del primero, y puso en práctica el mismo juego, alejándose luego sin bajas. Los franceses no pudieron tomar la elevación,

---

\* Después emperador (69-79).-R.G

y Aulo, viendo que la caballería y los carros británicos estaban concentrados en su flanco derecho, a punto de lanzar un fuerte ataque contra los ahora desordenados franceses, galopó con un tercio de su caballería hacia las posiciones amenazadas, con órdenes de mantenerlas a toda costa. La caballería partió, y Aulo lanzó tras ella toda su infantería regular, con excepción del Segundo regimiento. Dejando al Segundo en apoyo de los franceses, por si los británicos efectuaban un contrataque, y haciendo avanzar a Geta con alguna infantería báltava y el resto de la caballería hacia el flanco izquierdo, Aulo lanzó el ataque sobre la derecha. Los carros británicos no pudieron contener su avance, si bien nuestra caballería sufrió fuertes pérdidas antes de que el regimiento de vanguardia, el Dedimocuarto, acudiera en su ayuda. Caractato hizo girar entonces su columna detrás de la elevación, para un ataque contra nuestro flanco izquierdo.

Geta fue el héroe de la batalla. El y sus 700 hombres de caballería contuvieron una desesperada carga de casi 2.000 carros. 500 de los mismos báltavos que habían inutilizado los ponies durante la incursión de la madrugada se mezclaron a la caballería y volvieron a usar sus cuchillos con el mismo fin y con buenos resultados. A no ser por ellos, Geta habría sido arrollado. El propio Geta fue derribado de su caballo y casi capturado, pero Caractato finalmente se retiró, dejando cien carros inutilizados. Para entonces los británicos comenzaban a sentir la presión de la infantería regular. También los franceses hacían algo más que mantener el terreno, y de pronto surgió un clamor en el sentido de que Togodumno había sido sacado del campo, mortalmente herido. Los británicos se descorazonaron. Sus líneas vacilaron y se quebraron, lanzándose contra nuestro flanco izquierdo, donde tropezaron inesperadamente con los hombres de Geta, que avanzaban a través de un bosquecillo. Geta atacó, y cuando terminó el combate se encontraron mil quinientos cadáveres de británicos sólo en esa parte del campo. El total de las bajas británicas, en muertos solamente, llegó a 4.000. Las nuestras sólo fueron 900, de los cuales 700 eran franceses, y la misma cantidad más o menos, de heridos graves. Entre los que murieron de resultas de sus heridas se encontraba Berico, el causante de la guerra, que había luchado al lado de Geta y que le salvó la vida cuando lo desmontaron.

El siguiente obstáculo importante de Aulo era el Támesis, que Caractato defendía ahora del mismo modo que había defendido el Medway. Los derrotados británicos se retiraron detrás de él tomando por un sendero secreto a través de los fangales. Nuestra vanguardia trató de seguirlos, pero se empantanó y tuvo que retroceder. La batalla siguiente fue casi una repetición de la anterior, ya que las condiciones eran muy similares. Esta vez fue Craso Frugi, el padre del joven Pompeyo, mi yerno, quien efectuó el cruce río arriba. Se abrió paso a través del puente, en Londres, que estaba defendido por una compañía de jóvenes nobles británicos juramentados para luchar hasta el último hombre. Los báltavos volvieron a cruzar el río a nado, durante la marea baja. En esta ocasión la defensa británica era más débil y sus pérdidas volvieron a ser enormes. Las nuestras fueron insignificantes —300—, y se tomaron dos mil prisioneros. Se capturó Londres con un rico botín. Pero la victoria quedó arruinada por la pérdida de casi mil franceses y báltavos que persiguieron imprudentemente al enemigo derrotado, siguiéndole hacia terrenos cenagosos, en los que fueron tragados por un pantano.

Aulo estaba ahora al otro lado del Támesis, pero la resistencia enemiga se hizo de pronto más enérgica gracias a la llegada de refuerzos del sur, el oeste y el centro de la isla. La muerte de Togodumno resultó una verdadera ventaja para los britanos: el comando supremo del ejército de los catuvelaunos ya no estaba dividido, y Caractato, que era un jefe audaz, y que gozaba de gran favor entre los druidas, pudo hacer un apasionado ruego a sus aliados y vasallos, en el sentido de que vengaran la muerte de su

noble hermano. Como las pérdidas romanas habían superado el máximo estipulado, y como no se podía afirmar que la resistencia enemiga hubiese sido rota, Aulo me envió prudentemente el mensaje que habíamos convenido. Llegó a Boulogne con uno de los barcos que, como se había dispuesto, acababa de llegar a Londres desde Richborough con un cargamento de vino, mantas y provisiones militares. En Boulogne se encendió el primer faro y en muy poco tiempo el mensaje había cruzado los Alpes y corría hacia Roma.

Fue el día en que encontré por fin pruebas convincentes del fraude y las falsificaciones de Myron. Acababa de hacerlo azotar en presencia de todos mis otros secretarios principales, y luego lo hice ejecutar. Me sentía fatigado, después de un día difícil y desagradable, y estaba a punto de dedicarme, antes de la cena, a una amistosa partida de dados con Vitelio, cuando el eunuco Pósidés, mi secretario militar, llegó corriendo con la noticia:

—¡César, el faro! Se te necesita en Bretaña.

—¿Bretaña? —exclamé. Tenía el cubilete de los dados en la mano, y mecánicamente volvía a agitarlo y arrojé los dados antes de correr a la ventana que daba hacia el norte—. ¡Muéstrame! —dije. Era una noche clara y en la dirección en que me señalaba Pósidés puede distinguir, incluso con mi débil vista, el puntito de luz roja en la cima del monte Soractes, a cincuenta kilómetros de distancia. Volví a la mesa, donde encontré a Vitelio contemplándome con expresión resplandeciente.

—¿Qué te parece esto corno augurio? —preguntó—. Durante la última media hora has estado sacando los puntos más bajos posible, y ahora, de pronto, gritas «Bretaña» y sacas Venus.

¡En efecto, los tres dados yacían formando un perfecto triángulo equilátero, y cada uno de ellos mostraba un seis! Las posibilidades de sacar Venus eran de 216 a 1, de modo que se me perdonará si experimenté un gran júbilo en ese momento. No hay nada como un augurio realmente bueno para iniciar una campaña, y hay que entender que Venus no sólo era la patrona del cubilete, sino también la madre de Eneas, y por lo tanto mi propia antepasada a través de mi abuela Octavia, la hermana de Augusto, y guardiana de la fortuna de la casa Julia, de la cual yo era ahora el jefe reconocido. También vi algún significado en el triángulo, porque esa es la forma de Bretaña en los mapas.

Ahora que lo pienso, me pregunto si habrá sido Vitelio, y no la diosa, quien cuando le volví la espalda arregló los dados tan bonitamente. Soy una de las personas a quien resulta más fácil engañar, o por lo menos tal es el veredicto popular sobre mí. Si lo hizo, hizo bien, porque Venus me envió a la conquista de un humor exaltado. Esa noche le ofrecí oraciones (y también a Augusto y Marte), y le prometí que si me ayudaba a conquistar la victoria haría lo que me pidiese.

—Una mano lava a la otra —le recordé—, y en verdad espero que hagas todo lo que puedas.

Los Claudio tenemos la costumbre de dirigirnos a Venus con bromista familiaridad. Se supone que a ella le gusta, lo mismo que las bisabuelas, en especial las que gozan de la reputación de haber sido muy alegres en su juventud, estimular a veces a sus biznietos favoritos a que les hablen con tan poca cortesía como si pertenecieran a la misma generación.

Al día siguiente zarpé de Ostia rumbo a Marsella, con mi estado mayor y 500 voluntarios para la guerra. El viento soplaba agradablemente desde el sur, y yo prefería el viaje por mar al traqueteo de un carruaje. Toda la ciudad acudió al puerto para despedirnos, y todos trataron de superar a los demás en sus expresiones de lealtad y en el calor de sus buenos deseos. Mesalina me echó los brazos al cuello y lloró. El pequeño

Germánico también quiso ir. Vitelio prometió al dios Augusto recubrir de oro las puertas de su templo, si yo regresaba victorioso.

Teníamos una flota de cinco barcos de guerra veloces, de dos palos y velas cuadradas, cada uno con tres filas de remeros, y con los cascos bien envueltos con gruesas cuerdas para el caso de un tiempo tormentoso. No había tiempo que perder, de modo que le dije al capitán que cargase todas las velas posibles, cosa que hizo, ambas velas en cada mástil, y como el mar estaba en calma muy pronto nos encontramos navegando a unos buenos diez nudos. Ya avanzada la tarde avistamos la isla de Planasia, cerca de Elba, donde había sido exilado mi pobre amigo Postumo, y pude distinguir los edificios ahora desiertos donde se habían alojado sus guardias. Habíamos hecho ciento veinte millas, o sea la tercera parte del trayecto. La brisa persistía. Mi estómago no fue afectado por los movimientos del barco, y me retiré a mi cabina para acostarme. Esa noche dimos la vuelta a Córcega, pero la brisa cesó a medianoche, y tuvimos que basarnos por entero en los remos. Yo dormí bien. Para abreviar el relato, al día siguiente tuvimos mal tiempo y avanzamos muy poco, ya que el viento giró gradualmente hacia el oeste-noroeste.

Avistamos la costa francesa sólo al alba del tercer día. El mar estaba ahora extraordinariamente embravecido, y los remos quedaban a menudo hundidos en el agua hasta los toletes o se agitaban en el aire. Sólo dos de los otros cuatro barcos estaban a la vista. Nos dirigimos hacia la protección de la costa y la recorrimos con suma lentitud.

Estábamos ahora a cincuenta millas al oeste de Fréjus, un ancladero de la flota, y pasábamos por entre las islas Hyéres. Para el mediodía habríamos llegado a Marsella. Cuando pasamos frente a Porquerolles, la más grande y occidental de las islas, separada en un punto por una sola milla marítima de la península de Giens, que sobresale para salirle al encuentro, el viento cayó sobre nosotros con fuerza espantosa, y aunque la tripulación remó como enloquecida, no logramos avanzar nada y nos vimos empujados lentamente hacia los arrecifes. Nos encontrábamos a cien metros de la destrucción cuando el ventarrón menguó un tanto y conseguimos zafarnos. Pero unos minutos después estábamos otra vez en aprietos, y en esa ocasión el peligro era mayor aún. El último promontorio en torno al cual tuvimos que pasar penosamente terminaba en una gran roca negra, que la acción del viento y del agua habían tallado dándole la forma de una cabeza de sátiro. Las aguas le hervían y siseaban en la barbilla, formándole como una barba blanca. El viento que soplaba directamente de través, nos echaría muy pronto contra las fauces del monstruo.

—Si nos atrapa, nos destrozará los huesos y nos triturará la carne —me aseguró el capitán con acento torvo—. Muchos barcos han naufragado en ese peñasco negro.

Ofrecí oraciones a todos los dioses del panteón. Después se me dijo que los marineros que me habían escuchado juraron que era el más hermoso rezo que habían oído en su vida, y que les infundió nuevas esperanzas. Le recé en especial a Venus y le rogué que convenciera a su tío Neptuno de que se comportara con más consideración, ya que la suerte de Roma dependía en gran medida de la supervivencia de ese barco. Tenía que recordarle a Neptuno que yo no había tenido nada que ver con la impía pendencia de mi antecesor con él, y que, por el contrario, siempre había tenido el más profundo respeto por el dios. Los agotados remeros se esforzaban y gemían, y el capataz recorría las plataformas con una cuerda en la mano, maldiciéndolos y azotándolos para infundirles nuevo vigor. Quién sabe cómo, logramos pasar... Y cuando se escuchó una exclamación de alegría, que indicaba que nos encontrábamos fuera de peligro, prometí a los remeros veinte piezas de oro en cuanto desembarcáramos.

Me alegré de haber mantenido la calma. Era la primera vez que experimentaba una tormenta en el mar, y había oído decir que algunos de los hombres más valientes del

mundo se derrumbaban cuando se veían frente a la perspectiva de morir ahogados. Incluso se ha susurrado que el dios Augusto era un espantoso cobarde durante las tormentas, y que sólo su sentido de la dignidad de su puesto le impedía aullar y mesarse los cabellos. Por cierto que solía repetir a menudo los versos aquellos sobre que «Impío fue el hombre que primero se hizo a la vela y enfrentó los peligros del frenético abismo». Era muy infortunado en el mar, salvo en sus combates navales, y —hablando de impiedad— en una ocasión mostró su profundo resentimiento por la pérdida de una flota en una repentina tormenta prohibiendo que la estatua de Neptuno fuese llevada como de costumbre en procesión sagrada alrededor del circo. Después de eso muy pocas veces se hizo a la mar sin provocar una tempestad, y en tres o cuatro ocasiones estuvo a punto de naufragar.

Nuestro barco fue el primero en llegar a Marsella, y por suerte no se perdió ni uno solo de los cinco, aunque dos se vieron obligados a volver y refugiarse en Fréjus. En Marsella la tierra estaba espléndidamente firme bajo mis pies. Decidí no volver a viajar por mar cuando pudiese hacerlo por tierra, y desde entonces no me he apartado de esa decisión.

En cuanto me enteré de que se había hecho un desembarco exitoso en Bretaña, hice llevar mis reservas a Boulogne y ordené a Pósidés que reuniese y preparase transportes allí, junto con todos los abastecimientos militares que pudieran parecer necesarios para la campaña. En Marsella me esperaban veinte calesas ligeras —las había reunido Pósidés— para llevarnos, a mí y a mi estado mayor, con constantes relevos de caballos, por el valle del Ródano, de Avignon a Lyon, donde pasamos la segunda noche, y de allí hacia el norte, a lo largo del Saona, a razón de cien a ciento veinte kilómetros por día, que era lo más que podía aguantar debido al continuo traqueteo, que me destrozaba los nervios, me trastornaba la digestión y me daba constantes dolores de cabeza. La tercera noche, en Chálons, mi médico Jenofonte insistió en que descansara todo el día siguiente; le dije que no podía permitirme el lujo de derrochar todo un día y me replicó que si no descansaba no sería de ninguna utilidad para el ejército en Bretaña, cuando llegase. Le grité y traté de anular su opinión, pero Jenofonte insistió en considerar esta conducta como una nueva señal de agotamiento nervioso, y me dijo que o el médico era él o que lo era yo. En este último caso renunciaría y reanudaría la práctica que había interrumpido en Roma. Pero si el médico era él debía pedirme que hiciera lo que me aconsejaba: descansar y someterme a un masaje completo. Por lo tanto me disculpé y le dije que detenerme de pronto en el viaje me provocaría tal ansiedad nerviosa, que mi estado físico no mejoraría con ningún masaje compensatorio, y que decirme «descansar» era, dadas las circunstancias, un consejo tan poco práctico como decirle a un hombre cuyas ropas se han incendiado que tiene que mantenerse sereno. A la postre llegamos a una transacción: yo no continuaría mi viaje en una calesa, pero tampoco me quedaría en Chálons. Sería transportado en una litera liviana, a hombros de seis portadores bien adiestrados, y de tal modo haría por lo menos cincuenta kilómetros de los ochocientos que aún tenía ante mí. Me sometería a los masajes que él quisiera, antes de partir y después de que terminase la jornada.

De Lyon necesité ocho días para llegar a Boulogne por vía de Troyes, Reims, Soissons y Amiens, porque en la etapa de Reims a Soissons Jenofonte me obligó a usar la litera nuevamente. Durante todo este tiempo no estuve exactamente ocioso. Repasé con la memoria mis recuerdos de las grandes batallas del pasado —las de Julio, las de Aníbal, las de Alejandro, y en especial las de mi padre y mi hermano en Germania—, y me pregunté si, cuando llegara el momento, yo podría aplicar con sentido práctico todo ese detallado y amplio conocimiento. Me felicité de que, cada vez que había sido posible trazar el plan de una batalla según los relatos proporcionados por testigos

oculares, siempre lo hice; y había dominado a fondo los principios tácticos generales involucrados en el empleo de una pequeña fuerza de combatientes disciplinados frente a un gran ejército de tribenos semicivilizados, y también los principios estratégicos relativos a la ocupación exitosa del país, cuando la batalla había sido ganada.

En Amiens, insomne en la madrugada, comencé a imaginarme el campo de batalla. Probablemente la infantería británica ocuparía una elevación boscosa, con la caballería y los carros de guerra maniobrando en los terrenos bajos del frente. Yo dispondría mi infantería regular en formación común de combate, con un frente de dos regimientos, los auxiliares en los flancos y los guardias en la reserva. Los elefantes, serían una absoluta novedad para los britanos, ya que en la isla jamás se había visto un animal así... Pero en eso se me ocurrió un pensamiento inquietante.

—Pósides —llamé con voz ansiosa.

—Sí, César —respondió Pósides saltando de su jergón, todavía medio dormido.

—Los elefantes están en Boulogne, ¿verdad?

—Sí, César.

—¿Cuánto hace que te di la orden de llevarlos allá desde Lyon?

—En cuanto nos enteramos del desembarco, César, el siete de agosto.

—¿Y cómo haremos para cruzar los elefantes al otro lado? Habríamos tenido que hacer construir transportes especiales.

—El barco que llevó el obelisco de Alejandría está en Boulogne.

—¿Pero yo creía que se encontraba en Ostia!

—No, César, en Boulogne.

—Pero si lo enviaste allí el siete no puede haber llegado aún. No puede estar más allá del golfo de Vizcaya. Recordarás que necesitó tres semanas para llegar a Roma desde Egipto, y eso con buen tiempo para la navegación.

Pero Pósides era un ministro realmente eficaz. Parece que en cuanto decidí poner a los elefantes entre mis refuerzos y enviarlos a Lyon —creo que fue en mayo—, consideré el problema del transporte a través del canal y, sin decirme una palabra, fletó el barco-obelisco como transporte para los elefantes —era el único barco lo bastante fuerte y grande para eso— y lo envió a Boulogne, adonde llegó seis semanas después. Si hubiese esperado mis órdenes, habríamos tenido que dejar los elefantes. El barco-obelisco merece algo más que una mención superficial. Era el mayor navio jamás botado. Tenía no menos de sesenta metros de largo y un ancho proporcionado, y sus maderos principales eran de cedro. Calígula lo hizo construir en los primeros meses de su monarquía para traer de Egipto un obelisco de granito rojo, de veinticinco metros de alto, junto con cuatro enormes piedras que formaban su basamento. El obelisco era originario de Heliópolis, pero unos años antes había sido instalado en el templo de Augusto en Alejandría. Calígula quiso colocarlo en su propio honor en el circo que iba a construir en el monte Vaticano. Para entender qué barco tan monstruoso era hay que decir que su palo mayor de veinte metros de alto era un abeto de dos metros y medio de diámetro en la base, y que en el lastre utilizado para mantenerlo equilibrado cuando el obelisco y el pedimento fueron instalados en el puente figuraban 1.200 toneladas de lentejas egipcias: un regalo para el pueblo de Roma. Cuando llegué a Boulogne me satisfizo encontrar a las tropas de buen humor, los transportes listos y el mar en calma. Nos embarcamos sin más demora, y nuestro paso a través del canal fue tan placentero y carente de incidentes, que al desembarcar en Richborough hice un sacrificio a Venus y Neptuno, agradeciendo a este último su inesperado favor y a la primera su bondadosa intercesión. Los elefantes no causaron problemas. Eran elefantes de la India, no africanos. Los elefantes de la India son tres veces más grandes que los africanos, y éstos eran especialmente buenos, y Calígula los había comprado para utilizarlos en las

ceremonias de su propia religión. Después se los había empleado en los muelles de Ostia, para mover maderas y piedras bajo la dirección de sus conductores indios. Para mi sorpresa descubrí que a los elefantes se habían agregado doce camellos. Esa era una idea de Pósidés.



## Capítulo 19

En Richborough nos sentimos ansiosos por conocer las últimas noticias de Aulo, y descubrí que acababa de llegar un despacho de él. Informaba que los britanos habían efectuado dos ataques, uno de día y el otro de noche, contra el campamento que él había fortificado al norte de Londres, pero que los rechazó con algunas pérdidas. Pero todos los días parecían llegar nuevos refuerzos enemigos, incluso desde Gales del sur. Y los hombres de Kent que se retiraron a la zona boscosa habían enviado a Caractato un mensaje en el que le decían que en cuanto Aulo se viese obligado a retirarse abandonarían los bosques y lo separarían de su base. Hablé con unos hombres gravemente heridos a quienes Aulo había evacuado a la base, y todos convinieron en que la infantería británica no era de temer, pero que sus carros parecían estar en todas partes al mismo tiempo, y que eran tan numerosos, que impedían que cualquier fuerza menor de doscientos o trescientos infantes se separase del grueso del ejército.

Mi columna se preparaba ahora para su avance. Los elefantes acarreaban grandes bultos de jabalinas de repuesto y de otras municiones de guerra. Pero ciertas curiosas máquinas colocadas sobre el lomo de los camellos me intrigaron.

—Una invención de tu predecesor imperial, César —me explicó Pósidés—. Me tomé la libertad de hacer que construyeran seis en Lyon, cuando estuvimos allí en julio, y las hice enviar a Boulogne. Son una especie de máquinas de sitio para usar contra tribus incivilizadas.

—No sabía que el extinto emperador fuese responsable de ninguna invención militar.

—Creo, César, que encontrarás que este tipo de máquina es sumamente eficaz, en especial junto con una cuerda liviana. Me he tomado la libertad de traer varios cientos de metros de cuerda liviana en rollos.

Pósidés sonreía ampliamente y pude ver que tenía algún plan astuto que me mantenía en secreto. Entonces le dije:

—Jerjes el Grande tenía un ministro de guerra llamado Hermotimo, un eunuco como tú, y cada vez que se le permitía a Hermotimo solucionar por su cuenta un problema táctico, como por ejemplo la reducción de una ciudad inexpugnable o el cruce de un río invadeable, sin botes, el problema quedaba siempre solucionado. Pero si Jerjes o algún otro trataba de entrometerse con consejos o sugerencias, Hermotimo solía decir que el problema se había vuelto demasiado complicado para él y pedía que lo excusaran. Tú eres un segundo Hermotimo, y para congraciarme con la suerte te dejaré con tus propias artimañas. Tu previsión en el caso del barco-obelisco te ha ganado mi confianza. Entiende que espero grandes cosas de tus camellos y sus cargas. Si mi desilusionas me desagradará mucho, y probablemente te arrojaré a las panteras del anfiteatro, cuando volvamos.

—¿Y si te ayudo a conquistar la victoria? —respondió, siempre sonriendo.

—Entonces te condecoraré con los más altos honores que esté en mi poder concederte y que no sean inadecuados para tu condición. Te daré la medalla de la Lanza sin Punta. ¿Has ocultado alguna otra novedad en el equipaje? Esos camellos y elefantes y lanceros negros del África sugieren un espectáculo en el Campo de Marte antes que una expedición seria.

—No, César, no mucho más. Pero creo que los britanos presenciarán un buen espectáculo antes de que hayamos terminado, y podremos cobrar el dinero de las entradas cuando ese espectáculo haya acabado.

Marchamos desde Richborough y no encontramos oposición. El cruce de los ríos estaba vigilado por destacamentos del Decimocuarto enviados por Aulo para ese fin. Cuando pasábamos se unían a nosotros. No vi a un solo britano enemigo entre Richborough y Londres, donde Aulo y yo unimos nuestras fuerzas el cinco de septiembre. Creo que se sintió tan encantado de verme como yo a él. Lo primero que le pregunté fue si la tropa estaba de buen ánimo. Me respondió que sí, y que sólo les había prometido la mitad de las fuerzas que yo llevaba conmigo, y que no había mencionado los elefantes, de modo que nuestras verdaderas fuerzas constituirían una sorpresa para ellos. Le pregunté dónde se esperaba que el enemigo ofreciese combate, y me mostró un mapa en relieve que había hecho, con arcilla, de la región situada entre Londres y Colchester. Señaló un lugar situado a unos treinta kilómetros de la carretera Londres-Colchester —no una carretera en el sentido romano, por supuesto—, que Caractato había estado atareado fortificando y que casi sin duda sería el lugar de la próxima batalla. Se trataba de una elevación boscosa llamada Brentwood Hill, que curvaba la carretera en una gran herradura, en cada extremo de la cual había un gran fuerte con empalizadas, y otros más en el centro. El camino corría hacia el nordeste. El flanco izquierdo del enemigo, más allá de la elevación, estaba protegido por tierras pantanosas, y un profundo arroyo, llamado Weald Brook, formaba una barrera defendible al frente. En el flanco izquierdo la elevación giraba hacia el norte y continuaba a lo largo de cinco o seis kilómetros, pero los árboles y los espinos y las zarzas crecían tan densos, que Aulo pensaba que sería inútil tratar de tomar ese flanco enviando una fuerza de soldados que se abrieran paso por entre la vegetación. Como el único acceso factible a Colchester era por esa carretera, y como yo quería enfrentar a las principales fuerzas enemigas lo antes posible, estudié con sumo cuidado el problema táctico involucrado. Prisioneros y desertores proporcionaron informaciones exactas en cuanto a las defensas del bosque, que parecían muy bien planeadas. No me parecía buena la idea de un ataque frontal. Si marchábamos contra el fuerte central sin reducir primero los otros dos, nos veríamos expuestos a intensos ataques desde ambos flancos. Pero atacar primero a los otros dos tampoco parecía ser muy útil. Porque si lográbamos tomarlos, con gran costo para nosotros, ello significaría que tendríamos que abrirnos paso combatiendo a través de otras empalizadas, dentro del bosque, cada una de las cuales tendría que ser tomada en una operación separada.

En un consejo de guerra que Aulo y yo convocamos con todos los generales de estado mayor y todos los comandantes de regimiento, todos convinieron en que era inevitable un ataque frontal contra el fuerte central, y que debíamos estar preparados a sufrir fuertes pérdidas. Era una desgracia que las laderas delanteras de la elevación, entre el bosque y el arroyo, fuesen admirablemente adecuadas para las maniobras con los carros. Aulo recomendó un ataque en masa con una formación en diamante. La cabeza del diamante estaría compuesta de un solo regimiento que avanzaría en dos oleadas, cada oleada con soldados de a ocho en fondo. Luego seguirían dos regimientos marchando a la par, en la misma formación que el precedente; después tres regimientos marchando a la par. Esta sería la parte más ancha de la formación, y en ella irían los elefantes, como protección para cada flanco. Luego dos regimientos más y finalmente uno. La caballería y el resto de la infantería serían mantenidos en reserva. Aulo explicó que este diamante proporcionaba protección contra los ataques desde el flanco: no se podía lanzar ningún ataque contra el ataque del primer regimiento sin atraer las jabalinas de la segunda línea, ni sobre esta segunda sin atraer las de la tercera, porque

todas las líneas se superponían las unas a las otras. La tercera línea estaba protegida por los elefantes. Si se hacía un fuerte ataque con carros desde un flanco de retaguardia, se podía hacer girar los regimientos que estuviesen allí, para que se ofrecieran la misma protección mutua.

Mis comentarios respecto de este diamante fueron: que se trataba de una hermosa formación y que se la había utilizado con éxito en tales y cuales batallas —las mencioné— de la época republicana, pero que los britanos eran tan superiores a nosotros en número, que una vez que hubiésemos avanzado hacia el centro de la herradura podrían atacarnos desde otros lados al mismo tiempo, con fuerzas que no podríamos rechazar sin desorganizarnos. Era indudable que el frente del diamante quedaría separado de la retaguardia. También dije, con suma energía, que no estaba dispuesto a sufrir ni la décima parte de las bajas que se había calculado que nos costaría el ataque frontal. Vespasiano intervino con el antiguo proverbio de que no se podía hacer una tortilla sin romper los huevos, y preguntó con alguna impaciencia si me proponía reducir mis pérdidas y regresar a Francia, y en ese caso, durante cuánto tiempo esperaba conservar el respeto de los ejércitos.

—Hay muchas maneras de matar a un gato —repliqué—, aparte de la de golpearlo con una cuchara de cuerno, porque eso puede terminar con la rotura de la cuchara.

Discutieron conmigo, con el tono superior de los veteranos, tratante de impresionarme con términos técnicos militares, como si yo fuese un ignorante.

—Caballeros —estallé, furioso—, como solía decir el dios Augusto: «Es posible que un rábano no sepa griego, pero yo sí». Hace cuarenta años que vengo estudiando problemas de táctica, y en ese sentido ustedes no pueden enseñarme nada. Conozco todos los movimientos y aperturas convencionales y no convencionales del juego del ajedrez humano. Pero entiendan que no estoy en libertad de jugar el juego como quieren ustedes. Como Padre de la Patria estoy ahora en deuda con mis hijos: me niego a derrochar tres mil o cuatro mil vidas suyas en un ataque de ese tipo. Ni mi padre Druso ni mi hermano Germánico habrían soñado siquiera en hacer un ataque frontal contra una posición tan fuerte como ésta.

—¿Y qué habrían hecho tus nobles parientes, César —preguntó Geta, quizá con cierta ironía—, en un caso de este tipo?

—Habrían buscado un rodeo.

—Pero aquí no hay rodeos, César. Eso ya se ha establecido.

—Digo que lo habrían buscado.

—El flanco izquierdo del enemigo —dijo Craso Frugi— está custodiado por el rey Garza, y el derecho por la reina Espino. Se jactan de eso, según los prisioneros.

—¿Quién es ese rey Garza? —pregunté.

—El Señor de los Pantanos. Es un primo, en su mitología, de la Diosa de la Batalla. Esta se aparece con el disfraz de un cuervo y se posa en las puntas de las lanzas. Luego empuja a los vencidos hacia los pantanos y su primo el rey Garza los devora. La reina Espino es una virgen que se viste de blanco en primavera y ayuda a los soldados en el combate defendiendo sus empalizadas con sus púas. Derriban árboles espinosos, ¿sabes?, y los apilan con las espinas hacia afuera, uniendo los troncos entre sí. Eso constituye un temible obstáculo. Pero la reina Espino defiende el flanco derecho sin el derribamiento artificial de árboles. Nuestros exploradores están seguros de que todo el bosque es una maraña tan espantosa, que resulta imposible atravesarlo en ningún punto.

—Sí, César —dijo Aulo—, me temo que debemos decidir ese ataque frontal.

—Pósidés —dije de pronto—, ¿alguna vez fuiste soldado?

—Nunca, César.

—Entonces somos dos, por suerte. Supongamos ahora que quiero hacer lo imposible y llevar a nuestra caballería a través del flanco derecho del enemigo, a través de esa impenetrable maraña de espinos, ¿podrías tú comprometerte a llevar a los guardias por la izquierda, a través de ese pantano impracticable?

—Me has dado el flanco más fácil, César —respondió Pósidés—. Ocurre que hay una senda a través de la ciénaga. Habrá que atravesarla en fila de a uno, pero la senda existe. Ayer me encontré en Londres con un hombre, un oculista español viajero, que viaja por el país curando a la gente de oftalmía de pantano. Ahora está en el campamento, y dice que conoce muy bien las ciénagas y la senda, que usa para evitar la puerta de portazgo de la colina. Desde la muerte de Cimbelino han cobrado un portazgo fijo, pero un viajero tiene que pagar de acuerdo con la cantidad de dinero que lleve en el morral, y este oculista se cansó de que lo despellejaran. Por la mañana temprano siempre hay una bruma sobre el fangal, y él toma por la senda y logra deslizarse sin que lo vean. Dice que una vez que se la encuentra es fácil seguirla. Sale a unos ochocientos metros más allá de la elevación, en el comienzo de un bosque de pinos. Es probable que los britanos tengan una guardia apostada allá —Caractato es un general cuidadoso—, pero creo que ahora puedo comprometerme a desalojarlos y a llevar al otro lado del pantano a tantos hombres como quieran seguirme. Explicó su estratagema, que yo aprobé, aunque muchos de los generales enarcaron las cejas. Y luego expliqué mi plan para forzar el otro flanco, que en realidad era muy sencillo. En la concentración general sobre la formación en diamante se había pasado por alto un hecho importante: que los elefantes indios son capaces de pasar a través de la más densa espesura imaginable, y que no son detenidos por los espinos ni las zarzas. Pero a fin de no contar dos veces la mismas cosas, no hablaré más sobre el consejo de guerra y lo que se decidió en él. Me dedicaré a la narración de la batalla, que se llevó a cabo en Brentwood el siete de septiembre, fecha que ha sido memorable para mí desde hace tiempo como el día en que mi hermano Germánico derrotó a Hermann en el Weser. Si hubiese vivido ahora tendría sólo cincuenta y ocho años de edad, o sea que no sería mayor que Aulo.

Salimos de Londres por el camino de Colchester. Las guerrillas británicas mantuvieron ocupada a nuestra vanguardia, pero no hubo una seria resistencia hasta que llegamos a Romford, una aldea situada a once kilómetros de Brentwood, donde encontramos que el vado del río Rom estaba fuertemente defendido. El enemigo nos retuvo allí toda una mañana, a un costo, para él, de doscientos muertos y cien prisioneros. Nosotros sólo perdimos cincuenta, pero dos de ellos eran capitanes y uno comandante de batallón, de modo que en cierto sentido los britanos salieron ganando con el cambio. Esa tarde vimos la sierra de Brentwood y acampamos para pasar la noche a este lado del arroyo, que utilizamos como barrera de defensa.

Consulté los auspicios. Siempre se los consulta antes de la batalla, y para ello se da a las gallinas sagradas trozos de torta de legumbres y se observa cómo los comen. El mejor augurio posible es cuando las gallinas —en cuanto el sacerdote abre la puerta de la jaula— se precipitan sin un cacareo y sin batir las alas, y comen tan vorazmente que del pico les caen grandes trozos. Si se puede escuchar el sonido de éstos al caer al suelo, ello profetiza la derrota total del enemigo. Y en efecto, se nos concedió este augurio, el mejor de todos. El sacerdote no se mostró a las aves sino que, oculto conmigo detrás de jaula, abrió de pronto la puerta en el momento mismo en que yo les arrojaba la torta. Salieron precipitadamente, sin un solo cacareo, y casi despedazaron la torta, dispersando los trozos en una forma que nos encantó.

Yo había preparado lo que me pareció un discurso adecuado. Era un tanto reminiscente del estilo de Livio, pero me pareció que la importancia histórica de la ocasión lo justificaba. Decía:

*Romanos, que lengua alguna entre vosotros se agite ni voz ninguna ruja en vano, en alabanza de los días pasados como días de oro puro, y en menosprecio de la era actual —de cuyas glorias deberíamos ser denodados campeones— como la época sin gracia del yeso dorado. Los héroes griegos, ante Troya —el augusto Homero los cantó—, llevaban perpetuamente en los labios, si debemos creer en las afirmaciones del poeta, estos versos:*

*Nos jactamos de ser mejores hombres, con mucho,  
que todos nuestros antepasados que marcharon a la guerra.*

*No seáis excesivamente modestos, romanos. Llevad la cabeza en alto. Hinchad el pecho. Ante vosotros hay hoy, en formación de combate, hombres que se parecen tanto a vuestros antepasados como el águila al águila o el lobo al lobo; una raza feroz, orgullosa, nerviosa, no refinada, blandiendo armas que hace siglos han pasado de moda, conduciendo ponies de antigua raza, empleando lamentables tácticas de combate, sólo dignas de las páginas de los poetas épicos, no organizados en regimientos, sino agrupados en clanes y casas, tan seguros de la derrota en vuestras manos disciplinadas como el jabalí salvaje que inclina la cabeza y ataca al diestro cazador armado de lanza y red. Mañana, cuando se cuenten los muertos y las largas *nías* de hoscos prisioneros marchen bajo el yugo, será cosa de risa para nosotros si perdisteis la fe en el presente aunque sólo fuera por un momento, si vuestro espíritu fue enceguecido por las históricas glorias de un pasado remoto. No, camaradas, los cuerpos de esos héroes primitivos serán derribados por vuestras espadas, en el campo de batalla, tan ruda e indiscriminadamente como, hace un instante, cuando yo, vuestro general, consulté los auspicios, las gallinas sagradas lanzaron al suelo, desde sus ávidos picos, los fragmentos de la torta santificada.*

*He oído que algunos de ustedes, sin duda más perezosos que temerosos u hostiles al cumplimiento del deber, vacilaron cuando se los llamó a que participasen en esta expedición, alegando como excusa que el rey Augusto había fijado los límites del imperio romano, para siempre, en las aguas del Rin y del Canal. Si esto fuese cierto, y me comprometo a demostraros que no lo es, entonces el dios Augusto sería indigno de nuestra adoración. La misión de Roma consiste en civilizar al mundo, ¿y dónde encontraréis una raza más digna de los beneficios de la civilización que la raza británica? Nos corresponde la extraña y piadosa tarea de convertir a estos feroces contemporáneos de nuestros antepasados en fieles hijos de Roma, nuestra ilustre Ciudad y Madre. ¿Cuáles fueron las palabras que el dios Augusto escribió a mi abuela, la diosa Augusta?: «Mirando hacia el futuro puedo ver a Bretaña tan civilizada como lo es ahora Francia del sur. Y creo que los isleños, que son racialmente afines a nosotros, llegarán a ser mejores romanos de lo que jamás conseguimos hacer de los germanos... Y un día (no sonrías) es muy posible que nobles británicos ocupen sus bancas en el Senado romano».*

*Ya os habéis comportado con valentía en esta guerra. En dos ocasiones infligisteis resonantes derrotas al enemigo. Habéis matado al rey Togodumno, mi enemigo, y vengado sus insultos. Esta tercera vez no podéis fracasar. Vuestras fuerzas son más poderosas que nunca, vuestro valor más alto, vuestros filas más unidas. Vosotros, no menos que el enemigo, defendéis vuestros hogares y los sagrados templos de vuestros dioses. El soldado romano, sea su*

*campo de batalla las heladas rocas del Cáucaso, las quemantes arenas del desierto, más allá del Atlas, los húmedos bosques de Germania o los herbosos campos de Bretaña, jamás olvida la hermosa ciudad que le da su nombre, su valor y su sentido del deber.*

Había compuesto varios párrafos más en esta misma vena elevada, pero,—cosa extraña, no pronuncié una sola palabra del discurso. Cuando subí a la plataforma del tribunal y los capitanes gritaron al unísono: «¡Salud, César Augusto, Padre de nuestra Patria, nuestro emperador!», y los soldados repitieron el grito con atronador aplauso, casi me derrumbé. El bonito discurso se me fue de la cabeza y sólo pude extender la mano hacia ellos y, con los ojos arrasados de lágrimas, barbotar:

—Está bien, muchachos. Las gallinas dicen que todo irá bien, y les hemos preparado una gran sorpresa y les daremos tal paliza que no la olvidarán mientras vivan... No me refiero a las gallinas, sino a los británicos. —Tremendas carcajadas, a las que me pareció mejor incorporarme, como si el chiste hubiese sido intencional—. Dejen de reírse de mí, muchachos —exclamé—. ¿No se acuerdan de lo que le sucedió al chiquillo negro del cuento egipcio, que se rió de su padre cuanto éste dijo la oración de la tarde confundíendola con la de la mañana? Se lo comió el cocodrilo; de manera que tengan cuidado. Bien, ya estoy convirtiéndome en un viejo, pero este en el momento más orgulloso de mi vida, y ojalá mi pobre hermano Germánico estuviese aquí para compartirlo conmigo. ¿Alguno de ustedes se acuerda de mi gran hermano? No muchos, quizá, porque murió hace veinticuatro años. Pero todos habrán oído hablar de él como del más grande general que tuvo Roma. Mañana es el aniversario de la magnética derrota que infligió a Hermann, el caudillo germano, y quiero que lo celebren dignamente. El santo y seña de esta noche es ¡Germánico!, y el grito de guerra mañana será ¡Germánico!, y creo que si gritan el nombre con bastante fuerza, lo escuchará en el Mundo Inferior y sabrá que lo recuerdan los regimientos que amó y dirigió tan bien. Le hará olvidar el desdichado destino que tuvo... Murió envenenado, en la cama, como sabrán. El Vigésimo regimiento tendrá el honor de encabezar el ataque; Germánico siempre dijo que si bien en el cuartel el Vigésimo era el regimiento más insubordinado, más borracho y más pendenciero de todo el ejército regular, en el campo de batalla eran leones. Hombres del Segundo y el Decimocuarto: Germánico los llamó la Columna Vertebral del Ejército. El deber de ustedes mañana será el de sostener a los aliados franceses, que actuarán como las costillas del ejército. El noveno vendrá el último, porque Germánico solía decir que el Noveno era el regimiento más lento del ejército, pero también el más seguro. A los guardias se les asigna una tarea especial. Cuando no están de servicio lo pasan mejor que nadie y tienen la mejor paga, de forma que es justo que las demás tropas les den la tarea más peligrosa y desagradable. Esto es todo lo que tengo que decir por ahora. ¡Sean buenos muchachos, duerman bien y conquisten mañana la gratitud de su padre!

Me ovacionaron hasta enronquecer, y entonces supe que Polio tenía razón y que Livio se había equivocado. Un buen general no puede pronunciar un discurso estudiado en vísperas de un combate, aunque ya lo tenga preparado, porque sus labios dirán inevitablemente lo que el corazón le dicte. Un efecto de este discurso —que según se convendrá parece pobrísimo en comparación con el otro— fue el de que, desde que lo pronuncié, el Noveno ha sido conocido familiarmente, no como el «Noveno Español» (su título completo), sino como el «Noveno Caracol». También el Vigésimo, cuyo título completo es «El Conquistador Vigésimo de Valeriano», es conocido por los otros regimientos con el mote de «Leones Borrachos», y cuando un hombre del Decimocuarto

saluda a uno del Segundo se espera que lo hagan llamándose «Camarada Columna Vertebral». A los auxiliares franceses se los denomina ahora «Las Costillas».

Una leve bruna cayó sobre el campamento, pero poco después de medianoche salió la luna, cosa que resultaba muy útil. Si el tiempo hubiese estado nublado, no habríamos podido atravesar los pantanos. Dormí hasta medianoche y luego Pósidés me despertó y me entregó una vela y una llameante rama de pino de la hoguera del campamento. Encendí la vela con la rama y recé a la ninfa Egeria. Es una diosa de la Profecía, y en los tiempos antiguos el buen rey Numa solía consultarla en todas las ocasiones. Era la primera vez que llevaba a cabo esa ceremonia de familia, pero mi hermano Germánico y mi tío Tiberio y mi padre y mi abuelo y mi bisabuelo y todos los antepasados suyos la habían efectuado un día antes de un combate. Y si estaban predestinados a lograr la victoria, la ninfa les daba invariablemente la misma señal favorable. Aunque fuese la noche más tranquila que se pudiera imaginar, en cuanto se habían pronunciado las últimas palabras de la oración, la luz se apagaba de pronto, como si la vela hubiese sido despabilada por dos dedos.

Nunca estuve seguro de si debía creer en ese misterio o no. Me parecía que quizá se debiera a causas naturales: un golpe de viento, un defecto en el pábilo o incluso un suspiro involuntario por parte del oficiante. No se podía esperar que la ninfa Egeria abandonara su bosque natal junto al lago Nemi y volara en cualquier momento a Germania o a España del Norte o al Tirol —los países en los que, según se dice, ha tenido la bondad de ofrecer el signo acostumbrado—, obedeciendo el rezo de un Claudio. Por lo tanto coloqué la vela encendida en el extremo más lejano de mi tienda, protegida de cualquier ráfaga de viento que pudiera entrar por la abertura, y luego, alejándome diez pasos, le hablé a Egeria con tono solemne. Fue una oración breve, en dialecto sabino. El texto había sido groseramente mutilado por la tradición oral, porque el sabino, que había sido el idioma patricio primitivo, había caído en desuso, en Roma, desde hacía tiempo. Pero yo lo estudié en el curso de mis estudios históricos y pude recitar la oración en algo parecido a su forma primitiva. Y en efecto, apenas había pronunciado la última palabra cuando la vela se apagó de pronto, mientras la miraba. De inmediato volví a encenderla, para ver si se trataba de un defecto del pábilo, o si Pósidés había manipulado la cera. Pero no, volvió a arder vivamente y continuó ardiendo hasta que el pábilo cayó en un charquito de cera no mayor que una moneda pequeña. Esta es una de las poquísimas experiencias místicas auténticas que me han sucedido en una larga vida. No poseo grandes dones para eso. Por otra parte, mi hermano Germánico era constantemente obsesionado por visiones y apariciones. En una u otra ocasión se había encontrado con la mayoría de los semidioses, ninfas y monstruos celebrados por los profetas, y en su visita a Troya, cuando era gobernador de Asia, se le concedió una espléndida visión de la diosa Cibele, que adoraban nuestros antepasados troyanos.

## Capítulo 20

Aulo entró corriendo, ansioso.

—Nuestros puestos avanzados informan que el enemigo se retira del Weald Brook, César. ¿Qué hacemos? Sugiero enviar un regimiento en el acto. No sé cuáles serán los planes del enemigo, pero de cualquier manera mañana tenemos que cruzar el arroyo, y si han preferido abandonarlo sin lucha, eso nos ahorrará tiempo y hombres.

—Envía el Novelo, Aulo. Dale los materiales para construir puentes. Mañana no tendrán que combatir tanto como los demás, de modo que no necesitan dormir tanto. Espléndida noticia. Hay que mandar exploradores más adelante, para que se pongan en contacto con el enemigo e informen en cuanto éste se haya acantonado.

El Noveno fue despertado de prisa y enviado al otro lado del Weald Brook. Luego mandaron un mensaje diciendo que el enemigo se había retirado hacia la mitad del puente, que habían colocado veinte puentes de tabloncillos sobre el arroyo y que esperaban nuevas órdenes.

—Es hora de que los guardias se pongan en marcha —dijo Pósidés.

—¿Te parece que el oculista es digno de confianza? —le pregunté.

—Yo iré con él, César —respondió Pósidés—. Es mi plan y, con tu permiso, si fracasa no tengo la intención de sobrevivir.

—Muy bien. Dale la orden de partir dentro de cinco minutos.

Me besó la mano, le di una palmadita en la espalda y salió. Unos minutos después vi cómo la primera compañía de guardias salía silenciosamente por la puerta oriental del campamento. Se les ordenó que no marcaran el paso, de manera que las medidas pisadas no fuesen escuchadas por los puestos avanzados enemigos, y sus armas fueron envueltas en trapos, para que no tintinearan. Cada hombre tenía el escudo echado a la espalda y un gran círculo de tiza dibujado en él. Esto era para que pudieran mantenerse en contacto entre sí, en la oscuridad, sin necesidad de llamarse a gritos. Los círculos blancos se veían bien; Aulo había observado que los ciervos se siguen en los bosques, a oscuras, guiándose por el brillo de las manchas blancas que tienen en la grupa. El oculista los condujo a lo largo de cinco o seis kilómetros de tosco terreno cenagoso, hasta llegar al pantano propiamente dicho. Hedía, y los fuegos fatuos lo cruzaban de un lado a otro, y para llegar al comienzo de la senda secreta los guardias tuvieron que vadear detrás del guía, hundidos hasta los muslos en un viscoso estanque lleno de sanguijuelas. Pero el oculista no cometió ningún error. Encontró la senda y se mantuvo en ella.

Un puesto avanzado británico había sido ubicado en un bosquecillo de pinos, en el extremo más alejado, y cuando salió la luna los centinelas vieron un espectáculo y escucharon un sonido que les llenó el corazón de la más absoluta congoja. Un enorme pájaro, de gran pico resplandeciente, enorme cuerpo gris y patas de cinco metros de alto se elevó de pronto a través de la bruma, a tiro de jabalina, y se acercó a ellos, deteniéndose de vez en cuando para lanzar un ronco graznido, aletear, acicalarse las plumas con su espantoso pico y volver a graznar. ¡El rey Garza! Se acurrucaron en sus vivaques, en la esperanza de que la aparición desapareciera, pero el pájaro se fue acercando con lentitud. Al cabo pareció advertir la fogata del campamento. Moviéndose la cabeza, iracundo, y corrió hacia ellos, con las alas extendidas, graznando cada vez con



más fuerza. Los hombres se pusieron de pie de un salto y corrieron para salvar sus vidas. El rey Garza los persiguió a través del bosquecillo, con aterradoras carcajadas, y luego se volvió y paseó con lentitud a lo largo del pantano, graznando sordamente a intervalos. Por si se imaginan que en verdad era el rey Garza quien había llegado a asustarlos —puesto que si Egeria podía aparecerse tan extrañamente, ¿por qué no el rey Garza?—, tengo que explicar la estratagema. El rey Garza era un soldado francés de los grandes pantanos que se encuentran al este de Marsella, donde los campesinos están acostumbrados a andar con grandes zancos, como una forma de flanquear las partes cenagosas demasiado extensas para trasponerlas de un salto. Pósidés había colocado a ese hombre dentro de una cesta de mimbre construida en forma del cuerpo de un pájaro, que luego cubrió con tela de mantas. Le unió a los brazos alas de mimbre cubiertas con la misma tela. La cabeza y el pico fueron improvisados con listones recubiertos y adheridos a la cabeza; podía moverlos moviendo el cuello. El pico fue pintado con fósforo. El graznido se improvisó con un ingenioso tubo de agua que llevaba en la boca. El soldado conocía las costumbres de las garzas e imitó su marcha por medio de los zancos, firmemente atados a los pies. El oculista los condujo, a él y a Pósidés, por el sendero, hasta que se pudo distinguir el oscuro contorno del bosquecillo. Los guardias los seguían 200 metros más atrás, y Pósidés les envió un mensaje para que se detuvieran. Esperó hasta que vio al pájaro paseándose otra vez delante del bosquecillo, y entonces supo que la artimaña había tenido éxito. Corrió hacia atrás y dijo a los guardias que el enemigo se había retirado; se lanzaron hacia adelante y ocuparon el bosquecillo. Ocho mil hombres, en fila de a uno, necesitaban mucho tiempo para pasar por un lugar determinado, y ellos tardaran cinco horas en el cruce, y para entonces ya había nacido el alba, pero la bruma no se había levantado, de modo que no se los vio desde la colina.

Una hora antes del alba hice un sacrificio a Marte y luego desayuné con mi estado mayor, y tomamos algunas otras disposiciones en punto a lo que debíamos hacer si no todas las cosas salían de acuerdo con el plan. Pero ahora ya sabíamos que la mayoría de los guardias debían de encontrarse en la posición fijada —porque era indudable que no había habido interrupción alguna de su avance a través del pantano—, y nos sentimos confiados en la victoria. Geta estaba ausente; se había llevado un batallón del Octavo regimiento (olvidé mencionar este batallón como parte de nuestros refuerzos) con la caballería, los bátavos y los elefantes, a una posición ubicada a cuatro kilómetros, sobre nuestro flanco izquierdo. Mi yerno, el joven Pompeyo, también se encontraba ausente. Le había confiado el mando de los nubios y de los honderos baleares, a quienes se llevó al otro lado del Weald Brook. Los baleares llevaban rollos de cuerdas, estacas de tiendas y mazos de campamento. Los nubios, tambores nativos y sus largas lanzas blancas.

Fue un magnífico desayuno, y todos bebimos la cantidad adecuada de vino —lo suficiente como para sentirnos satisfechos pero no lo bastante como para que nos infundiera osadía—, y en los intervalos de la discusión nos intercambiamos muchas bromas. En su mayor parte se trataba de ingeniosidades referentes a los camellos, que en esos momentos, ocupaban gran parte de nuestros pensamientos. Mi contribución fue una cita de una carta de Herodes Agripa a mi madre: «El camello es una de las siete maravillas de la naturaleza; comparte este honor con el Eco, el Cuclillo, el Negro, el Volcán y el Siroco. Pero es la primera y la más grande de las siete».

Di la orden de que el ejército avanzara a sus posiciones más allá del Weald Brook. Las trompas, en masa, tocaron una llamada que podía oírse a varios kilómetros de distancia. Fue contestada con un gran estrépito de cuernos de guerra y gritos en la colina. Eso me proporcionó una repentina sacudida. Aunque, por supuesto, sabía que las batallas no pueden librarse sin un enemigo, me había pasado toda la noche pensando en

esa batalla como en un diagrama sobre un mapa, un silencioso asunto de cuadrados y rectángulos que se empujaban suavemente de un lado a otro, los rectángulos y cuadrados romanos dibujados en negro, los británicos en blanco. Cuando tocaron las trompetas y los cuernos, tuve que traducir el diagrama en términos de hombres, caballos, carros y elefantes. No había dormido desde la medianoche, y supongo que mi rostro y mis gestos traicionaban la tensión bajo la que me encontraba, porque Jenofonte llegó a sugerir que descansara unos minutos, después del desayuno, y sólo saliera cuando todos los regimientos se encontrasen en posición. Aunque no era esencial que yo esperase junto al arroyo, ¡me puse mi armadura imperial y mi capa de púrpura para saludar a cada regimiento a medida que llegaba y ver cómo cruzaba! Si Jenofonte hubiese susurrado siquiera la palabra «masaje», creo que lo habría matado.

Cabalgué hasta el arroyo en una segura yegua vieja, nada menos que Penélope, la viuda del ex ciudadano y posible cónsul Incitato, que recientemente se había quebrado una pata en la pista de carreras y tuvo que ser sacrificado. La bruma era allí bastante espesa. ¡Apenas se veía a quince pasos, y qué espantoso hedor de camellos! Quizás, en una u otra ocasión, usted ha pasado por un campo en el que había suelto un viejo macho cabrío. En momentos comunes el viento y el sol se llevan la mayor parte del olor, pero la bruma parece absorberlo y retenerlo, de modo que se habría sentido asombrado por la fetidez del aire. Eran camellos machos que había importado para los espectáculos del circo —los camellos hembra son demasiado costosos—, y apestaban intensamente. Si hay algo que los caballos odian, es el olor del camello, pero como nuestra caballería estaba muy lejos, en el flanco, eso no nos afectaba, y Penélope estaba habituada al olor del circo. No hubo confusión alguna en el cruce del arroyo, y a pesar de la bruma los regimientos formaron al otro lado en perfecto orden. Un regimiento disciplinado puede ejecutar complicadísimos movimientos en la oscuridad más absoluta; los guardias practican a menudo de noche en el Campo de Marte.

Y ahora quiero que vean la batalla como la vieron los britanos, porque de ese modo podrán apreciar mejor mi plan de ataque. La mejor infantería británica defiende los tres fuertes, cada uno de los cuales tiene una puerta para las salidas y una avenida que se interna hacia atrás, a través del bosque, en los terrenos abiertos. Los fuertes están unidos entre sí por una sólida empalizada que recubre todo el semicírculo del bosque, y éste está tan lleno de britanos, que no es posible lograr ventaja alguna atacando la empalizada en un punto situado entre dos fuertes. Antes del alba la puerta de salida se abre y aparece una división de carros de guerra. Está mandada por Catigerno, el cuñado de Caractato, rey de los innovantes. Otra división sale del fuerte del flanco derecho británico. Está dirigida por el propio Caractato. Las dos divisiones forman a ambos lados del fuerte central. Caractato está furioso y reprocha a Catigerno porque se le acaba de informar que la infantería trinovante apostada en el Weald Brook se ha retirado durante la noche. Catigerno se enfurece porque se le habla de ese modo delante de toda su tribu. Le pregunta a Caractato, con altanería, si acusa a los trinovantes de cobardía. Caractato quiere saber qué excusa tienen para abandonar sus puestos. Catigerno explica que se han retirado por motivos religiosos. Su comandante tosía violentamente debido a la neblina, y de pronto comenzó a toser con sangre. Los soldados los consideraron un signo infortunado, y el respeto hacia la ninfa del arroyo no les permitió quedarse. Por tanto ofrecieron un sacrificio propiciatorio —los dos ponies del jefe— y se retiraron. Caractato tiene que aceptar esta explicación, pero no oculta su desagrado. Todavía no está enterado de la retirada del otro puesto avanzado, el del bosquecillo de al lado del pantano, pero ha oído alarmantes rumores de la aparición del rey Garza en ese sector. El rey Garza no había sido visto desde tiempos legendarios. Entonces se escuchan nuestras

trompetas y los británicos replican con cuernos y gritos. Los exploradores británicos llegan corriendo para informar que el enemigo cruza el arroyo con todas sus fuerzas.

Ha llegado el alba, y todo el semicírculo del bosque se destaca con claridad, con el terreno abierto escalonándose hacia el arroyo, pero más allá de los trescientos o cuatrocientos metros el campo de visión está oscurecido por la bruma. Caractato no puede decir todavía en qué dirección se desarrollará el ataque romano. Envía más exploradores para que le informen. Estos vuelven corriendo al cabo de veinte minutos, con la información de que el enemigo avanza finalmente. Llegan por la carretera del centro, en formación masiva. Caractato lleva su división de carros hacia el flanco derecho y espera ansiosamente que aparezcan entre la bruma las primeras compañías romanas. Se acerca un britano con un informe de que antes de que los carros salieran del bosque se oyó entre la neblina un sonido apagado de martilleo, como si los soldados romanos clavaran estacas de tiendas, y que un pelotón que fue a investigar el ruido no había regresado. Caractato responde:

—Las estacas de tiendas no pueden hacernos daño.

Al cabo se pueden escuchar las pisadas y el estrépito de nuestros regimientos que se acercan, y los gritos de los oficiales. La primera compañía del Vigésimo, que va a la cabeza, aparece vagamente entre la bruma. Los britanos aúllan en desafío. Catigerno hace girar su división hacia la izquierda. Los romanos se detienen de pronto. Se presencia un curioso espectáculo. Una compañía de animales inmensamente altos, de largo cuello, con jorobas en el lomo, trotan de un lado a otro, entra y sale de la bruma, en el flanco que se le ha ordenado a Catigerno que ataque. Los britanos se alarman ante la visión y mascullan encantamientos contra la magia. Catigerno debería estar atacando, pero no está seguro de si el avance de los romanos no es más que una finta, porque todavía se ven sólo quinientos hombres. Es indudable que el ataque principal se realiza en otra parte. Espera. Caractato envía un mensajero montado, ordenándole que ataque sin demora. Catigerno da la señal de avanzar. Y entonces sucede algo extraño. En cuanto la columna de carros de guerra penetra en la bruma donde han sido vistos los animales, los ponies enloquecen. Relinchan, corcovean, bufan, retroceden, y resulta imposible obligarlos a avanzar un paso más. Es indudablemente una bruma mágica. Tiene un olor peculiar y aterrador.

Mientras la división de Catigerno está sumida en la confusión, los ponies haciendo cabriolas y lanzando coces, y los conductores de los carros gritando, maldiciendo y tratando de dominarlos, suenan las trompetas y dos batallones del Vigésimo, seguidos por dos batallones del Segundo, salen de pronto de la neblina y se lanzan contra ellos. «¡Germánico! ¡Germánico!», gritan. Lluvia tras lluvia de jabalinas vuelan de sus manos. Caractato desata entonces su propio ataque. Su división no es afectada por el hechizo y, con tres mil hombres, cae sobre el flanco de la masa romana, que parece no contar con una protección de flanco. Pero este flanco está protegido por un hechizo mucho más potente que una bruma pestilente. La columna avanza a toda velocidad y está ya a tiro de jabalina, cuando de pronto estallan seis terribles truenos y seis relámpagos simultáneos. Bolas de pez ardiente surcan el aire. La aterrorizada columna gira hacia la derecha, mientras una lluvia de proyectiles de plomo los persigue, lanzada por los honderos baleares apostados detrás de los truenos y los rayos. Los conductores de los carros caen a derecha e izquierda; como tienen las riendas fuertemente atadas a la cintura, esto provoca el destrozo de gran cantidad de carros. La columna está casi fuera de control, pero Caractato logra volver a dominarla. Quiere atacar la retaguardia romana, que ahora se distingue con claridad porque una leve brisa empuja la bruma hacia el otro lado. Pero se produce una catástrofe. En el momento en que la columna, que ha perdido su formación y se precipita hacia adelante como una masa desordenada,

llega cerca de las tropas romanas, carro tras carro comienzan a derrumbarse como detenidos por un poder invisible. Los carros de atrás están tan apiñados, y el ímpetu de la carrera colina abajo es tan grande, que nadie puede tirar de las riendas o girar sin chocar con el vecino. La masa carga ciegamente y el destrozo de adelante se hace cada vez mayor. Sobre el estruendo de los carros astillados, los gritos y los gemidos, se eleva un espantoso ruido de tambores y aparece una horda de altos hombres negros, desnudos, blandiendo lanzas blancas. Se precipitan sobre los restos de la catástrofe, y sus largas lanzas se hunden aquí y allá, entre los hombres caídos. Ríen y cantan y gritan, y ningún britano se atreve a defenderse de ellos, porque los confunde con espíritus malignos. Caractato escapa de la matanza. Su carro fue de los primeros en volcar, pero al caer fue despedido de él. Corre hacia la derecha, tropezando con la tensa cuerda de tiendas, estaqueada a la altura de la rodilla entre los altos pastos. La última sección de la columna, belgas del país del oeste, ha advertido a tiempo lo que sucede adelante. Quientos de sus carros consiguen eludir el desastre girando hacia la derecha. Luego Caractato los llama y es salvado. El resto de la división está perdido, porque el Decimocuarto ha llevado dos batallones por la retaguardia y dos batallones del Noveno corren oblicuamente hacia adelante para ayudar a los nubios.

Caractato conduce los carros de vuelta colina arriba y ordena al comandante belga que vaya en ayuda de Catigerno, en el otro flanco. El mismo se dirige hacia el fuerte central, porque advierte que la puerta de salida está abierta, y quiere saber por qué. Entra y encuentra que la guarnición ha desaparecido. Entretanto Catigerno combate valientemente a la cabeza de una fuerza de conductores de carros desmontados, apoyados por hombres de infantería que han llegado del bosque en su ayuda. Está herido. Sus carros han desaparecido. Su hermano ha encabezado la huida al fuerte central, a través de la avenida y del bosque. La guarnición del fuerte lo ha seguido. El Vigésimo y el Segundo nuestros empujan gradualmente a los hombres de Catigerno, manteniendo su formación mientras avanzan. Caractato, volviendo de la puerta de salida, oye el ruido de los carros que corren hacia él; es la sección belga, que ahora también huye. Trata de detenerlos, pero se niegan a escucharlo; y viendo que la batalla está perdida, hace girar su carro y lanza dos largos toques en su cuerno de marfil, como señal para una retirada general. Espera alcanzar a los fugitivos y reunirlos unos kilómetros más adelante, en el camino de Colchester. Oye el sonido de las trompetas romanas y cuando su carro sale del bosque, al otro lado, ve ocho batallones de regulares romanos avanzando hacia él desde la derecha. Y a la izquierda ve elefantes y caballería romana saliendo del bosque y cargando hacia él. Le grita a su conductor que fustigue a los caballos. Logra escapar.

Ido Caractato, la batalla ha terminado. Los guardias cortan la retirada británica del bosque y la infantería que permanece en él presenta muy poca lucha. Se envía a la caballería por la avenida para capturar el fuerte de la derecha británica, pero a mitad de camino se encuentra con una partida de lanceros británicos. Estos tuvieron la presencia de ánimo de cortar las cuerdas, soltando una especie de rastrillo que cayó sobre la avenida, impidiendo el avance. Las tres avenidas tenían una serie de esos rastrillos, cada uno conectado con empalizadas a cada lado, pero ese era el único que se había usado. Para cuando la caballería demolió ese obstáculo, el grupo británico en retirada había soltado otro rastrillo y corrido a prevenir a la guarnición del fuerte que todo estaba perdido. La guarnición huyó hacia el oeste y se puso a salvo. El otro fuerte se rindió una hora más tarde; para entonces Catigerno había sido gravemente herido y quebrada la resistencia de sus hombres.

Tomamos 8.000 prisioneros y contamos 4.700 cadáveres en el campo de batalla. Nuestras propias pérdidas fueron in significantes: 380 muertos, 600 heridos, de los

cuales sólo 150 quedaron incapacitados para seguir luchando. Nuestra caballería y elefantes fueron enviados en dirección a Colchester, para impedir que los fugitivos se reagruparan en la carretera. Alcanzaron a Caractato en Chelmsford, donde trataba de organizar la defensa del río Chelmer. La visión de los elefantes fue suficiente para hacer que los británicos se dispersaran en todas direcciones. Caractato volvió a escapar. Esta vez abandonó toda esperanza de salvar a Colchester. Con una fuerza de 200 carros de su propia tribu se dirigió hacia el oeste y desapareció de la escena. Iba a pedir protección a sus aliados, los hombres de Gales del sur.

Apilamos una montaña de trofeos en el campo de batalla, de carros rotos y armas, y la quemamos como una ofrenda de agradecimiento a Marte. Esa noche acampamos en el extremo más lejano del bosque. Los hombres habían estado vagando de un lado a otro, en busca de botín. Encontraron en abundancia cadenas de oro y pectorales esmaltados. Yo había dictado estrictas órdenes prohibiendo la violación de las mujeres capturadas—porque cientos de mujeres habían combatido en los bosques, al lado de sus esposos—y tres hombres del Decimocuarto fueron ejecutados esa noche por desobedecerme. Cuando cayó la noche sentí la reacción posterior a la victoria, y durante la cena con mi estado mayor fui presa, de repente, del más doloroso ataque de calambre estomacal, «la pasión cardíaca», como la llaman. Fue como si me clavaran cien espadas juntas en las entrañas, y lancé un espantoso gemido que hizo que todos los presentes pensaran que había sido envenenado. Jenofonte corrió en mi ayuda y cortó de prisa las correas de mi coselete, con un cuchillo de trinchar. Se arrodilló ante mí y comenzó a masajearme el estómago con ambas manos, mientras yo continuaba gimiendo y bramando, incapaz de contenerme. Al cabo dominó el calambre, y me hizo envolver en mantas calientes y llevar a la cama, donde pasé la noche más miserable de mi vida. Pero lo más extraordinario de mi victoria fue en verdad la medicina que me curó. Para cuando llegamos a Colchester, tres días más tarde, estaba otra vez bien. Viajé a lomo de elefante, como un príncipe indio.

Cerca de Colchester nos salió al encuentro la avanzada de un ejército amigo. Eras los icenios, que se habían levantado en nuestro apoyo el día en que se enteraron de mi llegada a Londres. Juntos atacamos la ciudad, que fue valientemente defendida por unos cuantos ancianos y mujeres. Allí juré honorable alianza con el rey de los icenios, el rey de Kent del este y el de Sussex del este, en reconocimiento a su ayuda en la campaña. Al resto del imperio de Caractato lo declaré formalmente provincia romana, bajo la gobernación de Aulo, y pronto recibí el homenaje de todos sus reyezuelos y jefes, incluso los jefes de Kent que se habían ocultado en el Weald. Después de eso decidí que había hecho todo lo que fui a hacer en Bretaña. Me despedí de Aulo y su ejército, y volví a Richborough con los guardias, los elefantes y los quinientos voluntarios que habían zarpado de Ostia pero llegado demasiado tarde para la batalla. Embarcamos en nuestros transportes y cruzamos a Francia sin incidentes. Había estado en Bretaña nada más que dieciséis días.

Mi única pena era quizás una pena desagradecida. Durante todo el combate estuve con el Noveno, y, sintiéndome muy valiente en el momento en que sus dos batallones se adelantaron para ayudar a los nubios, galopé excitado, a la cabeza de ellos, para incorporarme a la lucha. Pero cambié de idea; no quería mezclarme a los nubios, que a veces, en mitad del combate, confundían a amigos con enemigos. Hice girar a Penélope detrás de ellos, y me detuve en el flanco. Allí vi al jefe británico retroceder entre mi caballo y la maraña de carros rotos y caballos que coceaban. Desenvainé mi espada y espolee mi caballo para perseguirlo. Estaba casi sobre él cuando apareció un gran cuerpo de carros y tuve que volverme al galope. Ahora sé que ese jefe era Caractato. ¡Pensar que por pocos segundos no pude librar un combate contra él! Como yo tenía un

caballo y una espada, y él ninguna de las dos cosas, me habría sido muy fácil poder matarlo. Y si lo hubiese hecho, ¡qué gloria inmortal habría conquistado! Sólo dos generales romanos mataron alguna vez, en la historia, a un comandante enemigo, despojándolo luego de sus armas.

# Capítulo 21

A fin de que se le conceda un triunfo total como recompensa por la victoria contra los enemigos de su país, un general romano tiene que cumplir con ciertas condiciones exigidas por antiguas costumbres. En primer lugar, tiene que haber llegado al rango de cónsul o de magistrado de primera clase, y ser el comandante en jefe oficial de las fuerzas victoriosas, y no un comandante o teniente cualquiera. Y como comandante en jefe debe haber consultado personalmente los auspicios antes de la batalla. Luego tiene que haberse enfrentado con un enemigo extranjero, y no con ciudadanos rebeldes; y la guerra tiene que haberse librado, no para la recuperación de territorios otrora pertenecientes a Roma, sino para la ampliación de la soberanía romana sobre nuevos territorios. Además tiene que haber infligido al enemigo una derrota decisiva en una batalla que haya terminado con la campaña, haber matado por lo menos a 5.000 enemigos y las pérdidas romanas haber sido relativamente pequeñas. Por último la victoria debe ser tan completa, que pueda retirar sus tropas sin perjuicio para la conquista, y llevarlas de vuelta a Roma para que participen en el triunfo.

El permiso para celebrar un triunfo es concedido por el Senado, pero siempre después de apasionadas y prolongadas deliberaciones. Por lo general los senadores se reúnen en el templo de Belona, en las afueras de la ciudad, para examinar el despacho adornado de laureles que envía el general, y si tienen motivos para suponer que sus pretensiones son infundadas o exageradas, lo mandan a buscar para que las confirme. Pero si deciden que en verdad ha conquistado una notable victoria, proclaman un día de acción de gracias público y piden al pueblo de Roma permiso formal para que el ejército victorioso entre en la ciudad el día del triunfo. El Senado cuenta con poderes discrecionales para pasar por alto algunas de las condiciones necesarias para el triunfo, si la victoria le parece tener suficientes méritos generales. Eso es justo, pero lamento tener que opinar que por lo menos sesenta o setenta triunfos de los 315 que se celebraron desde la época de Rómulo no merecieron ser celebrados, en tanto que, por otra parte, a muchos buenos generales se los despojó de triunfos merecidos debido a la rencorosa influencia de sus rivales en el Senado. Pero si sus enemigos o un simple tecnicismo han escamoteado ese honor a un general, habitualmente celebra el triunfo, en forma extraoficial, en el monte Albano, fuera de la ciudad, y toda la ciudad concurre a él, de modo que casi es un verdadero triunfo. Sólo que no puede ser registrado como tal en los anales de la ciudad, ni después de su muerte se puede usar su máscara funeraria junto con la vestimenta triunfal. Los dos triunfos más deshonorosos que jamás hayan sido presenciados en Roma fueron quizá los de Julio César sobre los hijos de Pompeyo el Grande, su pariente, y el celebrado por un antepasado mío, cierto Appio Claudio, a pesar de la negativa del Senado y del Pueblo a concederle el honor. Indujo a su hermana, una virgen vestal, a sentarse en su carro triunfal, de modo que los funcionarios de la ciudad no se atrevieron a sacarlo de él, por temor a ofender la santidad de ella.

Cuando envié mi despacho y solicité un triunfo, se sabía que me lo concederían, porque nadie se atrevería a oponerse a mis afirmaciones, incluso aunque hubiesen sido en todo sentido infundadas... Tan infundadas como las de Calígula cuando celebró su triple triunfo sobre Germania, Bretaña y Neptuno. Marchó unos kilómetros hacia el

interior de Germania, no encontró resistencia alguna, fue presa de terrores creados por su imaginación y huyó; jamás cruzó el canal para internarse en Bretaña ni envió allí sus tropas; y en cuanto a Neptuno, lo más bondadoso que se puede decir al respecto es que no se pueden conceder triunfos por victorias, reales o supuestas, sobre los dioses nacionales. Pero yo estaba ansioso por observar las normas, y por lo tanto declaré en mi despacho que la cantidad de britanos muertos durante mi conducción personal de la campaña había sido de 300 menos que los 5.000 exigidos, pero que los prisioneros eran quizá lo bastante numerosos para constituir una compensación, y que la agradable brevedad de nuestra lista de bajas podría quizá pesar también en la decisión del Senado, si se avenía a hacer caso omiso, por una vez, de esa condición. Si se me concedía el triunfo me comprometía a hacer que 600 prisioneros entablasen un combate a muerte en el circo, para elevar de este modo los enemigos muertos a la cifra de 5.000. Escribí que no podía volver a Roma antes de marzo, porque Aulo necesitaría ese invierno a toda la fuerza expedicionaria para acostumar a los británicos a nuestra presencia permanente en la isla. Y que aun entonces no podía dejar la isla indefensa, porque las tribus hasta entonces no dominadas de la frontera la invadirían. Pero podía llevar las tropas que habían participado en forma activa en la batalla final, a saber: el Vigésimo regimiento, cuatro batallones del Decimocuarto, dos del Noveno, dos del Segundo, uno del Octavo y algunas tropas aliadas... si eso bastaba para satisfacerles. Entretanto, de acuerdo con la antigua costumbre, no volvería a la ciudad (que Vitelio continuaría gobernando, con su colaboración, como mi representante). Me quedaría en Francia, con cuartel general en Lyon, atendiendo casos de apelación, solucionando disputas entre tribus o ciudades, revistando a las tropas, inspeccionando defensas, revisando las cuentas de los distintos departamentos y cuidando de que mi edicto de supresión total de la orden druídica fuese estrictamente obedecido.

El despacho fue bien recibido y el Senado pasó bondadosamente por alto la causa de los 5.000 muertos; pidió al Pueblo permiso para que yo entrase con mi ejército en la ciudad, y el Pueblo lo concedió gustoso. El Senado me votó 500.000 piezas de oro del dinero público para las celebraciones de mi triunfo, y se fijó la fecha para el día de Año Nuevo, el primero de marzo.

Mi gira por Francia no fue señalada por ningún acontecimiento de interés, si bien tomé ciertas importantes decisiones en cuanto a la ampliación de la ciudadanía romana. No perderé tiempo en registrar mis impresiones acerca del país. A intervalos regulares llegaban despachos de Aulo, informando sobre la ocupación de varios baluartes catuvelaunos, detallando la distribución de sus tropas y enviando, para mi aprobación, un plan de la campaña de la primavera siguiente, después del regreso de las tropas del triunfo. Recibí muchas cartas de felicitación de los gobernadores de provincias, reyes y ciudades aliados y amigos personales. Marso me escribió desde Antioquia diciéndome que mi victoria había sido muy oportuna. Había provocado gran impresión en Oriente, donde enemigos ocultos hacían circular rumores respecto de la decadencia de Roma y del inminente derrumbe de su imperio, produciendo un inquietante efecto sobre los sirios. Pero no era en modo alguno todo lo que Marso tenía que decirme. Me informaba de la reciente muerte del anciano rey de Partía —aquel a quien Vitelio había sorprendido durante el reinado de Calígula, cuando estaba a punto de invadir Siria, y obligado a entregar importantes rehenes como garantía de su buena conducta futura— y del acceso al trono de su hijo Gotarzes, un príncipe indolente y libertino, con muchos enemigos entre los nobles. Me escribía:

*Pero este Gotarzes tiene un hermano, Bardanes, un príncipe sumamente dotado y ambicioso. Se me informó que Bardanes se dirige ahora a Partía para*



*disputar el trono a su hermano. Últimamente estuvo de visita en Alejandría, con el pretexto de Consultar a un famoso físico de quien se afirma que puede curar la sordera (Bardanes es un poco sordo de un oído). Pero su viaje lo llevó a través de Jerusalén, y mis agentes me aseguran que salió de los dominios del rey Herodes más rico de lo que había entrado. Con la ayuda de ese oro judío supongo que expulsará a Gotarzes: los nobles partos siempre pueden ser sobornados. También puede contar con la ayuda gratuita del rey de Adiabene — el reino asirio que, no necesito recordártelo, se encuentra al otro lado del Tigris, al sur de Nínive— y del rey de Osroene, en Mesopotamia occidental. Recordarás que el rey de Adiabene restableció recientemente al extinto rey de Partia en el trono, después de que fue expulsado por una conspiración de los nobles, y que fue recompensado por este servicio con la Cama de Oro y la Tierra Vertical. Pero probablemente no sepas que este importante personaje es un converso secreto al judaísmo, y que su madre, que fue la primera de su casa en cambiar de religión, reside ahora en Jerusalén. Ha llevado consigo a sus cinco jóvenes príncipes de Adiabene, sus nietos, para que fuesen educados en el idioma, la literatura y la religión judíos. Todos ellos han sido circuncidados.*

*Por lo tanto el rey Herodes tiene ahora estrechos contactos con los siguientes reyes:*

*El rey de Calcis,  
El rey de Iturea,  
El rey de Adiabene,  
El rey de Osroene,  
El rey de Armenia Menor,  
El rey de Ponto y Cilicia,  
El rey de Comageno y  
El posible rey de Partia.*

*Por supuesto, la corona de Partia domina una alianza de muchos otros reyes del Medio Oriente —hasta Bactriana y la frontera de la India. El rey Herodes también cuenta con el apoyo de los judíos de todo el mundo, sin olvidar a los judíos de Alejandría, ni a los edomitas y nabateos, y ahora busca el apoyo del rey de Arabia. También los fenicios están siendo lentamente conquistados por sus halagos. Sólo Tiro y Sidón continúan frías. Ha roto sus relaciones diplomáticas con esas ciudades y prohibido a sus subditos que comercien con ellas, so pena de muerte. Tiro y Sidón se verán obligadas a pactar. Su prosperidad económica depende del comercio con el interior, y aparte de los cereales que importan de Egipto, y del pescado, que a menudo escasea con el mal tiempo, el rey Herodes domina todo el abastecimiento de alimentos de esas ciudades.*

*Sería difícil exagerar los peligros de la situación, y todos podemos estar agradecidos de que tu victoria británica haya sido tan completa, aunque yo habría podido desear que los regimientos ahora acantonados en Bretaña pudieran ser rápidamente trasladados a Oriente, donde estoy seguro de que se les necesitará antes de que pase mucho tiempo.*

*Si estás dispuesto a tenerlo en cuenta, con tu habitual gracia y perspicacia, el consejo que te ofrezco en estas difíciles circunstancias es el siguiente: sugiero que pongas de inmediato en su trono a Mitrídates, el ex rey de Armenia que ahora vive en Roma. Si puedo decirlo sin ofender, fue un lamentable error por parte de tu tío, el emperador Tiberio César, permitir que el ex rey de Partia*

*uniera la corona de Armenia con la propia y no vengar de inmediato, con la fuerza de las armas, la insultante carta que le escribió el rey. Por lo tanto, si me envías en seguida a Mitríades a Antioquía, me comprometo a ponerlo de vuelta en el trono de Armenia mientras Gotarzes y Bardanes disputan por el trono de Partia. Se puede sobornar al actual gobernador de Armenia para que no se nos oponga con demasiada energía, y Mitríades no es en modo alguno un príncipe incapaz y sí, en cambio, un gran admirador de las instituciones romanas. También su hermano es rey de Georgia y tiene un ejército bastante grande de montañeses del Cáucaso. Puedo ponerme en contacto con él y convenir una invasión de Armenia por el norte mientras nosotros marchamos desde el suroeste. Si conseguimos restablecer a Mitríades en el trono, no tendremos nada que temer de los reyes de Ponto y de Armenia Menor, cuyos reinos quedarán separados de Partia por Armenia; ni del rey de Comageno (cuyo hijo ha sido desposado ahora con Drusila, la hija del rey Herodes), porque su reino está directamente entre Armenia y la región bajo mi mando. En rigor, dominaremos el norte, y cuando Bardanes haya librado su guerra civil y expulsado al rey Gotarzes (como creo que hará), su expedición siguiente tendrá que ser contra Mitríades, en Armenia. La recuperación de Armenia no será cosa fácil, si proporcionamos a Mitríades un apoyo adecuado, y los aliados del sur y el este de Bardanes no estarán en condiciones de respaldar ninguno de los planes imperialistas que estoy seguro de que el rey Herodes Agripa tiene trazados. Esta es la primera acusación definida que he hecho contra la lealtad de tu supuesto amigo y aliado, y sé el gran peligro que corro de incurrir en tu desagrado al hacerlo. Pero antepongo la seguridad de Roma a mi propia seguridad, y me consideraría un traidor si omitiera las informaciones políticas que llegan a mi poder, nada más que porque la lectura del despacho oficial que contiene la acusación resulta incómoda. Una vez dicho esto, me atreveré a sugerir que el hijo del rey Herodes, Herodes Agripa el Joven, sea invitado a Roma, a concurrir a tu triunfo. Entonces, si es necesario, puede ser retenido indefinidamente, con algún pretexto, y podría resultar un rehén de utilidad para garantizar la buena conducta de su padre.*

Tenía ante mí dos caminos. El primero consistía en llamar a Herodes a Lyon en el acto, para que respondiera a las acusaciones de Marso, en las cuales, a pesar de mis inclinaciones en favor de Herodes, no podía dejar de creer. Si era culpable, se negaría a ir, y ello significaría una guerra inmediata, para la cual yo no estaba preparado. El segundo camino consistía en tratar de ganar tiempo y en no dar indicios de desconfianza, pero existía el peligro de que Herodes pudiera beneficiarse con la demora más que yo. Si decidía tomar este último camino, seguiría, por supuesto, el consejo de Marso acerca de Armenia. ¿Pero tenía razón éste cuando contaba con una Armenia amiga como suficiente protección contra la confederación oriental enormemente poderosa que Herodes parecía haber formado?

Me llegaron cartas de Herodes. En la primera respondía a mis preguntas sobre el rey profetizado. En la segunda me felicitaba calurosamente por mis victorias y, cosa curiosa, me pedía permiso para enviar su hijo a Roma, para que pudiera presenciar mi triunfo. Abrigaba la esperanza de que a mí no me molestara que el joven gozase de un par de meses de vacaciones en Roma, antes de volver a Palestina en el verano, para ayudarlo en la gran fiesta en honor de mi cumpleaños, que esperaba celebrar en Cesárea. La carta referente al rey profetizado decía lo que sigue:

*Sí, mi querido Tití; de niño escuché muchas conversaciones místicas sobre ese Ungido, o Mesías, como lo llaman en nuestro idioma, y todavía se habla de eso en los círculos teológicos de Jerusalén. Pero nunca le presté mayor atención hasta ahora, en que tu petición de informes acerca de la profecía me condujo a investigar el asunto en serio. Por sugerencia tuya, consulté a nuestro digno amigo Filón, que se encontraba en Jerusalén para cumplir con no sé qué voto que había hecho a nuestro dios; siempre está haciendo votos o cumpliéndolos. Ya sabes que Filón ha hecho una audaz y —debería decir— absurda identificación de la deidad idealmente concebida por Platón y su grupo filosófico —Perfección Intelectual Inmutable e Imperturbable y Eterna y Pura— con nuestro apasionado dios tribal de Jerusalén. Supongo que descubrió que la deidad platónica le resultaba demasiado fría y abstracta y quiso infundirle alguna vida, glorificando al mismo tiempo a su propio dios por la ampliación de su gobierno sobre todo el universo. Sea como fuere, le pregunté a Filón qué decían las Escrituras sobre esa enigmática Persona. Filón se puso muy serio y me aseguró que toda la esperanza de nuestra raza se centra en torno a la llegada del Mesías. Me proporcionó los siguientes detalles:*

*Este Mesías es un rey que vendrá a redimir a Israel de sus pecados, como representante humano de nuestro dios judío. No es necesariamente un gran conquistador, aunque tiene que liberar a los judíos de todo yugo extranjero que impida su libertad o su culto. Esta profecía, según Filón, fue hecha primero poco después de que los judíos fueran sacados de Egipto por su estadista Moisés, en la época de Ramsés II. En un libro que llamamos el Libro de los Números, adjudicado a Moisés, se lo llama «Estrella y Cetro de Jacob». En escrituras sagradas posteriores, que datan de la época en que se fundó Roma, se lo considera un hombre que reunirá a las ovejas dispersas de Israel, trayéndolas de todas partes, y las devolverá a su redil nativo de Palestina... porque para entonces los judíos estaban dispersos en colonias del Cercano y Medio Oriente. Algunos habían abandonado voluntariamente Palestina como comerciantes y colonos, otros fueron llevados como cautivos. Filón dice que los teólogos judíos nunca han podido decidir si ese Mesías era una figura real o simbólica. En la época de los heroicos macabeos (los antecesores sacerdotales de mi madre) sólo se le consideraba como un símbolo. En otros tiempos no sólo se le vio como a una persona real, sino que incluso fue popularmente identificado con libertadores no judíos de la raza, como Ciro el persa, y aún Pompeyo, que puso fin a la opresión de los hasmoneos. Filón declara que ambos puntos de vista son erróneos. El Mesías todavía está por venir, y será un judío, descendiente directo de nuestro rey David, cuyo hijo Salomón construyó el templo de Jerusalén, y que debe nacer en una aldea llamada Belén y unificar a Israel y purificarla de sus pecados por medio de un profundo ritual de confesión, arrepentimiento y aplacamiento de la deidad ofendida. Jerusalén será santificada hasta «en los cacharros de cocina y las campanillas del cuello de los caballos». Filón conoce incluso la fecha del nacimiento del Mesías, a saber: 5.500 años a partir del primer antepasado de la raza judía; pero las opiniones difieren en cuanto a la fecha en que vivió éste, de modo que eso no resulta de mucha ayuda.*

*Las escrituras no son del todo coherentes en sus distintas predicciones de este Mesías. A veces se le representa como a un colérico y poderoso guerrero, ataviado de púrpuras reales y bañado en la sangre de los enemigos de su nación, y otras como un proscrito dócil y doliente, una especie de profeta*

*pobre que predica el arrepentimiento y el amor fraternal. Pero Filón dice que la afirmación más clara y digna de confianza en relación con él aparece en un libro llamado El salterio de Salomón. Tiene la forma de una oración:*

*«Mira, oh Señor, y levanta a su rey, el Hijo de David, en el momento que señalaste, para que reine sobre Israel Tu sierva. Y dale fuerza para aplastar a los gobernantes injustos, para limpiar a Jerusalén de los paganos que la pisan, para expulsar a los pecadores de Tu herencia; para humillar el orgullo de los pecadores y toda su fuerza como a cacharros de alfarero con una vara de hierro; para destruir las naciones impías con las palabras de su boca; para reunir una nación sagrada y conducirla a la rectitud. Las naciones paganas servirán bajo su yugo; glorificará al señor ante toda la tierra y purificará a Jerusalén en la santidad, como al comienzo. De los confines de la tierra todas las naciones llegarán a presenciar su gloria y traerán como presentes a los fatigados hijos de Sión; para ver la gloria del Señor con que Dios lo coronó, porque es sobre ellos un dios justiciero enseñado por Dios. En sus días no habrá impiedad entre ellos, porque son todos santos y su rey el Ungido del Señor».*

*Esta leyenda del Mesías se ha difundido por Oriente, como es natural, en distintas formas fantásticas, perdiendo sus características judías. La versión que citas sobre la dolorosa muerte del rey, abandonado por sus amigos, que luego beben su sangre, no es judía, sino, según creo, siria. Y en la versión judía no es más que un rey de los judíos y el jefe de una gran confederación religiosa concentrada en Jerusalén, y no el propio dios. No podría usurpar la divinidad, porque los judíos son los más obstinados monoteístas del mundo.*

*Me preguntas si alguien se identifica ahora con el Mesías. Últimamente no me encontré con nadie que lo hiciera. El último que recuerdo fue un hombre llamado Josué ben José, un nativo de Galilea. Cuando yo era magistrado de Tiberíades (con mi tío Antipas), tenía una considerable cantidad de seguidores entre los hombres más incultos, y solía predicar ante grandes multitudes, en la orilla del lago. Era un hombre de aspecto notable, y aunque su padre no era más que un artesano pretendía descender de David. He oído que hubo un gran escándalo en relación con su nacimiento. Cierta Panthera, un soldado griego de la guardia de mi padre, había seducido a su madre, que hacía tapices para el templo. Este Josué fue un niño prodigio (fenómeno común entre los judíos) y conocía las escrituras mejor que muchos doctores de la religión. Solía cavilar acerca de la religión y quizás haya algún fundamento en la historia de su paternidad griega, porque el judaísmo le resultó un credo molesto (cosa que no sucede con ningún judío verdadero), y comenzó a criticarlo como inadecuado para las necesidades humanas corrientes. En forma ingenua trató de hacer lo que desde entonces Filón ha hecho complicadamente: conciliar la literatura judaica de las revelaciones con la filosofía griega. Me recuerda a lo que escribió Horacio en su Arte poética, acerca de un pintor que hacía que una hermosa mujer terminara en una grotesca cola de pez:*

*¿No reiríais, amigos, de ver ese esperpento?*

*Si hay algo que odio más que a un griego o romano orientalizado, es un oriental grecorromanizado o cualquier intento de fusión de culturas. Esto lo escribo en contra de mí mismo, pero lo digo en serio. Tu madre nunca consiguió hacer de mí un buen romano, sólo arruinó a un buen oriental.*

*Bien, Josué ben José (o ben Panthera) gustaba de la filosofía griega. Pero sufría de una traba debido a que no era un erudito griego. Y tuvo que trabajar*

mucho en su oficio —era ebanista— para ganarse la vida. Pero conoció a un hombre llamado Santiago, un pescador de gustos literarios que concurría a las conferencias de la universidad epicúrea de Gadara, que está al otro lado del lago, enfrente de Tiberíades. Gadara era entonces una ciudad pobre, aunque en sus tiempos había producido cuatro grandes hombres: el poeta Meleagro, el filósofo Mnasalco, el retórico Teodoro, con quien estudió tu tío Tiberio, y el matemático Filón, que descubrió la proporción de la circunferencia de un círculo con su diámetro, incluso hasta el diezmilésimo lugar decimal. Sea como fuere, Josué usó los elementos filosóficos que Santiago había recogido en Gadara, y sus propios conocimientos de las escrituras judías, para componer una religión sintética. Pero una religión sin autoridad no es nada, de manera que secretamente al comienzo, y luego en forma pública, se identificó con el Mesías y habló (como en una ocasión había hablado Moisés) como por boca de Dios. Tenía una mentalidad sumamente ingeniosa y solía pronunciar sus mensajes en forma de sencillas fábulas con moraleja. También afirmaba que podía efectuar curaciones y milagros sobrenaturales. Se volvió una carga para las autoridades religiosas judías, a quienes acusó de combinar una estricta observancia de la ley con la rapacidad y la indolencia hacia los pobres. Se cuentan muchas cosas interesantes de él. Uno de sus oponentes políticos trató de tenderle una trampa y le preguntó si era correcto que un judío concienzudo pagara los impuestos imperiales romanos. Si hubiese contestado que sí, habría perdido el apoyo de los nacionalistas. Si hubiera contestado que no, habría podido ser arrestado por las autoridades civiles. De modo que fingió no saber nada del asunto y pidió que se le mostrara el dinero que se adeudaba, antes de contestar. Le mostraron una pieza de plata y le dijeron:

—Mira, todos los dueños de casas tienen que pagar esto. —Y él preguntó:

—¿De quién es esta cabeza que hay en la moneda? No sé leer en latín.

—Es la cabeza de Tiberio César, por supuesto —le contestaron.

—Bueno, pues si es del César hay que dársela al César. Pero no dejéis de entregar a Dios lo que pertenece a Dios.

También trataron de pescarlo en algunos puntos de la ley judía, pero siempre tenía al alcance de la mano alguna respuesta para justificar sus doctrinas. Pero eventualmente se comprometió como herético religioso, y el asunto terminó cuando nuestro viejo amigo Poncio Pilatos, entonces gobernador de Judea y Samaría, lo arrestó por provocar desórdenes populares y lo entregó, para que lo juzgaran, al tribunal religioso supremo de Jerusalén, donde se lo condenó a muerte por blasfemia. Ahora que pienso en ello, murió el mismo año que la diosa Livia, y sus seguidores lo abandonaron, de modo que gran parte de la profecía que citas se cumplió en él. Y ahora hay personas que dicen que fue el Dios, y que vieron cómo su alma ascendía al cielo después de su muerte —tal como la de Augusto y Drusila—, y afirman que nació en Belén, y que también cumplió con todas las demás profecías mesiánicas, de una manera o de otra. Pero yo me propongo terminar con estas tonterías de una vez por todas. Hace tres días hice arrestar y ejecutar a Santiago, quien parece ser la principal cabeza del movimiento. Tengo la esperanza de recapturar y ejecutar a otro importante fanático llamado Simón, arrestado al mismo tiempo pero que logró escapar de la cárcel. Lo malo es que aunque haya hombres sensatos que reirán «de ver ese esperpento», la mujer con cola de pez, la plebe es capaz de quedarse boquiabierta ante ella, concebirla como una diosa del mar y adorarla.

Esta carta en apariencia ingeniosa contenía un detalle que me convenció de que Herodes en realidad se creía el Mesías, o por lo menos pensaba utilizar el tremendo poder de ese nombre para llevar adelante sus propias ambiciones. Una vez que se revelara, los judíos serían suyos hasta el último hombre; volverían a Palestina, desde todos los rincones del mundo, a su llamada, y yo preveía que su prestigio sería muy pronto tan grande, que el conjunto de la raza semítica abrazaría la nueva fe y se uniría a él para eliminar a «los extraños e infieles de su seno». La conversión del rey de Adiabene y de toda su casa indicaba de qué lado soplaban el viento, y no era poca cosa, porque el rey era conocido con la denominación de «Hacedor de reyes» y era inmensamente respetado en Parda. En su carta siguiente Marso me informó acerca de la conversión rumoreada del rey de Comageno al judaísmo; el rey había sido un favorito de Calígula. (En ocasiones se le atribuía haber sido el primero en convencer a Calígula de que gobernara con absolutismo oriental. Calígula siempre le pedía su aprobación después de haber perpetrado un crimen especialmente sanguinario y caprichoso.)

El detalle que me convenció de que Herodes intentaba proclamarse el Mesías fue el hecho de que al mencionar Belén no mencionó que era el lugar en que había nacido él mismo y no, como en general se suponía, Jerusalén. Su madre Berenice le contó en una ocasión a mi madre la historia con multitud de detalles gráficos. Venía ella de las propiedades de su esposo, en Hebrón, e iba a Jerusalén para pasar el parto, cuando de pronto le asaltaron los dolores y tuvo una experiencia inolvidable en una aldea del camino, con un posadero codicioso y una comadrona inexperta. Pasaron algunas horas antes de que naciera Herodes, y sólo entonces se le ocurrió a Berenice preguntar el nombre de la aldea, que era un lugar sucio y pobre, y la partera le respondió:

—Belén, que es el lugar de nacimiento del patriarca Benjamín, y del rey David, y el lugar del cual habló el profeta: «Pero tú, Belén Efrata, aunque eres pequeña entre los millones de Judá, de ti saldrá hacia Mí aquel que debe ser el Gobernante de Israel». Berenice, enfurecida por el tratamiento que había recibido, exclamó con tono irónico:

—¡Qué Dios Todopoderoso bendiga eternamente a Belén!

A lo cual la comadrona contestó con aprobación:

—¡Eso es lo que siempre dicen los visitantes!

Esta historia interesó mucho a mi madre, y durante algunos años, cada vez que deseaba expresar su desprecio por algún lugar demasiado elogiado, solía exclamar, imitando la voz de Berenice:

—¡Que Dios Todopoderoso bendiga eternamente a Belén!

Así fue cómo yo recordé el nombre.

En cuanto a ese Josué, o Jesús, como lo llaman sus seguidores griegos, también de él se afirma que nació en Belén —no sé con qué fundamentos, porque Belén no se encuentra en Galilea—, y desde entonces su culto se ha difundido a Roma y parece florecer aquí muy enérgicamente, en forma subterránea. Las ceremonias incluyen un ágape al que hombres y mujeres concurren a fin de comer, simbólicamente, la carne del Ungido y beber su sangre. Se me dice que esta ceremonia es con frecuencia ocasión de escenas desordenadas e histéricas, como es de esperar cuando la mayoría de sus iniciados son esclavos y hombres y mujeres de la clase más baja. Antes de que se les permita sentarse deben confesar sus pecados con repugnantes detalles, ante todos los presentes. Esto proporciona mucha diversión, una especie de competición para el autoenvilecimiento. El principal sacerdote del culto (si puedo dignificarlo con ese nombre) es un pescador galileo, ese Simón del cual escribió Herodes, cuya principal pretensión al título parece reposar en el hecho de que abandonó a ese Josué, o Jesús, el día de su arresto, y repudió sus creencias, aunque desde entonces se ha arrepentido

sinceramente. ¡Porque de acuerdo con la ética de esta lamentable secta, cuanto mayor el delito, más grande el perdón!

Como no es una religión reconocida (lo mejores judíos la repudian con energía), el culto cae bajo las reglamentaciones dictadas contra los círculos de bebedores y las fraternidades, y pertenece al tipo peligroso que se fortalece con las prohibiciones. El artículo principal de fe es la absoluta igualdad de los hombres entre sí para el dios judío —con el cual ese Josué es ahora prácticamente identificado— y el hecho de que ese dios concede la eterna bienaventuranza a los pecadores, a condición de que se arrepientan y reconozcan su supremacía sobre todos los demás dioses. Todos pueden ingresar en el culto, sea cual fuere su clase, raza o posición, por lo cual se unen a él personas que no pueden abrigar la esperanza de ser admitidas en los auténticos misterios de Isis, Cibele, Apolo y los demás, ya sea porque nunca han tenido la necesaria posición social, o porque la han perdido por alguna desgracia o delito. Al principio los iniciados tenían que someterse a la circuncisión, pero ahora se ha dejado de lado incluso ese preliminar ritual, porque la secta se ha apartado de tal modo del judaísmo ortodoxo, que una simple aspersion de agua y el nombre del Mesías es la única ceremonia iniciatoria. De vez en cuando el culto ha ejercido una perversa fascinación sobre personas bien educadas. Entre los conversos se encuentra un ex gobernador de Chipre, cierto Sergio Paulo, cuyo placer es la compañía de barrenderos, esclavos y viejos vendedores de ropa, lo que muestra el efecto degradante que produce el culto sobre los modales civilizados. Me escribió renunciando a su gobernación porque ya no podía, en conciencia, jurar por el dios Augusto, porque su fidelidad hacia el nuevo dios se lo prohibía. Lo dejé renunciar, pero lo eliminé de la lista. Más tarde, cuando le interrogué acerca de esa nueva fe, me aseguró que era absolutamente apolítica, que Jesús había sido un hombre de una profunda sabiduría, del carácter más ejemplar, y fiel al régimen de Roma. Negó que las enseñanzas de Jesús fuesen un confuso revoltijo de lugares comunes de las religiones griegas y judía. Dijo que derivaba de un disciplinado cuerpo de opiniones judías moderadas denominadas rabínicas, y que las trascendía. Estas opiniones rabínicas contrastaban enérgicamente con el supersticioso formalismo del partido de los escribas (en cuyo apoyo se basaba Herodes), y ponía más énfasis en el amor fraterno, en el nombre de Dios, que en la venganza divina que esperaba a los que desobedecieran la Ley; en el espíritu más bien que en la letra de la Ley.

Hice mi voto a Venus en cuanto regresé a Italia. En respuesta a un sueño en el que se me aparecía y me decía, sonriente: «Claudio, mi techo tiene goteras; repáralo, por favor», reconstruí, y en gran escala, su famoso templo del monte Eryx, en Sicilia, que estaba muy abandonado. Envié a él sacerdotes de antiguas familias sicilianas y lo doté de una gran renta anual del Tesoro. También construí un hermoso altar para la ninfa Egeria, en su bosque de Arica, y dediqué en él una ofrenda votiva de oro: una hermosa mano femenina apagando una vela, con la siguiente frase inscrita en el pábilo de la vela, en dialecto sabino:

*Al veloz heraldo de la victoria, Egeria, del tullido Claudio, en gratitud. Que esta vela pueda arder hasta el final, dando una clara luz, y que la llama de las velas de sus enemigos se apague de pronto.*

# Capítulo 22

## AÑO 44

Celebré mi triunfo en Año Nuevo. El Senado tuvo la bondad de votarme otros cinco honores. Primero me votó una Corona Cívica. Era una coronita de hoja de roble de oro, que primitivamente sólo se concedía a un soldado que, en el combate, acudía en ayuda de un camarada que había sido desarmado y que se encontraba a merced de un oponente; y que entonces mataba a éste y defendía el terreno. Este honor era ahora conquistado más raramente de lo que creería, porque un testigo necesario era el hombre que había sido salvado y que tenía el deber de entregar la corona a su salvador. Era muy difícil hacer confesar a un soldado romano que había estado a merced de un campeón enemigo y que sólo debía su vida a la fuerza y la valentía superiores de un camarada. Lo más probable era que se quejara de haber resbalado y que estaba a punto de volver a ponerse de pie para terminar con su rival cuando el otro ambicioso individuo se interpuso oficiosamente y le arrebató la victoria. Más tarde el honor también se concedió a los comandantes de regimiento o de ejército que con su heroísmo o capacidad de mando salvaban las vidas de las tropas a sus órdenes. A mí se me dio la corona por eso, y creo que la merecí por no haber escuchado los consejos de mi estado mayor. Llevaba la inscripción Por salvar las vidas de conciudadanos. Se recordará que cuando fui proclamado emperador la guardia de palacio me obligó a usar una coronita similar, aquella con la cual Calígula se había honrado a sí mismo por sus victorias germanas. Entonces yo no tenía derecho a ella, y me avergoncé mucho de usarla (aunque en verdad Calígula tampoco tenía derecho a ella), de modo que me resultó un gran placer llevarla ahora que era mía por derecho. El segundo honor fue una Corona Naval. Esta, adornada con proas de barcos, era concedida por valentía en el mar; por ejemplo, a un marinero por ser el primero en abordar un barco enemigo o a un almirante por destruir una flota enemiga. Me la votaron porque había puesto en peligro mi vida al hacerme a la mar con tiempo peligroso, con el objeto de llegar Bretaña lo antes posible. Más tarde colgué ambas coronas en el pináculo de la entrada principal de palacio.

El tercer honor que me concedió el Senado fue el título hereditario de Británico. Mi hijo era conocido ahora con el nombre de Druso Británico, o simplemente Británico, y en adelante me referiré a él llamándolo así. El cuarto honor fue la construcción de dos arcos triunfales en conmemoración de mis victorias: uno en Boulogne, porque la ciudad había sido la base de mi expedición, y el otro en la propia Roma, en la Via Flaminia. Estaban revestidos de mármol, decorados a ambos lados con trofeos y bajorrelieves ilustrativos mi victoria, y coronados con carrozas triunfales, de bronce. El quinto honor era un decreto que hacía que el día de mi triunfo fuese un festival anual para todos los tiempos. Aparte de esos cinco honores hubo otros dos, complementarios, concedidos a Mesalina, a saber: el derecho a ocupar un asiento en la fila delantera del teatro con las vírgenes vestales, los cónsules, los magistrados y los embajadores extranjeros, y el derecho a usar una carroza cubierta, de gala. Se le habían votado a Mesalina todos los honores que le fueron concedidos a mi abuela Livia en vida, pero yo continuaba oponiéndome a que le concedieran el título de Augusta.



El sol consintió en brillar con fuerza el día del triunfo, después de varios días de tiempo incierto, y los jefes de manzana y otros funcionarios se habían ocupado de que Roma estuviese tan fresca y alegre y venerable y digna como puede estarlo una ciudad. Se habían lavado los frentes de todos los templos y casas, las calles habían sido barridas y dejadas tan limpias como el piso del Senado, flores y objetos de vivos colores adornaban todas las ventanas, y delante de todas las puertas se habían colocado mesas atestadas de alimentos. Los templos estaban todos abiertos de par en par, los altares y estatuas adornados con guirnaldas, el incienso ardía en todos los altares. Toda la población estaba ataviada con sus mejores ropas.

Yo no había entrado aún en la ciudad, ya que pasé la noche en el campamento de la guardia. Al alba ordené allí una formación general de las tropas que iban a participar en el triunfo, y distribuí el dinero que, según calculaba, se les debía por la venta del botín que habíamos tomado en Colchester y Londres y otros lugares, y por la venta de prisioneros. El dinero sumaba treinta piezas de oro para cada soldado y proporcionalmente más para los oficiales superiores. Ya había enviado dinero en la misma escala para los soldados de Bretaña que no podían volver para el triunfo. Al mismo tiempo concedí condecoraciones: collares de cadena por conducta distinguida en el campo de batalla, en cantidad de 1.000; 400 frontales (medallones de oro en forma de amuletos frontales de caballos) reservados para valientes hombres de caballería o de infantería que habían logrado matar a un jinete o conductor de carros enemigos; cuarenta brazaletes de oro macizo en recompensa por actos de notable arrojo —cuando los entregué leí un relato de cada una de las hazañas por las cuales los habían merecido—; seis guirnaldas de olivo, concedidas a los hombres que habían contribuido a la victoria, aunque no hubiesen estado presentes en ella (el comandante del campamento de base y el almirante de la flota se encontraban entre los que conquistaron ese honor); tres Coronas de Baluarte, para los primeros hombres en trasponer la empalizada y penetrar en un campamento enemigo; y una Lanza sin Punta —la de Pósidés—, que se concedía, como la Corona O'vica, por salvar vidas de compañeros, y que él había ganado repetidas veces.

El Senado, por mi recomendación, había votado ornamentos triunfales a todos los hombres de rango senatorial que participaron en la campaña, es decir, a todos los comandantes de regimiento y a todos los oficiales superiores de estado mayor. Fue una lástima que Aulo no hubiera podido venir, ni Vespasiano, pero todos los demás habían venido. Hosidio Geta y su hermano Lucio Geta, que había dirigido los ocho batallones de la guardia en Bretaña, fueron honrados. Creo que fue la primera vez en la historia de Roma en que dos hermanos conquistaron adornos triunfales el mismo día. Lucio Geta se convirtió en mi nuevo comandante de la guardia, o más bien fue nombrado junto con un hombre llamado Crispino a quien Vitelio había designado temporalmente en mi ausencia. Porque Justo, el ex comandante, había muerto. Mesalina me envió un mensaje urgente, que me llegó en vísperas de la batalla de Brentwood, para decirme que Justo había estado sondeando a varios oficiales de la guardia en cuanto a su disposición a ponerse de su parte en una revuelta armada. Como confiaba por entero en Mesalina y no quería correr riesgos, envié una orden inmediata para su ejecución. Pasaron años antes de que me enterase de la verdad: que Justo se había enterado de lo que sucedía durante mi ausencia en el ala de palacio en que vivía Mesalina y preguntó a uno de sus coroneles qué podía hacer al respecto: si debía escribirme o esperar a que yo regresara. El coronel era uno de los confidentes de Mesalina, de modo que aconsejó a Justo que esperase, por temor de que la mala noticia me distrajera de mis deberes militares. Y luego fue a ver a Mesalina para contárselo. La muerte de Justo, cuya causa se conoció muy pronto en toda la ciudad, fue una advertencia general para que no se me

comunicara un secreto que finalmente conocieron todos, menos yo mismo... ¡incluso mis enemigos de Britania y Partía, si quieren creérmelo! Mesalina iba de mal en peor. Pero no necesito analizar aquí su conducta, en detalle porque hasta ese momento yo la ignoraba por completo.. Fue a verme a Genova, a mi regreso de Francia, y lo caluroso de su recibimiento fue una de las cosas que me hizo sentirme tan feliz. Además, en seis meses el pequeño Británico y su hermanita habían crecido tanto, que casi estaban irreconocibles; estaban hermosísimos.

Adviértase cuánto significó ese día para mí. Supongo que no hay en el mundo nada tan glorioso como un triunfo romano. No se parece al triunfo celebrado por algún monarca bárbaro sobre un rey rival a quien ha vencido. Es un honor conferido por un pueblo libre a uno de ellos, por un gran servicio que les ha prestado. Yo sabía que lo había ganado con justicia y que finalmente había logrado destruir la mala opinión que mi familia tenía de mí, de que era una persona inútil, nacida bajo la cólera del cielo, un imbécil, un débil, una deshonra para mis gloriosos antepasados. Esa noche, dormido en el campamento de la guardia, soñé que mi hermano Germánico venía a mí, me abrazaba y me decía, con su voz grave.

—«Querido hermano, has actuado excelentemente bien; mejor, lo confieso, de lo que te habría creído capaz. Has restaurado el honor de las armas romanas.» —Cuando desperté, por la mañana temprano, decidí derogar la ley dictada por Augusto, que limitaba los triunfos al emperador y a sus hijos o nietos. Si Aulo continuaba la campaña en Bretaña y triunfaba en la tarea que le había impuesto de dominar permanentemente toda la parte sur de la isla, convencería al Senado de que le ofreciera un triunfo. En mi opinión, el hecho de ser el único a quien se podía conceder legalmente un triunfo, desmerecía el valor de éste, en lugar de aumentar la gloria. La prohibición de Augusto había sido destinada a impedir que sus generales incitaran a las tribus fronterizas a la guerra, en la esperanza de conquistar un triunfo gracias a ellas. Pero sin duda, pensé, existían otros medios de refrenar a los generales, aparte del de hacer que el triunfo, que otrora había estado abierto para todos, fuese un simple rito familiar de los Césares.

Terminada la ceremonia de la condecoración, ofrecí tres audiencias: la primera a todos los gobernadores de provincias, para cuya visita temporal a Roma había pedido permiso al Senado; la segunda a los embajadores que me enviaron los reyes aliados, y la última a los exiliados. Porque había logrado la autorización del Senado para que los exiliados volviesen de sus lugares de destierro, pero sólo por la duración de las festividades triunfales. Esta última audiencia fue muy triste para mí, porque muchos de ellos parecían muy débiles y enfermos, y todos me rogaron que revisara sus sentencias. Les dije que no desearan, porque yo mismo revisaría todos los casos, y si decidía que la sentencia debía ser anulada o mitigada en bien de los intereses públicos, intercedería ante el Senado en favor suyo. Así lo hice luego, y a muchos de aquellos cuyo regreso no pude recomendar se les permitió por lo menos cambiar de lugar de destierro... y en todos los casos el cambio fue para mejor. Ofrecí a Séneca un cambio, pero lo rechazó, diciendo que mientras continuara pesando sobre él el desagrado del César no deseaba ninguna mejora de su suerte. Los hielos permanentes que (según las fábulas de los viajeros) cubrían las tierras de los brutales fineses, el calor permanente que quemaba las arenas del desierto, al otro lado del Atlas (donde los ejércitos del César habían penetrado en desafío a la naturaleza, para ampliar el mapa del mundo conocido), los estuarios pantanosos y plagados de fiebres de Bretaña, ahora subyugados, al igual que las fértiles llanuras y los valles de esa distante y famosa isla, por el destacado genio militar de César... No, incluso el pestífero clima de Córcega, donde el infortunado Séneca, el autor de ese memorial, languidecía desde hacía dos años —¿o eran dos siglos?—; ese hielo, ese fuego y humedad, serían males apenas advertidos por el

exiliado, de mentalidad estoica, cuyo único pensamiento consistía en soportar el aplastante peso de la desgracia bajo la cual se encontraba, y hacerse digno del perdón del César si alguna vez, aunque no se animaba a esperarlo, se le concediera ese supremo don. Yo estaba dispuesto a enviarlo a su España natal, pero él insistió en quedarse en Córcega; pues que se quedara entonces en Córcega. Narciso se enteró por los funcionarios del puerto de Ostia que, entre los recuerdos de su visita a Roma, ese valiente estoico se llevó en su equipaje vasos para vino, de oro, incrustados de piedras preciosas, almohadas de plumón, especias de la India, costosos ungüentos, mesas y divanes de la fragante madera de sandálica, de África, con taracea de marfil, láminas que habrían encantado a Tiberio, cantidades de Falerno añejo y (aunque esto se encuentra en una categoría distinta a todo lo demás) un juego completo de mis obras publicadas.

A las diez llegó la hora de ponerme en camino. La procesión entró en la ciudad desde el nordeste, por la Puerta Triunfal, y pasó por la Via Sacra. Su orden era el que sigue. Primero venía el Senado, a pie, con sus mejores vestimentas, encabezado por los magistrados. Luego, un cuerpo selecto de trompeteros adiestrados para tocar triunfantes melodías de marcha al unísono. Las trompetas debían llamar la atención hacia el botín, que seguía luego en una serie de carros adornados, tirados por muías y escoltados por los germanos del batallón imperial, ataviados con su librea. Esos despojos consistían en montañas de monedas de oro y plata, armas, armaduras, muebles, joyas y adornos de oro, lingotes de estaño y plomo, ricos recipientes para vino, cubos de bronce adornado y otros muebles del palacio de Cimbelino en Colchester, numerosas muestras de exquisitos trabajos en esmalte de los británicos del norte, postes totémicos de madera tallada y pintada, collares de azabache y ámbar y perlas, tocados de plumas, túnicas drúidicas bordadas, remos tallados y muchísimos otros objetos hermosos, extraños o de valor. Detrás de los carros venían doce carros de guerra británicos capturados, los mejores que pudimos elegir, tirados por ponies. Cada uno de ellos llevaba un cartel, clavado sobre estacas encima de la cabeza del conductor, en el que figuraba el nombre de una de las doce tribus vencidas. Luego venían más carros, tirados por caballos, que contenían modelos, en madera pintada o en arcilla, de las ciudades y fortalezas que habíamos capturado, y grupos animados que representaban el sometimiento de varios dioses de ríos a nuestras tropas, cada grupo con un enorme lienzo atrás, que representaba el respectivo combate. El último de la serie era un modelo del famoso templo de piedra del Dios Sol, acerca del cual ya he hablado.

Después seguía un cuerpo de tocadores de flauta que ejecutaban una suave música. Precedían a los toros blancos, cuidados por los sacerdotes de Júpiter, que rugían furiosamente y provocaban muchos problemas. Sus cuerpos estaban dorados y llevaban fajas rojas y guirnaldas, para demostrar que estaban destinados al sacrificio. Los sacerdotes llevaban hachas y cuchillos. Después seguían los acólitos de Júpiter, con fuentes doradas y otros instrumentos. Luego venía un ejemplar interesante: una morsa viva. Esa foca parecida a un toro, con grandes colmillos de marfil, había sido capturada dormida, en una playa, por los guardias de nuestro campamento de base. La morsa era seguida por ganado salvaje y ciervos británicos, el esqueleto de una ballena encallada en la costa y un tanque transparente lleno de castores. Después iban las armas e insignias de los jefes capturados, y luego los jefes mismos, con todos los miembros de sus familias que habían caído en nuestras manos, seguidos por todos los cautivos inferiores, engrillados. Lamenté que Caractato no figurase en la procesión, pero en cambio estaban Catigerno y su esposa, y un hijo pequeño de Caractato, y treinta jefes de importancia.

Después seguía una compañía de esclavos públicos, de a dos en fondo, llevando sobre un cojín las coronas de oro que me habían enviado los reyes y Estados aliados en

prueba de agradecido respeto. Luego veinticuatro soldados, ataviados de púrpura, cada uno con un hacha atada a un manojo de varillas, el hacha coronada de laureles. En seguida una cuadriga construida por orden del Senado, de plata y ébano. Aparte de su forma tradicionalmente singular y de las escenas repujadas en sus costados, que representaban dos batallas y una tormenta en el mar, no se diferenciaba de la carroza que había hecho destrozarse en la calle de los Joyeros por demasiado lujosa. Era tirada por cuatro caballos blancos y en ella iba el autor de esta historia —no «Clau-Clau-Claudio» o «Claudio el idiota» o «Ese Claudio» o «Claudio el tartamudo» o aun el «Pobre tío Claudio», sino el victorioso y triunfal Tiberio Claudio Druso Nerón César Augusto Germánico Británico, emperador, Padre de la Patria, Sumo Pontífice, Protector del Pueblo por cuatro años consecutivos, tres veces cónsul, Corona Cívica y Naval, que había recibido ornamentos triunfales en tres ocasiones anteriores, y otros honores, civiles y militares, demasiado numerosos para ser mencionados. Este exaltado y dichoso personaje estaba ataviado con una túnica floreada, bordada de oro, y llevaba en la mano derecha, que temblaba un poco, una rama de laurel, y en la izquierda un cetro de marfil coronado por un ave de oro. Una guirnalda de laurel de Delfos le sombreaba la frente y, en resurrección de una antigua costumbre, su cara, brazos, cuello y piernas (todo lo que se veía de su cuerpo) estaba pintado de un rojo vivo. En la carroza del Vencedor iba su hijito Británico, gritando y aplaudiendo, su amigo Vitelio, con la Corona de Olivo, que había gobernado el Estado en ausencia del Vencedor, su hijita Octavia, en brazos del joven Silano, que había sido elegido como su futuro esposo y que, en compañía del joven Pompeyo, casado con la hija Antonia del Vencedor, había llevado al Senado el despacho adornado de laureles. A Silano se le habían votado vestiduras triunfales, lo mismo que al joven Pompeyo, que también iba en la carroza y que tenía al pequeño Británico sobre su rodilla. Al lado de la carroza cabalgaba el padre del joven Pompeyo, Craso Frugi, quien había usado dos veces las vestiduras triunfales, la primera después de la derrota de los chatias por Galba. Y no debemos olvidar al esclavo público que permanecía de pie en la carroza, sosteniendo sobre la cabeza del Vencedor una corona etrusca de oro, adornada de joyas, regalo del pueblo romano. Su deber consistía en susurrar al oído del vencedor, de vez en cuando, la antigua fórmula: «¡Mira hacia atrás; recuerda que eres un mortal!», prevención de que los dioses se mostrarían celosos si se comportaba con altanería divina y no dejarían de humillarlo. Y para alejar el mal de ojo de los espectadores, del frente de la carroza pendía un amuleto fálico, una campanilla y un látigo.

Luego venía Mesalina, la esposa del Vencedor, en un carruaje de gala. Después, a pie, los comandantes a quienes se había concedido el privilegio de usar vestimentas triunfales. Después los ganadores de la Corona de Olivo. Luego los coroneles, capitanes, sargentos y otros oficiales que habían sido condecorados por su valentía. Luego los elefantes. Luego los camellos, uncidos de a dos y arrastrando carros sobre los cuales iban montadas las seis máquinas de truenos y rayos inventadas por Calígula, que con tanta eficacia empleó Pósidés. Después aparecía el rey Garza sobre sus zancos, con un collar de oro. Se me dice que, después de mí, el rey Garza fue el que conquistó más aplausos. Detrás de él caminaba Pósidés, con su Lanza sin Punta, y el oculista español, con una túnica, porque había sido recompensado con la ciudadanía romana. A continuación, la caballería romana, y la infantería en orden de marcha, con las armas adornadas de laureles. Los soldados más jóvenes gritaban: «¡Io Triunfe!» y entonaban himnos de victoria, pero los veteranos ejercían el derecho de libertad de palabra, de que gozarían durante todo el día, y se dedicaban a sarcásticas bromas a expensas del Vencedor. Los veteranos del Vigésimo habían compuesto una bonita canción para la ocasión:

*Claudio fue un famoso erudito,  
Claudio derramó menos sangre que tinta.  
Cuando combatió contra los britanos,  
de la pelea no se apartó.  
Pero las armas de su elección fueron  
cuerdas y zancos y hedor de camellos.  
¡Oh, oh, oh!  
Cuerdas y zancos y hedor de camellos  
conmovieron a las británicas huestes.  
Huyeron todos ellos, con gritos de terror,  
y sus gritos a los muertos hubieran despertado...  
más ruidosos que los que lanza Claudio  
cuando tiene dolor de barriga.  
¡Oh, oh, oh!*

Me dicen que en la cola de la columna se cantaban canciones obscenas acerca de Mesalina, pero yo no las escuché desde donde estaba. En verdad, si las hubiesen entonado los soldados que caminaban ante mí tampoco las habría escuchado, porque la multitud armaba un espantoso alboroto. Después de la infantería venían destacamentos de auxiliares, encabezados por los baleares y los nubios.

Con eso terminaba la procesión propiamente dicha, pero ésta era seguida por una chusma que reía y aplaudía, en fingido triunfo a Baba, el payaso de Alejandría, que había ido a Roma para tratar de mejorar su suerte. Viajaba en un carro público, de transporte de estiércol, al cual habían sido uncidos en una una cabra, una oveja, un cerdo y un zorro. Estaba pintado de azul, con la hierba pastel británica, y ataviado en una fantástica parodia de vestimenta triunfal. Su capa era una colcha de retazos y su túnica un saco viejo adornado con sucias cintas de colores. Su cetro era un corazón de col, con un murciélago muerto atado al extremo y su rama de laurel un abrojo. Nuestro más famoso payaso nativo, Augurino, había consentido recientemente en compartir el gobierno de la Sociedad de Vagabundos con Baba. Se afirmaba que Baba se me parecía mucho, y por lo tanto siempre hacía el papel de César en las funciones teatrales que los dos ofrecían constantemente en las calles apartadas de la ciudad. Augurino hacía el papel de Vitelio, o del cónsul del año, o de un coronel de la guardia, o de uno de mis ministros, según las circunstancias. Tenía un gran talento para la parodia. En esa ocasión representó al esclavo que sostenía la corona sobre la cabeza de Baba (una bacinilla invertida en la que, de vez en cuando, desaparecía la cabeza de Baba) y le hacía continuamente cosquillas con una pluma de gallo. La túnica de arpillera de Baba estaba rasgada en la espalda y dejaba ver su trasero, pintado de azul-con audaces marcas rojas para que pareciese un rostro humano sonriente. La mano de Baba temblaba todo el tiempo; sacudía la cabeza en una caricatura de mi tic nervioso y hacía rodar los ojos, y cada vez que Augurino le molestaba, le golpeaba con el abrojo o el murciélago muerto. En otro carro de estiércol, que iba atrás, reclinada bajo un raído dosel, iba una gigantesca negra desnuda, con un anillo de bronce en la nariz, acariciando a un lechoncito. El botín de este triunfo rival era exhibido en carretillas empujadas por harapientos buhoneros : desperdicios de cocina, camas rotas, sucios colchones, hierros oxidados, cacharros desventrados y toda clase de basura por el estilo; y los prisioneros eran enanos, gordos, flacos, albinos, tullidos, ciegos, hidrocefálicos y hombres que sufrían de espantosas enfermedades o que habían sido elegidos por su sorprendente fealdad. El resto de la procesión era similar. Me dicen que los modelos y láminas que ilustraba las

victorias de Baba eran las cosas más graciosas, en tono obsceno, que jamás se hayan visto en Roma.

Cuando llegamos al monte Capitolino, desmonté e hice lo que exigía la costumbre, pero que me resultó físicamente abrumador: subí los escalones del templo de Júpiter, humildemente, de rodillas. El joven Silano y Pompeyo me sostenían, uno de cada lado. En ese momento era costumbre llevar a mi lado a los jefes enemigos capturados, para ejecutarlos en la cárcel, adjunta al templo. Esta costumbre era la supervivencia de un antiguo rito de sacrificios humanos en acción de gracias por la victoria. Yo omití el sacrificio basándome en exigencias de política pública. Decidí mantener a esos jefes en Roma, vivos, a fin de ofrecer una demostración de clemencia a los otros jefes de Bretaña que todavía se resistían contra nosotros. Los britanos sacrificaban a los prisioneros de guerra, pero sería absurdo conmemorar nuestra intención de civilizar su isla con un acto de barbarie primitiva. Concedería a esos jefes y sus familias pequeñas pensiones de los fondos públicos, y los instaría a romanizarse, de modo que más tarde, cuando se formaran regimientos de auxiliares británicos, hubiese para mandarlos oficiales capaces de actuar en amistosa colaboración con nuestras propias fuerzas.

Aunque no sacrificué los jefes a Júpiter, no dejé de sacrificar los toros blancos, ni de dar al dios una ofrenda del botín (lo más selecto de los ornamentos de oro del palacio de Cimbelino), o de colocar en el regazo de su sagrada imagen la corona de laurel que ceñía mi frente. Luego yo y mis compañeros de triunfo, y Mesalina, fuimos agasajados por el Colegio de los Sacerdotes de Júpiter con un banquete público, en tanto que las tropas se dispersaban y eran agasajadas por la ciudad. Una casa cuya mesa no fuese honrada por la presencia de un héroe triunfante, por lo menos, era, en verdad, una casa infortunada. La noche anterior me había enterado, extraoficialmente, de que el Vigésimo planeaba otra orgía de ebriedad como aquella a la que se había lanzado durante el triunfo de Calígula. Tenía la intención de atacar la calle de los Joyeros, y si encontraban cerradas las puertas de las tiendas usarían el fuego o arietes. Al principio pensé en defender la calle con un cuerpo de Custodios, pero eso sólo habría significado derramamiento de sangre, de modo que se me ocurrió la mejor idea de llenar la cantimplora de los soldados con una ración gratuita de vino, que debían beber a mi salud. Las cantimploras fueron llenadas antes de que se iniciara la procesión, y mis órdenes fueron de que no se bebiera hasta que las trompetas dieran la señal de que el sacrificio ya había terminado. Era buen vino, pero el que entregué al Vigésimo tenía un agregado de semillas de amapolas. Bebieron a mi salud, y se quedaron tan profundamente dormidos, que para cuando se despertaron el triunfo había terminado. Lamento decir que un nombre no despertó nunca. Pero por lo menos no hubo ninguna seria perturbación del orden ese día.

Por la noche fui llevado a palacio por una larga procesión de antorchas encendidas, acompañado por el cuerpo de flautistas y seguido por una enorme multitud de ciudadanos que cantaban y me vitoreaban. Me sentí cansado, y después de quitarme la pintura roja me fui derecho a la cama, pero las festividades continuaron toda la noche y no me dejaron dormir. A medianoche me levanté, y sólo con Narciso y Palas como compañeros salí a la calle a oír lo que pensaba verdaderamente la gente de mí... Nos mezclamos a la multitud. Las escalinatas del templo de Castor, y Polux estaban cubiertas de grupos de personas que descansaban y conversaban, y allí encontramos asientos. Todos hablaban sin ceremonias. Me alegré de que la libertad de palabra hubiese vuelto por fin otra vez a Roma, después de su larga supresión por Tiberio y Calígula, aunque algunas de las cosas que escuché no me satisficieron del todo. La opinión general parecía ser que se trataba de un triunfo muy bueno, pero que habría sido mejor si hubiese distribuido el dinero a los ciudadanos, así como a los soldados, y les

hubiera aumentado la ración de cereales. (Los cereales habían vuelto a escasear ese invierno, si bien no por culpa mía.) Sentí ansiedad por escuchar lo que decía un capitán cubierto de cicatrices, del Decimocuarto. Estaba con un hermano a quien en apariencia no había visto durante dieciséis años. Al principio no quiso hablar de la batalla, aunque su hermano lo instó a hacerlo, y sólo se avino a hablar de Bretaña como de un acantonamiento militar. Le parecía que con un poco de suerte podía contar con un buen botín. Pronto podría retirarse, por lo menos así lo esperaba, con el rango de caballero. Había reunido bastante dinero durante los últimos diez años, vendiendo exenciones a los hombres de su compañía y «en el Rhin no hay muchas posibilidades de gastar dinero... no es como en Roma». Pero al cabo dijo:

—Hablando con franqueza, los oficiales del Decimocuarto no tenemos gran opinión del combate de Brentwood. El emperador nos lo facilitó demasiado. Es un hombre maravillosamente listo, el emperador. Uno de esos estrategas. Lo saca todo de los libros. Eso de la cuerda fue una estratagema típica. Y el enorme pájaro que aleteaba y lanzaba sonidos fantásticos. Y eso de reunir los camellos en el flanco para asustar a los ponies del enemigo con su hedor. Un estratega de primera clase. Pero estrategia no es lo que llamo yo combatir. El viejo Aulo Plaucio se hubiera lanzado directamente contra la empalizada central, y al diablo con las consecuencias. El viejo Aulo es un soldado. Nos habría concedido una batalla mucho más buena, con más sangre, si hubiese estado en sus manos. A los oficiales del Decimocuarto nos gusta una buena batalla sangrienta, antes que una estrategia inteligente. Para eso vivimos, para una batalla encarnizada, y si tenemos muchas bajas, pues esa es la suerte del soldado y significa promociones para los sobrevivientes. Esta vez no hubo ninguna promoción para el Decimocuarto. Un par de cabos muertos. Eso es todo. No, lo hizo demasiado fácil. Lo pasé mejor que la mayoría, por supuesto; me metí entre los carros, con mi pelotón, y maté a una buena cantidad de britanos, y conquisté esta cadena, de modo que no puedo quejarme, pero hablando del regimiento en su conjunto, la batalla no estuvo a la altura de las normas de las otras dos que libramos antes de que viniera el emperador. El combate de Medway fue también bueno, nadie lo negará.

Intervino una anciana.

—Bien, capitán, eres muy valiente, y todos te estamos muy agradecidos y orgullosos de ti, por supuesto, pero por mi parte, tengo a dos hijos sirviendo en el Segundo, y si bien lamento que no tuvieran licencia para venir hoy, estoy contenta de que se encuentren con vida. Quizá si tu general Aulo se hubiese salido con la suya, estarían allí, en la colina de Brentwood, para que los cuervos se cebaran en ellos.

Un viejo convino con ella.

—Por mi parte, capitán, no me interesa cómo se gana una batalla, siempre que se gane bien. Esta noche escuché a dos oficiales como tú, que analizaban la batalla. Y uno de ellos dijo: «Sí, buena estrategia, pero demasiado inteligente. Huele a estudio.» Y lo que yo digo es: ¿Conquistó el emperador una espléndida victoria o no? La conquistó. Pues viva el emperador.

Pero el capitán dijo:

—Huele a estudio, dijeron, ¿no es cierto? Muy bien dicho. Una victoria estratégica. Pero huele a estudio. El emperador es demasiado inteligente para ser un buen soldado. Por mi parte, agradezco a los dioses el que jamás he leído un libro en mi vida.

Le dije tímidamente a Narciso, cuando volvíamos a casa:

—Tú no estás de acuerdo con ese capitán, ¿no es cierto?

—No, César —dijo Narciso—. ¿Y tú? Pero me pareció que habló como un hombre valiente y honrado, y como es solamente un capitán, quizá tendrías que sentirte satisfe-

cho. No necesitas en el ejército capitanes que sepan demasiado o piensen demasiado. Y por cierto que te concedió todo el mérito de la victoria, ¿No es cierto?

—O soy un imbécil absoluto, o soy demasiado inteligente —gruñí yo, sin embargo.

El triunfo duró tres días. El segundo día presentamos espectáculos en el Circo y en el anfiteatro, en forma simultánea. Al principio hubo carreras de cuadrigas, diez en total, y competencias atléticas, y combates entre cautivos británicos y osos. Y jóvenes del Asia Menor ejecutaron la danza nacional de las espadas. Al otro día se montó una reproducción del ataque y saqueo de Colchester, y de la rendición de los jefes enemigos, y libramos un combate entre trescientos catuvelaunios y trescientos trinovantes, con carros e infantería. En la mañana del tercer día hubo más carreras de caballos y un combate entre esgrimistas catuvelaunios y una compañía de lanceros númeradas, capturados por Geta el año anterior. Los catuvelaunios ganaron fácilmente. El último espectáculo se realizó en el teatro: obras, interludios y danzas acrobáticas. Mnester estuvo espléndido ese día, y el público lo hizo ejecutar tres veces su danza del triunfo de Orestes y Pílates; él era Pílates. Se negó a salir por cuarta vez. Asomó la cabeza por el telón, y anunció, con tono de broma:

—No puedo salir, señores. Orestes y yo estamos acostados juntos.

Más tarde Mesalina me dijo:

—Quiero que hables con Mnester con suma severidad, queridísimo esposo. Es demasiado independiente para un hombre de su profesión y origen, aunque es un actor maravilloso. Durante tu ausencia fue muy grosero conmigo en dos o tres ocasiones. Cuando le pedí que hiciera que su compañía ensayase un ballet favorito mío para un festival —ya sabes que he estado dirigiendo todos los Juegos y Espectáculos, porque a Vitelio le resultaba demasiado pesado—, y luego descubrí que Harpócrates, el secretario, había estado comportándose con deshonestidad y tuvimos que hacerlo ejecutar, y Feronacto, a quien puse en su lugar, se ha mostrado bastante lento en aprender sus funciones. Bien, de cualquier manera, las cosas fueron muy difíciles para mí, y Mnester, en lugar de facilitármelas más, se mostró espantosamente obstinado. Oh, no, dijo, no podía presentar Ulises y Circe porque no tenía a nadie capaz de hacer el papel de Circe junto al Ulises de él, y cuando sugerí el Minotauro, dijo que Teseo era un papel que le desagradaba mucho, pero que por otra parte estaría por debajo de su dignidad bailar en el papel menos importante del rey Minos. Este es el tipo de obstáculos que me ha presentado continuamente. Se niega a entender que yo soy tu representante, que simplemente debe hacer lo que le ordeno. Pero no lo castigué porque me pareció que tú no lo querrías.

Llamé a Mnester.

—Escucha, pequeño griego —le dije—, esta es mi esposa, Valeria Mesalina. El Senado de Roma tiene de ella tan alta opinión como yo. Le ha rendido clavadísimos honores. En mi ausencia se ha ocupado de algunos de mis deberes, en mi nombre, y los ha ejecutado a mi entera satisfacción. Ahora se queja de que tú te has mostrado muy insolente y que has colaborado muy poco con ella. Quiero que entiendas lo siguiente: si Mesalina te dice que hagas algo, a pesar de que la obediencia pueda herir tu vanidad profesional, tienes que obedecerla. Cualquier cosa, entiéndelo, pequeño griego, y nada de discusiones. Cualquier cosa y todas las cosas.

—Obedezco, César —respondió. Mnester cayendo a mis plantas con exagerada docilidad—, y pido perdón por mi estupidez. No entendí que debía obedecer a Mesalina en todas las cosas, sino sólo en algunas.

—Bien, ahora lo entiendes.

Y así terminó mi triunfo. Las tropas regresaron a su acantonamiento en Bretaña, y yo volví a mi vestimenta civil y a mis obligaciones en Roma. Es probable que no le



vuelva a suceder a nadie jamás en el mundo, como es seguro que jamás le sucedió a nadie antes, esto de librar su primer combate a la edad de 53 años, sin haber prestado nunca servicios militares en su juventud; conseguir una victoria aplastante y no volver a salir al campo de batalla durante el resto de su vida.

## Capítulo 23

Continué mis reformas en Roma, haciendo en especial todo lo posible para crear un sentido de responsabilidad pública en mis subordinados. Nombré a funcionarios del Tesoro a quienes había estado educando, e hice que sus nombramientos tuvieran tres años de duración. Eliminé de la orden senatorial al gobernador de España del sur, porque no pudo levantar las acusaciones presentadas contra él por las tropas que servían en Marruecos, en el sentido de que las había despojado de la mitad de sus raciones de cereales. También se presentaron contra él otras acusaciones de fraude, y tuvo que pagar 100.000 piezas de oro. Fue a visitar a sus amigos y trató de conquistar sus simpatías diciéndoles que las acusaciones habían sido fraguadas por Pósidés y Palas, a quienes ofendió al recordarles que habían nacido esclavos. Pero obtuvo muy poca simpatía. Una mañana temprano ese gobernador llevó todos los muebles de su casa, en trescientos carros cargados de piezas excepcionalmente valiosas, al lugar de subastas públicas. Esto provocó mucha excitación, porque poseía una colección de vasos corintios sin rival. Todos los comerciantes y conocedores se apiñaron alrededor del lugar de subasta, lamiéndose los labios y buscando un negocio.

—El pobre Umbonio está liquidado —dijeron—. Ahora es nuestra oportunidad de conseguir baratas las cosas que se negó a vender cuando le hicimos ofrecimientos verdaderamente interesantes.

Pero se llevaron una desilusión. Cuando la lanza fue clavada en el suelo, para significar que se había iniciado una subasta pública, lo único que su dueño vendió fue su túnica de senador. Luego hizo quitar la lanza, para demostrar que la subasta había terminado, y esa noche, a la medianoche, cuando se permitió que los carros volviesen a circular por las calles, se llevó todas sus cosas de vuelta a casa. Simplemente había querido demostrar que tenía todavía dinero de sobra y que podía vivir con comodidad como un ciudadano privado. Pero yo no permití que el insulto pasase así como así. Ese año impuse un elevado tributo a los jarrones corintios, tributo que él no pudo eludir porque había exhibido en público su colección, y hasta hecho una lista de la misma en el tablero de subasta.

Esa fue la época en que comencé a estudiar de cerca el problema de las religiones y los cultos. Todos los años llegaban nuevos dioses extranjeros a Roma, para servir las necesidades de los inmigrantes, y en general yo no me oponía a ello. Por ejemplo, una colonia de 400 mercaderes árabes y sus familias, de Yemen, que se habían establecido en Ostia, construyó allí un templo a sus dioses de tribu. Era un culto tranquilo, que no implicaba sacrificios humanos u otros escándalos. Pero me opuse a la competencia desordenada entre cultos religiosos cuyos misioneros y sacerdotes iban de casa en casa, en busca de conversos y modelaban su persuasivo vocabulario de acuerdo con la técnica del subastador, el alcahute de burdel o el astrólogo griego vagabundo. El descubrimiento de que la religión es una mercancía vendible como el aceite, los higos o los esclavos fue hecho en Roma a fines de la época republicana, y hubo que tomar medidas para terminar con ese tráfico, aunque sin gran éxito. Después de nuestra conquista de Grecia, cuando la filosofía griega se difundió en Roma, hubo una notable disminución en las creencias religiosas. Si bien los filósofos no negaban lo divino, lo

convertían en una abstracción tan remota, que gente tan práctica como los romanos comenzó a afirmar:

—Está bien, los dioses son infinitamente poderosos y sabios, pero también infinitamente remotos. Merecen nuestro respeto y los honraremos devotamente en templos y sacrificios. Pero es evidente que nos equivocamos al pensar que son presencias inmediatas, y que se molestarían en matar a los pecadores individuales o en castigar a toda la ciudad por el delito de un hombre, o en presentarse con apariencias de mortales. Hemos estado confundiendo la ficción poética con la realidad prosaica. Debemos corregir nuestras opiniones.

Esta confesión creó un vacío, para el ciudadano común, entre él y aquellos remotos ideales de (por ejemplo) Poder, Inteligencia, Belleza y Castidad, en los cuales habían convertido los filósofos a Júpiter, Mercurio, Venus y Diana. Hacían falta algunos seres intermediarios. A dicho vacío acudieron nuevos personajes divinos o semidivinos. Eran en su mayor parte dioses extranjeros, con personalidades muy definidas, acerca de los cuales no se podía filosofar con facilidad. Se los podía invocar por medio de encantamientos, y entonces adquirirían formas humanas visibles. Podían aparecer en medio de un círculo de devotos y conversar familiarmente con cada miembro del culto. En ocasiones incluso tenían relaciones sexuales con feligresas. En el reinado de mi tío Tiberio hubo un famoso escándalo. Un rico caballero estaba enamorado de una respetable mujer casada de la nobleza. Trató de sobornarla para que se acostase con él y llegó a ofrecerle 2.500 piezas de oro por una sola noche. Ella se negó, indignada, y después de eso ni siquiera quiso responder a su saludo cuando se encontraban en la calle. El se enteró de que ella era una devota de Isis, que tenía un templo en Roma, y sobornó a los sacerdotes de la diosa, con 500 piezas de oro, para que le dijese que el dios Anubis estaba enamorado de ella y quería que lo visitase. La mujer se sintió grandemente complacida con el mensaje y fue al templo en la noche ordenada por Anubis, y allí, en el lugar más sagrado, en el diván mismo del dios, el caballero, disfrazado de dios, gozó de ella hasta

la mañana. La tonta mujer no pudo contener la dicha, y habló a su esposo y amigos del señalado honor que se le había hecho. La mayoría de ellos la creyeron. Tres días más tarde se encontró con el caballero en la calle, y como de costumbre trató de pasar junto a él sin saludarlo. El le cerró el paso, y tomándola familiarmente del brazo le dijo:

—Querida mía, me ahorraste 2.000 piezas de oro. Una mujer ahorrativa como tú tendría que avergonzarse de dilapidar el dinero. Personalmente, los nombres no me importan mucho. En apariencia te molesta el mío y adoras el de Anubis. De modo que la otra noche tuve que ser Anubis. Pero el placer fue tan grande como si hubiese usado mi propio nombre. Y ahora, adiós. He tenido lo que quería y estoy satisfecho.

Jamás hubo una mujer tan anonadada y horrorizada. Corrió a su casa y le contó al esposo cómo se la había engañado y abusado de ella, y juró que si no era vengada de inmediato se suicidaría de vergüenza. El esposo, senador, fue a ver a Tiberio, y éste, que tenía alta opinión de él, hizo destruir el templo de Isis, crucificar a su sacerdote y arrojar la imagen de la diosa al Tíber. Pero el caballero le dijo audazmente:

—Tú conoces el poder del amor. Nada puede resistírsele. Y lo que he hecho tiene que ser una advertencia para todas las mujeres respetables, de que no abracen religiones extrañas, sino que se atengan a los buenos y viejos dioses romanos.

De modo que sólo se le desterró por unos pocos años, y luego el esposo, después que su dicha quedó arruinada por este asunto, comenzó una campaña contra todos los charlatanes religiosos. Presentó acusaciones contra cuatro misioneros judíos, que habían convertido a una noble de la familia Julia a su fe, afirmando que la habían convencido de que enviara ofrendas votivas de oro y telas de púrpura al templo de Jerusalén, para

luego vender estos regalos en su propio beneficio. Tiberio consideró culpables a los hombres y los crucificó. Como advertencia contra prácticas similares, desterró a todos los judíos de Roma a Cerdeña. Había 4.000 y la mitad de ellos murieron de fiebre en el término de unos pocos meses, después de llegar a Cerdeña. Calígula permitió que los judíos volvieran.

Se recordará también que Tiberio había expulsado a todos los adivinos y pretendidos astrólogos de Italia. Era una curiosa mezcla de ateísmo y superstición, de credulidad y escepticismo. En una ocasión dijo, en un banquete, que consideraba inútil el culto de los dioses, en vista de la existencia de las estrellas. Creía en la predestinación. Su expulsión de los astrólogos se debió quizás al hecho de que deseaba gozar del monopolio de las predicciones, porque Trasilo se quedó con él. No advirtió que si bien las estrellas pueden no decir mentiras, los astrólogos, aún los mejores, no son dignos de confianza en cuanto a leer sus mensajes con correcta perfección, o en cuanto a informar con perfecta franqueza acerca de lo que han leído.

Yo no soy escéptico ni particularmente supersticioso. Prefiero las antiguas formas y ceremonias, y tengo una creencia heredada en los antiguos dioses romanos, que me niego a someter a ningún análisis filosófico. Creo que cada nación debe tener un dios a su manera (siempre que se trate de una manera civilizada) y no adoptar ociosamente deidades superfluas. Como Sumo Sacerdote de Augusto, he tenido que aceptarlo como dios. Y a fin de cuentas el semidiós Rómulo fue sólo un pobre pastor romano, para empezar, y probablemente estuvo mucho menos dotado y fue menos industrioso que Augusto. Si yo hubiese sido contemporáneo de Rómulo, es probable que me hubiese reído de la idea de que se le rindiese culto divino. Pero la divinidad, a fin de cuentas, es una cuestión de hecho, y no un asunto de opinión. En general, si un hombre es adorado como un dios, pues es un dios. Y si un dios deja de ser adorado, ya no es nada. Mientras Calígula fue adorado y se creyó en él como en un dios, fue un ser sobrenatural. A Casio Querea le resultó casi imposible matarlo porque existía en torno a él cierta aureola divina, resultado del culto que le ofrecían los corazones más sencillos, y los conspiradores lo sintieron en sí mismos y vacilaron. Quizá no habrían podido hacerlo nunca, si Calígula no se hubiese maldecido a sí mismo con una divina premonición de su asesinato.

Augusto es adorado ahora, con auténtica devoción, por millones de personas. Yo mismo le rezo con casi tanta confianza como la que pongo en Marte o Venus. Pero establezco una clara distinción entre el Augusto histórico, de cuyas debilidades y desdichas estoy bien informado, y el dios Augusto, objeto de adoración pública, que ha alcanzado el poder de deidad. Quiero decir que no puedo desaprobador de manera demasiado enérgica la asunción de poderes divinos por un mortal. Pues si en verdad éste consigue que los hombres lo adoren, y si ellos lo adoran auténticamente, y si no hay augurios u otras señales de desagrado celestial en el momento de su deificación... bueno, pues entonces es un dios, y se lo acepta como tal. Pero el culto de Augusto como deidad importante de Roma jamás habría sido posible si no hubiese sido por ese abismo que los filósofos habían abierto entre el hombre común y los dioses tradicionales. Para el ciudadano romano común, Augusto llenó muy bien la brecha. Fue recordado como un noble y gracioso gobernante que quizá haya ofrecido pruebas mucho más concretas de su cariño por la ciudad y el imperio que los propios dioses olímpicos.

Pero el culto de Augusto resultaba más bien una forma de conveniencia política, en lugar de satisfacer las necesidades emocionales de las personas con tendencias religiosas, que preferían recurrir a Isis o Serapis o Imoutes para obtener la seguridad, en los misterios de estos dioses, de que el «dios» era algo más que un remoto ideal de perfección o que la gloria conmemorada de un héroe muerto. Para ofrecer una

alternativa a estos cultos egipcios —en mi opinión no desempeñaban un papel muy saludable en nuestra civilización greco-romana—, logré que nuestra comisión permanente de Religiones Extranjeras en Roma, la Junta de los Quince, me permitiese popularizar misterios de naturaleza más adecuada. Por ejemplo, el culto de Cibeles, la diosa adorada por nuestros antepasados troyanos, y por lo tanto conveniente para nuestras modalidades religiosas, había sido introducido en Roma unos 250 años antes, en obediencia a un oráculo. Pero sus misterios eran realizados en privado por sacerdotes eunucos de Frigia, porque no se permitía que ningún ciudadano romano se castrase en honor de la diosa. Yo cambié todo eso. El Sumo Sacerdote de Cibeles tenía que ser ahora un caballero romano, si bien no eunuco, y los ciudadanos de buena posición podían incorporarse a su culto. También traté de introducir los misterios de Eleusis en Roma, desde Grecia. Casi no necesito describir este famoso festival ático en honor de la diosa Démeter y de su hija Perséfone, porque mientras el griego sobreviva como idioma, todos lo conocerán. Pero la naturaleza de los misterios mismos, de los cuales el festival no es más que la pompa exterior, no es en modo alguno una cuestión de conocimiento general, y me gustaría mucho hablar algo de ellos, pero debido a un juramento que hice en una ocasión, por desgracia no puedo hacerlo. Me conformaré con decir que se relacionan con la revelación de la vida en un mundo por venir, donde la dicha será conquistada por una vida virtuosa vivida como mortal. Al introducirlos en Roma, donde limité la participación en ellos a los senadores, caballeros y ciudadanos de fortuna, tenía la esperanza de complementar el culto formal de los dioses comunes con una obligación a la virtud sentida desde adentro, no impuesta por leyes o edictos. Por desgracia mi tentativa fracasó. En los principales altares religiosos se emitieron oráculos desfavorables, incluso en el de Apolo de Delfos, previniéndome de las terribles consecuencias de mi «trasplante de Eleusis a Roma». ¿Será impío sugerir que los dioses griegos se combinaban para proteger el tráfico de peregrinos que era ahora la principal fuente de ingresos de su país?

Publiqué un edicto prohibiendo la concurrencia de ciudadanos romanos a las sinagogas judías y expulsé de la ciudad a una buena cantidad de los más enérgicos misioneros judíos. Escribí a Herodes para hablarle de mi actitud. Me contestó que había hecho muy bien, y que él aplicaría el mismo principio o, más bien, el contrario, en su propio dominio: prohibiría que los profesores griegos de filosofía dieran clases en ciudades judías, y a todos los judíos que concurriesen los excluiría de los cultos del templo. Ni Herodes ni yo hicimos comentario alguno, en nuestras cartas, respecto de los acontecimientos de Armenia o Partía, pero lo que sucedió fue lo siguiente. Yo había enviado al rey Mitrídates a Antioquía, donde Marso lo recibió con honores y lo envió a Armenia con dos batallones regulares, un tren de sitio y seis batallones de auxiliares greco-sirios. Llegó allí en marzo. El gobernador de Partía marchó contra él y fue derrotado. Esto no significaba que Mitrídates quedase de inmediato en posesión indiscutida de su reino. Cotis, rey de Armenia Menor, envió ayuda armada al gobernador de Partía, y si bien su expedición fue también derrotada, las guarniciones panas de muchas fortalezas se negaron a rendirse y las máquinas de sitio romanas tuvieron que reducir las una por una. Pero el hermano de Mitrídates, rey de Georgia, realizó su prometida invasión desde el norte y, para julio los dos habían reunido sus fuerzas en el río Aras y capturado a Mufarguin, Ardesh y Erzerum, las tres ciudades principales de Armenia.

En Partía, Bardanes reunió muy pronto un importante ejército, al cual los reyes de Osroene y Adiabene contribuyeron con contingentes, y marchó contra su hermano Gotarzes, cuya corte se encontraba entonces en la ciudad de Ecbatana, en el país de los medos. En un repentino ataque por sorpresa a la cabeza de un cuerpo de dromedarios —

recorrió casi 500 kilómetros en dos días—, Bardanes expulsó a Gotarzes, presa de pánico, del trono, y pronto recibió el homenaje de todos los reinos y ciudades sometidos del imperio parto. La única excepción fue la ciudad de Seleucia, situada sobre el río Tigris, que, luego de rebelarse unos siete años antes, había mantenido obstinadamente su independencia desde entonces. Fue para nosotros una gran suerte que Seleucia se negara a reconocer la soberanía de Bardanes, porque éste consideró como un deber sitiaria y capturarla antes de dedicar su atención a asuntos más importantes, y Seleucia, con sus enormes murallas, no era un lugar fácil de capturar. Si bien Bardanes retuvo a Ctesi-fón, la ciudad de la orilla opuesta del Tigris, no dominaba el río mismo, y la fuerte flota seléucida pudo introducir abastecimientos en la ciudad, comprados a tribus árabes amigas de la costa oeste del golfo de Persia. De modo que derrochó un tiempo precioso en el Tigris, y Gotarzes, que había escapado a Bojara, reunió allí un nuevo ejército. Él sitio de Seleucia continuó desde diciembre hasta abril, fecha en que Bardanes, enterado de las nuevas actividades de Gotarzes, lo levantó y marchó hacia el norte, a lo largo de 1.600 kilómetros, a través de Parla propiamente dicha, hasta la provincia de Bactriana, donde eventualmente se encontró con Gotarzes. Las fuerzas de Bardanes estaban mejor equipadas y eran un tanto mayores que las de su hermano, pero el resultado de la batalla inminente era dudoso, y Bardanes vio que incluso aunque triunfase sería probablemente una victoria pírrica... perdería más hombres de los que podía permitirse. De modo que cuando a último momento Gotarzes le ofreció pactar con él, aceptó. Como resultado de su conferencia. Gotarzes hizo una cesión formal de sus derechos al trono, y en compensación Bardanes le perdonó la vida, le entregó propiedades en las costas meridionales del mar Caspio y una pensión anual digna de su rango. Entre tanto el rey de Adiabane y otros gobernantes vecinos ejercían presión sobre Seleucia para que se rindiese. Y a mediados de julio, en Antioquía, Marso sabía que Bardanes era ahora el rey indiscutido de Parla, y que se dirigía hacia el oeste con un enorme ejército. Inmediatamente me informó de ello, y también de otras noticias inquietantes, a saber, que fingiendo haber sido insultado y amenazado por los regimientos griegos estacionados en Cesárea, Herodes los había desarmado y puesto a trabajar en la construcción de carreteras y en la reparación de las defensas de la ciudad. Y eso no era todo. Había habido ejercicios secretos en el desierto de grandes cuerpos de voluntarios judíos, bajo las órdenes de miembros de la guardia de corps de Herodes. Marso escribía: «Dentro de tres meses el destino del imperio romano en Oriente quedará decidido de una u otra manera.»

Hice todo lo que pude, dadas las circunstancias. Despaché una orden inmediata a los gobernantes orientales, para que movilizasen todas las fuerzas disponibles. También envié una división de la flota a Egipto, para aplastar el levantamiento judío que esperaba en Alejandría, y otra a Marso, en Antioquía. Movilicé fuerzas en Italia y el Tirol, pero nadie, aparte de Marso, yo mismo y mi ministro de relaciones exteriores, Félix, en quien me veía obligado a confiar porque escribía mis cartas, estaban enterados de las tremendas nubes de tormenta que soplaban desde el este. Y fuimos los únicos tres que lo supieron jamás, porque, por un extraordinario capricho del destino, la tormenta jamás estalló.

No tengo el temperamento dramático de mi hermano Germánico. No soy más que un historiador, y sin duda la mayoría de la gente me considera, en general, aburrido y prosaico, pero he llegado a un punto de mi relato en que el registro de los hechos desnudos, sin la ayuda de embellecimientos oratorios, debe provocar el asombro de mis lectores tan fuertemente como me lo provocó a mí en esa época. Permítaseme narrar primero de qué humor tan exaltado llegó el rey Herodes Agripa de Jerusalén a Cesárea para el festival que se había preparado allí, en honor de mi cumpleaños. Abrigaba en sí

un orgullo secreto tan grande, que casi lo asfixiaba. Los cimientos del gran edificio que durante tanto tiempo había soñado construir, el imperio de Oriente, estaban, al cabo, grande y firmemente asentados. Ahora sólo necesitaba pronunciar las palabras, y las murallas (estas son las palabras que usó para decírselo a su reina Cypros) «ascenderán blancas y espléndidas, en el cielo azul oscuro, el techo de cristal se cerrará sobre ellas .y encantadores jardines y frescas columnatas y estanques de lirios lo rodearán, extendiéndose hasta donde la mirada embelesada pueda alcanzar a ver». Adentro todo sería berilos y ópalos y zafiros y sardónice y oro puro, y en el poderoso Salón del Juicio ardería un trono de diamantes, el trono del Mesías, a quien los hombres hasta entonces habían conocido con el nombre de Herodes Agripa.

Ya se había revelado, en secreto, al Sumo Sacerdote y al Sanhedrín, y todos habíanse inclinado de hinojos ante él y glorificado a dios, y reconocido en él al Mesías profetizado. Ahora se revelaría en público, ante la nación judía y ante todo el mundo. Pronunciaría su palabra: «El Día de la Liberación está cerca, dijo el Ungido del Señor. Quebremos el yugo de los Impíos.» Los judíos se levantarían como un solo hombre y librarían las fronteras de Israel de todos los extranjeros e infieles. Había ahora 200.000 judíos adiestrados en el uso de armas, nada más que en los dominios de Herodes, y miles más en el Egipto, Siria y el Oriente. Y los judíos, cuando luchan en nombre de su Dios, como lo ha demostrado la historia de los macabeos, son heroicos hasta el punto de la locura. Nunca se conoció una raza más disciplinada. Tampoco faltaban armas y armaduras. A las 70.000 armaduras que encontró en el tesoro de Antipas, Herodes agregó 200.000 más, aparte de las que había tomado a los griegos. Las fortificaciones de Jerusalén no estaban completas, pero en menos de seis meses la ciudad sería inexpugnable. Incluso después de mis órdenes de cesar los trabajos, Herodes continuó excavando en secreto grandes depósitos subterráneos, debajo del templo, y trazando largos túneles debajo de las paredes, hasta puntos situados más de un kilómetro y medio hacia afuera, de modo que si alguna vez quedaba sitiada, la guarnición pudiese realizar salidas por sorpresa y atacar al regimiento sitiador desde la retaguardia.

Había concluido una alianza secreta, contra Roma, con todos los reinos y ciudades vecinos, a cientos de kilómetros a la redonda. Sólo Tiro y Sindón, en Fenicia, habían rechazado sus proposiciones, y esto le inquietaba, porque los fenicios eran un pueblo marinerero y su flota era necesaria para mantener sus costas. Pero ahora también estas ciudades se habían unido a él. Una delegación conjunta de ambas ciudades visitó a su chambelán Blasto, para decirle humildemente que, frente a la necesidad de elegir entre las naciones romana o judía como enemigas, habían elegido el mal menor, y estaban ahora allí solicitando la amistad y el perdón de su amo real. Blasto les informó de las condiciones de Herodes, que eventualmente aceptaron. Ese día ofrecerían su sumisión formal. Las condiciones de Herodes eran las de que renunciaran a Astarté y sus otras deidades, y aceptasen la circuncisión y juraran perpetua obediencia al dios de Israel, y a Herodes el Ungido, su representante en la tierra.

¡Con ese acto simbólico iniciaría Herodes su reinado de Gloria! Subiría a su trono, resonarían los cuernos de carneros, y ordenaría a sus soldados que llevasen ante él la estatua del dios Augusto, instalada en la plaza del Mercado de la ciudad, y mi propia estatua, que estaba al lado de ella (llevando ese día una guirnalda nueva en honor de mi cumpleaños), y diría a la multitud:

—Así dijo el Ungido del Señor: haced pedazos todas las imágenes grabadas que se encuentren en mis costas, pulverizadlas. Porque soy un dios celoso.

Luego, con un martillo, destrozaría la estatua de Augusto y la mía, nos decapitaría y nos arrancaría los miembros. El pueblo lanzaría un enorme grito de júbilo, y él volvería a exclamar:

—Así dijo el Ungido del Señor: ¡Oh hijos míos, hijos de Sem, primogénitos de mi sirviente Noé, limpiad esta tierra de los extranjeros y los infieles, y que las habitaciones de Jafet sean vuestra presa, porque la hora de vuestra liberación está cerca!

La noticia recorrería el país como un incendio: «El Ungido se ha manifestado y ha destrozado las imágenes de los Césares. Regocijaos en el Señor. Deshonremos los templos de los paganos, y capturemos a nuestros enemigos.» Los judíos se enterarían de ello en Alejandría, se levantarían en número de 300.000, y se apoderarían de la ciudad, diezmando a nuestra pequeña guarnición de allí. Bardanes se enteraría de ello en Nínive y marcharía sobre Antioquía; y los reyes de Comageo, Armenia Menor y Ponto unirían sus fuerzas con él en las fronteras de Armenia. Marso, con sus tres batallones regulares y sus dos regimientos de greco-sirios, sería arrollado. Más aun, Bardanes se había comprometido, por un juramento hecho en el templo, ante el Sumo Sacerdote, en el sentido de que si con la ayuda de Herodes conquistaba el trono de su hermano (como ahora lo había hecho), reconocería públicamente su deuda a Herodes enviándole a todos los judíos que pudiesen ser hallados en el imperio parto, junto con sus familias, ganados y posesiones y juraría eterna amistad al pueblo judío. Las ovejas dispersas de Israel volverían por fin al rebaño. Serían tantas, en número, como las arenas de la playa. Ocuparían las ciudades de las cuales habrían expulsado a los extranjeros o infieles, y serían un pueblo santo, unido, como en los días de Moisés, pero gobernado por uno más grande que Moisés, uno más glorioso que Salomón, el Amado, el Ungido del Señor.

El festival en pretendido honor de mi cumpleaños debía realizarse en el anfiteatro de Cesárea, y los gladiadores y las cuadrigas estaban ya listas para los espectáculos que Herodes en realidad nunca pretendió que se llevaran a cabo. El público estaba compuesto en parte de greco-sirios, y en parte de judíos. Ocupaban distintos lugares en el anfiteatro. El trono de Herodes se encontraba entre sus propios súbditos, y al lado de él había siempre asientos reservados para visitantes distinguidos. No había romanos presentes, todos se hallaban en Antioquía, celebrando mi cumpleaños bajo la presidencia de Marso. Pero había embajadores de Arabia, y el rey de Iturea, y la delegación de Tiro y Sidón, y la madre y los hijos del rey de Adiabene y Herodes Polio con su familia. Los espectadores estaban protegidos contra el feroz sol de agosto por grandes toldos de lona blanca, pero sobre trono de Herodes, hecho de plata e incrustado de turquesas, los doseles eran de seda púrpura.

El público entró a raudales, a la espera de la llegada de Herodes. Resonaron trompetas, y de pronto apareció en la entrada sur con su conejo, y avanzó majestuosamente a través de la liza. Todo el público se puso de pie. Llevaba una túnica real de tejido de plata, trabajada con redondeles de plata bruñida que chispeaban al sol tan vivamente, que era imposible mirarlo. En la cabeza llevaba una diadema de oro que refulgía de diamantes y en la mano una resplandeciente espada de plata. Al lado de él, Cypros caminaba envuelta en púrpuras reales, y detrás de ella iban sus encantadoras hijitas, ataviadas con seda blanca bordada de arabescos, con una orla de púrpura y oro. Herodes mantenía la cabeza en alto mientras caminaba, y sonrió a sus súbditos. Llegó a su trono y ascendió a él. El rey Herodes Polio, los embajadores de Arabia y el rey de Iturea abandonaron sus asientos y se acercaron a los escalones del trono para saludarlo. Le hablaron en hebreo:

—¡Oh rey, vive eternamente!

Pero para los hombres de Tiro y Sidón esto no era suficiente. Se vieron obligados a presentar reparaciones por su forma descortés de tratarlo en el pasado. Cayeron de hinojos ante él.

El jefe de los hombres de Tiro rogó, en tono de la más profunda humildad:

—Sé piadoso con nosotros, gran rey, nos arrepentimos de nuestra ingratitud.



Y el jefe de los hombres de Sidón:

—Hasta ahora te hemos reverenciado como hombre, pero ahora tenemos que reconocer que eres superior a la naturaleza mortal.

—Te perdonamos, Sidón —respondió Herodes.

—Es la voz de un dios, no de un hombre —exclamó el de Tiro.

—Tiro, estás perdonada —respondió Herodes.

Levantó la mano para dar la señal de que soplasen los cuernos de carnero, pero de pronto la volvió a dejar caer. Porque desde la puerta había entrado volando un pájaro, y aleteaba de un lado al otro sobre la liza. La gente lo observó, y lanzó gritos de sorpresa:

—¡Mira, un búho, un búho cegado por la luz del sol!

El búho se posó en una cuerda, sobre el hombro izquierdo de Herodes. Este se volvió y lo contempló. Entonces recordó el juramento que había hecho en Alejandría, trece años antes, en presencia de Alejandro el Alabarca y de Cypros y de sus hijos, el juramento de honrar al dios viviente y de cumplir sus leyes en la medida de sus fuerzas, la maldición que había pedido para sí si alguna vez blasfemaba voluntariamente por dureza de corazón.

El primero y más grande mandamiento de dios, emitido por Moisés era: «NO TENDRÁS OTROS DIOS QUE YO», pero cuando el hombre de Tiro lo llamó dios, ¿se había rasgado Herodes la ropa y caído de cara al suelo para detener la celosa cólera del cielo? No, había sonreído al blasfemo, diciéndole: «Tiro, estás perdonada», y la gente que lo rodeaba había recogido el grito: «Un dios, no un hombre». El búho lo miraba a la cara. Herodes palideció. El búho ululó cinco veces y luego aleteó, voló sobre las hileras de asientos y luego desapareció más allá.

Herodes le dijo a Cypros:

—El búho que me visitó en el patio de la cárcel de Miseno... el mismo búho —y entonces un temible gemido salió de sus labios, y le gritó débilmente a Helcías, su caballero Real, sucesor de Silas:— Sácame de aquí. Estoy enfermo. Que mi hermano el rey de Calcis se haga cargo de la presidencia de los Juegos.

Cypros apretó a Herodes contra sí:

—Herodes, mi rey y esposo, ¿por qué gimes? ¿Qué te duele?

Herodes contestó, en un espantoso susurro:

—Los gusanos ya están en mi carne.

Lo sacaron. Los cuernos de carneros jamás resonaron. No llevaron las estatuas para ser despedazadas. Los soldados judíos apostados fuera del teatro, dispuestos a entrar a una señal de Herodes y comenzar la matanza de los griegos, permanecieron en sus puestos. Los Juegos terminaron antes de haber empezado. La multitud judía lanzó un gran gemido y lamento, se rasgó las ropas y se echó polvo en la cabeza. Circuló el rumor de que Herodes agonizaba. Se encontraba en medio de terribles dolores, pero llamó a su hermano Herodes y a Helcías y a Taumasto, y al hijo del Sumo Sacerdote a su lecho de palacio, y les dijo:

—Amigos míos, todo ha terminado. Dentro de cinco días estaré muerto. Tengo más suerte en ese sentido que mi abuelo Herodes: él vivió dieciocho meses después de que el dolor se clavó en él. No tengo quejas que hacer, ha sido una buena vida. Sólo puedo culparme a mí mismo de lo que ha caído sobre mí. Durante seis días fui saludado por los ancianos de Israel como el Ungido del Señor. Y al séptimo día permití que Su Nombre fuese blasfemado sin reproches de mi parte. Si bien mi voluntad era ampliar Su Reino hasta los confines del mundo y purificarlo y traer de vuelta las tribus perdidas y adorarlo en todos los días de mi vida, sin embargo, por ese único pecado fue rechazado mi antepasado David, por su pecado contra Uriah el hitita. Ahora los judíos tendrán que esperar otra era, hasta que llegue un Redentor más santo, para cumplir lo que yo he

resultado indigno de hacer. Díganle a los reyes confederados que la piedra de arco ha caído en tierra, y que la nación judía no puede prestarles ahora ninguna ayuda. Díganles que yo, Herodes, estoy muriéndome y que les pido que no hagan la guerra contra Roma sin mí, porque sin mí son un barco sin timón, una lanza sin punta, un arco quebrado. Helcías, cuida de que no se haga violencia alguna contra los griegos. Pide la devolución de las armas que han sido distribuidas secretamente a los judíos y deposítalas en la armería de Cesárea Filipo, dejándolas bajo fuerte custodia. Devuelve a los griegos sus armas y que se dediquen a sus ocupaciones de siempre. Mi criado Taumasto, cuida de que mis deudas sean pagadas completamente. Mi hermano Herodes, trata de que mi querida esposa Cypros y mis hijas Drusila y Mariamna no sufran ningún daño, y sobre todo, persuade a la nación de que no cometa locura alguna. Saluda a los judíos de Alejandría en mi nombre, y pídeles que me perdonen por haberles ofrecido tan elevadas esperanzas para luego desilusionarlos tan por completo. Váyanse ahora, y que Dios sea con ustedes.

Los judíos se pusieron cilicio y se postraron, por decenas de millares, en torno al palacio, incluso con ese terrible calor. Agripa los vio desde las ventanas de la habitación del piso alto donde se encontraba su cama, y rompió a llorar por ellos.

—Pobres judíos —dijo—. Han esperado mil años, ahora deben esperar mil más, quizá dos mil, antes de que llegue el día de la gloria. Esta ha sido una falsa aurora; yo me engañé y los engañé.

Pidió papel y pluma y me escribió una carta cuando todavía tenía fuerzas para sostener la pluma. Tengo la carta aquí, ante mí, con las otras que me escribió, y es lamentable comparar la caligrafía. Las otras, audaz y decididamente escritas, línea tras línea, regulares como los peldaños de una escalinata, y ésta garrapateada, cada una de las letras quebrada y torcida por el dolor, como en las confesiones escritas por criminales después de haber sido puestos en el potro o azotados por el gato de nueve colas. Es breve:

*Mi última carta. Me muero. Mi cuerpo está lleno de gusanos. Perdona a tu viejo amigo, el Bandido, que te quiso mucho, a pesar de que conspiró en secreto para arrebatarte el Oriente. ¿Por qué lo hice? Porque Jafet y Sem pueden vivir como hermanos, pero cada uno debe gobernar su propia casa. Occidente habría seguido siendo tuyo, desde Rodas hasta Bretaña. Habrías podido librar a Roma de todos los dioses y costumbres del Oriente; entonces, y sólo entonces, habría vuelto a ti la antigua libertad que tanto valoras. He fracasado. Jugué un juego demasiado peligroso. Tití, eres un tonto, pero te envidio tu locura. Es una locura cuerda. Ahora, con mi último aliento, te pido que no te vengues de mi familia. Mi hijo Agripa es inocente; no sabe nada de mis ambiciones, y tampoco mis hijas. Cypros hizo todo lo posible por disuadirme. Lo mejor que puedes hacer ahora es fingir que no sabes nada. Trata a todos tus aliados orientales como aliados todavía fieles. Cuando Herodes haya desaparecido, ¿qué son? Áspides, pero sin colmillos. Confiaron en mí, pero no tienen confianza en los partos. En cuanto a mis dominios, conviértelos otra vez en provincia romana, como en la época de Tiberio. No ofendas mi honor devolviéndosela a mi tío Antipas. Designar a mi hijo Agripa como mi sucesor sería peligroso, pero hónralo de alguna manera, por mí. No pongas mis dominios bajo el régimen de Siria, bajo mi enemigo Marso. Gobiérmala tú mismo, Tití. Haz gobernador a Félix. Félix no es nadie y no hará nada sabio ni tonto. Puedo escribir muy poco más. Los dedos no me responden. Me siento atormentado. No me llores; he tenido una vida gloriosa y no lamento nada, aparte de mi única locura: la de*

*haber menospreciado el orgullo, el poderío y los celos del eterno dios de Israel, la de haberme comportado hacia El como cualquier tonto griego gadareno filosofante. Y ahora, adiós por última vez, Tiberio Claudio, mi amigo a quien quiero más de veras de lo que jamás pudiste suponer. Adiós, pequeño Tití, mi compañero de estudios, y no confíes en nadie, porque ninguno de los que te rodean es digno de tu confianza.*

*Tu moribundo amigo Herodes Agripa, apodado  
EL BANDIDO*

Antes de morir Herodes llamó a Helcías, Taumasto y su hermano Herodes Polio y les dijo:

—Les dejo un último encargo. Vayan a ver a Silas en la cárcel, y díganle que me estoy muriendo. Díganle que el molde Herodes ha caído sobre mí. Recuérdenle el juramento que hice tan imprudentemente en Alejandría, en la casa de Alejandro el Alabarca. Háblenle de la agonía en que me ven retorcerme. Pídanle que me perdone si le he hecho algún mal. Díganle que puede visitarme y estrecharme la mano una vez más, en señal de amistad. Luego hagan con él lo que les parezca, de acuerdo con su respuesta.

Fueron a la cárcel, donde encontraron a Silas en su celda, con su tablilla de escribir sobre las rodillas. Al verlos la arrojó boca abajo, al suelo. Taumasto dijo:

—Silas, si esa tablilla está llena de reproches contra tu rey y amo, Herodes Agripa, haces bien en tirarla. Cuando te digamos del estado en que se encuentra el rey, sin duda llorarás. Desearás no haber pronunciado jamás una palabra de reproche contra él, ni haberlo avergonzado en público con tu insolente lengua. Está muriendo en medio de grandes tormentos. Su enfermedad es el mal de Herodes, con el cual se maldijo a sí mismo en un irreflexivo momento, en Alejandría, si alguna vez ofendía la Majestad del Altísimo.

—Lo sé —dijo Silas—. Estuve presente cuando lo juró, y después le previne...

—Silencio para escuchar el mensaje del rey. El rey dice: Díle a Silas de la agonía en que me ves retorcerme, y pídele que me perdone si alguna vez le hice algún daño. Ahora está en libertad de abandonar su celda y de venir con ustedes a palacio. Me alegraría estrecharle la mano en señal de amistad, una vez más, antes de morir.

—Ustedes son judíos —dijo Silas, hosco—, y yo no soy más que un despreciado samaritano, de modo que supongo que debo sentirme honrado con la visita. Pero les diré algo acerca de los samaritanos. Nosotros valoramos en mucho la libertad de palabra y los tratos honestos, sobre todas las opiniones, buenas o malas, que nuestros vecinos judíos puedan tener sobre nosotros. En cuanto a mi ex amigo y amo, el rey Herodes Agripa, si yace en medio de tormentos, él es el único culpable, por no haber escuchado mis consejos...

Helcías se volvió hacia el rey Herodes Polio.

—¿Debe morir?

Silas continuó, serenamente:

—Tres veces le salvé prácticamente la vida, pero en esta ocasión no puedo hacer nada por él. Su destino está en manos de Dios. En cuanto a su amistad, ¿qué clase de amigo es...?

Helcías tomó una jabalina de manos del soldado que montaba guardia en la puerta y atravesó con ella a Silas en el vientre. Este no hizo movimiento alguno para eludir la estocada. Murió en el mismo momento en que, agotado por cinco días de incesantes

dolores, moría el propio rey Herodes Agripa, en manos de Cypros, para indescriptible pena y horror de la nación judía.

Para entonces se conocía toda la historia. La maldición de Herodes pareció caer sobre todos los judíos por igual; quedaron absolutamente enervados. Los griegos se alborozaron infinitamente. Los regimientos armados por Helcías, por orden de Herodes, se comportaron de la forma más vergonzosa y repugnante. Atacaron el palacio y se apoderaron de Cypros y de sus hijas, con intención de pasearlas por las calles de Cesárea. Cypros arrebató una espada a un soldado y se mató, pero sus hijas fueron obligadas a ponerse sus vestidos bordados y acompañar a sus raptos, e incluso a acompañarlos en los himnos de acción de gracias entonados por la muerte de su padre. Cuando terminó la procesión, las llevaron a los burdeles del regimiento, y allí, en los tejados, se las sometió a los más groseros ultrajes e indecencias. Y no sólo en Cesárea, sino en la ciudad griega de Samaría, se celebraron banquetes públicos en las plazas, y los griegos, con guirnaldas en la cabeza y ungüentos de dulce fragancia, comieron y bebieron hasta hartarse, brindando y haciendo libaciones al Botero. Los judíos no levantaron una mano ni una voz en protesta. «A quien Dios ha maldecido, ¿es justo auxiliarlo?» Porque se afirmaba que la maldición de Dios descendía también sobre los hijos del hombre. Estas princesas tenían sólo seis y diez años cuando fueron maltratadas de esa manera.

## Capítulo 24

La muerte de Herodes sucedió hace diez años, a contar desde hoy, y relataré, lo más brevemente que pueda, lo que sucedió en Oriente desde entonces. Aunque el Oriente tendrá ahora muy poco interés para mis lectores, me siento obligado a no dejar hilos sueltos en mis relatos. En cuanto se enteró de la muerte de Herodes, Marso cayó sobre Cesárea y restableció el orden allí y en Samaría. Designó un gobernador de emergencia para los dominios de Herodes; se trataba de Fado, un caballero romano que tenía grandes intereses mercantiles en Palestina y estaba casado con una mujer judía. Yo firmé el nombramiento, y Fado actuó con la necesaria firmeza. Las armas que fueron distribuidas a los judíos no habían sido devueltas todavía a Helcías; los hombres de Gilead retuvieron las suyas para usarlas contra sus vecinos del este, los árabes de Rabboth Ammon. También hubo muchas armas no devueltas por judíos y galileos, y se formaron entonces bandas de ladrones que causaron grandes daños al país. Pero Fado, con la ayuda de Helcías y del rey Herodes Polio, que estaban ansiosos por demostrar su lealtad, arrestaron a los principales hombres de Gilead, desarmaron a sus seguidores y luego persiguieron a las bandas de ladrones una a una.

Los reyes confederados de Ponto, Comageno, Armenia Menor e Iturea siguieron el consejo que Herodes les había enviado por intermedio de su hermano y demostraron su lealtad a Roma excusándose ante Bardanes por no marchar a su encuentro en las fronteras de Armenia. Pero Bardanes siguió su avance hacia el oeste; estaba decidido a recuperar Armenia. Marso le envió desde Antioquía una severa advertencia, en el sentido de que la guerra contra Armenia significaría la guerra contra Roma. Entonces el rey de Adiabene le dijo a Bardanes que no se incorporaría a la expedición, porque sus hijos se encontraban en Jerusalén y serían apresados como rehenes por los romanos. Bardanes le declaró la guerra, y estaba a punto de invadir su territorio cuando se enteró de que Gotarzes había reunido otro ejército y que tenía nuevamente pretensiones respecto del imperio. Volvió a marchar, y esta vez la batalla entre los hermanos se libró empecinadamente en las orillas del río Carinda, cerca de la costa meridional del mar Caspio. Gotarzes fue derrotado y huyó al país de los dahianos, que se encuentra a unos 650 kilómetros al este. Bardanes lo persiguió, pero después de derrotar a los dahianos no logró convencer a su ejército victorioso de que siguiese avanzando, porque había pasado más allá de los límites del imperio parto. Regresó al año siguiente, y estaba a punto de invadir Adiabene cuando fue asesinado por sus nobles; éstos lo atrajeron a una emboscada cuando se encontraba de caza. Yo me sentí aliviado cuando quedó eliminado, porque era un hombre de gran talento y extraordinaria energía.

Entre tanto el período de funciones de Marso había terminado y me alegré de tenerlo de vuelta en Roma, como consejero. Envié a Casio Longino a ocupar su lugar. Era un célebre jurista, a quien con frecuencia he consultado en difíciles problemas legales, y ex cuñado de mi sobrina Drusila. Cuando la noticia de la muerte de Bardanes llegó a Roma, Marso no se sorprendió. Parece ser que tuvo algo que ver con la conspiración. Me aconsejó que enviara como pretendiente al trono de Partia a Meherdates, el hijo de un ex rey de Partia, que era mantenido como rehén en Roma desde hacía mucho tiempo.

Dijo que podía afirmar que los nobles que habían matado a Bardanes se mostrarían partidarios de Meherdates. Pero Gotarzes volvió a aparecer con un ejército de dahianos, y los asesinos de Bardanes se vieron obligados a rendirle homenaje, de modo que Meherdates tuvo que permanecer en Roma hasta que se presentara una oportunidad más favorable para enviarlo al este. Marso consideraba que dicha oportunidad se presentaría muy pronto. Gotarzes era cruel, caprichoso y cobarde, y no conservaría durante mucho tiempo la lealtad de sus nobles. Tuvo razón. Dos años después llegó una embajada secreta de varios notables del imperio parto, entre ellos el rey de Adiabene, para pedirme que les enviara a Meherdates. Consentí en hacerlo, y elogí los méritos de éste. En presencia de los embajadores le advertí que no debía convertirse en un tirano, sino considerarse simplemente como el principal magistrado y a su pueblo como sus conciudadanos. La justicia y la clemencia no habían sido jamás hasta entonces practicadas por un rey parto. Lo envié a Antioquía. Casio Longino lo escoltó hasta el río Eufrates, y allí le dijo que avanzase hacia Partia en el acto, porque el trono era suyo si actuaba con velocidad y valentía. Pero el rey de Osroene, un pretendido aliado que en secreto era partidario de Gotarzes, detuvo adrede a Meherdates en su corte, con lujosos entretenimientos y cacerías, y luego le aconsejó que fuese por Armenia, en lugar de arriesgarse en una marcha directa a través de Mesopotamia. Meherdates siguió este mal consejo, que dio a Gotarzes tiempo para realizar preparativos, y perdió varios meses llevando su ejército a través de las mesetas nevadas de Armenia. Al salir de Armenia marchó por el Tigris y capturó a Nínive y otras ciudades importantes. El rey de Adiabene le dio la bienvenida a su llegada a la frontera, pero de inmediato se dio cuenta de que era un hombre débil y decidió abandonar su causa a la primera oportunidad. De modo que cuando los ejércitos de Gotarzes y Meherdates se encontraron en combate, este último fue abandonado de pronto por los reyes de Osroene y Adiabene. Luchó con valentía y casi estuvo a punto de triunfar, porque Gotarzes era un comandante tan cobarde, que sus generales tuvieron que encadenarlo a un árbol para impedir que huyera. A la postre Meherdates fue capturado y el valiente Gotarzes lo envió de vuelta a Casio, a modo de burla, con las orejas cortadas. Poco después Gotarzes murió. Y los acontecimientos más recientes desarrollados en Partia no interesarán sin duda a mis lectores más de lo que me han interesado a mí, que en verdad es muy poco.

Mitrídates mantuvo su trono armenio durante algunos años, pero al cabo fue muerto por uno de sus sobrinos, el hijo de su hermano, el rey de Georgia. Se trata de una curiosa historia. El rey de Georgia había gobernado durante cuarenta años, y su hijo mayor se cansó de esperar que muriera y le dejase el trono. Conociendo el carácter de su hijo, y temiendo por su propia vida, el rey le aconsejó que se apoderase del trono de Armenia, que era un reino más grande y rico que Georgia. El hijo aceptó. El rey entonces fingió reñir con él, y el hijo huyó a Armenia para ponerse bajo la protección de Mitrídates, quien lo recibió bondadosamente y le dio su hija en matrimonio. De inmediato comenzó a intrigar contra su benefactor. Volvió a Georgia, fingió reconciliarse con su padre, que luego riñó con Mitrídates y dio a su hijo el mando de un ejército invasor. El coronel romano que actuaba como asesor político de Mitrídates propuso una conferencia entre éste y su yerno, y Mitrídates convino concurrir a ella. Fue traicioneramente capturado por tropas georgianas, en el momento en que estaba a punto de sellar su pacto de sangre, y ahogado con mantas. Cuando el gobernador de Siria se enteró de este acto espantoso, llamó a un consejo de su estado mayor para decidir si Mitrídates debía ser vengado por una expedición punitiva contra su asesino, quien ahora reinaba en su lugar. Pero la opinión general parecía ser que cuanto más traicionera y sanguinaria fuera la conducta de los reyes orientales en nuestra frontera, mejor era para nosotros —la seguridad del imperio romano descansaba sobre la desconfianza mutua de

nuestros vecinos—, y que no había que hacer nada. Pero el gobernador, para demostrar que no aceptaba el asesinato, envió una carta formal al rey de Georgia, ordenándole que retirase sus fuerzas y llamase a su hijo. Cuando los partos se enteraron de esta carta, consideraron que era una buena oportunidad para reconquistar Armenia. Y por lo tanto la invadieron y el nuevo rey huyó, y luego ellos tuvieron que abandonar la expedición porque era un invierno cruelísimo, y perdieron una gran cantidad de hombres de resultas del frío y las enfermedades, de modo que el rey regresó... ¿Pero para qué continuar la historia? Todas las historias orientales son el mismo ir y venir sin sentido, a menos que alguna vez —pero tan pocas que casi parece nunca— surja un dirigente que proporcione sentido y dirección al flujo y reflujo. Heredes Agripa era uno de esos dirigentes, pero murió antes de poder dar pruebas concretas de su genio. En cuanto a las esperanzas judías de un Mesías, fueron otra vez encendidas por cierto Teúdas, mago de Gilead, que reunió a una gran cantidad de seguidores durante la gobernación de Fado y les dijo que lo siguieran hasta el río Jordán, porque lo separaría como había hecho en una ocasión el profeta Elisha, y los conduciría, con los pies secos, a apoderarse de Jerusalén. Fado envió una tropa de caballería, atacó al fanático grupo, capturó a Teúdas y le cortó la cabeza. (No ha habido luego pretendientes al título, si bien es verdad que la secta acerca de la cual me escribió Herodes, los seguidores de Josué ben Josef, o Jesús, parece haber hecho considerables progresos en épocas recientes, aun en Roma. La esposa de Aulo Plaucio fue acusada ante mí de haber concurrido a uno de los ágapes, pero Aulo se encontraba en Bretaña, y yo acallé el asunto para no mortificarlo.) Y la tarea de Fado fue dificultada por un fracaso de la cosecha en Palestina. Se descubrió que el Tesoro de Herodes estaba casi vacío (y no es extraño, por la forma en que gastaba su dinero), de modo que no hubo medio alguno de aliviar el hambre comprando cereales en Egipto. Pero organizó una comisión de ayuda entre los judíos, y se encontró dinero para que pudiesen pasar el invierno. Pero luego la cosecha volvió a fracasar, y si no hubiese sido por la reina madre de Adiabene, que entregó todos sus tesoros para la compra de cereales en Egipto, cientos de miles de judíos habrían muerto. Los judíos consideraron el hambre como la venganza de Dios sobre toda la nación por el pecado de Herodes. El segundo fracaso de la cosecha fue en verdad no tanto culpa del tiempo como de los campesinos judíos. Estos se encontraban tan desanimados, que en lugar de sembrar las simientes que les había proporcionado el sucesor de Fado (el hijo de Alejandro el Alabarca, que había abandonado el judaísmo), se las comieron o incluso las dejaron brotar en los sacos. Los judíos son una raza extraordinaria. Bajo la gobernación de cierto Cumano, que vino luego, hubo grandes perturbaciones. Me temo que Cumano no fuera una gran elección, y sus funciones comenzaron con un gran desastre. Siguiendo el precedente romano, había apostado un batallón de regulares en los patios del templo, para mantener el orden durante la gran fiesta judía de Pascua, y uno de los soldados, que tenía cierto resentimiento contra los judíos, se abrió las bragas durante la parte más sagrada del festival y dejó a la vista sus partes pudendas, para que fuesen contempladas por los feligreses, mientras gritaba:

—¡Eh, judíos, miren aquí! Aquí hay algo digno de verse.

Eso inició un motín, y Cumano fue acusado por los judíos de haber ordenado al soldado que hiciese esa exhibición provocativa y tonta. Como es natural, se disgustó, le gritó a la multitud que se callase y continuara con su festival en forma ordenada. Pero los judíos se tornaron cada vez más amenazadores. A Cumano le pareció que un solo batallón no era suficiente, dadas las circunstancias, y para aterrorizar a la multitud envió a buscar toda la guarnición. Cosa que en mi opinión fue un grave error de juicio. Las calles de Jerusalén son muy estrechas y tortuosas y estaban atestadas de enormes

cantidades de judíos que habían llegado, como de costumbre, de todo el mundo, para celebrar el festival. Entonces surgió el grito:

—¡Llegan los soldados! ¡Corran para salvar la vida!

Todos corrieron para salvar la vida. Y si alguien tropezaba o caía era pisoteado; en las esquinas de las calles, donde se encontraban dos torrentes de fugitivos, la presión era tan grande desde atrás, que miles de hombres murieron aplastados. Los soldados ni siquiera desenvainaron las espadas, y sin embargo no menos de 20.000 judíos murieron en el pánico. El desastre fue tan abrumador, que el día final del festival no se celebró. Luego, cuando la multitud se dispersaba rumbo a sus hogares, un grupo de hombres de Galilea encontró a uno de mis administradores egipcios, que viajaba de Alejandría a Acre para reunir cierto dinero que se me adeudaba. Al mismo tiempo se dedicaba a algunos negocios personales y los galileos lo despojaron de un valiosísimo cofrecito de joyas. Cuando Cumano se enteró de esto, tomó represalias en las aldeas más cercanas a la escena del robo (en las fronteras de Samaría y Judea), haciendo caso omiso de que los ladrones eran indudablemente galileos por su acento, y que sólo estaban de paso. Envío un grupo de soldados a saquear las aldeas y arrestar a los principales ciudadanos. Y al saquear las casas, uno de los soldados encontró un ejemplar de las Leyes de Moisés. Lo agitó sobre su cabeza y luego comenzó a leer una obscena parodia de las Sagradas Escrituras. Los judíos aullaron de horror ante la blasfemia y quisieron quitarle el pergamino. Pero él se alejó riendo, rasgando el pergamino en pedazos y dispersándolos tras de sí. La indignación fue tan grande, que cuando Cumano se enteró de los hechos, se vio obligado a matar al soldado, como advertencia a sus camaradas y señal de buena voluntad hacia los judíos.

Unos meses después algunos galileos viajaron a Jerusalén, para otro festival, y los habitantes de una aldea samaritana no los dejaron pasar debido a los disturbios anteriores. Los galileos insistieron en pasar, y en la lucha que siguió hubo varios muertos. Los sobrevivientes fueron a pedir satisfacciones a Cumano, pero éste no les dio ninguna, y les dijo que los samaritanos tenían perfecto derecho a impedirles pasar por la aldea. ¿Por qué no habían ido a campo traviesa? Los galileos llamaron a un famoso bandido en su ayuda y se vengaron de los samaritanos saqueando sus aldeas. Cumano llamó a los samaritanos y los armó, y con cuatro batallones de la guarnición de Samaría atacó a los incursores galileos, y mató o capturó a una gran cantidad de ellos. Más tarde una delegación de samaritanos fue a ver al gobernador de Siria y le pidió satisfacciones contra otro grupo de galileos a quienes acusaban de haber incendiado sus aldeas. El gobernador fue a Samaria decidido a terminar con este asunto de una vez por todas. Hizo crucificar a los galileos capturados y luego estudió cuidadosamente el origen de los disturbios. Descubrió que los galileos tenían derecho de paso a través de Samaría y que Cumano habría debido castigar a los samaritanos por las perturbaciones en lugar de ayudarlos, y que su acción al tomar represalias sobre las aldeas de Judea y Samaría por un robo cometido por galileos era injustificada. Y más aun, que la violación primitiva del orden, la indecente actuación del soldado durante el festival de Pascua, había sido tolerada por el coronel del batallón, quien rió a carcajadas y dijo que si a los judíos no les gustaba el espectáculo no estaban obligados a presenciarlo. Un cuidadoso examen de las pruebas decidió también que las aldeas habían sido quemadas por los propios samaritanos, y que la compensación que pedían eran muchas veces superior al valor de las propiedades destruidas. Antes de iniciar el fuego, todos los objetos de valor habían sido cuidadosamente sacados de las casas. De modo que envié a Cumano, el coronel, los litigantes samaritanos y una cantidad de testigos judíos a Roma, donde yo los juzgué. Las pruebas eran contradictorias, pero eventualmente llegué a la misma conclusión que el gobernador. Exilé a Cumano en el mar Negro, ordené que los



litigantes samaritanos fuesen ejecutados como embusteros e incendiarios, e hice que el coronel que se había reído fuese llevado de vuelta a Jerusalén para ser paseado por las calles de la ciudad y execrado en público, y que luego fuese ejecutado en la escena de su crimen, porque consideraba como un crimen que un oficial, cuyo deber es mantener el orden en un festival religioso, inflame deliberadamente los sentimientos populares y provoque la muerte de 20.000 personas inocentes. Después de eliminar a Cumano recordé el consejo de Heredes y envié a Félix como gobernador. Eso fue hace tres años, y todavía está allí, con dificultades, porque el país se encuentra en un estado de suma perturbación, asolado por bandidos. Se ha casado con la más joven de las hijas de Heredes; ésta estuvo casada antes con el rey de Homs, pero lo abandonó. La otra hija se casó con el hijo de Helcías. Herodes Polio ha muerto, y el joven Agripa, que gobernó en Calcis durante cuatro años después de la muerte de su tío, ha sido nombrado ahora, por mí, rey de Bashán.

En Alejandría hubo nuevas perturbaciones, hace tres años, y gran cantidad de muertes. Investigué el caso en Roma y descubrí que los griegos habían vuelto a provocar a los judíos, interrumpiendo sus ceremonias religiosas. Los castigué de acuerdo con ello.

Esto, entonces, por lo que respecta al Oriente, y quizás ahora sea conveniente terminar mi relato de los acontecimientos en otras partes del imperio, a fin de poder concentrarme en mi historia principal, que ahora se centra en Roma.

Más o menos por la misma época en que los partos pedían un rey en Roma, los queruscos, la gran confederación germana sobre la cual había gobernado Hermann, hacían lo propio. Hermann había sido asesinado por miembros de su propia familia, por tratar de reinar sobre un pueblo libre en forma despótica, y luego estalló una pendencia entre sus dos principales asesinos, sus sobrinos, que condujo a una prolongada guerra civil, y finalmente a la extinción de toda la casa real querusca, con una sola excepción. La excepción era Itálico, el hijo de Flavio, hermano de Hermann. Flavio permaneció leal a Roma en la época en que Hermann tendió una traicionera emboscada y diezmó los tres regimientos de Varo, pero fue muerto por Hermann en un combate, unos años después, mientras servía a las órdenes de mi hermano Germánico. Itálico nació en Roma y fue incorporado a la Noble Orden de los Caballeros, como su padre. Era un joven hermoso y dotado, y había recibido una buena educación romana, pero previendo que algún día pudiese ocupar el trono querusco insistí en que aprendiese el uso de las armas germanas, así como de las romanas, y en que estudiase su idioma natal y sus leyes con gran atención. Miembros de mi guardia de Corps fueron sus instructores. También le enseñaron a beber cerveza: un príncipe germano que no sabe beber jarro tras jarro con sus thengs es considerado un hombre sin carácter.

Entonces llegó una delegación querusca a Roma para pedir que Itálico fuese su nuevo rey. Crearon un gran alboroto en el teatro, en la primera tarde de su llegada.

Ninguno de ellos había estado nunca en Roma. Me visitaron en palacio y se les dijo que me encontraba en el teatro, de modo que me siguieron allí. En ese momento se representaba una comedia de Plauto, *El hombre truculento*, y todos escuchaban con la máxima atención. Se les indicaron sus asientos públicos, que no eran muy buenos, porque estaban ubicados muy arriba, y casi no se escuchaba lo que se decía en el escenario. Cuando se sentaron miraron en torno y comenzaron a preguntar en voz alta:

—¿Estos son asientos honorables?

Los ujieres les aseguraron, en cuchicheos, que lo eran.

—¿Dónde se sienta César? ¿Cuáles son sus thengs principales? —preguntaron. Los acomodadores señalaron la platea.

—Allí está César. Pero sólo se sienta allí porque es un poco sordo. Los asientos en que están ustedes son realmente los más honorables. Cuanto más altos, más honorables.

—¿Quiénes son esos hombres de piel oscura y gorros enojados, que están sentados muy cerca de César?

—Esos son embajadores de Partía.

—¿Qué es Partía?

—Un gran imperio de Oriente.

—¿Por qué están sentados allí? ¿No son honorables? ¿Es a causa de su color?

—Oh, no, son muy honorables —dijeron los acomodadores—. Pero por favor, no hablen tan fuerte.

—¿Y entonces por qué están sentados en asientos tan humildes? —insistieron los germanos.

—¡Silencio, silencio! ¡Silencio, bárbaros, no podemos escuchar! —y otras protestas similares de la multitud.

—En homenaje a César —mintieron los acomodadores—. Juran que si la sordera de César lo obliga a ocupar un asiento tan humilde, ellos no tendrán la presunción de sentarse más arriba.

—¿Y esperas que un miserable grupo de negros nos supere en cortesía? —gritaron los germanos, indignados—. ¡Vamos, hermanos, bajemos!

La obra tuvo que ser interrumpida durante cinco minutos, mientras se abrían paso por entre los asientos y se instalaban, triunfalmente, entre las vírgenes vestales. Bien, no lo hicieron por molestar, y los saludé tan honorablemente como se merecían, y esa noche, en la cena, acepté darles el rey que pedían. Por supuesto, me alegré de poder hacerlo. Envié a Itálico a través del Rhin, con una admonición que contrastaba extrañamente con la que había dado a Meherdates antes de enviarlo al otro lado del Eufrates. Porque los partos y los queruscos son dos razas muy disímiles, supongo, tanto como cualesquiera que se pueda encontrar en el mundo. Mis palabras a Itálico fueron las siguientes: —Itálico, recuerda que eres llamado a gobernar sobre una nación libre. Has sido educado como romano y estás acostumbrado a la disciplina romana. Ten cuidado de no esperar otro tanto de tus tribus, ni exigirles lo que un magistrado o general romanos esperarían de sus subordinados. A los germanos se los puede convencer, pero no obligar. Si un comandante romano le dice a un subordinado militar: «Toma tantos hombres, ve a tal o cual lugar y levanta murallas de tantos pasos de longitud, espesor y altura», el coronel te contesta: «Muy bien, general». Y se va sin discusiones, y la muralla queda levantada en el término de veinticuatro horas. Pero a un querusco no puedes hablarle de esa manera. Querrán saber exactamente por qué quieres levantar la muralla, y contra quién, ¿y no sería mejor enviar a algún otro, de menos importancia, para ejecutar esta tarea poco honorable —las murallas son un signo de cobardía, argumentará—, y qué regalos le concederás si consiente, por su propia voluntad, en cumplir con tu sugerencia? El arte de gobernar a tus compatriotas, mi amigo Itálico, consiste en no darles jamás una orden directa, sino en expresar tus deseos con claridad, disfrazándolos de simples consejos de política estatal. Que tus thengs piensen que están haciéndote un favor, y que por lo tanto se honran a sí mismos, al cumplir con estos deseos por su libre voluntad. Si es preciso realizar una tarea desagradable o ingrata, conviértela en una cuestión de rivalidad entre los thengs que tendrán el honor de llevarla a cabo, y no dejes jamás de recompensar con brazaletes de oro y armas los servicios que en Roma serían considerados como obligaciones de rutina. Pero sobre todo, sé paciente y no pierdas jamás los estribos.

Y así se fue, con grandes esperanzas, como se había ido Meherdates, y fue recibido por la mayoría de los thengs, que sabían que no tenían oportunidad alguna de ocupar el

trono vacante y que se sentían los más aptos de todos los pretendientes nativos. Itálico no conocía las entretelas de la política doméstica querusca, y se podía contar con él para que se comportase con razonable imparcialidad. Pero había una minoría de hombres que se consideraban dignos del trono y que olvidaron por un tiempo sus rencillas para unirse contra Itálico. Esperaban que éste haría muy pronto un embrollo de la tarea de gobernar, debido a su ignorancia. Pero los desilusionó, gobernando notablemente bien. Entonces visitaron en secreto a los jefes de tribus aliadas, para tratar de enemistarlos con el intruso romano.

—La antigua libertad de Germania ha desaparecido —se lamentaron—, y el poder de Roma triunfa. ¿No hay ningún querusco nativo digno del trono, para que el hijo de Flavio, el espía y traidor, deba usurparlo?

Gracias a esto reunieron un gran ejército patriota. Pero los partidarios de Itálico declararon que éste no había usurpado el trono, sino que le había sido ofrecido con el consentimiento de la mayoría de la tribu. Y que era el único príncipe real que quedaba, y que si bien había nacido en Italia, conocía, por haberlos estudiado concienzudamente, el idioma, las costumbres y las armas germanas, y que gobernaba con suma justicia. Que su padre Flavio, lejos de ser un traidor, había jurado, por el contrario, amistad con los romanos, juramento aprobado por toda la nación, incluso por su hermano Hermann, y que, a diferencia de Hermano, no había violado el juramento. En cuanto a la antigua libertad de los germanos, eso era una hipocresía: los hombres que la mencionaban no vacilarían en destruir la nación por medio de renovadas guerras civiles.

En una gran batalla librada entre Itálico y sus rivales, aquél salió victorioso, y su victoria fue tan completa, que pronto se olvidó de mi consejo y se impacientó, y dejó de acomodarse a la independencia y vanidad germanas. Comenzó a dar órdenes a sus thengs. Estos lo expulsaron en el acto. Luego fue repuesto en el trono por la ayuda armada de una tribu vecina, y vuelto a expulsar. Yo no hice intento alguno de intervenir. En el oeste como en el este, la seguridad del imperio romano reposa principalmente en las disensiones de nuestros vecinos. En la época en que escribo esto, Itálico es rey otra vez, pero es grandemente odiado, si bien ha librado una guerra con éxito contra los chatias.

Para ese entonces hubo disturbios más al norte. El gobernador de la provincia del Rin Inferior murió de pronto, y el enemigo reinició sus incursiones a través del río. Tenían un dirigente capaz, del mismo tipo que el nómada Tacfarinas, quien había provocado tantos problemas bajo Tiberio. Como Tacfarinas, era un desertor de nuestros regimientos auxiliares, y había adquirido un considerable conocimiento de nuestras tácticas. Se llamaba Ganasco, era un frigio y realizaba sus operaciones en gran escala. Capturó gran cantidad de trasportes fluviales livianos y se convirtió en pirata en las costas de Flandes y Brabante. El nuevo gobernador que designé se llamaba Corbulo, y era un hombre por el cual yo no tenía un gran aprecio personal, pero cuyo talento utilicé con agradecimiento. En una ocasión Tiberio lo había nombrado Comisionado de Carreteras, y él pronto envió un severo informe acerca de los fraudes a que se dedicaban los contratistas y de la negligencia de los magistrados provinciales cuya tarea consistía en cuidar que las carreteras estuviesen en buen estado. Tiberio, actuando sobre la base del informe, cobró a los acusados fuertes multas. Las multas no guardaban proporción alguna con la culpabilidad de los hombres, porque los magistrados anteriores eran quienes habían permitido que las carreteras se arruinasen, y esos contratistas sólo fueron empleados para reparar los peores lugares. Cuando Calígula reemplazó a Tiberio y comenzó a sentir la necesidad de dinero, entre otras tretas y artimañas, volvió a sacar a la luz el informe de Corbulo y multó a todos los magistrados y contratistas provinciales anteriores, en la misma escala en que habían sido multados los otros por Tiberio.

Cuando yo reemplacé a Calígula, devolví estas multas, conservando sólo lo que se necesitaba para reparar las carreteras: una quinta parte de la cantidad total. Es claro que Calígula no había usado el dinero para reparar las carreteras, y tampoco lo había hecho Tiberio, y los caminos se encontraban en peor estado que nunca. Yo los reparé, e introduje reglamentaciones especiales de tránsito, limitando el uso de los coches particulares pesados en los caminos de campo. Estos coches hacían mucho más daño que los carros que traían mercancías a Roma, y no me pareció correcto que las provincias debieran pagar por el lujo y los placeres de algunos ociosos hombres de dinero. Si los ricos caballeros romanos querían visitar sus fincas campestres, que usasen literas, o viajasen a caballo. Pero estaba hablando de Corbulo. Lo conocía como a un hombre de gran severidad y precisión, y la guarnición de la Provincia Inferior necesitaba un ordenador que restableciese allí la disciplina. El gobernador que había muerto era demasiado complaciente. La llegada de Corbulo a su cuartel de Colonia recordó, la de Galba a Maguncia. (Galba era ahora mi gobernador de África.) Ordenó que un soldado fuese azotado porque lo encontró inadecuadamente vestido, cuando cumplía deberes de centinela en el campamento. El hombre estaba sin afeitarse, hacía por lo menos un mes que no se cortaba el cabello y su capa militar tenía un fantástico color amarillo, en lugar del reglamentario castaño rojizo. No mucho después de esto, Corbulo ejecutó a otros dos por «abandonar sus armas frente al enemigo»: estaban cavando una trinchera y habían dejado sus espadas en sus tiendas. Esto asustó a las tropas, pero las obligó a ser eficientes otra vez, y cuando Corbulo se lanzó al campo de batalla contra Ganasco y demostró que era además un general capaz, así como un estricto disciplinario, hicieron todo lo que podía esperarse de ellos. Los soldados, o por lo menos los soldados viejos, siempre prefieren un general digno de confianza, por severo que sea, a un general incompetente, por más humano que éste fuere. Corbulo preparó barcos de guerra, persiguió y hundió la flota pirata de Ganasco y luego se dirigió costa arriba y obligó a los frigios a entregar rehenes y jurar fidelidad a Roma. Redactó para ellos una constitución basada en el modelo romano, y construyó y guarneció una fortaleza en su territorio. Todo esto estaba muy bien, pero en lugar de detenerse allí, Corbulo se internó en el país de los chaucios mayores, que no habían participado en las incursiones. Se enteró de que Ganasco se había refugiado en un altar chaucio y envió una tropa de caballería para perseguirlo y matarlo. Esto era un insulto para los hombres de Chaucia, y después de asesinar a Ganasco la misma tropa se dirigió a Ems y allí, en Emsbuhren, presentó al consejo tribal de los chaucios las exigencias de Corbulo, de inmediata sumisión y pago de un fuerte tributo anual.

Corbulo me informó de sus acciones y yo me enfurecí terriblemente con él. Había hecho muy bien en librarse de Ganasco, pero reñir con los chaucios era un asunto completamente distinto. No teníamos tropas suficientes para dedicarlas a una guerra; y si los hombres de Chaucia Mayor pedían ayuda a los de Chaucia Menor, y los frigios volvían a rebelarse, necesitaría encontrar fuertes refuerzos en alguna parte, cosa que no era posible debido a nuestros compromisos en Bretaña. Le ordene que volviese a cruzar el Rhin en el acto.

Corbulo recibió mis órdenes antes de que los hombres de Chaucia hubiesen tenido tiempo de contestar su ultimátum. Se encolerizó conmigo, creyendo que yo sentía celos de cualquier general que se atreviese a competir con mis hazañas militares. Recordó a su estado mayor que a Geta no se le habían concedido adecuados honores por su magnífica conquista de Marruecos y la captura de Salabo; y dijo que, si bien yo había hecho ahora que resultase legal que los generales que no fueran de la familia real festejaran el triunfo, en ía práctica, según parecía, a nadie, aparte de mí mismo, se le permitía dirigir una campaña por la cual semejantes triunfos pudiesen ser legalmente concedidos. Mis

pretensiones antidespóticas eran una simple ficción: en realidad era tan gran tirano como Calígula, pero lo ocultaba mejor. También dijo que retractarse de las amenazas que había hecho en mi nombre significaría una disminución del prestigio romano, y que nuestros aliados se reirían de él, lo mismo que nuestras propias tropas. Pero esto no fue más que un discurso colérico a su estado mayor; lo único que dijo a sus tropas, cuando tocó la señal de retirada general, fue: —Hombres, César Augusto nos ordena que volvamos a cruzar el Rhin. Todavía no sabemos por qué ha llegado a esta decisión, y no podemos ponerla en discusión, si bien confieso que yo, por mi parte, me siento grandemente desilusionado. ¡Cuan dichosos fueron los generales romanos que dirigieron nuestro ejército en épocas antiguas!

Pero se le concedieron ornamentos triunfales y yo también le escribí una carta personal, disculpándole de las airadas acusaciones que, le dije, había hecho contra mí, según estaba enterado. Le escribí que si él se había enojado, pues también me había enojado yo al enterarme de su provocación contra los chaucios; y aunque no era justo que me acusase de motivos de envidia, me censuraba a mí mismo por haberle enviado un despacho tan lacónico, en lugar de explicarle en detalle los motivos que tuve para ordenarle que se retirase. A continuación le expliqué más motivos. Me escribió una hermosa disculpa, retirando las acusaciones de despotismo y celos, y creo que ahora nos entendemos. Para mantener sus tropas ocupadas y no permitirles ocio alguno durante el cual pudieran reírse de él, las hizo trabajar en un canal de 27 kilómetros, entre el Meuse y el Rhin, a fin de llevar las ocasionales inundaciones del mar hacia esa región llana.

Desde entonces no hubo otros acontecimientos de importancia que registrar en Germania, salvo, hace cuatro años, otra incursión de los chaucios. Cruzaron el Rhin con grandes fuerzas, una noche, a pocos kilómetros al norte de Maguncia. El comandante de la Provincia Superior era Secundo, el cónsul que se había portado con indecisión cuando yo me convertí en emperador. También se suponía que era el mejor poeta romano viviente. Personalmente, tengo muy poco aprecio por los poetas modernos, y menos aun por los de la época de Augusto. Su poesía no me parece sincera. Para mí Cátulo fue el último de los verdaderos poetas. Puede que la poesía y la libertad vayan juntas, y que bajo una monarquía la verdadera poesía muera y lo mejor que pueda esperarse sea una bella retórica y notables ejercicios métricos. Por mi parte cambiaría todos los doce libros de La Eneida, de Virgilio, por un solo libro de Los Anales de Enio. Enio, que vivió en los más grandes días republicanos de Roma y que contó con el gran Escipión como su amigo personal, fue lo que yo llamaría un verdadero poeta. Virgilio no fue otra cosa que un notable versificador. Compárese a los dos cuando escriben acerca de una batalla; Enio escribe como el soldado que fue (se elevó de las filas hasta llegar a capitán), Virgilio como un culto espectador desde una colina distante. Virgilio tomó mucho prestado de Enio. Algunos dicen que superó el tosco genio de éste, gracias a su culta felicidad de frase y ritmo. Pero es una tontería. Es como la fábula de Esopo, del reyezuelo y el águila. E incluso aunque uno pueda dedicarse a analizar bellezas aisladas, ¿dónde se encontrará en Virgilio un pasaje que iguale en sencilla grandeza estos versos de Enio?:

*Fraxinu frangitur atque abies consternitur alta.  
Pinus proceras pervortunt: omne sonabat  
Arbustum frtmitu silvai frondosai.*<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> El fruto fue cortado, derribado el alto abeto blanco; voltearon los pinos principescos, El bosque de innumerables hojas resonó con la caída de los árboles

Pero son intraducibles, y de cualquier modo no estoy escribiendo un tratado sobre poesía, y si bien la poesía de Secundo fue, en mi opinión, tan poco sincera y digna de elogio como su conducta en el Senado en aquella ocasión, por lo menos fue capaz de enfrentar decididamente a los chatios, al regreso de éstos, con dos divisiones, para el saqueo de nuestros aliados franceses. Las fuerzas de Secundo rodearon y derrotaron a ambas divisiones enemigas, matando a diez mil hombres y capturando a otros tantos prisioneros. Se le concedieron ornamentos triunfales, pero las reglamentaciones que regían la concesión de los triunfos no me permitieron otorgarle uno.

En fecha reciente había concedido un honor similar al predecesor de Secundo, cierto Curcio Rufo, quien si bien era el hijo de un gladiador, había ascendido, durante el reinado de Tiberio, a la dignidad de magistrado de primera fila. (Tiberio le había concedido esta designación, a pesar de la competencia de varios hombres de cuna y distinción, afirmando : «Sí, pero Curcio Rufo es su propio ilustre antepasado».) Rufo había llegado a ambicionar los ornamentos triunfales, pero tenía conciencia de que yo no aprobaba que buscara pendencias con el enemigo. Estaba enterado de la existencia de una veta de plata que había sido descubierta a varios kilómetros, al otro lado del río, durante el reinado de Augusto, antes de la derrota de Varo, y envió a un regimiento para explotarla. Obtuvo una buena cantidad de plata antes de que la veta se internase demasiado hacia abajo para poder trabajarla... En verdad, la bastante cantidad de plata para pagar a todo el ejército del Rin durante dos años. Por supuesto, esto valía ornamentos triunfales. Las tropas descubrieron que el trabajo de minería era sumamente arduo y me escribieron una divertida carta en nombre de todo el ejército:

*Las leales tropas de Claudio César le envían sus mejores deseos y esperan sinceramente que él y su familia continúen gozando de una larga vida y una perfecta salud. También ruegan que en el futuro conceda a sus generales ornamentos triunfales antes de enviarlos a dirigir ejércitos, porque entonces no se sentirán obligados a ganarlos haciendo que las leales tropas del César suden y se atañen en minas de plata, construcción de canales y tareas por el estilo, que serían mejor realizadas por prisioneros germanos. Si César permite que sus leales tropas crucen el Rin y capturen a un par de miles de chatios, se sentirán encantados de hacerlo, de la mejor forma posible.*

# Capítulo 25

## Año 45

Al año siguiente de la muerte de Herodes celebré el primer festival anual en honor del triunfo británico, y recordando las quejas que había escuchado esa noche en las escalinatas del templo de Castor y Polux, distribuí dinero al populacho: tres piezas de oro por cabeza, y media de oro más por cada hijo de la familia que no hubiese llegado a la mayoría de edad.

En un caso tuve que pagar 12 1/2 piezas de oro, pero eso fue porque había varios mellizos en la familia. El joven Silano y el joven Pompeyo me ayudaron en la distribución. Cuando digo que había eliminado todos los impuestos extraordinarios de Calígula y devuelto a los hombres lo que éste les había robado, y que continuaban los trabajos en el plan del puerto de Ostia y en los acueductos y en el sistema de drenaje del lago Fucino, y que, sin defraudar a nadie, pude pagar esas piezas de oro y todavía quedar con una buena cantidad de dinero en el Tesoro público, se admitirá, según creo, que había trabajado bastante bien en estos últimos cuatro años.

El astrónomo Barbilo (a quien me referí en mi carta a los alejandrinos) hizo algunos abstrusos cálculos matemáticos y me informó que en el día de mi cumpleaños se produciría un eclipse de sol. Esto me causó alguna alarma, porque un eclipse es uno de los presagios más infortunados que pueden ocurrir en vida de una persona, y si se producía en mi cumpleaños, que era también un festival en honor de Marte, inquietaría grandemente a la gente y proporcionaría a todos los que desearan asesinar me una gran confianza en cuanto al éxito. Pero pensé que si prevenía al pueblo de antemano que el eclipse debía ocurrir, tendría una idea muy distinta al respecto. No se mostraría desalentado, sino incluso contento de saber lo que estaba por venir y de entender la mecánica del fenómeno. Publiqué una proclama:

*Tiberio Claudio Druso Nerón César Augusto Germánico Británico, emperador, Padre de la Patria, Sumo Pontífice, Protector del Pueblo durante el quinto año sucesivo, tres veces cónsul, al Senado, al Pueblo y a los Aliados de Roma, salud.*

*Mi buen amigo Tiberio Claudio Barbilo, de la ciudad de Efeso, efectuó el año pasado ciertos cálculos astronómicos, confirmados desde entonces por algunos colegas astrónomos de la ciudad de Alejandría, donde florece esa ciencia, y descubrió que un eclipse de sol, total en algunas partes de Italia, parcial en otras, tendrá lugar el primer día de agosto próximo. Ahora bien, no quiero que sientan alarma alguna en este sentido, si bien en el pasado este fenómeno natural ha despertado terrores supersticiosos. En las épocas antiguas era un acontecimiento repentino e inexplicable, y se lo consideraba como una advertencia de los propios dioses, en el sentido de que la dicha quedaría eliminada de la tierra durante algún tiempo, del mismo modo que los rayos del sol, dadores de vida, desaparecían durante un tiempo. Pero ahora entendemos tan bien los eclipses, que podemos llegar a profetizar: «En tal o cual día se*

*producirá un eclipse». Y creo que todos deben sentirse a la vez orgullosos y aliviados por el hecho de que los antiguos terrores hayan sido eliminados por fin por la fuerza del razonamiento humano inteligente.*

*La que sigue, pues, es la explicación que dan mis sabios amigos. La luna, que gira en su órbita debajo del sol, ya sea inmediatamente debajo de él o quizá con los planetas Mercurio y Venus entre uno y otro —este es un punto en discusión y no afecta a la argumentación—, tiene un movimiento longitudinal, como el sol, y un movimiento vertical, como también probablemente lo tiene el sol. Pero además tiene un movimiento latitudinal, que el sol jamás efectuó en circunstancia alguna. Por lo tanto, debido a este movimiento latitudinal, la luna se coloca en línea directa con el sol, sobre nuestras cabezas, y pasa, invisible, bajo su ardiente disco... invisible, porque el sol es tan luminoso, que de día, como se sabe, la luna se convierte en una simple nada; entonces los rayos que normalmente parten del sol hacia la tierra son oscurecidos por la interposición de la luna. Para algunos de los habitantes de la tierra, este oscurecimiento dura más que para otros, según su posición geográfica, y algunos no son afectados por ella en nada. El hecho es que el sol jamás pierde en realidad su luz, como suponen los ignorantes, y que por consiguiente aparece en su total esplendor a todas las personas entre las cuales y el sol no pasa la luna.*

*Esta es una explicación sencilla, pues, de un eclipse del sol... un asunto tan sencillo como si cualquiera de ustedes cubriese la llama de una vela o de una lámpara de aceite con la mano, y dejase toda la habitación sumida en una oscuridad temporal. (De paso, el eclipse de luna es causado por el hecho de que la luna se ubica en el cono de sombra arrojado por la tierra cuando el sol está debajo de ella; sólo sucede cuando la luna pasa a través del punto medio, en su movimiento latitudinal.) Pero en los distritos más afectados por el eclipse, que están indicados en el mapa adjunto, deseo que todos los magistrados y otras autoridades responsables tomen todas las precauciones posibles contra el pánico popular, o contra el robo a cubierto de la oscuridad, y que impidan que la gente contemple el sol durante su eclipse, a no ser a través de trozos de cuerno o de vidrio oscurecidos con humo de vela, porque para los que tienen la vista débil hay peligro de ceguera.*

Creo que debo de haber sido el primer gobernante, desde la creación del mundo, que haya emitido una proclama de esta especie. Y tuvo muy buen efecto, si bien, por supuesto, la gente del campo no entendió palabras como «longitudinal» y «latitudinal». El eclipse ocurrió exactamente tal como se había previsto, y el festival se llevó a cabo como de costumbre, aunque se ofrecieron sacrificios especiales a Diana, como diosa de la luna, y a Apolo, como dios del sol.

Gocé de perfecta salud durante todo el año siguiente, nadie trató de asesinarme, y la única revolución que se intentó terminó en forma ignominiosa para su principal promotor. Este era Asinio Gallo, nieto de Asinio Polio e hijo de la primera esposa de Tiberio, Vipsania, y de Galo, con quien luego se casó, y a quien Tiberio odiaba tanto que al cabo lo hizo morir lentamente de hambre. Resulta curioso lo adecuados que son los nombres de algunas personas. Gallus significa gallo, y Asinus significa burro, y Asinio era el más absoluto burro-gallo, por su jactanciosidad y estupidez, que pudiese encontrarse en un mes de búsqueda por toda Italia. ¡Imagínense: no había reunido tropas ni fondos para su revolución, sino que creía que la fuerza de su personalidad, respaldada por la nobleza de su nacimiento, le conquistarían inmediatos adherentes!



Un día apareció en la Plataforma de las Oraciones, en la plaza del Mercado, y comenzó a perorar ante la multitud que muy pronto se reunió, describiéndole los males de la tiranía, analizando el asesinato de su padre por Tiberio, y diciendo cuan necesario era desarraigar de Roma a la familia de César y entregar la monarquía a quien fuese digno de ella. Por sus misteriosas insinuaciones la muchedumbre entendió que se refería a sí mismo, y comenzó a reír y aplaudir. Era un pésimo orador y el hombre más feo del Senado; no tenía más de 1,45 de estatura, hombros caídos, una cara larga, cabellos rojizos y una minúscula naricita roja y brillante (sufría de indigestión), y sin embargo se consideraba un Hércules y un Adonis. Creo que no hubo una sola persona en la plaza del Mercado que lo tomase en serio, y empezaron a circular todo tipo de bromas como: «Asinus in tegulis» y «Asinus ad lyram» y «Ex Gallo lac et ova». (Un burro sobre las baldosas del tejado es una expresión proverbial para describir cualquier repentina aparición grotesca, y un burro tocando la lira representa una ejecución absurdamente incompetente, y la leche de gallo y los huevos de gallo representan esperanzas carentes de sentido.) Pero continuaron aplaudiendo todas las frases para ver qué absurdo vendría después. Y en efecto, cuando terminó su discurso trató de conducir a todo el populacho a palacio, para deponerme. Lo siguieron en larga columna, de a ocho en fondo, hasta llegar a veinte pasos de la puerta exterior de palacio, y de pronto se detuvieron y lo dejaron avanzar solo, cosa que hizo. Los centinelas de la puerta le permitieron pasar sin interrogarlo, porque era un senador, y avanzó en los terrenos de palacio durante un trecho, lanzando amenazas contra mí, antes de advertir que estaba solo. (Las muchedumbres pueden ser a veces muy ingeniosas y crueles, así como muy estúpidas y cobardes.) Pronto fue arrestado, y si bien todo el asunto era tan ridículo, yo no podía pasarlo por alto. Lo desterré, pero no más lejos de Sicilia, donde tenía fincas de su familia.

—Vete a cacarear en tu propio estercolero, o a rebuznar en tu propio abrojal, como prefieras, pero no quiero oírte —dije al hombrecito feo y excitable.

El puerto de Ostia no estaba terminado, ni con mucho, y ya me había costado seis millones de piezas de oro. La mayor dificultad técnica residía ahora en la construcción de la isla entre las extremidades de los dos grandes malecones, y quizá no se me quiera creer, pero la solucioné yo. Se recordará el gran barco-obelisco de Calígula que llevó los elefantes y camellos a Bretaña y los trajo de vuelta. El barco estaba otra vez en Ostia, y había sido usado dos veces, desde entonces, para viajes a Egipto, a traer mármoles de colores para el templo de Venus en Sicilia. Pero el capitán me dijo que ya no navegaba muy bien, y que no quería arriesgarse a hacer otro viaje con él. De modo que una noche, mientras permanecía despierto, se me ocurrió que sería una buena idea llenarlo de piedras y hundirlo como cimiento para la isla. Pero rechacé la idea, porque sólo podríamos llenarlo de piedras hasta la cuarta parte antes de que el agua llegase a las bordas, y cuando se pudriese se disgregaría en pedazos. Entonces pensé: «¡Si tuviésemos una cabeza de Gorgona a mano, para convertirlo en una enorme roca sólida!» Y esa tonta fantasía, del tipo de las que a menudo me cruzan por el pensamiento cuando estoy demasiado cansado, dio nacimiento a una idea realmente brillante: ¿Por qué no llenar el barco hasta donde se pudiera con polvo de cemento, que es relativamente liviano, y luego cerrar las escotillas, hundirlo y dejar que el cemento fraguara bajo el agua? Eran aproximadamente las dos de la mañana cuando se me ocurrió esta idea, di unas palmadas para llamar a un liberto, y lo envié en el acto a buscar al ingeniero en jefe. Una hora después éste llegó desde el otro lado de la ciudad, con gran prisa y temblando con violencia. Sin duda esperaba ser ejecutado por alguna negligencia. Le pregunté, excitado, si mi idea era practicable, y me sentí grandemente

desilusionado al enterarme de que el cemento no fraguaría satisfactoriamente en el agua del mar. Pero le concedí diez días para que encontrara algún medio para que fraguara.

—Diez días —repetí con solemnidad—, o si no...

Era una amenaza, pero si hubiese fracasado le habría explicado mi bromita, que era «O si no tendremos que abandonar la idea.» El temor le hizo aguzar el ingenio, y luego de ocho días de frenéticas experimentaciones, inventó un polvo de cemento que fraguaba como piedra cuando entraba en contacto con el agua del mar. Era una mezcla de polvo común de cemento, de las canteras de Cuma, con un tipo especial de polvo de las colinas, de las vecindades de Puteoli, y las formas de ese obelisco-barco están ahora eternizadas en la más dura piedra imaginable, en la boca del puerto de Ostia. Hemos construido una isla sobre él, utilizando grandes piedras y el mismo cemento. Y hay un alto faro en la isla, con una luz de trementina, que brilla todas las noches en su cúspide. Hay reflectores de acero bruñido, en la máscara del faro, que duplican la luz del fuego y la envían al estuario en un haz continuado. Se necesitaron diez años para terminar el puerto, que costó 12.000.000 de piezas de oro. Y todavía hay hombres trabajando para mejorar el canal. Pero es un gran tesoro para la ciudad, y mientras dominemos los mares, jamás nos moriremos de hambre.

Ahora todo parecía ir bien para mí y Roma. El país estaba próspero y contento, y nuestros ejércitos triunfaban en todas partes. Aulo consolidaba mis conquistas en Bretaña por medio de una serie de brillantes victorias sobre las tribus belgas todavía, no sometidas en el sur y el suroeste; las observancias religiosas se ejecutaban regular y puntualmente; no había inquietudes ni siquiera en los barrios más pobres de la ciudad. Conseguí ponerme al día en mi trabajo en los tribunales, y encontré medios de disminuir la cantidad de casos. Mi salud era buena, Mesalina estaba más encantadora que nunca. Mis hijos crecían fuertes y sanos, y el pequeño Británico mostraba la extraordinaria precocidad que (si bien lo confieso, me pasó a mí por alto), ha sido siempre una característica de la familia Claudia. Lo único que me molestaba ahora era una invisible barrera que existía entre el Senado y yo, y que no me era posible derribar. Todo lo que podía hacer, en cuanto a rendir tributo a la orden senatorial, en especial a los cónsules en funciones y a los magistrados de primera clase, lo hice, pero siempre me encontraba con una mezcla de obsequiosidad y suspicacia, que me resultaba difícil de explicar y de encarar. Decidí revivir el antiguo oficio de Censor, que había sido incorporado a la Dirección de moral del Imperio, y en este puesto de características populares reformar una vez más el Senado y eliminar todos los miembros inútiles y obstruccionistas. Hice circular en el Senado una advertencia por la que se pedía que todos los miembros considerasen sus propias circunstancias y decidiesen si todavía estaban calificados para servir bien a Roma en su papel de senadores; si decidían que no estaban calificados, ya sea porque no pudiesen permitírselo, o porque no se sentían suficientemente dotados, podían renunciar. Insinué que los que no renunciaran serían deshonorosamente expulsados y apresuré las cosas enviando notificaciones privadas a aquellos a quienes me proponía expulsar si no renunciaban. De tal modo aligeré la orden en unos cien nombres, y los que quedaron fueron recompensados por mí con la concesión del rango patricio a sus familias. Esta ampliación del círculo de los patricios tuvo la ventaja de proporcionar más candidatos a las órdenes superiores del sacerdocio y de conceder una mayor amplitud para la selección de novios y novias a los miembros de las familias patricias sobrevivientes. Porque las cuatro creaciones patricias sucesivas de Rómulo, Lucio Bruto, Julio César y Augusto habían quedado prácticamente extinguidas. Cualquiera hubiese creído que cuanto más rica y poderosa la familia, más rápida y poderosamente procrearía. Pero esto nunca ha sucedido en Roma.

Pero ni siquiera esta purificación del Estado produjo un efecto apreciable. Los debates seguían siendo una simple farsa. En una ocasión, durante mi cuarto consulado, cuando presenté una medida en cuanto a ciertas reformas judiciales, el Senado se mostró tan indiferente, que me vi obligado a hablar con la máxima claridad:

—Si aprueban honradamente estas proposiciones, señores, háganme la bondad de decirlo en el acto y con sencillez. Pero si no las aprueban, entonces sugieran enmiendas, pero háganlo aquí y ahora. Y si necesitan tiempo para meditar, tómenselo, pero no olviden que deben tener sus opiniones listas para ser emitidas en el día fijado para el debate. No es en modo alguno adecuado a la dignidad del Senado que el cónsul electo repita las frases exactas de los cónsules como su propia opinión y que cada uno, cuando le llegue el turno, diga simplemente «Estoy de acuerdo con eso» y ninguna otra cosa más y que luego cuando el Senado haya suspendido las sesiones, las minutas digan: «Se produjo un debate...».

Entre otras señales de respeto al Senado, incorporé a Grecia y Macedonia a la lista de provincias senatoriales; mi tío Tiberio las había convertido en provincias imperiales. Y devolví al Senado el derecho de acuñar monedas de cobre para circular en las provincias, como en la época de Augusto. No hay nada que imponga tanto respeto por la soberanía como las monedas: las de oro y plata tenían acuñada mi cabeza, porque a fin de cuentas yo era el emperador y el hombre responsable de la mayor parte del gobierno; pero las familiares «S.C.» del Senado volvieron a aparecer en el cobre, y la moneda de cobre es a la vez la más antigua, la más útil y, cuantitativamente, la más importante.

La causa inmediata de mi decisión de purgar al Senado fue el alarmante caso de Asiático. Un día Mesalina vino a verme y me dijo:

—¿Recuerdas que el año pasado te pregunté si no había algo más en el fondo de la renuncia de Asiático al consulado, aparte del motivo que dio: que el pueblo estaba celoso y sospechaba de él porque era su segundo período de consulado ?

—Sí, no me pareció motivo suficiente.

—Bien, te diré algo que habría debido decirte hace mucho tiempo. Asiático ha estado violentamente enamorado, durante algún tiempo, de la esposa de Cornelio Escipión. ¿Qué opinas de eso?

—Oh, sí, Popea, una mujer bien parecida, de nariz recta y una forma audaz de mirar a los hombres. ¿Y qué piensa ella de eso? Asiático no es un individuo bien parecido como Escipión. Es calvo y más bien obeso, pero, por supuesto, es el hombre más rico de Roma, ¡y qué jardines maravillosos tiene!

—Popea, me temo, se ha comprometido totalmente con Asiático. Bien, te lo diré, es mejor ser franca. Popea vino a verme algún tiempo —sabes qué buenas amigas somos, o más bien, solíamos ser—, y me dijo: «Queridísima Mesalina, quiero pedirte un gran favor. Prométeme que no le dirás a nadie lo que te he pedido». Por supuesto, se lo prometí. Entonces me dijo: «Estoy enamorada de Valerio Asiático y no sé qué hacer. Mi esposo es terriblemente celoso, y si se enterara me mataría. Y lo malo es que estoy casada con él en la forma más estricta y ya sabes cuan difícil es conseguir un divorcio con un casamiento estricto, si al marido se le ocurre poner obstáculos. Para empezar, eso significa que una pierde los hijos. ¿Te parece que podrías hacer algo para ayudarme? ¿Podrías pedirle al emperador que me concediese el divorcio, a fin de que Asiático y yo pudiéramos casarnos?»

—Espero que no le hayas dicho que había alguna posibilidad de que yo aceptase. De veras, estas mujeres...

—No, no, queridísimo, por el contrario, le dije que si jamás volvía a mencionar el asunto, intentaría, por nuestra amistad, olvidar lo que había oído, pero que si me

enteraba me llegaba apenas un susurro de algo inconveniente en las relaciones entre ella y Asiático, iría a verte en el acto.

—Muy bien, me alegro de que le hayas dicho eso.

—Poco después Asiático renunció, ¿y recuerdas que entonces pidió al Senado permiso para visitar sus fincas de Francia?

—Sí, y estuvo ausente mucho tiempo. Tratando de olvidar a Popea, supongo. En el sur de Francia hay muchas mujeres bonitas.

—No lo creas. He estado averiguando algunas cosas respecto de Asiático. Lo primero es que últimamente ha entregado grandes cantidades de regalos en dinero a los capitanes y sargentos y abanderados de la guardia. Dice que lo hace por gratitud a la lealtad de ellos para contigo. ¿Te parece aceptable eso?

—Bien, tiene demasiado dinero y no sabe qué hacer con él.

—No seas ridículo; nadie tiene tanto dinero que no sepa qué hacer con él. Luego, lo segundo, que él y Popea siguen encontrándose con regularidad, cada vez que el pobre Escipión está fuera de la ciudad, y pasan la noche juntos.

—¿Dónde se encuentran?

—En la casa de los hermanos Petra; son primos de ella. Lo tercero es que Sosibio me dijo el otro día que le parecía imprudente que hubieras permitido que Asiático hiciera una visita tan prolongada a sus propiedades de Francia. Cuando le pregunté qué quería decir, me mostró una carta de un amigo suyo, de Vienne: el amigo escribía que Asiático había pasado en realidad muy poco tiempo en sus fincas, que fue a visitar a las personas más influyentes de la provincia e incluso hizo una gira por el Rhin, donde mostró gran generosidad a los oficiales de la guarnición. Luego, por supuesto, te hago recordar que Asiático nació en Vienne; y Sosibio dice...

—Llama a Sosibio en seguida.

Sosibio era el hombre que había elegido como instructor de Británico, de modo que podrán imaginar que tenía la máxima confianza en su juicio. Era un griego de Alejandría, pero hacía tiempo que se había interesado en el estudio de los primitivos autores latinos y era la principal autoridad en cuanto a los textos de Enio. Estaba tan a sus anchas en lo referente al período republicano, que conocía mucho mejor que ningún historiador romano, incluso yo mismo, que consideré que sería una constante inspiración para mi hijito. Sosibio apareció, y cuando le interrogué contestó con suma franqueza. Sí, creía que Asiático era ambicioso y capaz de planear una revolución. ¿Acaso no se había presentado una vez como candidato a la monarquía, en oposición a mí?

—Olvidas, Sosibio —dije—, que esos dos días han sido borrados de los registros de la ciudad por una amnistía.

—Pero Asiático estuvo en la conspiración contra tu sobrino, el extinto emperador, e incluso se jactó de ello en la plaza del Mercado. Cuando un hombre como ése renuncia a su consulado sin motivos válidos y se va a Francia, donde ya tiene grandes influencias, y allí trata de ampliar esas influencias distribuyendo dinero, y sin duda dice que se vio obligado a renunciar a su consulado debido a tus celos, o porque discutió contigo por los derechos de sus compatriotas franceses...

—Es perfectamente claro —dijo Mesalina—. Le prometió a Popea casarse con ella, y la única forma en que puede hacerlo es librándose de ti y de mí. Recibirá permiso para irse otra vez a Francia, y allí iniciará su revuelta con los regimientos nativos, y luego incorporará a los regimientos del Rhin. Y los guardias estarán tan dispuestos a aclamarlo emperador como lo estuvieron de aclamarte a ti. Significará otras doscientas piezas de oro para cada uno de ellos.

—¿Quién otro crees que está en la conjura?

—Averiguamos todo lo relacionado con los hermanos Petra. A ese abogado Suilio se le acaba de pedir que se encargue de la defensa de un caso en su nombre. Y es uno de mis mejores agentes secretos. Si hay algo contra ellos, aparte de que han ofrecido un dormitorio a Popea y Asiático, Suilio lo descubrirá, puedes estar seguro de ello.

—No me gusta el espionaje; tampoco me gusta Suilio.

—Tenemos que defendernos, y Suilio es la herramienta más práctica que tengo a mano.

De modo que mandamos llamar a Suilio, y una semana más tarde presentó su informe, que confirmó la sospecha de Mesalina. Era indudable que los hermanos Petra estaban en la conspiración. El mayor de ellos había hecho circular en privado una visión que se le apareció una mañana temprano, en un duermevela, y que los astrólogos interpretaron en una forma alarmante. En la visión, mi cabeza estaba seccionada en el cuello y coronada de hojas de vid blancas. La interpretación era que moriría violentamente al final del otoño. El hijo menor había estado actuando como intermediario de Asiático con los guardias, de los cuales era coronel. Vinculados en apariencia con Asiático y los hermanos Petra había dos antiguos amigos míos, Pedro Pompeyo, que solía a menudo jugar a los dados conmigo de noche, y Asario, tío materno de mi yerno, el joven Pompeyo, quien también tenía libre acceso a palacio. Suilio sugirió que éstos habían recibido naturalmente la tarea de asesinarme durante un amistoso partido de dados. Después estaban las dos sobrinas de Asario, las hermanas Tristonia, que tenían relaciones adúlteras con los hermanos Petra.

No había más remedio: decidí golpear antes que cilios. Envié a mi comandante de la guardia, Crispino, con una compañía de guardias cuya lealtad parecía fuera de discusión, a la casa de Asario en Baias, y allí arrestaron a Asiático. Lo esposaron y engrillaron, y lo trajeron ante mí, en palacio. Para hacer las cosas bien habría debido acusarlo ante el Senado, pero no podía estar seguro de la amplitud que tenía la conspiración. Era posible que hubiese una demostración en su favor, y no deseaba que tal cosa ocurriese. Lo juzgué en mi propio estudio, en presencia de Mesalina, Vitelio, Crispino, el joven Pompeyo y mis secretarios principales. Suilio actuó como fiscal público, y yo pensé, cuando Asiático le hizo frente, que si alguna vez la culpabilidad estuvo escrita en las facciones de un hombre estaba escrita en las de Asiático. Pero debo decir que Crispino no le había advertido de cuáles eran las acusaciones contra él —yo ni siquiera se lo dije a Crispino—, y hay muy pocos hombres que, cuando son arrestados de repente, sean capaces de enfrentar a sus jueces con una absoluta serenidad de conciencia. Así exactamente me sentí yo, en una ocasión, cuando fui arrestado por orden de Calígula, acusado de refrendar un testamento falsificado. Suilio era en verdad un acusador terrible e implacable. Tenía un rostro delgado, helado, cabellos blancos, ojos negros y un largo índice que hurgaba y amenazaba como una espada. Comenzó con una larga lluvia de cumplidos y bromas que todos reconocimos como el prelude para una espantosa tormenta de cólera e invectivas. Primer, pre<sup>^</sup>.-ntó a Asiático, en tono fingidamente amistoso, qué se propuso exactamente cuando volvió a visitar sus fincas francesas... ¿fue antes de la vendimia?

¿Y qué opinaba de las condiciones agrícolas de las vecindades de Vienne, y cómo podía compararlas con las del valle del Rhin...?

—Pero no te molestes en contestar a mis preguntas —dijo—. En realidad no quiero saber qué altura llega a alcanzar la cebada de Vienne, o cuan fuerte es el cacareo de los gallos, lo mismo que tampoco tú deseabas saberlo.

Y luego en cuanto a sus regalos a sus guardias. ¡Cuan leal se había mostrado Asiático! ¿Pero no existía quizás el peligro de que un militar un poco simplón entendiese mal esos regalos?

Asiático comenzaba a sentir ansiedad y a respirar jadeando. Suilio se acercó unos pasos más a él, como un cazador de animales salvajes en la liza, alguna de cuyas flechas, disparadas desde lejos, han dado en el blanco. Se acerca cada vez más porque el animal está herido, y blande la lanza de caza.

—Y pensar que alguna vez te consideré mi amigo, que cené en tu mesa, que me dejé engañar por tus maneras afables, tu noble ascendencia, el favor y confianza que conquistaste falsamente de nuestro gracioso emperador y de todos los ciudadanos honrados. ¡Eres un animal, una sucia bestia, un sátiro! Turbio corruptor de los corazones leales y los cuerpos viriles de los ciudadanos a cuyo cuidado están confiados la sagrada persona de nuestro César, la seguridad de la nación, el bienestar del mundo. ¿Dónde estuviste la noche del cumpleaños del emperador, que no pudiste concurrir al banquete al que habías sido invitado? Enfermo, ¿no es cierto? Muy enfermo, sin duda. Pronto presentaré al tribunal una selección de tus compañeros de invalidez, jóvenes soldados de la guardia, que se contagiaron de ti, porquería.

Hubo mucho más por el estilo. Asiático había palidecido por completo, y grandes gotas de sudor le perlaban la frente. La cadena tintineó cuando se las enjugó. Las reglas del tribunal le prohibían responder una palabra hasta que le llegase el momento de hacer su defensa, pero al cabo estalló:

—¡Pregúntales a tus propios hijos, Suilio! Admitirán que soy un hombre.

Fue llamado al orden. Suilio continuó hablando del adulterio de Asiático con Popea, pero puso muy poco énfasis en esto, como si fuese el punto más débil del caso, aunque en realidad era el más fuerte. De tal modo logró que Asiático hiciese un rechazo de todos los cargos en general. Si Asiático hubiese sido prudente habría admitido el adulterio y negado las otras acusaciones. Pero lo negó todo, de modo que su culpabilidad parecía demostrada. Suilio llamó a sus testigos, en su mayoría soldados. Al principal testigo, un joven recluta del sur de Italia, se le pidió que identificara a Asiático. Supongo que se le había enseñado a que lo reconociera por su calva, porque eligió a Palas como el hombre que tan antinaturalmente había abusado de él. Estallaron grandes carcajadas. Se sabía que Palas compartía conmigo un odio real contra este tipo de vicios, y, además, todos sabían que había actuado como anfitrión durante mi banquete de cumpleaños. Pero reflexioné que los testigos pueden tener mala memoria para los rostros —yo mismo la tengo—, y que las otras acusaciones no quedaban refutadas por el hecho de no haber podido identificar a Asiático. Mas cuando le pedí a Asiático que, respondiera a las acusaciones de Suilio punto por punto, lo hizo en forma más suave. Así lo hizo, pero no logró explicar a satisfacción sus movimientos en Francia, y por cierto que cometió perjurio en relación con el asunto de Popea. Consideré que no estaba demostrada la acusación de corrupción a los guardias. Los soldados declararon de manera formal, pomposa, que sugería que habían aprendido el texto del testimonio de memoria, previamente, y cuando los interrogué no hicieron otra cosa que repetir las mismas evidencias. Pero por lo demás, nunca he oído a un hombre de la guardia atestiguar con otro tono; todo lo ensayan. Ordené que salieran todos de la habitación, menos Vitelio, el joven Pompeyo y Palas —Me-salina había estallado en lágrimas, y salido a la carrera unos minutos antes—, y les dije que no sentenciaría a Asiático sin obtener primero la aprobación de ellos. Vitelio dijo que, francamente, parecía no haber dudas razonables en cuanto a la culpabilidad de Asiático, pero que se sentía tan escandalizado y apenado como yo. Asiático era un viejo amigo suyo; había sido un favorito de mi madre Antonia, que utilizó su influencia en la corte para encumbrarlos a ambos. Además, tuvo una carrera muy distinguida y jamás regateó sus esfuerzos cuando los deberes patrióticos lo llamaban. Fue uno de los primeros que acudieron a Bretaña conmigo, y si bien no llegó a tiempo para el combate, la culpa la tuvo la tormenta, y no

ninguna cobardía por su parte. De modo que si ahora había enloquecido y traicionado su propio pasado, no sería demostrar mucha clemencia permitir que fuese su propio verdugo. Por supuesto que, en términos estrictos, merecía ser arrojado desde la cima de la roca Tarpeya y que su cadáver fuese arrastrado con un gancho clavado en la boca y arrojado al Tíber. Vitelio también me dijo que Asiático había confesado prácticamente su culpabilidad al enviarle un mensaje en cuanto fue arrestado, pidiéndole, en nombre de su antigua amistad, que obtuviese su absolución, o, si las cosas llegaban a lo peor, el permiso para suicidarse. Vitelio agregó:

—Sabía que le concederías un juicio justo; nunca has dejado de concedérselo a nadie, y entonces, ¿cómo podría esperarse que mi intercesión lo ayudara? Si es culpable, pues tiene que ser declarado culpable; o si es inocente, será absuelto.

El joven Pompeyo protestó que no había que mostrar clemencia alguna con Asiático. Pero quizá pensaba en su propia seguridad. Asario y las hermanas Tristonia, sus parientes, habían sido mencionadas como cómplices de Asiático, y él quería demostrar su propia lealtad.

Envié a Asiático un mensaje para informarle que suspendía el juicio por veinticuatro horas, y que mientras tanto quedaba libertado de sus grilletes. Sin duda entendería el mensaje. Mientras tanto Mesalina corrió a ver a Popea para decirle que Asiático estaba a punto de ser condenado, y le aconsejó que impidiese su propio juicio y ejecución por medio de un suicidio inmediato. Yo no supe nada de esto.

Asiático murió con bastante valentía; pasó su último día solucionando sus asuntos, comiendo y bebiendo como de costumbre, y paseando por los jardines de Lúculo —como todavía se los llamaba—, dando órdenes a los jardineros en cuanto a los árboles y flores y estanques de peces.

Cuando descubrió que habían colocado su pira funeraria cerca de una hermosa avenida de carpes, se indignó y multó al liberto responsable por elegir ese lugar, con una cuarta parte de su paga.

—¿No te diste cuenta, idiota, que la brisa llevaría las llamas al follaje de esos hermosos árboles antiguos y arruinaría todo el aspecto de los jardines?

Sus últimas palabras a su familia, antes de que el cirujano le seccionara una arteria de la pierna y lo dejara desangrarse hasta morir en un baño tibio, fueron:

—Adiós, mis queridos amigos, habría sido menos ignominioso morir por causa de los negros artificios de Tiberio o la furia de Calígula, en lugar de caer ahora, sacrificado ante la imbécil credulidad de Claudio, traicionado por la mujer que amé y por el amigo en quien confié.

Porque ahora estaba convencido de que Popea y Vitelio habían tramado el proceso.

Pocos días después le pedí a Escipión que cenara conmigo y le pregunté por la salud de su esposa, como una forma diplomática de indicarle que si todavía amaba a Popea y estaba dispuesto a perdonarla no tomaría yo medida alguna en el asunto.

—Ha muerto, César —respondió, y comenzó a sollozar con la cabeza entre las manos.

La familia de Asiático, los Valeriano, para demostrar que no querían relacionarse con las palabras traicioneras de aquél, se vieron obligados entonces a regalar a Mesalina los jardines de Lúculo, como una ofrenda de paz; aunque, por supuesto, yo no lo sospeché entonces, éstos fueron la verdadera causa de la muerte de Asiático. Juzgué a los hermanos Petra y los hice ejecutar, y las hermanas Tristonia se suicidaron luego. En cuanto a Asario, parece que firmé su sentencia de muerte, pero no lo recuerdo. Cuando le dije a Palas que lo presentase para el juicio, me informó que ya había sido ejecutado y me mostró el mandamiento, que por cierto no estaba falsificado. La única explicación que puedo ofrecer es la de que Mesalina, o posiblemente Polibio, quien era su

instrumento, deslizaran la sentencia de muerte entre otros documentos sin importancia que yo tenía que firmar, y que la firmé sin leerla. Ahora sé que este tipo de jugarreta me la hacían constantemente; que se aprovechaban de lo mal que volvía a andar mi vista (tanto, que había tenido que dejar de leer con luz artificial), a fin de leer como informes y cartas oficiales para mi firma, improvisaciones que no correspondían en modo alguno a los documentos escritos.

Por esa época Vinicio murió envenenado. Unos años más tarde me enteré que se había negado a acostarse con Mesalina y que el veneno fue administrado por ella. Por cierto que murió al día siguiente de cenar en palacio. Es muy posible que la historia sea cierta; de modo que ahora Vinicio, Viniciano y Asiático, los tres hombres que se habían ofrecido como emperadores en mi lugar, estaban todos muertos, y sus muertes parecían serme imputables. Sin embargo, yo tenía la conciencia limpia en ese sentido; era indudable que Viniciano y Asiático eran traidores, y Vinicio, según me pareció, había muerto de resultas de un accidente. Pero el Senado y el Pueblo conocían a Mesalina mejor que yo, y me odiaban a causa de ella. Esa era la barrera invisible que existía entre ellos y yo, y nadie tuvo la valentía de derribarla.

A consecuencia de un enérgico discurso que pronuncié sobre Asiático, en una sesión en que a Sosibio y Crispino se les votaron regalos en dinero por sus servicios, el Senado me concedió voluntariamente el poder de dar a sus miembros permiso para abandonar Italia con cualquier pretexto.



## Capítulo 26

Mi hija Antonia estaba casada desde hacía unos años con Pompeyo el joven, pero hasta entonces no habían tenido hijos. Una noche la visité en su casa, en ausencia de Pompeyo, y pensé que parecía desconsolada y aburrida. Sí, admitió, estaba aburrida, y muy aburrida, y más que aburrida. De modo que le sugerí que se sentiría mucho más dichosa si tuviese un hijo, y le dije que creía que era su deber, como mujer joven y sana, con criados y dinero, no tener sólo un hijo sino varios. Con una familia numerosa jamás podría quejarse de aburrimiento. Se encolerizó, y dijo:

—Padre, sólo un tonto podría esperar que brotase un trigal allí donde no se han echado simientes. No culpes al suelo, culpa al granjero. El granjero siembra sal, no semilla.

Y para mi asombro me explicó que el matrimonio jamás se había consumado. Y no sólo eso, sino que mi yerno la había usado en la forma más ruin posible. Le pregunté por qué no me había hablado de esto antes, y me respondió que no pensaba que yo fuese a creerla, porque en realidad jamás la había amado, por lo menos como amé a sus hermanastros. Y que Pompeyo se había jactado ante ella de que ahora tenía conmigo tan buenas relaciones, que podía obligarme a hacer cualquier cosa y a creer cualquier cosa que me dijese. ¿Y qué posibilidades tenía ella entonces? Además existiría la vergüenza de tener que declarar ante un tribunal, y revelar las horribles cosas que él le había hecho, y eso no podría enfrentarlo.

Me enojé, como se habría enojado cualquier padre, y le aseguré que la quería muchísimo, y que principalmente por ella había tratado a Pompeyo con tanto respeto y confianza. Juré por mi honor que si sólo la mitad de lo que me había dicho era cierto, me vengaría de inmediato contra el pillastre. Y que su modestia no sufriría ninguna mengua, el asunto jamás llegaría a los tribunales. ¿De qué serviría ser emperador si no podía utilizar los privilegios de mi posición, de vez en cuando, para buenos motivos privados, como leve compensación de las responsabilidades y trabajos y fatigas que el puesto implicaba? ¿Y a qué hora se esperaba que volviera Pompeyo?

—Llegará a casa más o menos para la medianoche —dijo Antonia, entristecida—, y a la una estará en su habitación. Antes beberá unos tragos. Hay nueve probabilidades contra diez de que se lleve a ese desagradable Licidas a la cama con él. Lo compró en la subasta de Asiático, por 20.000 piezas de oro, y desde entonces no ha tenido ojos para nadie. En cierta medida, ello ha representado un gran alivio para mí, de modo que ahora sabes cuan mal deben haber estado las cosas cuando digo que prefiero infinitamente que se acueste con Licidas y no conmigo. Sí, otrora estuve enamorada de Pompeyo; el amor es una cosa extraña, ¿no es cierto?

—Muy bien entonces, mi pobre, pobre Antonia. Cuando Pompeyo esté en su habitación y se disponga a pasar la noche, enciende un par de lámparas de aceite y

ponías en el alféizar de la ventana de esta habitación, a modo de señal. Y deja el resto en mis manos.

Puso las lámparas de petróleo en el alféizar de la ventana, una hora antes del alba, y luego hizo que el portero abriera la puerta del frente. Yo me encontraba allí. Hice entrar en la casa, conmigo, a Geta y a un par de sargentos de la guardia, y los envié arriba mientras esperaba en el vestíbulo, abajo, con Antonia. Ella había hecho salir a todos los criados, salvo al portero, que había sido esclavo mío de niño. Lloró un poco, y nos estrechamos las manos mientras escuchábamos con ansiedad para ver si percibíamos el ruido de gritos y forcejeos en el dormitorio. No se escuchó un solo sonido, y pronto Geta bajó con los sargentos e informó que mis órdenes habían sido obedecidas. Pompeyo y el esclavo Licidas habían sido muertos con un solo golpe de jabalina.

Esa fue la primera vez que utilicé mi poder de emperador para vengar un daño personal. Pero si no hubiese sido emperador habría sentido lo mismo y hubiera hecho lo que estuviese en mis manos para destruir a Pompeyo. Y aunque la ley que penaba las ofensas contra natura había caído en desuso desde hacía muchos años, porque ningún jurado parecía dispuesto a condenar a los acusados, legalmente Pompeyo merecía morir. Mi única falta consistió en que lo ejecuté sumariamente, pero esa era la forma más limpia de tratarlo. Cuando un jardinero encuentra un insecto comiéndose el corazón de una de sus mejores rosas, no lo lleva al tribunal, ante un jurado de los jardineros. Lo aplasta allí mismo, entre los dedos. Unos meses después casé a Antonia con Fausto, descendiente del dictador Sila, un hombre modesto, capaz y trabajador, que resultó ser un excelente yerno. Hace dos años fue cónsul. Tuvieron un hijo, un niño, pero era muy débil y murió; Antonia no ha podido tener otro, debido al daño que le causó una partera negligente en el momento del parto. Poco después de esto ejecuté a Polibio, que ahora era mi ministro de Artes, porque Mesalina me proporcionó pruebas de que vendía ciudadanía en su propio beneficio. Fue para mí un gran golpe cuando descubrí que Polibio había estado jugando conmigo. Lo había adiestrado en mi servicio desde niño y confié en él siempre, implícitamente. Acababa de ayudarme a terminar la autobiografía oficial que el Senado me pidió que escribiese para los archivos nacionales. En rigor lo trataba en forma tan familiar que un día, cuando él y yo nos paseábamos por los terrenos de palacio, discutiendo no sé qué problema de la antigüedad, no lo despedí cuando se acercaron dos cónsules a ofrecerme sus acostumbrados saludos matinales. Esto les ofendió en su dignidad, pero si yo no era demasiado orgulloso para caminar junto a Polibio y escuchar sus opiniones, ¿por qué habrían de serlo ellos? Le permití las más grandes libertades y nunca supe que abusara de ellas, si bien en una ocasión se mostró demasiado libre con su lengua, en el teatro. Representaban una comedia de Menandro, y un actor acababa de pronunciar el verso: *Un flagelador próspero no es tolerable*.

Alguien, entre bambalinas, rió significativamente al escuchar esto. Debe haber sido Mnester. Sea como fuere, todos se volvieron y contemplaron a Polibio, quien como mi ministro de Artes tenía la tarea de mantener el orden entre los actores. Si un actor demostraba demasiada independencia, Polibio se ocupaba en mi nombre de que fuera severamente azotado.

Polibio respondió a gritos:

—Sí, y Menandro dice en su Tesalia: *Los que otrora fueron cabreros boy tienen poderes reales*.

Ese fue un golpe contra Mnester, que había comenzado su vida como cabrero en Tesalia, y a quien ahora se conocía como el principal amante de Mesalina.

Yo no lo sabía entonces, pero Mesalina había tenido relaciones sexuales también con Polibio, y éste fue lo bastante estúpido como para sentir celos de Mnester. De modo que ella se libró de él, como ya he contado. Mis otros libertos tomaron la muerte de

Polibio como una afrenta contra ellos; habían formado una confraternidad muy sólida, se protegían los unos a los otros con lealtad, y jamás competían por mi favor o mostraban celos los unos de los otros. Polibio no había dicho nada en su defensa, ya que no quería, según supongo, incriminar a sus compañeros de hermandad, muchos de los cuales habían estado implicados en el mismo deshonesto tráfico de ciudadanías.

En cuanto a Mnester, sucedió que en varias ocasiones, cuando estaba comprometido a bailar, no se presentó a hacerlo. Por lo general esto provocaba alborotos en el teatro. Yo debo de haber sido muy estúpido; aunque su ausencia siempre coincidía con un dolor de cabeza de Mesalina, que también le impedía concurrir, jamás se me ocurrió extraer la conclusión evidente. En varias ocasiones tuve que disculparme ante el público y comprometerme a que eso no volviese a ocurrir. En una ocasión dije:

—Señores, no pueden acusarme de ocultarlo en palacio.

Esta observación provocó exagerada risotada. Todos, aparte de yo mismo, sabían dónde estaba Mnester. Cuando llegaba a Palacio, Mesalina solía mandar a buscarme, y la encontraba en la cama, en una habitación sumida en penumbra, con una tela húmeda sobre los ojos. Entonces me decía con voz débil:

—Qué, querido mío, ¿quieres decir que Mnester volvió a dejar de presentarse en el espectáculo? Entonces, a fin de cuentas, no me he perdido nada. He estado echada aquí, ardiendo de envidia. En una ocasión me levanté y comencé a vestirme para ir, pero el dolor fue tan espantoso, que tuve que volver a acostarme. ¿La obra fue muy aburrida sin él?

—De veras, debemos insistir en que cumpla con sus compromisos —respondí yo—. No es posible tratar a la ciudad de este modo, una y otra vez.

—No sé —suspiraba Mesalina—. Es un hombre muy nervioso, el pobre, igual que una mujer. Los grandes artistas siempre son así. Le vienen dolores de cabeza por cualquier cosa, según me dicen. Si hoy se ha sentido nada más que la décima parte de enfermo que yo, sería una enorme crueldad insistir en que bailara. Y por cierto que no finge. Adora su trabajo y le apena mucho cuando no puede cumplir con su público. Déjame ahora, querido; quiero dormir, si puedo.

Entonces yo me iba de puntillas, y no volvía a decir otra cosa de Mnester hasta que otra vez sucedía lo mismo. Jamás tuve gran opinión de Mnester, sin embargo, al contrario de la mayoría de la gente. Ha sido comparado con el gran actor Roscio, quien bajo la república llegó a tal eminencia en su profesión, que se convirtió en un fenómeno de excelencia artística. La gente, y esto es más bien absurdo, sigue llamando «un verdadero Roscio» a un arquitecto inteligente, a un historiador erudito o incluso a un pugilista capaz. Mnester no era un Roscio, a no ser en ese sentido muy amplio. Admito que yo jamás había visto actuar a Roscio. Ahora no hay nadie con vida que lo haya visto. Cuando hablamos de él debemos depender del veredicto de nuestros bisabuelos, y todos convienen en que el principal objetivo de Roscio, cuando actuaba, era el de «mantenerse en el papel». Y que lo que Roscio quisiera ser, un noble rey, un astuto alcahuete, un soldado jactancioso, un simple payaso, lo era con toda naturalidad, sin afectaciones. En tanto que Mnester era una masa de amaneramientos, de amaneramientos muy encantadores y graciosos, por supuesto, pero en último sentido no era un actor, sino un individuo bien parecido, con un par de piernas hermosas y talento para la improvisación coreográfica.

Entonces regresó Aulo Plaucio, después de cuatro años al frente de las tropas en Bretaña, y tuve el placer de convencer al Senado de que le concediese un triunfo. Sin embargo no fue un triunfo completo, como me habría gustado, sino un triunfo menor u ovación. Si los servicios de un general son demasiado grandes como para ser recompensados simplemente con ornamentos triunfales y sin embargo, por algún motivo

técnico, no lo han hecho merecedor de un triunfo completo, se le concede ese tipo menor de triunfo. Por ejemplo, si la guerra no ha quedado terminada por completo, o si no ha habido suficiente derramamiento de sangre, o si el enemigo no es considerado un enemigo digno, como hace tiempo, después de la derrota de los esclavos que se rebelaron a las órdenes de Espartaco, aunque es verdad que Espartaco dio a nuestros ejércitos más dolores de cabeza que muchas grandes naciones extranjeras. En el caso de Aulo Plaucio, la objeción consistía en que sus conquistas no eran lo bastante seguras como para permitirle retirar sus tropas. Y por lo tanto, en lugar de en cuadriga entró en la ciudad a caballo, llevando una corona de mirto, y no una de laurel, y sin cetro en la mano. El Senado no encabezó la procesión, no hubo cuerpos de trompeteros, y cuando terminó la procesión Aulo sacrificó un carnero y no un toro. Pero en todos los otros sentidos los detalles fueron los mismos que en un triunfo completo, y para demostrar que no eran celos míos los que le habían impedido conquistar el mismo honor que yo, salí a su encuentro cuando bajaba por la Vía Sacra, le ofrecí mis felicitaciones y le permití cabalgar a mi derecha (el puesto más honorable), y yo mismo le sostuve cuando subió de rodillas por la escalinata del Capitolio. También actué como su anfitrión en el banquete, y cuando éste terminó volví a colocarlo a mi derecha, cuando lo llevamos a su casa, a la luz de las antorchas.

Aulo se mostró muy agradecido por esto, pero aún más agradecido, según me dijo en privado, por haber acallado el escándalo de su esposa y el ágape cristiano (los adictos de esa secta judía eran llamados ahora cristianos), y por haberla dejado a su cargo. Dijo que cuando una mujer se separa inevitablemente de su esposo (su salud no le había permitido ir a Bretaña), puede llegar a sentirse sola, y entonces le pasan extrañas fantasías por la cabeza y resulta fácil presa de los charlatanes religiosos, en especial de los de tipo judío y egipcio. Pero era una buena mujer y una buena esposa, y él confiaba en que pronto se curaría de estas tonterías. Tenía razón. Dos años más tarde arresté a todos los principales cristianos de Roma, junto con todos los misioneros judíos ortodoxos, y los expulsé del país, y la esposa de Aulo me fue de gran ayuda para encontrarlos a todos.

El principal atractivo emocional del cristianismo consistía en que ese Josué, o Jesús, según se decía, se había levantado de entre los muertos, como ningún hombre había hecho hasta entonces, salvo en las leyendas. Después de ser crucificado, visitó a sus amigos, en apariencia sin haber sufrido nada con su experiencia, y comió y bebió para demostrar que no era una visión, y luego ascendió al cielo en una llamarada de gloria. Y por lo demás no había prueba alguna de que todo eso fuese verdad, porque en realidad, después de la crucifixión se había producido un temblor de tierra que desplazó una pesada piedra de la boca de la tumba donde se había colocado el cadáver. Los guardias huyeron, presa de pánico, y cuando regresaron el cadáver había desaparecido. Era evidente que alguien lo había robado. En cuanto una historia como ésta comienza a circular en Oriente, es difícil detenerla, y habría sido indigno argumentar contra su absurdo en un edicto público. Pero publiqué una enérgica orden en Galilea, donde los cristianos eran más numerosos, según la cual la violación de las tumbas era convertida en un delito capital. Pero no debo perder más tiempo en relación con estos ridículos cristianos; tengo que continuar con mi relato.

Debo hablar de tres letras que agregué al alfabeto romano, y de los grandes Juegos Seculares que celebré, y del Censo de ciudadanos romanos que realicé, y de mi resurrección de las antiguas artes religiosas de la adivinación, que para entonces habían caído en el olvido, y de varios importantes edictos y leyes que presente para que el Senado promulgase. Pero quizá será mejor terminar brevemente mi relato de Bretaña, ahora que Aulo Plaucio ha vuelto al hogar. Lo que sucedió allí luego no interesará

mucho a mis lectores. Envié a cierto Ostorio a ocupar el lugar de Aulo, y tuvo grandes dificultades. Plaucio había completado la conquista de la llanura de Bretaña del sur, pero como digo, las tribus montañosas de Gales y los belicosos hombres de las tierras centrales del norte insistían en hacer incursiones dentro de las fronteras de la nueva provincia. Caractato se había casado con la hija del rey de Gales del sur, y dirigía su ejército en persona. Cuando llegó Ostorio, anunció que desarmaría a todos los británicos de cuya lealtad sospechase. De tal modo quedaría en libertad de enviar sus fuerzas principales contra las tribus que habitaban más allá de la frontera, dejando sólo pequeñas guarniciones a sus espaldas. Este anuncio fue recibido en general con gran resentimiento y los icenios, que eran libres aliados nuestros,' entendieron que la norma del desarme se aplicaría también a ellos. Esto provocó un repentino levantamiento, y en Colchester Ostorio se encontró amenazado por un gran ejército de tribus del noreste, sin un solo regimiento regular a mano. Todos se encontraban en el centro o en el lejano oeste de la isla, y sólo tenía consigo a franceses y bata vos.

Decidió correr el riesgo de una batalla inmediata y resultó victorioso. La confederación icenia pidió la paz y se le concedió en términos leves, y luego Ostorio llevó sus ejércitos regulares hacia el norte, anexionó todas las tierras del centro y se detuvo en las fronteras de los brigantios. Los brigantios son una salvaje y poderosa federación de tribus que ocupan el norte de la isla, hasta su punta más estrecha. Más allá de ellos, la salvaje tierra montañosa que vuelve a extenderse, inexplorada y terrible, a lo largo de otros cientos de kilómetros, es habitada por esos espantosos pelirrojos, los goidels. Ostorio llevó a cabo una expedición contra el río Dee, al oeste, y saqueó el valle de ese río, que fluye hacia el norte hasta el mar de Irlanda, cuando se enteró de que los brigantios avanzaban a sus espaldas. Se volvió y derrotó a una fuerza considerable de éstos, capturó a varios cientos de hombres, incluso a nobles de primera fila y a un hijo del rey. El rey de los brigantios se comprometió a diez años de paz honorable, si se le devolvían los prisioneros, y Ostorio lo aceptó, pero mantuvo al príncipe y a cinco nobles como rehenes, con el título de huéspedes. Entonces quedó en libertad para llevar a cabo operaciones en las colinas de Gales, contra Caractato. Utilizó tres de sus cuatro regimientos regulares, dejando uno de ellos en Caerleon, sobre el Usk, y dos en Shrewsbury, sobre el Severn. El resto de la isla sólo quedó guarnecido por auxiliares, con la excepción del Noveno, acantonado en Lincoln, y de una colonia de veteranos cuyo plazo bajo banderas había expirado, en Colchester, donde se les concedieron tierras, ganado y cautivos para trabajar para ellos. Esta colonia fue el primer municipio romano en Bretaña, y yo envié una carta sancionando la fundación, en el lugar, de un templo al dios Augusto.

Ostorio necesitó tres años para someter a Gales del sur y el centro. Caractato era un enemigo valiente, y cuando se vio obligado a ascender hacia el norte de Gales con el resto de su ejército, consiguió encender a las tribus de allí con su propia valentía. Pero eventualmente Ostorio lo derrotó en el último combate, en el cual también él tuvo grandes pérdidas, y capturó a su esposa, su hija, un cuñado y dos de sus sobrinos en el campamento británico. El propio Caractato se abrió paso combatiendo hacia el noreste, en una desesperada acción de retaguardia, y apareció unos días después en la corte de la reina de los brigantios (su padre, el rey, había muerto y ella era la única sobreviviente de la casa real, aparte del príncipe que se encontraba en manos de Ostorio como rehén, de modo que la nombraron reina). La instó a que continuara la guerra, pero ella no era una tonta. Lo hizo encadenar y lo envió a Ostorio como prueba de su lealtad al juramento que su padre había hecho. En recompensa Ostorio le envió los nobles rehenes, con uno de los cuales ella se casó. Ejecutó a su hermano el príncipe, porque se sabía que había demostrado cobardía en el campo de batalla, a diferencia de su nuevo esposo,

que sólo fue capturado después de recibir siete heridas y eliminar a cinco soldados romanos. Esta reina, cuyo nombre es Cartimandua, había demostrado ser una fidelísima aliada. Riñó con su esposo porque éste dijo que no se consideraba obligado por el juramento del viejo rey a mantener la paz con nosotros. No pudo convencer a los brigantios de que nos hiciesen la guerra, de modo que bajó a Gales del sur e inició allí una nueva rebelión. Nuestra guarnición de Caerleon fue repentinamente atacada por una gran fuerza. Los enemigos fueron derrotados, pero entre nuestras pérdidas se encontraban un comandante de batallón y ocho capitanes del Segundo. No mucho después de esto, dos batallones de auxiliares franceses, que forrajeaban, fueron sorprendidos y aniquilados. Ostorio, agotado por tres años de incesantes luchas, se tomó muy a pecho estos reveses; cayó enfermo y murió, el pobre, aunque le habría sido de algún consuelo saber que antes de ello le fueron concedidos ornamentos triunfales. Esto fue hace dos años. Envié a un general llamado Didio para hacerse cargo de la provincia, pero mientras se encontraba en camino el Decimocuarto fue derrotado en un combate y tuvo que retirarse de su campamento, dejando prisioneros en manos del enemigo.

El esposo de Cartimandua abandonó entonces Gales del sur y atacó a la propia Cartimandua, quien se había ganado su resentimiento al hacer ejecutar a dos de sus hermanos que intrigaban contra ella. Cartimandua pidió ayuda a Didio, y éste le envió cuatro batallones del Noveno y dos de bátavos. Con ellos y con sus propias fuerzas derrotó a su esposo, lo capturó y le hizo jurar vasallaje a él y amistad a los romanos; luego le perdonó, y reinan ahora juntos, en apariencia con gran amistad. Desde entonces no ha habido incursiones en la frontera. Entretanto Didio estableció el orden en Gales del sur.

Permítaseme, entonces, que abandone ahora mi provincia de Bretaña, que nos ha costado tantos hombres y dinero y que hasta ahora ha dado tan pocos frutos, a no ser en términos de gloria. Pero considero la ocupación como una buena inversión para Roma, a la larga, y si tratamos a los nativos con justicia y buena fe, se convertirán en aliados y, eventualmente, en valiosos ciudadanos. Las riquezas de un país no residen sólo en los cereales, los metales y el ganado. Lo que más necesita el imperio son hombres, y si puede aumentar sus recursos por medio de la anexión de un país en el que existe una raza honrada, bélica e industriosa, ello constituye mejor adquisición que cualquier isla de especias de la India o cualquier territorio aurífero del Asia central. La fe que la reina Cartimandua y sus hombres han demostrado, y la valentía del rey Caractato en la adversidad, son los augurios más dichosos posibles para el futuro. Caractato fue llevado a Roma, y yo decreté un día de asueto general para celebrar su llegada. Toda la ciudad salió a contemplarlo. La división de la guardia desfiló fuera del campamento, y yo me senté en una plataforma de tribunal levantada para la ocasión ante las puertas del campamento. Sonaron las trompetas y a la distancia apareció una pequeña procesión avanzando hacia mí. Primero llegó un destacamento de soldados capturados luego los thengs de la casa de Caractato, luego carros repletos de arreos y collares y armas —no sólo del propio Caractato, sino de todo lo que había conquistado en las guerras con sus vecinos, capturado en el campamento de Cefn Carnedd—; luego la esposa, la hija, el cuñado y los sobrinos de Caractato, y finalmente éste mismo, con la cabeza bien alta, y sin mirar ni a la derecha ni a la izquierda, hasta que llegó a mi plataforma. Allí efectuó una digna reverencia y pidió permiso para hablarme. Le concedí el permiso y me habló en forma franca y noble, y en un latín tan notablemente fluido, que casi le tuve envidia. Soy muy mal orador, y siempre me embrollo en las frases que pronuncio.

—César, me ves aquí encadenado, ante ti, pidiendo por mi vida, después de haber resistido las armas de tu país durante siete largos años. Fácilmente habría podido resistir otros siete años más si no hubiese confiado en que la reina Cartimandua respetaría el

sagrado derecho de los huéspedes de nuestra isla. En Bretaña, cuando un hombre pide hospitalidad en una casa, se le da la sal y el pan y el vino, y el anfitrión se hace entonces responsable de la vida de su huésped con la propia. En una ocasión un hombre se refugio en la corte de mi padre Cimbelino y, después de haber comido su sal, se reveló como el asesino de mi abuelo. Pero mi padre dijo: «Eres mi invitado, no puedo hacerte daño». Al encadenarme y enviarme aquí, la reina Cartimandua hizo más para honrarte a ti como su aliado, que para honrarse a sí misma como reina de los brigantios. Hago confesión voluntaria de mis faltas. La carta que mi hermano Togodumno te envió y que yo le pedí que te enviara, fue tan tonta como descortés. Entonces éramos jóvenes y orgullosos, y confiando en habladurías, subestimamos el poderío de tus ejércitos romanos, la lealtad de tus generales y tus propias grandes cualidades como comandante. Si yo hubiese igualado la gloria de mi linaje y de mis propias hazañas con una conveniente moderación en la prosperidad, sin duda habría entrado en esta ciudad como amigo y no como cautivo. Y tú no habrías desdeñado recibirme como a un monarca, como a un hijo de mi padre Cimbelino, a quien tu dios Augusto honró como a un aliado, y jefe, como él, de muchas tribus conquistadas. Por mi prolongada resistencia contra ti, una vez que descubrí que estabas dispuesto a conquistar mi reino y el reino de mis aliados, no tengo disculpas que ofrecer. Contaba con hombres y armas, carros y caballos y tesoros. ¿Te extraña que no me sintiese dispuesto a separarme de ellos? Los romanos tienen la intención de llevar su dominio a todo el género humano, pero de ello no se sigue que todo el género humano acepte de inmediato ese dominio. Primero tiene que demostrar su derecho a gobernar, y demostrarlo con la espada. La guerra entre nosotros ha sido una guerra larga, César, y tus ejércitos me han perseguido de tribu en tribu, de fortaleza en fortaleza, y yo les he cobrado un severo tributo. Pero ahora he sido capturado y la victoria es tuya, finalmente. Si me hubiese rendido a tu teniente Aulo Plaucio, en el primer encuentro en el Med-way, habría sido un enemigo indigno de ese nombre, y Aulo Plaucio no hubiese tenido que enviarte a buscar y tú jamás habrías celebrado tu merecido triunfo. Por lo tanto, respeta a tu enemigo, ahora que está humillado, concédele la vida, y tu noble clemencia jamás será olvidado, ni por tu propio país ni por el mío. Bretaña reverenciará la clemencia del vencedor, si Roma aprueba la valentía del vencido. Llamé a Aulo.

—Por mi parte estoy dispuesto a dejar en libertad a este valiente rehén. Restablecerlo en su trono en Bretaña sería considerado en todas partes como una debilidad, de modo que no puedo hacerlo. Pero estoy dispuesto a permitirle que permanezca aquí, en Roma, como huésped de la ciudad, con una pensión adecuada a sus necesidades, y también liberar a su familia y a los thengs de su casa. ¿Qué dices?

—César —respondió Aulo—, Caractato ha demostrado ser un enemigo valiente. No ha torturado ni ejecutado prisioneros, ni envenenado pozos; ha luchado limpiamente y mantenido sus convicciones. Si lo pones en libertad me enorgulleceré de estrecharle la mano y ofrecerle mi amistad.

Puse en libertad a Caractato. Este me agradeció con gravedad:

—Deseo para todos los ciudadanos romanos un corazón como el tuyo.

Esa noche él y su familia cenaron en palacio. Aulo también estuvo presente, y los viejos veteranos volvimos a librar la batalla de Brentwood, mientras el vino circulaba. Le dije a Caractato cuan cerca estuvimos de encontrarnos en un conflicto personal. El rió y dijo:

—¡Si lo hubiese sabido! Pero si todavía estás ansioso por luchar, soy tu hombre. ¿Mañana por la mañana, en el campo de Marte, tú en tu yegua y yo a pie? La disparidad de nuestras edades hará que eso sea justo.

Desde entonces otra afirmación suya se ha vuelto famosa:

—No puedo entender, señores, cómo gobernantes de una ciudad tan gloriosa como ésta, con casas como riscos de mármol, con tiendas como tesoros reales, con templos como los sueños de que hablan nuestros druidas cuando vuelven de sus visitas mágicas al Reino de la Muerte, pueden albergar en sus corazones la codicia de nuestras pobres chozas isleñas.



# Capítulo 27

## AÑO 46

Para señalar el comienzo de cada nuevo ciclo o edad de los hombres, se celebran en Roma juegos expiatorios, llamados Tarentinos o Seculares. Adquieren la forma de un festival de tres días y tres noches, en honor de Piutón y Proserpina, los dioses del Mundo Inferior. Los historiadores convienen en que estos juegos fueron establecidos formalmente, por primera vez, por Publicóla, un Valeriano, en el año 250 después de la fundación de Roma... que fue también el año en que los Claudios llegaron a Roma desde el país sabino. Pero fueron celebrados 110 años antes como ritual de familia de los Valerio, de acuerdo con un oráculo del Apolo de Delfos. Publicóla juró que serían ejecutados al comienzo de cada nuevo ciclo, desde entonces, mientras la ciudad se mantuviese en pie. Desde su época hubo cinco celebraciones, pero a intervalos irregulares, debido a diferencias de opinión en cuanto al momento en que debía comenzar cada nuevo ciclo. A veces se ha considerado que el ciclo es el ciclo natural de tiempo de ciento diez años, que es el antiguo método etrusco de cálculo, y a veces como el ciclo civil romano de cien años, y en ocasiones los Juegos se celebraron cuando resultó evidente que no sobrevivía nadie que hubiese participado en la celebración anterior. La más reciente celebración, en tiempos de la república, fue en el año 607 a contar de la fundación de la ciudad, y la única celebración que se realizó desde entonces fue la de Augusto, en el año 736. El año de la celebración de Augusto no podía ser justificado como indicativo del centésimo, o el centésimo décimo año de la celebración anterior, ni como indicativo de la muerte del último hombre que había participado en ella. Tampoco se lo podía considerar como una fecha estimada por cálculo desde la época de Publicóla, contando en plazos de 100 ó 110 años. Augusto, o más bien la Junta de Quince, sus consejeros religiosos, se basaban, para sus cálculos, en una supuesta primera celebración de sus Juegos en el año 97 a contar de la fundación de la ciudad. Admito que en mi historia de las reformas religiosas he aceptado esta fecha como la correcta, pero sólo porque el hecho de criticarlo en este punto importantísimo me habría creado serios problemas con mi abuela Livia. El hecho es que sus cálculos eran incorrectos (para no entrar en el asunto en detalle), incluso aunque la primera celebración se hubiese realizado cuando él dijo que se realizó, cosa que no era así. Yo tomé como punto de partida para el cálculo el festival de Publicóla, con ciclos naturales de 110 años (porque es indudable que esto era lo que significaba un ciclo para Publico-Año 46 la), hasta llegar al año 690 a contar de la fundación de la ciudad. En esa fecha habría debido realizarse la última celebración, y luego, la siguiente, en el año 800, fecha a que acabamos de llegar en este relato, es decir, el séptimo, año de mi propia monarquía.

Ahora bien, cada ciclo tiene cierto carácter fatal, que le es proporcionado por los acontecimientos del año inaugural. El primer año del ciclo anterior había sido señalado por el nacimiento de Augusto, la muerte de Mitrídates el Grande, la victoria de Pompeyo sobre los fenicios y su captura de Jerusalén, la infructífera tentativa de Catilina de llevar a cabo una revolución popular y la asunción por César de su Sumo Sacerdocio. ¿Será necesario señalar la importancia de cada uno de estos

acontecimientos? ¿Qué para el ciclo siguiente nuestras armas estaban destinadas a lograr grandes triunfos en el exterior, y que el imperio se ampliaría grandemente, las libertades populares quedarían suprimidas y los Césares serían los mediadores de los dioses? Mis intenciones eran expiar los pecados y los delitos de ese antiguo ciclo, e inaugurar uno nuevo con solemnes sacrificios, porque en ese año soñaba con completar mi labor de reforma. Luego entregaría el gobierno de una nación, ahora próspera y bien organizada, al Senado y al Pueblo, a los cuales le había sido durante tanto tiempo arrebatado.

Tenía elaborado todo el plan en detalle. Resultaba claro que el gobierno por el Senado, bajo cónsules elegidos anualmente, ofrecía grandes desventajas. El período de un solo año no era lo bastante prolongado. Y el ejército no deseaba que su comandante en jefe cambiara constantemente. Mi plan, en pocas palabras, consistía en regalar a la nación la Lista Civil, salvo la parte de la misma que fuese necesaria para mantenerme como ciudadano privado, y las tierras imperiales, incluso Egipto, e introducir una ley que estipulase un cambio de gobierno cada cinco años. Los ex cónsules del período quinquenal anterior, junto con ciertos representantes del Pueblo y de los Caballeros, formarían un gabinete para aconsejar y colaborar con uno de ellos —elegido por suertes religiosas y conocido con el título de Cónsul en Jefe— en el gobierno del país. Cada miembro del gabinete sería responsable ante el cónsul en jefe por un departamento correspondiente a los que yo había establecido con la dirección de mis libertos, o por el gobierno de una de las provincias de frontera. Los cónsules del año actuarían como un vínculo entre el cónsul en jefe y el Senado, y ejecutarían sus obligaciones habituales de jueces de apelación. Los Protectores del Pueblo actuarían como vínculo entre el cónsul en jefe y el Pueblo. Los cónsules serían elegidos en la orden senatorial, por elección popular, y en los casos de emergencia natural se recurriría a un plebiscito. Se me habían ocurrido una cantidad de ingeniosas salvaguardias para esta constitución, y me felicitaba de que fuese un modelo funcional. Mis libertos seguirían siendo funcionarios permanentes, encargados del personal de escribientes, y el nuevo gobierno se beneficiaría con sus consejos. De tal modo, se conservarían las mejores características del gobierno monárquico, sin perjuicios para la libertad republicana. Y para mantener al ejército satisfecho incluiría en la nueva constitución una medida que estableciera una compensación en dinero, que sería pagada cada cinco años en proporción del éxito de nuestras armas en el exterior y del aumento de las riquezas en el país. Las gobernaciones de las provincias serían distribuidas entre caballeros que hubiesen ascendido a altos puestos en el ejército, y entre los senadores.

Por el momento no le hablé a nadie de mis planes, sino que continué trabajando alborozado. Estaba convencido de que en cuanto demostrara, por medio de una renuncia voluntaria a la monarquía, que mis intenciones jamás habían sido tiránicas y que las ejecuciones sumarias que ordené fueron prácticamente obligatorias, se me perdonarían todos los errores de menor cuantía, en vista de la gran labor de reformas que había cumplido, y que todas las sospechas quedarían olvidadas. Me dije: «Augusto siempre dijo que renunciaría y restablecería la república, pero nunca lo hizo a causa de Livia. Y Tiberio, siempre dijo lo mismo, pero nunca lo hizo porque temía el odio que había conquistado con su crueldad y tiranía. Pero yo voy a renunciar realmente; no hay nada que me lo impida. Mi conciencia está clara, y Mesalina no es Livia.»

Los Juegos Seculares se celebraron, no en el verano, como en ocasiones anteriores, sino el 21 de abril, festival de los Pastores, porque era en ese día cuando Rómulo y sus pastores fundaron Roma, 800 años antes, seguí el ejemplo de Augusto, en el sentido de no hacer que los dioses del Mundo Inferior fuesen las únicas deidades festejadas, aunque el Tarento, una grieta volcánica del campo de Marte, que era un lugar

tradicional para las celebraciones y del cual se decía que era una de las entradas al Infierno, fue convertido en un teatro temporal e iluminado con luces de colores, y el hecho el centro del Festival. Unos meses antes había enviado heraldos a convocar a todos los ciudadanos (con la antigua fórmula) a un espectáculo «que nadie ahora con vida ha presenciado jamás, y que nadie ahora con vida volverá a ver». Esto provocó algunas burlas, porque la celebración de Augusto, 64 años antes, era recordada por gran cantidad de ancianos y ancianas, algunos de los cuales, incluso habían participado en ella. Pero era la antigua fórmula, y estaba justificada por el hecho de que la celebración de Augusto no se había llevado a cabo en el momento correcto.

En la mañana del primer día, la Junta de Quince distribuyó a todos los ciudadanos libres, desde la escalinata del templo de Júpiter, en el monte Capitolino, y del de Apolo, en el Palatino, antorchas, azufre y betún, los instrumentos de la purificación. También trigo, cebada y habas, parte para servir como ofrenda a las Parcas, y parte para ser entregada como pago a los actores que participasen en el festival. A la mañana temprano se habían ofrecido sacrificios, simultáneamente, en todos los principales templos de Roma, a Júpiter, Neptuno, Juno, Minerva, Venus, Apolo, Mercurio, Ceres, Vulcano, Marte, Diana, Vesta, Hércules, Augusto, Latona, las Parcas, y a Plutón y Proserpina. Pero el principal acontecimiento del día era el sacrificio de un toro blanco a Júpiter y de una vaca blanca a Juno en el Capitolio y se esperaba que todos concurriesen. Luego fuimos en procesión al teatro de Tárente y entonamos coros en honor de Apolo y Diana. La tarde fue ocupada con carreras de cuadrigas y cacerías de animales salvajes y luchas a espada en el circo y en los anfiteatros, y juegos escénicos en honor de Apolo en el teatro de Pompeyo.

Esa noche, a las nueve, después de quemar grandes cantidades de azufre y de salpicar con aguas sagradas, en consagración de todo el Campo de Marte, sacrificué tres terneros a las Parcas en tres altares subterráneos construidos en la orilla del Tíber, en tanto que una muchedumbre de ciudadanos que me acompañaba agitaba sus antorchas encendidas, ofrecía su trigo, su cebada y sus habas, y cantaba un himno de arrepentimiento por los errores pasados. La sangre de los corderos fue salpicada en los altares, y sus cadáveres quemados. En el teatro de Tarento se entonaron entonces más himnos, y la parte expiatoria del festival transcurrió con una apropiada solemnidad. Luego se representaron escenas de la leyenda romana, incluso un ballet ilustrativo de la lucha entre los tres hermanos Horacios y los tres hermanos Curiacios, que según se decía había ocurrido muy cerca del día de la primera celebración de los Juegos por la familia Valerio.

Al día siguiente las matronas más nobles de Roma, encabezadas por Mesalina, se reunieron en el Capitolio y efectuaron súplicas a Juno. Los Juegos continuaron como el día anterior; trescientos leones y cien osos fueron muertos en el anfiteatro, para no hablar de los toros y de numerosos gladiadores. Esa noche sacrificué un cerdo y un lechón negro a la Madre Tierra. El último día se entonaron himnos griegos y latinos, en coro, en el santuario de Apolo, por trescientos hermosos jóvenes y doncellas, y se sacrificaron bueyes blancos. Apolo era honrado de esta manera porque su oráculo había ordenado primitivamente la institución del festival. Los himnos eran para implorar la protección de Apolo, de su hermana Diana, de su madre Latona, de su padre Júpiter, para todas las ciudades, pueblos y magistrados de todo el imperio. Uno de ellos era la famosa obra de Horacio, compuesta en honor de Apolo y Diana, que no tenía que ser puesta al día, como se hubiera supuesto. En rigor, uno de los versos del himno era más adecuado que cuando fue compuesto por primera vez:

*Movida por la solemne voz de la oración,*

*ambas deidades harán de Roma su gran preocupación.  
Benignas alejarán los cuidados  
de hambres y pestes y llantos y guerras.  
A Roma a César librarán de ellos,  
para descargarlos sobre  
el británico enemigo...*

Horacio lo había escrito en un momento en que Augusto tenía la intención de librar una guerra contra Bretaña, pero nunca la llevó a cabo, de modo que los británicos no eran oficialmente nuestros enemigos como lo eran ahora.

Más sacrificios a todos los dioses, más carreras de cuadrigas, luchas de gladiadores, cacerías de animales salvajes, pruebas atléticas. Esa noche, en Tarento, sacrifiqué a Plutón y Proserpina un cordero negro, una oveja negra, un toro negro, una vaca negra, un jabalí negro, una puerca negra.

Y terminó el festival hasta dentro de 110 años. Había transcurrido sin un solo error, sin que se informase de augurio maligno de especie alguna. Cuando le pregunté a Vitelio si le había satisfecho el festival, me dijo:

—Fue excelente, y te deseo que este día vuelva a repetirse muchas veces.

Estallé en carcajadas y él se disculpó por su distracción. Había identificado inconscientemente el nacimiento de Roma con el mío, explicó, pero esperaba que la frase resultase ser un presagio de vida prolongada, para mí, hasta llegar a una vejez notable y vigorosa. Pero Vitelio sabía ser muy insincero. Creo ahora que el retruécano se le había ocurrido muchas semanas antes.

Para mí el momento más orgulloso del festival fue la tarde del tercer día, cuando los Juegos de Troya fueron realizados en el campo de Marte y mi pequeño Británico, que entonces sólo tenía seis años de edad, participó en la escaramuza con chicos que le doblaban en edad, y manejó su poney y sus armas como un Héctor o un Caractato. La gente reservó sus más estruendosas ovaciones para él. Comentó su extraordinario parecido con mi hermano Germánico y le profetizó espléndidos triunfos en cuanto tuviese Suficiente edad para ir a la guerra. Un sobrino-nieto mío también participó en los juegos, un chico de once años, hijo de mi sobrina Agripinila. Se llamaba Lucio Domicio\*, y ya lo he mencionado antes, pero sólo al pasar. Ahora ha llegado el momento de hablar más de él.

Era hijo de Domicio Enobarbo (o barba de bronce), mi primo materno, que tenía reputación de ser el hombre más sanguinario de Roma. El carácter sanguinario era de familia, como la barba roja, y se decía que no era extraño que tuviesen barbas de bronce, que hacían juego con sus caras de hierro y corazones de cuero. De joven, Domicio Enobarbo había servido en el estado mayor de Cayo César, en Oriente, y matado a uno de sus libertos encerrándolo en una habitación, sin agua para beber, y nada más que pescado salado y pan seco para comer, nada más que porque se negó a emborracharse como correspondía en el banquete de su cumpleaños. Cuando Cayo se enteró de esto, le dijo a Domicio que sus servicios no eran ya necesarios y que no lo contaba entre sus amigos. Domicio volvió a Roma, y en el viaje de regreso, en un acceso de mal humor, espoleó de pronto a su caballo, a lo largo de una calle de aldea, en la Vía Apia, y pisó deliberadamente a una niña que jugaba en la carretera con su muñeca. Otra vez, en la plaza del Mercado, buscó pendencia a un caballero a quien le debía dinero, y le saltó un ojo con el pulgar. En los últimos años de su reinado mi tío Tiberio trabó amistad con Domicio porque cultivaba deliberadamente la amistad de los

---

\* Después emperador Nerón. - R. G.

hombres más crueles y viles, con el objeto, según se supone, de sentirse un tanto virtuoso en comparación. Casó a Domicio con su nieta adoptiva, mi sobrina Agripinila, y el matrimonio tuvo un hijo, este Lacio. Felicitado por su amigo durante el nacimiento de un heredero, Domicio respondió, ceñudo:

—Ahórrense las felicitaciones, estúpidos. Si tuviesen algún verdadero patriotismo irían hasta la cuna y estrangularían al niño en el acto. ¿No se dan cuenta de que Agripinila y yo conocemos todos los vicios existentes, humanos e inhumanos, y que él está destinado a crecer y convertirse en el demonio más detestable que jamás haya asolado a nuestro desdichado país? Y esto no son conjeturas. ¿Alguno de ustedes ha visto su horóscopo? Es suficiente para hacerle' estremecerse a uno.

Domicio fue arrestado por la doble acusación de traición e incesto con su hermana Domicia. Por supuesto, eso no significaba nada en época de Tiberio; no era más que una formalidad. Tiberio murió oportunamente y él fue (liberado por Calígula. No mucho después de eso murió el propio Domicio, de hidropesía. Había incluido a Calígula en su testamento, como coheredero del joven Lucio, y le dejaba dos tercios de sus propiedades. Cuando Agripinila, fue desterrada a su isla, Calígula se apoderó también del resto de la herencia, de modo que Lucio era ahora prácticamente un huérfano, y no tenía medio alguno de subsistencia. (Pero su tía Domicia lo cuidó. (No hay que confundirla con su hermana Domicia Lépidia, madre de Mesalina.) Era una mujer que se entregaba por entero a los placeres, y que sólo se preocupó por el joven Lucio debido a una profecía que indicaba que algún día sería emperador. Quería granjearse su simpatía. El hecho de que los tres instructores a quienes confió el cuidado de Lucio fuesen un ex bailarín sirio de ballet, que compartía los favores de Domicia con un ex gladiador tirolés; este mismo ex gladiador y su peluquero griego, constituye un comentario en cuanto al carácter de Domicia. Entre los tres le proporcionaron una espléndida educación popular.

Dos años más tarde, cuando Agripinila regresó, experimentó tan pocos sentimientos maternos por su hijo, que dijo a Domicia que podía muy bien quedarse con él un par de años más. Pagaría porque le quitara la responsabilidad de las manos. Yo intervine e hice que Agripinila se lo llevase a casa. Se llevó también a los instructores, porque Lucio no quería ir sin ellos, y Domicia tenía otros amantes. Agripinila llevó, además, al esposo de Domicia, un ex cónsul, pero pronto riñeron y se separaron. El acontecimiento siguiente en la vida de Lucio fue un intento de asesinato mientras dormía su siesta de la tarde. Dos hombres entraron por la puerta delantera, sin que los detuviese el portero, que también dormía la siesta, subieron, no encontraron a nadie en los corredores, vagaron un rato, hasta que vieron a un esclavo durmiendo frente a la puerta de un dormitorio, que decidieron debía ser la que buscaban, entraron y encontraron a Lucio dormido en su cama, extrajeron sus dagas y se aproximaron en puntillas de pie. Un momento más tarde salieron corriendo, gritando: «¡La serpiente, la serpiente!» Aunque la casa fue alarmada por el ruido, no se hizo esfuerzo alguno por detenerlos, y lograron huir. Lo que los asustó fue la visión de una piel de cobra en la almohada de Lucio. Había estado usándola envuelta en torno a la pierna, como remedio contra el escrófula, del cual había sufrido mucho de niño, y supongo que jugó con ella mientras se dormía. En la habitación sumida en penumbra, parecía una cobra viva. Desde entonces he supuesto que los asesinos fueron enviados por Mesalina, quien odiaba a Agripinila pero que, por uno u otro motivo, no se atrevía a presentar ninguna acusación contra ella. Sea como fuese, circuló el rumor de que dos cobras montaban guardia ante la cama de Lucio, y Agripinila estimuló el rumor. Montó la piel de cobra en un brazalete de oro, con formas de serpiente, para que él la usara, y les dijo a los amigos que en verdad la habían encontrado sobre la almohada y que debía de haber sido dejada allí por una cobra. Lucio

dijo a sus amigos que efectivamente tenía una cobra como centinela, pero que probablemente era una exageración afirmar que era una doble guardia. Solía beber de su jarro de agua. No se hicieron más tentativas de asesinato.

Lucio, como Británico, se parecía a mi querido hermano Germánico, que era su abuelo, pero en este caso era una semejanza odiosa. Las facciones eran casi idénticas, pero el carácter franco, noble, generoso, modesto, que irradiaba del rostro de Germánico estaba reemplazado aquí por la astucia, la vileza, la ruindad, la vanidad. Y sin embargo, la mayoría de la gente no percibía esto debido al degenerado refinamiento que había hecho de la belleza de su abuelo. Poseía una belleza afeminada que hacía que los hombres se sintieran atraídos hacia él, como se hubieran sentido atraídos hacia una mujer. Y conocía perfectamente el poder de su belleza y se pasaba mucho tiempo, todas las mañanas, en su tocador, en especial dedicándose al cuidado de su cabello, que usaba muy largo, como su madre o su tía. Su instructor, el peluquero, cuidaba su belleza con tanto celo como el jardinero en jefe de los jardines de Lúculo cuidaba los frutos de los famosos durazneros o del singular cerezo de frutos blancos que Lúculo había traído desde el mar Negro. Era extraño contemplar a Lucio en el campo de Marte, haciendo ejercicios militares con espada, escudo y lanza. Los manejaba con bastante corrección, como le había enseñado su gladiador tirolés, pero sin embargo, era menos un ejercicio militar que un ballet. A la misma edad, cuando Germánico realizaba sus ejercicios, uno siempre podía escuchar, en la imaginación, el estrépito del combate, las trompetas, los gemidos y los gritos, y ver los borbotones de sangre germana. En el caso de Lucio, sólo se oían los aplausos del público de un teatro, y se veían rosas y monedas de oro que caían en lluvia sobre el escenario.

Pero basta de Lucio por el momento. Un tópico más agradable es el de mi perfeccionamiento del alfabeto romano. En mi libro anterior he explicado algo acerca de las tres nuevas letras que sugerí como necesarias para el uso moderno: la u consonante, la vocal intermedia entre la i y la u, correspondiente a la ypsilon griega, y la consonante que hasta ahora habíamos expresado por bs o ps. Había tenido la intención de introducir las después de mi triunfo, pero postergué el asunto hasta que comenzara el nuevo ciclo. Anuncié mi proyecto en el Senado, el día después de los Juegos Seculares, y fue recibido de manera favorable. Pero dije que se trataba de una innovación que afectaba personalmente a todos los hombres del imperio y que no quería imponer mis propias ideas al pueblo romano contra su voluntad o de prisa, de modo que propuse que el asunto fuese sometido a un plebiscito, en el plazo de un año. Entretanto publiqué una circular que explicaba y justificaba mi plan. Señalé que si bien a uno se lo educaba de modo que considerase el alfabeto como una serie no menos sagrada e inalterable que los meses del año o el orden de los numerales o los signos del Zodíaco, en realidad no era así. En este mundo todo estaba sujeto a cambio y mejora. Julio César había reformado el calendario; se había ampliado y alterado la convención para la escritura de los numerales; se habían modificado los nombres de las constelaciones; y ni siquiera las estrellas que las componían eran inmortales... Desde la época de Homero, las siete Pléyades se habían convertido en seis debido a la desaparición de la estrella Sterope, o, como a veces se la llamaba, Electra. Lo mismo sucedía con el alfabeto latino. No sólo habían cambiado las formas lineales de las letras, sino también el significado de las letras como denotativas de ciertos sonidos hablados. El alfabeto latino había sido tomado en préstamo de los griegos dóricos en la época del sabio rey Evandro, y los griegos lo recibieron originariamente de Cadmo, quien lo trajo consigo cuando llegó con la flota fenicia, y los fenicios lo recibieron de los egipcios. Era el mismo alfabeto, pero sólo de nombre. El hecho es que la escritura egipcia comenzó en forma de figuras de animales y otros objetos naturales, y que éstos se formalizaron gradualmente en

letras jeroglíficas, y que los fenicios las tomaron prestadas y las modificaron, y que los griegos tomaron prestadas y modificaron estas alteraciones y que finalmente los latinos tomaron prestadas y modificaron estas modificaciones de modificaciones. El primitivo alfabeto griego contenía sólo 16 letras, pero se lo aumentó hasta que tuvo 24, y en algunas ciudades 27. El primer alfabeto latino contenía sólo 20 letras, porque las tres consonantes griegas aspiradas y la letra Z parecían innecesarias. Pero unos quinientos años después de la fundación de Roma se introdujo la G para complementar a la C, y en fecha más reciente había retornado la Z. Y en mi opinión el alfabeto todavía no era perfecto. Quizá sería un poco incómodo al principio, si el país votaba en favor del cambio, recordar la utilización de estas convenientes formas nuevas en lugar de las antiguas, pero la inconveniencia desaparecería muy pronto y una nueva generación de niños a quienes se enseñara a leer y escribir en el nuevo estilo no lo sentiría en absoluto. La inconveniencia del cambio introducido en el calendario, ni siquiera cien años antes, en que un año tuvo que ampliarse a quince meses y por lo tanto modificar la cantidad de días de cada mes, y el nombre de cada uno de los meses debió ser también modificado... eso, en verdad, fue algo digno de quejarse, ¿pero acaso no había terminado todo bien? Era indudable que nadie querría volver al antiguo estilo.

Bien, todos analizaron el asunto sabiamente, pero quizá nadie se preocupó mucho por el asunto, en uno o en otro sentido, o por lo menos no tanto como yo. Eventualmente se realizó la votación y hubo un abrumador pronunciamiento en favor de las nuevas letras, pero más bien como un cumplido personal hacia mí, creo, que por una verdadera comprensión del problema. De modo que el Senado votó su inmediata introducción, y ahora aparecen en todos los documentos oficiales y en todos los tipos de literatura, desde los poemas, tratados científicos y comentarios legales, hasta los anuncios de subastas, pedidos de pago de deudas, cartas de amor y garabateos pornográficos, con tiza, en las paredes de los edificios.

Y ahora, haré un breve relato respecto de varias obras públicas, reformas, leyes y decretos míos, que datan de la última parte de mi monarquía. De tal manera, por así decirlo, dejaré libre la mesa de trabajo para escribir los últimos y dolorosos capítulos de mi vida. Porque ahora he llegado a un punto de viraje de mi narración: «El descubrimiento», como lo llaman los dramaturgos, después del cual, si bien continué cumpliendo con mis deberes de emperador, lo hice con un espíritu muy distinto que hasta entonces.

Terminé de construir los acueductos. También construí muchos cientos de kilómetros de nuevas carreteras y reparé las antiguas. Prohibí que los prestamistas hicieran préstamos a los jóvenes necesitados, en espera de la muerte de los padres de éstos. Era un tráfico desagradable; el interés resultaba siempre extorsivo, y con más frecuencia de lo natural el padre moría muy poco después. Esta medida era también un modo de protección de los padres honrados contra los hijos pródigos. Pero también proporcioné una protección a los hijos honrados contra los padres pródigos. Exceptué la herencia legal de un hijo, del secuestro de la propiedad de un padre por deudas o delitos. También legislé en favor de las mujeres, liberándolas de la irritante tutela de sus parientes paternos, y prohibí que las dotes fueran ofrecidas como garantía por las deudas de su esposo. Por sugestión de Palas presenté en el Senado una moción, que fue adoptada como ley, en el sentido de que toda mujer que se casara con un esclavo sin el conocimiento y consentimiento del amo de éste, se convertía a su vez en una esclava, pero que si lo hacía con el conocimiento y consentimiento de aquél, permanecía libre, y sólo sus hijos nacidos del matrimonio eran esclavos. Hubo una divertida secuela a mi introducción de esta moción. Un senador, que por casualidad era el cónsul electo, había ofendido a Palas unos años antes y previo dificultades para cuando volviese a ocupar su

puesto si no reconquistaba la buena voluntad de Palas. No digo que estuviese justificado en lo referente a que Palas le demostrara rencor, porque Palas es menos víctima de este defecto que yo, pero por lo menos tenía la conciencia intranquila, de modo que propuso que se concediese a mi liberto una magistratura honoraria de primera clase y la suma de 150.000 piezas de oro por haber ejecutado un gran servicio al país al redactar esa ley y convencer al Senado de que la aprobara. Escipión, el viudo de Popea, se puso de pie de un salto y habló con irónica reminiscencia de Galo y Haterio, en el reinado de mi tío Tiberio:

—Apoyo esa moción. Y propongo que también se ofrezca un agradecimiento público a este hombre extraordinario. Porque algunos de nosotros, los genealogistas aficionados, hemos descubierto en fecha reciente que desciende directamente del rey Palas de Arcadia, antepasado de ese rey Evandro, literario recientemente mencionado por nuestro gracioso emperador, quien dio su nombre al monte Palatino. Agradecimiento público, digo, que habría que ofrecerle no sólo por sus servicios al crear esta ley, sino también por su modesta magnanimidad al ocultar su ascendencia real... por ponerse a disposición del Senado, como un simple cualquiera, y por dignarse incluso a ser conocido como el secretario liberto del emperador.

Nadie se atrevió a oponerse a esta moción, de modo que yo me hice el inocente y no interpuse el veto. Habría sido injusto para Palas. Pero en cuanto el Senado suspendió la sesión, le llamé y le hablé acerca de la moción. Enrojeció, sin saber si encolerizarse por el insulto o si sentirse complacido por el hecho de que se reconocía públicamente el papel importante que representaba en los asuntos públicos. Me preguntó si debía responder, y yo le dije:

—¿Necesitas el dinero?

—No, César, estoy muy bien.

—¿Hasta qué punto? Vamos, dínos cuanto dinero tienes, y no me enojaré.

—Unos tres millones de piezas, la última vez que revisé mis cuentas.

—¿Qué? ¿Piezas de plata?

—No, de oro.

—¡Cielos! ¿Y todo eso honestamente ganado?

—Hasta la última moneda. La gente siempre presenta peticiones o pide favores y yo siempre digo: «¡No puedo prometerte nada!» Y entonces me dicen: «Oh, nunca esperamos promesas, pero por favor, acepta este pequeño regalo en dinero, como reconocimiento de tu bondad al recibirnos». De modo que deposito el dinero en el banco y les sonrió con simpatía. Es todo tuyo, César, si lo quieres, ya lo sabes.

—Ya lo sé, Palas, pero nunca imaginé que fueras tan rico.

—Jamás tengo tiempo de gastar nada, César.

Palas trabajaba como un galeote. Era cierto. Entonces le dije que baría que el Senado no terminara riéndose de él. Le aconsejé que aceptara el puesto honorario pero que rechazara el dinero. Consintió, y entonces aseguré gravemente al Senado que Palas estaba satisfecho con el rango honorario que le habían concedido tan bondadosamente, y que continuaría viviendo con su anterior pobreza.

Escipión no quiso dejarse derrotar. Introdujo una moción por la que me rogaba que suplicase a Palas que cediese a las súplicas del Senado y que aceptara la donación. La moción fue aprobada, pero Palas y yo continuamos rechazando. Por consejo mío, rechazó mis súplicas y las del Senado, y la farsa quedó completada por otra moción más introducida por Escipión y aprobada por el Senado, según la cual se felicitaba a Palas por su primitiva parsimonia. Estas felicitaciones fueron incluso grabadas en una tablilla de bronce. Creo que se convendrá en que no fuimos Palas y yo quienes hicimos el papel de tontos, sino Escipión y el Senado.



Limité los honorarios de los abogados a cien piezas de oro por caso. Esta limitación estaba directamente dirigida contra hombres como Suilio, el fiscal de Asiático, quien podía hacer que un jurado condenara o absolviera con tanta seguridad como un granjero lleva sus cerdos al mercado. Suilio aceptaba cualquier caso, por desesperado que fuese, siempre que recibiera todos sus honorarios, que eran de 4.000 por caso. Y lo que influía sobre el jurado era lo impresionante del honorario, tanto como la seguridad y elocuencia con que se dirigía al tribunal. Es claro que de vez en cuando ni el propio Suilio podía abrigar esperanzas de triunfar en un caso porque la culpabilidad de su cliente resultaba demasiado clara como para ser ocultada. Pero para no perder méritos ante el tribunal, que necesitaría en casos futuros, cuando hubiera por lo menos una posibilidad de luchar, prácticamente obligaba al jurado a que decidiese contra su cliente. Una vez hubo un escándalo en este sentido. Un rico caballero, acusado de robar a la viuda de uno de sus libertos, había pagado a Suilio sus honorarios y fue luego traicionado por él de ese modo. Fue a verlo y le pidió que le devolviera el dinero. Suilio dijo que había hecho todo lo posible y lamentó no poder devolver el dinero... sería un precedente peligroso. El caballero se suicidó a las puertas de la casa de Suilio.

Al reducir los honorarios de los abogados, que en la Roma republicana habían sido decretados ilegales, herí su prestigio ante los jurados, que en adelante se sintieron más inclinados a emitir veredictos correspondientes a los hechos del caso. Libré una especie de guerra contra los abogados. A menudo, cuando tenía que juzgar un caso, solía advertir al juzgado, con una sonrisa: «Soy un anciano, y mi paciencia se agota fácilmente. Es probable que mi veredicto vaya en favor de la parte que presente sus pruebas en la forma más breve, sincera y lúcida, aunque sea un tanto incriminadora, y no a la parte que arruine un buen caso ofreciendo un espectáculo inadecuadamente brillante.»

Y citaba a Homero:

*Sí, cuando los hombres hablan, al que más detesto,  
es al que encierra la verdad adentra de su pecho.*

Estimulé la aparición de un nuevo tipo de abogados, sin gran experiencia legal, pero con sentido común, voz clara y talento para reducir los casos a sus elementos más sencillos. El mejor de ellos era Agatón. Siempre le concedía el beneficio de la duda, cuando presentaba un caso ante mí en su forma agradable, cómoda y exacta, a fin de estimular a otros para que lo emulasen.

El Instituto Forense y Legal de Telegonio, «el sapientísimo y elocuente orador y jurista», fue cerrado hace unos tres años. Sucedió como sigue. Telegonio, obeso, agitado y con los cabellos al rape, apareció un día ante el tribunal que yo presidía, y presentó un caso propio. Un magistrado lo había obligado a pagar una fuerte multa con el pretexto de que había incitado a uno de sus esclavos a matar a un valioso esclavo de Vitelio. Parece que el esclavo de Telegonio, en una barbería, se había dado insoportables aires de abogado y orador. Estalló una disputa entre este individuo y el esclavo de Vitelio, quien esperaba su turno para ser afeitado y al que se conocía como el mejor cocinero de toda Roma, aparte del mío, y que valía por lo menos 10.000 piezas de oro. Con ofensiva elocuencia, el esclavo de Telegonio comparó la importancia artística de la oratoria y la cocina. El cocinero de Vitelio no era pendenciero, pero hizo algunas desapasionadas afirmaciones, tales como las de que no se podía esclarecer una adecuada comparación entre los practicantes domésticos de espléndidas artes y los espléndidos practicantes de artes domésticas; que esperaba, si no deferencia, por lo menos cortesía de los esclavos de menos importancia que él; y que valía por lo menos cien veces más que su oponente.

El orador, encolerizado por las simpatías que el cocinero despertó en los otros parroquianos, arrebató la navaja de mano del barbero y cortó la garganta al cocinero, exclamando:

—Te enseñaré a discutir con uno de los hombres de Telegonio.

Por lo tanto Telegonio fue multado en todo el valor del cocinero asesinado, debido a que la violencia del esclavo se debía a una obsesión de infalibilidad argumenta! inculcada por el instituto a todos sus empleados. Telegonio apeló sobre la base de que el esclavo no había sido incitado al asesinato con violencia, porque el lema del Instituto era: «La lengua es más poderosa que la espada», que constituía una sugestión directa a atenerse a aquella arma en toda disputa. También afirmó que había sido un día muy caluroso, que el esclavo fue sometido a un grosero insulto por la sugerencia de que no valía más que unas miserables cien piezas de oro —el valor más bajo que podía asignarse a sus servicios de trabajador especializado sería de cincuenta piezas de oro anuales—, y que por lo tanto la única opinión correcta era la de que el cocinero había provocado el asesinato por su conducta.

Vitelio compareció como testigo.

—César —dijo—, yo veo la cosa de esta manera. Este esclavo de Telegonio ha matado a mi cocinero en jefe, una persona suave y digna, y un perfecto artista a su manera, como tú mismo admitirás, ya que con frecuencia elogiaste sus salsas y pasteles. Me costará por lo menos 10.000 piezas de oro reemplazarlo, y aun así, puedes estar seguro, no podré conseguir alguien que sea ni la mitad de bueno que él. Su asesino usó frases en alabanza de la oratoria y en desprecio de la cocina, y se ha demostrado que aparecen, palabra por palabra, en los manuales de Telegonio. Y además he demostrado que en los mismos manuales, en los apartados dedicados a la «libertad», aparecen muchos pasajes violentos que tratan de justificar que una persona recurra a la fuerza armada cuando fracasan los argumentos y la razón.

Telegonio interrogó a Vitelio, y debo admitir que había conseguido anotarse varios tantos en su favor cuando un visitante casual al tribunal introdujo una sorpresa. Se trataba de Alejandro el Alabarca, quien estaba por casualidad en Roma y que había entrado en el tribunal para divertirse. Hizo que me entregaran una nota:

*La persona que se llama Telegonio de Atenas y Roma es un esclavo fugitivo mío, llamado Joannes, nacido en Alejandría, en mi propia casa, de madre siria. Lo perdí hace 25 años. Encontraras una letra A, dentro de un círculo, grabada en su cadera izquierda, que es la marca de mi casa.*

*Firmado: ALEJANDRO, ALABARCA*

Interrumpí el caso mientras llevaban a Telegonio afuera y lo identificaban en realidad como propiedad del alabarca. Imagínense: ¡durante veinte años había estado haciéndose pasar por ciudadano romano! Toda su propiedad hubiera debido pasar al Estado, salvo las 10.000 piezas de oro que se le concedieron a Vitelio. Pero permití que el alabarca se quedara con la mitad de esa suma. En compensación, el alabarca me regaló a Telegonio, a quien entregué a Narciso para que hiciera lo que quisiera con él. Narciso lo puso a trabajar en la útil tarea de asentar las actas del tribunal.

Esta, pues, era la forma en que gobernaba. Y amplié en gran escala la ciudadanía romana, con la intención de que ninguna provincia cuyos habitantes fueran leales y pacíficos permaneciese durante mucho tiempo inferior en rango cívico al de Roma y el resto de Italia. La primera ciudad de Francia del norte a la que le concedí la ciudadanía fue Autun.

## AÑO 48

Luego hice realizar el censo de los ciudadanos romanos.

La cantidad de ciudadanos romanos, incluidos mujeres y niños, era ahora de 5.984.072, en comparación con los 4.937.000 que daba el censo del año en que murió Augusto, y con la de 4.233.000 que daba el censo realizado al año siguiente de la muerte de mi padre, escritos brevemente en una página, estos números no son impresionantes, pero piénsese en ellos en términos humanos. Si todos los ciudadanos romanos desfilaran ante mí a paso vivo, lo más cerca posible los unos de los otros, pasarían dos años antes de que apareciera el último. Estos eran sólo los ciudadanos verdaderos. Si desfilara toda la población del imperio, más de 70.000.000, ahora que había que contar con Bretaña, Marruecos y Palestina, llevaría doce veces más tiempo, es decir, 24 años, para que pasaran, y en 24 años hay tiempo para que nazca toda una nueva generación, de modo que podría quedarme sentado toda una vida, y el torrente continuaría pasando, *se destilaría y pasaría con un perpetuo fluir*, y la misma cara no aparecería dos veces seguidas. Los números son una pesadilla. Pensar que el primer Festival de Pastores de Rómulo fue festejado por no más de 3.300 almas. ¿Dónde terminará todo esto?

Lo que quiero subrayar, antes que nada, en estos relatos de mis actividades como emperador, es el hecho de que hasta ese momento por lo menos había actuado, en la medida en que me era posible, por el bien del pueblo, en el más amplio sentido posible. No era un revolucionario irreflexivo, ni un cruel tirano, ni un reaccionario obstinado. Trataba de combinar la generosidad con el buen sentido, cada vez que me era posible, y nadie puede acusarme de no haber hecho lo que pude.

Dos documentos que ilustran la práctica legislativa de Claudio, y también su estilo epistolar y oratorio

### EDICTO DE CLAUDIO ACERCA DE CIERTAS TRIBUS TIROLESAS Año 46

*Publicado en la residencia de Baias, en el año del consulado de Marco Junio Silano y de Quinto Sulpicio Camerio, en el decimoquinto día de marzo, por orden de Tiberio Claudio César Augusto Germánico.*

*Tiberio Claudio César Augusto Germánico, Sumo Pontífice, Protector del Pueblo por sexta vez, emperador, Padre de la Patria, cónsul electo por cuarta vez, emite la siguiente declaración oficial:*

*En relación con ciertas antiguas controversias, cuya solución había quedado pendiente desde hace algunos años, cuando mi tío Tiberio era emperador: Mi tío había mandado a cierto Pinario Apolinaris a investigar aquellas controversias relacionadas con los comercios (por lo que recuerdo) y los bergalios, pero no otros. Y este Pinario descuidó su cometido debido a la obstinada ausencia de mi tío de Roma. Y luego, cuando mi sobrino Cayo fue emperador y no le pidió tampoco informe alguno, no se lo ofreció —no fue ningún tonto, dadas las circunstancias—, y después de eso yo recibí un informe de Camurio Estatuto en el sentido de que gran parte de las tierras agrícolas y forestales de esas regiones estaban en realidad bajo mi propia jurisdicción... De modo que, para llegar al momento actual, en fecha reciente envié a mi buen amigo Planta Julio allí y, cuando convocó una reunión de gobernadores, tanto*

*los locales como aquellos cuyos distritos se encontraban a alguna distancia, examinó a fondo todos esos problemas y extrajo su conclusión. Ahora apruebo la redacción del siguiente edicto que —justificado previamente con un lúcido informe— ha presentado para mi firma, si bien contiene decisiones más amplias de las que Pinario podía tomar: «En lo que respecta a la posición de los anaunianos, los tuliasianos y los sindunianos, entiendo, según fuentes autorizadas, que algunos de éstos han sido incorporados al gobierno del Tirol del sur, aunque no todos. Ahora bien, aunque observo que las pretensiones de estas tribus a la ciudadanía romana no reposan sobre cimientos muy seguros, sin embargo, como puede decirse que han entrado en posesión de ella por derecho de colonización y se han mezclado en forma tan estrecha con los tirolese del sur, que no pueden ser separados de ellos ahora sin inferir un daño grave a ese distinguido cuerpo de ciudadanos, concedo por la presente, voluntariamente, permiso para que continúen gozando de los derechos que han asumido. Lo hago con tanto más placer, cuanto que una gran cantidad de los hombres cuya situación legal está afectada, sirven en la división de la guardia —algunos de ellos han ascendido al mando de compañías— y algunos de sus compatriotas han sido jurados en Roma y cumplen allí con sus deberes.*

*Este favor incluye la sanción legal retrospectiva de cualesquier acción que hayan ejecutado y cualesquiera contratos que hayan firmado bajo la impresión de que eran ciudadanos romanos, ya sea entre sí mismos o con los tirolese del sur, o en cualesquiera otra circunstancias. Y los nombres que hasta ahora hayan llevado, como si fuesen ciudadanos romanos, les autorizo por la presente a conservarlos.»*

#### FRAGMENTOS DEL DISCURSO DEL CLAUDIO AL SENADO PROPONIENDO LA EXTENSIÓN DE LA CIUDADANÍA ROMANA A LOS FRANCESES DEL DISTRITO DE AUTUN AÑO 48

*Debo pedirles por anticipado, señores, que corrijan su primera impresión escandalizada al escuchar la proposición que estoy a punto de hacer, en el sentido de que es una proposición revolucionaria. Preveo que tales sentimientos serán el más fuerte obstáculo que encontraré hoy. Quizá la mejor forma de trasponer este obstáculo sería la de recordarles cuántos cambios se han introducido en nuestra constitución en el curso de la historia romana, y cuan altamente plástica, en verdad, ha resultado ser desde el comienzo mismo.*

*En una ocasión Roma fue gobernada por reyes, y sin embargo la monarquía nunca llegó a ser hereditaria. Algunos desconocidos conquistaron la corona, e incluso extranjeros, como por ejemplo el sucesor de Rómulo, el rey Numa, que era nativo de Sabino (entonces era un Estado extranjero, si bien se encontraba cerca de Roma), y Tarquino el Primero, quien sucedió a Anco Marcio. Tarquino estaba muy lejos de ser de cuna distinguida —su padre fue Demarato, un corintio; su madre era tan pobre, que, si bien provenía de la noble familia de los Tarquino, se vio obligada a hacer un casamiento inferior a su condición social—, de modo que, no pudiendo ocupar un puesto honorable en Corinto, Tarquino vino aquí y fue elegido rey. El y su hijo, o quizá su nieto —los historiadores no concuerdan ni siquiera en este sentido—, fueron reemplazados por Servio Tulio quien, de acuerdo con los relatos romanos, era hijo de Ocesia, una mujer cautiva. Los documentos etruscos lo designan como el fiel compañero*

*del etrusco Cele Vipinas, cuyos infortunios compartió. Dicen que cuando Cele fue derrotado, Servio Tulio salió de Etruria con los restos del ejército de Cele y se apoderó de la colina Celia, a la que dio el nombre de su antiguo comandante. Luego cambió su nombre etrusco —era Macstrna— por el de Tulio, y conquistó la corona romana, y fue además un buen rey. Más tarde, cuando Tarquino el Soberbio y sus hijos comenzaron a ser odiados por su conducta tiránica, el pueblo de Roma, obsérvenlo, por favor, se cansó del gobierno monárquico, y tuvimos cónsules; magistrados elegidos anualmente, en lugar de reyes.*

*¿Tengo que recordarles la dictadura, que nuestros antepasados consideraban una forma aún más enérgica de gobierno que el poder consular, en tiempos difíciles de guerra o discordia política? ¿O el nombramiento de los Protectores del Pueblo para defender los derechos de los comunes contra la usurpación? ¿O la Junta de los Diez, que durante un tiempo arrebató el gobierno a los cónsules? ¿O la división del poder consular entre varias personas? ¿O el irregular nombramiento de coroneles del ejército en el puesto de cónsules... esto sucedió siete u ocho veces? ¿O la concesión, a miembros del común, no sólo de las más altas magistraturas, sino también la admisión al sacerdocio? Sin embargo, no me demoraré en las primeras luchas -de nuestros antepasados y en cuál ha sido el resultado de todo ello. Podrían ustedes sospechar que trato de convertir inmodestamente esta ojeada histórica en una excusa para jactarme de nuestra reciente ampliación del imperio, más allá de los mares del norte...*

*Fue voluntad de mi tío, el emperador Tiberio, que las principales colonias y ciudades provinciales de Italia tuviesen representantes sentados en este Senado. Y en verdad pudieron encontrarse representantes con las necesarias calificaciones de carácter y riqueza. «Sí —dirán ustedes—, pero hay una gran diferencia entre un senador italiano y un senador del extranjero». Y bien, cuando comience a justificar esta parte de mi acción como censor, en lo referente a ampliar la plena ciudadanía romana a las provincias, les demostraré lo que siento al respecto. Pero permítanme que diga brevemente que no creo que debiéramos prohibir a los provincianos que ocupen un escaño en este Senado, cuando lo merezcan, nada más que porque son provincianos. La renombrada y espléndida colonia de Vienne, en Francie, nos ha enviado senadores durante mucho tiempo, ¿no es cierto? Mi querido amigo Lucio Vestino proviene de Vienne y es uno de los miembros más distinguidos de su noble Orden de los Caballeros, y yo lo empleo aquí como ayudante de mis tareas administrativas. (De paso, tengo que pedirles un favor para los hijos de Vestino: quiero que les concedan los más elevados honores del sacerdocio... confió en que más tarde conquistarán distinciones por sus propios méritos, para agregarlas a las que se les concedan por méritos de su padre.) Pero hay un francés cuyo nombre omitiré de este discurso, que fue un granuja y ladrón, y odio incluso la mención de su nombre. Fue una especie de prodigio de escuela de lucha y se llevó un consulado a su colonia, antes de que a la misma se le hubiese concedido siquiera la ciudadanía romana. Tengo una opinión igualmente baja de su hermano, un desdichado tan miserable e indigno de confianza, que no podría ser de ninguna utilidad para ustedes como senador.*

*Pero ya es hora, Tiberio Claudio Germánico, que reveles al Senado el tema de tu discurso; ya has llegado a las fronteras del sur de Francia... este Senado no debería avergonzarse de estos nobles caballeros que ahora están ante mí, si se les elevara al rango de senadores, lo mismo que mi distinguido amigo*

*Perisco no se avergonzó cuando descubrió el nombre francés de Alobrogico entre las máscaras funerarias de sus antepasados. Si convienen en que todo esto es como lo digo, ¿qué más quieren de mí? ¿Quieren que les pruebe con un mapa, poniendo el dedo en el lugar mismo, que ya estamos recibiendo senadores de más allá de la frontera de Francia del sur, que en rigor no se sintió vergüenza alguna cuando se me introdujo a mí en la orden de ustedes, habiendo nacido en Lyton? Oh, señores, confieso que me aventuro con la máxima timidez más allá de los familiares límites de Francia del sur. Sin embargo, la causa del resto de este gran país debe ser defendida ahora definitivamente. Les concedo que los franceses lucharon contra Julio César (ahora deificado) durante diez años, pero también ustedes deben concederme que durante todo un siglo, desde entonces, han mostrado hacia nosotros una lealtad más abnegada, incluso en épocas de desorden, de lo que jamás habríamos creído posible. Cuando mi padre Druso se dedicó a la conquista de Germania, todo el país de Francia permaneció en paz, en su retaguardia. Y eso precisamente en momentos en que tuvo que interrumpir la tarea de hacer un censo de los propietarios... una experiencia nueva e inquietante para los franceses. ¡Pero si incluso hoy, como tengo buenos motivos para saberlo por experiencias personales, este asunto de realizar un censo es una tarea de las más arduas, a pesar de que no significa ahora más que un análisis público de nuestros recursos materiales...!*

# Capítulo 28

## AÑO 48

Una mañana de agosto, el año del censo, Mesalina entró temprano en mi dormitorio y me despertó. Siempre necesito mucho tiempo para concentrarme cuando me despierto, en especial si no he podido dormir entre la medianoche y el alba, como me sucede a menudo. Se inclinó sobre mí, me besó, me acarició el cabello y me dijo, en tono de la mayor preocupación, que tenía terribles noticias para mí. Le pregunté, todavía adormilado y más bien malhumorado, de qué se trataba.

—Barbilo el astrólogo... sabes que jamás comete un error, ¿no es cierto? Bien, le pedí ayer que leyese mis estrellas, porque no lo había hecho durante dos o tres años, y ayer por la noche las observó, ¿y sabes qué ha venido a decirme hace un momento?

—Por supuesto que no lo sé. Dímelo de una vez y déjame seguir durmiendo; he pasado una noche espantosa.

—Querido, no me atrevería a molestarte de esta manera si no fuese terriblemente importante. Me dijo: «Mesalina, una terrible suerte le espera a alguien cercano a ti. Se trata, una vez más, de la maléfica influencia de Saturno. Saturno está en su aspecto más maligno. El golpe caerá en los próximos treinta días, no más tarde de los Idus de septiembre». Le pregunté a quién se refería, pero no quiso decírmelo. Continuó haciendo insinuaciones, y al cabo le sonsaqué la verdad por medio de amenazas de hacerle azotar. ¡Y adivina qué dijo!

—Me molesta adivinar cuando estoy medio dormido.

—Pero yo no te lo quiero decir en forma directa, es tan aterrador. Dijo: «Mesalina, tu esposo morirá de muerte violenta».

—¿Dijo eso, de veras?

Ella asintió con solemnidad.

Me incorporé, con el corazón palpitando fuertemente. Sí, Barbilo siempre tenía razón en sus predicciones. Y eso significaba que no sobreviviría á mi tentativa de introducción de la nueva constitución en más de unos pocos días. Había planeado mi discurso para el 7 de septiembre, el aniversario de mi victoria en Brentwood, pero todo el asunto lo mantuve en secreto; ni siquiera se lo revelé a Mesalina, para quien, por lo demás, no tenía secretos. Dije:

—¿No se puede hacer nada? ¿No podemos engañar la profecía de alguna manera?

—No se me ocurre nada. Eres mi esposo, ¿no es cierto? A menos de que... Escucha, ¡se me ocurre una idea! Supongamos que sólo durante el próximo mes no seas mi esposo.

—Pero lo soy, no puedo fingir que no lo soy.

—Puedes divorciarte de mí, ¿no es cierto? Nada más que por un mes. Y casarte otra vez conmigo cuando Barbilo informe que Saturno se ha alejado a una distancia segura.

—No, eso no es posible. Si me divorcio de ti no podremos volver a casarnos legalmente, a menos de que haya habido un matrimonio intermedio.

—No había pensado en eso. Pero no nos dejemos derrotar por un simple tecnicismo. Supongamos, entonces que me caso con alguien, cualquiera, como simple formalidad.

Un cocinero, o un portero, o uno de los guardias de palacio. Sólo la cuestión ceremonial del matrimonio, por supuesto. Entraríamos en la alcoba nupcial por una puerta y saldríamos de inmediato por la otra. Esa no es una mala idea, ¿verdad? Pensé que había algo de cieno en eso, pero era evidente que tenía que casarse con alguien de rango e importancia, o si no crearía una mala impresión. Primero sugerí a Vitelio, y ella replicó, sonriente, que Vitelio ya se mostraba tan sentimental con respecto a ella, que sería cruel casarse con él y no permitirle pasar la noche con ella. Además, ¿qué había de la profecía? Yo no querría condenar a Vitelio a una muerte violenta, ¿no es cierto?

Por lo tanto analizamos varios esposos para ella. El único acerca del cual nos pusimos de acuerdo fue Silio, el cónsul electo, hijo de aquel Silio, el general de mi hermano Germánico a quien Tiberio acusó de alta traición y obligó a suicidarse. Yo no lo apreciaba mucho porque había dirigido la oposición en el Senado contra mi medida para la ampliación de las franquicias de la ciudadanía, y porque se había mostrado muy insolente conmigo. Después de mi discurso sobre la franquicia se le pidió que diese su opinión. Dijo que le parecía extraño que se mantuviera a nuestras antiguas aliadas, las nobles e ilustres ciudades griegas de Licia, despojadas de su libertad (yo había anexionado Licia cinco años antes, debido a continuos disturbios políticos que estallaban allí, y también a la cercana isla de Rodas, donde habían empalado a algunos ciudadanos romanos), mientras que los bárbaros celtas del norte eran admitidos a los más amplios derechos de la ciudadanía romana. Cuando me llegó el momento de contestar a esta objeción, que fue casi la única que se presentó, lo hice en la forma más agradable posible. Comencé diciendo:

—En verdad hay un largo trecho donde la famosa Licia, a *el lúcido torrente de Janto*, donde, según las palabras del poeta Horacio, que oímos cantar el año pasado en los Juegos Seculares, *Apolo se complace en lavar sus cabellos*, hasta Francia y el enorme y oscuro río Ródano, el enorme y oscuro río Ródano... del cual no aparece mención alguna en las leyendas clásicas, aparte de una dudosa visita de Hércules, en el curso de su Décimo Trabajo, cuando iba a robar los toros de Gerion. Pero no creo...

Fui interrumpido por unas risitas que pronto se convirtieron en carcajadas estentóreas. Parece que cuando repetí «el enorme y oscuro río Ródano» y vacilé un momento, en busca de la frase, Silio había dicho con voz audible, aunque por mi lado sordo, de modo que no escuché la interrupción: «Sí, el enorme y oscuro río Ródano, donde, si los historiadores no mienten *Claudio se complace en lavar sus cabellos*».

Era una referencia a la ocasión en que fui lanzado desde un puente al río, por orden de Calígula y casi me ahogué. Se imaginarán cuan furioso me sentí cuando Narciso me explicó a qué obedecían las risas. Está muy bien hacer bromitas personales en una cena privada o en los baños, u otras más ruidosas durante el Festival de los Inocentes, de Saturno (al cual, de paso, volví a incorporarle el quinto día eliminado por Calígula), pero por mi parte jamás se me habría ocurrido hacer ninguna broma personal en el Senado que pudiese provocar risas poco bondadosas contra un colega. Me sentó muy mal el que un cónsul electo lo hubiese hecho a mi costa, y en presencia, además, de un grupo de destacados franceses a quienes había invitado al Senado. Grité:

—Señores, los invité a dar sus opiniones respecto de mi moción, pero por el ruido que están haciendo, cualquiera creería que esta es una taberna de las más vulgares. Por favor, cumplan con las reglas del Senado. ¿Qué pensarán estos caballeros franceses de nosotros?

El ruido cesó en el acto. Siempre cesaba cuando veían que me encolerizaba.

Mesalina dijo que le gustaría mucho casarse con Silio, no sólo por su grosería hacia mí, que indudablemente merecía la venganza astral, sino también porque la manera en que la miraba la hacía sentirse segura de que su insolencia se basaba en un sentimiento



de celos, y de que estaba apasionadamente enamorado de ella. Sería un buen castigo para su presunción, si le decía que se divorciaba de mí y que se casaría con él, y si sólo después, en el último momento, le permitía descubrir que era un matrimonio sólo en la forma.

Por consiguiente elegí a Silio y ese mismo día firmé un documento repudiando a Mesalina como esposa y permitiéndole volver a su techo paterno. Intercambiamos muchas bromas al respecto. Mesalina fingió pedir permiso para quedarse, cayó de rodillas ante mí y me pidió perdón por sus errores. También abrazó llorando, a los niños, quienes no sabían qué sucedía.

—¿Deben sufrir estos pobrecitos por los errores de una madre, hombre cruel?

Le contesté que sus pecados eran imperdonables. Era demasiado joven, inteligente e industriosa para permanecer conmigo una hora más. Fijaba a las demás esposas una norma imposible de alcanzar, y me convertía en el objeto de los celos universales. Me susurró al oído:

—Si llego una noche a palacio, la semana que viene, y cometo adulterio contigo, ¿me desterrarás? Es posible que sienta la tentación de hacerlo.

—Sí, te desterraré, en efecto, y me desterraré a mí mismo. ¿Adonde iremos? Me gustaría visitar Alejandría. Dicen que es un lugar ideal para los destierros.

—¿Y nos llevaremos también a los niños? Les encantaría.

—No creo que el clima les convenga. Tendrían que quedarse aquí con tu madre.

—Mamá no sabe nada acerca de la forma adecuada de educar niños. ¡Mira cómo me educó a mí! Si no quieres llevar a los chicos no vendré a cometer adulterio contigo.

—Entonces me casaré con Lolia Paulina, nada más que para darte celos.

—Pues entonces asesinaré a Lolia Paulina. Le enviaré tortas envenenadas, como las que Calígula solía enviar a la gente que lo había convertido en su herrero.

—Bien, aquí tienes tu documento de divorcio, firmado y sellado, ramera. Ahora has recuperado todos los derechos y privilegios de una mujer soltera.

—Besémonos, Claudio, antes de separarnos.

—Me recuerda la hermosa despedida de Héctor y Andrómaca, del sexto Libro de La Iliada:

*Tu princesa se aleja con profetice suspira,  
a desgana se aleja, y a menudo vuelve la mirada  
hinchida por las lágrimas,  
luego, lenta,  
entra en su palacio y se prodiga a su pena.*

Vaya, no tengas tanta prisa por irte corriendo con tu divorcio, Mnester podría darte unas cuantas lecciones privadas de actuación escénica.

—Ahora soy mi propia dueña, y si no tienes cuidado me casaré con Mnester.

Se suponía que Silio era el noble más guapo de Roma, y hacía tiempo que Mesalina se sentía fascinada por él. Pero Silio no era en modo alguno una víctima fácil de su pasión. En primer lugar, era un hombre virtuoso, o por lo menos se enorgullecía de su virtud. Además estaba casado con una mujer noble de la familia Silano, una hermana de la primera esposa de Calígula, y finalmente, si bien Mesalina lo atraía físicamente, y ello en el más alto grado, estaba enterado de la indiscriminada generosidad con que había concedido sus favores a nobles, gente del pueblo, gladiadores, actores, soldados de la guardia, e incluso a uno de los embajadores de Partía, y no sé consideraba especialmente honrado por el hecho de que se le pidiese que se incorporara al numeroso grupo. De modo que ella tuvo que echar sus anzuelos con gran astucia. La primera

dificultad residía en convencerlo de que la visitase en privado. Lo invitó varias veces, pero él se excusó. A la postre lo consiguió por medio del comandante de los Custodios, un ex amante suyo, quien invitó a Silio a cenar y luego lo hizo pasar a una habitación donde ella lo esperaba con cena para dos. Una vez que estuvo allí ya no pudo escaparse, y ella era lista. No habló de amor al principio, ¡sólo habló de política revolucionaria! Le recordó a su padre asesinado y le preguntó si podía soportar el hecho de que el sobrino del asesino, un tirano aún más sanguinario, apretase cada vez más el yugo de la esclavitud sobre el cuello de un pueblo otrora libre. (Ese tirano era yo mismo, por si no me reconocen.) Luego le dijo que su vida corría peligro, porque me había hecho constantes reproches por no haber restablecido la república, y por mis crueles asesinatos de hombres y mujeres inocentes. Dijo, además, que yo despreciaba su belleza y prefería a criadas y prostitutas comunes, y que sólo me había sido infiel en venganza por mi desprecio. Su promiscuidad era el resultado de una extrema desesperación y soledad. El, Silio, era el único hombre que conocía lo bastante virtuoso para ayudarla en la tarea a la que ahora había dedicado su vida: el restablecimiento de la república. ¿Perdonaría la inocente treta que había empleado para atraerlo a esa habitación?

Francamente, no puedo censurar a Silio por dejarse engañar. Ella me engañó día tras día durante nueve años. Recuérdese que era muy hermosa y, además, puede suponerse también que había puesto alguna droga en el vino de Silio. Como es natural, éste trató de consolarla, y antes de que pudiera darse cuenta de lo que sucedía, estaban echados el uno en brazos del otro, en el diván, mezclando la palabra «amor» y «libertad» con besos y suspiros. Ella le dijo que sólo ahora sabía lo que significaba el verdadero amor, y él le juró que con su ayuda restablecería la república en la primera oportunidad, y ella le juró permanecer eternamente fiel a su amor si se divorciaba de su esposa, quien, según se sabía, le era secretamente infiel, y además era estéril. —Silio no debía permitir que su familia se extinguiera—, etc., etc. Lo había pescado, y de inmediato utilizó todas sus artes contra él.

Pero Silio era tan cauteloso como virtuoso, y no se sintió lo bastante fuerte como para iniciar una revuelta armada. Se divorció de su esposa, pero le dijo a Mesalina, que pensándolo bien, sería mejor que esperara a que yo muriera para restablecer la república. Entonces se casaría con ella y adoptaría a Británico, y esto haría que la ciudad y el ejército lo considerasen como su dirigente natural. Mesalina vio que tendría que actuar por sí misma. Por lo tanto utilizó conmigo la treta de la profecía, tal como la he descrito, y Silio (si lo que después me dijo era verdad) no sabía nada acerca del divorcio, hasta que ella fue a verlo con el documento, sin explicarle cómo lo había conseguido, y le dijo, gozosa, que ahora podrían casarse y vivir felices para siempre, pero que no debía decírselo a nadie hasta que ella le concediera permiso.

En Roma todos se asombraron ante la noticia del divorcio de Mesalina, en especial porque parecía que a mí no me importaba. Continué mostrándole tanto respeto como antes, o incluso más, y ella prosiguió su labor política en palacio. Pero todos los días visitaba a Silio en su casa, abiertamente, con todo un cortejo. Cuando le sugerí que estaba llevando la broma demasiado lejos, me dijo que le resultaba un tanto difícil conseguir que se casara con ella.

—Me temo que sospecha que hay alguna trampa en todo esto, y se muestra muy cortés y reservado, ¡pero por debajo hierva de pasión por mí, el animal!

Después de unos días me informó, alborozada, que Silio había consentido y se casaría con ella el 10 de diciembre. Me pidió que oficiara de Sumo Pontífice, para divertirme.

—¿No será encantador contemplar su rostro desconcertado cuando descubra que ha sido engañado?

Para entonces yo había comenzado a arrepentirme de todo el asunto, en especial de esta broma pesada contra Silio, aunque volvió a insultarme en el Senado con otra interrupción descarada. Decidí que no habría debido tomar la profecía en serio, y que sólo lo hice porque estaba semidormido cuando Mesalina me habló de ella. Y si la profecía era realmente cierta, ¿cómo era posible eludirla por medio de un matrimonio fingido? Se me ocurrió que ningún matrimonio es reconocido como tal por la ley hasta que se ha consumado físicamente. Traté de convencer a Mesalina de que abandonase todo el plan, pero me dijo que yo tenía celos de Silio, y que le parecía que estaba perdiendo el sentido del humor y convirtiéndome en un tonto aguafiestas y pedante.

En la mañana del 5 de septiembre fui a Ostia, para inaugurar allí un enorme granero nuevo. Le había dicho a Mesalina que no volvería hasta la mañana siguiente. Ella dijo que quería ir también, y se dispuso que fuéramos juntos. Pero en el último momento tuvo uno de sus famosos dolores de cabeza y se vio obligada a quedarse. Me sentí desilusionado, pero era demasiado tarde para cambiar de plan, ya que se había preparado una recepción cívica para mí en Ostia y yo había prometido realizar un sacrificio en el templo de Augusto. Desde la ocasión en que perdí los estribos con la gente de Ostia por no haberme recibido de manera adecuada, tuve sumo cuidado en no volver a herir sus sentimientos. Esa tarde, temprano, cuando entraba en el templo para realizar el sacrificio, Euodo, uno de mis libertos, me entregó una nota. El deber de Euodo consistía en protegerme de inoportunas peticiones del público. Todas las notas le eran entregadas a él. Si las consideraba frívolas o tontas o indignas de mi atención, no me molestaba con ellas. Es sorprendente la cantidad de pamplinas que la gente escribe en las peticiones. Euodo dijo:

—Perdóname, César, pero no puedo leer esto. Una mujer me la entregó. ¿Quizá pueda molestarte para que la leas?

Para mi sorpresa, estaba escrita en etrusco, un lenguaje extinguido que sólo conocen cuatro o cinco personas vivientes, y decía: «Grandes peligros para Roma y para ti. Ven a mi casa en el acto. No pierdas un instante.»

Me intrigó y sobresaltó. ¿Por qué en etrusco? ¿La casa de quién? ¿Qué peligro? Y pasaron uno o dos minutos antes de que entendiera. Debía de ser de Calpurnia, la muchacha —se recordará— que había vivido conmigo antes de que me casara con Mesalina. Yo me divertí enseñándole el etrusco, mientras compilaba mi historia de Etruria. Es probable que Calpurnia me hubiese enviado la nota en etrusco, no sólo porque resultaría ininteligible para cualquiera que no fuese yo, sino porque además sabría que provenía de ella. Le pregunté a Euodo:

—¿Viste a la mujer?

Dijo que parecía una egipcia, y que tenía la frente con marcas de viruela, pero que en otros sentidos era muy bien parecida. Reconocí a Cleopatra, la amiga de Calpurnia que compartía la casa con ella.

Tenía que ir a los muelles inmediatamente después del sacrificio, y no podía postergar el compromiso. Se pensaría que me interesaba más visitar a un par de prostitutas que dedicarme a los asuntos imperiales. Y sin embargo sabía que Calpurnia no pertenecía a la clase de personas que podía enviar un mensaje ocioso, y mientras continuaba con el sacrificio decidí que debía enterarme a toda costa, de lo que ella tenía que decirme. Quizá pudiera fingirme enfermo. Por fortuna el dios Augusto vino en mi ayuda: las entrañas del carnero que le sacrificué fueron las más poco propicias que jamás haya visto. Parecía un magnífico animal, pero su interior estaba tan podrido como un queso viejo. Me era claramente imposible llevar a cabo ningún asunto público ese día, y menos uno tan serio como la inauguración del granero más gigantesco del mundo, como era ése. De modo que me excusé y todos convinieron en que mi decisión era la

más adecuada. Fui a mi propia casa de campo e hice saber que descansaría allí durante el resto del día, pero que me alegraría asistir al banquete a que había sido invitado esa noche, siempre que no tuviese carácter oficial. Luego hice llevar mi litera a la entrada trasera de la casa, y pronto me transportaron en ella, con las cortinas corridas, a la hermosa casa de Calpurnia, situada en una colina, en las afueras de la ciudad. Calpurnia me saludó con una mirada de preocupación tan ansiosa, que supe en el acto que había sucedido algo muy grave.

—¿Dímelo en seguida! —le dije—. ¿Qué sucede?

Ella rompió a llorar. Jamás la había visto llorar antes, salvo, una vez, en la famosa ocasión en que tuve que ir a palacio a medianoche, por orden de Calígula, y ella creyó que iba a mi ejecución. Era una muchacha serena, sin los modales y las tretas de las prostitutas comunes, y «tan recta como una espada romana», según afirma el proverbio.

—¿Prometes escucharme? Pero no querrás creerme. Querrás hacerme torturar y azotar. Yo tampoco quisiera decírtelo, pero nadie se atreve, de modo que es preciso que lo haga. Les prometí a Narciso y a Palas que te lo diría. En otros tiempos fueron buenos amigos míos, cuando todos éramos pobres. Dijeron que no les creerías ni a ellos ni a nadie, pero yo les afirmé que me parecía que me creerías a mí, porque en una ocasión te demostré que era tu verdadera amiga, cuando estuviste en aprietos. Te entregué todos mis ahorros, ¿no es cierto? Jamás fui codiciosa, ni celosa, ni deshonesta, ¿no es verdad?

—Calpurnia, en mi vida sólo he conocido a tres mujeres realmente buenas, y te diré sus nombres: una fue Cypros, una princesa judía; otra fue la anciana Briséis, la criada de mi madre, y la tercera eres tú. Y ahora dime lo que tienes que decirme.

—Has omitido a Mesalina.

—A Mesalina ni siquiera hay que mencionarla. Muy bien, entonces, cuatro mujeres realmente buenas. Y no pienses que insulto a Mesalina vinculándola a una princesa oriental, a una liberta griega y a una prostituta de Padua. El tipo de bondad a que me refiero no es la prerrogativa de...

—Si pusiste a Mesalina en la lista, omíteme a mí —dijo ella con voz entrecortada.

—¿Modesta, Calpurnia? No necesitas serlo, lo digo en serio.

—No, modesta no.

—Entonces, no entiendo.

Calpurnia dijo, lenta y dolorosamente:

—Lamento tener que herirte, Claudio, pero digo la verdad. Quiero decir que si Cypros hubiese sido una típica princesa de la familia de Herodes; si hubiese sido sanguinaria y ambiciosa e inescrupulosa y carente de frenos morales; y si Briséis hubiera sido una típica criada... si hubiese sido una ladrona y una mujer de pensamientos viles, y vaga, y astuta para encubrir sus huellas; y si tu Calpurnia hubiera sido una prostituta típica... si hubiese sido vana, codiciosa, promiscua y avara, y si hubiera usado mi belleza como el medio para dominar y arruinar a los hombres... y si ahora tú quisieras hacer una lista de los tres peores tipos de mujeres que conocieras y nos eligieses a nosotras como ejemplos convenientes...

—¿Entonces qué? ¿Qué quieres decir? Hablas con tanta lentitud...

—Entonces, Claudio, tendrías razón en unir a Mesalina a la lista y decirme: «A Mesalina ni siquiera hay que mencionarla».

—¿Estoy loco yo, o lo estás tú?

—Yo no.

—¿Y entonces qué quieres decir? ¿Qué ha hecho mi pobre Mesalina para ser atacada de esta manera tan violenta y extraordinaria? No creo que tú y yo sigamos siendo amigos mucho tiempo, Calpurnia.

—¿Saliste de la ciudad esta mañana a las siete?

—Sí. ¿Qué tiene que ver?

—Yo me fui a las diez. Había estado allí con Cleopatra, haciendo algunas compras. Estuve presente durante la boda. Una hora curiosa del día para una boda, ¿no es cierto? Se divertían en grande. Todos borrachos; maravilloso espectáculo. Toda la casa adornada con hojas de vid y hiedra, y enormes racimos de uva, y cubas de Vino y lagares. El festival de la vendimia; esa era la supuesta celebración.

—¿Qué boda? Habla con sensatez.

—La boda de Mesalina con Silio. ¿No fuiste invitado? Ella estaba allí, bailando y agitando un tirso en la cuba de vino más grande que pudo encontrar, ataviada con una corta túnica blanca, manchada de vino, y con uno de los pechos al aire, y el cabello suelto. Sin embargo, parecía casi decente, en comparación con las otras mujeres. Las otras sólo tenían puestas pieles de leopardo, porque eran bacantes. Silio era Baco. Estaba coronado con hojas de hiedra y llevaba puestos coturnos; parecía incluso más borracho que Mesalina. Movía continuamente la cabeza, al compás de la música, y sonreía como un imbécil.

—Pero... pero... —dije estúpidamente—. La boda es el 10. Yo oficiaré en ella.

—Se las arreglan perfectamente sin ti. De modo que fui a ver a Narciso, a palacio, y cuando me vio me dijo: «Gracias a Dios que estás aquí, Calpurnia. Eres la única a quien le creerá.» Y Palas...

—No lo creo. Me niego a creerlo.

Calpurnia golpeó las manos.

—¡Cleopatra, Narciso! —Éstos entraron y cayeron a mis pies—. ¿Es cierto lo de la boda? Admitieron que era cierto.

—Pero yo sé de qué se trata —dije con tono débil—, no es una boda verdadera, amigos. Es una especie de broma que Mesalina y yo hemos planeado. No se acostará con él al final de la ceremonia. Todo esto es muy inocente.

—Silio la agarró —dijo Narciso— y le arrancó la túnica, y comenzó a besarle el cuerpo, en presencia de todos los demás, y ella chilló y rió, y entonces él se la llevó a la cámara nupcial, y se quedaron allí casi una hora, antes de volver a salir para beber un poco más y seguir bailando. Eso no es inocente, César, sin duda.

—Y a menos que actúes de inmediato, César —dijo Calpurnia—, Silio será el amo de Roma. Todos lo que me he encontrado me dijeron que Mesalina y Silio han jurado por sus propias cabezas restablecer la república, y que tienen a todo el Senado tras de sí, y a la mayor parte de los guardias.

—Tengo que saber algo más —dije—, no sé si reír o llorar. No sé si echar oro en sus regazos o azotarles hasta que se les vean los huesos.

Me contaron mucho más, pero Narciso sólo quiso hablar a condición de que le perdonase por ocultarle los crímenes de Mesalina durante tanto tiempo. Dice que cuando tuvo conocimiento de ellos por primera vez, yo le parecí feliz en mi inocencia, y decidió ahorrarme el dolor de la desilusión, mientras Mesalina no hiciese nada que pusiese en peligro mi vida o la seguridad del país. Abrigaba la esperanza de que ella se corrigiera, o bien de que yo me enterase por mi propia cuenta de lo que hacía. Pero a medida que transcurría el tiempo y la conducta de Mesalina se hacía cada vez más desvergonzada, le resultó más y más difícil decírmelo. En rigor no podía creer que yo no supiese para entonces lo que sabían toda Roma, y todas las provincias, y nuestros enemigos del otro lado de la frontera. En el transcurso de nueve años parecía imposible que no me hubiese enterado de las orgías de ella, que eran asombrosas por su descaró.

Cleopatra me contó la historia más horrible y ridícula. Durante mi ausencia en Bretaña, Mesalina lanzó un desafío al Gremio de Prostitutas, para que le enviasen una representante que compitiera con ella en palacio, a fin de ver cuál de las dos agotaba a

más cortejantes en el curso de una noche. El Gremio mandó a una famosa siciliana llamada Escila, bautizada con el nombre del remolino del estrecho de Messina. Cuando llegó el alba, Escila se vio obligada a confesarse derrotada con el vigesimoquinto amante, pero Mesalina continuó, por bravuconada, hasta que el sol estuvo muy alto en el cielo. Y lo peor era que la mayor parte de la nobleza fue invitada a concurrir a la prueba, y muchos hombres participaron en ella; y Mesalina convenció a tres o cuatro mujeres para que compitiesen también.

Yo permanecí llorando, con la cabeza entre las manos, tal como había hecho Augusto, unos cincuenta años antes, cuando sus nietos Cayo y Lucio le contaron lo mismo acerca de Julia, su madre, y con las mismas palabras de Augusto dije que jamás había oído nada ni abrigado la más leve sospecha de que Mesalina no fuese la mujer más casta de Roma. Y como Augusto, tuve la intención de encerrarme en una habitación y no ver a nadie durante varios días. Pero no me lo permitieron. Dos versos de una comedia musical que la compañía de Mnester había representado unos días antes, no me acuerdo el nombre ahora, me martilleaban absurdamente el cerebro:

*No conozco sonido tan risible, tan risible y triste,  
como el de un anciano que llora por su esposa,  
una mujer que se ha vuelto mala.*

Le dije a Narciso:

—En los primeros Juegos que presencié (actuaba entonces como presidente junto con mi hermano Germánico) —Juegos en honor de mi padre, ¿sabes?—, vi cómo a un esgrimista español le cortaban el brazo del escudo, desde el hombro. Estaba cerca de mí, y le vi el rostro. Qué expresión tan estúpida cuando vio lo que había sucedido; y todo el anfiteatro lanzó una enorme carcajada. A mí me pareció gracioso, que Dios me perdone.

## Capítulo 29

Luego entró Jenofonte y me obligó a beber algo, porque yo estaba a punto de derrumbarme, y en términos generales se ocupó de mí. No sé con exactitud qué brebaje me dio, pero tuvo el efecto de hacerme sentir muy lúcido y sereno y absolutamente impersonal en todo sentido. Mis pies parecían pisar nubes, como un dios. También afectó al foco de mi visión, de modo que vi a Narciso, a Calpurnia a Palas como si estuviesen a veinte pasos de distancia, en lugar de muy cerca de mí.

—Manda a buscar a Turrano y Lucio Geta. —Turrano era mi Superintendente de Depósitos, ahora que Calón había muerto, y Geta, como he dicho, era comandante de la guardia junto con Crispino.

Los interrogué, asegurándoles primero que no los castigaría si decían la verdad. Confirmaron todo lo que me relataron Narciso y Calpurnia y Cleopatra, y me dijeron muchas cosas más. Cuando le pedí a Geta que explicase con franqueza por qué no me había informado de todo eso antes, respondió:

—¿Puedo citar un proverbio, César, que a menudo está en tus propios labios? La rodilla está más cerca que tu tobillo. ¿Qué le sucedió a Justo, mi predecesor, cuando trató de hacerte saber lo que ocurría en el ala de palacio en que habita tu esposa?

Turrano contestó a la misma pregunta recordándome que cuando en fecha reciente reunió valor para venir a verme con una queja por la confiscación de un depósito público por orden de Mesalina —bloques de basalto importado de Egipto para la repavimentación del Mercado de los Bueyes—, para ser utilizado, según se supo, en una nueva columnata que estaba construyendo en los jardines de Lúculo, yo me enfurecí y le dije que jamás volviese a poner en duda orden o acto alguno de ella, que nada de lo que hiciese se hacía sin mis órdenes o por lo menos sin mi sanción absoluta. En aquella ocasión le dije que si volvía a presentar otra queja contra la conducta de Mesalina, debía presentarse ante la propia Mesalina, Turrano tenía razón, había dicho realmente eso.

Calpurnia, que se removía, impaciente, en segundo plano mientras yo interrogaba a Geta y Turrano, me lanzó una mirada suplicante. Entendí que quería hablar conmigo a solas y desalojé la habitación; y entonces ella me dijo, con suavidad y sinceridad:

—Querido mío, no irás a ninguna parte formulando la misma pregunta, una y otra vez, a distintas personas. Es muy sencillo: todos tuvieron miedo de decírtelo, en parte porque sabían cuánto amabas a Mesalina y cuánta confianza le tenías, pero principalmente porque eres el emperador. Has sido muy tonto, y muy infortunado, y ahora tienes que hacer algo para reafirmar tu posición. Si no actúas en el acto nos sentenciarán a muerte a todos. Cada minuto que pasa tiene importancia. Debes ir en seguida al campamento de la guardia y obtener la protección de todas las tropas, leales. No creo que te abandonen por Mesalina y Silio. Puede que haya uno o dos coroneles o capitanes que hayan sido comprados, pero los soldados de nías te adoran. Envía mensajeros montados a Roma, de inmediato, para anunciar que vas para allí a vengarte de Silio y tu esposa. Manda órdenes de arresto contra todos los presentes en la boda. Eso quizá sea suficiente para aplastar la revuelta. Sin duda están todos demasiado borrachos para hacer algo peligroso. ¡Pero date prisa!

—¡Oh, sí, —dije—, me daré prisa!

Llamé otra vez a Narciso.

—¿Tienes confianza en Geta?

—Para ser sincero, César, no confío mucho en él.

—¿Y en los dos capitanes que tiene aquí?

—Confío en ellos, pero son estúpidos.

—Crispino está de licencia en Baias, ¿y a quién pondremos como comandante de la guardia, si no confiamos en Geta?

—Si Calpurnia fuese un hombre, yo diría que a Calpurnia. Pero como no lo es, el único que queda soy yo. Soy un simple liberto, ya lo sé, pero los oficiales de la guardia me conocen y me quieren, y no sería más que por un día.

—Muy bien, General del Día Narciso. Dile a Geta que debe guardar cama por orden del médico hasta mañana. Dame mi pluma y pergamino. Espera un momento. ¿Qué fecha es hoy? ¿Cinco de septiembre? He aquí tu nombramiento, pues; muéstraselo a los capitanes y envíalos en seguida con sus hombres, para arrestar a todos los concurrentes a la boda. Pero nada de violencia, a no ser en defensa propia. Ordénales eso. Que los guardias sepan que voy para allá y que espero que permanezcan leales, y que su lealtad no dejará de tener recompensa.

Hay unos veintinueve kilómetros de Ostia a Roma, pero los soldados cubrieron la distancia en una hora y media, usando calesas rápidas. En rigor, la boda estaba a punto de terminar cuando llegaron. El motivo fue un caballero llamado Vetio Valens, que había sido uno de los amantes de Mesalina antes de que Silio apareciera en escena, y que todavía gozaba de sus favores. La fiesta había llegado a la etapa a que llegan las fiestas cuando se ha disipado la primera excitación de la bebida y todos comienzan a sentirse un poco cansados y aburridos. El interés se concentró entonces en Vetio Valens. Se había abrazado a un magnífico roble perenne que crecía fuera de la casa, y hablaba con una dríada imaginaria que habitaba en su interior. En apariencia la dríada se había enamorado de él y lo invitaba, en un susurro sólo audible por él, a una cita en la copa del árbol. Finalmente consintió en unirse allí a ella, e hizo que sus amigos formaran una pirámide humana para permitirle trepar hasta la primera rama grande. La pirámide se derrumbó dos veces, entre chillidos de risa, pero Vetio perseveró y al tercer intento logró montar a caballo sobre la rama. Y allí, lenta y peligrosamente, fue trepando cada vez más, hasta desaparecer en el denso follaje de la copa. Todos se quedaron mirando hacia arriba, para ver qué sucedería luego. La expectativa era grande, porque Vetio era un famoso comediante. Pronto comenzó a imitar los afectuosos gritos de la dríada y a emitir ruidosos chasquidos de besos y pequeños chillidos de excitación. Luego guardó silencio hasta que el grupo le gritó:

—Vetio, Vetio, ¿qué estás haciendo?

—Contemplo el mundo. Este es el mejor puesto de vigía que hay en Roma. La dríada está sentada en mi regazo y me señala los lugares de interés, de modo que no nos interrumpen. Sí, ése es el Senado. Tonta, ¡ya lo sabía! ¡Y eso es Colchester! ¿Pero no te equivocas? No se puede ver hasta Colchester desde este árbol, ¿no es cierto? Sin duda te refieres al campamento de la guardia. No, es Colchester, por Dios. Puedo ver el nombre escrito en el tablero de noticias, y a britanos de cara azul paseándose de un lado a otro. ¿Qué es eso? ¿Qué hacen? No, no lo creo. ¿Cómo, adorando a Claudio, como a un dios? —Y luego, imitando mi voz:— ¿Por qué?, quiero saber ¿Por qué? ¿No hay ningún otro a quien adorar? ¿Los otros dioses se han negado a cruzar el canal? No los censuro. Yo mismo me sentí terriblemente mareado al cruzarlo.

El público de Vetio estaba arrobado. Cuando volvió a guardar silencio le dijeron:

—¡Vetio, Vetio!, ¿qué haces ahora? —El respondió, volviendo a imitar mi voz:



—En primer lugar, si no quiero contestar, no contestaré. No pueden obligarme. Soy un hombre libre, ¿no es cierto? En rigor, uno de los hombres más libres de Roma.

—Oh, dínoslo, por favor, Vetio.

—¡Miren! ¡Miren! ¡Mil Furias y Serpientes! Suéltame, dríada, déjame ir. No, no, otra vez no. No puedo esperar ahora para esas cosas. Tengo que bajar. ¡Suéltame, dríada!

—¿Qué sucede, Vetio?

—Corran si aprecian en algo la vida; acabo de ver un espectáculo espantoso. ¡No, esperen! ¡Trogo, Próculo, ayúdenme primero a bajar. ¡Pero todos los demás corran para salvarse!

—¿Qué? ¿Qué?

—¡Una terrible tormenta ha estallado en Ostia! ¡Corran! —Riendo y gritando, encabezados por los novios, salieron corriendo del jardín a la calle, pocos segundos antes de que mis soldados aparecieran galopando. Mesalina consiguió huir, lo mismo que Silio, pero los soldados no tuvieron dificultad alguna en arrestar a doscientos invitados, y más tarde encontraron a cincuenta más, que se tambaleaban, ebrios, rumbo a sus hogares. Mesalina sólo estaba acompañada por tres hombres. Al principio hubo veinte o más con ella, pero la abandonaron en cuanto se dio la alarma de que llegaban los guardias. Atravesó a pie la ciudad, hasta llegar a los jardines de Lúculo, y para entonces ya estaba un poco más serena. Decidió que debía ir a Ostia de inmediato y volver a probar el efecto de su belleza sobre mí —hasta entonces nunca había dejado de dar resultado—, llevando a los niños consigo como refuerzo. Todavía estaba descalza y con su atavío de vendimiadora, cosa que provocó siseos y burlas mientras corría por las calles. Envió a una criada a palacio, para buscar a los niños, sandalias, joyas, y una túnica limpia. La calidad del amor que existía entre ella y Silio quedó demostrada por el inmediato abandono que hicieron el uno del otro a la primera señal de peligro. Mesalina se preparó a sacrificarlo a mi cólera, y Silio fue a la plaza del Mercado, para reanudar sus tareas judiciales allí, como si nada hubiese sucedido. Estaba lo bastante borracho como para creer que podía fingir una total inocencia, y cuando los capitanes fueron a arrestarlo, les dijo que estaba ocupado; ¿qué querían? Su respuesta fue esposarlo y llevárselo al campamento.

Entre tanto se habían unido a mí Vitelio y Cecina (mi colega en el segundo consulado), que me acompañaron a Ostia y después del sacrificio fueron a visitar a unos amigos al otro lado de la ciudad. Les conté brevemente lo que había sucedido y les dije que volvía a Roma de inmediato. Esperaba que me apoyasen y que fuesen testigos de la imparcialidad con la cual juzgaría a los culpables, cualesquiera fuese su rango o posición. El efecto olímpico de la droga continuaba. Hablaba con serenidad, con fluidez y, creo, con sensatez. Al principio Vitelio y Cecina no respondieron, y sólo expresaron su asombro y preocupación por medio de la expresión del rostro. Cuando les pregunté que pensaban acerca de todo el asunto, Vitelio siguió lanzando exclamaciones de asombro y horror, tales como: «¿De veras te dijeron eso? ¡Oh, cuan horrible! ¡Qué ruin traición!», y Cecina siguió su ejemplo. Se anunció la carroza de gala y Narciso, a quien ordené que redactase un acta de acusación contra Mesalina, y que había estado atareado interrogando al personal a fin de componer una lista de sus adulterios tan completa como fuese posible, demostró entonces ser un hombre valiente y un fiel servidor.

—César, por favor, informa a tus nobles amigos de que cargo ocupo yo hoy y concédeme un asiento en esta carroza, contigo. Hasta que los señores Vitelio y Cecina expresen una opinión honrada, y se abstengan de hacer observaciones que puedan ser entendidas como condena de tu esposa o como condena de sus acusadores, mi deber, como comandante de tu guardia, es el de permanecer a tu lado.

Me alegré de que viniese conmigo. Cuando nos dirigíamos hacia la ciudad comencé a hablarle a Vitelio acerca de las bonitas costumbres de Mesalina, y de cuánto la había amado, y de cuan vilmente me había engañado. El lanzó un profundo suspiro y dijo:

—Un hombre tendría que ser de piedra para no dejarse influir por una belleza como la de ella.

Hablé también de los niños, y Cecina y Vitelio suspiraron al unísono:

—¡Los pobres, los queridos niños! No hay que permitir que sufran.

Pero lo más parecido a una verdadera opinión, por parte de Vitelio, fue lo siguiente:

—Es imposible que nadie que haya sentido hacia Mesalina la admiración y ternura que sentí yo, crea estas sucias acusaciones, aunque un millar de testigos dignos de confianza jurasen que son ciertas. —Y Cecina convino:

—¡Oh, qué mundo malvado y lamentable es éste!

Les esperaba un momento de turbación. Vimos dos vehículos que se acercaban en el atardecer. Uno era otra carroza, tirada por caballos blancos, y en ella iba sentada Vibidia, la más anciana y más honrada de las vírgenes vestales; tenía 85 años de edad y era una de mis amigas más queridas. Detrás de este carruaje seguía un carro con una gran L amarilla pintada en él, uno de los carros pertenecientes a los jardines de Lúculo, utilizado para transportar tierra y basura. En él viajaban Mesalina y los niños. Narciso captó la situación con una sola mirada; tenía mejor vista que yo y detuvo la carroza.

—Aquí está la vestal Vibidia, que ha venido a tu encuentro, César —dijo—; sin duda te pedirá que perdones a Mesalina. Vibidia es una anciana encantadora, y yo tengo una elevadísima opinión de ella, pero por amor de Dios, no hagas ninguna promesa. Recuerda cuan monstruosamente has sido tratado, y recuerda que Mesalina y Silio son traidores a Roma. Sé cortés con Vibidia, por supuesto, pero no le prometas nada. He aquí la lista de acusaciones, mírala ahora, lee los nombres. Mira el acusado que figura en undécimo lugar: Mnester. ¿Piensas perdonar esto? ¿Y Cesonino, qué me dices de Cesonino? ¿Qué puedes pensar de una mujer que juega con una criatura como ésa?

Tomé el pergamino de entre sus manos, mientras bajaba de la carroza después de susurrar algo al oído de Vitelio. No sé qué le dijo, pero Vitelio decidió mantener la boca cerrada en ausencia de Narciso. Mientras yo leía las acusaciones a la luz de una linterna, Narciso corrió por la carretera y salió al encuentro de Vibidia y Mesalina, quien también había desmontado y se dirigía hacia él. Mesalina estaba ahora relativamente sobria; me llamó con dulzura desde lejos:

—¡Hola, Claudio! ¡He sido una muchacha tonta! ¡Jamás habrías podido creerlo de mí!

Por primera vez mi sordera me fue útil. No reconocí su voz ni oí una palabra. Narciso saludó a Vibidia con cortesía, pero se negó a dejar que Mesalina avanzara un paso más. Mesalina lo maldijo y le escupió a la cara y trató de escurrirse, pero él ordenó que los dos sargentos que me acompañaban la escoltaran a su carro y que hicieran que éste volviera a la ciudad. Mesalina chilló como si la asesinaran o ultrajaran, y yo levanté la vista del pergamino para preguntar qué sucedía. Vitelio contestó:

—Una mujer presa de los dolores del parto, según parece.

Luego Vibidia se acercó con lentitud a nuestra carroza y Narciso la siguió, jadeando. Narciso habló en mi lugar; le dijo a Vibidia que las notorias putañerías y traiciones de Mesalina, que carecían de precedentes, hacían aún más ridículo el hecho de que una piadosa y anciana vestal fuese a pedirme que le perdonara la vida.

—Sin duda las vestales no aprueban que el palacio sea otra vez convertido en un burdel, como en época de Calígula, ¿no es cierto? No aprueban que los bailarines y los gladiadores actúen entre las sábanas del Sumo Pontífice, ¿no es cierto?, con la activa colaboración de la esposa del Sumo Pontífice.

Eso proporcionó una sacudida a Vibidia; Mesalina sólo le había confesado una «indiscreta familiaridad» con Silio. Dijo:

—No sé nada de eso, pero por lo menos debo instar al Sumo Pontífice a no hacer nada irreflexivo, a no derramar sangre inocente, a no condenar a nadie sin escucharlo, a considerar el honor de su casa y su deber hacia los dioses.

—Vibidia, Vibidia —interrumpí yo—, mi querida amiga, trataré a Mesalina en forma equitativa, puedes contar con eso.

—Sí, por cierto —dijo Narciso—. El peligro consiste en que el Sumo Pontífice pueda mostrar a su ex esposa una clemencia inmerecida. En verdad le es muy difícil juzgar el caso con tanta imparcialidad como sería su deber hacerlo. Por lo tanto debo pedirte, en su nombre, que no hagas las cosas más penosas de lo que ya son. ¿Puedo sugerirte cortésmente que te retires, Vibidia, y que te dediques a las solemnidades de la diosa Vesta, que tan bien entiendes?

Entonces ella se retiró, y nosotros seguimos el viaje. Cuando entramos en la ciudad, Mesalina hizo otra tentativa de verme, según me dijeron, pero la contuvieron los soldados. Luego trató de enviar a Británico y a la pequeña Octavia para que me suplicasen en su nombre, pero Narciso les vio correr hacia nosotros y les ordenó que se volvieran. Yo permanecía sentado en silencio, examinando la lista de los amantes de Mesalina. Narciso le había dado el siguiente título : «Lista provisional e incompleta de los notorios adulterios de Valeria Mesalina, desde el año primero de su matrimonio con Tiberio Claudio César Augusto Germánico, Padre de la Patria, Sumo Pontífice, etc., hasta el día actual». Contení 44 nombres, que más tarde se ampliaron hasta llegar a 156.

Narciso envió un mensaje ordenando que el carro volviera a los jardines; las reglamentaciones del tránsito impedían que circulase por las calles a esa hora. Mesalina vio que había sido derrotada y permitió que la llevaran a los jardines. Los chicos fueron enviados a palacio. Domicia Lépida, aunque últimamente había habido cierta frialdad entre ambas, se unió con valentía a ella en el carro. De lo contrario, Mesalina hubiese estado sola, con excepción del carrero. Narciso le dijo luego a nuestro conductor que nos llevara a la casa de Silio. Cuando llegamos, dije:

—Esta no es la casa, ¿no es cierto? Esta es la mansión de la familia de los Asinios.

—Mesalina la compró en privado —explicó Narciso—, cuando Asinio Galo fue desterrado, y se la entregó a Silio, como regalo. Entra para que veas por ti mismo lo que han hecho.

Entré y vi el desorden de la boda: los adornos de hojas de vid, las cubas y lagares, las mesas cubiertas de alimentos y platos sucios, los pétalos de rosa y las guirnaldas pisoteadas en el suelo, las pieles de leopardo, el vino derramado por todas partes. La casa estaba desierta, con excepción del portero y de dos enamorados completamente ebrios, abrazados, en la cama de la alcoba nupcial. Los hice arrestar. Uno era Montano, un oficial del estado mayor, la otra la propia sobrina de Narciso, una joven casada, con dos hijos. Lo que más me escandalizó y acongojó fue encontrar la casa llena de muebles del palacio, no sólo las cosas que Mesalina me había dado como parte de su dote, cuando nos casamos, sino antiguos legados de la familia Claudia y Julia, incluso las estatuas de mis antepasados y las máscaras de familia, con armario y todo. No podía haber una prueba más clara de sus intenciones. De modo que volvimos a subir a la carroza y marchamos en dirección al campamento de la guardia. Narciso estaba ahora lúgubre y callado, porque había tenido mucho cariño a su sobrina; pero Vitelio y Cecina habían decidido que sería más prudente creer en lo que les mostraban sus ojos, y simultáneamente comenzaron a instarme a que me vengara. Llegamos al campamento, donde encontré a toda la división formada, por orden de Narciso, frente al tribunal.

Había oscurecido, y el tribunal estaba iluminado por las antorchas. Subí a la plataforma y pronuncié un breve discurso. Mi voz era clara, pero sonaba muy lejana:

—Amigos míos, mis guardias, mi amigo el extinto rey Heredes Agripa, que fue el primero en recomendarme a ustedes como emperador, y que luego convenció al Senado de que aceptase la elección, me dijo, la última ocasión en que lo vi vivo, y también me escribió en la última caita que recibí de él, que nunca confiara en nadie, porque ninguno de los que me rodeaban era digno de confianza. No tomé sus palabras literalmente; continué depositando la máxima confianza en mi esposa, Valeria Mesalina, de quien ahora sé que fue una ramera, una embustera, una ladrona, una asesina y una traidora a Roma. No quiero decir, guardias, que no confíe en ustedes; ustedes son las únicas personas en quienes confío. Son soldados y cumplen con sus deberes sin vacilaciones. Espero que ahora se mantengan de mi parte y aplasten la conspiración que mi ex esposa Mesalina y su amante, el cónsul electo Gayo Silio, han planeado contra mi vida, so pretexto de restablecer las libertades populares en la ciudad. El Senado está corrompido con las conspiraciones, tan corrompido como las entrañas del carnero que sacrificué esta tarde al dios Augusto. Jamás se ha visto un espectáculo tan repugnante. Me avergüenzo de hablar como lo hago, pero es justo, ¿no es cierto? Ayúdenme a castigar a nuestros enemigos y, una vez que Mesalina haya muerto, si alguna vez vuelvo a casarme les doy plena y absoluta libertad para despedazarme con las espadas y utilizar mi cabeza como una pelota, en los baños, como se hizo con la de Seyano. Tres veces casado, tres veces desdichado. Bien, ¿qué les parece, muchachos? Díganme lo que piensen, no puedo obtener una respuesta directa de mis otros amigos.

—¡Mátalos, César! ¡No les tengas piedad! ¡Estrangula a esa perra! ¡Mátalos a todos! ¡Has sido demasiado generoso! ¡Aniquílalos! —No cabía duda alguna acerca de lo que pensaban los guardias en ese sentido. Entonces hice que los hombres y mujeres arrestados se presentaran ante mí, en ese mismo lugar, y ordené el arresto de otros 110 hombres, que ahora aparecían en la lista de acusaciones como amantes de Mesalina, y a cuatro mujeres de rango que se habían prostituido por sugestión de Mesalina, durante la escandalosa orgía de palacio. Terminé el juicio en tres horas. Pero eso fue porque de las 360 personas que se presentaron, todas, menos 34 se confesaron culpables de las acusaciones presentadas contra ellas. A aquellos cuyo único delito había sido la concurrencia a la boda, los desterré. Veinte caballeros, seis senadores y un coronel de la guardia que se confesaron culpables de adulterio o de tentativa de revolución, o ambas cosas, exigieron ser ejecutados en el acto. Les concedí este favor. Vetio Valens trató de comprar su vida ofreciéndose a revelar los nombres de los dirigentes de la revolución. Le dije que podría descubrirlos sin su ayuda, y se lo llevaron al lugar de la ejecución. Montano era mencionado en la lista de Narciso, pero afirmó que Mesalina le había obligado a pasar la noche con ella, enseñándole una orden para que así lo hiciera, firmada y sellada por mí. Y que después de esa única noche se cansó de él. Mesalina debe de haber obtenido mi firma en el documento leyéndomelo —«Nada más que para ahorrarles el esfuerzo a tus preciosos ojos, querido»— como si fuese algo completamente distinto. Pero yo señalé que no había recibido ninguna orden de mí en cuanto a concurrir a la boda o a cometer adulterio con la sobrina de mi amigo Narciso, y por lo tanto también fue ejecutado. Hubo además quince suicidios, esa noche, en la ciudad, de personas que no habían sido arrestadas pero que pensaban serlo. Entre ellas se contaban tres amigos íntimos, todos caballeros, Trogo, Cota y Fabio. Sospecho que Narciso estaba enterado de su culpabilidad, pero los omitió de la lista de acusaciones, por amistad, conformándose con enviarles una advertencia.

Mnester no quiso declararse culpable. Me recordó que tenía orden mía de obedecer a Mesalina en todo, y dijo que la había obedecido contra su voluntad. Se quitó las ropas y me mostró las marcas de un látigo en la espalda.

—Me propinó estos latigazos porque mi natural modestia me impidió cumplir con sus órdenes tan enérgicamente como ella deseaba, César.

Yo tuve pena de Mnester; en una ocasión había salvado a los concurrentes al teatro de una matanza a manos los germanos. ¿Y qué se puede esperar de un actor? Pero Narciso dijo:

—No le perdones, César. Mira las magulladuras con atención. La carne no está abierta. A cualquiera que tenga ojos para ver le resultará claro que los azotes no estaban destinados a herir; forman parte de sus prácticas viciosas.

Mnester hizo una graciosísima reverencia a los soldados, su última reverencia, y pronunció su habitual discursito:

—Si les he complacido, ésa es mi recompensa. Si les he ofendido, les pido perdón.

Lo recibieron en silencio y lo condujeron a la muerte. Las únicas dos personas a quienes perdoné, salvo a los evidentemente inocentes, fueron cierto Laterano, acusado de conspiración, pero que se proclamó inocente, y Cesonino. Las pruebas contra Laterano eran contradictorias, y además era sobrino de Aulo Plaucio, de modo que le concedí el beneficio de la duda. A Cesonino lo perdoné porque era una ruina humana, aunque de buena familia, y no quería insultar a sus compañeros de adulterio ejecutándolo junto con ellos. Durante el reinado de Calígula se había prostituido como una mujer. No sé qué fue de él; jamás volvió a aparecer por Roma. También deseché la acusación contra la sobrina de Narciso; tenía por lo menos esa deuda con él. Las bacantes, que todavía llevaban únicamente sus pieles de leopardo, fueron ahorcadas. Cuando di la orden cité el discurso de Ulises en La Odisea, cuando se venga de las per-versas criadas de Penélope:

*Y así habló el príncipe: ¿A éstas les concederemos  
un destino tan puro como el de la marcial espada?  
¿A éstas, las nocturnas prostitutas vergonzosas  
y bajas mancilladoras de mi casa y de mi nombre?*

Las hice colgar a todas en forma homérica, en fila de a dos, de un grueso cable de barco tendido entre dos árboles y tensado con un cabestrante. Sus pies quedaron a muy pocos centímetros del suelo, y mientras morían volví a recitar: *Removieron sus pies un poco, apenas un instante.*

¿Y Silio? ¿Y Mesalina? Silio no trató de defenderse, pero cuando lo interrogué hizo una detallada declaración, contando un relato de su seducción por Mesalina. Lo insté:

—¿Pero por qué? Quiero saber por qué. ¿Estabas realmente enamorado de ella? ¿De veras creíste que soy un tirano? ¿De veras tenías la intención de restablecer la república, o sólo querías ser emperador en mi lugar?

—No puedo explicártelo, César; quizá fui hechizado. Me hizo verte como a un tirano. Mis planes eran vagos. Hablé de libertad con muchos de mis amigos y ya sabes cómo es eso, cuando uno habla de libertad todo parece maravillosamente sencillo. Uno espera que todas las puertas se abran y todos los muros se derrumben y todas las voces griten de alegría.

—¿Quieres que te perdone la vida? ¿Debo ponerte en libertad o dejarte en custodia de tu familia, como a un ser irresponsable e imbécil?

—Quiero morir.

Mesalina me había escrito una carta desde los jardines. En ella me decía que me amaba como siempre y que esperaba que no tomaría su travesura en serio. No había

hecho más que seguir la broma con Silio, como ella y yo habíamos convenido, y que si se excedió al emborracharse, yo no debía ser estúpido y sentirme enojado y celoso. «No hay nada que haga a un hombre tan odioso y desagradable a los ojos de una mujer, como los celos.» La carta fue entregada al tribunal, pero Narciso no me permitió contestarla hasta que los juicios no hubiesen terminado, a no ser con un formal «Tu comunicación ha sido recibida, y le concederé mi atención imperial a su debido tiempo». Dijo que hasta que yo no estuviese convencido en cuanto a la amplitud de su culpabilidad, era mejor no comprometerme por escrito; no debía abrigar ninguna esperanza de que escaparía a la muerte y sería simplemente exiliada a alguna pequeña isla-cárcel en alguna parte.

La respuesta de Mesalina a mi formal acuse de recibo de su carta fue otra, larga y borroneada por las lágrimas, en la que me reprochaba fría respuesta a sus ardientes palabras. Hacia una confesión total, o así la llamaba, de sus muchas indiscreciones, pero no admitía el adulterio en un solo caso. Me rogaba, por nuestros hijos, que la perdonase y le diera una posibilidad de volver a empezar como fiel y abnegada esposa. Y prometía una conducta de matrona que fuera un ejemplo para todas las nobles de Roma, en los siglos por venir. Firmaba con su apodo cariñoso y familiar. La carta me llegó durante el juicio de Silio.

Narciso vio lágrimas en mis ojos y dijo:

—César, no te rindas, una prostituta nata no puede reformarse jamás; no es honrada contigo, ni siquiera en esta carta.

—No, no me rendiré —repliqué—. Un hombre no puede morir dos veces de la misma enfermedad.

Volví a escribir: «Tu comunicación ha sido recibida, y le concederé mi atención a su debido tiempo.»

La tercera carta de Mesalina llegó cuando las últimas cabezas habían caído. Era colérica y amenazadora. Me escribía que ya me había concedido todas las oportunidades para tratarla en forma equitativa y decente, y que si no le pedía perdón de inmediato por la insolente, despiadada e ingrata conducta que había tenido para con ella, debía aceptar las consecuencias, porque su paciencia se agotaba. Contaba con la secreta lealtad de todos mis oficiales de la guardia y de todos mis libertos, con excepción de Narciso, y de la mayor parte del Senado. No tendría más que pronunciar una palabra, y yo sería arrestado de inmediato y entregado a su venganza. Narciso echó la cabeza hacia atrás y rió.

—Bien, por lo menos reconoce mi lealtad hacia ti. Vamos a palacio. Debes de estar casi moribundo de hambre. No has comido nada desde el almuerzo. ¿No es cierto?

—¿Pero qué le contestaré?

—No merece respuesta alguna.

Volvimos a palacio, y allí nos esperaba una magnífica comida. Aperitivo (recomendado por Jenofonte como sedante) y ostras, y ganso asado, con mi salsa favorita de hongos y cebolla —de acuerdo con una receta dada a mi madre por Berenice, la madre de Herodes—, y ternera guisada con rábanos, y un plato de hortalizas sazonado con miel y clavo, y melón de África. Comí con sumo apetito, y cuando terminé comencé a sentirme soñoliento. Le dije a Narciso:

—Mi cerebro no quiere trabajar más esta noche. Estoy fatigado. Te dejo encargado de los asuntos hasta mañana por la mañana. Supongo que debería ordenar a esa desdichada mujer que viniese aquí entonces, a defenderse contra esas acusaciones. Le prometí a Vibidia que le concedería un juicio equitativo.

Narciso no dijo nada. Me quedé dormido en mi diván. Narciso llamó al coronel de la guardia.

—Ordenes del emperador. Debes ir con seis hombres a la casa de placer de los jardines de Lúculo, y allí ejecutar a Valeria Mesalina, la esposa divorciada del emperador.

Luego le dijo a Euodo que se adelantara a los guardias y le previniera a Mesalina que éstos estaban a punto de llegar, concediéndole de tal modo una oportunidad para suicidarse. Si ella la aprovechaba, y no podía dejar de hacerlo, yo no necesitaría enterarme de la orden no autorizada de su ejecución. Euodo la encontró echada de bruces en el suelo de la casa, sollozando. Su madre estaba arrodillada a su lado. Mesalina dijo, sin levantar la cabeza:

—Oh, amado Claudio, me siento tan desdichada y avergonzada.

Euodo rió.

—Estás equivocada. El emperador duerme en palacio, con órdenes de no ser molestado. Antes de dormirse le dijo al coronel de la guardia que viniera a cortarte tu hermosa cabeza. Eso fue literalmente lo que dijo: «Córtele la hermosa cabeza y clávela en la punta de una lanza». Yo me adelanté para informarte. Si tienes tanta valentía como belleza, te aconsejo que termines con eso antes de que lleguen. He traído esta daga por si no tenías una a mano.

—No te quedan ya esperanzas, mi pobre hija —gimió Domicia Lépidia—. No puedes escapar ahora. Lo único honorable que puedes hacer es tomar esta daga y suicidarte, ¿no es cierto ?

—No es cierto —sollozó Mesalina—. Claudio jamás se atrevería a eliminarme de esta manera. Es una invención de Narciso. Habría debido matar a Narciso hace mucho tiempo. ¡Ruin, odioso Narciso!

Afuera, en el pavimento, se oyó el ruido de pesados pasos rítmicos.

—Guardias, ¡alto! ¡Presenten armas!

La puerta se abrió de par en par y el coronel de la guardia apareció en ella, con los brazos cruzados sobre el pecho, dibujado contra el cielo nocturno. No dijo una palabra.

Mesalina gritó al verlo y arrebató la daga de manos de Euodo. Palpó medrosamente el filo y la punta. Euodo se burló.

—¿Quieres que los guardias esperen mientras te busco una piedra de amolar y la afilo?

—Sé valiente, hija —dijo Domicia Lépidia—. No te dolerá si te la clavas con rapidez.

El coronel dejó caer lentamente los brazos; su mano derecha tomó la empuñadura de la espada. Mesalina se apoyó la punta de la daga primero en la garganta y luego en el pecho.

—¡Oh, no puedo madre! ¡Tengo miedo!

El coronel había sacado la espada de la vaina. Dio tres largos pasos y la atravesó.

## Capítulo 30

Jenofonte me había dado otra dosis de «la mezcla olímpica» antes de que me durmiera, y la sensación de exaltación, que había ido disipándose un tanto durante la cena, revivió en mí. Desperté con un sobresalto —un esclavo descuidado había dejado caer una pila de platos—, bostecé ruidosamente y pedí perdón a los presentes por mis malos modales.

—Concedido, César —exclamaron todos. Pensé que tenían un aspecto medroso. Mala vida y mala conciencia.

—¿Ha estado alguien envenenando mi comida mientras dormía? —bromeé.

—Dios no lo quiera —protestaron.

—Narciso, ¿qué sentido tenía esa broma de Vetio Valens acerca de Colchester? Algo acerca de que los britanos me adoraban como un dios.

—No fue una broma, César —respondió Narciso—. Será mejor que sepas que en Colchester han dedicado un templo al dios Claudio Augusto. Han estado adorándote allí desde principios del verano, pero yo acabo de enterarme.

—¿Es por eso que me siento tan raro? ¡Me he convertido en un dios! ¿Pero cómo sucedió? Recuerdo que le escribí a Ostorio sancionando la erección y dedicación de un templo en Colchester al dios Augusto, en gratitud por haber concedido a las armas romanas la victoria en la isla de Bretaña.

—Entonces, supongo, César, que Ostorio cometió el natural error de entender que «Augusto» se refería a ti mismo, dado que especificaste una victoria concedida por Augusto a las armas romanas. El dios Augusto fijó la frontera en el canal, y su nombre no significa nada para los británicos, en comparación con el tuyo. Y los nativos, según se me informa, hablan allí de ti con el más profundo respeto religioso. Componen poemas acerca de tus truenos y rayos, y tus brumas místicas, y tus espíritus negros, y tus monstruos jorobados, y tus monstruos con serpientes por nariz. Hablando en términos políticos, Ostorio hizo bien en dedicarte el templo. Pero lamento que se haya hecho sin tu consentimiento y, supongo, contra tus deseos.

—De modo que ahora soy un dios, ¿no es así? —repetí—. Herodes Agripa siempre dijo que terminaría deificado y yo le respondí que no dijera tonterías. Supongo que no puedo corregir ese error, ¿no es cierto, Narciso?

—Crearía un malísimo efecto entre los provincianos, en mi opinión —contestó Narciso.

—Bien, no me importa, tal como me siento ahora —dije—. No me importa nada. ¿Qué te parece si traes a esa desdichada mujer para que la juzgue en seguida? Me siento completamente libre de las pequeñas pasiones mortales. Incluso es posible que la perdone.

—Ha muerto —dijo Narciso en voz baja—. Fue muerta por tus propias órdenes.

—Lléname el vaso —le dije—, no recuerdo haber dado la orden, pero ahora todo me da lo mismo. Me pregunto qué clase de dios soy. El viejo Atenodoro me explicó muchas veces la idea estoica de Dios: Dios es un todo perfectamente rotundo, inmune a los accidentes o a los acontecimientos. Siempre me imaginé a Dios como a una enorme calabaza, ¡Ja, ja, ja. Si sigo comiéndome este ganso y bebiéndome este vino, también yo



terminaré calabacificado. ¡De modo que Mesalina ha muerto! ¡Una hermosa mujer, amigos! ¡Pero mala!

—Hermosa pero mala, César.

—Que alguien me lleve a la cama, y déjenme dormir el bendito sueño de los dioses. Ahora soy un dios bendito, ¿no es cierto?

Me llevaron a la cama. Me quedé en ella hasta el mediodía siguiente, dormido profundamente. El Senado se reunió en mi ausencia y promulgó una moción por la que se me felicitaba por la represión de la revuelta, y otra por la que se borraba el nombre de Mesalina de los archivos y se eliminaba de todas las inscripciones públicas, destruyendo todas sus estatuas. Me levanté por la tarde y reanudé mis habituales tareas imperiales. Todos aquellos con quienes me encontraba ahora se mostraban sumisos y corteses, y cuando visité los tribunales, nadie, por primera vez en muchos años, trató de atropellarme o amedrentarme. Terminé todos los casos en un santiamén. Al día siguiente comencé a hablar con grandilocuencia sobre la conquista de Germania, y Narciso, advirtiéndome que la medicina de Jenofonte tenía un efecto demasiado violento sobre mí —me desordenaba los pensamientos en lugar de ayudarme a pasar con suavidad el golpe de la muerte de Mesalina, como había sido la intención—, le dijo que no me la diera más. El humor olímpico se disipó de forma gradual, y volví a sentirme un patético mortal. La primera mañana en que quedé libre de los efectos de la droga bajé a desayunar y pregunté:

—¿Dónde está mi esposa? ¿Dónde está Mesalina? Mesalina siempre había desayunado conmigo, a menos de que tuviera un «dolor de cabeza».

—Ha muerto, César —respondió Euodo—. Murió hace algunos días, por tus órdenes.

—No lo sabía —dije débilmente—. Quiero decir, me había olvidado.

Y entonces la vergüenza, la pena y el horror de todo aquello irrumpieron en mi mente, y me derrumbé. Pronto rompí a balbucear acerca de mi querida, preciosa Mesalina, y a reprocharme haberla asesinado, y a decir que yo tenía toda la culpa, y a convertirme en un tonto de remate. Eventualmente me repuse y pedí una litera.

—A los jardines de Lúculo —ordené. Me llevaron allí. Sentado en un banco del jardín, bajo un cedro, contemplando el suave prado verde y la amplia avenida herbosa de carpes, sin nadie cerca, aparte de mis guardias germanos apostados fuera de la vista, entre los arbustos, y con una larga tira de papel en la rodilla y una pluma en la mano, comencé a escribir, para ver si podía averiguar dónde y cómo me encontraba. Tengo ese papel a mi lado, mientras escribo, y copiaré todo lo que puse en él. Mis afirmaciones se ordenaban, quién sabe por qué, en grupos afines de tres, como los «tercetos» de los druidas británicos (su convención métrica común para los versos de tipo moral o didáctico):

*Amo la libertad, detesto la tiranía.  
Siempre he sido un romano patriota.  
El genio romano es republicano.*

*Ahora soy, paradójicamente, emperador.  
Como tal ejerzo poderes monárquicos.  
La república ha estado en suspenso durante tres generaciones.*

*La república fue desgarrada por guerras civiles.  
Augusto instituyó este poder monárquico.  
Fue sólo una medida de emergencia.*

*Augusto descubrió que no podía renunciar a su poder.  
Mentalmente condené a Augusto por hipócrita.  
Seguí siendo un republicano convencido.*

*Tiberio llegó a ser emperador. ¿Contra sus inclinaciones?  
¿Temeroso de que algún enemigo ocupara el poder?  
Probablemente obligado por su madre latvia.*

*Durante su reinado viví en retiro.  
Lo consideré como un hipócrita sanguinario.  
Seguí siendo un republicano convencido.*

*De repente Calígula me nombró cónsul.  
Yo sólo deseaba volver a mis libros.  
Calígula gobernaba como un monarca oriental.*

*Yo era un romano patriota.  
Habría debido tratar de matar a Calígula.  
En lugar de eso salvé mi pellejo haciendo el papel de imbécil.*

*Casio Querea fue quizás un romano patriota.  
Violó su juramento, asesinó a Calígula.  
Por lo menos trató de restablecer la república.*

*La república no fue restablecida entonces.  
Por el contrario, se designó un nuevo emperador.  
Ese emperador era yo, Tiberio Claudio.*

*Si me hubiese negado me habrían matado.  
Si me hubiese negado habría habido una guerra civil.  
Fue tolo una medida de emergencia.*

*Hice ejecutar a Casio Querea.  
Descubrí que no podía renunciar a mi poder.  
Me convertí en un segundo Augusto.*

*Trabajé dura y largamente, como Augusto;  
Amplíé y fortalecí el imperio, como Augusto;  
fui un monarca absoluto, como Augusto.*

*No fui un hipócrita consciente.  
Me enorgullecí de actuar lo menos posible.  
Planeaba restablecer la república este mismo año.*

*La deshonra de Julia fue el castiga de Augusto.  
Ojalá no la hubiera desposado y hubiese muerto sin descendientes.  
Lo mismo siento en cuanto a Mesalina.*

*Habría debido suicidarme en lugar de gobernar.*

*Jamás habría debido permitir que Herodes Agripa me convenciera.  
Con las mejores intenciones, me he convertido en un tirano.*

*Fui ciego a las locuras y villanías de Mesalina.  
En mi nombre derramó la sangre de hombres y mujeres inocentes.  
La ignorancia no es justificación para el crimen.*

*Pero no soy la única persona culpable.  
¿No ha pecado igualmente toda la nación?  
Me hicieron emperador y mendigaron mi favor.*

*¿Y si ahora ponga en práctica mis honradas intenciones?  
¿Qué sucederá si restablezco la república?  
¿De veras es posible que Roma se muestre agradecida?*

*«Ya sabes qué sucede cuando uno habla de libertad.  
Todo parece hermosamente sencillo.  
Uno espera que todas las puertas se abran y todas las murallas se derrumben.»*

*El mundo está a gusto conmigo como emperador;  
el mundo entero, menos los que quieren ser emperadores ellos mismos.  
Nadie quiere la vuelta de la república.*

*Asinio Polio tenía razón:  
«Tendrá que volverse mucho peor, antes de que pueda mejorar».  
Decidido: a fin de cuentas no llevaré a la práctica mi plan.*

*El estanque de las ranas quería un rey.  
Júpiter les envió el Viejo Rey Tronco.  
Yo he sido tan sordo y ciego e insensible como un tronco.*

*El estanque de las ranas quería un rey.  
Que Júpiter les envíe ahora el Joven Rey Cigüeña.  
El principal defecto de Calígula: su reinado de cigüeña fue demasiado breve.*

*Mi defecto principal: he sido demasiado benévolo.  
Reparé las ruinas que mis predecesores habían provocado.  
Reconcilié a Roma y al mundo con la monarquía.*

*Roma está destinada a inclinarse ante otro César.  
Que sea loco, sanguinario, caprichoso, derrochador, libertino.  
El Rey Cigüeña volverá a demostrar la naturaleza de los reyes.*

*Al embotar la espada de la tiranía caí en un grave error.  
Aguijando la misma espada podría corregir ese mismo error.  
Los violentos desórdenes exigen violentos remedios.*

*Y sin embargo, tengo que recordarlo, soy el Viejo Rey Tronco.  
Flotaré, inerte, en el estanque.  
Que se destilen todos los venenos agazapados en el fango.*

Cumplí con mi resolución. La cumplí desde entonces. No he permitido que nada se interponga entre ella y yo. Al principio fue penoso. Había dicho a Narciso que me sentía como el gladiador español a quien de pronto le habían cortado el brazo del escudo en la liza; pero la diferencia era que el español había muerto de su herida y yo continuaba viviendo. Quizás ustedes hayan oído quejarse a hombres mutilados, durante el tiempo frío y húmedo, de sensaciones de dolor en la pierna o el brazo que han perdido... y puede llegar a ser un dolor muy exacto, descrito como una punzada aguda que corre desde el pulgar hasta la muñeca, o como un dolor fijo en la rodilla. A menudo he sentido eso. Solía preocuparme lo que podía pensar Mesalina de la decisión que había tomado, o el efecto que tendría sobre ella una larga obra aburrida en el teatro. Cuando había truenos recordaba cómo la asustaban.

Como se habrá supuesto, la consideración más dolorosa de todas era la de que mis pequeños Británico y Octavia no eran, en fin de cuentas, hijos míos. Estaba convencido de que Octavia no era mi hija. No se parecía en lo más mínimo a los Claudio. La contemplé cien veces antes de advertir de pronto que su padre debía de haber sido el comandante de los germanos durante el reinado de Calígula. Recordé entonces que un año después de la amnistía aquél se deshonoró y perdió su puesto, y finalmente se hundió hasta el punto de convertirse en gladiador. Mesalina rogó que le perdonaran la vida en la liza (lo habían desarmado y un reciario estaba a punto de clavarle el tridente); pidió por la vida del desdichado, contra las protestas de todo el público, que aullaba y gritaba volviendo el pulgar hacia abajo. Yo lo perdoné, porque dijo que su salud se resentiría si se lo negaba; esto sucedió antes del nacimiento de Octavia. Pero unos meses más tarde el hombre volvió a luchar con el mismo reciario y fue muerto por éste.

Británico era un verdadero Claudio y un chiquillo noble, pero se me ocurrió el horrible pensamiento de que se parecía a mi hermano Germánico. ¿Era posible que Calígula fuese en verdad su padre? No tenía nada de la naturaleza de Calígula, pero la herencia se salta a menudo una generación. La idea me obsesionó. No pude librarme de ella durante mucho tiempo. Lo mantuve lejos de mi vista tanto como me resultó posible sin repudiarlo. El y Octavia deben de haber sufrido mucho durante esa época. Habían estado muy apegados a su madre, de modo que di instrucciones de que no se hablara en detalle de los delitos de ella. Simplemente debían saber que su madre había muerto. Pero pronto descubrieron que había sido ejecutada por orden mía, y como es natural experimentaron un resentimiento infantil hacia mí. Sin embargo, no pude obligarme a hablarles de ella.

He explicado que mis libertos formaban una fraternidad muy unida y que el que ofendía a uno de ellos los ofendía a todos, y que el que era tomado bajo la protección de uno gozaba del favor de todos. En este sentido ofrecían un buen ejemplo al Senado, pero éste no lo siguió, ya que estaba siempre desgarrado por facciones y sólo unido en su común servilismo hacia mí. Y aunque más tarde, tres meses después de la muerte de Mesalina, estalló una rivalidad entre mis tres ministros principales, Narciso, Palas y Calisto, se convino de antemano que el que tuviese éxito no utilizaría el puesto que conquistara complaciéndome como medio de humillar a los otros dos. Jamás adivinarán en qué consistía la rivalidad. ¡Se trataba de elegir una cuarta esposa para mí!

—¡Pero —exclamarán— yo tenía entendido que habías dado a los guardias permiso para hacerte pedazos con las espadas si volvías a casarte!

Así es, pero eso fue antes de que tomase mi decisión, sentado allí, bajo el cedro de los jardines de Lúculo. Porque había adoptado una resolución, y una vez que hago tal cosa, el asunto queda como fijado con un clavo. Ofrecí a mis libertos una especie de adivinanza en cuanto a cuáles eran mis intenciones maritales. Era una broma, porque ya

había elegido a la afortunada mujer. Una noche los sobresalté diciéndoles con negligencia:

—Tendría que hacer algo mejor por la pequeña Octavia que ponerla a cargo de libertas. He hecho ahorcar a todas las criadas que entendían sus costumbres, pobre niña, y no puedo esperar que mi hija Antonia la cuide. Antonia ha tenido muy mala salud desde que murió su hija.

—No —respondió Vitelio—, lo que la pequeña Octavia necesita es una madre. Lo mismo que Británico, aunque a un chico le es más fácil cuidarse por sí mismo que a una chica.

No respondí, de modo que todos los presentes supieron que pensaba volver a casarme, y todos pensaron cuan fácilmente me había manejado Mesalina, y cada uno supuso que si él era el hombre que me encontraba una esposa, su fortuna estaba hecha. Narciso, Palas y Calisto ofrecieron cada uno una candidata, por turno, en cuanto llegó el momento favorable para hablarme de ello en privado. Me resultó interesantísimo observar cómo trabajaban sus pensamientos. Calisto recordó que Calígula había obligado a un gobernador de Grecia a divorciarse de su esposa, Lolía Paulina, para casarse luego con ella (como su tercera esposa) porque alguien le había dicho en un banquete que era la mujer más hermosa del imperio. Luego recordó que ese alguien había sido yo mismo. Se le ocurrió que como Lolía Paulina no había perdido su belleza en los diez años transcurridos desde entonces, sino que más bien la había acentuado, podía muy bien sugerir su nombre. Así lo hizo al día siguiente. Yo sonreí y prometí conceder al asunto mi cuidadosa consideración.

Luego fue Narciso el que me preguntó a quién había sugerido Calisto, y cuando yo le dije «Lolía Paulina», exclamó que ella jamás me convendría. Lo único que le interesaban eran las joyas.

—Nunca sale con menos de treinta mil piezas de oro en torno al cuello, en esmeraldas o rubíes o perlas, y jamás es el mismo collar, y es tan estúpida y obstinada como la muía de un molinero. César, la mujer que necesitas, como ambos sabemos, es Calpurnia. Pero no puedes casarte con una prostituta, no estaría bien. Por lo tanto mi sugestión es que te cases con una noble, como una cuestión formal, pero que vivas con Calpurnia, como hiciste antes de conocer a Mesalina, y que goces de verdadera felicidad para el resto de tus días.

—¿A quién sugieres como esposa formal?

—A Elia Petina. Después de que te divorciaras de ella se volvió a casar, según recordarás. Hace poco perdió a su esposo, y él la dejó en muy mala situación. Sería una verdadera caridad casarse con ella.

—¿Pero y su lengua, Narciso?

—La desgracia la ha suavizado. Su lengua viperina jamás volverá a ser escuchada, me comprometo a ello. Le hablaré de esto y le explicaré las condiciones del matrimonio. Se le ofrecerá todo el respeto que se le debe como esposa tuya y como madre de tu hija Antonia, y tendrá una buena renta, personal, pero tiene que firmar un contrato para comportarse como sordomuda en tu presencia, y no sentir celos de Calpurnia. ¿Qué te parece ?

—Concederé al asunto mi cuidadosa consideración, mi querido Narciso.

Pero fue Palas quien hizo la proposición correcta. O bien fue extraordinariamente estúpido, o extraordinariamente listo. ¿Cómo podría suponer que yo haría algo tan monstruoso como casarme con mi sobrina Agripinila ? En primer lugar, el matrimonio sería incestuoso; en segundo lugar, era la madre de Lucio Domicio, hacia quien yo sentía el más violento desagrado. En tercer término, ahora que Mesalina estaba muerta, podía aspirar al título de peor mujer de Roma. Incluso en vida de Mesalina habría sido

muy difícil decidir entre ambas. Las dos eran igualmente viciosas, y si Mesalina había sido más promiscua que Agripinila, por lo menos jamás había cometido incesto, como lo cometía Agripinila, según tenía entendido. Pero Agripinila tenía una sola virtud: era muy valiente, en tanto que Mesalina, como hemos visto, era una cobarde. Palas sugirió a Agripinila, con la misma cláusula que había formulado Narciso: sólo podía ser un casamiento de forma. Yo mantendría a cualquier amante que me gustara. Dijo que Agripinila era la única mujer de Roma capaz de hacerse cargo de las tareas políticas de Mesalina, y que sería una verdadera ayuda para mí.

Prometí conceder al asunto mi cuidadosa consideración. Luego provoqué un verdadero debate entre Calisto, Narciso y Palas, después de darles tiempo para sondear la disposición de sus candidatas a presentarse al puesto de esposa del César. Llamé a Vitelio como arbitro, y el debate se realizó unos días más tarde. Al recomendar a Elia, Narciso argumentó que mediante la reanudación de una antigua vinculación no introduciría innovación alguna en la familia, y que ella sería una buena madre para la pequeña Octavia y para Británico, con el cual ya estaba vinculado al ser la madre de Antonia, la hermanastra de ambos. Calisto le recordó a Narciso que Elia se había divorciado hacía mucho tiempo de mí y sugirió que si volvía a tomarla, mi orgullo se inflamaría y probablemente se vengaría en privado de los niños de Mesalina. Lolia era una esposa mucho más agradable; nadie podía negar que era la mujer más hermosa del mundo, y además virtuosa. Palas se opuso a ambas selecciones. Elia era una vieja bruja, dijo, y Lolia una tonta sin remedio, que se paseaba de un lado al otro adornada como el escaparate de una joyería, y que esperaba que le regalasen todo un nuevo juego de chucherías, a expensas del tesoro, con tanta regularidad como el sol salía y se ponía. No, la única elección posible era Agripina (sólo yo continuaba llamándola con su diminutivo, «Agripinila»). Llevaría consigo al nieto de Germánico, que era en todo sentido digno de la fortuna imperial, y era de gran importancia política que una mujer que se había mostrado fructífera, y que aún era joven, no se casara con un miembro de otra casa y llevara a ella los esplendores de los Césares. Pude ver que Vitelio sudaba copiosamente, tratando de adivinar por mi expresión cuál de los tres tenía razón en mi opinión, y preguntándose si no sería mejor que él sugiriera un nombre completamente distinto. Pero adivinó bien, quizá por el orden en que concedí permiso para hablar a mis libertos. Inspiró profundamente y dijo:

—Entre tres candidatas tan hermosas, inteligentes, bien nacidas y distinguidas, me resulta tan difícil juzgar como a París, el pastor troyano, entre las tres diosas Juno, Venus y Minerva. Permíteme continuar con esta figura, que es útil. Elia Petina representa a Juno. Ya se ha casado y tuvo un hijo con el emperador. Pero así como Júpiter se disgustó con Juno, aunque era la madre de Hebe, por su lengua mordaz, así el emperador se disgustó con Elia Petina y no queremos más guerras domésticas en este cielo terrestre. Se afirma en favor de Lolia Paulina que es una verdadera Venus, y por cierto que París entregó el premio a Venus. Pero París era un joven galán impresionable, según se recordará, y la belleza que no va unida a la inteligencia no puede atraer a un gobernante maduro, con gran experiencia marital así como gubernamental. Agripinila es Minerva, en cuanto a su sabiduría, y cede muy poco ante Lolia, si es que cede, en belleza. La esposa del emperador debe tener belleza y notable inteligencia. Yo elijo a Agripinila.

Como si sólo en ese momento se me hubiese ocurrido, protesté:

—Pero Vitelio, es mi sobrina, no puedo casarme con mi sobrina, ¿no es cierto?

—Si quieres que consulte al Senado, César, puedo comprometerme a obtener su consentimiento.

Por supuesto, es irregular, pero puedo utilizar el mismo argumento que utilizaste tú en tu discurso acerca de la franquicia de Autun. Puedo

señalar que las leyes matrimoniales de Roma se han vuelto cada vez más plásticas con el curso del tiempo. Hace cien años, por ejemplo, se habría considerado monstruoso que dos primos se casaran entre sí, pero ahora se hace con regularidad, incluso en las mejores familias, ¿y por qué no habrían de casarse un tío y una sobrina? Los partos lo hacen, y la suya es una civilización antiquísima, y en la familia de Herodes ha habido más matrimonios entre tío y sobrina que cualesquiera otros.

—Muy cierto —dije—. Herodías se casó con su tío Filipo, y luego lo abandonó y huyó con su tío Antipas. Y Berenice, la hija de Herodes Agripa, se casó con su tío Herodes Polio, rey de Calcis, y ahora se supone que vive incestuosamente con su hermano, el joven Agripa. ¿Por qué los Césares no habrían de ser tan libres como los Herodes?

Vitelio pareció sorprendido, pero dijo con toda seriedad:

—El incesto entre hermanos es otro asunto. Yo no puedo defender una cosa así. Pero tal vez nuestros primeros antepasados permitieran que tíos y sobrinas se casaran, porque en ninguna parte de la antigua literatura clásica se expresa disgusto alguno por el casamiento de Plutón con su sobrina Proserpina.

—Plutón era un dios —repliqué—. Pero por lo demás, según parece, también lo soy yo ahora. Palas, ¿qué piensa mi sobrina Agripinila al respecto?

—Se sentirá grandemente honrada y alborozada, César —dijo Palas, incapaz de ocultar su júbilo—, y está dispuesta a jurar que se dedicará fielmente a ti, mientras vivas, y a tus hijos, y al imperio.

—Tráela aquí.

Cuando Agripinila llegó, cayó a mis pies. Le dije que se levantara, y que estaba dispuesto a casarme con ella, si así lo deseaba. Me abrazó apasionadamente, en respuesta, y dijo que ese era el momento más feliz de su vida. Le creí. ¿Por qué no? Ahora podría gobernar al mundo entero por mi intermedio. Agripinila no era Mesalina. Mesalina tenía el don de entregarse por entero al placer sensual. En ese sentido se parecía a su bisabuelo Marco Antonio. Agripinila no era ese tipo de mujer. Se parecía a su bisabuela, la diosa Livia. Sólo le interesaba el poder. Sexualmente, como he dicho, era en todo inmoral. Y sin embargo, no era en modo alguno— pródiga en sus favores. Sólo se acostaba con hombres que pudieran serle útiles en el plano político. (Por ejemplo, tengo todos los motivos del mundo para sospechar que recompensó a Vitelio por la valiente defensa que hizo de ella, y sé con seguridad, aunque nunca se lo dije, que Palas era entonces, y sigue siendo, su amante. Porque Palas domina el tesoro privado.)

Vitelio pronunció su discurso en el Senado (habiendo dispuesto primero una gran demostración pública afuera) y dijo que me había sugerido el matrimonio y que yo convine en cuanto a su necesidad política, pero que vacilé en tomar una decisión definida hasta que no hubiese sabido lo que el Senado y el Pueblo opinaban de la innovación. Vitelio habló con la anticuada elocuencia:

—...y no tendrán que buscar mucho, señores, antes de encontrar que entre las mujeres de Roma, Agripinila se destaca por el esplendor de su linaje, ha dado señaladas pruebas de su fertilidad y alcanza y aun supera sus exigencias en materia de virtudes. En verdad es una circunstancia singularmente feliz la de que, gracias a la providencia de los dioses, este dechado entre las mujeres sea una viuda y pueda unirse sin tropiezos con una Persona que hasta ahora ha sido un modelo de virtudes matrimoniales.

Sin duda se podrá adivinar cómo fue recibido su discurso. Votaron sin una sola voz de oposición —no en modo alguno porque estuviesen todos encantados con Agripinila, sino porque nadie se atrevía a conquistar su resentimiento ahora que parecía probable que se convirtiera en mi esposa—, y varios senadores se pusieron de pie, compitiendo en fanatismo y diciendo que si era necesario me obligarían a someterme a la voluntad de

todo el país. Yo recibí sus saludos y ruegos y felicitaciones en la plaza del Mercado, y luego me dirigí al Senado, donde pedí que se promulgara un decreto legalizando los matrimonios entre tíos y sobrinas. Lo promulgaron.

## AÑO 49

En Año Nuevo me casé con Agripinila. Sólo una persona aprovechó la nueva ley, un caballero que había sido capitán de la guardia. Agripinila le pagó bien por eso.

Hice una declaración al Senado en cuanto a mi templo en Bretaña. Expliqué que mi deificación se había producido por accidente y me disculpé ante mis conciudadanos. Pero quizá me perdonarían y confirmarían la incongruencia, en vista del peligro político que significaba la cancelación.

—Bretaña está muy lejos, y no es más que un templo pequeñito —dije, irónicamente—. Un pequeño templo rústico, con piso de barro y techo de césped, como aquellos en que vivieron los dioses de Roma en la época republicana, antes de que el dios Augusto los colocara en su actual esplendor palaciego. Sin duda no se opondrán a un templo pequeñito, tan lejano, y a uno o dos ancianos sacerdotes, y a un modesto sacrificio de vez en cuando. Por mi parte jamás quise ser dios. Y les doy mi palabra de que ese será mi único templo...

Pero nadie, según parece, quiso arrebatarme mi templo.

Después de terminar el censo, no volví a ocupar el puesto de censor, pero como preludeo de mi restablecimiento de la república ofrecí el nombramiento a Vitelio. Era la primera vez, después de un siglo, que el control de la moral pública estaba fuera de las manos de los Césares. Uno de los primeros actos de Vitelio, después de disponer mi matrimonio con Agripinila, fue el de eliminar de la orden senatorial a uno de los magistrados de primer orden del año, nada menos que mi yerno el joven Silano. Dio como motivo el incesto de Silano con su hermana Calvina, que había sido su propia nuera, pero que últimamente se había divorciado de su esposo, Vitelio el joven. Vitelio explicó que su hijo los había sorprendido a ambos, juntos hacía tiempo, y que le habló de eso, pidiéndole que le guardara el secreto. Pero ahora que era censor no podía ocultar a su conciencia la culpabilidad de Silano. Yo mismo examiné el caso. Silano y Calvina negaron la acusación, pero parecía demostrada fuera de toda posibilidad de discusión, de modo que disolví el contrato matrimonial existente entre Silano y mi hija Octavia (o más bien la hija de Mesalina Octavia) y lo obligué a renunciar a su magistratura. Solo le faltaba un día para completarla, pero para demostrar cuán fuerte era mi sentimiento, entregué a otro el nombramiento para el último día. Por supuesto Vitelio jamás se habría atrevido a revelar el secreto, si no hubiese sido por Agripinila. Silano se interponía en el camino de sus ambiciones; ella quería que su hijo Lucio llegara a ser mi yerno. Bien, yo tenía cariño a Silano, y a fin de cuentas era un descendiente del dios Augusto. De modo que le dije que postergaría el juicio de su caso... con lo cual quería decirle que esperaba que se suicidase. Durante un tiempo postergó el suicidio, y eventualmente eligió para ello el día de mi boda, cosa que no era del todo inadecuada. Desterré a Calvina y exigí al colegio de Pontífices que ofreciera sacrificios y expiaciones en el templo de Diana, en resurrección de una pintoresca institución de Tulio Hostilio, el tercer rey de Roma.

Baba y Augurino estaban muy en forma por esa época. Parodiaban todo lo que hacía. Baba introdujo tres nuevas letras en el alfabeto, una que representaba un escupitajo de fiema, otra el ruidoso sorberse de los dientes, y la tercera la «indeterminada vocal entre el eructo y el hipo». Se divorció de la enorme negra que hasta entonces había hecho el papel de Mesalina, la azotó en la calle y realizó una fingida ceremonia de matrimonio con una mujer albina, bizca, de quien afirmó que era



su sobrina. Hizo un censo de ladrones, mendigos y vagabundos, y expulsó de la Sociedad a todos los que habían trabajado alguna vez en su vida. Una de sus bromas consistió en renunciar a su puesto de censor y designar a Augurino como su sucesor, durante el plazo que aún faltaba para terminar el período: exactamente una hora, según el reloj de agua. Augurino se jactó de todas las cosas gloriosas que pensaba hacer en esa hora. Su única queja era que el reloj de agua de Baba no marcaba bien el tiempo. Quiso ir a buscar el suyo, que tenía horas que duraban por lo menos tres veces más. Pero Baba, imitando mi voz y mis gestos, citó una frase que yo había usado recientemente en los tribunales, y de la cual me enorgullecía: «Es más fácil esperar que los filósofos concuerden entre sí, y no que lo hagan los relojes», y se negó a dejarlo partir. Augurino insistió en que lo justo era lo justo; si iba a ser censor, necesitaba una hora completa, de tamaño y peso reglamentarios. Continuaron la discusión con acaloramiento, hasta que el período de Augurino terminó de pronto, sin que hubiese hecho nada.

—Y yo que pensaba meterte en alquitrán hirviendo y luego freírte hasta casi el borde de la muerte, de acuerdo con una pintoresca institución del rey Tulio Hostilio...

Concedí a Baba y Augurino completa libertad para parodiarme y caricaturizarme. Atrajeron enormes multitudes con sus espectáculos fuera del templo de Mercurio. Mercurio, por supuesto, es el dios de los ladrones y los bromistas. Agripinila se ofendió muchísimo por el insulto que representaba para ella el casamiento de Baba con la albina, pero yo la sorprendí diciendo con firmeza:

—Mientras yo viva, la vida de Baba está asegurada, entiéndelo, y la de Augurino también.

—Exactamente mientras tú vivas, hasta el último momento —convino Agripinila, con su tono más desagradable.

Ese año hubo una plaga de víboras. Publiqué una orden informando al público acerca de un infalible remedio contra la mordedura de víboras, a saber, el zumo de tejo. Augurino y Baba la republicaron, agregándole la frase «y a la recíproca» que, según parece, es reconocida como una de mis expresiones comunes.

# Capítulo 31

Estoy casi al final de mi larga historia. Hace ya cinco años que me he casado con Agripinila, pero han sido cinco años relativamente sin incidentes, y no escribiré acerca de ellos con gran detalle. He dejado que Agripinila y mis libertos me gobernarán. He abierto y cerrado la boca, y hecho gestos con los brazos, como las pequeñas marionetas articuladas que hacen en Sicilia. Pero la voz no ha sido mía, sino el gesto. Debo decir que Agripinila ha resultado ser una gobernante notablemente capaz, del tipo tiránico. Cuando entra en una habitación donde están reunidos algunos notables, y mira con frialdad en su derredor, todos se estremecen y se muestran atentos y tratan de complacerla. Ya no necesita fingir afecto hacia mí. Muy pronto le hice notar que me había casado con ella por motivos puramente políticos y que en el sentido físico me era desagradable. Fui muy franco al respecto. Le expliqué:

—El hecho es que me cansé de ser emperador. Quería que alguien hiciera ese trabajo en mi lugar. Me casé contigo, no por tu corazón, sino por tu cabeza. Se necesita una mujer para dirigir un imperio como éste. No hay motivos para que finjamos devoción amorosa el uno hacia el otro.

—Eso me conviene —me respondió—. No eres el tipo de amante con que una mujer sueña.

—Y tú no eres ya lo que eras hace veintidós años, querida mía, o cuando fuiste novia por primera vez. Aun así durarás un tiempo más, si continúas con ese masaje facial diario y esos baños de leche. Vitelio finge que te considera la mujer más hermosa de Roma.

—Quizá tú también dures, si no exasperas a la gente de la cual dependes.

—Sí, hemos sobrevivido al resto de nuestra familia —convine—. No sé cómo lo hemos hecho. Creo que debíamos felicitarnos en lugar de reñir.

—Tú siempre comienzas la riña —replicó ella—, porque tratas de ser lo que llamas «sincero».

Agripinila no podía entenderme. Pronto descubrió que era innecesario adularme o engañarme o amedrentarme, si quería que las cosas se hiciesen a su manera. Aceptaba sus sugerencias en casi todos los casos. Apenas pudo creer en su suerte cuando consentí en desposar a Lucio con Octavia; sabía lo que yo pensaba realmente de Lucio. No pudo entender por qué acepté. Se sintió lo bastante audaz como para seguir adelante y sugirió que debía adoptarlo como hijo. Pero esa era ya mi intención. Primero dejé que Palas me sondeara al respecto. Se mostró lleno de tacto. Comenzó a hablar cariñosamente de mi hermano Germánico, y de su adopción por mi tío Tiberio, a pedido de Augusto, si bien Tiberio tenía un hijo propio, Castor. Siguió hablando del notable amor fraternal que había surgido entre Germánico y Castor, y de la generosidad que Castor demostró a la viuda e hijos de Germánico. En el acto supe qué quería Palas, y convine en que dos hijos amantes son mejores que uno.

—Pero recuerda —dije— que allí no termina el asunto. Germánico y Castor fueron asesinados, y mi tío Tiberio, en su vejez, como sería mi caso, nombró a otro par de amantes hermanos, Calígula y Gemelo, como sus herederos conjuntos. Calígula tuvo la

ventaja de ser el mayor. Cuando el anciano murió, Calígula se apoderó de la monarquía y mató a Gemelo.

Esto hizo que Palas guardara silencio durante un rato. Cuando intentó un enfoque un tanto distinto, y me dijo esta vez qué grandes amigos habían llegado a ser Lucio y Británico, yo le respondí, como si no viniera al caso:

—¿Sabes que la familia Claudia ha mantenido su descendencia directa en la línea masculina, sin adopciones, desde Appio Claudio, hace cinco siglos? No hay en Roma otra familia que pueda jactarse de lo mismo.

—Sí, César —respondió Palas—. La tradición de la familia Claudia es una de las cosas menos plásticas, en un mundo notablemente plástico. Pero, como tú señalas con gran sabiduría todas las cosas están sometidas a cambio.

—Escucha, Palas, ¿por qué te andas por las ramas? Díle a Agripinila que si desea que adopte a su hijo como mi heredero conjunto, con Británico, estoy dispuesto a hacerlo. En cuanto a la plasticidad, me he vuelto muy blando en mi vejez. Puedes moldearme en tus manos, y llenarme con lo que quieras, como si fuese masa para pastel, y hornearme y convertirme en un pastelillo imperial.

Adopté a Lucio. Ahora se llama Nerón; hace poco lo casé con Octavia, a quien primero había permitido que Vitelio adoptase como su hija, para evitar el delito técnico de incesto.

## AÑO 50

En la noche de su casamiento, el cielo pareció incendiarse. Lucio (o Nerón, como se le llamaba ahora) hizo lo posible para conquistar la amistad de Británico. Pero éste lo entendía a la perfección y rechazó con altanería sus pretensiones. Al principio se negó a llamarle Nerón, y continuó llamándole Lucio Domicio, hasta que intervino Agripinila y le ordenó que se disculpara. Británico replicó:

—Sólo me disculparé si mi padre me obliga a hacerlo.

Le ordené que se disculpara. Veía a Británico con muy poca frecuencia. Había eliminado mis mórbidas sospechas en cuanto a que fuese el bastardo de Calígula... y ahora lo quería mucho más que antes. Pero ocultaba mis verdaderos sentimientos. Estaba decidido a hacer de Viejo Rey Tronco, y nada debía obstaculizar mi decisión. Sosibio seguía siendo su instructor, y le proporcionaba una educación anticuada. Británico estaba acostumbrado a las comidas más sencillas, y de noche se acostaba sobre una cama de tablas, como un soldado. La equitación, la esgrima, la ingeniería militar y la primitiva historia romana eran sus principales estudios, pero conocía las obras de Homero y Ennio y Livio tan bien como yo, o mejor. En sus vacaciones, Sosibio lo llevaba a mi finca de Capua, y allí aprendía todo lo relacionado con la crianza de abejas, el ganado y la agricultura. No le permití que aprendiera oratoria griega o filosofía. Le dije a Sosibio:

—Los antiguos persas enseñaban a sus hijos a disparar directamente y a decir la verdad. Enséñale lo mismo a mi hijo.

Narciso se aventuró a criticarme.

—El tipo de educación que se da a Británico, César, habría estado muy bien en los días antiguos, cuando, como tanto te gusta citar, Bajo el roble está sentado Rómulo, comiendo vorazmente nabos hervidos o incluso unos años después, cuando, llamado a luchar contra los enemigos de su patria, Cincinato abandonó el arado, pero sin duda, en este nuevo noveno ciclo de historia romana, ¿no te parece un poco fuera de moda?

—Sé lo que estoy haciendo, Narciso —le respondí.

En cuanto a Nerón, proporcioné a nuestro Joven Rey Cigüeña el más adecuado preceptor del mundo. Tuve que buscar a este prodigio en Córcega. Sin duda se adivinará su nombre: Lucio Éneo Séneca, el estoico... el brillante orador, el desvergonzado adulator, el galán disoluto y perverso. Yo mismo le rogué al Senado que le perdonase y le volviese a llamar. Hablé de la paciencia impávida con que había soportado los ocho años de exilio, la rigurosa disciplina a que se había sometido en forma voluntaria, y su profundo sentido de lealtad para con mi casa. Séneca debe de haberse sentido asombrado, después de los dos falsos pasos que había dado recientemente. Porque después de la publicación de su Consuelo a Polibio, éste fue ejecutado como criminal. Séneca trató luego de remediar el error con un panegírico para Mesalina. Pocos días después de que se publicara en Roma, Mesalina siguió a Polibio a la deshonra y la muerte, y el panegírico fue rápidamente retirado. Agripinila estaba dispuesta a dar la bienvenida a Séneca como preceptor de Nerón. Valoraba su talento como maestro de retórica, y reservó para sí todo el mérito de haberlo llamado. Nerón tiene miedo a su madre. La obedece en todo, ella lo trata con gran severidad, está segura de que gobernará por intermedio de él, después de mi muerte, así como Livia gobernó primero a través de Augusto, y luego por medio de Tiberio. Yo veo más lejos que ella, recuerdo la profecía de la sibila:

*El sexto velludo que esclavice el Estado  
dará a Roma violinistas y miedo e incendios.  
Su mano está roja con sangre de un pariente.  
No habrá un séptimo velludo para sucederlo  
y la sangre brotará de su tumba.*

Nerón matará a su madre. Esto fue profetizado en el momento de su nacimiento. El propio Barbilo lo profetizó, y Barbilo jamás comete un error. Incluso tuvo razón en cuanto a la muerte del esposo de Mesalina, ¿no es cierto? Agripinila es una mujer, no puede dirigir los ejércitos ni hablar ante el Senado. Necesita un hombre que haga eso por ella. Cuando me casé con ella, supe que podía contar con sobrevivir mientras Nerón fuese demasiado joven para ponerse mis zapatos. Agripinila me pidió que convenciera al Senado de que le diese el título de Augusta. No esperaba que le concediera lo que le había rechazado a Mesalina, pero lo hice. Desde entonces ha exigido una cantidad de insólitos privilegios. Preside el tribunal a mi lado, cuando yo juzgo determinados casos, y va al monte Capitolino en una carroza. Ha nombrado a un nuevo comandante de la guardia para reemplazar a Geta y Crispirlo; se llama Burrho y es un hombre de Agripinila, en cuerpo y alma. (Sirvió con los guardias en Brentwood y perdió tres dedos de la mano derecha, debido a un golpe de una espada británica.) La nueva Augusta de Roma no tiene rivales.

Elia Petina ha muerto, quizás envenenada, no lo sé. Lolia Paulina también fue eliminada. Su defensor, Calisto, había muerto, y los otros libertos no presentaron objeción alguna en cuanto a su eliminación. Se la acusó de brujería y de hacer circular un informe astrológico en el sentido de que mi matrimonio con Agripinila sería desastroso para el país. Yo tuve pena por Lolia, por lo que en el discurso que hice ante el Senado recomendé simplemente su destierro. Pero Agripinila no se dejó estafar. Envié un coronel de la guardia a la casa de Lolia, y aquél se aseguró de que ella se suicidara. Luego informó acerca de la muerte de la mujer, pero Agripinila no se mostró satisfecha:

—Tráeme la cabeza —ordenó. Le llevaron la cabeza a palacio. Agripinila la tomó del cabello y llevándola hasta una ventana le abrió la boca—. Sí, es la cabeza de Lolia

—me dijo con complacencia, cuando entré en la habitación—. Aquí están los dientes de oro que se hizo colocar por un dentista de Alejandría, para rellenar un poco la mejilla izquierda hundida. ¡Qué cabello tan tosco tenía, como la crin de un poney! Esclavo, llévate esto, y la alfombrilla también; haz que le limpien las manchas de sangre.

Agripinila también eliminó a su cuñada Domicia Lépidia, la madre de Mesalina. Domicia Lépidia se mostraba ahora muy atenta con Nerón, y solía invitarlo con frecuencia a su casa, donde lo acariciaba y adulaba; le dedicaba una gran cantidad de tiempo, y le recordaba todo lo que había hecho por él cuando era un huérfano carente de medios. Es cierto que de vez en cuando se había hecho cargo de él, cuando su hermana Domicia salía de la ciudad y no se molestaba en llevarse al chico con ella. Como Agripinila advirtió que su autoridad materna, que se basaba en la severidad, estaba siendo amenazada por la indulgencia de Domicia Lépidia, la hizo acusar de haber maldecido públicamente mi lecho matrimonial, y también de no impedir que los esclavos de su finca de Calabria llevaran a cabo peligrosas rebeliones. Un magistrado y dos hombres de su personal, que habían tratado de restablecer el orden allí, fueron atacados y golpeados, y Domicia Lépidia se encerró en la casa, sin hacer nada. Permití que fuese sentenciada a muerte por estas dos acusaciones (la primera de las cuales era probablemente inventada), porque ahora tenía conciencia de la ayuda que había prestado a Mesalina en el asunto de Appio Silano, y de otros engaños de que me hicieron objeto.

Uno solo de los actos de Agripinila me resultó difícil de aceptar filosóficamente. Cuando me enteré de él, confieso que las lágrimas se me asomaron a los ojos. Pero habría sido una tontería que el Viejo Rey Tronco retrocediera en su resolución en este punto, y me obligué a aceptarlo. La venganza no puede volver los muertos a la vida. Lo que me hizo llorar fue el asesinato de mi pobre Calpurnia y de su amiga Cleopatra. Alguien pegó fuego a su casa, una noche, y las dos quedaron atrapadas en sus camas y murieron quemadas. El asunto parecía un accidente, pero en realidad era un asesinato. Palas, que me habló de él, tuvo la insolencia de sugerir que había sido provocado por alguna amiga de Mesalina, que conocía el papel que había desempeñado Calpurnia en lo referente a llevarla ante la justicia. Últimamente había descuidado mucho a Calpurnia. No la visité una sola vez, desde aquella terrible tarde. Por orden personal mía, se construyó para ella una hermosa tumba de mármol, en las ruinas de la casa de campo incendiada. En la tumba hice inscribir un epigrama griego. Es el único que he compuesto, a no ser por ejercicio escolar, pero me pareció que tenía que hacer algo fuera de lo común para expresar mi gran pena por su muerte y mi gratitud por el cariño y devoción que siempre me había demostrado. Escribí:

*«Amor de ramera, mentira de ramera»,  
desechad este antiguo proverbio.  
El corazón de CALPURNIA era más limpio, con mucho,  
matronas romanas, que el de todas vosotras.*

El año pasado, el año del matrimonio de Nerón, fue señalado por un fracaso mundial de las cosechas\*, que prácticamente agotó nuestros graneros. Este año, si bien el puerto de Ostia ha quedado terminado, un fuerte viento noreste que sopló durante semanas enteras impidió que las flotas cerealeras del Egipto y el África llegasen a nuestras costas. La cosecha italiana prometía ser buena, pero todavía no estaba lista para ser segada, y en un momento solo quedaron cereales para apenas un par de semanas en los graneros públicos, si bien había hecho lo posible por llenarlos. Me vi obligado a reducir

---

\* Véase Actos XI.-R. G.

las raciones de trigo hasta el nivel más bajo posible. Entonces como si no estuviese haciendo y no hubiese hecho siempre todo lo posible por tener bien alimentados a mis conciudadanos (la construcción del muelle, por ejemplo, frente al desaliento general, y la organización de la provisión cotidiana de hortalizas frescas), se me vio de pronto como un enemigo público. Se me acusó de provocar el hambre adrede en la ciudad. La muchedumbre aullaba y me gritaba cada vez que aparecía en público, y en una o dos ocasiones me apedreó, y me arrojó fango y mendrugos. En una oportunidad escapé por poco de ser gravemente herido en la plaza del Mercado. Mis guardias fueron atacados por una multitud de doscientas o trescientas personas, que les quebró las varillas simbólicas de su oficio en las espaldas. Conseguí introducirme a salvo en palacio, por una puertecilla no muy lejana, desde la cual un pequeño grupo de guardias armados salió corriendo en mi auxilio. En otra época me habría tomado esto muy a pecho. Entonces no hice más que sonreír. «Ranas —pensé—, se están volviendo muy traviesas.»

Nerón se puso su túnica viril al año siguiente de la adopción. Permití que el Senado le votase el privilegio de convertirse en cónsul a la edad de veinte años, de modo que a los dieciséis ya era cónsul electo. Le concedí una vestimenta triunfal honoraria y lo nombré jefe de los cadetes, como Augusto había nombrado a sus nietos Cayo y Lucio. Además, en las fiestas latinas, cuando los cónsules y otros magistrados salían de la ciudad, lo nombraba Custodio de la Ciudad, como Augusto había hecho también con sus nietos para proporcionarles el primer regusto de la magistratura. Existía la costumbre de no presentar casos importantes ante el Custodio de la Ciudad, a la espera del regreso de los verdaderos magistrados. Pero Nerón juzgó una serie de complicados casos que habrían puesto a prueba el juicio de los más expertos funcionarios legales de la ciudad, y ofreció dictámenes notablemente agudos. Esto le conquistó la admiración popular, pero a mí me resultó clarísimo, en cuanto me enteré de ello, que todo el asunto había sido manejado por Séneca. No quiero decir que los casos no fuesen auténticos, sino que Séneca los había manipulado con cuidado, de antemano, y convenido con los abogados en cuanto a los puntos que deberían destacar en sus discursos, para luego adiestrar a Nerón en el interrogatorio de los testigos, en el resumen y el veredicto.

Británico no había llegado todavía a la mayoría de edad. Yo lo mantenía alejado de la compañía de los muchachos de su edad y rango, tanto como me era posible. Sólo se encontraba con ellos bajo la vigilancia de sus preceptores. No quería que pescara la infección imperial, a la que a propósito sometí a Nerón. Hice circular la información de que era epiléptico. La adulación pública se concentraba ahora por completo en Nerón. Agripinila se mostraba encantada. Pensó que yo odiaba a Británico a causa de su madre.

Hubo grandes motines por la venta de pan. Fueron en todo sentido innecesarios, y según Narciso, que odiaba a Agripinila (y para mi sorpresa descubrí que yo lo alentaba en ese sentido) habían sido instigados por ella. Cuando sucedieron yo sufría de un enfriamiento, y Agripinila entró en mi habitación y me sugirió que emitiese un edicto para tranquilizar al populacho. Quería que dijese que no estaba enfermo de gravedad, y que incluso si mi enfermedad tomase un giro grave y yo muriera, Nerón era ahora capaz de dirigir los asuntos públicos, bajo su guía. Me reí en su cara, a ninguno de ustedes les molesta.

—Me estás pidiendo que firme mi propia sentencia de muerte, querida mía. Vamos, pues, dame la pluma, la firmaré. ¿Cuándo se hará el funeral?

—Si no quieres firmarla —dijo ella—, no lo hagas. No te obligo.

—Muy bien, pues, no la firmaré —repliqué—. Investigaré esos motines por el asunto del pan y veré quién los inició.

Salió de la habitación, encolerizada. Yo la llamé.

—Estaba bromeando. ¡Por supuesto que firmare! De paso, ¿le ha enseñado ya Séneca a Nerón su oración funeraria? ¿O todavía no? Me gustaría escucharla primero, si a ninguno de ustedes les molesta.

Vitelio murió de un ataque de parálisis. Un senador que o bien estaba borracho o loco, no puedo decir bien cuál de las dos cosas, lo acusó ante el Senado de pretender la monarquía. La acusación parece haber sido dirigida contra Agripinila, pero, como es natural, nadie se atrevió a respaldarlo, a pesar de lo que se la odiaba, de modo que el acusador fue proscrito. Sin embargo, Vitelio se tomó el asunto a pecho, y sufrió el ataque poco después. Lo visité cuando agonizaba. Le era imposible mover un dedo, pero hablaba con suma sensatez. Le hice la pregunta que siempre quise hacerle:

—Vitelio, en una época mejor habrías sido uno de los hombres más virtuosos. ¿Cómo fue, entonces, que tu recta naturaleza adquirió esa especie de joroba permanente, por hacer continuamente el cortesano?

—Era inevitable bajo una monarquía —respondió—, por benévolo que fuese el monarca. Las antiguas virtudes desaparecen. La independencia y la franqueza ya casi no existen; la complaciente anticipación de los deseos del monarca es entonces la mayor de las virtudes. O bien hay que ser un buen monarca como tú, o un buen cortesano como yo... O un emperador o un idiota.

—¿Quieres decir que la gente que sigue siendo virtuosa como en los tiempos antiguos debe sucumbir inevitablemente en tiempos como estos? —le pregunté.

—El perro de Femón tenía razón. —Eso fue lo último que dijo, antes de caer en coma, del cual jamás se recuperó.

No pude sentirme tranquilo hasta que busqué la referencia en la biblioteca. Parece que Femón el filósofo tenía un perrito a quien adiestraba para ir a la carnicería todos los días y traer un trozo de carne en una cesta. Esta virtuosa criatura, que jamás se atrevía a tocar la carne hasta que Femón le daba permiso, fue atacada un día por una jauría de perros mestizos, que le quitaron la cesta de la boca y comenzaron a destrozar la carne y a devorarla. Femón, que contemplaba la escena desde una ventana vio que el perro meditaba un instante. Era indudable que no podía rescatar la carne; los otros perros lo habrían matado. De modo que se metió entre ellos y comió tanta carne como pudo. En rigor, comió casi más que los otros perros, porque era más valiente y listo.

El Senado honró a Vitelio con un funeral público y una estatua en la plaza del Mercado. La inscripción que hay en ella dice:

LUCIO VITELIO, DOS VECES CÓNSUL, UNA VEZ CENSOR.  
TAMBIÉN GOBERNÓ A SIRIA.  
INFLEXIBLEMENTE LEAL A SU EMPERADOR.

Tengo que hablar sobre el lago Fucino. Había perdido todo verdadero interés para entonces, pero un día Narciso, que estaba encargado de los trabajos, me dijo que los contratistas informaban que por fin se había practicado el canal hasta el otro lado de la montaña.

Sólo teníamos que levantar las compuertas y dejar que el agua saliera, y todo el lago se convertiría en tierra seca. ¡Trece años y 30.000 hombres trabajando constantemente!

—Esto tenemos que celebrarlo, Narciso —dije.

Dispuse una fingida batalla naval, pero en gran escala. Julio César fue el primero en introducir este tipo de espectáculos en Roma, exactamente cien años antes. Excavó un enorme pozo en el Campo de Marte, que inundó con aguas del Tíber, y dispuso que ocho barcos, llamados la flora de Tiro, lucharan contra otros, llamados la flota egipcia. Intervinieron unos 2.000 combatientes, sin contar los remeros. Cuando yo tenía ocho años de edad, el anciano Augusto ofreció un espectáculo similar, en una cuenca permanente, al otro lado del Tíber, que medía 320 metros por 540, con bancos de piedra en

derredor, como si fuese un anfiteatro. Para entonces había doce barcos por bando, llamados los atenienses y los persas. Tres mil hombres participaron en la batalla. Mi espectáculo del lago Fucino dejaría pequeños a los dos anteriores. Ya para entonces no me importaban las economías. Por primera vez presentaría un espectáculo magnífico. Las flotas de Julio y Augusto habían estado compuestas por embarcaciones ligeras, pero yo di órdenes de que se construyesen 24 barcos de guerra, de tres filas de remeros cada uno, y veintiséis barcos menores. Abrí las puertas de las cárceles y saqué de ellas 1.900 criminales, de buena contextura física, para que combatieran al mando de famosos esgrimistas profesionales. Las dos flotas, consistentes cada una en veinticinco barcos, serían conocidas como las flotas de Rodas y Sicilia. Las colinas que rodeaban al lago presentarían un magnífico anfiteatro natural. Y aunque se hallaba muy lejos de Roma, estaba seguro de que atraería mucho público, por lo menos a 200.000 personas. Hice saber, por medio de una circular oficial, que debían llevar consigo sus propios alimentos, en cestas. Pero 1.900 criminales armados son una fuerza peligrosa para manejar. Tuve que llevar allí a muchos hombres de la división de la guardia y acantonar a parte de ellos en la costa y al resto en balsas unidas entre sí, a través del lago. La línea de balsas formaba un semicírculo que constituía una verdadera hoya naval en el extremo suroeste del lago, donde disminuía hasta la punta donde se había cavado el canal. Todo el lago habría sido demasiado grande; tenía unas doscientas millas cuadradas. En las balsas los guardias tenían catapultas preparadas para hundir a cualquier barco que tratase de embestir la línea y huir. Por fin llegó el gran día. Proclamé diez días de asueto público. Y la cantidad de espectadores se acercaba más a los 500.000 que a los 200.000. Vinieron de toda Italia, y debo decir que fue una reunión maravillosa, bien educada y vestida. Para impedir el apiñamiento dividí la costa del lago en lo que llamé colonias, y puse a cada una de las colonias al mando de un magistrado. Los magistrados tenían que tomar medidas para asegurar la comida comunal, la sanidad, etc. Construí un gran hospital de campaña, con tela de lona, para los sobrevivientes y heridos de la batalla y para los accidentes en la costa. En ese hospital nacieron quince niños, y todos ellos recibieron el nombre adicional de Fucino o Fucina.

Todo estaba listo a las diez de la mañana del día de la lucha. Las flotas estaban tripuladas, y se acercaron remando, en líneas paralelas, hasta donde se encontraba el presidente, es decir, yo mismo, sentado en un alto trono, ataviado con una armadura dorada, con una capa de púrpura sobre ella. Mi trono se hallaba en el punto en que la costa se encorbaba hacia el lago y proporcionaba la visión más amplia. Agripinila estaba sentada a mi lado, en otro trono, con un largo manto de tela de oro. Las dos naves almirantes se acercaron a nosotros. La tripulación gritó:

—Salud, César. Te saludamos, a la sombra de la Muerte. Se suponía que yo debía asentir con gravedad, pero esa mañana me sentía de humor alegre y respondí:

—Lo mismo les digo.

Los pillastres pretendieron entender que esto era un perdón general para todos ellos.

—¡Viva César! —gritaron, jubilosos. En ese momento no entendí qué querían decir. Las tropas pasaron ante mí, vitoreándome, y luego los sicilianos formaron al oeste y los de Rodas al este. La señal para el combate fue dada por un tritón mecánico, de plata, que de pronto apareció, desde el fondo del lago, cuando yo oprimí una palanca y soplé en una trompeta de oro. Esto provocó una enorme excitación entre el público. Las flotas se encontraron y la expectativa creció. Y entonces... ¿qué piensan que sucedió entonces? ¡Se cruzaron y siguieron de largo, vitoreándome y felicitándose la una a la otra! Me encolericé de veras. Salté del trono y corrí hacia la costa gritando y maldiciendo:

—¿Para qué creen que los reuní aquí, granujas, escoria, rebeldes, bastardos? ¿Para que se besaran y lanzaran gritos de lealtad? Eso habrían podido hacerlo muy bien en el



patio de la cárcel. ¿Por qué no pelean? Tienen miedo, ¿eh? ¿Quieren que los entregue a los animales feroces? ¡Escuchen, si no pelean ahora, por dios, haré que los guardias monten un espectáculo! Haré que hundan todos los barcos con sus máquinas de sitio y que maten a todos los hombres que lleguen nadando a la costa.

Como les he dicho, mis piernas han sido siempre débiles y una es más corta que la otra, y no estoy acostumbrado a usarlas mucho, y ahora soy muy viejo y más bien obeso, y además de todo esto llevaba un coselete demasiado pesado y el terreno era desparejo, de modo que pueden imaginarse qué figura hice entonces... trastabillando, con frecuentes caídas, gritando a voz en cuello, con mi voz no muy melodiosa, enrojecido y tartamudeando de ira. Sin embargo conseguí hacerlos luchar, y los espectadores me aclamaron con un: «¡Bien hecho, César! ¡Muy bien dirigido!»

Recobré mi buen humor y me uní a las carcajadas contra mí mismo. La expresión asesina de la cara de Agripinila fue algo digno de verse.

—Patán —masculló mientras yo volvía a trepar a mi trono—. Patán estúpido. ¿No tienes dignidad? ¿Cómo puedes esperar que el pueblo te respete?

—Pues por supuesto —respondí con cortesía—, por ser tu esposo, querida, y suegro de Nerón.

Las flotas chocaron. No describiré la batalla en detalle. Pero ambos bandos lucharon espléndidamente. Los sicilianos embistieron y hundieron a nueve de los grandes barcos de Rodas, perdiendo tres de los propios, y luego acorralaron a los demás, empujándolos hacia donde estábamos sentados, y los abordaron uno a uno. Los hombres de Rodas los rechazaron una y otra vez, y los puentes estaban resbaladizos de sangre, pero al cabo fueron derrotados y para las tres de la tarde la bandera siciliana fue izada en el último barco. Mi hospital de campaña estaba repleto. Casi cinco mil heridos fueron llevados a la costa. Perdoné a los demás, salvo a los sobrevivientes de tres barcos de Rodas, que no habían luchado como debían antes de ser embestidos, y a seis de los barcos sicilianos más ligeros, que habían eludido con persistencia el combate. Tres mil hombres murieron o se ahogaron. Cuando yo era joven no podía soportar la visión del derramamiento de sangre. Ahora no me importaba; tanto me interesó la lucha.

Antes de dejar salir el agua fuera del lago, pensé que sería mejor convencerme de que el canal era lo bastante profundo como para contenerla. Envié a alguien para que hiciese cuidadosos sondeos en el centro del lago. Informó que el canal tendría que ser excavado por lo menos un metro más profundamente, si no queríamos quedar con un lago que tuviese la cuarta parte del tamaño del actual. De modo que todo el espectáculo había sido derrochado. Agripinila culpó a Narciso y lo acusó de fraude. Narciso acusó a los ingenieros, quienes, según dijo, debían de haber sido sobornados por los contratistas para que enviaran un falso informe en cuanto a la profundidad del lago, y protestó porque Agripinila se mostraba muy injusta con él.

Reí; no tenía importancia. Habíamos presenciado un espectáculo agradabilísimo, y el canal podía tener su profundidad adecuada en un plazo de un par de meses. Nadie tenía la culpa, dije. Quizás el fondo del lago se había hundido naturalmente. De modo que todos volvimos a casa, y cuatro meses después regresamos. En esa ocasión no tenía suficientes criminales disponibles para una batalla naval, y no quería repetir el espectáculo a escala menor, de modo que se me ocurrió otra idea. Construí un largo y ancho puente de pontones a través del extremo del lago, y dispuse que dos fuerzas de dos batallones por bando, llamados los etruscos y los samnitas, apropiadamente vestidos y armados, lucharan sobre él. Marcharon el uno hacia el otro a lo largo del puente, con el acompañamiento de una música marcial, y chocaron en el centro, donde el puente tenía unos cien metros de ancho, enzarzándose en una vigorosa batalla. Los samnitas se apoderaron dos veces del campo de batalla, pero los contraataques etruscos los

obligaron a retroceder, y eventualmente, los samnitas huyeron a la desbandada, sufriendo grandes pérdidas, atravesados algunos por las lanzas etruscas de cabeza de bronce, o despedazados por las hachas de combate etruscas, de dos filos, algunos arrojados al agua. Mis órdenes eran que no se debía permitir a ningún combatiente llegar nadando hasta la costa. Si caía al agua, debía ahogarse o volver a trepar al puente. Los etruscos quedaron victoriosos y erigieron un trofeo. Concedí la libertad a todos los vencedores, y también a algunos samnitas que habían combatido bien.

Luego, llegó por fin el momento de dejar salir el agua del lago. Cerca de las compuertas se había levantado un enorme comedor de madera, y las mesas estaban tendidas con un magnífico almuerzo para mí y el Senado, para los familiares de los senadores, para algunos caballeros destacados, con sus familiares, y para todos los principales oficiales de la guardia. Almorzaríamos con el agradable sonido del agua al salir del lago.

—¿Estás seguro de que ahora el canal tiene la profundidad suficiente?

—Sí, César. Yo mismo he realizado los sondeos.

Por lo tanto fui hasta las compuertas, realicé un sacrificio, mascullé una o dos oraciones —entre ellas una disculpa a la ninfa del lago, a quien le pedí que actuase como deidad guardiana de los campesinos que roturarían la tierra recuperada— y finalmente comencé a ayudar en la manivela, junto a la cual había apostado un grupo de germanos, y di la orden:

—¡Abran!

Subieron las compuertas y el agua entró estrepitosamente en el canal. Se elevó una inmensa exclamación. Miramos un par de minutos y luego le dije a Narciso:

—Felicitaciones, mi querido Narciso. Tres años de trabajo y 30.000...

Fui interrumpido por un rugido como un trueno, seguido por un aullido general de alarma.

—¿Qué es eso? —exclamé.

Me tomó del brazo sin ceremonias y casi me arrastró colina arriba.

—¡Date prisa! —gritó—. ¡Más rápido, más rápido!

Miré para ver qué sucedía, y una enorme muralla de aguas blancas y parduzcas, no podría decir de cuántos metros de altura, similar a la que todos los años sube por el río Severn en Bretaña, rugía canal arriba. ¡Canal arriba, fíjense! Pasó un rato antes de que me diese cuenta de lo que había sucedido. La repentina acometida de las aguas había desbordado el canal unos cientos de metros más abajo, formando un enorme lago en los pliegues de la colina. Dentro de ese lago, con sus cimientos minados por el agua, se derrumbó toda una colina, cientos de miles de toneladas de roca, expulsando el agua con una fuerza tremenda.

Todos, menos unos pocos, logramos ponernos a salvo, si bien con las piernas mojadas... sólo unas veinte personas se ahogaron. Pero el comedor quedó hecho trizas, y las mesas y divanes y los alimentos y las guirnaldas fueron arrastrados hacia el lago. ¡Oh, cuan irritada estaba Agripinila! Le gritó a Narciso, le dijo que lo había arreglado todo adrede, para ocultar el hecho de que el canal todavía no era lo bastante profundo, y lo acusó de meterse millones del dinero público en sus propios bolsillos, y el cielo sabe de qué otras cosas más.

Narciso, cuyos nervios estaban destrozados para entonces, perdió también los estribos y le preguntó a Agripinila quién se creía que era: ¿la reina Semíramis? ¿O la diosa Juno? ¿O la comandante en jefe de los ejércitos romanos?

—¡No metas tus patas en este pastel! —le gritó. Todo eso me pareció una enorme broma.

—La discusión no nos devolverá nuestro almuerzo —dije.

Me sentí más divertido que nunca cuando los ingenieros dijeron que se necesitarían dos años más para abrir un nuevo pasaje a través de la obstrucción.

—Creo que no viviré para exhibir otra lucha en estas aguas —dije con gravedad. Quién sabe por qué, todo el asunto me parecía maravillosamente simbólico. Trabajo inútil, como todos los trabajos que había realizado en los primeros años de mi monarquía, regalos inmerecidos para un Senado y un pueblo que no los merecían. La violencia de la ola me proporcionó un sentimiento de la más profunda satisfacción. Me gustó más que todas las batallas navales y el combate en el puente.

Agripinila se quejó de que un precioso juego de fuentes de oro de palacio había sido arrebatado por la ola, y que solo se habían recuperado unas pocas piezas; las otras se encontraban en el fondo de lago.

—Pues no hay por qué preocuparse de eso —me burlé—. ¡Escucha! Quítate esas hermosas ropas resplandecientes que llevas puestas —cuidaré de que Narciso no las robe, y haré que los guardias contengan a la multitud—, y podrás ofrecernos un espectáculo especial de buceo desde la compuerta. A todos les gustará tremendamente. Nada les agrada más que el descubrimiento de que sus gobernantes son humanos en fin de cuentas... pero querida mía, ¿por qué no? ¿Por qué no habrías de hacerlo? Vamos, no te encolerices. Si puedes zambullirte para pescar esponjas, también puedes hacerlo para recuperar las fuentes de oro. Mira, ése debe ser uno de tus tesoros, ése que brilla ahí, en el agua, y es muy fácil alcanzarlo. ¡Allí, donde arrojé este guijarro!

Para consolar a Agripinila por sus pérdidas le hice, unos días más tarde, un valiosísimo regalo: un ruiseñor blanco como la nieve, el primero que se encontraba de ese color. Narciso, como disculpa por su grosería, le regaló un mirlo parlante. El mirlo hablaba casi tan bien como un loro, y el ruiseñor blanco cantaba casi tan bien como el de la especie parda común. Agripinila no pudo ocultar su placer al recibir estos pájaros. Mi familia, de paso, siempre ha mostrado cierta debilidad por los animalitos. Ahí estaba Augusto, con su perro guardián, Tifón; Tiberio, con su dragón sin alas; Calígula, con el caballo Incitato. Mi hermana Livila tenía un tití ladrón y travieso; mi hermano Germánico, una ardilla negra, y mi madre Antonia una enorme carpa. Este pez respondía a su nombre, que era «Leviatán», y salía nadando de su cubil, entre los lirios acuáticos del estanque, y permitía que mi madre lo alimentara y le hiciera cosquillas. Era un regalo de Herodes Agripa, quien le había colocado un par de pequeños aretes enjoyados en las branquias. Mi madre solía afirmar que cuando abría y cerraba la boca era porque le hablaba, y que ella lo entendía. Yo nunca tuve un animal doméstico. Siempre he sentido que en estos casos uno da más de lo que recibe, y que esté tentado a creer que la criatura es al mismo tiempo más afectuosa y sagaz de lo que en verdad es.

# Capítulo 32

## Año 54

Corría ahora el mes de septiembre del año 14 de mi reinado. Últimamente Barbilo me ha leído el horóscopo, y teme que esté destinado a morir para mediados del mes que viene. En una ocasión Trasilo me dijo exactamente lo mismo. Porque me había concedido una vida de 63 años, 63 días, 63 cuartos y 63 horas. Eso viene a terminar el trece del mes que viene. Trasilo fue mucho más explícito que Barbilo. Recuerdo que me felicitó por esta combinación de sietes y nueves multiplicados; era una combinación notable. Bien, estoy dispuesto a morir. Esta mañana, en el tribunal pedí a los abogados que se comportaran con un poco más de consideración para con un anciano. Dice que al año siguiente no estaría entre ellos, y que podían tratar a mi sucesor como les pareciera. También le dije al tribunal, en el caso de una noble acusada de adulterio, que yo había estado casado varias veces, y que cada una de mis esposas, por turno, resultó ser mala, y que durante un tiempo les mostré indulgencia, pero no mucha. Hasta entonces me había divorciado de tres. Agripinila se enterará de esto.

Nerón tiene 17 años. Anda de un lado para otro con la afectada modestia de una prostituta de primera clase, agitando de vez en cuando su cabellera aromada, para quitársela de los ojos, o con la afectada modestia de un filósofo de primera clase que se detiene a cavilar en privado, de vez en cuando, en el centro de un grupo de admirados nobles, el pie derecho hacia adelante, la cabeza hundida en el pecho, el brazo izquierdo en jarras, la mano derecha levantada, tocándose levemente la frente con los dedos, como presa del dolor de un profundo pensamiento. De pronto lanza un brillante epigrama, o un feliz dístico o una profunda y sabia sentencia... pero no propios, por supuesto... Séneca se gana el sustento, por así decirlo. Que los amigos de Nerón lo pasen bien con éste. Que Roma lo pase bien con él. Que Agripinila lo pase bien con él, y también Séneca. Me enteré en privado, gracias a la hermana de Séneca, amiga secreta de Narciso, que nos proporciona una cantidad de informaciones útiles en cuanto al último mimado de la nación, que la noche antes de que Séneca recibiese mi orden de volver de Córcega, soñó que actuaba como maestro de Calígula. Esto lo considero una señal.

El día de Año Nuevo llamé a Jenofonte y le agradecí por haberme mantenido con vida durante tanto tiempo. Luego cumplí con la promesa que le había hecho, aunque el plazo de quince años no ha terminado aún, y logré que el Senado concediese una exención perpetua de impuestos y de servicio militar a su isla natal de Cos. En mi discurso hice al Senado un relato completo de la vida y los hechos de los muchos médicos famosos de Cos, qué pretenden ser descendientes directos del dios Esculapio, y analicé con erudición sus distintas prácticas terapéuticas. Terminé con el padre de Jenofonte, que fue el cirujano de campaña de mi padre en sus guerras germanas, y con el propio Jenofonte, a quien alabé por encima de todo. Unos días más tarde Jenofonte me pidió permiso para permanecer conmigo varios años más. No hizo su pedido en términos de lealtad o gratitud o afecto, si bien he hecho mucho por él —¡qué hombre

carente de emociones es!— Si no por motivos de conveniencia, porque el palacio es un lugar perfecto para las investigaciones médicas.

El hecho es que cuando le hice a Jenofonte ese honor, contaba con él para ayudarme a llevar a cabo un plan que exigía el máximo sigilo y discreción. Se trataba de una deuda que tenía conmigo mismo y mis antepasados. Era nada menos que el rescate de mi Británico. Permítaseme explicar ahora por qué preferí deliberadamente a Nerón y no a él, por qué le di una educación anticuada, por qué la protegí con tanto cuidado de la infección de la corte, del contacto con el vicio y las adulaciones. Para empezar, sabía que Nerón está destinado a gobernar como mi sucesor, a continuar con el maldito asunto de la monarquía, a desangrar a Roma y ganarse el odio perenne, a ser el último de los Césares locos. Todos nosotros estamos locos, los emperadores. Empezamos con cordura, como Augusto y Tiberio, y aun Calígula (aunque fue un personaje maligno, al principio fue un hombre cuerdo), y la monarquía nos trastorna el seso. «Después de la muerte de Nerón, sin duda la república será restaurada», argumenté. Y era mi intención que Británico fuese el que la restableciera. ¿Pero cómo sobreviviría Británico en el reinado de Nerón? Este sin duda lo haría matar si se quedaba en Roma, como Calígula había hecho matar a Gemelo. Británico tenía que salir de allí, decidí, e ir a algún lugar seguro, donde pudiese crecer virtuosa y honradamente, como un Claudio de los antiguos tiempos, y mantener vivo el fuego de la verdadera libertad.

«Pero el mundo es ahora totalmente romano, con excepción de Germania, el Oriente, los desiertos escitas del norte del mar Negro, el Asia inexplorada y las partes más lejanas de Bretaña. Y entonces, ¿dónde podrá estar mi Británico a salvo del poder de Nerón? —me pregunté—. No en Partia o Arabia; no podría hacerse una elección peor. No en Germania, nunca he querido a los germanos. A pesar de todas sus virtudes bárbaras, son nuestros enemigos naturales. De África y Escitia conozco muy poco. No hay más que un lugar para Británico: Bretaña. Los británicos del norte nos son racialmente afines. La reina Cartimandua, de los brigantios, es mi aliada. Es una gobernante noble y sabia, y está en paz con mi provincia de Bretaña del sur. Sus jefes son guerreros valientes y corteses. Su joven hijastro, que es su heredero, vendrá aquí en mayo, acompañado por un grupo de jóvenes nobles, invitados míos a palacio. Haré que Británico sea el anfitrión, y los uniré en secreto en una hermandad de sangre, de acuerdo con el rito británico. Estos brigantios se quedarán aquí todo el verano. Cuando vuelvan (y los enviaré por mar, desde Ostia, directamente a su puerto del Humber), Británico irá con ellos, disfrazado. Tendrá la cara y el cuerpo pintados de azul, e irá vestido con una túnica roja y los pantalones de tartán de un joven noble brigantio, con cadenas de oro en torno al cuello. Nadie lo reconocerá. Cargaré al príncipe brigantio de regalos, y lo comprometeré con los más sagrados juramentos posibles para que proteja a Británico y oculte su identidad de todos, menos de la reina. El obligará a sus compañeros con el mismo juramento. En la corte de Cartimandua, Británico será presentado como un joven griego de ilustre cuna, cuyos padres han muerto, que ha quedado sin ningún dinero, y que va a buscar su fortuna en Bretaña. En Roma no se lo echará de menos. Haré circular la noticia de que no está bien, y Jenofonte y Narciso me ayudarán en este engaño. Muy pronto anunciaré su muerte. Jenofonte tiene una orden escrita mía, que le da el derecho de reclamar el cuerpo de cualquier esclavo muerto en el hospital, en la isla de Esculapio, para usarlo con vistas a sus investigaciones. (Está escribiendo un tratado sobre los músculos del corazón). Sin duda encontrará un cadáver adecuado para ofrecerlo como el de Británico. En la corte de Cartimandua, Británico se hará hombre. Enseñará a los brigantios las útiles artes que me he preocupado de que le enseñaran. Si se comporta con modestia, jamás le faltarán amigos allí. Cartimandua le permitirá adorar a sus propios

dioses. Evitará la sociedad de los romanos. A la muerte de Nerón se revelará como quien es, y volverá como el salvador de su país.»

Era un excelente plan, e hice todo lo posible para ponerlo en ejecución. Cuando llegó el príncipe brigantio, Británico fue su anfitrión y formó una estrecha amistad con él. Cada uno enseñó al otro su propio idioma, y el uso de las armas de su país. Trabajaron y jugaron juntos todo el verano. Se unieron por el rito de sangre, sin ser acicateados por ninguna sugestión mía, e intercambiaron regalos. Me encantó que las cosas salieran tan bien. Hablé a Jenofonte y a Narciso de mi plan. Ambos se comprometieron a ayudarme. Se ocuparon de todo lo necesario. ¡Pero véase lo que sucedió! Todo mi ingenio ha sido inútil. Hace tres días Narciso me trajo a Británico, muy temprano por la mañana, cuando todo el palacio dormía. Lo abracé con un calor que me había negado desde hacía años. Le expliqué por qué lo había tratado como lo hice. No era por crueldad o indiferencia, le dije, sino por amor. Le cité el verso griego que Augusto me había recitado antes de su muerte: «Quien te hirió, ése te curará.» Le hablé de la profecía y de mi deseo de salvar del desastre de Roma a la persona a quien más amaba: él. Le recordé la fatal historia de nuestra familia, y le pedí que aceptara mi plan, en el cual residía su única posibilidad de supervivencia. Me escuchó con atención y finalmente estalló:

—¡No, padre, no! Te confieso que te he odiado desde la muerte de mi madre. Siempre pensé lo peor de ti. Para mí eras un cobarde y un pedante y un tonto, y me avergonzaba ser tu hijo. Veo ahora que te juzgué mal y te pido perdón. Pero no, no puedo hacer lo que me pides. No es honorable. Un Claudio no puede pintarse la cara de azul y ocultarse entre bárbaros. No tengo miedo a Nerón; es un cobarde. Permíteme que me ponga este año nuevo mi toga viril. Sólo tendré trece años, pero puedes perdonarme el año que falta; soy alto y fuerte para mi edad. Una vez que sea oficialmente un hombre, podré hacer frente a Nerón a pesar de la delantera que le has concedido y de su madre. Haznos herederos conjuntos y verás quién de los dos triunfa sobre el otro. Es mi derecho como tu hijo, y de cualquier manera no creo en la república. No puedes invertir el curso de la historia; mi bisabuela Livia lo dijo, y es cierto. Me encantan los tiempos pasados, como a ti, pero no soy ciego. La república ha muerto para todos, con la excepción de personas anticuadas como tú o Sosibio. Roma es ahora un imperio, y la elección sólo reside entre emperadores buenos y emperadores malos. Hazme heredero conjunto con Nerón, y desafiaré las profecías. Sigue un par de años con vida, padre, por mí. Y entonces, cuando mueras, me pondré tus zapatos y gobernaré a Roma como se debe. Los guardias me quieren y me tienen confianza. Geta y Crispino me han dicho que cuando hayas muerto tratarán de que yo sea emperador, y no Nerón. Seré un buen emperador, como lo fuiste tú hasta que te casaste con mi madrastra. Dame instructores adecuados. Los de ahora no me sirven. Quiero estudiar oratoria, necesito entender las finanzas públicas y los procedimientos legales. Quiero aprender a ser un emperador.

Nada pudo disuadirlo, ni siquiera mis lágrimas. Ahora he abandonado toda esperanza de salvarlo; ningún médico puede salvar la vida de un paciente contra su voluntad de morir. Por el contrario, he hecho todo lo que me pidió, como un padre indulgente. He destituido a Sosibio y a los otros instructores, y designado otros nuevos. Le he permitido que se ponga la túnica viril este Año Nuevo y modifiqué mi testamento en su favor. En el anterior apenas se lo mencionaba. Hoy he hecho ante el Senado mi discurso de despedida y recomendado humildemente a Nerón y Británico, y les ofrecí a ambos una larga y sincera exhortación al amor fraternal y a la concordia, poniendo al Senado por testigo de que así lo hacía. ¡Pero con qué ironía hablé! Sabía, con tanta seguridad como que el fuego es caliente y el hielo frío, que mi Británico estaba

condenado, y que era yo quien lo había entregado a la muerte, y que con él cortaba la última verdadera rama Claudia del antiguo tronco de Appio Claudio. Yo, el imbécil.

Mis ojos están fatigados y mi mano tiembla tanto, que apenas puedo formar las letras. Últimamente se han presenciado extraños presagios. En el cielo de la medianoche brilla un gran cometa, como el que presagió la muerte de Julio César. En Egipto se ha hablado de un fénix. Voló hasta allí desde Arabia, como es su costumbre, con una bandada de otros pájaros que lo admiraban. No creo que sea un verdadero fénix, porque aparece una vez cada 1461 años, y sólo han trascurrido 250 desde que se lo vio por última vez en Heliópolis, durante el reinado del tercer Tolomeo. Pero sin duda era una especie de fénix. Y si un fénix y un cometa no son maravillas suficientes, ha nacido un centauro en Tesalia, y me lo han traído a Roma (por vía de Egipto, donde los médicos de Alejandría lo examinaron por primera vez), y yo lo he tocado con mis propias manos. Sólo vivió un día, y llegó hasta mí conservado en miel, pero era un centauro indiscutible, y del tipo que tiene un cuerpo de caballo, no de la clase inferior que tiene cuerpo de asno. Fénix, cometa y centauro, un enjambre de abejas entre los estandartes del campamento de la guardia, un cerdo con garras como las de un halcón y el monumento de mi padre herido por un rayo. ¿Prodigios suficientes, adivinos?

No escribas más Tiberio Claudio, dios de los britanos, no escribas más.

# Tres relatos de la muerte de Claudio

## I

Y no mucho después de esto firmó su testamento, con los sellos de todos los magistrados principales. Luego de lo cual, antes de que pudiese seguir adelante, se lo impidió y obstaculizó Agripinila, a quien todos los que eran cómplices suyos y la aconsejaban, si bien eran delatores, la acusaron, además de éste, de muchos otros crímenes. Y en verdad, todos aceptan que fue muerto por el veneno, pero en cuanto a quién se lo administró, y qué veneno fue, hay algunas discrepancias. Algunos escriben que mientras participaba en una fiesta del castillo del Capitolio, con los sacerdotes, le fue administrado por Haloto, su eunuco probador de comidas; otros afirman que en una comida, en su propio hogar, y por la propia Agripinila, quien le ofreció un hongo envenenado, sabiendo que esos manjares le gustaban muchísimo. En cuanto a los accidentes que siguieron después de eso, los informes varían. Algunos dicen que inmediatamente después de recibir el veneno quedó sin habla, y continuó toda la noche en dolorosos tormentos, hasta morir un poco antes del día. Otros afirman que al principio cayó dormido, y luego, mientras la carne del hongo fluía y flotaba de un lado al otro dentro de su cuerpo, lo vomitó todo. Pero en cuanto a si el veneno que se le administró después fue incluido en un potaje espeso (haciendo ver que tenía necesidad de volver a alimentarse, ya que había quedado con el estómago vacío), o si se le administró por medio de una enema, fingiendo que se lo creía recargado de alimentos y repleto, a fin de que pudiese ser aliviado por ese tipo de digestión y purificación, ello es incierto. Su muerte fue mantenida en secreto durante un tiempo, hasta que quedaron arregladas todas las cosas en lo referente a su sucesor. Y luego se hicieron votos en su favor, y también se llevaron actores cómicos al lugar, como si todavía estuviera enfermo, en apariencia para solazarlo y deleitarlo, como si tuviese una enorme ansia de tales diversiones. Murió tres días antes de los Idus de octubre, cuando Asinio Marcelo y Acilio Aviólá eran cónsules, en el año 64 de su edad, y en el decimocuarto de su imperio. Su funeral se llevó a cabo con solemne pompa y una procesión de magistrados, y fue canonizado santo en el cielo\*, honor que, eliminado y abolido por Nerón, recobró después gracias a Vespasiano.

Hubo signos especiales que presagiaron y pronosticaron su muerte; a saber, la aparición de una estrella velluda que llaman cometa; también que el monumento de su padre Druso fue herido por el rayo, y el hecho de que en el mismo año habían muerto la mayor parte de magistrados de todo tipo. Pero él mismo no parece haber ignorado que su fin se aproximaba, ni haber tratado de eludirlo, lo que puede entenderse por una buena cantidad de elementos y demostraciones. Porque en la ordenación de sus cónsules no designó a ninguno de ellos para más de un mes, plazo en el cual murió, y además en el Senado, la última vez que presidió la sesión, después de un larga y sincera exhortación a la concordia entre sus hijos, recomendó humildemente su juventud a los

---

\* Es decir, oficialmente deificado. - R. C.



miembros de la honorable casa; y en su última sesión judicial en el tribunal pronunció una o dos veces, abiertamente, que había llegado ya al fin de su mortalidad, a pesar de que los que lo escucharon se lamentaron de oír semejantes palabras, y rezaron a los dioses para que no resultaran ciertas.

*Suetonio, Claudio*  
*Traducción Philemon Holland (1606)*

## II

En medio de esta vasta acumulación de ansiedades, Claudio fue atacado de enfermedad, y para la recuperación de su salud recurrió al aire suave y a las aguas saludables de Sinuessa. Fue entonces cuando Agripinila, decidida desde hacía mucho tiempo a la acción impía, y aprovechando ávidamente la ocasión, ayuda como estaba por perversos agentes, deliberó en cuanto a la naturaleza del veneno que utilizaría, respecto de «si debía ser repentino e instantáneo en su funcionamiento», y si en ese caso la desesperada medida no surgiría a la luz; y si elegía materiales lentos y corrosivos en su operación, si Claudio, cuando se aproximara su fin, y habiendo descubierto quizá la traición, no reanudaría su afecto para con su hijo. Entonces se decidió por algo de una naturaleza muy sutil, «que le desordenase el cerebro y exigiera tiempo para matar». Se eligió a una experimentada artista en tales preparaciones, llamada Locusta, últimamente condenada por envenenamiento, y reservada desde hacía mucho tiempo como uno de los instrumentos de la ambición. Gracias a la destreza de esa mujer, se preparó el veneno; para administrarlo se designó a Haloto, uno de los eunucos, cuyo oficio consistía en servir las comidas del emperador y probar las viandas.

En rigor, todos los aspectos de esa transacción se conocieron después tan en detalle, que los escritores de estos tiempos están en condiciones de relatar «cómo el veneno fue vertido en una fuente de hongos, que le gustaban sobremanera; pero no se percibió de inmediato su efecto, ya fuera porque sus sentidos quedaron anulados, o por efecto del vino que acababa de beber». Al mismo tiempo cierto relajamiento de los intestinos pareció hacerle algún bien. Entonces Agripinila se sintió desconsolada, pero como su vida estaba en peligro, pensó muy poco en lo odioso del procedimiento y pidió ayuda a Jenofonte, el médico a quien ya había implicado en sus culpables propósitos. Se cree que entonces él, como si tratara de ayudar a Claudio en sus esfuerzos por vomitar, le introdujo en la garganta una pluma untada de mortal veneno, sin ignorar que en los actos desesperados de villanía la tentativa sin el hecho es peligrosa, en tanto que para asegurar la recompensa deben ser llevados a cabo en el acto.

Entretanto se reunió el Senado, y los cónsules y pontífices ofrecieron votos para la recuperación del emperador, mientras éste, ya muerto, fue cubierto con ropas y aplicaciones cálidas, para ocultar la muerte hasta que las cosas estuviesen dispuestas de modo que Nerón recibiera el imperio. Primero actuó Agripinila, quien fingiendo sentirse abrumada por la pena, y buscando ansioso consuelo, tomó a Británico entre sus brazos, y lo llamó «el modelo mismo de su padre», y por varios artificios le impidió abandonar la estancia. De la misma manera detuvo a Antonia y Octavia, sus hermanas, e hizo vigilar estrechamente todos los accesos a palacio. De vez en cuando hacía saber que el príncipe estaba recuperándose y que los soldados podrían abrigar esperanzas hasta el auspicioso momento, predicho por los cálculos de los astrólogos.

Al final, el décimotercer día de octubre, al mediodía, las puertas de palacio se abrieron de pronto de par en par y Nerón, acompañado de Burrho, se adelantó hacia la cohorte que, de acuerdo con la costumbre del ejército, mantenía la guardia. Allí, a una señal hecha por el prefecto, fue recibido con gritos de alegría. e instantáneamente colocado en una litera. Se informó que hubo algunos que vacilaron, que miraron hacia atrás con ansiedad y preguntaron con frecuencia dónde estaba Británico, pero como nadie se adelantó para oponerse, abrazaron la elección que se les ofrecía. De tal modo, Nerón fue llevado al campamento, donde, después de un discurso adecuado a la exigencia, y de promesas de regalos iguales a los que había hecho el extinto emperador su padre, fue saludado como emperador. La voz de los soldados fue seguida por los decretos del Senado; y tampoco hubo vacilación alguna en las distintas provincias. A Claudio se le decretaron honores divinos y sus ritos funerarios fueron solemnizados con la misma pompa que los de Augusto deificado; Agripinila emuló la magnificencia de su bisabuela Livia. Pero su testamento no fue leído, por temor de que la preferencia del hijo de su esposa sobre su propio hijo excitase los pensamientos del pueblo por su injusticia y bajeza.

*Tácito, Anales  
Traducción de Oxford*

### III

Claudio se encolerizó con las acciones de Agripinila, de las cuales comenzaba a tener conciencia, y buscó a su hijo Británico, quien adrede había sido mantenido fuera de su vista por ella, la mayor parte del tiempo (porque hacía todo lo posible para conseguir el trono para Nerón, ya que éste era su propio hijo con su ex esposo Domicio). Y exhibió su afecto cada vez que encontraba al niño. No quiso soportar la conducta de Agripinila, sino que se preparó para poner fin a su poder, haciendo que su hijo se pusiera la toga virilis y declarándolo heredero del trono. Al enterarse de esto, Agripinila se alarmó y se apresuró a poner remedio con el envenenamiento de Claudio, pero como debido a la gran cantidad de vino que bebía, y a sus hábitos generales de vida, que todos los emperadores en general adoptan para su protección, no podía ser dañado fácilmente, mandó a buscar a una famosa traficante en venenos, una mujer llamada Locusta, que recientemente había sido condenada por esa misma acusación. Y preparó con su ayuda un veneno cuyo efecto era seguro, que colocó en una de las hortalizas llamadas hongos. Luego ella misma comió de los otros, pero hizo que su esposo comiera uno de los que contenían veneno, porque era el más grande y más hermoso de todos. Y así, la víctima de la conspiración fue sacada del banquete, en apariencia atontada por la fuerte bebida, cosa que había sucedido muchas veces, antes. Pero durante la noche el veneno hizo su efecto, y falleció sin haber podido decir u oír una palabra. Era el trece de octubre, y había vivido sesenta y tres años, dos meses y trece días, siendo emperador durante trece años, ocho meses y veinte días.

Agripinila pudo hacer esto gracias a que previamente había mandado a Narciso a Campania, fingiendo que éste necesitaba tomar allí las aguas, para aliviarse de su gota. Porque si hubiese estado presente, jamás lo habría logrado, tan cuidadosamente vigilaba Narciso a su amo. Sin embargo, la muerte de Narciso siguió de inmediato a la de Claudio. Fue asesinado al lado de la tumba de Mesalina, circunstancia debida a una simple casualidad, si bien pareció el cumplimiento de su venganza.

De este modo terminó Claudio. Pareció como si este acontecimiento hubiese sido indicado por el cometa, que se vio durante mucho tiempo; por la lluvia de sangre, por el rayo que cayó sobre los estandartes de los pretores, por la apertura del templo de Júpiter victorioso por sí mismo, por la invasión del campamento por las abejas y por el hecho de que uno de los ocupantes de cada puesto político murió ese año. El emperador recibió los funerales de gala y todos los otros honores que habían sido acordados a Augusto. Agripinila y Nerón fingieron llorar al hombre a quien habían matado, y elevaron al cielo a aquel a quien habían sacado del banquete en una litera. En este punto, Lucio Junio Galo, el hermano de Séneca, fue el autor de una observación muy ingeniosa. El propio Séneca había compuesto una obra que llamó «calabacificación», palabra formada por analogía con «deificación», y se acredita a su hermano el mérito de haber dicho muchas cosas en una sola frase. Como los verdugos públicos estaban acostumbrados a arrastrar al Foro los cadáveres de los ejecutados en la cárcel con grandes ganchos, para de allí llevarlos hasta el río, hizo notar que Claudio había sido elevado al cielo con un gancho. También Nerón nos ha dejado una observación no indigna de anotarse. Declaró que los hongos eran el alimento de los dioses, ya que Claudio, por medio de un hongo, se había convertido en un dios.

A la muerte de Claudio, la sucesión, en estricta justicia, pertenecía a Británico, que era el hijo legítimo de Claudio, y que, en desarrollo físico, estaba muy adelantado a su edad. Sin embargo, por ley, el poder cayó en manos de Nerón debido a su adopción. Pero ninguna pretensión es más fuerte que la de las armas. Porque todo el que posea una fuerza superior parece tener siempre el máximo derecho de su parte, diga o haga lo que fuere. Y de tal modo, Nerón, habiendo destruido primero el testamento de Claudio y habiéndole sucedido como amo de todo el imperio, eliminó a Británico y a sus hermanas. ¿Por qué entonces habría que lamentar las desdichas de las otras víctimas?

*Dion Casio, libro LXI  
Como fue compendiado por Xifilino y Zonaras  
(Traducción Cary)*

# La calabacificación de Claudio

*Sátira en prosa y verso  
Por Lucio Éneo Séneca*

Aquí debo asentar lo que sucedió en el cielo en el décimo-tercer día de este año, el año que nos ha hecho penetrar en una nueva era tan gloriosa. Ni malicia ni favor para nadie. Está bien, ¿no es cierto? Si alguien me pregunta cómo obtengo mi información, bueno, en primer lugar, si no quiero contestar, no contestaré. ¿Quién me obligará a hacerlo? Soy un hombre libre, ¿no es cierto? Fui liberado el día en que murió un conocidísimo personaje, el hombre que hizo cierto el proverbio «o nacer emperador, o idiota». Sin embargo, si decido contestar diré lo primero que me surja a los labios. ¿Acaso los historiadores se ven obligados alguna vez a presentar testigos al tribunal, para jurar que han dicho la verdad? Aun así, si me fuese necesario llamar a alguien, llamaría al hombre que vio el alma de Drusila camino del cielo; jurará que vio a Claudio tomar el mismo camino, «con paso vacilante» (como dice el poeta). Ese hombre no puede dejar de observar todo lo que sucede en el cielo; es el Custodio de la Vía Apia, que, por supuesto, es el camino que tomaron Augusto y Tiberio cuando fueron a unirse a los dioses. Si se le pregunta en privado, dirá la misma historia, pero no hablará cuando haya mucha gente cerca. Es que desde que juró ante el Senado que había visto a Drusila subir al cielo, y nadie creyó la noticia, que por cierto era demasiado buena como para ser verdadera, ha jurado solemnemente no volver a contar nada de lo que ha visto... ni siquiera aunque vea asesinar a un hombre en la plaza del Mercado. Pero lo que él me contó yo ahora lo repito, y buena suerte para él.

*El gran Febo había terminado su diaria carrera,  
y largas se extendían las oscuras horas del sueño.  
La conquistadora luna ampliaba sus dominios  
y el escuálido invierno al rico otoño  
usurpaba el trono. A Baco la orden era  
«¡Que envejezcas!», y el tardío viñador  
recogía los últimos racimos de la uva.*

Quizá se entenderá mejor si digo con claridad que el mes era el de octubre, y el día el decimotercero. Sin embargo no puedo ser exacto en cuanto a la hora —no se puede esperar acuerdo entre los filósofos, lo mismo que no se puede esperar que lo haya entre los relojes, pero fue entre las doce del mediodía y la una de la tarde—. Tus colegas, los bardos, no conformes con describir la aurora y la puesta del sol, se excitan también en relación con la mitad del día. ¿Por qué haces caso omiso de una hora tan poética? Muy bien, entonces:

*En dos Febo partía los anchos cielos,*

*y un tanto fatigado, las riendas volvía a sacudir,  
llevando su carroza hacia la noche. Por el talud  
del día el gran fulgor, ya débil, se desligaba.*

Fue entonces cuando Claudio comenzó a entregar el ánimo, pero no pudo llevar el asunto a su conclusión. Y entonces Mercurio, que siempre había sentido gran placer en el ingenio de Claudio, llevó aparte a una de las tres Parcas y le dijo:

— Considero, señora, que eres demasiado cruel en permitir que el pobre individuo sufra de tal manera. ¿Es qué jamás tendrá alivio de la tortura? Hace ya cuatro años que empezó a jadear para conservar la vida. ¿Tienes algún resentimiento contra él y contra Roma? ¡Por favor, deja que los astrólogos tengan razón por una vez; desde que llegó a ser emperador, lo han preparado para el entierro, regularmente, una vez por mes ! Sin embargo, no se les puede culpar por haber calculado mal la hora de su muerte, porque nadie estuvo muy seguro de si en realidad había muerto. Adelante con el asunto, Cloto:

*Mátalo, y que en su lugar alguien más digno reine.*

Cloto contestó:

— Tenía muchos, deseos de darle un poco más de tiempo, nada más que para que hiciera ciudadanos romanos a los pocos extranjeros que todavía quedan. Ya sabes que estaba decidido a hacer que todo el mundo se vistiera con la túnica blanca: Grecia, Francia, España, incluso Bretaña. Aun así, si crees que hay que dejar fuera de la nación a unos cuantos extranjeros, nada más que con fines de procreación, y si de veras me ordenas que lo ultime, así se hará.

Abrió su caja y extrajo tres husos : uno era para Augurino, uno para Baba y el tercero para Claudio. Estos morirán en el mismo año, muy cerca el uno del otro, porque no quiero que se vayan sin compañía. Sería muy malo para él que quedase de pronto solo, después de haber tenido siempre a tantos millares de personas marchando delante de él, y arrastrándose detrás de él, y apiñándose con él desde todos los lados. Se sentirá agradecido por estos dos amigos que harán de compañeros de su viaje.

*Habló, y en torno al feo huso enrolló  
el hilo de la vida de ese tonto, y luego lo cortó.  
Pero Láquesis, las trenzas hermosas anudadas  
y en su frente el laurel de Pieria,  
toma de un copo nuevos hilos como la nieve blancos,  
que, al pasar por su dichosa mano, cambian de color.  
Sus hermanas contemplan la proeza.  
No es lana cualesquiera, sitio rico hilo de oro  
que sigue fluyendo siglo tras siglo,  
interminable. Toman los copos con buena voluntad,  
alegres en la tarea, en medio de la suave lana.  
Mas no, el hilo se enrolla por si solo, no es trabajo,  
y mientras gira el huso, sedoso vellón deja caer,  
más allá del largo recuento de años de Titanio  
(esposo de Aurora) y del viejo Néstor.  
Febo espera, y con esperanzado pecho  
canta mientras trabajan y pulsa su lira  
y en otras formas ayuda en la tarea.  
y así las tres hermanas casi no saben que laboran.*

*Atentas por demás a los dulces sonos  
y absortas en su elogio de la canción del gran hermano  
hilan más largos los hilos del destino humano.  
Mas Febo grita: «Mis hermanas, sea así,  
no saquéis años de esta ilustre vida,  
porque ese cuya vida hiláis, mi contraparte,  
no es menos quejo en gracia y en belleza,  
ni en talento, ni en dulzura de su canto.  
Es el que restablecerá la edad de oro  
y quebrará la prohibición que acalló todas las leyes.  
Es el dulce Lucifero que ahuyenta  
las estrellas menores.  
O Héspero es,  
que sube, clara, cuando vuelven las estrellas.  
No, que es el propio sol, cuando  
la ruborosa diosa del alba trae  
las luces primeras del día y dispersa las sombras.  
El propio sol, de rostro refulgente  
que cae sobre el mundo, y de las puertas  
de su negra cárcel su carroza saca.  
Un sol verdadero es NERÓN, y toda Roma  
mirará a NERÓN con ojos deslumbrados.  
La cara le reluce de regia majestad  
y encantadores rizos caen sobre su cuello esbelto.*

Apolo había hablado, pero Láquesis, que sabía cuándo un nombre era hermoso, continuó hilando e hilando, y concedió muchos años de más a NERÓN como su regalo personal. En cuanto a Claudio, le dice a todos

*Alegraos, y de estos salones  
empujadlo hacia afuera con labios no impíos.*

Y en realidad entregó el alma al cabo, y así terminó incluso la misma ficción de que estaba vivo. (Falleció mientras presenciaba un espectáculo ofrecido por unos comediantes, de modo que ahora sabéis que tengo buenos motivos para tener desconfianza a esa profesión.) Las últimas palabras que se le oyó pronunciar en este mundo siguieron inmediatamente después de un tremendo ruido en la parte de su cuerpo por la que siempre habló con más facilidad. Ellas fueron: «Oh, bueno, cielos, creo que he hecho un embrollo de mi vida». No puedo decir si esto realmente fue así o no. Pero todos convienen en que siempre embrollaba las cosas.

Sería una pérdida de tiempo relatar lo que sucedió después en la tierra. Todos saben muy bien lo que sucedió. Nadie olvida su propia buena suerte, de modo que no es posible que nadie olvide el estallido popular de alegría que siguió a la noticia de la muerte de Claudio. Pero permítaseme que diga lo que sucedió en el cielo. Y si no me creen, ahí está mi informante para confirmarlo todo. Primero llegó a Júpiter un mensaje en el sentido de que había alguien en la puerta, un hombre de elevada estatura y cabellos blancos. Parecía estar pronunciando alguna amenaza porque meneaba continuamente la cabeza; y porque cuando caminaba arrastraba el pie derecho. Se le preguntó su nacionalidad y respondió de una manera confusa y nerviosa, y su lenguaje no pudo ser identificado; no era griego, ni latino, ni idioma alguno conocido. Júpiter le pidió a

Hércules, que en una ocasión había viajado por toda la tierra, y que por lo tanto debía conocer todas las naciones de la misma, que fuera a averiguar de dónde venía el desconocido. Hércules fue, y si bien nunca se ha sentido amedrentado por todos los monstruos del mundo, recibió una buena conmoción ante el espectáculo de este nuevo tipo de criatura, con su curioso modo de avanzar y su ronca voz inarticulada, que no se parecía a la de ningún animal terrestre conocido, sino que más bien sugería la de algún extraño animal marino. Hércules pensó que tendría que realizar su Decimotercer Trabajo, pero miró más de cerca y decidió que se trataba de cierto tipo de hombre. Se acercó a él y le dijo lo que habría dicho con naturalidad un griego:

*Honorable desconocido, permíteme preguntarte  
tu nombre, tu linaje, tu tierra natal.*

Claudio se sintió encantado de encontrarse entre literatos. Abrigaba la esperanza de encontrar algún nicho en el cielo para sus obras históricas. Y entonces contestó con otra cita, también de Homero, con la cual transmitió el hecho de que era Claudio César:

*Los vientos mis naves empujaron  
de la assolada Troya a las playas de Ciconia.*

Pero el verso siguiente fue mucho más exacto e igualmente homérico:

*Y audaz desembarcando ahí y entonces,  
saqué una ciudad y a sus hombres dejé muertos.*

Habría conseguido que Hércules, que no es particularmente inteligente, tomase esto en forma literal, si no hubiese habido alguien acompañando a Claudio: la diosa Fiebre. Ella era la única de entre todos los dioses y diosas que había abandonado su templo para acompañarlo. Y lo que dijo fue:

—Este hombre miente, puedo decirte todo lo referente a él, porque he vivido con él durante muchos años. Nació en Lyon, conciudadano de Marcos, sí, un celta nativo nacido en la decimosexta piedra miliar a contar de Vienne; por lo tanto, conquistó a Roma como lo habría hecho cualquier celta. Te doy mi palabra de honor de que nació en Lyon... sin duda conoces Lyon, es el lugar donde Licino\* fue rey durante tanto tiempo. Tienes que conocer Lyon, tú que has recorrido tantos kilómetros en el curso de tus viajes, muchos más que ningún carretero de campo. Y sin duda debes saber también que hay mucho trecho desde el Janto de Licia hasta el Ródano.

Esto hirió a Claudio, y manifestó su cólera con el más estruendoso rugido de que pudo disponer. Nadie pudo entender con exactitud qué decía, pero en rigor ordenaba a la diosa Fiebre que se apartase de su presencia, e hizo con la mano temblorosa el signo acostumbrado (siempre bastante firme para ello, aunque en rigor para ninguna otra cosa) de que le cortaran la cabeza. Pero por la atención que se prestó a esta orden, cualquiera habría pensado que los presentes eran sus propios libertos.

—Escúchame —dijo Hércules—, y deja de hacerte el tonto. ¿Sabes qué clase de lugar es éste? Aquí es donde los ratones roen el hierro, éste es el lugar. De modo que hablemos con claridad o te sacaré todas esas tonterías por un agujero de tu cabeza.

---

\* Un unpopular gobernador de Augusto. - R. G.

Para imponer con más energía su personalidad sobre Claudio, adoptó una actitud melodramática y comenzó a recitar los siguientes versos:

*¡Rápido, toda la verdad! ¿Dónde naciste y por qué?  
Dímelo ya, o por esta porra mueres,  
que ha roto el cráneo a muchos reyes negros.  
(¿Cómo? ¡Habla fuerte! No te entiendo.)  
¿De dónde sacaste esa cabeza bamboleante?  
¿Hay ciudad alguna donde nazcan espantajos como tú?  
Mas espera, una vez, mientras ejecutaba mi Décima hazaña,  
cuando tuve que viajar al Oeste remoto, y llevar conmigo a una ciudad de  
Grecia  
los bueyes de Geriones de tres cuerpos, vi una gran montaña,  
que cuando sale es lo primero que distingue el gran dios Sol.  
Hablo del lugar donde el impetuoso Ródano,  
se encuentra con el Saona, somero y vagabundo,  
el más errabundo de los ríos. Y la ciudad de entre los dos,  
dime, ¿es la responsable de tu nacimiento?*

Su recitado fue audaz y animado, pero sea como fuere tenía muy poca confianza en sí mismo y temía el «golpe del tonto», según se dice. Pero cuando Claudio se vio frente a frente con un gran héroe como Hércules, cambió de tono y comenzó a darse cuenta de que lo que decía allí no tenía la misma fuerza que en Roma. Que un gallo, en rigor, vale más en su propio estercolero. De modo que esto fue lo que dijo, o por lo menos lo que se entendió que había dicho:

—Oh Hércules, el más valiente de todos los dioses; había abrigado la esperanza de que estuvieras de mi parte, y cuando los dioses, tus compañeros, llamaran a alguien para que hablase en mi favor, tú serías la persona que nombraría. Y en realidad me conoces muy bien, ¿no es cierto? Piensa un instante. Soy el hombre que juzgó casos jurídicos frente a tu templo, día tras día, incluso en julio y agosto, los meses más calurosos del año. Ya sabes qué momentos más desdichados pasé allí escuchando a los abogados que hablaban y hablaban, día y noche. Si tú te hubieras encontrado entre ellos, aunque eres el más fuerte entre los fuertes, estoy seguro de que hubieses preferido volver a limpiar los establos de Augías. Y pienso que he drenado más aguas que tú. Pero como quiero...

*[Aquí faltan algunas páginas. Un grupo de dioses hablan entre si, y ahora se dirigen a Hércules; éste ha presentado por la fuerza a Claudio, a quien ha consentido en defender, en el Senado celestial...una vez robaste al infierno y te fuiste con Cerbero a la espalda; de modo que no es sorprendente que hayas logrado irrumpir en esta casa. Ninguna cerradura podría mantenerte afuera.]*

—Pero dínos en qué clase de dios quieres que convirtamos a este individuo. No puede ser un dios al estilo epicúreo, porque Diógenes Laercio dice: «Dios es bendito e incorruptible y jamás acepta problemas ni los causa a nadie. En cuanto a un dios estoico, esa clase, según Varrón, es un todo perfectamente rotundo... en rigor completamente globular, sin cabeza ni órganos sexuales. No puede pertenecer a ese tipo.

—¿O puede? Si me lo preguntan a mí, hay en él algo del dios estoico. No tiene cabeza y tampoco corazón.



—Bien, juro que incluso aunque hubiese dirigido esta petición a Saturno, en lugar de Júpiter, jamás se la habrían concedido... aunque cuando estuvo vivo celebró durante todo el año el festival de Saturno, de los Inocentes; fue un verdadero emperador saturnalio.

—¿Y qué clase de posibilidades creen que tendrá con Júpiter, a quien casi acusó de incesto? Quiero decir que mató a su yerno Silano, nada más que porque Silano tenía una hermana, la muchacha más deliciosa del mundo, a quien todos llamaban la reina Venus, pero a quien él prefirió llamar Juno.

—Sí, ¿por qué lo hizo? —preguntó Claudio—. Quiero saber por qué. En realidad, ¡nada menos que con su propia hermana!

—¡Búscalos en el libro, estúpido! ¿No sabes que en Atenas puedes acostarte con tu hermanastra, y que en Alejandría puedes hacerlo con tu propia hermana?

—Bien, en Roma —dijo Claudio—, los ratones son ratones... Se comen la harina...

—¿Es que este profesor de dibujo quiere enseñarnos a mejorar nuestras curvas? ¡Pero si ni siquiera sabe lo que ocurre en su propio dormitorio!

—Y ahora «escudriña los secretos del cielo» y quiere ser dios.

—Un dios, ¿eh? Supongo que no está contento con su templo en Bretaña, donde los salvajes lo adoran y rezan humildemente: «¡Tonto Todopoderoso ten piedad de nosotros!»

Se le ocurrió a Júpiter que a los senadores no se les permitía discutir mientras había extraños en la casa.

—Señores —dijo—, les doy permiso para interrogar a esta persona, pero por el ruido que hacen cualquiera creería que esta es la taberna más vulgar. Por favor, observen las reglas del Senado. No sé quién es esta persona, ¿pero qué pensará de nosotros?

De modo que se hizo salir otra vez a Claudio, y el padre Jano fue llamado para que abriese el debate. Lo habían hecho cónsul para la tarde del próximo primero de julio y era un brillante individuo con un par de ojos en la nuca. Tenía un templo en la plaza del Mercado de modo que, por supuesto, pronunció un espléndido discurso. Pero hablaba con demasiada velocidad como para que el escribiente oficial siguiera sus palabras, y entonces no trataré de repetir todo su discurso, ya que no quiero deformar nada de lo que dijo. Sea como fuere, su tema fue la Majestad de los Dioses, y que no había que rebajar a la dignidad con una distribución negligente del honor.

—Otrora era una gran cosa ser un dios —dijo—, pero ahora ustedes lo han rebajado al nivel de las alubias. No quiero que piensen que estoy hablando contra la deificación de un hombre cualquiera. Hablo en términos generales, y para sentar esto con claridad, hago moción de que, de ahora en adelante, no se confiera la divinidad a aquellos que, en la frase de Homero, comen la cosecha del campo ni a aquellos que, también según la frase de Homero, nutren el fructífero meló.

Después de que mi moción haya sido votada y considerada ley, será un delito criminal que hombre alguno sea convertido en dios, o exhibido como tal o considerado como tal, y sugiero que cualquier transgresor de la ley sea entregado a los duendes y, en la próxima Exhibición Pública, azotado con un abedul entre los nuevos gladiadores.

El siguiente en hablar fue Diespiter, el dios Subterráneo, hijo de Vica Pota, el dios de la Victoria. Había sido elegido para el consulado, y era un prestamista profesional. También solía vender ciudadanías, en forma discreta. Hércules se le acercó con una sonrisa amistosa y le susurró algo al oído, de modo que pronunció el siguiente discurso:

—El dios Claudio está relacionado con el dios Augusto. La diosa Augusta, a quien él mismo deificó, es su abuela. Por lo tanto es, con mucho, el hombre más erudito que jamás haya vivido, y como es cuestión de política pública, alguien tendría que imitar al

dios Rómulo y comer nabos hervidos, con gran voracidad. Y propongo que el dios Claudio sea incorporado a los olímpicos y goce de los privilegios y requisitos de la divinidad, en su más-pleno sentido tradicional, y que se inserte una nota en ese sentido en las Metamorfosis de Ovidio. El Senado estaba dividido, y parecía que Claudio recibiría una mayoría de votos, porque Hércules vio que tenía ahora una buena posibilidad, y fue corriendo de un escaño a otro, diciendo:

—Vamos, por favor, no se opongan a mí, me interesa personalmente esta medida. Si votas ahora a mi favor, haré otro tanto por ti otro día. Ya conoces el proverbio: «Una mano lava la otra».

Entonces se puso de pie el dios Augusto, porque ahora le tocaba el turno, y habló con la máxima elocuencia:

—Les pido, señores, que sean testigos de que desde el día de mi deificación oficial no he pronunciado una sola palabra. Siempre me meto en mis propias cosas. Pero ahora no puedo seguir manteniendo la ficción de imparcialidad, ni ocultar la pena que la vergüenza hace aún más profunda. ¿Fue para esto que hice la paz sobre la tierra y el mar, e impuse una tregua en la guerra civil y doté a Roma, de una nueva constitución, y la embellecí con majestuosos edificios públicos? ¿Que... que... que...? Me faltan las palabras, señores. Nada que pudiese decir igualará la profundidad de mis sentimientos en este asunto. En mi indignación debo tomar prestada una frase del elocuente Mésala Corvino; fue elegido Guardián de la Ciudad y renunció al cabo de unos días diciendo: «Estoy avergonzado de mi autoridad». Yo siento lo mismo cuando veo cómo se ha abusado de la autoridad que establecí, me avergüenzo de haberla ejercido nunca. Este individuo, señores, que parece como si no tuviera valor suficiente como para matar a una mosca, se sentó en mi trono y se llamó con mi nombre y ordenó que los hombres fuesen ejecutados, con tanta facilidad como con la que un perro se acurruca. Pero no hablaré de todas sus víctimas, a pesar de que fueron hombres magníficos. Me preocupan tanto los desastres de la familia, que en realidad no tengo tiempo que perder con los desastres públicos. Sólo hablaré de los desastres de familia, porque «un rábano\* puede no saber griego, pero yo sí». Por lo menos conozco un proverbio griego: «La rodilla está más cerca que el tobillo». Este impostor, este seudo Augusto, ha tenido la bondad de matar a dos biznietas mías: a Lesbia, por la espada, y a Helena, por hambre. Y a un biznieto, Lucio Silano. (Aquí espero que tú, mi señor Júpiter, seas justo en una mala causa que a fin de cuentas es la tuya.) Y ahora contéstame, dios Claudio, ¿por qué condenaste a tantos hombres y mujeres a la muerte sin permitirles que se defendieran? ¿Qué clase de justicia es esa? ¿Es la justicia que se hace en el cielo? Pero si aquí Júpiter ha sido emperador durante todos estos siglos, y sólo una vez quebró la pierna de Vulcano:

*A quien tomando por el pie, con grande cólera,  
lanzó sobre el umbral al alto cielo.*

Y una vez perdió los estribos con su esposa y la ahorcó. ¿Mató en realidad a algún miembro de su familia? Pero tú, tú mataste a Mesalina, tu esposa, de quien yo era tío abuelo lo mismo que de ti. («¿Lo hice, de veras?», preguntas. ¡Mil pestes caigan sobre ti, por supuesto que lo hiciste! Eso es lo que hace que todo el asunto sea tan desdichado. Matas a la gente y ni siquiera lo sabes.) Sí, señores, y persiguió a mi biznieto Cayo

---

\* El manuscrito dice *sormea*, que carece de sentido. Y algunos editores sugieren *sóror mea*, pero Augusto, cuyo estilo se reproduce aquí, no habría podido decir: «Mi hermana puede no saber griego pero yo sí». Su única hermana era la culta Octavia. Sugiero la alternativa mejor y mas sencilla de *surmu*, que es el rábano egipcio, utilizado por los romanos como emético. - R. G

Calígula, incluso cuando éste estaba muerto. Es cierto que Calígula mató a su suegro, pero Claudio, no conforme con seguir su ejemplo en ese sentido, mató también a un yerno. Y en tanto que Calígula no quiso permitir que Pompeyo el joven, hijo de Craso Frugi, adoptase el título de «El Grande», Claudio le devolvió su nombre, pero le quitó la cabeza. En esa familia otrora noble, mató a Craso Frugi, a Pompeyo el joven, a Escríbonia, a las Tristonias y a Asario. Admito que Craso fue tan tonto, que se lo habría podido nombrar emperador en lugar de Claudio. ¿De veras quieren que esta criatura sea convenida en un verdadero dios? Mírenle el cuerpo, nacido bajo la cólera del cielo. ¡Y ya que se trata de eso, escúchenlo hablar! ¡Si puede decir dos palabras seguidas sin tartamudear, yo seré su esclavo! ¿Y quién adorará a un dios de esta clase? ¿Alguien creerá en él? Si convierten en dioses a gente como él, no pueden esperar que nadie crea en ustedes. En una palabra, señores, si he merecido su respeto, si nunca di a mortal alguno una respuesta demasiado decidida a sus oraciones, cuento con ustedes para que venguen mis errores. Por lo tanto, mi moción es —la leyó de sus notas— que puesto que cierto dios Claudio mató a su suegro Appio Silano, a sus dos yernos, Pompeyo el Grande y Lucio Silano; a la hija de su suegro Craso Frugi (un hombre que se parecía tanto a él como un huevo a otro huevo); a Escríbonia, la suegra de su hija, a su esposa Mesalina, y a otros demasiado numerosos para ser mencionados... hago moción de que sea enjuiciado con el máximo rigor de la ley, que se le niegue caución, que sea sentenciado a inmediato destierro y que no se le conceda más de treinta días para abandonar el cielo y treinta horas para salir del Olimpo.

La moción fue rápidamente aceptada. Cuando conoció el resultado, Mercurio tomó a Claudio de la garganta y lo sacó fuera, al Infierno, *de donde, nadie, se dice, vuelve para contar el cuento.*

Cuando bajaban por la Vía Sacra, Mercurio preguntó qué significaban todas esas multitudes. Sin duda no era el funeral de Claudio. Era la más maravillosa procesión que se hubiera visto, y no se había ahorrado gasto alguno para demostrar que el que se enterraba era un dios. Música de flauta, sonar de cuernos, una gran orquesta de bronce compuesta de todo tipo de instrumentos, en rigor, un ruido tan espantoso, que incluso Claudio pudo escucharlo. Todos los rostros estaban cubiertos de sonrisas; todo el populacho romano se paseaba de un lado a otro, otra vez como hombres libres. Sólo Agatón y unos pocos abogados aficionados derramaban lágrimas, y por primera vez las derramaban en serio. Los abogados profesionales salían con lentitud de los oscuros rincones, pálidos y flacos, casi sin vida, pero reviviendo con cada bocanada de aire que inspiraban. Uno de ellos, cuando vio a los integrantes del grupo de Agatón condoliéndose los unos con los otros, se acercó a ellos y les dijo:

—Les había dicho que este festival de Inocentes tenía que terminar algún día. Cuando Claudio vio pasar su funeral, entendió por fin que estaba muerto. Un gran coro entonaba su endecha antifonaria:

Y ahora, romano, golpéate el pecho,  
de duelo esté la plaza del Mercado.  
Llevemos a un sabio a su último descanso,  
al más valiente de los de tu raza.

Con pie alígero sabia adelantar  
a cualquier mensajero del país;  
supo aniquilar a los rebeldes partos,  
y los persas temían a sus dardos.

Con firme puño tendía su arco  
y las flechas lanzaba en densas nubes.  
Leve era la herida, mas en la huida  
los medos muestran su adornada espalda.

Surcó los mares desconocidos,  
y la tierra pisó de la isla de Bretaña.  
A golpes destrozó de los brigantes  
los escudos teñidos con el zumo azul del glasto.

Los encadenó con romanas cadenas,  
y con romanos haces lictores  
disciplinó las aguas oceánicas  
y el terror de ellas su triunfo fue.

Pesar por el juez que supo dictar  
instantáneas sentencias de maravilla,  
que sólo a una parte escuchaba,  
y ni siquiera eso le hacia falta.

¿Dónde tendremos a otro como él,  
que juzgue sin descanso el año entero?  
Minos el cretense, bajo tierra  
tendrá que dejarle ahora su sitio.

Vosotros, abogados, que tenéis un precio,  
llorad, y llorad, pequeños poetas,  
y llorad los que agitáis los dados,  
a aquel que ahora yace amortajado.

Claudio se sintió encantado con este panegírico, y quiso quedarse a presenciar todo el espectáculo hasta el final. Pero Mercurio, el digno mensajero de los dioses, lo arrastró, envolviéndole la cabeza, de modo que nadie lo reconociera, y le hizo cruzar el campo de Marte, y finalmente lo llevó hasta el Infierno, entre el Tíber y el Subterráneo. Su liberto Narciso se le había adelantado por un atajo, dispuesto a recibirlo a su llegada, y ahora se acercó, sonriente y fresco, después de salir de un baño, y exclamando:

—¡Dioses! ¡Dioses que vienen a visitar a los mortales! ¿A quién tengo el honor de...?

—Vete y diles que estamos aquí; y date prisa.

A esta orden de Mercurio, Narciso se alejó corriendo. El camino hasta la puerta del Infierno es cuesta abajo, y, como Virgilio dice en alguna parte, muy fácil. De modo que aunque Narciso sufría de gota, sólo le llevó un momento llegar. Delante de la puerta estaba Cerbero, o, como pienso que lo llama Horacio, «el animal de cien cabezas». Narciso no era un héroe; estaba acostumbrado a una blanca perrita faldera, y cuando vio a ese enorme e hirsuto perro negro, que en modo alguno era el tipo de animal que a nadie le agradaría encontrar en un lugar oscuro como el Infierno, se asustó muchísimo. Entregó su mensaje, «Claudio ha llegado», con un fuerte chillido.

Como respuesta le llegó un estallido de aplausos y salió una tropa de fantasmas. Cantaban la conocida canción:

*¡Le hallamos, lo hemos encontrado!  
¡Que resuene la alegría!  
¡Oh, golpead las manos,  
hemos hallado al que se perdió!*

En el coro estaban Cayo Silio, cónsul electo; Junco, el ex magistrado; Sexto Traulo, Marco Helvio, Trogo, Cota, Vetio Valens, Fabio, caballeros romanos a quien Narciso había ordenado ejecutar. También estaba allí Mnester el comediante, cuyo aspecto había mejorado Claudio quitándole la cabeza. El infierno zumbaba ahora con las noticias de la llegada de Claudio, y todos corrieron a buscar a Mesalina. Sus libertos, Polibio, Mirón, Harpócrates, Anfeo y Feronacto, fueron los primeros. Claudio los había enviado a todos allí, para que lo precedieran, ya que no quería carecer de escolta en ninguna parte. Luego llegaron dos comandantes de la guardia, Catonio Justo y Rufrio Polio. Después sus amigos Saturnino Lusio, Pedum Pompeyo y los dos hermanos Asinio, Lupo y Celer. Finalmente llegó Lesbia, la hija de su hermano, y Helena, la hija de su hermana, y yernos y suegros y suegras... En rigor, toda la familia. Formaron y marcharon todos juntos, al encuentro de Claudio. Claudio los miró y exclamó:

—¡Pero qué cantidad de amigos! ¿Cómo llegaron ustedes aquí?

—¡Cómo llegamos aquí, villano sanguinario! —respondió Pedum—. ¿Cómo te atreves a preguntarnos eso? ¿Quién nos envió aquí, sino tú, el hombre que mató a todos sus amigos? Ahora te enjuiciaremos, de modo que acompañaime. Te mostraré el camino a los tribunales criminales.

Pedum lo llevó al tribunal de Eaco; Eaco era el juez que juzgaba los casos de asesinato según la ley Cornelia. Pedum le pidió que tomase el nombre del prisionero, y luego llenó el acta de acusación:

Senadores asesinados: 35.

Caballeros romanos asesinados: 221.

Otras personas: imposible registrar el número exacto.

Claudio pidió un abogado, pero nadie se ofreció voluntariamente para ello. Al cabo se adelantó Publio Petronio, un antiguo amigo de borracheras que podía hablar muy bien el lenguaje de los Claudios, y pidió que lo trasladaran a otro tribunal. Eaco se negó a concederlo, de modo que Pedum Pompeyo comenzó su discurso por la acusación, gritando a voz en cuello. El abogado de la defensa trató de contestar, pero Eaco, que es un juez concienzudo, dictaminó que estaba fuera del tema y resumió el caso tal como lo había presentado el fiscal. Luego pronunció:

*Lo que el granuja hizo, lo mismo  
debe hacersele. Y eso es justo.*

Siguió un silencio extraordinario. Todos se asombraron ante la decisión, que se consideró carente por completo de precedentes. Es claro que el propio Claudio habría podido citar precedentes, pero aun así les pareció monstruosamente injusto. Luego hubo una larga discusión en cuanto al tipo de castigo que debía asignársele. Algunos dijeron que Sísifo llevaba ya demasiado tiempo haciendo rodar su piedra colina arriba, y otros dijeron que había que reemplazar a Tántalo antes de que muriera de sed, y otros que era tiempo de poner fin al movimiento de la rueda en la cual se torturaba perpetuamente a Ixion, Pero Eaco decidió no dejar en libertad a ninguno de estos veteranos, por temor de que Claudio pudiese contar alguna vez con un respiro similar. Por el contrario, había que idear un nuevo tipo de castigo. Era preciso que se les ocurriera alguna tarea absolutamente insensata, que expresara la idea general de una ambición codiciosa, en

perpetua desilusión. Al cabo Eaco pronunció su sentencia, que era la de que Claudio debía agitar eternamente los dados, en un cubilete sin fondo.

Entonces el prisionero comenzó a cumplir su sentencia en el acto, buscando a tientas los dados, cuando caían, sin adelantar nunca en el juego.

*Sí, pues tantas veces como sacudía el cubilete,  
dispuesto a arrojarlos en el tablero,  
los dados desaparecían por el agujero inferior.  
Volvía a juntarlos y trataba otra vez  
de agitarlos y, como antes, dejarlos caer.  
Pero otra vez lo engañaban, y volvían a engañarlo  
cayendo desde el fondo del recipiente.  
Y cuando se inclinaba de nuevo para tomarlos,  
se le escurrían de entre los dedos y escapaban,  
e interminablemente continuaban escapando  
como cuando su roca, con trabajos infinitos,  
Sisifo lleva hasta la cima de la montaña del Infierno  
y vuelve a caer, golpeándole en el cuello.*

¿Y quién llegó de pronto, sino Cayo Calígula?

—¡Pero si es un esclavo mío! —dijo Calígula—. ¡Lo quiero!

Presentó testigos que afirmaron que con frecuencia le habían visto azotar a Claudio con látigos y varas de abedul, y golpearlo con los puños. De modo que se aceptó la afirmación, y Claudio fue entregado a su amo. Pero Calígula se lo regaló a Eaco, y éste se lo entregó a su liberto Menandro, quien le impuso el trabajo de llevar las actas del tribunal.

(Traducción de R. G.)

## SECUELA

Séneca se vio obligado a suicidarse en el año 65, por orden de Nerón. Sobrevivió a la mayoría de los otros personajes de esta historia. Británico fue envenenado en el año 55. Palas, Burrho, Domina, los Silarto que habían sobrevivido, Octavia, Antonia, Fausto Sila... todos tuvieron una muerte violenta. Agripinila perdió su ascendiente sobre Nerón luego de los dos primeros años del reinado de este, pero lo recuperó al cabo de un tiempo permitiéndole cometer incesto con ella. Luego trató de asesinarla haciéndola embarcar en un barco podrido, que se abrió en dos a considerable distancia de la costa. Pero ella nadó hasta la orilla. Al cabo envió soldados a matarla. Agripinila murió valientemente, ordenándoles que la apuñalaran en el vientre que en una ocasión albergó a un hijo tan monstruoso. Cuando Nerón fue declarado enemigo público en el año 68, por el Senado, y fue muerto por un criado, a petición propia, no quedó nadie de la familia imperial para sucederle. En el año 69, un año de anarquía y guerra civil, hubo cuatro emperadores sucesivos, a saber: Galbo, Otón Aulo, Vitelio y Vespasiano. Vespasiano gobernó con benevolencia y fundó la dinastía Flavia. Nunca se restableció la república.

# La Familia Real De Los Herodes

